



NOVELAS EXEMPLARES

DE MIGVEL DE Ceruantes Saauedra.

EN MILAN,

A coſta de Iuan Baptiſta Bidelo Librero.

M. DC. XV.

Imprimatur,

Frater Aloysius Bariola Augustinianus Consultor S. Officij, pro Reuerendissimo Inquisitore.

Gulielmus Vidonus Theol. S. Nazarij pro Illustrissimo D. Card. Archiep.

Vidit Saccus pro Excellentiss. Sen.

Al Molto Illustre Sig.

E PADRON MIO

COLENDISSIMO

IL SIGNOR

LVIGI

TROTTI.

LA seruitù, che già grã tempo contrassi con V. S. Molto Illustre, dee hormai porgerle qualche frutto, per confermarmi maggiormente nella gratia, della quale mi fece ella generosamente degno. Ma perche le forze miè non sono à ciò sofficienti, hò pensato d'auualorare le debolezze mie con

appoggiarle ad opera d'ingegno tale, che caro senza dubbio e gradito può rendersi à chi che sia. Queste sono le Nouelle di Miguel de Ceruantes Autore degno d'esser letto da tutti gl'intendenti, ed honorato con le più famose penne di questo secolo. Facendole io dunque ristampare nella forma, che hora si veggono, hò voluto al suo nome dedicarle, sapendo benissimo quanto ella stimi l'Autore, e quanto curiosamente vada leggendo simili Opere scritte in buona lingua Castigliana. Restami solo à pregarla, che si degni di gradire il dono, picciolo in se stesso, ma e per l'Autore, e per la riuerenza, che à lei porto, grandissimo. Compiaciasi N. S. d'essere sua continua guardia. Di Milano il dì primo Agosto 1615.

Di V. S. M. Illustre

Obligatiss. seruitore

Gio. Battista Bidelli.

PROLOGO

AL LECTOR.

QVISIERA yo, si fuera possible (Lector amantissimo) escusarme de escriuir este Prologo, porque no me fue tan bien con el que puse en mi don Quixote, que quedasse con gana de segundar con este. Desto tiene la culpa algun amigo de los muchos, que en el discurso de mi vida he grangeado, antes con mi condicion, que con mi ingenio: el qual amigo bien pudiera, como es vso, y costumbre, grauarme, y esculpirme en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso don Iuan de Xaurigui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el desseo de algunos que querrian saber, que rostro, y talle tiene, quien se atreue à salir con tantas inuenciones en la plaça del mundo, à los ojos de las gen-

res, poniendo debaxo del retrato: Este que veys aqui de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa, y desembaraçada, de alegres ojos, y de nariz corba, aunque bien proporcionada: las barbas de plata, que no ha veynte años que fueron de oro: los vigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino seys, y essos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los vnos con los otros: el cuerpo entre dos estremos, ni grande, ni pequeño: la color viua, antes blanca, que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del Autor de la Galatea, y de don Quixote de la Mancha, y del que hizo el viage del Parnaso, à imitacion del de Cesar Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahi descarriadas y quizà sin el nombre de su dueño. Llamase comunmente Miguel de Ceruantes Saauedra. Fue solda-

do

do muchos años, y cinco y medio cautiuo, donde aprendiò à tener paciencia en las aduersidades. Perdiò en la batalla Naual de Lepanto la mano yzquierda de vn arcabuçazo, herida, que aunque parece fea, el la tiene por hermosa, por auerla cobrado en la mas memorable, y alta ocasion que vierõ los passados siglos, ni esperan ver los venideros, militãdo debaxo de las vencedoras vanderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto de felize memoria. Y quando à la deste amigo, de quien me quexo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que dezir de mi, yo me leuantara à mi mismo dos dozenas de testimonios, y se los dixera en secreto, con que estendiera mi nombre, y acreditara mi ingenio, porque pensar que dizen puntualmente la verdad los tales Elogios, es disparate, por no tener punto preciso, ni determinado las alabanças, ni los vituperios.

En fin, pues ya esta ocasion se

 passò,

passò, y yo he quedado en blanco, y sin figura, serà forçoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo serà para dezir verdades, que dichas por señas, suelen ser entendidas. Y assi te digo (otra vez lector amable) que destas Nouelas que te ofrezco, en ningun modo podràs hazer pepitoria, porque no tienen pies, ni cabeça, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero dezir, que los requiebros amorosos que en algunos hallaràs, son tan honestos, y tan medidos con la razon, y discurso Christiano, que no podràn mouer à mal pensamiento al descuydado, ò cuydadoso que las leyere.

He les dado nombre de exemplares, y si bien lo miras, no ay ninguna de quien no se puedo sacar algun exemplo prouechoso: y sino fuera por no alargar este sujeto, quizà te mostrara el sabroso, y honesto fruto que se podria sacar, assi de todas juntas, como de cada vna de por si.

Mi

Mi intento ha ſido poner en la pla-
ça de nueſtra Republica vna meſa
de trucos, donde cada vno pueda
llegar à entretenerſe, ſin daño de
barras: digo, ſin daño del alma ni
del cuerpo, porque los exercicios
honeſtos, y agradables, antes apro
uechan, que dañan.

Si que no ſiempre ſe eſtà en los
templos, no ſiempre ſe ocupan los
oratorios: no ſiempre ſe aſsiſte à
los negocios, por calificados que
ſean. Horas ay de recreacion, don
de el afligido eſpiritu deſcanſe.

Para eſte efeto ſe plantan las a-
lamedas, ſe buſcan las fuentes, ſe
allauan las cueſtas, y ſe cultiuan
con curioſidad los jardines. Vna
coſa me atreuerè à dezirte, que ſi
por algun modo alcançara, que la
leccion deſtas Nouelas pudiera in
duzir à quien las leyera, à algun
mal deſſeo, ò penſamiento, antes
me cortara la mano con que las e-
ſcribi, que ſacarlas en publico. Mi
edad no eſtà ya para burlarſe con
la otra vida, que al cinquẽta y cin

co de los años gano por nueue mas, y por la mano.

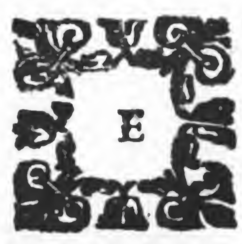
A esto se aplicò mi ingenio, por acqui me lleua mi inclinacion, y mas que me doy à entender (y es assi) que yo soy el primero que he nouelado en lengua Castellana, que las muchas nouelas que en ella andan impressas, todas son traducidas de lenguas estrangeras, y estas son mias propias, no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendrò, y las pariò mi pluma, y uã creciendo en los braços de la estãpa. Tras ellas, si la vida no me dexa, te ofrezco los trabajos de Persiles, libro que se atreue à competir con Eliodoro, si ya por atreuido no sale con las manos en la cabeça: y primero veràs, y con breuedad dilatadas las hazañas de don Quixote, y donayres de Sancho Panca. y luego las semanas del Iardin. Mucho prometo con fuerças tan pocas como las mias, pero quien pondrà rienda à los desseos? Solo esto quiero que cõside-

ſideres; que pues yo he tenido oſſadia de dirigir eſtas Nouelas al gran Conde de Lemos, algun miſterio tienen eſcondido, que las leuanta. No mas, ſino que Dios te guarde, y à mi me dè paciencia, para lleuar bien el mal que han de dezir de mi mas de quatro ſotiles, y almidonados. Vale.

a 6 A DON

A
DON PEDRO
FERNANDEZ
DE CASTRO,

Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marquez de Sarria, Gẽtil'hombre de la Camara de ſu Mageſtad, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, Comendador de la Encomienda de la Zarça de la Orden de Alcantara.



N Dos errores, caſi de ordinario, caen los que dedican ſus obras à algun Principe. El primero es,

que

que en la carta que llaman Dedicatoria, que ha de ser breue, y sucinta, muy de proposito y espacio (ya lleuados de la verdad, o de la lisonja) se dilatan en ella en traerle a la memoria, no solo las hazañas de sus padres, y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos, y bienhechores. Es el segundo dezirles que las ponen debaxo de su proteccion y amparo: porque las lenguas maldizientes, y murmuradoras no se atreuan à morderlas, y lazerarlas. Yo pues huyendo destos dos inconuenientes, passo en

silen-

silencio aquilas grandezas, y titulos de la antigua, y Real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, assi naturales, como adqueridas, dexandolas à que los nueuos Fidias, y Lissipos busquen marmoles, y bronces adonde grauarlas, y esculpirlas, para que sean emulas à la duracion de los tiempos. Tampoco suplico à vuestra Excelencia, reciba en su tutela este libro, porque sè, que si el no es bueno, aunque le ponga debaxo de las alas del Hipogrifo de Astolfo, y a la sombra de la Claue de Hercules,

no

no dexaràn los Zoylos, los Cinicos, los Aretinos, y los Bernias de darse vn filo en su vituperio, sin guardar respecto à nadie. Solo suplico que aduierta vuestra Excelentia, que le embio, como quien no dize nada, doze cuentos, que à no auerse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales, quales son, allà van, y yo quedo aqui contentissimo, por parecerme que voy mostrando en algo el desseo que tengo de seruir à vuestra Excellencia, como à mi verdadero señor, y

bien-

bienhechor mio. Guarde nuestro señor, &c. De Madrid à catorze de Iulio de mil y seyscientos y treze.

Criado de vuestra Excelencia.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DEL

DEL MARQVES DE ALCAnizes, a Miguel de Ceruantes.

SONETO.

SI en el moral exemplo, y dulce auiso,
(Ceruantes) de la dieſtra graue lira,
En docta fraſis el concepto mira.
El Lector retratado vn parayſo:

Mira mejor, que con el arte quiſo
Vueſtro ingenio ſacar de la mentira
La verdad, cuya llama ſolo aſpira
A lo que es voluntario hazer preciſo.

Al aſſumpto ofrecidas las memorias
Dedica el tiẽpo, que en tan breue ſuma
Cauen todos ſucintos los eſtremos:

Y es noble calidad de vueſtras glorias.
Que el vno ſe le deua a vueſtra pluma,
Y el otro a las grandezas del de Lemos.



DE FERNANDO BERMVDEZ y Carauajal, Camarero del Duque de Sesa, à Miguel de Ceruantes.

HIzo la memoria clara
De aquel Dedalo ingenioso,
El laberinto famoso,
Obra peregrina, y rara:

Mas si tu nombre alcançara
Creta en su mostro cruel,
Le diera al bronce, y pinzel,
Quando en terminos distintos
Viera en doze laberintos
Mayor ingenio que en el.

Y si la naturaleza,
En la mucha variedad,
Enseña mayor beldad,
Mas artificio, y belleza:
Celebre con mas presteza,
Ceruantes raro, y sutil,
Aqueste florido Abril,
Cuya variedad admira
La fama veloz, que mira
En el variedades mil.

DE

DE DON FERNANDO de Lodena, a Miguel de Ceruantes.

SONETO.

DExad Nereydas del aluergue vmbroso.
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma ligera mal techadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno, y deleytoso
Driades de las seluas nò tocadas,
Y vosotras, ò Musas celebradas.
Dexad las fuentes del licor copioso:

Todas juntas traed vn ramo solo
Del arbol en quien Dafne conuertida,
Al rubio Dios mostrò tanta dureza,

Que quando no lo fuera para Apolo,
Oy se hiziera laurel, por ver ceñida
A Miguel de Ceruantes la cabeça.

APRO-

APROVACION.

POr Comiſion del ſeñor Doctor Gutierre de Cetina Vicario General por el Illuſtriſsimo Cardenal D. Bernardo de Sandoual, y Rojas, en Corte, he viſto, y leydo las doze nouelas exemplares, compueſtas por Miguel de Ceruantes Saauedra: y ſupueſto, que es ſentencia llana del Angelico Doctor Santo Thomas, que la Eutropelia es virtud, la que conſiſte en vn entretenimiento honeſto, juzgo, que la verdadera Eutropelia eſtà en eſtas nouelas, porque entretienen con ſu nouedad, enſeñan con ſus exemplos à huyr vicios, y ſeguir virtudes: y el Autor cumple con ſu intento, cô que da honra à nueſtra lengua Caſtellana, y auiſa à las Republicas de los daños, que de algunos vicios ſe ſiguen con otras muchas comodidades: y aſsi me parece ſe le puede, y deue dar la licencia que pide, ſaluo, &c.

En

En este Conuento de la Santissima Trinidad, calle de Atocha, en 9. de Iulio de 1612.

El Padre Presentado Fr. Iuan Bautista.

APRO-

APROVACION.

POr Comiſsion, y mandado de los ſeñores del Conſejo de ſu Mageſtad he hecho ver eſte libro de nouelas exemplares, y no contiene coſa contra la Fè, ni buenas coſtumbres, antes con ſemejantes argumentos nos pretende enſeñar ſu Autor coſas de importancia, y el como nos hemos pe auer en ellas: y eſte fin tienen los que eſcriuen nouelas, y fabulas y anſi me parece ſe puede dar licencia para imprimir. En Madrid à nueue de Iulio de mil y ſeyſcientos y doze.

El Doctos Cetiua.

APROVACION.

POr Comiſsion de vueſtra Alteza he viſto el libro intitulado: Nouelas exemplares de Miguel de Ceruantes Saauedra, y no hallo en el coſa contra la Fè, y buenas coſtumbres, por donde no ſe pueda imprimir, antes hallo en el coſas de mncho entretenimiento para los curioſos lectores, y auiſos, y ſentencias de mucho prouecho, y que proceden de la fecundidad del ingenio de ſu Autor, que no lo mueſtra en eſte menos que en los demas que ha ſacado à luz. En eſte Monaſterio de la ſantiſsima Trinidad en ocho de Agoſto de mil y ſeyſcientos y doze.

Fray Diego de Hortigoſa.

APROVACION.

POr Comiſsion de los ſeñores del ſupremo Conſejo de Aragon vi vn libro intitulado Noue-

las

las exemplares de honeſtiſsimo entretenimiento, ſu Autor Miguel de Ceruantes Saauedra, y no ſolo hallo en el coſa eſcrita en ofenſa de la religion Chriſtiana, y perjuyzio de las buenas coſtumbres, antes bien confirma el dueño deſta obra la juſta eſtimacion que en Eſpaña, y fuera della ſe haze de ſu claro ingenio, ſingular en la inuencion, y copioſo en el lenguage, que con lo vno, y lo otro enſeña, y admira, dexando deſta vez concluydos con la abundancia de ſus palabras, à los que ſiendo emulos de la lengua Eſpañola, la culpan de corta, y niegan ſu fertilidad, y aſsi ſe deue imprimir, tal es mi parecer. En Madrid a treynta y vno de Iulio de mil y ſeyſcientos y treze.

Alonſo Geronimo de Salas Barbadillo.

NOVELA DE LA GITANILLA.

PARECE Que los Gitanos, y Gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, criançe cõ ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes, y molientes à todo ruedo: y la gana del hurtar, y el hurtar son en ellos como acidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Vna pues desta nacion, Gitana vieja (que podia ser jubilada en la ciencia de Caco) criò vna muchacha en nõbre de nieta suya, à quien puso nombre Preciosa, y à quien enseñò todas sus gitanerias, y modos de embelecos, y trazas de hurtar. Salio la tal Preciosa la mas vnica bayladora, que se hallaua en todo el Gitanismo, y la mas hermosa, y discreta, que pudiera hallarse, no entre los Gitanos, sino entre quantas hermosas, y

discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los ayres, ni todas las inclemencias del cielo, à quien mas que otras gentes estan sujetos los Gitanos: pudieron deslustrar su rostro, ni curtir las manos, y lo que es mas, que la criança tosca en que se criaua, no descubria en ella, sino ser nacida de mayores prendas que de Gitana, porque era en estremo corres, y bien razonada, Y con todo esto era algo de sembuelta: pero no de modo que descubriesse algun genero de deshonestidad: antes con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaua alguna Gitana vieja, ni moça cantar cantares lasciuos, ni dezir palabras no buenas, y finalmẽte la abuela conociò el tesoro que en la nieta tenia: y assi determinò el aguila vieja sacar à bolar su aguilucho, y eseñarle à viuir por sus vñas. Saliò Preciosa rica de villanzicos, de coplas, seguidillas, y çatabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaua con especial donayre. Por que su taymada abuela echò de ver, que tales juguetes, y gracias en los pocos años, y en la mucha hermosura de su nieta auiã de ser felicissimos, atractiuos, è incentiuos, para acrecentar su caudal, y assi se los procurò, y buscò por todas las vias que pudo, y no faltò poeta que se los diesse: que tambien ay poetas que se acomodan con Gitanos, y les venden sus obras, como

como los ay para ciegos, que les fingen milagros, y van à la parte de la ganancia (de todo ay en el mundo) y esto de la hambre tal vez haze arrojar los ingenios à cosas que no estàn en el Mapa. Criose Preciosa en diuersas partes de Castilla, y à los quinze años de su edad su abuela putatiua la boluiò à la Corte, y à su antiguo rancho, que es adonde ordinariamẽte le tienen los Gitanos en los campos de santa Barbara, pensando en la Corte vẽder su mercaderia, donde todo se compra, y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fue vn dia de santa Ana Patrona, y abogada de la villa, con vna dança, en que yuan ocho Gitanas, quatro ancianas, y quatro muchachas, y vn Gitano gran baylarin, que las guiaua: y aunque todas yuan limpias, y bien adereçadas, el asseo de Preciosa era tal, que poco à poco fue enamorando los ojos de quantos la mirauan: de entre el son del tamborin, y castañetas, y fuga del bayle saliò vn rumor que encarecia la bellezza, y donayre de la Gitanilla, y corrian los muchachos à verla, y los hombres à mirarla. Pero quando la oyeron cantar, por ser la dança cantada, alli fue ello, alli si que cobrò aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiẽto de los Diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio, y joya de la mejor dança: y quãdo llegaron à hazerla

en la Yglesia de santa Maria, delãte de la Imagẽ de santa Ana, despues de auer baylado todas, tomò Preciosa vnas sonajas, al son de las quales, dando en redõdo largas, y ligerissimas bueltas, cantò el Romance siguiente.

Arbol preciosissimo,
Que tardo en dar fruto
Años, que pudieron
Cubrirle de luto,
Y hazer los desseos
Del consorte puros
Contra su esperança
No muy bien seguros:
De cuyo tardarse
Naciò aquel disgusto,
Que lançò del Templo
Al varon mas justo.
Santa tierra esteril
Que al cabo produxo
Toda la abundancia,
Que sustenta el mundo.
Casa de moneda
Do se forjò el cuño
Que Dio à Dios la forma,
Que como hombre tuuo.
Madre de vna hija,
En quien quiso, y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso.
Por vos, y por ella.
Soys Ana el refugio

Do van por remedio
Nueſtros infortunios
En cierta manera
Teneys, no lo dudo
Sobre el nieto imperio
Piadoſo y juſto.
A ſer comunera
Del alcaçar ſumo
Fueran mil parientes
Con vos de conſuno.
Que hija, y que nieto?
Y que yerno? al punto,
A ſer cauſa juſta,
Cantarades triunfos.
Pero vos humilde
Fuiſtes el eſtudio,
Donde vueſtra hija
Hizo humildes curſos:
Y agora à ſu lado
A Dios el mas iunto
Gozays de la alteza,
Que apenas barrunto.

EL Cantar de Precioſa fuè para admirar à quantos la eſcuchauan: vnos dezian: Dios te bendiga la muchacha: otros, Laſtima es, que eſta moçue la ſea Gitana. En verdad, en verdad, que merecia ſer hija de vn gran Señor. Otros auia mas groſeros que dezian: Dexen crecer à la rapaza, que ella harà de las ſuyas à fe que ſe va añudando en ella gètil red barredera, para peſcar coraçones. Otro

mas humano, mas basto, y mas modorro viendola andar tal ligera en el bayle, le dixo: A ello hija, à ello: andad amores, y pisad el poluito, à tan menudito. Y ella respondiò, sin dexar el bayle: Y pisarelo yo à tan menudo. Acabaron se las visperas, y la fiesta de santa Ana, y quedò Preciosa algo cansada: però tan celebrada de hermosa, de aguda, y de discreta, y de bayladora, que à corilllos se hablaua della en toda la Corte. De alli à quinze dias boluiò à Madrid con otras tres muchachas con sonajas, y con vn bayle nueuo, todas apercebidas de Romances, y de cãtarzillos allegres: pero todos honestos, que no consentia Preciosa, que las que fuessen en su compañia, cantassen cantares descompuestos, ni ella los cantò jamas, y muchos miraron en ello, y la tuuieron en mucho, Nunca se apartauan della la Gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despauilassen, y traspusiessen: llamaua la nieta, y ella la tenia por abuela. Pusieronse à baylar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venian siguiendo se hizo luego vn gran corro, y en tanto que baylauan, la vieja pedia limosna à los circonstantes, y llouian en ella ochauos, y quartos, como piedras a tablado: que tambien la hermosura tiene fuerça de despertar la caridad dormida. Acabado el bayle, dixò Preciosa: Si me dan quatro quartos, les cantarè

vn Romance yo ſola lindiſſimo en eſtremo, que trata, de quando la Reyna nueſtra Señora Margarita ſaliò a Miſſa de parida en Valladolid, y fue à ſan Llorente: digoles que es famoſo, y compueſto por vn Poeta de los del numero, como Capitan del Batallon. Apenas huuo dicho eſto, quando caſi todos los que en la rueda eſtauan, dixeron à voces: Cantale Preciosa, y ves aqui mis quatro quartos; y aſſi granizaron ſobre ella quartos, que la vieja no ſe daua manos à cogerlos: Hecho pues ſu Agoſto, y ſu vendimia, repicò Precioſa ſus ſonajas, y al tono correntio, y lo queſco, cantò el ſiguiente Romance.

SAlio à Miſſa de parida
La mayor Reyna de Europa
En el valor, y en el nombre
Rica, y admirable joya.
Como los ojos ſe lleua,
Se lleua las almas todas
De quantos miran, y admiran
Su deuocion, y ſu pompa.
Y para moſtrar, que es parte
Del Cielo en la tierra toda,
A vn lado lleua el Sol de Auſtria
Al otro la tierna Aurora.
A ſus eſpaldas le ſigue
Vn luzero, que à deſora
Salio la noche del dia,
Que el cielo, y la tierra lloran.
Y ſi en el cielo ay eſtrellas,
Que luzientes carros forman,

En otros carros su cielo
Viuas estrellas adornan.
Aqui el anciano Saturno
La barba pule, y remoça,
Y aunque es tardo, va ligero;
Que el plazer cura la gota.
El Dios parlero va en lenguas
Lisongeras, y amorosas,
Y Cupido en cifra l varias,
Que rubies, y perlas bordan.
Alli va el furioso Marte
En la persona curiosa
De mas de vn gallardo jouen,
Que de su sombra se assombra.
Iunto a la casa del Sol
Va Iupiter, que no ay cosa
Dificil à la priuança
Fundada en prudentes obras.
Va la Luna en las mexillas
De vna, y otra humana Diosa,
Venus casta en la belleza
De las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
Cruzan, van, bueluen, y tornan
Por el cinto tachonado
De esta esfera milagrosa.
Y para que todo admire,
Y todo assombre, no ay cosa
Que de liberal no passe,
Hasta el estremo de prodiga.
Milan con sus ricas telas
Alli va en vista curiosa,
Las Indias con sus diamantes,

Y ara-

Y arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
Vala embidia mordedora,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad Española.
La alegria vniuersal
Huyendo de la congoja,
Calles, y plaças discurre
Descompuesta, y casi loca.
A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.
Qual dize: Fecunda vid,
Crece, sube, abraça, y toca
El olmo felize tuyo,
Que mil siglos te haga sombra,
Para gloria de timisma,
Para bien de España, y honra,
Para arrimo de la Yglesia,
Para assombro de Mahoma.
Otra lengua clama, y dize:
Viuas, ò blanca paloma,
Que nos has de dar por crias
Aguilas de dos Coronas,
Para ahuyentar de los ayres
Las de rapiña furiosas,
Para cubrir con sus alas
A las virtudes medrosas.
Otra mas discreta, y graue,
Mas aguda, y mas curiosa,
Dize vertiendo alegria
Por los ojos, y la boca:

Esta perla que nos diste,
Nacar de Austria, vnica, y sola,
Que de machinas que rompe,
Que disignios que corta:
Que de esperanças que infunde,
Que de desseos mal logra,
Que de temores aumenta,
Que de preñados aborta.
En esto se llegò al Templo
Del Fenix santo, que en Roma
Fue abrasado, y quedò viuo
En la fama, y en la gloria.
A la imagen de la vida
A la del Cielo señora.
A la que por ser humilde
Las estrellas pisa agora.
A la madre, y Virgen junto
A la hija y a la Esposa
De Dios, hincada de hinojos,
Margarita assi razona.
Lo que me has dado te doy
Mano siempre dadiuosa,
Que à do falta el fauor tuyo,
Siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
Te ofrezco, Virgen hermosa,
Tales quales son las mira,
Recibe, ampara, y mejora.
A su padre te encomiendo,
Que humano Atlante se encorba
Al peso de tantos Reynos,
Y de climas tan remotas.
Se que el coraçon del Rey

En las manos de Dios mora,
Y sè que puedes con Dio:
Quanto quieres piadosa.
Acabada esta oracion,
Otra semejante entonan
Hymnos, y vozes, que muestran
Que esta en el suelo la gloria.
Acabados los Oficios
Con Reales ceremonias,
Boluio à su punto este cielo.
Y esfera marauillosa.

APenas acabò Preciosa su Romance, quando del illustre auditorio, y graue senado, que la oia, de muchas se formo vna voz sola, que dixo: Torna à cantar Preciosica, que no faltaran quartos como tierra. Mas de dozientas personas estauan mirando el bayle, y escuchando el canto de las Gitanas: y en la fuga del acertò à passar por alli vno de los Tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta preguntò que era? Y fuele respondido, que estauan escuchando à la Gitanilla hermosa, que cantaua. Llegose el Tiniente, que era curioso, y escuchò vn rato, y por no yr contra su grauedad, no escuchò el Romance hasta la fin: y auiendole parecido por todo estremo bien la Gitanilla, mandò à vn page suyo dixesse à la Gitana vieja, que al anochecer fuesse à su casa con las Gitanillas, que queria que las oyesse Donna Clara su muger. Hizolo assi el page, y la vieja dixo, que si

yria. Acabaron el bayle, y el canto, y mudaron lugar: y en esto llegò, vn page muy bien adereçado à Preciosa, y dandole vn papel doblado, le dixo: Preciosica canta el Romance que aqui va, porque es muy bueno, y yo te darè otros de quando en quando, con que cobres fama de la mejor Romancera del mundo. Esso aprenderè yo de muy buena gana, respondiò Preciosa, y mire Señor, que no me dexe de dar los Romances que dize, con tal condiciõ, que sean honestos: y si quisiere que se los pague, concertemenos por dozenas, y dozena cantada, y dozena pagada: porque pensar que lo tẽgo de pagar adelantado, es pensar lo impossible. Para papel, si quiera, que me dè la Señora Preciosa, dixo el page, estarè contento: y mas, que el Romance que no saliere bueno, y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mia quede el escogerlos, respondiò Preciosa: y con esto se fueron la calle adelante, y desde vna reja llamarõ vnos Caualleros a las Gitanas. Asomose Preciosa à la reja, que era baxa, y vio en vna sala muy biẽ adereçada, y muy fresca muchos Caualleros, que vnos passeandose, y otros jugãdo à diuersos juegos, se entretenian. Quierenme dar barato Señores, dixo Preciosa (que como Gitana hablaua ceçeoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.) A la voz de Preciosa, y a su rostro, dexaron los que jugauan el juego, y el

passeo

passeo los passeantes: y los vnos y los otros acudieron à la reja, por ver la que ya tenian noticia della, y dixeron: Entren, entren las Gitanillas, que aqui les daremos barato. Caro seria ello, respondio Preciosa, si nos pellizcacen. No a fe de Caualleros, respondio vno, bien puedes entrar niña segura, que nadie te tocarà à la vira de tu çapato, no por el habito que traygo en el pecho, y pusose la mano sobre vno de Calatraua. Si tu quieres entrar Preciosa, dixo vna de las tres Gitanillas, que yuan con ella, entra en hora buena, que yo pienso entrar adonde ay tantos hombres. Mira Christina, respondio Preciosa, de lo que te has de guardar, es, de vn hombre solo, y à solas, y no de tantos juntos: porque antes el ser muchos quita el miedo, y el rezelo de ser ofendidas. Aduierte Cristinica, y està cierta de vna cosa, que la muger que se determina a ser honrada, entre vn exercito de soldados lo puede ser. Verdad es, que es bueno huyr de las ocasiones: pero han de ser de las secretas, y no de las publicas. Entremos Preciosa, dixo Christina, que tu sabes mas que vn Sabio. Animòlas la Gitana vieja, y entraron: y à penas huuo entrado Preciosa, quando el Caualiero del habito vio el papel que traia en el seno, y llegandose à ella, se le tomò, y dixo Preciosa: y no me le tome Señor, que es vn Romance que me acaban de dar aora,

que aun no le he leydo. Y sabes tu leer hija? dixo vno. Y escriuir, respondio la vieja, que à mi nieta hela criado yo, como si fuera hija de vn letrado. Abriò el Cauallero el papel, y vio que venia dentro del vn escudo de oro, y dixo, en verdad Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el Romance viene. Basta, dixo Preciosa, que me ha tratado de pobre el Poeta, pues cierto que es mas milagro darme à mi vn Poeta vn escudo, que yo recebirle: si con esta añadidura han de venir sus Romances, traslade todo el Romãcero general, y embiemelos vno à vno, que yo les tentarò el pulso: y si vinieren duros, serè yo blanda en recibillos. Admirados quedaron los que oian à la Gitanica, assi de su discrecion, como del donayre con que hablaua. Lea Señor, dixo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto esse Poeta, como es liberal. Y el Cauallero leyò assi.

Gitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes:
Por lo que de piedra tienes,
Te llama el mundo preciosa.
Desta verdad me assegura
Esto, como en ti veràs,
Que no se apartan jamas
La esquiueza, y la hermosura.
Si come en valor subido
Vas creciendo en arrogancia,

No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido.
Que vn Basilisco se cria
En ti, que mate mirando,
Y vn Imperio, que aunque blando
Nos parezca tirania.
Entre pobres, y aduares,
Como naciò tal belleza?
O como criò tal pieza
El humilde Mançanares?
Por esto serà famoso.
Al par del Taio dorado,
Y por Preciosa preciado
Mas que el Ganges caudaloso.
Dizes la buena ventura,
Y das la mala contino,
Que no van por vn camino
Tu intencion, y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
De mirarte, ò contemplarte,
Tu intencion va à desculparte,
Y tu hermosura à dar muerte.
Dizen que son hechizeras
Todas las de tu nacion,
Pero tus hechizos son
De mas fuerças, y mas veras.
Pues por lleuar los despojos
De todos quantos te ven,
Hazes, ò niña, que esten
Tus hechizos en tus ojos.
En sus fuerças te adelantas,
Pues baylando nos admiras,
Y nos matas, si nos miras.

Y nos encantas, si cantas.
De cien mil modos hechizas,
Hables, calles, cantes, mires,
O te acerques, ò retires,
El fuego de amor atizas.
Sobre el mas essento pecho
Tienes mando y señorio,
De lo que es testigo el mio
De tu Imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escriue
El que por ti muere y viue,
Pobre, aunque humilde amador.

EN pobre acaba el vltimo verso, dixo à esta sazon Preciosa mala señal: nunca los enamorados han de dezir que son pobres, porque à los principios, à mi parecer, la pobreza es muy enimiga del amor. Quien te enseña esso rapaza, dixo vno? Quien me lo hà de enseñar? respondio Preciosa. No tengo yo mi alma en mi cuerpo? no tengo ya quinze años? y no soy manca, ni renca, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las Gitanas van por otro Norte, que los de las demas gentes, siempre se adelantan a sus años: no ay Gitano necio, ni Gitana lerda. Que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos, y embusteros, despauilan el ingenio à cada paso, y no dexan que crie moho en ninguna manera. Veen estas muchachas mis cõpañeras

que eſtan callando, y parecen bobas, pues entrenles el dedo en la boca, y tientẽlas las cordales, y veràn lo que veràn. No ay muchacha de doze, que no ſepa loque de veynte y cicco: porque tienẽ por maeſtros, y preceptores al diablo, y al vſo, que les enſeña en vna hora lo que auian de aprender en vn año. Con eſto que la Gitanilla dezia, tenia ſuſpenſos à los oyentes, y los que jugauan le dieron barato, y aun los que no jugauan. Cogio la hucha de la vieja treynta reales, y mas rica, y mas alegre que vna Paſcua de Flores antecogiò ſus corderas, y fueſſe en caſa de ſeñor Teniente, quedando que otro dia bolueria con ſu manada à dar contento aquellos tan liberales ſeñores. Ya tenia auiſo la ſeñora donna Clara, muger del ſeñor Teniente, como auian de yr à ſu caſa las Gitanillas, y eſtauales eſperando como el agua de Mayo, ella y ſus donzellas, y dueñas, con las de otra ſeñora vezina ſuya que todas ſe juntaron para ver à Precioſa. Y a penas huuieron entrado las Gitanas, quando entre las demas reſplandeciò Precioſa, como la luz de vna antorcha entre otras luzes menores: y aſſi corrieron todas à ella, vnas la abraçauan, otras la mirauan: eſtas la bendecian, aquellas la alabauan. Doña Clara dezia; Eſte ſi, que ſe puede dezir cabello de oro: eſtos ſi que ſon ojos de eſmeralda.

La

La señora su vezina la desmenuzaua toda, y hazia pepitoria de todos sus miembros, y coyunturas. Y llegando à alabar vn pequeño hoyo, que Preciosa tenia en la barba, dixo: Ay que hoyo, en este hoyo han de tropezar quantos ojos le miraren. Oyò esto vn escudero de braço de la señora doña Clara, que alli estaua, de luenga barba, y largos años, y dixo: Esse llama vuessa merced hoyo señora mia? pues yo se poco de hoyos, ò esse no es hoyo, sino sepultura de desseos viuos. Por Dios tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata, ò de alcorça no podria ser mejor. Sabes dezir la buena ventura niña? De tres, ò quatro maneras, respondiò Preciosa. Y esso mas, dixo doña Clara, por vida del Tiniente mi señor, que me la has de dezir niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo, que es lo mas que puedo dezir. Denle, denle, la palma de la mano à la niña, y con que haga la Cruz, dixo la vieja, y veran, que de cosas les dixe, que sabe mas que vn Doctor de medecina. Echò mano a la faldriquera la señora Tenienta, y hallò, que no tenia blanca. Pidio vn quarto à sus criadas, y ninguna le tuuo, ni la señora vezina tampoco. Lo qual visto por Preciosa, dixo: Todas las Cruzes, en quanto Cruzes, son buenas: pero las de plata, o de oro son mejores: y el señalar la Cruz en la palma de la mano

no con moneda de cobre, ſepan vueſſas mercedes que menoſcaba la buena ventura, alomenos la mia: y aſsi tengo aficiõ à hazer la Cruz primera con algun eſcudo de oro, ò con alcun real de à ocho, ò por lo menos de a quatro, que ſoy como los ſacriſtanes, que quando ay buena ofrenda, ſe regozijan. Donayre tienes niña por tu vida, dixo la ſeñora vezina: y boluiendoſe al eſcudero, le dixo: Vos ſeñor Contreras tendreys à mano algun real de à quatro, dadmele, que en viniendo el Doctor mi marido, os le boluere. Si tengo, reſpondio Contreras, pero tengole empeñado en veinte y dos marauedis, que cenè à noche: denmelos, que yo irè por el en bolandas. No tenemos entre todas vn quarto, dixo doña Clara, y pedis veynte y dos marauedis? Andad Contreras, que ſiempre fuyſtes impertinente. Vna donzella de las preſentes, viendo la eſterilidad de la caſa, dixo à Precioſa: Niña, harà algo al caſo, que ſe haga la Cruz con vn dedad de plata? Antes, reſpondio Precioſa, ſe hazen las Cruzes mejores del mundo con dedales de plata, como ſean muchos, Vno tengo yo, replicò la donzella, ſi eſte baſta, he le aqui, con condicion que tambien ſe me ha de dezir à mi la buena ventura. Por vn dedal tantas buenas venturas, dixo la Gitana vieja? nieta acaba preſto, que ſe haze noche. Tomò Precioſa el dedal, y la mano de la ſeñora Tenienta, y dixo.

Her-

HErmosita, hermosita
La de las manos de plata,
Mas te quiere tu marido,
Que al Rey de las Alpujarras,
Eres paloma sin hiel,
Pero a vezes eres braua,
Como Leona de Oran,
O como Tigre de Ocaña:
Pero en vn tras, en vn tris
El enojo se te passa,
Y quedas como alfinique.
O como cordero mansa.
Riñes mucho, y comes poco
Algo zelosita andas,
Que es jugueton el Tiniente,
Y quiere arrimar la vara.
Quando donzella te quiso
Vno de vua buena cara,
Que mal ayan los terceros
Que los gustos des baratan.
Si a dicha tu fueras Monja
Oy tu conuento mandaras,
Porque tienes de Abadessa
Mas de quatrozientas rayas,
No te lo quiero dezir,
Pero poco importa vaya,
Embiudaràs, y otra vez,
Y otras dos seras casada.
No llores señora mia,
Que no siempre las Gitanas
Dezimos el Euangelio,
No llores señora acaba.
Como te mueras primero

Que

Que el señor Tiniente, basta
Para remediar el daño
De la biudez que amenaza.
Has de heredar, y muy presto,
Hazienda en mucha abundancia
Tendras vn hijo Canonigo,
La Yglesia no se señala,
De Toledo no es possible:
Vna hija rubia, y blanca
Tendras, que si es Religiosa,
Tambien vendrà à ser Perlada.
Si tu esposo no se muere
Dentro de quatro semanas,
Verasle Corregidor
De Burgos, ò Salamanca.
Vn lunar tienes, que lindo?
Ay Iesus, que Luna clara,
Que Sol, que allà en los Antipodas
Escuros valles à clara.
Mas de dos ciegos por verle
Dieran mas de quatro blancas,
Agora si es la risica,
Ay que bien ay a essa gracia.
Guardate de las caydas,
Principalmente de espaldas
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.
Cosas ay mas que dezirte,
Si para el Viernes me aguardas
Las oyràs, que son de gusto,
Y algunas ay de desgracias.

ACabò su buena ventura Preciosa, y con ella encédiò el desseo de todas

las circunstantes,en querer saber la suya, y assi se lo rogaron todas:pero ella las remitio para el Viernes venidero, prometindole,que tendrian reales de plata, para hazer las Cruzes. En esto vino el señor Tiniente,à quien contaron marauillas de la Gitanilla: el las hizo baylar vn poco,y confirmò por verdaderas, y bien dadas las alabanças que à Preciosa auian dado: y poniendo la mano en la faldriquera,hizo señal de querer darle algo: y auiendola espulgado,y sacudido,y rascado muchas vezes, al cabo sacò la mano vazia,y dixo: Por Dios que no tengo blãca,dadle vos doña Clara vn real à Preciosica,que yo os le dare despues. Bueno es esso señor,por cierto si, ay esta el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras vn quarto para hazer la señal de la Cruz,yquiere que tengamos vn real? pues dadle alguna valonzica vuestra ò alguna cosita, que otro dia nos boluera à ver Preciosa, y la regalaremos mejor. A lo qual dixo doña Clara: Pues porque otra vez venga,no quiero dar nada aora à Preciosa. Antes si no me dan nada,dixo Preciosa, nunca mas boluerè acà: mas si boluerè à seruir à tan principales señores:pero trayerè tragado, que no me han de dar nada, y ahorrareme la fatiga del esperallo.Coheche vuessa merced señor Tiniente,coheche, y tendra dineros,y no haga vsos nueuos que morirà
de

de hambre. Mire señora, por ahi he oydo dezir (y aunque moça, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros, para pagar las cōdenaciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Assi lo dizen, y lo hazen los desalmados, replicò el Teniente; pero el juez que dà buena residencia, nò tendrà que pagar condenacion alguna: y el auer vsado bien su oficio, serà el valedor, para que le den otro. Habla vuessam. muy à lo santo señor Teniente, respondio Preciosa, andese a esso, y cortaremosle de los harapos para reliquias. Mucho sabes Preciosa, dixo el Tiniente, calla, que yo darè traza, que sus magestades te vean: porque eres pieça de Reyes. Querranme para Truhana, respondio Preciosa, y yo no lo sabrè ser, y todo yrà perdido: si me quisiessen para discreta, aun lleuarmeian: pero en algunos palacios mas medran los Truhanes, que los discretos. Yo me hallo bien con ser Gitana, y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere. Ea niña dixo la Gitana vieja, no hables mas, que has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado: no te assotiles tanto, que te despuntaràs: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerias, que no ay ninguna que no amenaze cayda. El diablo tienen estas Gitanas en el cuerpo, dixo a esta sazon el Tiniente. Despidieronse

se las Gitanas, y al yrse, dixo la donzella del dedal: Preciosa, dime la buena ventura, ò bueluemē mi dedal, que no me queda con que hazer labor. Señora donzella, respondio Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y proueasе de otro dedal, ò no haga vaynallas hasta el Viernes, que yo boluere, y le dirè mas venturas y auenturas, que las que tiene vn libro de Caualle rias. Fueronse, y juntaronse con las muchas labradoras, que à la hora de las Aue Marias suelen salir de Madrid, para boluer se à sus aldeas: y entre otras buel-uen muchas, con quien siempre se acompañauan las Gitanas, y boluian seguras. Porque la Gitana, vieja viuia en continuo temor, no le salteassen à su preciosa. Sucedio pues, que la mañana de vn dia que boluian à Madrid a coger la garrama con las demas Gitanillas, en vn valle pequeño, due està obra de quinientos passos, antes que se llegue à la villa, vieron vn mancebo gallardo, y ricamente aderecado de camino. La espada, y daga que traia eran, como dezirse suele, vna asqua de oro: sombrero con rico cintillo, y con plumas de diuersas colores adornado. Repararon las Gitanas en viendole, y pusieron sele a mirar muy de espacio, admiradas de que a tales horas vn tan hermoso mancebo estuuiesse en tal lugar à die, y solo. El se llegò à ellas, y hablando con la Gitana mayor, le dixo: Por vida vue-
stra

ſtra amiga, que me hagays plazer, que vos, y Precioſa me oyays aqui à parte dos palabras, que ſeràn de vueſtro prouecho. Como no nos deſuiemos mucho, ni nos tardemos mucho, ſea en buenora, reſpondio la vieja, y llamando à Precioſa, ſe deſuiaron de las otras obra de veynte paſos, y aſſi en pie como eſtauan, el mãcebo lex dixo: Yo vengo de manera rendido à la diſcrecion, y belleza de Precioſa, que deſpues de auerme hecho mucha fuerça, para eſcuſar llegar à eſte punto, al cabo que quedado mas rendido, y mas impoſſibilitado de eſcuſallo: yo ſeñoras mias, que ſiempre os he de dar eſte nombre, (ſi el Cielo mi pretenſion fauorece,) ſoy Cauallero, como lo puede moſtrar eſte Habito: y apartando el herreruelo, deſcubriò en el pecho vno de los mas calificados que ayn en Eſpaña: ſoy hyijo de fulano, que por buenos reſpectos aqui no ſe declara ſu nombre. Eſtoy debaxo de ſu tutela, y amparo: ſoy hijo vnico, y el que eſpera vn razonable mayorazgo. Mi padre eſtà aqui en la Corte pretendiendo vn cargo, y ya eſtà conſultado, y tiene caſi ciertas eſperanças de ſalir con el. Y con ſer de la calidad, y nobleza que os he referido, y de la que quaſi ſe os deue ya de yr trasluziendo: con todo eſſo quiſiera ſer vn gran ſeñor, para leuantar à mi grandeza la humiltad de Precioſa, haziendola mi ygual, y

mi señora. Yo no la pretendo para burlalla, ni en las veras del amor que la tengo, puede caber genero de burla alguna: solo quiero seruir la del modo que ella mas gustare, su voluntad es la mia. Para con ella es de cera mi alma, donde podrà imprimer lo que quisiere: y para conseruarlo, y guardarlo no serà como impresso en cera, sino como esculpido en marmoles, cuya dureza se opone a la duracion de los tiempos. Si creeys esta verdad, no admitirà ningun desmayo mi esperāça. Pero si no me creeys, siempre me tendrà temeroso vuestra duda: mi nombre es este, y dixosele: el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde viue es en tal calle, y tiene tales, y tales señas: vezinos tiene de quien podreys informaros, y aun de los que no son vezinos tambiē, que no es tan escura la calidad, y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traygo aqui en oro para daros en arra, y señal de lo que pienso daros: porque no ha de negar la haziēda el que da el alma. En tanto que el Cauallero esto dezia, le estaua mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le deuieron de parecer mal, ni sus razones, ni su talle: y boluiēdose a la vieja le dixo: Perdoneme abuela de que me tomo licencia para responder a este tan enamorado

señor.

señor. Responde lo que quisieres nieta, respondio la vieja, que yo sè, que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dixo: Yo señor Cauallero, aunque soy Gitana pobre, y humildemente nacida, tengo vn cierto espiritillo fantastico acà dentro, que à grandes cosas me lleua. A mi ni me mueuen promessas, ni me desmoronan dadiuas, ni me inclinan sumissiones, ni me espantan finezas enamoradas: y aunque de quinze años, que segun la cuenta de mi abuela, para este san Miguel los harè, soy ya vieja en los pensamientos, y alanço mas de aquello que mi edad promete, mas por mi buen natural, que por la espe riencia. Pero con lo vno, ò con lo otro sè, que las passiones amorosas en los recien enamorados son como impetus indiscretos, que hazen salir à la voluntad de sus quicios: la qual atropellando inconuenientes desatinadamẽte se arroja tras su desseo: y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcança lo que dessea, mengua el desseo con la possession de la cosa desseada, y quizà abriendose entonces los ojos del entendimiento, se veè, ser biẽ que se aborrezca lo que antes se adoraua. Este temor engendra en mi vn recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo. Vna sola joya tẽgo, que la estimo en mas que a la vida, que es la de mi entereza, y virginidad, y no la

tengo de vender à precio de promessas, ni dadiuas, porque en fin serà vendida: y si puedo ser comprada, serà de muy poca estima: ni me la han de lleuar trazas, ni embelecos, antes pienso yrme con ella à la sepultura, y quizà al cielo, que ponerla en peligrò, que quimeras, y fãtasias soñadas la enuistan, ò ma noseen. Flor es la de la virginidad, que à ser possible, aun con la imaginacion no auia de dexàr ofenderse. Cortada la rosa del rosal, con que breuedad, y facilidad se marchita. Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja: y finalmente entre las manos rusticas se deshaze, Si vos señor, por sola esta prenda venis, no la aueys de lleuar, sino atada con las ligaduras, y lazos del matrimonio: que si la virginitad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo, que entonces no seria perderla, sino emplearla en ferias, que felizes ganancias prometen: si quisieredes sermi esposo, yo lo serè vuestra. Però han de preceder muchas condiciones, y aueriguaciones primero. Primero tengo de saber, si soys el que dezis: luego, hallando esta verdad, aueys de dexar la casa de vuestros padres, y la aueys de trocar con nuestros ranchos, y tomando el trage de Gitano, aueys de cursar dos años en nuestras escuelas, en el qual tiempo me satisfarè yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo

del

del qual, si vos os contentaredes de mi, y yo de vos, me entregarè por vuestra espo sa: pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en seruiros. Y aueys de considerar, que en el tiempo deste nouiciado podria ser, que cobrassedes la vista, que aora deueys de tener perdida, ò por lo menos turbada, y viessedes, que os conuenia huyr de lo que aora seguis con tanto ahinco: y cobrando la libertad perdida con vn buē arrepentimiento, se perdona qualquier culpa. Si con estas condiciones quereys entrar à ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano està, pues faltando alguna dellas, no aueys de tocar vn dedo de la mia. Pasmose el moço a las razones de Preciosa, y pusose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras, que consideraua lo que responder deuia. Viendo lo qual Preciosa, tornò à dezirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aqui nos ofrece el tiempo, pueda, ni deua resoluerse. Bolueos señor a la villa, y considerad de espacio lo que vieredes que mas os conuenga, y en este mismo lugar me podeys hablar todas las fiestas que quisieredes, al yr, ò venir de Madrid. A lo qual respondio el gentilhombre: Quando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determinè de hazer por ti quanto tu vo-

luntad acertasse à pedirme (aunque nunca cupo en mi pensamiẽto, que me auias de pedir lo que me piedes) Pero pues es tu gusto, que el mio al tuyo se ajuste, y acomode, cuentame por Girano desde luego, y haz de mi todas las esperiencias que mar quesieres, que siempre me has de hallar el mismo que aora te significo: mira quando quieres que mude el trage? que yo querria que fuesse luego, que con ocasion de yr à Flandes engañarè a mis padres. y sacarè dineros para gastar algunos dias, y seràn hasta ocho los que podrè tardar en acomodar mi partida: a los que fueren conmigo, yo los sabrè engañar de modo, que salga con mi determinacion. Lo que te pido es (si es que ya puedo tener atreuimiento de pedirte, y suplicarte algo) que si no es oy (donde te puedes informar de mi calidad, y de la de mis padres) que no vayas mas à Madrid: porque no querria, que algunas de las demasiadas ocasiones, que alli puedẽ ofrecerse, me salteasse la buena ventura, que tanto me cuesta. Esso no, señor galan, respondio Preciose, sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue, ni turbe la pesadumbre de los zelos: y entienda, que no la tomarè tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lexos, que llega mi honestidad à mi desemboltura: y en el primero cargo en que quiero estaros, es, en

el

el de la confiança, que aueys de hazer de mi. Y mirad, que los amantes que entrã pidiendo zelos, ò son simples, ò confiados. Satanas tienes en tu pecho, muchacha, dixo a esta sazon la Gitana vieja: mira que dizes cosas, que no las diria vn Colegial de Salamanca. Tu sabes de amor, tu sabes de zelos, tu de confiancas: como es esto, que me tienes loca? y te estoy escuchando como à vna persona espiritada, que habla Latin sin saberlo. Calle abuela, respondio Preciosa, y sepa, que todas las cosas que me oye, son nonada, y son de burlas, para las muchas que de mas veras me quedã en el pecho. Todo quanto Preciosa dezia, y tosta la discrecion que mostraua, era añadir leña al fuego, que ardia en el pecho del enamorado Cauallero. Finalmente quedaron, en que de alli a ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde el vendria a dar cuenta del termino en que negocios estauan, y ellas aurian tenido tiempo sus de informarse de la verdad, que les auia dicho, sacò el moço vna bolsilla de brocado, donde dixo que yuan cien escudos de oro, y dioselos à la vieja: pero no queria Preciosa que los tomasse en ninguna manera, à quien la Gitana dixo: Calla niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es, auer entregado las armas, en señal de rendimiẽto:

y el dar, en qualquiera ocasion que sea, siempre fue indicio de generoso pecho. Y acuerdate de aquel refran, que dize: Al cielo rogando, y con el maço dando. Y mas, que no quiero yo, que por mi pierdan las Gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquerido de codiciosas, y aprouechadas. Cien escudos quieres tu que deseche Preciosa? y de oro en oro? que pueden andar cosidos en el alforça de vna saya, que no valga dos reales, y tenerlos alli, como quien tiene vn juro sobre las yeruas de Estremadura. Y si alguno de nuestros hijos, nietos, ò parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, aurà fauor tan bueno, que llegue à la oreja del juez, y del escriuano, como destos escudos, si llegan à sus bolsas? Tres vezes por tres delitos diferentes me he visto casi puesto en el asno, para ser açotada: y de la vna me librò vn jarro de plata, y de la otra vna sarta de perlas, y de la otra quarenta reales de a ocho, que auia trocado por quartos, dando veynte reales mas por el cambio. Mira niña, que andamos en oficio muy peligroso, y lleno de tropieços, y de ocasiones forçosas: y no ay defensas que mas presto nos amparen, y socorran, como las armas inuencibles del gran Filipo: no ay passar adelante de su plus vltra. Por vn doblon

blon de dos caras se nos muestra alegre la triste del Procurador, y de todos los ministros de la muerte, que son Arpias de nosotras las pobres Gitanas: y mas precian pelarnos, y desollarnos à nosotras, que à vn salteador de caminos: jamas por mas rotas, y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dizen que somos como los jubones de los grauachos de Velmonte, rotos, y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya abuela, que no digamas, que lleua termino de alegar tantas leyes, en fauor de quedarse con el dinero, que agote las de los Emperadores: quedese con ellos, y buen prouecho le hagan, y plega à Dios que los entierre en sepultura, donde jamas tornen à ver la claridad del Sol, ni aya necessidad que la vean. A estas nuestas compañeras serà forçoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deuen de estar enfadadas. Assi veràn ellas, replicò la vieja, moneda destas, come veen al Turco agora. Este buen señor verà, si le ha quedado alguna moneda de plata, ò quartos, y los repartirà entre ellas, que con poco quedaran contentas. Si traygo, dixo el galan, y sacò de la faldriquera tres reales de a ocho que repartiò entre las tres Gitanillas, cõ que q̃daron mas alegres, y mas satisfechas, que suele quedar vn Autor

de comedias, quando en competençia de otro le suelen retular por las esquinas, Victor, Victor. En resolucion concertaron, como se ha dicho, la venida de alli à ocho dias: y que se auia de llamar, quando fuesse Gitano, Andres Cauallero: porque tambien auia Gitanos entre ellos deste appellido. No tuuo atreuimiento Andres (que assi le llamaremos de aqui adelante) de abraçar à Preciosa: antes embiãdole con la vista el alma, sin ella, si assi dezir se puede, las dexò, y se entrò en Madrid, y ellas contentissimas, hizieron lo mismo. Preciosa algo aficionada (mas cõ benouolencia, que con amor) de la gallarda disposicion de Andres, ya desseaua informarse, si era el que auia dicho, entrò en Madrid, y a pocas calles andadas encontrò con el page Poeta de las coplas, y el escudo: y quando el la vio, se llegò à ella, diziendo: Vengas en buen ora Preciosa: leyste por ventura las coplas que te di el otro dia? A lo que Preciosa respondio: primero que le responda palabra, me ha de dezir vna verdad, por vida de lo que mas quiere. Conjuro es esse, respondio el page, que aunque el dezirla me costasse la vida, no la negarè en ninguna manera. Pues la verdad que quiero que me diga, dixo Preciosa, es si por ventura es Poeta? A serlo, replicò el page, forçosamente auia de ser por ventura. Pero has de saber Preciosa, que esse nombre de Poeta

muy pocos le merecen: y assi yo no lo soy sino vn aficionado à la poesia: y para lo que he menester, no voy a pedir, ni a buscar versos agenos: los que te di, son mios, y estos que te doy agora tambien: mas no por esto soy Poeta, ni Dios lo quiera. Tan malo es ser poeta? replicò Preciosa. No es malo, dixo el page: pero el ser Poeta à solas, no lo tengo por muy bueno. Hase de vsar de la poesia, como de vna joya preciosissima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la muestra à todas gentes, ni a cada passo, sino quando conuenga, y sea razon que la muestre. La poesia es vna bellissima donzella casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los limites de la discrecion mas alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los arboles la desenojan, las flores la alegran: y finalmente deleyta, y enseña à quantos con ella comunican. Con todo esso, respondio Preciosa, he oydo dezir, que es pobrissima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al reues, dixo el page, porque no ay Poeta, que no sea rico, pues todos viuen contentos con su estado. Filosofia que la alcáçan pocos: pero que te ha mouido Preciosa à hazer esta pregunta? Hame mouido, respondio Preciosa, porque como yo tengo à todos, ò los mas Poetas por pobres, causome marauilla aquel escudo de oro, que me distes entre vuestros

Pues assi es, replicò el page, que quieres Preciosa que yo sea pobre por fuerça? no deseches el alma que en esse papel te embio, y bueluemе el escudo, que como le toques con la mano, le tendrè por reliquia mientras la vida me durare. Sacò Preciosa el escudo del papel, y quedo se con el papel, y no le quiso leer en la calle. El page se despidio, y se fue contentissimo, creyendo, que ya Preciosa quedaua rendida, pues con tanta afabilidad le auia hablado. Y como ella lleuaua puesta la mira en buscar la casa del padre de Andres, sin querer detenerse à baylar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaua, que ella muy bien sabia: y auiendo andado hasta la mitad, alçò los ojos à vnos valcones de hierro dorados, que le auian dado por señas, y vio en ella à vn Cauallero de hasta edad de cinquenta años, con vn Habito de Cruz colorada en los pechos, de venerable grauedad, y presencia: el qual apenas tambien huuo visto la Gitanilla, quando dixo: Subid niñas, que aqui os daran limosna. A esta voz acudieron al valcon otros tres Caualleros, y entre ellos vino el enamorado Andres, que quando vio à Preciosa, perdio la color, y estuuo à punto de perder los sentidos, tanto fue el sobresalto que recibiò con su vista. Subieron

las

las Gitanillas todas, sino la grande, que se quedò abaxo, para informarse de los criados de las verdades de Andres. Al entrar las Gitanillas en la sala, estaua diziendo el Cauallero anciano a los demas: Esta deue de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dizen que anda por Madrid. Ella es, replicò Andres, y sin duda es la mas hermosa criatura que se ha visto. Assi lo dizen, dixo Preciosa, que lo oyò todo en entrãdo: pero en verdad que se deuen de engañar en la mitad del justo precio. Bonita bien creo que lo soy: pero tan hermosa, como dizen, ni por pienso. Por vida de don Iuanico mi hijon, dixo el anciano, que aun soys mas hermosa de lo que dizen, linda Gitana. Y quien es don Iuanico su hijo, preguntò Preciosa? Esse galan que esta à vuestro lado, respondio el Cauallero. En verdad que pensè, dixo Preciosa, que juraua v. m. por algun niño de dos años: mirad que don Iuanico, y que brinco. A mi verdad, que pudiera ya estar casado, y que segun tiene vnas rayas en la frente, no passaran tres años sin que lo este, y muy à su gusto, si es que desde aqui alla no se le pierde, ò se le truecca. Basta, dixo vno de los presentes, que sabe la Gitanilla de rayas. En esto las tres Gitanillas que yuan con Preciosa, todas tres se arrimaron à vn rincon de la sala, y cosiendose las bocas vnas con otras, se juntaron por no ser oydas. Dixo

la Christina: Muchachas, este es el Cauallero que nos dio esta mañana los tres reales de a ocho. Assi es la verdad, respondieron ellas, pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si el no nos lo mienta: que sabemos, si quiere encubrirse. En tanto que esto entre las tres passaua, respondio Preciosa à lo de las rayas. Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adiuino. Yo sè del Señor don Iuanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso, y azelerado, y gran prometedor de cosas, que parecen impossibles: y plega à Dios que no sea mentirosito, que seria lo peor de todo. Vn viaje ha de hazer agora muy lexos de aqui, y vno piensa el vayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quiça pensarà que va à Oñez, y darà vn Gamboa. A esto respondio don Iuan: en verdad Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion: pero en lo de ser mẽtiroso, vas muy fuera de la verdad, porque me precio de dezirla en todo acontecimiento. En lo del viage largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios seruido, dentro de quatro, ò cinco dias me partirè à Flandes, aunque tu me amenazas, que he de torcer el camino, y no querria, que en el me sucediesse algun desman, que lo estoruasse. Calle Señorito, respondiò Preciosa, y encomiendese à Dios, que todo se harà biẽ: y sepa, que yo no sè nada de lo que digo:

y no

y no es marauilla, que como hablo mucho, y à bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte, à que no te partiesses sino que sossegasses el pecho, y te estuuiesses con tus padres, para dar les buena vejez, porque no estoy bien con estas ydas, y venidas à Flandes, principalmente los moços de tan tierna edad como la tuya: dexate crecer vn poco, para que puedas lleuar los trabajos de la guerra, quanto mas que harta guerra tienes en tu casa: hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sossiega, sossiega alborotadito, y mira lo que hazes primero que te cases, y danos vna limosnita por Dios, y por quien tu eres: que en verdad que creo que eres bien nacido. Y si a esto se junta el ser verdadero, yo cantarè la gala al vencimiento de auer acertado. En quanto te he dicho otra vez, te he dicho niña (respondio el don Iuan, que auia de ser Andres Caualléro) que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no deuo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumplirè en la ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida: pues no se puede preciar de Cauallero, quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te darà limosna por Dios, y por mi, que en verdad que esta mañana di quanto tenia à

vnas

vnas damas, que a ser tan lisongeras como hermosas, especialmente vna dellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dixo à las demas Gitanas. Ay niñas que me maten, si no lo dize por los tres reales de a ocho que nos dio esta mañana. No es assi, respondio vna de las dos; porque dixo que eran damas, y nosotras no lo somos: y siendo el tan verdadero, como dize, no auia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondio Cristina, la que se dize sin perjuyzio de nadie, y en prouecho, y credito del que la dize. Pero con todo esto veo, que no nos de nada, ni nos mandan baylar. Subio en esto la Gitana vieja, y dixo: Nieta acaba, que es tarde, y ay mucho que hazer, y mas que dezir. Y que ay abuela, preguntò Preciosa, ay hijo, ò hija? Hijo, y muy lindo, respondio la vieja: ven Preciosa, y oyras verdaderas marauillas. Plega à Dios, que no muera de sobreparto, dixo Preciosa: todo se mirarà muy bien replicò la vieja, quanto mas que hasta aqui todo ha sido parto derecho, y el infante es como vn oro. Ha pàrido alguna señora? preguntò el padre de Andres Cauallero. Si señor, respondio la Gitana, pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona, y

aſſi no podemos dezir quienes. Ni aqui lo queremos ſaber, dixo vno de los preſentes: pero deſdichada de aquella que en vueſtras lenguas depoſita ſu ſecreto, y en vueſtra ayuda pone ſu honra. No todas ſomos malas, reſpondio Precioſa, quiçà ay alguna entre noſotras, que ſe precia de ſecreta, y de verdadera, tanto quanto el hombre mas eſtirado que ay en eſta ſala: y vamonos abuela, que aqui nos tienen en poco: pues en verdad que no ſomos ladronas, ni rogamos à nadie. No os enojeys Precioſa, dixo el padre, que a lo menos de vos imagino, que no ſe puede preſumir coſa mala, que vueſtro buen roſtro os acredita, y ſale por fiador de vueſtras buenas obras. Por vida de Precioſita, que bayleys vn poco con vueſtras cõpañeras, que aqui tengo vn doblon de oro de a dos caras, que ninguna es como la vueſtra, aunque ſon de dos Reyes. Apenas huuo oydo eſto la vieja, quando dixo: Ea niñas, haldas en cinta, y dad cõtento à eſtos ſeñores. Tomo las ſonajas Precioſa, y dieron ſus bueltas, hizieron, y deshizieron todos ſus lazos, con tanto donayre, y deſemboltura, que tras los pies ſe lleuauan los ojos de quantos las mirauan, eſpecialmente los de Andres, que aſſi ſe yuan entre los pies de Precioſa, como ſi alli tuuieran el centro de ſu gloria: pero turboſela la ſuerte, de manera, que ſe la boluiò en infierno, y fue el caſo, que

en la fuga del bayle se le cayò à Preciosa el papel que la auia dado el page: y apenas huuo caydo, quãdo le alçò el que no tenia buen concepto de las Gitanas, y abriendole al punto, dixo: Bueno sonetico tenemos: cesse el bayle, y escuchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesole à Preciosa, por no saber lo que en el venia, y rogò, que no le leyessen, y que se le boluiessen: y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiauan el desseo de Andres para oyrle. Finalmente el Cauallero le leyò en alta voz, y era este.

QVando Preciosa el pãderete toca,
Y hiere el dulce sõ los ayres vanos,
Perlas son, que derrama con las manos,
Flores son, que despide de la boca:
Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda à los dulces actos sobre humanos.
Que de limpios, de honestos, y de sanos
Su fama el cielo leuantado toca.
Colgadas del menor de sus cabellos,
Mil almas lleua, y sus plantas tiene
Amor rendidas vna, y otra flecha:
Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su Imperio amor por ellas le mãtiene,
Y aun mas grandezas de su ser sospecha.

Por

POr Dios, dixo el que leyò el soneto, que tiene donayre el Poeta que le escriuiò. No es Poeta señor, sino vn page muy galan, y muy hombre de bien, dixo Preciosa. Mirad lo que aueys dicho Preciosa, y lo que vays à dezir, que essas no son alabanças del page, sino lanças que traspassan el coraçon de Andres que las escucha, quereys lo ver niña? pues bolued los ojos, y vereys le desmayado encima de la silla con vn trasudor de muerte: no penseys donzella, que os ama tan de burlas Andres, que no le hieran, y sobresalten el menor de vuestros descuydos. Llegaos a el en horabuena, y dezilde algunas palabras al oydo, que vayan derechas al coraçon, y le bueluan de su desmayo. No sino anda os à traer sonetos cada dia en vuestra alabança, y vereys qual os le ponen. Todo esto passò assi como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil zelosas imaginaciones le sobresaltaron: no se desmayò, pero perdiò la color, de manera que viendole su padre, le dixo: Que tienes don Iuan, que parece que te vas a desmayar, segun se te ha mudado el color. Esperense, dixo à esta sazon Preciosa, dexenmele dezir vnas ciertas palabras al oydo, y veràn como no se desmaya. Y llegandose à el, le dixo, casi sin mouer los labios: Gentil animo para Gitano: como podreys Andres sufrir el tormento de toca, pues

no podeys lleuar el de vn papel: y hazien dole media dozena de Cruzes sobre el coraçon, se apartò del: y entonces Andres respirò vn poco, y diò a entender, que las palabras de Preciosa le auian aprouechado: finalmente el doblon de dos caras se le dieron à Preciosa: y ella dixo à sus compañeras, que le trocaria, y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres le dixo, que le dexasse por escrito las palabras que auia dicho à don Iuan, que las queria saber en todo caso. Ella dixo, que las diria de muy buena gana, y que entendiessen, que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preseruar el mal del coraçon, y los vaguidos de cabeça, y que las palabras eran.

Cabezita, cabezita
Tente en ti no te resbales
Y apareja dos puntales
De le paciencia bendita:
Solicita
La bonita
Confianzita,
No te inclines
A pensamientos ruynes,
Veràs cosas
Que toquen en milagrosas,
Dios delante,
Y San Christoual gigante.

Con

CON la mitad destas palabras que le digan, y con seys Cruzes que le hagan sobre el coraçon a la persona que tuuiere vaguidos de cabeça, dixo Preciosa, que darà como vna mançana. Quando la Gitana vieja oyò el ensalmo, y el embuste, quedò pasmada, y mas lo quedò Andres, que vio, que todo era inuencion de su agudo ingenio. Quedaronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tartago à Andres, que ya sabia ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, y martelos, y sobresaltos zelosos à los rendidos amantes. Despidieronse las Gitanas, y al yrse dixo Preciosa à don Iuan: Mire señor, qualquiera dia desta semana es prospero para partidas, y ninguno es aziago, apresure el yrse lo mas presto que pudiere, que le aguarda vna vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse à ella. No es tan libre la del soldado, a mi parecer, respondio don Iuan, que no tenga mas de sujecion, que de libertad: pero con todo esto harè como viere. Mas vereys de lo que pensays, respondio Preciosa, y Dios os lleue, y trayga cõ bien, como vuestra buena presencia merece. Con estas vltimas palabras quedò contento Andres, y las Gitanas se fueron contentissimas: trocaron el doblon repartieronle entre todas ygualmẽte, aunque la vieja guardiana lleuaua siempre parte y media de lo que se juntaua, assi por la

ma-

mayoridad como por ser ella el aguja por quien se guiauan en el maremagno de sus bayles, donayres, y aun de sus embustes. Llegose en fin el dia que Andres Cauallero se apareciò vna mañana en el primer lugar de su aparecimiento, sobre vna mula de alquiler, sin criado alguno, hallò en el à Preciosa y a su abuela, de las quales conocido, le recibieron con mucho gusto. El les dixo, que le guiassen al rancho antes que entrasse el dia, y con el se descubriessen las señas que lleuaua, si à caso le buscassen: ellas, que como aduertidas, vinieron solas, dieron la buelta, y de alli à poco rato llegaron à sus barracas, entrò Andres en la vna, que era la mayor del rancho, y luego acudieron à verle diez ò doze Gitanos todos moços, y todos gallardos, y bien hechos, à quien ya la vieja auia dado cuenta del nueuo compañero, que les auia de venir, sin tener necessidad de encomẽdarles el secreto, que como ya se ha dicho, ello le guardan con sagazidad, y puntualidad nunca vista, echaron luego ojo à la mula, y dixo vno dellos: esta se podrà vender el Iueues en Toledo. Esso no, dixo Andres, porque no ay mula de alquiler que no sea conocida de todos los moços de mula, que traginā por España. Par Dios señor Andres, dixo vno de los Gitanos, que aunque la mula tuuiera mas señales que las que han de preceder al dia tremendo, aqui la trans-

formaramos de manera, que no la conociera la madre que la pariò, ni el dueño que la ha criado. Con todo esso, respondio Andres, por esta vez se ha de seguir, y tomar el parecer mio. A esta mula se ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huessos no parezcan. Pecado grande, dixo otro Gitano: à vna inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andres, sino haga vna cosa: mirela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sos señales en la memoria, y dexenmela lleuar à mi: y si de aqui à dos horas la conociere, que me lardeen como à vn negro fugitiuo. En ninguna manera consentirè, dixo Andres, que la mula no muera, aunque mas me asseguren su transformacion: yo temo ser descubierto, si a ella no la cubre la tierra. Y si se haze por el prouecho, que de venderla puede seguirle, no vengo tan desnudo à esta cofradia, que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen quatro mulas. Pues assi lo quiere el señor Andres Cauallero, dixo otro Gitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, assi por su mocedad, pues aun no ha cerrado (cosa no vsada entre mulas de alquiler) como porque deue ser andariega, pues no tiene costras en las hijadas, ni llagas de la espuela Dilatose su muerte hasta la noche, y en lo que quedaua de aquel dia, se hizieron las ceremonias de la entrada

de

de Andres à ſer Gitano, que fueron: Deſembaraçaron luego vn rancho de los mejores del aduar, y adornaronle de ramos, y juncia, y ſentandoſe Andres ſobre vn medio alcornoque, puſieronle en las manos vn martillo, y vnas tenazas, y al ſon de dos guitarras que dos Gitanos tañian, le hizieron dar dos cabriolas, luego le deſnudaron vn braço, y con vna cinta de ſeda nueua, y vn garrote le dieron dos bueltas blandamente. A todo ſe hallò preſente Precioſa, y otras muchas Gitanas viejas, y moças, que las vnas cõ marauilla, otras con amor le mirauan, tal era la gallarda diſpoſicion de Andres, que haſta los Gitanos le quedaron aficionadiſſimos. Hechas pues las referidas ceremonias, vn Gitano viejo tomò por la mano à Precioſa, pueſto delante de Andres, dixo: Eſta muchacha, que es la flor, y la nata de toda la hermoſura de las Gitanas que ſabemos que viuen en Eſpaña, te la entregamos, ya por eſpoſa, ò ya por amiga, que en eſto puedes hazer lo que fuere mas de tu guſto: porque la libre, y ancha vida nueſtra no eſtà ſujeta à melindres, ni à muchas ceremonias: mirala bien, y mira, ſi te agrada, ò ſi vees en ella alguna coſa que te deſcontente, y ſi la vees, eſcoge entre las dõzellas que aqui eſtàn la que mas te cõtẽtare, que la que eſcogieres, te daremos: pero has de ſaber, que vna

vez escogida, no la has de dexar por otra, ni te has de empachar, ni entremeter, ni con las casadas, ni con las donzellas. Nosotros guardamos inuiolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prēda del otro, libres viuimos de la amarga pestilencia de los zelos entre nosotros, aunque ay muchos incestos, no ay ningũ adulterio: y quando le ay en la muger propia, ò alguna vellaqueria en la amiga, no vamos a la justicia à pedir castigo, nosotros somos los juezes, y losverdugos de nuestras esposas, ò amigas, con la misma facilidad las mantamos, y las enterramos por las montañas, y desiertos, como si fueran animales nociuos, no ay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor, y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros (como ya he dicho) viuimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes à todos, excepto la muger, ò la amiga que queremos, que cada vna sea del que le cupo en suerte: entre nosotros assi haze diuorcio la vejez como la muerte: el que quisiere, puede dexar la muger vieja, come el sea moço, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con esta, y con otras leyes, y estatutos nos conseruamos, y viuimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las seluas, de los montes, de las fuentes, y de los rios. Los montes nos ofrecen leña deualde,

de, los arboles frutas, las viñas vbas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios pezes, y los vedados caça, sombra las peñas, ayre fresco las quiebras, y casas las cueuas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos refrigerio las nieues baños la lluuia musicas los truenos, y hachas los relampagos. Para nosotros son los duros terreros colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirue de arnes impenetrable, que nos defiende: à nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: à nuestro animo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del si al no no hazemos diferencia: quando nos conuiene: siempre nos preciamos mas de martires, que de confessores, Para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades. No ay aguila, ni ninguna otra à que de rapiña, que mas presto se abalance à la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalançamos à las ocasiones, que algun interès nos señalen: y finalmente tenemos muchas habilidades, que felize fin nos prometen: porque en la carcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos y de noche hurtamos, ò por mejor dezir auisamos que nadie viua descuydado de mirar donde pone su hazienda.

No nos fatiga el temor da perder la honra, ni nos desuela la ambicion de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos à dar memoriales, ni acompañar magnates, ni a solicitar fauores. Por dorados techos, y suntuosos palacios estimamos estas barracas, y mouibles ranchos, por quadros, y Payses de Flandes los que nos da la naturaleza en essos leuantados riscos, y neuadas peñas, tendidos prados, y espesos posques que a cada passo à los ojos se nos muestran. Somos Astrologos rusticos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto à todas horas, sabemos las que son del dia, y las que son de la noche: vemos como arrincona, y barre la aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera el alua, alegrando el ayre, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el Sol dorando cumbres (como dixo el otro Poeta) yrizando montes: ni tememos quedar elados por su ausencia, quando nos hiere a ssoslayo con sus rayos, ni quedar abrasados, quando con ellos particularmente nos toca. Vn mismo rostro hazemos al Sol, que al yelo: a la esterilidad, que a la abundancia. En conclusion somos gente que viuimos por nuestra industria, y pico, y sin entremeternos cõ el antiguo refrã: Yglesia, ò mar, ò casa Real: tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto
os

os he dicho generoſo mancebo, porque no ignoreys la vida, a que aueys venido, y el trato que aueys de profeſſar, el qual os he pintado aqui en borron, que otras muchas, è infinitas coſas yreys deſcubriẽdo en el con el tiempo no menos dignas de conſideracion, que las que aueys oydo. Callo en diziendo eſto el eloquente, y viejo Gitano, y el nouicio dixo, que ſe holgaua mucho de auer ſabido tan loables eſtatutos, y que el penſaua hazer profeſſion en aquella orden tan pueſta en razon, y en politicos fundamentos, y que ſolo le peſaua no auer venido mas preſto en conocimiento de tan alegre vida: y que deſde aquel punto renunciaua la profeſſion de Cauallero, y la vana gloria de ſu illuſtre linage, y lo ponia todo debaxo del yugo, ò por mejor dezir, debaxo de las leyes, con que ellos viuian, pues con tan alta recompenſa le ſatisfazian el deſſeo de ſeruirlos, entregandole à la diuina Precioſa, por quien el dexaria Coronas, è Imperios, y ſolo los deſſearia, para ſeruirla. A lo qual reſpondio Precioſa: pueſto que eſtos ſeñores legiſladores han hallado por ſus leyes, que ſoy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad que es la mas fuerte de todas, que no quiero ſerlo, ſino es con las condiciones que antes que aqui vinieſſes, entre los dos concertamos: dos años has de viuir en

nuestra compañia, primero que de la mia gozes: porque tu no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa: condiciones rompen leyes: las que te he puesto sabes, si las quisieres guardar, podrà ser que sea tuya, y tu seas mio: y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos estan enteros, y de tus dineros no te falta vn ardite. La ausencia que has hecho, no ha sido aun de vn dia, que de lo que del falta te puedes seruir, y dar lugar que consideres lo que mas te conuiene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y naciò libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te estimarè en mucho: si te buelues, no te tendrè en menos. Porque à mi parecer, los impetus amorosos corren à rienda suelta, hasta que encuentran con la razon, o con el desengaño: y no querria yo que fuesses tu para cõmigo, como es el caçador, que en alcançando la liebre que sigue, la coge, y la dexa por correr tras otra que le huye: ojos ay engañados, que à la primera vista tambien les parece el oropel como el oro: pero à poco rato bien conocen la diferencia que ay de lo fino à lo falso: Esta mi hermosura, que tu dizes que tẽgo, que la estimas sobre el Sol, y la encareces sobre el oro, que sè yo, si de cerca te parecerà sombra, y tocada cayras en que es de alquimia. Dos años te doy de tiempo, para-

raque

raque tantees y ponderes lo que ſera biẽ que eſcojas, ò ſera juſto que deſeches: quẽ la prenda que vna vez comprada, nadie ſe puede deshazer della, ſino con la muerte, bien es que aya tiempo, y mucho para miralla, y remiralla, y ver en ella las faltas, o las virtudes que tiene: que yo no me rijo por la barbara, è inſolente licencia, que eſtos mis parientes ſe han tomado de dexar las mugeres, ò caſtigarlas, quando ſe les antoja. Y como yo no pienſo hazer coſa que llame al caſtigo, no quiero tomar compañia que por ſu guſto me deſeche. Tienes razon, ò Precioſa, dixo à eſte punto Andres, y aſſi ſi quieres que aſſegure tus temores, y menoſcabe tus ſoſpechas, jurandote que no ſaldrè vn punto de las ordenes que me puſieres: mira que juramento quieres que haga, ò que otra ſeguridad puedo darte, que à todo me hallaras diſpueſto. Los juramentos, y promeſſas que haze el cautiuo, porque le den libertad, pocas vezes ſe cumplen con ella, dixo Precioſa: y aſſi ſon ſegun pienſo los del amante, que por conſeguir ſu deſſeo, prometer à las alas de Mercurio, y los rayos de Iupiter, como me prometio à mi vn cierto Poeta, y juraua por la laguna Eſtigia. No quiero juramentos ſeñor Andres, ni quiero promeſſas, ſolo quiero remitirlo todo à la eſperiencia deſte nouiciado: y à mi ſe me quedara el cargo de guardarme, quando

vos le tuuieredes de ofenderme. Sea ansi, respondio Andres: solo vna cosa pido à estos señores, y compañeros mios, y es, que no me fuercen a que hurte ninguna cosa, por tiempo de vn mes si quiera: porque me parece que no he de acertar à ser ladron, si antes no preceden muchas liciones. Calla hijo, dixo el Gitano viejo, que aqui te industriaremos de manera que salgas vn aguila en el oficio: y quando le sepas, has de gustar del de modo, que te comas las manos tras el. Ya es cosa de burla, salir vazio por la mañana, y boluer cargado a la noche al rancho? De açotes he visto yo boluer à algunos dessos vazios, dixo Andres. No se toman truchas, &c. replicò el viejo, todas las cosas desta vida estan sujetas à diuersos peligros; y las acciones del ladron al de las galeras, açotes, y horca: pero no porche corra vn nauio tormenta, o se anega, han de dexar los otros de nauegar. Bueno seria, que porche la guerra como los hombres, y los cauallos dexasse de auer soldados: quanto mas, que el que es açotado por justicia entre nosotros, es tener vn habito en las espaldas, que le parece mejor, que si le truxesse en los pechos, y de los buenos. El toque està no acabar acozeando el ayre en la flor de nuestra juuentud, y à los primeros delitos: que el mosqueo de las espaldas, ni el à palear el egua en las

ga-

galeras, no lo estimamos en vn cacao: Hijo Andres, reposad aora en el nido debaxo de nuestras alas, que à su tiempo os sacaremos à bolar, y en parte donde no boluays sin presa, y lo dicho dicho, que os aueys de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dixo Andres, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir dozientos escudos de oro entre todos los del rancho. A penas huuo dicho esto, quando arremetieron a el muchos Gitanos, y leuantandole en los braços, y sobre los ombros le cantauan el Victor, victor: y el grande Andres añadiendo: Y viua, viua Preciosa, amada prenda suya: las Gitanas hizieron lo mismo con Preciosa, no sin embidia de Cristina, y de otras Gitanillas que se hallaron presentes: que la embidia tambien se aloja en los aduares de los barbaros, y en las chozas de pastores, como en palacios de Principes, y esto de ver medrar al vezino, que me parece que no tiene mas meritos, que yo fatiga. Hecho esto, comieron lautamente, repartiose el dinero prometido con equidad, y justicia, renouaronse las alabanças de Andres, subieron al cielo la hermosura de Preciosa. Llegò la noche, acocotaron la mula, y enterraronla de modo, que quedò seguro Andres de ser por ella descubierto: y tambien enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, y

freno, y cinchas, à vſo de los Indios, que ſepultan con ellos ſus mas ricas preſeas. De todo lo que auia viſto y oydo, y de los ingenios de los Gitanos quedò admirado Andres, y con propoſito de ſeguir, y conſeguir ſu empreſſa, ſin entremeterſe nada en ſus coſtumbres, ò alomenos eſcuſarlo por todas las vias que podieſſe, penſando eſſentarſe de la juriſdicion de obedecellos en las coſas injuſtas, que le mandaſſen à coſta de ſu dinero. Otro dia les rogò Andres que mudaſſen de ſitio, y ſe alexaſſen de Madrid, porque temia ſer conocido ſi alli eſtaua: ellos dixeron, que ya tenian determinado yrſe à los montes de Toledo, y deſde alli correr, y garramar toda la tierra circunuezina. Leuantaron pues el rancho, y dieronle à Andres vna pollina en que fueſſe: pero el no la quiſo, ſino yrſe à pie, ſiruiendo de lacayo à Precioſa, que ſobre otra yua. Ella contentiſſima de ver como trionfaua de ſu gallardo eſcudero, y el ni mas ni menos de ver junto à ſi à la que auia hecho ſeñora de ſu aluedrio. O poderoſa fuerça deſte que llaman dulce Dios de la amargura (titulo que le ha dado la ocioſidad, y el deſcuydo nueſtro) y con que veras nos auaſſallas, y quan ſin reſpecto nos tratas Cauallero es Andres, y moço de muy buen entendimiento, criado caſi toda ſu vida en la Corte, y con el regalo de ſus ricos padres, y deſde ayer acà ha

hecho

hecho tal mudança, que engañò à ſus criados, y à ſus amigos, defraudò las eſperanças que ſus padres en el tenian, dexò el camino de Flandes, donde auia de exercitar el valor de ſu perſona, y acrecentàr la honra de ſu linage, y ſe vino à poſtrarſe à los pies de vna muchacha, y a ſer ſu lacayo: que pueſto que hermoſiſſima, en fin era Gitana: priuilegio de la hermoſura, que trae al redopelo, y por la melena à ſus pies à la voluntad mas eſſenta. De alli à quatro dias llegaron à vna aldea dos leguas de Toledo, donde aſſentaron ſu aduar, dando primero algunas prendas de plata al Alcalde del pueblo, en fianças de que en el, ni en todo ſu termino no hurtarian ninguna coſa. Hecho eſto, todas las Gitanas viejas, y algunas moças, y los Gitanos ſe eſparcieron por todos los lugares, ò alomenos apartados por quatro, ò cinco leguas de aquel, donde auian aſſentado ſu Real. Fue con ellos Andres à tomar la primera licion de ladron: pero aunque le dieron muchas en aquella ſalida, ninguna ſe le aſſentò: antes correſpondiendo à ſu buena ſangre, con cada hurto que ſus maeſtros hazian, ſe le arrancaua à el el alma: y tal vez huuo, que pagò de ſu dinero los hurtos que ſus compañeros auian hecho, commouido de las lagrimas de ſus dueños: de lo qual los Gitanos ſe deſeſperauan, diziendole, que era contrauenir à ſus eſtatutos

y ordenanças, que prohiuian la entrada à la caridad en sus pechos, la qual en teniendola, auian de dexar de ser ladrones, cosa que no les estaua bien en ninguna manera. Viendo pues esto Andres, dixo, que el queria hurtar por si solo, sin yr en compañia de nadie. Porque para huyr del peligro tenia ligereza, y para cometelle, no le faltaua el animo: assi que el premio, ò el castigo de lo que hurtasse, queria que fuesse suyo. Procuraron los Gitanos disuadirle deste proposito, diziendole, que le podrian suceder ocasiones donde fuesse necessaria la compañia, assi para acometer, como para defenderse: y que vna persona sola no podia hazer grandes presas. Pero por mas que dixeron, Andres quiso ser ladron solo, y señero, con intencion de apartarse de la quadrilla, y comprar por su dinero alguna cosa, que pudiesse dezir que la auia hurtado, y deste modo cargar lo que menos pudiesse sobre su conciencia. Vsando pues desta industria, en menos de vn mes, truxo mas prouecho à la compañia, que truxeron quatro de los mas estirados ladrones della, de que no poco se holgaua Preciosa, viendo à su tierno amante tan lindo, y tàn despejado ladron: pero con todo esso estaua temerosa de alguna desgracia; que no quisiera ella verle en afrenta, por todo el tesoro de Venecia, obligada à tenerle aquella buena voluntad, los

muchos seruicios y regalos que su Andres le hazia. Poco mas de vn mes se estuuieron en los terminos de Toledo, donde hizieron su Agosto, aunque era por el mes de Setiembre, y desde alli se entraron en Estremadura, por ser tierra rica, y caliente. Passaua Andres con Preciosa honestos, discretos, y enamorados coloquios: y ella poco à poco se yua enamorando de la discrecion, y buen trato de su amante: y el del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion, y belleza de su Preciosa Ado quiera que llegauan el se lleuaua el precio, y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaua à los bolos, y à la pelota estremadamente: tiraua la barra con mucha fuerça, y singulas destreza: finalmente en poco tiempo volò su fama por toda Estremadura, y no ania lugar donde no se hablasse de la gallarda disposicion del Gitano Andres Cauallero, y de sus gracias, y habilidades, y al par desta fama corria la de la hermosura de la Gitanilla: y no auia villa, lugar, ni aldea donde no los llamassen para regozijar las fiestas votiuas suyas, ò para otros particulares regozijos. Desta manera yua el aduar rico, prospero, y cõtento: y los amãtes gozosos cõ solo mirarse. Sucedio pues, que teniendo el aduar entre vnas encinas, algo aparta

do del camino real, oyeron vna noche, ca
si à la mitad della, ladrar sus perros con
mucho ahinco, y mas de lo que acostum-
brauan: salieron algunos Gitanos, y con
ellos Andres, à ver à quien ladrauan, y
vieron que le defendia dellos vn hombre
vestido de blanco, à quien tenian dos per
ros assido de vna pierna: llegaron, y qui-
taronle, y vno de los Gitanos le dixo:
Quien diablos os truxo por qui hombre
à tales horas, y tan fuera de camino, ve-
nis à hurtar por ventura? porque en ver-
dad que aueys llegado à buen puerto.
No vengo a hurtar, respondiò el mordi-
do, ni sè si vengo, ò no fuera de camino,
aunque bien veo, que vengo descamina-
do. Pero dezidme Señores, està por aqui
alguna venta, ò lugar donde pueda reco-
germe esta noche, y curarme de las heri-
das que vuestros perros me han hecho?
No ay lugar, ni venta donde podamos en
caminaros, respondio Andres, mas para
curar vuestras heridas, y alojaros esta
noche, no os faltarà comodidad en nue-
stros ranchos, veni os con nosotros, que
aunque somos Gitanos, no lo parecemos
en la caridad. Dios la vse con vosotros, re
spondio el hombre, y lleuadme donde
quisieredes, que el dolor desta pierna me
fatiga mucho. Llegòse à el Andres, y
otro Gitano caritatiuo, que aun entre los
demonios ay vnos peores que otros: y en
tre muchos malos hombres suele auer al
gun

gun bueno, y entre los dos le lleuaron. Hazia la noche clara con la Luna, de manera que pudieron ver, que el hombre era moço de gentil rostro, y talle: venia vestido todo de lienço blanco, y atrauessada por las espaldas, y ceñida à los pechos vna como camisa, ò talega de lienço. Llegaron à la barraca, ò toldo de Andres, y con presteza encendieron lũbre, y luz, y acudio luego la abuela de Preciosa à curar el herido, de quien ya le auian dado cuenta. Tomò algunos pelos de los perros, friolos en azeyte, y lauando primero cõ vino dos mordeduras, que tenia en la pierna yzquierda, le puso los pelos con el azeyte en ellas, y enzima vn poco de romero verde mascado: liose lo muy bien con paños limpios, y santiguole las heridas, y dixole: Dormid amigo, que con el ayuda de Dios no sera nada. En tanto que curauan al herido, estaua Preciosa delante, y estuuole mirando ahincadamente, y lo mismo hazia el à ella, de modo que Andres echò de ver en la attencion con que el moço la miraua: pero echò lo à que la mucha hermosura de Preciosa se lleuaua tras si los ojos. En resolucion despues de curado el moço, le dexaron solo sobre vn lecho hecho de heno seco: y por entõces no quisieron preguntarle nada de su camino, ni de otra cosa. Apenas se apartaron del, quando Preciosa llamò à Andres à parte, y le dixo: Acuerdaste Andres de

vn

vn papel que se me cayò en tu casa, quando baylaua con mis compañeras, que segun creo te diò vn mal rato? Si acuerdo, respondio Andres, y era vn soneto en tu alabança, y no malo. Pues has de saber Andres, replicò Preciosa, que el que hizo aquel sonetos, es esse moço mordido que dexamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me hablò en Madrid dos, ò tres vezes, y aun me dio vn romançe muy bueno: alli andaua a mi parecer como page, mas no de los ordinarios, sino de los fauorecidos de algũ Principe. Y en verdad te digo Andres, que el moço es discreto, y bien razonado y sobre manera honesto, y no sè que pueda imaginar desta su venida, y en tal trage. Que puedes imaginar Preciosa? respondio Andres, ninguna otra cosa, sino que la misma fuerça que à mi me ha hecho Gitano, le hà hecho a el parecer molinero, y venir a buscarte. Ha Preciosa, Preciosa, y como se va descubriẽdo, que te quieres preciar de tener mas de vn rendido, y si esto es assi, acabame a mi primero, y luego mataràs à este otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no dezir de tu belleza. Valame Dios, respondio Preciosa, Andres, y quan delicado andas, y quan de vn sotil cabello tienes colgadas tus esperanças, y mi credito, pues con tanta facilidad te hà penetrado el alma la dura

ra

ra eſpada de los zelos. Dime Andres, ſi en eſto huuiera artificio, ò engano alguno, no ſupiera yo callar, y encobrir quien era eſte moço? Soy tan necia por ventura, que te auia de dar ocaſion de poner en duda mi bondad, y buen termino. Calla Andres por tu vida, y manaña procura ſacar del pecho deſte tu aſſombro adonde va, ò à lo que viene: podria ſer, que eſtuuieſſe engañada tu ſoſpecha, como yo no lo eſtoy, de que ſea el que he dixo. Y para mas ſatisfacion tuya, pues ya he llegado à terminos de ſatisfazerte de qualquiera manera, y con qualquiera intencion que eſſe moço venga, deſpidele luego, y haz que ſe vaya, pues todos los de nueſtra parcialidad te obedecen, y no aurà ninguno, que contra tu voluntad le quiera dar à cogida en ſu rancho: y quando eſto aſſi no ſuceda, yo te doy mi palabra de no ſalir del mio, ni dexarme ver de ſus ojos, ni de todos aquellos que tù quiſieres que no me vean. Mira Andres, no me peſa à mi de verte zeloſo, pero peſarmeha mocho ſi te veo indiſcreto. Como no me veas loco Precioſa, reſpõdio Andres, qualquiera otra demonſtracion ſerà poca, ò ninguna para dar a entender adonde llega, y quanto fatiga la amarga, y dura preſuncion de los zelos. Pero con todo eſſo yo harè lo que me mandas, y ſabrè, ſi es que es
poſ-

possible, que es lo que este señor page poeta quiere? dõde va? ò que es lo que busca? que podria ser que por algũ hilo, que sin cuydado muestre, sacasse yo todo el ouillo, conque temo viene a enredarme. Nunca los zelos; à lo que imagino, dixo Preciosa, dexan el entendimiento libre, para que queda juzgar las cosas como ellas son. Siempre miran los zelosos con antojos de allende, que hazen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades. Por vida tuya, y por la mia Andres, que procedas en esto, y en todo lo que tocare à nuestros conciertos cuerda, y descretamẽte, que si assi lo hizieres, sè, que me has de conceder la palma de honesta, y recatada, y de verdadera en todo estremo. Con esto se despidio de Andres, y el se quedò esperando el dia, para tomar la confession al herido, llena de turbacion el alma, y de mil contrarias imaginaciones. No podia creer, sino que aquel page auia venido alli atraydo de la hermosura de Preciosa: porque piensa el ladron, que todos son de su condicion. Por otra parte la satisfacion, que Preciosa le auia dado, le parecia ser de tanta fuerça, que le obligaua a viuir seguro, y a dexar en las manos de su bondad toda su ventura. Llegose el dia, visitò al mordido, preguntole como se llamaua, y adonde yua, y como caminaua tan tarde, y tan fuera de camino, aunque primero

le

le preguntò como eſtaua, y ſi ſe ſentia ſin dolor de las mordeduras? A lo qual reſpõdio el moço, que ſe hallaua mejor, y ſin dolor alguno, y de manera, que podia ponerſe en camino. A lo de dezir ſu nõbre, y adonde yua, no dixo otra coſa, ſino que ſe llamaua Alonſo Hurtado, y que yua à nueſtra Señora de la Peña de Francia, à vn cierto negocio, y que por llegar con breuedad, caminaua de noche, y que la paſſada auia perdido el camino, y à caſo auia dado con aquel aduar, donde los perros, que le guardauan, le auian pueſto del modo que auia viſto. No le pareciò à Andres legitima eſta declaracion, ſino muy baſtarda, y de nueuo boluieron à hazerle coſquillas en el alma ſus ſoſpechas: y aſſi le dixo: Hermano ſi yo fuera juez, y vos huuierades caydo debaxo de mi juriſdicion por algun delito, el qual pidiera, que ſe os hizieran las pregũtas, que yo os he hecho, la reſpueſta que me aueys dado, obligara à que os apretara los cordeles. Yo no quiero ſaber quien ſoys, como os llamays, ò adonde vays: pero aduierto os, que ſi os conuiene mentir en eſte vueſtro viaje, mintays con mas aparienćia de verdad. Dezis que vays a la Peña de Francia, y dexays la à la mano derecha, mas atras deſte lugar donde eſtamos bien treynta leguas. Caminays de noche por llegar preſto, y vays fuera de camino por entre boſques, y encinares,
que

que no tienen sendas à penas, quáto mas caminos? Amigo leuantaos, y aprended à mentir, y andad enorabuena. Pero por este buen auiso que os doy, no me direys vna verdad? que si direys, pues tan mal sabeys mentir. Dezidme, soys por ventura vno que yo he visto muchas vezes en la Corte entre page, y Cauallero, que tenia fama de ser gran Poeta, vno que hizo vn Romance, y vn soneto à vna Gitanilla, que los dias passados andaua en Madrid, que era tenida por singular en la bellezza? dezidmelo, que yo os prometo por la fè de Cauallero Gitano, de guardaros el secreto, que vos vieredes que os cōuiene. Mirad que negarme la verdad, de que no soys el que yo digo, no lleuaria camino, porque este rostro que yo veo aqui, es el que vi en Madrid. Sin duda alguna, que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas vezes, que os mirasse como à hombre raro, è insigne: y assi se me quedò en la memoria vuestra figura, que os he venido à conocer por ella, aun puesto en el diferēte trage en que estays agora, del en que yo os vi entonces. No os turbeys, animaos, y no penseys, que aueys llegado à vn pueblo de ladrones, sino à vn asylo, que os sabrà guardar, y defender de todo el mundo: Mirad, yo imagino vna cosa, y si es ansi como la imagino, vos aueys topado con vuestra buena suerte en auer encontrado conmigo.

go.

gò. Lo que imagino es, que enamorado de Preciosa aquella hermosa Gitanica, à quien hizisteis los versos, aueys venido à buscarla, por lo que yo no os tendrè en menos, sino en mucho mas: que aunque Gitano, la esperiencia me ha mostrado adonde se estiende la poderosa fuerça de amor, y la transformaciones que haze hazer à los que coge debaxo de su jurisdicion, y mando: si esto es assi, como creo que sin duda lo es, aqui està la Gitanica. Si aqui està, que yo la vi a noche, dixo el mordido: razon, con que Andres quedô como difunto, pareciendole que auia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas: à noche la vi, tornò à referir il moço, pero no me atreui à dezirle quien era, porque no me conuenia. Dessa manera, dixo Andres, vos soys el Poeta que yo he dicho. Si soy, replicò el mancebo, que no lo puedo, ni lo quiero negar. Quizà podia ser, que donde he pensado perderme, huuiesse venido à ganarme. Si es que ay fidelidad en las seluas, y buen acogimiento en los montes. Ayle sin duda, respondio Andres, y entre nosotros los Gitanos el mayor secreto del mundo. Con esta confiança podeys señor, descubrirme vuestro pecho, que hallareys en el mio lo que vereys sin doblez alguno: la Gitanilla es parienta mia, y està sujeta à lo que quisiere hazer della: si

la

la quisieredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos dello: y si por amiga, no vsaremos de ningun melindre, con tal que tengays dineros, porque la codicia por jamas sale de nuestros ranchos. Dineros traygo, respondio el moço, en estas mangas de camisa, que traygo ceñida por el cuerpo, vienen quatrozientos escudos de oro. Este fue otro susto mortal, que recibiò Andres, viendo, que el traer tanto dinero, no era sino para conquistar, ò comprar su prenda: y con lengua ya turbada dixo: Buena cantidad es essa, no ay sino descubriros, y manos à labor, que la muchacha, que no es nada boba, verà quan bien la està ser vuestra. Ay amigo, dixo à esta sazon el moço, quiero que sepays, que la fuerça que me ha hecho mudar de trage, no es la de amor, que vos dezis, ni de dessear à Preciosa, que hermosas tiene Madrid, que pueden, y saben robar las coraçones, y rendir las almas tambien, y mejor que las mas hermosas Gitanas, puesto que confiesso, que la hermosura de vuestra parienta à todas las que yo he visto se auentaia. Quien me tiene en este trage à pie, y mordido de per ros, no es amor, sino desgracia mia. Con estas razones, que el moço yua diziẽdo, yua Andres cobrando los espiritus perdidas, pareciendole que se encaminauan à otro paradero del que el se imaginaua, y desseoso de salir de aquella confussion,

fussion, boluio à reforçarle la seguridad con que podia descubrirse, y assi el prosiguiò diziendo: Yo estaua en Madrid en casa de vn Titulo, à quien seruia no como à señor, sino como à pariente. Este tenia vn hijo vnico heredero suyo, el qual assi por el parentesco, como por ser ambos de vna edad, y de vna condicion misma, me trataua con familiaridad, y amistad grãde: sucedio, que este Cauallero se enamorò de vna donzella principal, à quien el escogiera de bonissima gana para su esposa, sino tuuiera la voluntad sujeta como buen hijo à la de sus padres, que aspirauã à casarle mas altamente. Pero con todo esso la seruia à hurto de todos los ojos, que pudieran con las lenguas sacar à la plaça sus desseos, solos los mios eran testigos de sus intentos. Y vna noche, que deuia de hauer escogido la desgracia para el caso que aora os dirè. Passando los dos por la puerta, y calle desta señora, vimos arrimados à ella dos hombres, al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y à penas se encaminò hazia ellos, quando echaron con mucha ligereza mano à las espadas, y à dos broqueles, y se vinieron à nosotros, que hizimos lo mismo, y con yguales armas nos acometimos. Durò poco la pendencia, porque no durò mucho la vida de los dos cõtrarios, que de dos estocadas que guiarõ los zelos de mi pariente, y la defensa que

yo

yo le hazia, las perdieron (caso estraño, y pocas vezes visto.) Triunfando pues de lo que no quisieramos, boluimos à casa, y secretamente tomando todos los dineros que podimos, nos fuymos à San Geronimo, esperando el dia, que descubriesse lo sucedido, y las presunciones que se tenia de los matadores. Supimos, que de nosotros no auia indicio alguno, y aconsejaronnos los prudentes Religiosos, que nos boluiessemos à casa, y que no diessemos, ni despertassemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros. Y ya que estauamos determinados de seguir su parecer, nos auisaron que los señores Alcaldes de Corte auian preso en su casa à los padres de la donzella, y a la misma dõzella, y que entre otros criados, à quiẽ tomaron la confession, vna criada de la señora dixo, como mi pariente passeaua a su señora de noche, y de dia: y que con este indicio auian acudido à buscarnos y no hallandonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmò en toda la Corte ser nosotros los matadores de aquellos dos Caualleros, que lo eran, y muy principales. Finalmente con parecer del Conde mi pariente, y del de los Religiosos, despues de quinze dias que estuuimos escondidos en el Monasterio: mi camarada en habito de frayle, con otro frayle se fue la buelta de Aragon, con intencion de passarse à Italia, y desde alli à Flãdes,

hasta

hasta ver en què paraua el caso. Yo quise diuidir, y apartar nuestra fortuna, y queno corriesse nuestra suerte por vna missma derrota, segui otro camino diferente del suyo, y en habito de moço de frayle, à pie sali con vn Religioso, que me dexo en Talauera: desde alli aqui he venido solo, y fuera de camino, hasta que a noche llegue à este encinal, donde me ha sucedido lo que aueys visto. Y si preguntè por el camino de la Peña de Francia, fue por responder algo a lo que se me preguntaua, que en verdad que no se donde cae la Peña de Francia, puesto que sè, que està mas arriba de Salamanca. Assi es verdad, respondio Andres, y ya la dexays à mano derecha, casi veinte leguas de aqui, porque veays quan derecho camino lleuauades, si allà fuerades. El que yo pensaua lleuar, replicò el moço, no es sino à Seuilla, que alli tengo vn Cauallero Ginouès grande amigo del Cōde mi pariente, que suele embiar à Genoua gran cantidad de plata, y lleuo designio, que me acomode con los que la suelē lleuar como vno dellos: y con esta estratagema seguramente podrè passar hasta Cartagena, y de alli à Italia, porque han de venir dos galeras muy presto à embarcar esta plata. Esta es buen amigo mi historia, mirad si puedo dezir, que nace mas de desgracia pura, que de amores aguados. Pero si estos señores Gitanos quisiessen lleuarme en su

compañia hasta Seuilla, si es que van alla, yo se lo pagaria muy bien, que me doy à entender, que en su compañia yria mas seguro, y no con el temor que lleuo. Si lleuaràn, respondio Andres, y sino fueredes en nuestro aduar, porque hasta aora no se si va al Andaluzia, yreys en otro, que creo que auemos de topar dentro de dos dias, y con darles algo de lo que lleuays, facilitareys con ellos otros impossibles mayores. Dexole Andres, y vino à dar cuenta à los demas Gitanos, de lo que el moço le auia contado, y de lo que pretẽdia con el ofrecimiento, que hazia de la buena paga, y recompensa. Todos fueron de parecer, que se quedasse en el aduar, solo Preciosa tuuo el contrario: y la abuela dixo, que ella no podia yr à Seuilla, ni à sus contornos, à causa, que los años passados auia hecho vna burla en Seuilla à vn gorrero, llamado Triguillos, muy cõnocido en ella, al qual le auia hecho meter en vna tinaja de agua hasta el cuello desnudo en carnes, y en la cabeça puesta vna corona de cipres, esperando el filo de la media noche, para salir de la tinaja, à cabar, y sacar vn gran tesoro, que ella le auia hecho creer, que estaua en cierta parte de su casa: dexo, que como oyò el buen gorrero tocar à Maytines, por no perder la coyuntura, se dio tanta priessa à salir de la tinaja, que dio con ella, y cõ el en el suelo, y con el golpe, y con los cascos

ſcos ſe maguillò las carnes, derramoſe el agua, y el quedò nadando en ella, y dando vozes, que ſe anegaua, acudieron ſu muger, y ſus vezinos con luzes, y hallarōle haziendo efectos de nadador, ſoplando, y arraſtrando la barriga por el ſuelo, y meneando braços, y piernas con mucha prieſſa, y diziendo à grandes vozes: Socoro ſeñores, que me ahogo, tal le tenia al miedo, que verdaderamente pensò, que ſe ahogaua. Abraçaronſe con el, ſacatonle de aquel peligrò, boluiò en ſi: contò la burla de la Gitana, y con todo eſſo cabò en la parte ſeñalada mas de vn eſtado en hondo, a peſar de todos quantos le dezian, que era empuſte mio, y ſi no ſe lo eſtoruara vn vezino ſuyo, que tocaua ya en los cimientos de ſu caſa, el diera con entrambas entrambas en el ſuelo, ſi le dexaran cabar todo quanto el quiſiera. Supoſe eſte cuento por toda la ciudad, y haſta los muchachos le ſeñalauan con el dedo, y contauan ſu credulidad, y mi embuſte. Eſto contò la Gitana vieja, y eſto dio por eſcuſa, para no yr à Seuilla. Los Gitanos que ya ſabian de Andres Cauallero, que el moço traia dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en ſu compañia, y ſe ofrecieron de guardarle, y encubrirle todo el tiempo que el quiſieſſe, y determinaron de torcer el camino à mano yzquierda, y entrarſe en la Mancha, y en el Reyno de Maurica:

llamaron al moço, y dieronle cuenta de lo que pensauan hazer por, el se lo gradeciò, y dio cien escudos de oro para que los repartiessen entre todos. Con esta dadiua quedaron mas blandos que vnas martas. Solo a Preciosa no contentò mucho la quedada de don Sancho, que assi dixo el moço que se llamaua. Pero los Gitanos se le mudaron en el de Clemente: y assi le llamaron desde alli adelante. Tambien quedo vn poco torzido Andres, y no bien satisfecho de auerse quedado Clemente por parecerle, que cõ poco fundamento auia dexado sus primeros designios: mas Clemente como si le leyera la intencion entre otras cosas, le dixo, que se holgaua de yr al Reyno de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniessen galeras, como el pensaua que auian de venir, pudiesse con facilidad passar à Italia. Finalmente por traelle mas ante los ojos, y mirar sus acciones, y escrudinar sus pensamientos, quiso Andres que fuesse Clemente su camarada, y Clemente tuuo esta amistad por gran fauor, que se le hazia. Andauan siempre juntos, gastauan largo, llouian escudos, corrian, saltauan, baylauan, y tirauan la barra mejor que ninguno de los Gitanos, y eran de las Gitanas mas que medianamẽte queridos, y de los Gitanos en todo estremo respectados. Dexaron pues à Estremadura, y entraronse en Mancha,

cha, y poço à poco fueron caminando al Reyno de Murcia, en todas las aldeas, y lugares que passauan, auia desafios de pa lota, la esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros exercicios de fuerça maña, y ligereza, y de todos salian vencedores Andres Clemente, como de solo Andres queda dicho. Y en todo este tiempo, que fueron mas de mes y medio nunca tuuo Clemente ocasion, ni el la procurò de hablar à Preciosa, hasta que vn dia estando juntos Andres y ella, llegò el a la conuersacion, porque le llamaron, y Preciosa le dixo: Desde la vez primera que llegaste à nuestro aduar te conoci Clemente, y se me vinieron à la memoria los versos, que en Madrid me diste: pero no quise dezir nada, por no saber con que intencion venias à nuestras estancias: y quãdo supe tu desgracia, me peso en el alma, y se assegurò mi pecho, que estaua sobresaltado, pensando que como auia don Ioanes en el mundo, y que se mudauan en Andreses, assi podia auer don Sanchos, que se mudassen en otros nõbres. Hablote desta manera, porque Andres me ha dicho, que te ha dado cuenta de quien es, y de la intencion con que se ha buelto Gitano: y assi era la verdad, que Andres le auia hecho sabidor de toda su historia, por poder comunicar con el sus pensamientos. Y no pienses que te fue de poco prouecho el conocerte,

pues por mi respecto, y por lo que yo de te dixe, se facilitò el acogerte, y admitirte en nuestra compañia, donde plega à Dios te suceda todo el bien, que acertares à dessearte. Este buen desseo quiero que me pagues, en que no asees à Andres la baxeza de su intento, ni le pintes, quan mal le està perseuerar en este estado: que puesto que yo imagino, que debaxo de los cādados de mi voluntad està la suya, toda via me pesaria de ver le dar muestras, por minimas que fuessen, de algun arrepentimiento. A esto respondio Clemente: No pienses Preciosa vnica, que don Iuan cō ligereza de animo me descubriò quien era, primero conoci yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos, Primero le dixe yo quien era, y primero le adiuine la prission de su voluntad, que tu señalas, y el dandome el credito, que era razō que me diesse fiò de mi secreto el suyo, y el es buen testigo: si alabè su determinacion, y escogido empleo, que no soy ò Preciosa, de tan corto ingenio, que no alcance, hasta donde se estienden las fuerças de la hermosura. Y la tuya, por passar de los limites de los mayores estremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deuen llamar se yerros los que se hazen con tan forçosas causas. Agradezcote señora lo que en mi credito dixiste, y yo pienso pagartelo en dessear, que estos enredos amorosos salgan

à fines

à fines felizes, y que tu gozes de tu Andres, y Andres de ſu Preciosa en conformidad, y guſto de ſus padres, porque de tan hermoſa junta veamos en el mundo los mas bellos renueuos, que pueda formar la bien intencionada naturaleza. Eſto deſſearè yo Preciosa, y eſto le dirè ſiempre à tu Andres, y no coſa alguna, que le diuierta de ſus bien colocados penſamientos. Con tales afectos dixo las razones paſſadas Clemente, que eſtuuo en duda Andres, ſi las auia dicho como enamorado, ò como comedido, que la infernal enfermedad zeloſa es tan delicada, y de tal manera, que en los atomos del Sol ſe pega, y de los que tocan à la coſa amada, ſe fatiga el amante, y deſeſpera. Pero con todo eſto no tuuo zelos cõfirmados: mas fiado de la bondad de Preciosa, que de la ventura ſuya, que ſiempre los enamorados ſe tienen por infelizes, en tanto que no alcançan lo que deſſean. En fin Andres, y Clemente eran camaradas, y grandes amigos, aſſegurando lo todo la buena intencion de Clemente, y el recato, y prudencia de Preciosa, que jamas dio ocaſion à que Andres tuuieſſe della zelos. Tenia Clemente ſus puntas de Poeta, como lo moſtrò en los verſos, que dio à Preciosa, y Andres ſe picaua vn poco, y entrambos eran aficionados à la muſica. Sucedio pues, que eſtando el aduar alojado en vn valle quatro leguas de Murcia,

vna noche por entretenerse, sentados los dos, Andres al pie de vn alcornoque, Clemente al de vna encina, cada vno con vna guitarra, conbidados del silencio de la noche, començando Andres, y respondiendo Clemente, cantaron estos versos.

Andr. MIra Clemente el estrellado velo,
Con que esta noche fria
Compite con el dia
De luzes bellas adornãdo el cielo:
Y en esta semejança,
Si tãto tu diuino ingenio alcança,
A quel rostro figura,
Donde assiste el estremo de hermosura,

Cle. Donde assiste el estremo de hermosura.
Y adonde la Preciosa
Honestidad hermosa.
Con todo estremo de bõdad se apura
En vn sujeto cabe,
Que no ay humano ingenio que le alabe,
Sino toca en diuino,
En alto, en raro, en graue, y peregrino.

Andr. En alto, en raro, en graue, y peregrino,
Estilo nunca vsado
Al cielo leuantado,
Por dulce el mundo, y sin ygual camino,
Tu nombre, ò Gitanilla:
Causando assombro, espanto, y marauilla,
La fama yo quisiera,
Que le lleuara hasta la octaua Esfera.

Cle. Que le lleuara hasta la octaua Esfera

Fue-

Fuera decente, y justo,
Dando a los cielos gusto,
Quando el son de su nombre allà se
Y en la tierra causara, (oyera.
Por dõde el dulce nombre resonara
Musica en los oydos, (dos.
Paz en las almas, gloria en los senti-
Andr. Paz en las almas, gloria en los sen
Se siente quando canta (tidos,
La Sirena que encanta,
Y adormece à los mas apercebidos,
Y tal es mi Preciosa,
Que es lo menos que tiene ser her-
Dulce regalo mio, (mosa,
Corona del donayre, honor del brio.
Cle. Corona del donayre, honor del brio
Eres bella Gitana,
Frescor de la mañana,
Zefiro blando en el ardiente Estio,
Rayo con que amor ciego
Conuierte el pecho mas de nieue en
Fuerça, que ansi la haze, (fuego,
Que blandamẽte mata, y satisfaze.

SEñales yuan dando de no acabar tan presto el libre, y el cautiuo, sino sonara a sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas auia escuchado, suspendiolos el oyrla, y sin mouerse, prestando la marauillosa atencion la escucharon: ella (ò nò sè si de improuiso, ò si en algun tiempo, los versos que cantaua la compusieron) con estremada gracia, como si para respõderles fueran hechos, cantò los siguiẽtes.

EN Esta empressa amorosa,
Donde al amor entretengo,
Por mayor ventura tengo
Ser honesta, que hermosa,
La que es más humilde planta,
Si la subida endereza,
Por gracia ò naturaleza
A los cielos se leuanta,
En este mi baxo cobre,
Siendo honestidad su esmalte,
No ay buen desseo que falte,
Ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena,
No quererme, ò no estimarme,
Que yo pienso fabricarme
Mi suerte, y ventura buena.
Haua yo lo que en mi es,
Que a ser buena me encaminè
Y haga el cielo, y determine
Lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
Tienet al prerogatiua,
Que me encumbre tan arriba,
Que aspire à mayor alteza.
Si las almas son yguales,
Podrà la de vn labrador
Ygualarse por valor
Con las que son Imperiales,
De la mia lo que siento
Me sube al grado mayor,
Porque Magestad, y amor
No tienen vn mismo assiento.

Aqui

AQui dio fin Preciosa à su canto, y Andres, y Clemente se leuantaron à recebilla: passaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubriò en las suyas su discrecion, su honestidad, y su agudeza, de tal manera, que en Clemente hallò disculpa la intencion de Andres que aun hasta entonces no la auia hallado, juzgando mas à mocedad, que a cordura su arrojada determinacion. Aquella mañana se leuantò el aduar, y se fuerō à alojar en vn lugar de la jurisdicion de Murcia, tres leguas de la cuidad, donde le sucedio à Andres vna desgracia, que le puso en punto de perder la vida: y fue, que despues de auer dado en aquel lugar algunos vasos, y prendas de plata en fianças, como tenian de costumbre, Preciosa, y su abuela, y Cristina, con otros dos Gitanillas, y los dos Clemente, y Andres se alojaron en vn meson de vna vuida rica, la qual tenia vna hija de edad de diez si siete, ò diez y ocho años, algo mas desembuelta, que hermosa: y por mas señas se llamaua Iuana Carducha. Esta auiendo visto baylar à las Gitanas, y Gitanos, la tomò el diablo, y se enamorò de Andres tan fuertemente, que propuso de dezirselo, y tomar le por marido, si el quisiesse, aunque à todos sus parientes les pesasse: y assi busco coyuntura para dezirselo, y hallo la en vn corral, donde Andres auia entrado à requerir dos pollinos. Llegose

à el, y con priessa, por no ser vista, le dixo Andres (que ya sabia su nombre) yo soy donzella, y rica, que mi madre no tiene otro hijo si no à mi, y este meson es suyo: y amen desto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas, hasme parecido bien: si me quieres por esposa, à ti està, respondeme presto: y si eres discreto, quedate, y veràs que vida nos damos. Admirado quedò Andres de la resolucion de la Carducha y con la presteza que ella pedia, le respondio: Señora donzella: yo estoy apalabrado para casarme, y los Gitanos no nos casamos sino con Gitanas, guarde la Dios por la merced que me queria hazer, de quien yo no soy digno. No estuuo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la azeda respuesta de Andres, à quien replicara, sino viera, que entrauan en el corral otras Gitanas. Saliose corrida, y assendereada, y de buena gana se vengara, si puediera. Andres como discreto determinò de poner tierra en medio, y desuiarse de aquella ocasion, que el diablo le ofrecia, que bien leyò en los ojos de la Carducha, que sin los lazos matrimoniales se le entregara à todo su voluntad, y no quiso verso pie à pie, y solo en aquella estacada: y assi pidiò à todos los Gitanos, que aquella noche se partiessen de aquel lugar. Ellos que siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianças a quella tarde, se

fueron.

fueron. La Carducha que vio que en
yrſe Andres, ſe le yua la mitad de ſu al-
ma, y que no le quedaua tiempo para ſo-
licitar el cumplimiento de ſus deſſeos, or
denò de hazer quedar à Andres por fuer
ça, ya que de grado no podia: y aſſi con
la induſtria, ſagazidad, y ſecreto que ſu
mal intento le enſeñò, puſo entre las al-
hajas de Andres, que ella conociò por ſu-
yas, vnos ricos corales, y dos patenas de
plata, con otros brincos ſuyos: y à penas
auian ſalido del meſon, quando dio vo-
zes, diziendo, que aquellos Gitanos le
lleuauan robadas ſus joyas, à cuyas vo-
ces acudio la juſticia, y toda la gente del
pueblo. Los Gitanos hizieron alto, y to-
dos jurauan, que ninguna coſa lleuauan
hurtada, y que ellos harian patentes to-
dos los ſacos, y repueſtos de ſu aduar. De
ſte ſe congoxò mucho la Gitana vieja, te
miendo, que en aquel eſcrutinio no ſe ma
nifeſtaſſen los dixes de la Precioſa, y los
veſtidos de Andres, que ella con gran cuy
dado y recato guardaua. Pero la buena
de la Carducha lo remediò con mucha
breuedad todo: porque al ſegundo em-
boltorio que miraron dixo, que pregun-
taſſen, qual era el de aquel Gitano gran
baylador, que ella le auia viſto entrar en
ſu apoſento dos vezes, y que podria ſer,
que aquel las lleuaſſe. Entendiò Andres,
que por el lo dezia; y riendoſe dixo:

Señora

Señora donzella, esta es mi recamara, y este es mi pollino: si vos hallaredes en ella, ni en el lo que os falta, yo os lo pagarè con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da à los ladrones. Acudieron luego los ministros de la justicia à desvalijar el pollino, y a pocas bueltas dieron con el hurto, de que quedò tan espantado Andres, y tan absorto, que no parecio sino estatua sin voz de piedra dura. No sospechè yo bien? dixo à esta sazon la Carducha: mirad con que buena cara se encubre vn ladron tan grande? El Alcalde que estaua presente, començò a dezir mil injurias à Andres, y à todos los Gitanos, llamandolos de publicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaua Andres, suspenso, è imaginatiuo, y no acabaua de caer en la traycion de la Carducha. En esto se llegò à el vn soldado vizarro, sobrino del Alcalde diziendo: No veys qual se ha quedado el Gitanico podrido de hurtar? apostarè yo que haze melindres, y que niega el hurto, cõ auersele cogido en las manos: que bien aya quien no os echa en galeras à todos. Mirad si estuuiera mejor este vellaco en ellas, siruiẽdo à su Magestad, que no andarse baylando de lugar, y hurtando de venta en monte. A fè de soldado que estoy por dar le vna bofetada, que le derribe à mis pies y diziendo esto, sin mas ni mas, alçò la mano, y le diò vn bofeton, tal que le hizo
boluer

boluer de su embelesamiento, y le hizo acordar, que no era Andres Cauallero, sino Don Iuan, y Cauallero: y arremetiẽdo al soldado con mucha presteza, y mas colera, le arrancò su misma espada de la bayna, y se la embaynò en el cuerpo, dando con el muerto en tierra. Aqui fue el gritar del pueblo: aqui el amohinarse el tio Alcalde: aqui el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres de verla desmayada: aqui el acudir todos à las armas, y dar tras el homicida. Creciò la confusion, creciò la grita: y por acudir Andres al desmayo de Preciosa, dexò de acudir à su defensa. Y quiso la suerte, que Clemente no se hallasse al desastrado sucesso, que con los vagajes auia ya salido del pueblo; finalmente tantos cargaron sobre Andres, que le prendieron, y le aherrojaron con dos muy gruessas cadenas, bien quisiera el Alcalde ahorcarle luogo, si estuuiera en su mano: pero huuo de remitirle à Murcia, por ser de su jurisdicion: no le lleuarõ hasta otro dia, y en el que alli estuuo, passò Andres muchos martirios, y vituperios, que el indignado Alcalde, y sus ministros, y todos los del lugar le hizieron.
Prendio el Alcalde todos los mas Gitanos, y Gitanas que pudo, porque los mas huyeron, y entre ellos Clemente, que temio ser cogido, y descubierto. Finalmente con la sumaria del caso, y con vna grã cafila de Gitanos entraron el Alcalde, y

sus ministros con otra mucha gente arma da en Murcia, entre los quales yua Preciosa, y el pobre Andres ceñido de cadenas sobre vn macho, y cõ esposas, y pie de amigo. Salio toda Murcia à vèr los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aql dia fue tanta, q̃ ninguno la miraua, que no la bendezia, y llegò la nueua de su belleza à los oydos de la señora Corregidora, que por curiosidad de verla, hizo que el Corregidor su marido mãdasse, q̃ aquella Gitanica no entrasse en la carcel, y todos los demas si: y à Andres le pusierõ en vn estrecho calaboço, Cuya escuridad, y la falta de la luz de Preciosa le tratarõ de manera, que biẽ pensò no salir de alli, sino para la sepultura, Lleuaron à Preciosa cõ su abuela, à que la Corregidora la viesse, y assi como la vio, dixo: Con razon la alaban de hermosa: y llegandola à si la abraçò tiernamente, y no se hartaua de mirarla: y preguntò à su abuela, que que edad tendria aquella niña? Quinze años, respondio la Gitana, dos meses mas o menos. Essos tuuiera agora la desdichada, de mi Costança: ay amigas, que esta niña me ha renouado mi desuentura, dixo la Corregidora. Tomò en esto Preciosa las manos de la Corregidora, y besandoselas muchas vezes se las bañaua cõ lagrimas, y le dezia: Señora mia, el Gitano que està preso no tiene culpa, porque fue prouocado: llamaronle ladron, y no lo es; die-

ronle vn bofeton en fu rostro, que es tal, que en el fe defcubre la bondad de fu animo. Por Dios, y por quien vos foys feñora, que le hagays guardar fu justicia, y que el feñor Corregidor no fe de prieſſa à executar en el el castigo con que las leyes le amenazan: y fi algun agrado os ha dado mi hermofura, entretenedla cō entretener el prefo, porque en el fin de fu vida està el de la mia: el ha de fer mi efpofo, y juftos, y honeftos impedimentos han eftoruado, q̄ aun hafta aora no nos auemos dado las manos: fi dineros fueren menefter, para alcançar perdō de la parte, todo nueftro aduar fe vēderà en publica almoneda, y fe darà aun mas de lo q̄ pudierē. Señora mia, fi fabeys que es amor, y algũ tiēpo le tuuiftes, y aora la teneys à vueftro efpofo, doleos de mi, que amo tierna y honeftamēte a mio. En todo el tiēpo q̄ efto dezia, nūca la dexò las manos, ni apartò los ojos de mirarla atētiffimamente, derramādo amargas, y piadofas lagrimas en mucha abūdācia: affi mifmo la Corregidora la tenia a ella afida delas fuyas, mirandola ni mas ni menos, con no menor ahinco, y con no mas pocas lagrimas. Eftando en efto entrò el Corregidor, y hallando à fu muger, y à Preciofa tan llorofas, y tan encadenadas, quedò fufpenfo, affi de fu llanto, como de la hermofura, preguntò la caufa de aquel sētimiēto; y la refpuefta que dio preciofa, fue foltar las manos de la Corregidora y affirfe de los pies del corregidor, diziēdole;

Señor, misericordia, misericordia: si mi esposo muere, yo soy muerta. El no tiene culpa: pero si la tiene, deseme à mi la pena: y si esto no puede ser, a lo menos entretengase el pleyto, en tanto que se procuran, y buscan los medios possibles para su remedio, que podrà ser, que al que no pecò de malicia, le embiasse el cielo la salud de gracia. Con nueua suspension quedò el Corregidor de oyr las discretas razones de la Gitanilla, y que ya sino fuera por no dar indicios de flaqueza, le acõpañara en sus lagrimas. En tanto que esto passaua, estaua la Gitana vieja considerando grandes, muchas, y diuersas cosas, y al cabo de toda esta suspension, y imaginacion, dixo: Esperenme vuessas mercedes señores mios vn poco, que yo harè que estos llantos se conuiertan en risa, aunque à mi me cueste la vida: y assi con ligero paso se saliò de donde estaua, dexando à los presentes confusos con lo que dicho auia. En tanto pues que ella boluia, nunca dexò Preciosa las lagrimas, ni los ruegos de que se entretuuiesse la causa de su esposo, con intencion de auisar à su padre, que viniesse à entender en ella. Boluio la Gitana con vn pequeño cofre debaxo del braço, y dixo al Corregidor, que con su muger, y ella se entrassen en vn aposento, que tenia grãdes cosas, que dezirles en secreto. El Corregidor creyendo, que algunos hurtos de los Gitanos

nos

nos queria descubrirle, por tenerle propicio en el pleyto del preso, al momento se retirò con ella, y con su muger en su recamara, adonde la Gitana, hincandose de rodil las ante los dos les dixo: Si las buenas nueuas que os quiero dar señores, no merecieren alcançar en albricias el perdon de vn gran pecado mio, aqui estoy para recebir el castigo que quisieredes darme. Pero antes que le confiesse, quiero que me digays señores primero, si conoceys estas joyas, y descubriendo vn cofrezico, donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al Corregidor, y en abriendole vio aquellos dixes pueriles, pero no cayò lo que podian significar: miròlos tambien la Corregidora, pero tampoco dio en la cuẽta, solo dixo: Estos son adornos de alguna pequeña criatura. Assi es la verdad, dixo la Gitana, y de que criatura sean, lo dize esse escrito, que està en esse papel doblado, Abriole cõ priessa el Corregidor, y leyò que dezia: Llamauase la niña donna Constança de Azeuedo, y de Menesses, su madre donna Guiomar de Menesses, y su padre Don Fernando de Azeuedo, Cauallero del Habito de Calatraua: desparecila dia, de la Acensiõ del Señor, à las ocho de la mañana del año de mil y quinientos y nouẽta y cinco. Traya la niña puestos estos brincos, que en este cofre estan guardados. Apenas huuo oydo la Corregidora las razones del

papel,

papel, quando reconociò los brincos, se los puso à la boca, y dandoles infinitos besos, se cayò desmayada, acudio el Corregidor à ella, antes que a preguntar à la Gitana por su hija, y auiendo buelto en si, dixo: Muger buena, antes Angel que Gitana, adõde està el dueño, digo la criatura, cuyos eran estos dixes? Adõde señora, respondio la Gitana, en vuestra casa la teneys, aquella Gitanica que os sacò las lagrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurtè en Madrid de vuestra casa, el dia y hora que esse papel dize. Oyendo esto la turbada señora, soltò los chapines, y desalada, y corriendo salio à la sala, adonde auia dexado à Preciosa, y hallòla rodeada de sus donzellas y criadas, toda via llorando, arremetio à ella, y sin dezirle nada, cõ gran priessa le desabrochò el pecho, y mirò si tenia debaxo de la teta yzquierda vna señal pequeña, a modo de lunar blanco, con que auia nacido, y hallòle ya grande, que con el tiempo se auia dilatado. Luego con la misma celeridad la descalçò, y descubriò vn pie de nieue y de maryl, hecho a torno, y vio en el lo que buscaua, que era, que los dos dedos vltimos del pie derecho se trauauan el vno con el otro por medio cõ vn poquito de carne: laqual quando niña nunca se la auian querido cortar, por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brin

cos,

cos,el dia ſeñalado del hurto, la confeſ
ſion de la Gitana, y el ſobreſalto, y ale-
gria que auian recibido ſus padres,quan-
do la vieron,cõ toda verdad cõfirmaron
en el alma de la Corregidora ſer Precio-
ſa ſu hija: y aſsi corgiendola en ſus bra-
ços,ſe boluio cõ ella adonde el Corregi-
dor, y la Gitana eſtauan. Yua Precioſa
cõfuſa,que no ſabia à que efeto ſe auian
hecho con ella aquellas diligencias, y
mas viendoſe lleuar en braços de la Cor
regidora,y que le daua de vn beſo haſta
ciento. Llegò en fin con la Precioſa car-
ga doña Guiomar à la preſẽcia de ſu ma-
rido,y trasladandola de ſus braços a los
del Corregidor, le dixo:Recebid ſeñor à
vueſtra hija Coſtança,que eſta es ſin du-
da, no lo dudeys ſeñor en ningun modo,
que la ſeñal de los didos juntos, y la del
pecho he viſto: y mas que à mi me lo e-
ſtà diziendo el alma, deſte el inſtãte que
mis ojos la vieron. No lo dudo,reſpondio
el Corregidor, teniendo en ſus braços à
Precioſa,que los miſmos efetos han paſ-
ſado por la mia, que por la vueſtra: y
mas que tantas pontualidades juntas,co
mo podian ſucceder,ſi no fuera por mila
gro? Toda la gẽte de caſa andaua abſor-
ta,preguntãdo vnos à otros, que ſeria a-
quello,y todos dauan bien lexos del blã
co:que quiẽ auia de imaginar, que la Gi-
tanilla era hija de ſus Señores? El Corregi
dor dixo à ſu muger,y à ſu hija,y a la Gita
na

na vieja,que aquel caſo, eſtuuieſſe ſecreto,haſta que el le deſcubrieſſe. Y aſſi miſmo dixo à la vieja, quel el la perdonaua el agrauio que le auia hecho en hurtarle el alma, pues la recompenſa de auerſela buelto,mayores albricias recibia: y que ſolo le peſaua de que ſabiendo ella la calidad de Precioſa, la huuieſſe deſpoſado con vn Gitano,y mas con vn ladron,y homicida. Ay, dixo à eſto Precioſa: Señor mio, que ni es Gitano,ni ladron, pueſto que es matador:pero fuelo del que le quitò la honra, y no pudo hazer menos de moſtrar quien era,y matarle. Como, que no es Gitano hija mia? dixo doña Guiomar. Entonces la Gitana vieja contò breuemẽte la hiſtoria de Andres Cauallero, y que era hijo de don Franciſco de Carcamo,Cauallero del Habito de Santiago, y que ſe llamaua don Iuan de Carcamo, aſſi miſmo del miſmo Habito, cuyos veſtidos ella tenia,quando los mudò en los de Gitana. Contò tambien el concierto que entre Precioſa,y don Iuan eſtaua hecho, de aguardar dos años de aprouacion, para deſpoſarſe, ò nò. Puſo en ſu punto la honeſtidad de entrambos,y la agradable condicion de don Iuan. Tanto ſe admiraron deſto,como del hallazgo de ſu hija y mandò el Corregidor à la Gitana, que fueſſe por los veſtidos de don Iuan. Ella lo hizo anſi, y boluio con otro Gitano, que los truxo en tanto que ella yua,y bol

uia, hazieron sus padres à Preciosa cien mil preguntas, à quien respondio con tanta discrecion, y gracia, que aunque no la huuieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntaronla, si tenia alguna aficion à don Iuan? Respondio, que no mas de aquella, que le obligaua à ser agradecida, à quien se auia querido humillar à ser Gitano por ella: pero que ya no se estenderia à mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres, quisiessen. Calla hija Preciosa, dixo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu perdida, y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo à cargo el ponerte en estado, que no desdiga de quien eres. Suspirò oyendo esto Preciosa, y su madre (como era discreta) entendiò, que suspiraua de enamorada de don Iuan, dixo à su marido: Señor, siendo tan principal don Iuan de Çarcamo, como lo es, y queriendo tanto à nuestra hija, no nos estaria mal darsela por esposa. Y el Respondio: Aun oy la auemos hallado, y ya quereys que la perdamos? gozemos la algun tiempo, que en casandola no sera nuestra, sino de su marido. Razon teneys señor, respondio ella, pero dad orden de sacar à don Iuan, que deue de estar en algun calaboço. Si estara, dixo Preciosa, que à vn ladron madador, y sobre todo Gitano, no le auràn dado mejor estancia. Yo quiero yr à verle, como que

le

le voy à tomar la confession, respondio el Corregidor, y de nueuo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia, hasta que yo lo quiera. Y abraçando à Preciosa, fue luego à la carcel; y entrò en el calaboço donde don Iuan estaua, y no quiso que nadie entrasse con el. Hallòle con entrãbos pies en vn cepo, y con las esposas à las manos, y que aun no le auian quitado el pie de amigo. Era la estancia escura: pero hizo, que por arriba abriessen vna lumbrera, por dõde entraua luz, aunque muy escasa: y assi como le vio, le dixo: Como està la buena pieça, que asi tuuiera yo atraylllados quantos Gitanos ay en España, para acabar con ellos en vu dia, como Neron quisiera con Roma, sin dar mas de vn golpe. Sabed ladron puntoso, que yo soy el Corregidor desta ciudad, y vengo à saber de mi à vos, si es verdad, que es vuestra esposa vna Gitanilla, que viene con vosotros. Oyendo esto, Andres imaginò, que el Corregidor se deuia de auer enamorado de Preciosa, que los zelos son de cuerpos sotiles, y se entran por otros cuerpos, sin romperlos, apartarlos, ni diuidirlos. Pero con todo esto respondio: Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad: porque no es possible que Preciosa diga mentira. Tan verdadera es? respondio el Corregidor, no es poco serlo, para ser Gitana.

Aora

Aora bien mancebo, ella ha dicho, que es vuestra esposa: pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido, que segun es vuestra culpa, aueys de morir por ella: y hame pedido, que antes de vuestra muerte la despose con vos: porque se quiere honrar con quedar viuda de vn tan gran ladron como vos. Pues hagalo vuessa merced, señor Corregidor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, yrè cõtento à la otra vida, como parta desta con nombre de ser suyo. Mucho la deueys de querer dixo el Corregidor. Tanto, respondio el preso que a poderlo dezir, no fuera nada. En efeto señor Corregidor, mi causa se concluya: yo matè al que me quiso quitar la honra: yo adoro à essa Gitana, morirè contento, si muero en su gracia, y sè, que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos auremos guardado honestamente, y con puntualidad lo que nos prometimos. Pues esta noche embiarè por vos, dixo el Corregidor, y en mi casa os desposareys con Preciosica, y mañana à medio dia estareys en la horca, con lo que yo aurè cũplido cõ lo que pide la justicia, y cõ el desseo de entrãbos. Agradeciose Andres, y el Corregidor boluio à su casa, y dio cuenta à su muger de lo que con don Iuan auia passado, y de otras cosas que pensaua hazer. En el tiempo que el faltò, dio cuenta Preciosa à su madre de todo el discurso de su vida, y de como

E siempre

siempre auia creydo ser Gitana, y ser nieta de aquella vieja. Pero que siempre se auia estimado en mucho mas de lo que de ser Gitana se esperaua: preguntòle su madre, que le dixesse la verdad, si queria bien à don Iuan de Carcamo? Ella con verguença, y con los ojos en el suelo le dixo, que por auerse considerado Gitana, y que mejoraua su suerte con casarse con vn Cauallero de Habito, y tan principal como don Iuan de Carcamo, y por auer visto por esperiencia su buena condicion, y honesto trato, alguna vez le auia mirado con ojos aficionados: pero que en resolucion ya auia dicho, que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiessen. Llegòse la noche, y siendo casi las diez, sacaron à Andres de la carcel, sin las esposas, y el pie de amigo: pero no sin vna gran cadena, que desde los pies todo el cuerpo le ceñia. Llegò deste modo, sin ser visto de nadie, sino de los que le trayan en casa del Corregidor, y con silencio y recato le entraron en vn aposento, donde le dexaron solo: de alli à vn rato entrò vn Clerigo, y le dixo, que se confessasse, porque auia de morir otro dia. A lo qual respondiò Andres: de muy buena gana me cõfessarè; pero como no me desposan primero? y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tal amo, que me espera. Doña Guiomar, que tosto esto sabia, dixo à su marido, que erá
de-

demasiados los sustos que à Don Iuan daua, que los moderasse; porque podria ser perdiesse la vida con ellos. Pareciole buẽ consejo al Corregidor, y assi entrò à llamar al que le confessaua, y dixole, que primero auian de desposar al Gitano con Preciosa la Gitana: y que despues se confessaria, y que se encomendasse à Dios de todo coraçon, que muchas vezes suelẽ llouer sus misericordias en el tiempo que estan mas secas las esperanças. En efeto Andres salio à vna sala, dõde estauan solamente Doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa, y otros dos criados de casa. Pero quando Preciosa vio à Don Iuan ceñido, y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro, y los ojos con muestra de auer llorado, se le cubrio el coraçon, y se arrimò al braço de su madre, que junto à ella estaua, la qual abraçandola consigo, le dixo: Buelue en ti niña, que todo lo que vees, ha de redundar en tu gusto, y prouecho. Ella, que estaua ignorante de aquello, no sabia como consolarse; y la Gitana vieja estaua turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El Corregidor dixo: Señor Tinientecura, este Gitano, y esta Gitana son los que vuessa merced ha de desposar. Esso no podrè yo hazer, sino preceden primero los cirunstancias, que para tal caso se requieren: donde se han hecho las amonestationes? adonde està la licencia de

mi superior, para que con ellas se haga el desposorio? Inaduertencia ha sido mia, respondio el Corregidor: pero yo harê, que el Vicario la dè. Pues hasta que la vea, respondio el Tinientecura, estos señores perdonen, y sin replicar mas palabra, porque no succediesse algun escandalo, se saliò de casa, y los dexo à todos confusos. El padre ha hecho muy bien, dixo à esta sazon el Corregidor y podria ser fuesse prouidencia del cielo esta, para que el suplicio de Andres se dilate, porque en efeto el se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se darà tiempo al tiempo que suele dar dulce salida à muchas amargas dificultades, y con todo esto queria saber de Andres, si la suerte encaminasse sus sucessos, de manera q̃ sin estos sustos, y sobre saltos se hallasse esposo de Preciosa (si se tendria por dichoso) ya siẽdo Andres Cauallero, o ya don Iuan de Carcamo? Assi como oio Andres nõbrarse por su nombre dixo. Pues Preciosa no ha querido contenerse en los limites del silẽcio, y ha descubierto quien soy, aunque essa buena dicha me hallara hecho Monarca del mundo, la tuuiera en tanto que pusiera termino à mis desseos, sin ossar dessear otro bien, sino el del cielo. Pues por esse buen animo que aueys mostrado señor don Iuan de Carcamo, à su tiempo harè que Preciosa sea vuestra legitima consorte,

te, y agora os la doy, y entrego en esperã ça, por la mas rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que dezis; porque en ella os doy à doña Constança de Meneses, mi vnica hija la qual si os yguala en el amor, no os desdize nada en el linage. Atonito quedò Andres viendo el amor que le mostrauan, y en breues razones doña Guiomar contò la perdida de su hija, y su hallazgo cõ las certissimas señas que la Gitana vieja auia dado de su hurto, con que acabo don Iuã de quedar atonito, y suspenso: pero alegre sobre todo encarecemiento, abraço à sus suegros, llamolos padre, y señores suyos, belo las manos à Preciosa, que con lagrimas le pedia las suyas. Rompiose el secreto, salio la nueua del caso con la salida de los criados, que auian estado presentes: el qual sabido por el Alcalde tio del muerto, vio tomados los caminos de su vengança, pues no auia de tener lugar el rigor de la justicia, para executarla en el yerno del Corregidor. Vistiose don Iuan los vestidos de camino, que alli auia traydo la Gitana: boluieronse las prisiones, y cadenas de hierro en libertad, y cadenas de oro. La tristezza de los Gitanos presos en alegria, pues otro dia los dierõ en fiado. Recibio el tio del muerto la promessa de dos mil ducados, que le hizieron, porque baxasse de la querella, y perdonasse à don Iuan, el qual no ol-

uidandose de su camarada Clemente, le hizo buscar, pero no le hallaron, ni supieron del, hasta que desde alli à quatro dias tuuo nueuas ciertas, que se auia embarcado en vna de dos galeras de Genoua, que estauan en el puerto de Cartagena, y ya se auian partido. Dixo el Corregidor à don Iuan, que tenia por nueua cierta, que su padre don Francisco de Carcamo estaua proueydo por Corregidor de aquella ciudad, y que seria bien esperalle, para que con su beneplacitô, y cõsentimiento se hiziessen las bodas. Dõ Iuan dixo, que no saldria de lo que el ordenasse: pero que ante todas cosas se auia de desposar con Preciosa. Concediò licencia el Arçobispo, para que con sola vna amonestacion se hiziesse. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bien quisto el Corregidor, con luminarias, toros, y cañas, el dia del desposorio: quedose la Gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa. Llegaron las nueuas à la Corte del caso: y casamiento de la Gitanilla: supo don Francisco de Carcamo ser su hijo el Gitano, y ser la Preciosa la Gitanilla, que el auia visto, cuya hermosura disculpò con el la liuiandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber, que no auia ydo à Flandes: y mas porque vio, quan bien le estaua el casarse con hija de tan gran Cauallero, y tan rico, como era don Fernando de Azeuedo:

Dio priessa à su partida por llegar presto à ver à sus hijos, y dentro de veynte dias ya estaua en Murcia, con cuya llegada se renouaron los gustos, se hizieron las bodas, se contaron las vidas: y los Poetas de la ciudad, que ay algunos, y muy buenos, tomaron a cargo celebrar el estraño caso, juntamente con la sin ygual belleza de la Gitanilla. Y de tal manera escriuio el famoso Licenciado Poço, que en sus versos durarà la fama de la Preciosa miētras los siglos duraren. Oluidauaseme de dezir, como la enomarada mesonera descubriò à la justicia no ser verdad lo del hurto de Andres el Gitano, y confessò su amor, y su culpa, à quien no respondiò pena alguna, por que en la alegria del hallazgo de los desposados se enterrò la vengança, y resuscitò la clemencia.

NOVELA

DEL

AMANTE LIBERAL.

O Lamentables ruynas de la desdichada Nicosia, à penas enjutas de la sangre de vuestros valerosos, y mal afortunados defensores, si como careceys de sentido, le tuuierades aora en esta soledad, donde estamos, pudieramos lamentar juntas nuestras desgracias, y quizà el auer hallado compañia en ellas, aliuiara nuestro tormento. Esta esperāça os puede auer quedado mal derribados torreones, que otra vez (aunque no para tan justa defensa, como la en que os derribaron) os podeys ver leuātados. Mas yo desdichado, que bien podrè esperar en la miserabile estrecheza, en que me hallo? aunquè buelua al estado en que estaua antes deste en que me veo. Tal es mi desdicha, que en la libertad fuy sin ventura, y en el cautiuerio ni la tengo ni la espero.

Estas razones dezia vn cautiuo Christiano,

ſtiano,mirando deſde vn recueſto las mu
rallas derribadas de la ya perdida Nico-
ſia: y aſſi hablaua con ellas, y hazia com-
paració de ſus miſerias à las ſuyas, como
ſi ellas fueran capazes deentenderle,
(propia condicion de afligidos, que lleua
dos de ſus imaginaciones hazen, y dizen
coſas agenas de toda razon, y buen di-
ſcurſo) En eſto ſalio de vn pauellon, ò
tienda, de quatro que eſtauan en aquella
campaña pueſtas, vn Turco mancebo de
muy buena diſpoſicion, y gallardia, y lle
gandoſe al Chriſtiano le dixo: Apoſtaria
yo Ricardo amigo, que te traen por eſtos
lugares tus continuos penſamientos. Si
traen reſpondio Ricardo (que eſte era el
nombre del cautiuo) mas que aproue-
cha, ſi en ninguna parte à do voy hallo
tregua, ni deſcanſo en ellos: antes me los
han acrecentado eſtas ruynas, que deſde
aqui ſe deſcubren. Por las de Nicoſia di-
ràs, dixo el Turco. Pues por quales quie-
res que diga, repitiò Ricardo, ſino ay o-
tras, que à los ojos por aqui ſe ofrezcan?
Bien tendràs que llorar, replicò el Turco,
ſi en eſſas contéplaciones entras. Porque
los que vieron aura dos años à eſta nom-
brada, y rica Isla de Chipre en ſu tran-
quilidad, y ſoſſiego, gozando ſus morado
res en ella de todo aquello que la felici-
dad humana puede conceder à los hom-
bres, y aora los vee, ò contempla,
ò deſterrados della, ò en ella cautiuos, y

miserables, como podrà dexar de no dolerse de su calamidad, y desuentura? Pero dexemos estas cosas, pues no lleuan remedio, y vengamos à las ruyas, que quiero ver si le tienen, y assi te ruego por lo que deues à la buena voluntad, que te he mostrado, y por lo que te obliga el ser entrambos de vna misma patria, y auernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas, que es la causa que te trae tan demasiadamête triste? que puesto caso, que sola la del cautiuerio es bastante para entristezer el coraçon mas alegre del mundo, toda via imagino, que de mas atras traen la corriente tus desgracias. Porque los generosos animos como el tuyo, no suelen rendirse à las comunes desdichas tanto, que den muestras de extraordinarios sentimientos; y hazeme creer esto, el saber yo, que no eres tan pobre, que te falte para dar quanto pidieren por tu rescate: ni estas en las torres del mar negro, como cautiuo de consideracion, que tarde, ò nunca alcança la desseada libertad. Assi, que no auiendo te quitado la mala suerte las esperanças de verte libre, y con todo esto verte rendido à dar miserables muestras de tu desuentura, no es mucho que imagine, que tu pena procede de otra causa, que de la libertad que perdiste, la qual causa te suplico me digas, ofreciêdote quanto puedo, y valgo: quizà para que yo te sirua, ha traydo la fortuna este rodeo

rodeo de auerme hecho vestir deste habito, que aborrezco. Ya sabes Ricardo, que es mi amo el Cadi desta ciudad (que es lo mismo que ser su Obispo) Sabes tambien lo mucho que vale, y lo mucho que con el puedo. Iuntamente con esto no ignoras el desseo encendido, que tengo de no morir en este estado, que parece que professo, pues quando mas no pueda, tengo de confessar, y publicar à vozes la Fè de Iesu Christo, de quien me apartò mi poca edad, y menos entendimiento, puesto que sè, que tal confession me ha de costar la vida, que à trueco de no perder la del alma darè por bien empleado perder la del cuerpo. De todo lo diccho quiero que infieras, y que consideres, que te puede ser de algun prouecho mi amistad, y que para saber, que remedios, ò aliuios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes: como ha menester el medico la relacion del enfermo, assegurandote, que la depositarè en los mas escondido del silencio. A todas estas razones estuuo callando Ricardo, y viendose obligado dellas, y de la necessitad, le respondio con estas: Si assi como has acertado, o amigo Mahamut (que assi le llamaua el Turco) en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuuiera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginar se pudiera: mas yo sè, que ella es

tal, que todo el mundo podrà saber bien la causa de donde procede, mas no aurà en el persona que se atreua, no solo à hallarle remedio, pero ni aun aliuio. Y para que quedes satisfecho desta verdad, te la contarè en las menos razones que pudiere; pero antes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas, que es la causa, que Azam Baxà mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas, y pauellones antes de entrar en Nicosia, donde viene proueydo por Virrey, ò por Baxà, como los Turcos llaman à los Virreyes? Yo te satisfarè breuemente, respondiò Mahamut, y assi has de saber, que es costumbre entre los Turcos, que los que van por Virreyes de alguna prouincia, no entran en la ciudad, donde su antecessor habita, hasta que el salga della, y dexe hazer libremente al que viene la residencia: y en tanto que el Baxà nueuo la haze, el antiguo se està en la campaña, esperando lo que resulta de sus cargos, los quales se le hazen sin que el pueda interuenir à valerse de sobornos, ni amistades, si ya primero no lo ha hecho. Hecha pues la residencia, se la dan al que dexa el cargo en vn pergamino cerrado, y sellado, y con ella se presenta à la puerta del gran señor, que es como dezir en la Corte, ante el grã Consejo del Turco, la qual vista por el Visir Baxa, y por los otros quatro baxas menores, como si dixes-

xessemos ante el Presidente del Real Cõ-
sejo, y Oydores, ò le premian, ò le casti-
gan, segun la relacion de la residencia,
puesto que se viene culpado, con dineros
rescata, y escusa el castigo. Si no viene cul
pado, y no le premian, como sucede de or
dinario, con dadiuas, y presentes alcança
el cargo que mas se le antoja, porque no
se dan alli los cargos, y oficios por mere-
cimientos sino por dineros: todo se ven-
de, y todo se compra. Los Proueedores de
los cargos roban los proueydos en ellos,
y los desuellan: deste oficio comprado sa
le la sustãcia para comprar otro, que mas
ganancia promete. Todo va como digo,
todo este Imperio es violento, señal que
prometia no ser durable: pero à lo que yo
creo, y assi deue de ser verdad, le tienen so
bre sus ombros nuestros pecados, quiero
dezir los de aquellos que descaradamen-
te, y à rienda suelta ofenden a Dios, co-
mo yo hago: el se acuerde de mi porquiẽ
el es. Por la causa que he dicho pues tu a-
mo Azan Baxà ha estado en esta campa-
ña quatro dias: y si el de Nicosia no ha sa-
lido, como deuia, ha sido por auer estado
muy malo, pero ya esta mejor, y saldrà oy
ò mañana sin duda alguna, y se ha de alo
jar en vnas tiẽdas que estan detras deste
recuesto, que tu no has visto, y tu amo en
trara luego en la cuidad: y esto es lo que
ay que saber de lo que me preguntaste.
Escucha

Escucha pues, dixo Ricardo, mas no se, si podrè cumplir lo que antes dixe, que en breues razones te contaria mi desuẽtura, por ser ella tan larga, y desmedida, que no se puede medir con razon alguna: con todo esto harè lo que puediere, y lo que el tiempo diere lugar. Y assi te pregũto primero, si conoces en nuestra lugar de Trapana vna donzella, à quien la fama daua nombre de la mas hermosa muger, que auia en toda Sicilia. Vna donzella digo, por quien dezian todas las curiosas lenguas, y afirmauan los mas raros entendimientos que era la de mas perfecta hermosura, que tuuo la edad passada, tiene la presente, y espera tener la que està por venir. Vna por quien los Poetas cantauan, que tenia los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes Soles, y sus mexillas purpureas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubies, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hazian vna marauillosa, y cõcertada armonia, esparciendo naturaleza sobre todo vna suauidad de colores, tan natural, y perfecta, que jamas pudo la embidia halla cosa en que poner se tacha. Que es possible Mahamut, que ya no me has dicho quien es, y como se llama? sin duda creo, ò que no me oyes, ò que quando en Trapana estauas, carecias de sentido. En verdad Ricardo, respondiò Mahamut, que si la que has

pintado

pintado con tantos estremos de hermosura, no es Leonisa la hija de Rodolfo Florencio, no se quien sea, que esta sola tenia la fama que dizes. Essa es, ò Mahamut, respondio Ricardo, essa es amigo la causa principal de todo mi bien, y de toda mi desuentura. Essa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman, y derramaràn lagrimas sin cuento, y la por quien mis sospiros enciē den el ayre, cerca y lexos, y la por quien mis razones cansan al cielo, que las escucha, y à los oydos que las oyen. Essa es, por quien tu me has juzgado por loco, ò por lo menos por de poco valor, y menos animo. Esta Leonisa para mi leona, y mãsa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado. Porque has de saber, que desde mis tiernos años, ò alomenos desde que tuue vso de razon, no solo la amè, mas la adorē, y serui con tanta solicitud, como si no tuuiera en la tierra, ni en el cielo otra deidad à quien siruiesse, ni adorasse: sabian sus deudos, y sus padres mis desseos, y jamas dieron muestra de que les pesasse, considerando que yuan encaminados à fin honesto, y virtuoso: y assi muchas vezes sè yo, que se lo dixeron à Leonisa, para à disponerle la voluntad, a que por su esposo me recibiesse. Mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio el hijo de Ascanio Rotulo, que tu bien conoces (mancebo galan,

atildado

atildado de blandas manos, y rizos cabellos, de voz meliflua, y de amorosas palabras: y finalmente todo hecho de ambar, y de alfenique, guarnecido de telas, y adornado de brocados) no quiso ponerlos en mi rostro, no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer, si quiera mis muchos y continuos seruicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme: y a tanto llegò el estremo de amarla, que tomara por partido dichoso, que me acabara à pura fuerça de desdenes, y desagradecimientos, cō que no diera descubiertos, aunque honestos fauores à Cornelio. Mira pues, si llegandose à la angustia del desden, y aborrecimiento, la mayor y mas cruel rabia de los zelos, qual estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida? Dissimulauan los padres de Leonisa los fauores que à Cornelio hazia, creyendo (como estaua en razon que creyessen) que à traydo el moço de su incomparable y bellissima hermosura, le escogeria por su esposa, y en ello grangearian yerno mas rico, que conmigo: y bien pudiera ser, si assi fuera: pero no le alcançaran (sin arrogancia sea dicho) de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio. Sucedio pues, que en el discurso de mi pretension, alcançe a saber, que vn dia del mes passado de Mayo, que este de oy haze vn año, tres dias, y

cinco

cinco horas, Leonisa, y sus padres, y Cornelio, y los suyos, se yuan à solazar con toda su parentela y criados, al jardin de Ascanio, que està cercano à la marina, en el camino de las salinas. Bien lo sè, dixo Mahamut, passa adelante Ricardo, que mas de quatro dias tuue en el, quando Dios quiso, mas de quatro buenos ratos. Supelo, replicò Ricardo, y al mismo instãte que lo supe, me ocupò el alma vna furia, vna rabia, y vn infierno de zelos, con tanta vehemencia y rigor, que me sacò de mis sentidos, como lo veras, por lo que luego hize, que fue yrme al jardin donde me dixeron que estauan, y hallè à la mas de la gente solazandose: y debaxo de vn nogal sẽtados à Cornelio y à Leonisa (aũque desuiados vn poco) qual ellos quedaron de mi vista no lo sè, de mi se dezir, q̃ quedè tal con la suya, que perdi la de mis ojos, y me quedè como estatua sin voz, ni mouimiento alguno. Pero no tardò mucho en despertar el enojo à la colera, y la colera à la sangre del coraçon, y la sangre à la ira, y la ira à las manos y à la lengua. Puesto que las manos se ataron con el respecto, à mi parecer, deuido al hermoso rostro, que tenia delante, Pero la lengua rompiò el silencio con estas razones: Contenta estaràs (ò enemiga mortal de mi descanso) en tener con tanto sossiego delante de tus ojos la causa, que

harà,

harà, que los mios viuan en perpetuo, y doloroso llanto. Llegate, llegate cruel vn poco mas y enrede tu yedra à esse inutil tronco, que te busca. Peyna, ò ensortija aquellos cabellos de esse tu nueuo Ganimedes, que tibiamente te solicita. Acaba ya de entregarte à los banderizos años desse moço en quien contemplas: porque perdiendo yo la esperança de alcançarte, acabe con ella la vida, que aborrezco. Piensas por ventura, soberuia, y mal considerada donzella, que contigo sola se hã de romper, y faltar las leyes, y fueros, que en semejantes casos en el mundo se vsan? Piensas (quiero dezir) que este moço altiuo por su riqueza, arrogante por su gallardia, inexperto por su edad poca, confiado por su linage, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores? ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros, y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hazer sus acciones siempre de vna misma manera: porque no se engañe nadie, sino por su propia ignorancia. En los pocos años està la incõstancia mucha, en los ricos la soberuia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen la necedad, que es madre de todo mal sucesso. Y tu, ò moço, que tan à tu saluo piensas lleuar el premio mas deuido à mis bue

nos

nos desseos, que à los ociosos tuyos. Porque no te leuantas de esse estrado de flores donde yazes, y vienes à sacarme el alma, que tanto la tuya aborrece? Y no porque me ofendas en lo que hazes, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede: y veese claro, que le tienes en poco, en que no quieres mouerte à defendelle, por no ponerte à riesgo de descõponer la afeytada compostura de tu galã vestido. Si essa tu reposada condicion tuuiera Aquiles, bien seguro estuuiera Vlisses de no salir con su empressa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas, y azerados alfanjes. Vete, vete, y recreate entre las donzellas de tu madre, y alli ten cuydado de tus cabellos, y de tus manos, mas despiertas à deuanar blando sirgo, que à empuñar la dura espada. A todas estas razones, jamas se leuantò Cornelio del lugar donde le hallê sentado: antes se estuuo questo mirandome como embelesado, sin mouerse: y à las leuantadas vozes, con que le dixe lo que has oydo, se fue llegando la gente, que por la huerta andaua, y se pusieron à escuchar otros mas impropios, que à Cornelio dixe. El qual tomando animo con la gente que acudio, porque todos, ò los mas eran sus parientes, criados, ò allegados, dio muestras de leuantarse: mas entes que se pusiessen en pie, puse mano à mi espada, y acometile, no solo à el, sino à todos quan-

tos alli estauan. Pero apenas vio Leonisa reluzir mi espada, quando le tomò vn rezio desmayo, cosa, que me puso en mayor coraje, y mayor despecho. Y no te sabrè dezir, si los muchos que me acometieron, atendian no mas de à defenderse, como quien se defiende de vn loco furioso: ò si fue mi buena suerte, y diligencia, ò el cielo, que para mayores males queria guardarme; porque en efeto heri siete ò ocho de los que halle mas à mano: à Cornelio le valio su buena diligencia, pues fue tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapò de mis manos. Estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos, procurauan vengarse, me socorriò la ventura con vn remedio, que fuera mejor dexar alli la vida, que no restaurandola por tan no pensado camino, venir à perderla cada hora mil y mil vezes. Y fue, que de improuiso dieron en el jardin mucha cantidad de Turcos de dos Galeotas de Cosarios de Viserta, que en vna calla, que alli cerca estaua, auian desambarcado, sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores, ò atajadores de la costa. Quando mis contrarios los vieron, dexandome solo, cō presta celeridad se pusieron en cobro: de quantos en el jardin estauan, no pudieron los Turcos cautiuar mas de à tres personas, y à Leonisa, que aun se estaua

de-

desmayada: à mi me cogieron con quatro disformes heridas, vengadas antes por mi mano con quatro Turcos, que de otras quatro dexè sin vida tendidos en el suelo. Este assalto hizieron los Turcos cõ su acostumbrada diligencia, y no muy contentos del sucesso, se fueron à embarcar, y luego se hizieron à la mar, y à vela y remo, en breue espacio se pusieron en la Fabiana. Hizieron reseña, por ver que gente les faltaua: y viendo que los muertos erã quatro soldados de aquellos que ellos llaman Leuentes, y de los mejores, y mas estimados que traian, quisieron tomar en mi la vengança. Y assi mandò el Arraez de la Capitana baxar la entena, para ahorcarme. Todo esto estaua mirando Leonisa, que ya auia buelto en si, y viendose en poder de los Cosarios derramaua abundancia de hermosas lagrimas, y torciẽdo sus manos delicadas, sin hablar palabra estaua atenta, à ver si entendia lo que los Turcos dezian. Mas vno de los Christianos del remo le dixo en Italiano, como el Arraez mandaua ahorcar à aquel Christiano (señalandome à mi) porque auia muerto en su defensa quatro de los mejores soldados de las galeotas. Lo qual oydo, y entendido por Leonisa (la vez primera que se mostrò para mi piadosa) dixo al cautiuo, que dixesse à los Turcos, que no me ahorcassen, porque perderian vn gran rescate, y que les rogaua

bol

boluiessen à Trapana, que luego me resca tarian. Esta digo fue la primera, y aun serà la vltima caridad que vsò conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio. Oyẽdo pues los Turcos lo que el cautiuo les dezia, le creyeron, y mudòles el interès la colera. Otro dia por la mañana, alçando vandera de paz, boluieron à Trapena: aquella noche la passè con el dolor que imaginar se puede, no tanto por el que mis heridas me causauan, quanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos Barbaros estaua. Llegados pues como digo à la ciudad, entrò en el puerto la vna galeota, y la otra se quedò fuera: coronose luego todo el puerto, y la ribera toda de Christianos: y el lindo de Cornelio desde lexos estaua mirando lo que en la galeota passaua, acudio luego vn mayordomo mio à tratar de mi rescate, al qual dixe, que en ninguna manera tratasse de mi libertad, sino de la de Leonisa, y que diesse por ella todo quando valia mi hazienda, y mas le ordene, que boluiesse à tierra, y dixesse à sus padres de Leonisa, que le dexassen à el tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiessen en trabajo por ella. Hecho esto, el Arraez principal, que era vn renegado Griego, llamado Yzuf, pidio por Leonisa seys mil escudos, y por mi quatro mil, añadiendo, que no daria el vno sin el otro. Pidio esta grã suma (segun despues

supe)

ſupe) porque eſtaua enamorado de Leoniſa, y no quiſiera el reſcatalla, ſino darle al Arraez de la otra galeota, con quien auia de partir las preſas que ſe hizieſſen por mitad à mi en precio de quatro mil eſcudos, y mil en dinéro, que hazian cinco mil, y quedarſe con Leoniſa por otro cinco mil. Y eſta fue la cauſa porque nos apreciò à los dos en diez mil eſcudos. Los padres de Leoniſa no ofrecierõ de ſu parte nada, atenidos à la promeſa, que de mi parte mi mayordomo les auia hecho. Ni Cornelio mouiò los labios en ſu prouecho: y aſſi deſpues de muchas demandas y reſpueſtas, concluyò mi mayordomo en dar por Leoniſa cinco mil, y por mi tres mil eſcudos. Aceptò Yzuf eſte partido, forçado de las perſuaſiones de ſu compañero, y de lo que todos ſus ſoldados le dezian. Mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidio tres dias de termino para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hazienda, hasta cumplir el reſcate. Holgoſe deſto Yzuf, penſando hallar en eſte tiempo ocaſion, para que el concierto no paſſaſſe adelante. Y boluiendoſe à la isla de la Fabiana, dixo, que llegado el termino de los tres dias, boluería por el dinero. Pero la ingrata fortuna no canſada de maltratarme, ordenò, que eſtãdo deſde lo mas alto de la Isla pueſta a la guarda vna cẽtinela de los Turcos, bien dentro à la mar, deſcubriò

ſcubriò ſeys velas Latinas, y entendio (co mo fue verdad) que deuian ſer ò la eſquadra de Malta, ò algunas de las de Sicilia. Baxò corriendo à dar la nueua, y en vn penſamiento ſe embarcaron los Turcos, que eſtauan en tierra, qual guiſando de comer, qual lauando ſu ropa: y carpando con no viſta preſteza, dieron al agua los remos, y al viento las velas, y pueſtas las proas en Berberia, en menos de dos horas perdieron de viſta las galeras: y aſſi cubiertos con la Iſla, y con la noche, que venia cerca, ſe aſſegurarõ del medio que auian cobrado. A tu buena conſideraciõ dexo, ò amigo Mahamut amigo, que con ſidero, qual yria mi animo en aquel viage tan contrario del que yo eſperaua: y mas quando otro dia, auiendo llegado las dos galeotas à la Iſla de la Pantanalea, por la parte del Medio dia, los Turcos ſaltaron en tierra à hazer leña, y carne (como ellos dizen) y mas quando vi, que los Arraezes ſaltaron en tierra, y ſe puſieron à hazer las partes de todas las preſas que auian hecho. Cada accion deſtas fue para mi vna dilatada muerte. Viniendo pues à la particion mia, y de Leoniſa, Yzuf dio a Fetala (que aſſi ſe llamaua el Arraez de la otra galeota) ſeys Chriſtianos, los quatro para el remo, y dos muchachos hermoſiſſimos, de nacion Corços, y à mi con ellos por quedarſe cõ Leoniſa: de lo qual ſe contentò Fetala: y aunque eſtuue preſente

ente à todo esto, nunca pude entender lo que dezian, aunque sabia lo que haziã, ni entendiera por entonces el modo de la particion, si Fatala no se llegara à mi, y me dixera en Italiano: Christiano, ya eres mio, en dos mil escudos de oro te me hã dado: si quisieres libertad, has de dar quatro mil, sino aca morir. Preguntele, si era tambien suya la Christiana, dixome que no, sino que Yzuf se quedaua con ella, cõ intencion de boluerla Mora, y casarse cõ ella. Y assi era la verdad; porque me lo dixo vno de los cautiuos del remo, que entendia bien el Turquesco, y se lo auia oydo tratar à Yzuf y à Fetala. Dixe le à mi amo que hiziesse de modo, como se quedasse con la Christiana, y que le daria por su rescate solo diez mil escudos de oro en oro. Respondiome no ser possible: pero que haria que Yzuf supiesse la gran suma que el ofrecia por la Christiana, quiza lleuado del interesse, mudarla de intencion, y la rescataria. Hizo lo assi, y mandò, que todos los de su galeota se embarcassen luego, porque se queria yr à Tripol de Berberia, de donde el era. Yzuf assi mismo determinò yrse à Viserta, y assi se embarcaron con la misma priessa que suelen quando descubren, ò galeras de quien temer, ò baxeles à quien robar. Mouioles à darse priessa, por parecerles que el tiempo mudaua con muestras de borrasca.

Estaua Leonisa en tierra, pero no en parte, que yo la pudiesse ver, sino fue, que al tiempo del embarcarnos llegamos juntos à la marina. Lleuauala de la mano su nueuo amò, y su mas nueuo amante, y al entrar por la escala, que estaua puesta desde tierra à la galeota, boluiò los ojos à mirarme, y los mios, que no se quitauan della, la miraron con tan tierno sentimiẽto, y dolor, que sin saber como, se me puso vna nube ante ellos, que me quitò la vista, y sin ella, y sin sentido alguno di conmigo en el suelo. Lo mismo me dixeron despues, que auia sucedido à Leonisa, porque la vieron caer de la escala à la mar, y que Yzuf se auia echado tras della, y la sacò en braços. Esto me contaron dentro de la galeota de mi amo, donde me auian puesto, sin que yo lo sintiesse: mas quando bolui de mi desmayo, y me vi solo en la galeota: y que la otra tomando otra derrota, se apartaua de nosotros, lleuandose consigo la mitad de mi alma, ò por major dezir toda ella: cubrioseme el coraçon, de nueuo y de nueuo maldixe mi ventura, y llamè a la muerte à vozes: eran tales los sentimientos que hazia, que mi amo enfadado de oyrme, con vn grueso palo me amenazò; que si no callaua me maltrataria. Reprimì las lagrimas, recogi los suspiros, creyendo, que con la fuerça que les hazia, rebentarian por parte, que abriessen puerta al alma, que tãto desseaua

desseaua desamparar este miserable cuerpo: mas la suerte aun no contenta de auerme puesto en tan encogido estrecho, ordenò de acabar cō todo, quitandome las esperāças de todo mi remedio, y fue, que en vn instante se declarò la borrasca, que ya se temia, y el viento que de la parte de Mediodia soplaua, y nos enuestia por la proa, començò à reforçar con tanto brio que fue forçoso boluerle la popa, y dexar correr el baxel por donde el viento queria lleuarle. Lleuaua designio el Arraez de despuntar la isla, y tomar abrigo en ella por la vanda del Norte, mas sucediole al reues su pensamiento, porque el viento cargò con tanta furia, que todo lo que auiamos nauegado en dos dias, en poco mas de catorze horas nos vimos à seys millas, ò siete de la propia isla de donde auiamos partido, y sin remedio alguno yuamos à enuestir en ella y no en alguna playa, sino en vnas muy leuantadas peñas, que à la vista se nos ofrecian, amenazando de ineuitable muerte à nuestras vidas. Vimos à nuestro lado la galeota de nuestra conserua, donde estaua Leonisa, y à todos sus Turcos, y cautiuos remeros haziendo fuerça con los remos, para entretenerse, y no dar en las peñas, lo mismo hizieron los de la nuestra con mas vētaja, y esfuerço à lo que pareciò, que los de la otra, los quales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento, y de

la tormento, soltando los remos se abandonaron, y se dexaron yr à vista de nuestros ojos à enuestir en las peñas, donde dio la galeota tan grande golpe, que toda se hizo pedaços. Començaua à serrar la noche, y fue tamaña la grita de los que se perdian, y el sobresalto de los que en nuestro baxel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro Arraez mãdaua, se entendia, ni se hazia, solo se atendia a no dexar los remos de las manos, tomando por remedio boluer la proa al viento, y echar las dos ancoras à la mar, para entretener con esto algun tiempo la muerte, que por cierta temian. Y aunque el miedo de morir era general en todos, en mi era muy al contrario. Porque cõ la esperança engañosa de ver en el otro mũdo à la que auia tan poco, que deste se auia partido. Cada punto que la galeota tardaua en anegarse, ò en embestir en las peñas, era para mi vn siglo de mas penosa muerte. Las leuantadas olas, que por encima del baxel, y de mi cabeça passauan, me hazian estar atento, à ver, si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa. No quiero detenerme aora, ò Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga, y amarga noche tuue, y passè, por no yr contra lo que primero propuse de contarte breuemente mi desuentura, basta dezirte, que
fueron

fueron tantos, y tales, que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuuiera bien poco que hazer en quitarme la vida. Vino el dia con muestras de mayor tormenta que la passada, y hallamos, que el baxel auia virado vn gran trecho, auiandose desuiado de las peñas vn buen trecho, y llegadose à vna punta de la isla: y viendose tan à pique de doblarla, Turcos, y Christianos, con nueua esperança, y fuerças nueuas al cabo de seys horas doblamos la pũta, y hallamos mas blando el mar, y mas sossegado, de modo, que mas facilmente nos aprouechamos de los remos, y abrigados con la isla, tuuieron lugar los Turcos de saltar en tierra, para yr à ver, si auia quedado alguna reliquia de la galeota, q̃ la noche antes dio en las peñas, mas aun no quiso el cielo cõcederme el aliuio que esparaua tener, de ver en mis braços el cuerpo de Leonisa: que aunque muerto, y despedaçado holgara de verle, por romper aquel impossible, que mi estrella me puso de juntarme con el, como mis buenos desseos merecian: y assi roguè à vn renegado, q̃ queria desembarcarse, que le buscasse, y viesse, si la mar lo auia arrojado à la orilla. Pero, como ya he dicho, todo esto me negò el cielo, pues al mismo instãte tornò à embrauecer, se el viento, de manera que el amparo de la isla no fue de algun prouecho. Viendo esto Fetala, no quiso contrastar contra la fortuna, q̃ tãto

le persiguia: y assi mãdò poner el trinque te al arbol, y hazer vn poco de vela, boluiò la proa à la mar, y la popa al viento: y tomando el mismo el cargo del timon, se dexò correr por el anchò mar, seguro que ningun impedimento le estoruaria su camino: yuã los remos ygualados en la crugia, y toda la gente sentada por los bancos, y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriesse otra persona que la del comitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al Estanterol. Bolaua el baxel cõ tanta ligereza, que en tres dias, y tres noches, passando à la vista de Trapana, de Melazo, y de Palermo, embocò por el Faro de Micina, con marauilloso espanto de los que yuan dentro, y de aquellos que desde la tierra los mirauan. En fin por no ser tan prolixo en contar la tormẽta, como ella lo fue en su porfia, digo, que cansados, hambrientos, y fatigados con tan largo rodeo, como fue baxar casi toda la isla de Sicilia, llegamos à Tripol de Berberia, adonde à mi amo (antes de auer hecho con sus Leuantes la cuẽta del despojo, y dadoles lo que les tocaua, y su quinto al Rey, como es costumbre) le dio vn dolor de costado, tal, que dentro de tres dias dio con el en el infierno. Pusose luego el Rey de Tripol en toda su hazienda, y el Alcayde de los muertos, que alli tiene el gran Turco (que como sabes es heredero de los que no le dexan

en

en ſu muerte) eſtos dos tomaron toda la hazienda de Fetala mi amo, y yo cupe à eſte, que entonces era Virrey de Tripol: y de alli à quinze dias le vino la patente de Virrey de Chipre, con el qual he venido haſta aqui, ſin intento de reſcatarme, porque el me ha dicho muchas vezes que me reſcate, pues ſoy hombre principal, como ſe lo dixeron los ſoldados de Fetala, jamas he acudido à ello, antes le he dicho, que le engañaron los que le dixeron grandezas de mi poſſibilidad. Y ſi quieres Mahamut, que te diga todo mi penſamiẽto, has de ſaber que no quiero boluer à parte, donde por alguna uia pueda tener coſa que me conſuele, y quiero que juntãdoſe à la vida del cautiuerio los penſamientos, y memorias, que jamas me dexan de la muerte de Leoniſa, vengan à ſer parte, paraque yo no la tenga jamas de guſto alguno. Y ſi es verdad, que los continuos dolores forçoſamente ſe han de acabar ò acabar à quien los padece, los mios no podràn dexar de hazello, porque pienſo darles rienda de manera, que à pocos dias den alcance à la miſerable vida, que tan contra mi voluntad ſoſtengo Eſte es, ò Mahamut hermano el triſte ſuceſſo mio: eſta es la cauſa de mis ſuſpiros, y de mis lagrimas: mira tu aora, y cõſidera, ſi es baſtante para ſacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la ſequedad de mi laſtimado

 pecho?

pecho? Leonisa muriò, y con ella mi esperança, que puesto que la que tenia ella viuiendo se sustentaua de vn delgado cabello, toda via toda via, y en este toda via se le pegò la lengua al paladar, de manera que no pudo hablar mas palabra, ni detener las lagrimas (que como suele dezirse) hilo à hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia, que llegaron à humedecer el suelo. Acompañole en ellas Mahamut: pero passandose aquel parasismo, causado de la memoria renouada en el amargo cuento quiso Mahamut consolar à Ricardo con las mejores razones que supo, mas el se las atajò, diziendole: Lo que has de hazer amigo, es consejarme, que harè yo para caer en desgracia de mi amo, y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siédo aborrecido del, y dellos, los vnos, y los otros me maltraten, y persigan, de suerte, que añadiendo dolor à dolor, y pena à pena, alcance con breuedad lo que desseo, que es acabar la vida. Aora he hallado ser verdadero (dixo Mahamut) lo que suele dezirse, que lo que se sabe sentir, se sabè dezir: puesto que algunas vezes el sentimiente enmudece la lengua: pero como quiera que ello sea, Ricardo (ora llegue tu dolor à tus palabras, ora ellas se le auentajen) siempre has de hallar en mi vn verdadero amigo, ò para ayuda, ò para consejo: que aunque mis pocos años, y el desatino

que

que he hecho en veſtirme eſte habito,eſtá dando vozes, que de ninguna deſtas dos coſas que te ofrezco,ſe puede fiar,ni eſperar alguna,yo procurarè que no ſalga verdadera eſta ſoſpecha, ni puede tenerſe por cierta tal opinion. Y pueſto que tu nò quieras,ni ſer aconſejado,ni fauorecido, no por eſſo dexarè de hazer lo que te cõuiniere, como ſuele hazerſe con el enfermo,que pide lo que no le dan,y le dan lo que le conuiene. No ay en toda eſta cuidad,quien pueda, ni valga mas,que el Cadi,mi amo,ni aun el tuyo, que viene por Viſorrey della hà de poder tanto. Y ſiẽdo eſto aſſi(como lo es)yo puedo dezir,què ſoy el que mas puede en la cuidad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero. Digo eſto, porque podria ſer dar traza con el, para que vinieſſes à ſer ſuyo, y eſtando en mi compañia,el tiempo nos dirà lo que auemos de hazer, aſſi para conſolarte,ſi quiſieres,ò pudieres tener conſuelo,y à mi para ſalir deſta à mejor vida, ò al omenos, à parte donde la tenga mas ſegura,quando la dexè. Yo te agradezco, reſpondio Ricardo, Mahamut la amiſtad que me ofreces,aunque eſtoy cierto, que con quanto hizieres, no has de poder coſa, que en mi prouecho reſulte. Pero dexemos aorà eſto, y vamos à las tiendas, porque à lo que veo, ſale de la cuidad mucha gente, y ſin duda es el antiguo Virrey, que ſale à

estarse en la campaña, por dar lugar à mi amo, que entre en la cuidad à hazer la residencia. Assi es dixo Mahamut, ven pues Ricardo, y veràs las ceremonias con que se reciben, que se, que gustaràs de verlas. Vamos en buena hora, dixo Ricardo, quizà te aurè menester, si à caso el guardian de los cautiuos de mi amo me ha echado menos, que es vn renegado Corço de nacion, y de no muy piadosas entraña. Con esto dexaron la platica, y llegaron à las tiendas à tiempo que llegaua el antiguo Baxà, y el nueuo le salia à recebir a la puerta de la tienda. Venia acompañado, Ali Baxà (que assi se llamaua el que dexaua el gouierno) de todos los Genizaros, q̃ de ordinario estàn de presidio en Nicosia, despues que los Turcos la ganaron, q̃ serian hasta quinientos Venian en dos alas, ò hileras los vnos cõ escopetas, y los otros con alfanjes desnudos: llegaron à la puerta del nueuo Baxà Hazan, la rodearon todos, y Ali Baxà, inclinando el cuerpo, hizo reuerencia à Hazan, y el con menos inclinacion le saludò. Luego se entrò Alì en el pauellon de Hazan, y los Turcos le subieron sobre vn poderoso cauallo ricamente adereçado, y trayendole à la redonda de las tiendas, y por todo vn buen espacio de la campaña, dauan vozes, y gritos, diziendo en su lengua: Viua, viua Soliman Sultan, y Hazan Baxà, en su nombre. Repitieron esto muchas vezes, refor-

çando

çando las vozes,y los alaridos,y luego le boluieron à la tienda, donde auia quedado Alì Baxà:el qual con el Cadi,y Hazan se encerraron en ella, por espacio de vna hora solos. Dixo Mahamut à Ricardo, que se auian encerrado à tratar de lo que conuenia hazer en la ciudad,cerca de las obras que Alì dexaua començadas. De alli à poco tiempo saliò el Cadi à la puerta de la tienda,y dixo à vozes en lengua Turquesca,Arabiga,y Griega, que todos los que quisiessen entrar à pedir iustiçia,ò otra cosa contra Alì Baxà, podrian entrar libremente,que alli estaua Hazan Baxà,à quien el gran Señor embiaua por Virrey de Chipre,que les guardaria toda razon, y justicia. Con esta licencia los Genizaros dexaron desocupada la puerta de la tienda,y dieron lugar à que entrassen los que quisiessen.Mahamut hizo que entrasse con el Ricardo, que por ser el clauo de Hazan,no se le impidio la entrada. Entraron à pedir justicia,assi Griegos Christianos,como algunos Turcos,y todos de cosas de tan poca importancia,que las mas despachò el Cadi,sin dar traslado à la parte,sin autos,demandas,ni respuestas, que todas las causas (si no son las matrimoniales) se despachan en pie y en vn punto, mas à juyzio de buen varon, que por ley alguna. Y entre aquellos Barbaros (si lo son en esto) el Cadi es el Iuez competente de todas las causas,que las abre-

uia en la vña, y las sentencia en vn soplo, sin que aya apelacion de su sentencia, para otro Tribunal. En esto entrò vn Chauz (que es como Alguazil) y dixo, que estaua à la puerta de la tienda vn Iudio, que traia à vender vna hermosissima Christiana: mandò el Cadi, que le hiziesse entrar. Salio el Chauz, y boluiò à entrar luego, y con el vn venerable Iudio, que traia de la mano à vna muger vestida en habito Berberisco: tan bien adereçada, y cõpuesta, que no lo pudiera estar tan bien la mas rica Mora de Fez, ni de Marruecos, q̃ en adereçarse, lleuan la ventaja à todas las Africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas. Venia cubierto el rostro con vn tafetan carmesi. Por las gargantas de los pies, que se descubrian, parecian dos carcajes (que assi se llaman las manillas en Arabigo) al parecer de puro oro: y en los braços, que assimismo por vna camisa de cendal delgado, se descubrian, ò trasluzian, traia otros carcajes de oro, sembrados de muchas perlas. En resolucion, en quanto el trage, ella venia rica, y gallardamente adereçada. Admirados desta primera vista el Cadi, y los demas Baxaes, antes que otra cosa dixessen, ni preguntassen, mandaron al Iudio, que hiziesse, que se quitasse el antifaz la Christiana. Hizolo assi, y descubriò vn rostro, que assi deslumbrò los ojos, y alegrò los coraçones de los circunstantes, como

el

el Sol, que por entre cerradas nubes, despues de mucha escuridad se ofrece à los ojos de los que le dessean. Tal era la belleza de la cautiua Christiana, y tal su brio, y su gallardia. Pero en quien con mas efeto hizo impression la marauillosa luz, que auia descubierto, fue en el lastimado Ricardo, como en aquel, que mejor que otro la conocia, pues era su cruel, y amada Leonisa, que tantas vezes, y con tantas lagrimas por el auia sido tenida, y llorada por muerta. Quedò à la improuisa vista de la singular belleza de la Christiana traspassado, y rendido el coraçon de Alì, y en el mismo grado, y con la misma herida se hallò el de Hazan, sin quedarse essento de la amorosa llaga el del Cadì, que mas suspenso que todos no sabia quitar los ojos de los hermosos de Leonisa. Y para encarecer las poderosas fuerças de amor, se ha de saber, que en aquel mismo punto naciò en los coraçones de los tres vna, à su parecer, firme esperança, de alcançarla, y de gozarla: y assi, sin querer saber el como, ni el donde, ni el quando auia venido à poder del Iudio, le preguntaron el precio que por ella queria. El codicioso Iudio respõdio, que quatro mil doblas, que vienen à ser dos mil escudos. Mas apenas huuo declarado el precio, quando Alì Baxa dixo que el los daua por ella, y que fues-
se

se luego à contar el dinero à su tienda. Empero Hazan Baxà, que estaua de parecer de no dexarla, aunque auenturasse en ello la vida, dixo: Yo assimismo doy por ella las quatro mil doblas, que el Iudio pide, y no las diera, ni me pusiera à ser cõtrario de lo que Alì ha dicho, sino me forçara lo que el mismo dirà, que es razon q̃ me obligue, y fuerce, y es, que esta gentil esclaua no pertenece para ninguno de nosotros, sino para el gran señor solamente: y assi digo, que en su nombre la compro: veamos aora, quien serà el atreuido que me la quite? Yo serè, replicò Alì, porque para el mismo efeto la compro, y estame à mi mas à cuento hazer al gran Señor este presente, por la comodidad de lleuarla luego à Constantinopla, grangeando con el la voluntad del gran Señor, que como hombre que quedo (Hazan como tu vees) sin cargo alguno, he menester buscar medios de tenelle, de lo que tu estas seguro por tres años, pues oy comienças à mandar, y à gouernar este riquissimo Reyno de Chipre. Assi que por estas razones, y por auer sido yo el primero que ofreci el precio por la cautiua, esta puesto en razon, ò Hazan, que me la dexes. Tanto mas es de agradecerme à mi, respõdio Hazan, el procurarla, y embiarla al gran Señor, quanto lo hago, sin mouerme à ello interès alguno. Y en lo de la comodidad de lleuarla, vna galeota armarè, cõ
sola

ſola mi chuſma, y mis eſclauos que la lleue. Açoroſe con eſtas razones Alì, y leuantandoſe en pie, empuñò el alfange, diziẽdo: Siendo ò Hazan, mis intentos vnos, que es preſentar y lleuar eſta Chriſtiana al gran Señor: y auiendo ſido yo el comprador primero, eſta pueſto en razon, y en juſticia, que me la dexes à mi, y quãdo otra coſa penſares, eſte alfange que empuño, defendera mi derecho, y caſtigara tu atreuimiento. El Cadi, que à todo eſtaua atento, y que no menos que los dos ardia, temeroſo de quedar ſin la Chriſtiana, imaginò como poder atajar el gran fuego q̃ ſe auia encendido, y juntamente quedarſe con la cautiua, ſin dar alguna ſoſpecha de ſu dañada intencion: y aſſi leuantandoſe en pie ſe puſo entre los dos, que y tambien lo eſtauan, y dixo: Soſsiegate Hazan, y tu Alì eſtate quedo que yo eſtoy aqui, que ſabrè, y podre cõponer vueſtras diferencias de manera, que los dos conſigays vueſtros intentos, y el gran Señor, como deſſeays, ſea ſeruido. A las palabras del Cadi obedecieron luego y aun ſi otra coſa mas dificultoſa les mandara, hizierã lo miſmo (tanto es el reſpecto que tienen à ſus canas los de aquella dañada ſecta.) Proſiguio pues el Cadi, diziendo: Tu dizes Alì, que quieres eſta Chriſtiana para el gran Señor, y Hazan dize lo miſmo: tu alegas, que por ſer el primero en ofrecer el precio, ha de ſer tuya: Hazan te lo con
tradize,

tradize, y aunque el no sabe fundar su razon, yo hallo, que tiene la misma que te tienes, y es la intencion, que sin duda deuiò de nacer à vn mismo tiempo que la tuya, en querer comprar la esclaua para el mismo efeto, solo le lleuaste tu la ventaja en auerte declarado primero: y esto no ha de ser parte, para que de todo en todo, quede defraudado su buen desseo: y assi me parece ser bien concertaros en esta forma: Que la esclaua sea de entrambos, y pues el vso della ha de quedar à la voluntad del gran Señor, para quien se comprò, à el toca disponer della: y en tanto pagaras tu Hazan dos mil doblas, y Alì otras dos mil, y quedarase la cautiua en poder mio, para que en nombre de entrambos yo la embie à Cõstantinopla, porque no quede sin algun premio, si quiera por auerme hallado presente: y assi me ofrezco de embiarla à mi costa, con la autoridad, y decencia que se deue à quien se embia, escriuiendo al gran Señor todo lo que aqui ha passado, y la voluntad que los dos aueys mostrado à su seruicio. No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradezirle los dos enamorados Turcos: y aunque vieron, que por aquel camino no conseguian su desseo, huuieron de passar por el parecer del Cadi, formando, y criando cada vno alla en su animo vna esperãça, que aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos desseos. Hazan,

zan, que se quedaua por Virrey en Chipre, pensaua dar tantas dadiuas al Cadi, que vencido y obligado, le diesse la cautiua. Alì imaginò de hazer vn hecho que le assegurò salir con lo que desseaua, y teniẽdo por cierto cada qual su designio, vinieron con facilidad en lo que el Cadi quiso: y de consentimiento, y voluntad de los dos se la entregaron lùego, y luego pagarõn al Iudio cada vno dos mil doblas. Dixo el Iudio, que no la auia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas: y assi era la verdad, à causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados, y enlazados por la frente (se parecian algunas hileras de perlas, que con estremada gracia se enredauan con ellos. Las manillas de los pies, y manos assi mismo venian llenas de gruessas perlas. El vestido era vna almalafa de raso verde, toda bordada, y llena de trenzillas de oro, en fin les pareciò à todos, que el Iudio anduuo corto en el precio que pidio por el vestido y el Cadi por no mostrarse menos liberal que los dos Baxaes, dixo que el queria pagarle: porque de aquella manera se presentasse al gran Señor la Christiana. Tuuieronlo por bien los dos competidores, creyendo cada vno, que todo auia de venir à su poder. Falta aora por dezir lo q̃ sintiò Ricardo, de ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel

punto

punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron, viendo que el auer hallado à su querida prenda, era para mas perderla: no sabia darse à entender, si estaua dormiendo, ò despierto, no dando credito à sus mismos ojos de lo que veian: porque le parecia cosa impossible, ver tan impensadaméte delante dellos à la que pésaua, que para siempre los auia cerrado. Llegose en esto à su amigo Mahamut, y dixole. No la conoces amigo? No la conoxco, dixo Mahamut. Pues has de saber, replicò Ricardo, que es Leonisa. Que es lo que dizes Ricardo? dixo Mahamut. Lo que has oydo, dixo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dixo Mahamut, que la ventura va ordenando, que la tengas buena, y prospera, porque ella va à poder de mi amo. Parecete, dixo Ricardo, que serà bien ponerme en parte donde pueda ser visto? No, dixo Mahamut, porque no la sobresaltes, o te sobresaltes, y no vengas à dar indicio de que la conoces, ni que la has visto, que podria ser, que redundasse en perjuyzio de mi designio. Sequirè tu parecer, respondio Ricardo, y ansi anduuo huyendo de que sus ojos se encontrassen con los de Leonisa, la qual tenia los suyos en tãto que esto passaua clauados en el suelo, derramando algunas lagrimas. Llegose el Cadi à ella, y assiendola de la mano se la entregò à Mahamut, mandandole, que
la

la lleuasse à la ciudad, y se la entregasse à su señora Halima, y le dixesse, la tratasse como à esclaua del gran señor. Hizolo assi Mahamut, y dexò solo à Ricardo, que con los ojos fue siguiendo à su estrella, hasta que se le encubriò con la nube de los muros de Nicosia. Llegose al Iudio, y preguntole, que adonde auia cõprado, ò en que modo auia venido a su poder a quella cautiua Christiana? El Iudio le respondio, que en la isla de la Patanalca la auia comprado a vnos Turcos, que alli auian dado al traues. Y queriendo prosequir adelante, lo estoruò el venirle a llamar de parte de los Baxaes, que querian preguntarle, lo que Ricardo desseaua saber: y con esto se despidio del. En el camino que auia desde las tiendas a la ciudad, tuuo lugar Mahamut de preguntar a Leonisa (en lẽgua Italiana) que de que lugar era? La qual le respondiò, que de la ciudad de Trapana. Preguntole assimismo Mahamut, si conocia en aquel la ciudad a vn Cauallero rico, y noble, que se llamaua Ricardo? Oyendo lo qual Leonisa, dio vn gran suspiro, y dixo: Si conozco por mi mal. Como por vuestro mal? dixo Mahamut. Porquè el me conociò à mi por el suyo, y por mi desuentura, respondio Leonisa. Y por ventura, preguntò Mahamut, conocistes tambien en la misma ciudad à otro Cauallero de gentil dis posi-

posicion, hijo de padres muy ricos, y el por su persona muy valiēte, muy liberal, y muy discreto, que se llamaua Cornelio? Tambien le conozco, respondio Leonisa, y podrè dezir, mas por mi mal, que no à Ricardo. Mas quien soys vos, señor, que los conoceys, y por ellos me preguntays? Soy (dixo Mahamut) natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este trage, y vestido diferente del que yo solia traer, y conozcolos, porque no ha muchos dias, que entrambos estuuieron en mi poder, que à Cornelio le cautinaron vnos Moros de Tripol de Berberia, y le vendieron à vn Turco, que le truxo à esta Isla, donde vino con mercancias, porque es mercader de Rodas, el qual fiaua de Cornelio toda su hazienda. Bien se la sabra guardar, dixo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya. Pero dezidme señor, como, ò con quien vino Ricardo à esta Isla? Vino (respondio Mahamut) con vn Cosario, que le cautiuò estando en vn jardin de la marina de Trapana, y con el, dixo que auian cautiuado à vna donzella, que nunca me quiso dezir su nombre. Estuuo aqui algunos dias con su amo, que yua à visitar el sepulcro de Mahoma, (que esta en la ciudad de Almedina) y al tiempo de la partida cayò Ricardo muy enfermo, y indispuesto, que su amo me lo dexò, por ser de mi tierra, para que le curasse, y tuuiesse cargo del, hasta su
buelta,

buelta, ò que si por aqui no boluiesse; se le embiasse à Constantinopla, que el me auisaria, quando alla estuuiesse. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, pues el sin ventura de Ricardo, sin tener accidente alguno, en pocos dias se acabaron los de su vida, siempre llamando entre si à vna Leonisa, à quien el me auia dicho, que queria mas que à su vida, y a su alma: la qual Leonisa, me dixo que en vna galeota, que auia dado al trauès en la Isla de la Pantanalea, se auia ahogado cuya muerte siempre lloraua, y siempre plañia, hasta que le truxo à termino de perder la vida, que yo no le senti enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma. Dezidme señor, replicò Leonisa, esse moço que dezis, en las platicas que tratò con vos, (que como de vna patria deuieron ser muchas) nombrò alguna vez à essa Leonisa, con todo el modo con que à ella, y à Ricardo cautiuaron? Si nõbrò) dixo Mahamut, y me preguntò, si auia aportado por esta isla vna Christiana desse nombre, de tales, y tales señas, à la qual holgaria de halar para rescatarla, si es que su amo se auia ya desengañado, de que no era tan rica como el pensaua, aunque podia ser, que por auerla gozado la tuuiesse en menos, que como no passassen de trezientos, ò quatrozientos escudos, el los daria de muy buena gana por ella, porque vn
tiempo

tiempo la auia tenido alguna aficion. Bien poca deuia de ser, dixo Leonisa, pues no passaua de quatrozientos escudos: mas liberal es Ricardo, y mas valiẽte, y comedido: Dios perdone à quien fue causa de su muerte, que suy yo, que yo soy la sin vẽtura que el lloro por muerta: y sabe Dios, si holgara de que el fuera viuo para pagarle con el sentimento que viera, que tenia de su desgracia, el que el mostrò de la mia. Yo. señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada de Ricardo que por muy muchos, y varios casos he venido à este miserable estado en que me veo: y aunque es tan peligroso, siempre por fauor del cielo he conseruado en el la entereza de mi honor, con la qual viuo contenta en mi miseria, aora ni sè donde estoy, ni quien es mi dueño, ni adonde hã de dar conmigo mis cõtrarios hados por lo qual os ruego señor, si quiera por la sangre, que de Christiano teneys, me acõsejeys en mis trabajos, que puesto que el ser muchos me han hecho algo aduertida, sobreuienen cada momento tantos, y tales, que no sè como me he de auenir cõ ellos. A lo qual respondio Mahamut, que el haria lo que pudiesse en seruirla, aconsejandola, y ayudandola con su ingenio, y con sus fuerças: aduirtio la de la diferẽcia, que por su causa auian tenido los dos Baxaes, y como quedaua en poder del

Cadi

Cadi ſu amo, para lleuarla preſentada al gran Turco Selin à Conſtantinopla: pero que antes que eſto tuuieſſe efeto, tenia eſperança en el verdadero Dios, en quien el creia, aunque mal Chriſtiano, que lo auia de diſponer de otra manera: y que la aconſejaua, ſe huuieſſe bien con Halima la muger del Cadi ſu amo, en cuyo pode auia de eſtar, haſta que la embiaſſen à Cõſtantinopla, aduirtiendola de la condiciõ de Halima, y con eſſas le dixo otras coſas de ſu prouecho, haſta, que la dexò en ſu caſa, y en poder de Halima, à quien dixo el recaudo de ſu amo. Recibiola bien la Mora, por verla tan bien adereçada, y tã hermoſa. Mahamut ſe boluiò à las tiẽdas à contar à Ricardo lo que con Leoniſa le auia paſſado: y hallandole, ſe lo contò todo punto por punto: y quãdo llegò al del ſentimiento, que Leoniſa auia hecho, quãdo le dixo, que era muerto, caſi ſe le vinieron las lagrimas à los ojos. Dixole, como auia fingido el cuento del cautiuerio de Cornelio, por ver lo que ella ſentia. Aduirtiole la tibieza, y la malicia cõ que de Cornelio auia hablado: todo lo qual fue pictima para el afligido coraçon de Ricardo, el qual dixo à Mahamut: Acuerdo me amigo Mahamut, de vn cuẽto, que me contò mi padre, que ya ſabes quan curioſo fue, y oyſte quanta honra le hizo el Emperador Carlos Quinto, à quien ſiempre ſiruiò en honroſos cargos de la guerra.

Digo

rayos del Sol, si la tocaran, sino à todo el cielo con sus estrellas. Paso, no mas, dixo Mahamut detente amigo Ricardo, que à cada paso temo, que has de passar tanto la raya en las alabanças de tu bella Leonisa, que dexando de parecer Christiano, parezcas Gentil dime, si quieres, essos versos, ò coplas, ò como los llamas, que despues hablaremos en otras cosas, que sean de mas gusto, y aun quizà de mas prouecho. En buenora, dixo Ricardo, y bueluote à aduertir, que los cinco versos dixo el vno, y los otros cinco el otro, todos de improuiso, y son estos:

COmo quando el Sol assoma
Por vna montaña Baxa,
Y de supito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista, y la relaxa:
Como la piedra Balaxa,
Que no consiente carcoma,
Tal es el tu rostro Axa,
Dura lança de Mahoma,
Que las mis entrañas raxa.

BIen me suenan al oydo, dixo Mahamut, y mejor me suena, y me parece, q̃ estes para dezir versos Ricardo, porque el dezirlos, ò el hazerlos, requierẽ animos de animos desapassionados. Tambien se suelen (respondio Ricardo) llorar endechas, como cantar

hymnos, y todo es dezir versos. Pero dexando esto à parte, dime, que piensas hazer en nuestro negocio? que puesto que no entendi lo que los Baxaes trataron en la tienda, en tanto que tu lleuaste à Leonisa, me lo contò vn renegado de mi amo Veneciano, que se hallò presente, y entiẽde bien la lengua Turquesca: y lo que es menester ante todas cosas, es buscar traza, como Leonisa no vaya à mano del grã señor. Lo primero que se hà de hazer, respondiò Mahamut, es, que tu vengas à poder de mi amo, que esto hecho, despues nos aconsejaremos en lo que mas nos cõuiniere. En esto vino el guardian de los cautiuos Christianos de Hazan, y lleuò cõsigo à Ricardo. El Cadi boluio à la ciudad con Hazan, que en breues dias hizo la residencia de Ali, y se la dio cerrada, y sellada, para que se fuesse à Constantinopla: el se fue luego, dexando muy encargado al Cadi, que con breuedad embiasse la cautiua, escriuiendo al gran señor de modo, que le aprouechasse para sus pretensiones. Prometioselo el Cadi con traydoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiua. Ydo Ali lleno de falsas esperanças, y quedando Hazan no vazio de ellas, Mahamut hizo de modo, que Ricardo vino à poder de su amo. Yuanse los dias, y el desseo de ver à Leonisa apretaua tanto à Ricardo, que no alcãçaua vn punto de sossiego. Mudose Ricar
do

do el nombre en el de Mario, porque no llegasse el suyo à oydos de Leonisa, antes que el la viesse, y el verla era muy dificultoso à causa que los Moros sō en estremo zelosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mugeres: puesto, que en mostrarse ellas à los Christianos no se les haze de mal, quizà deue de ser que por ser cautiuos no los tienen por hombres cauales, Auino pues, que vna dia la señora Halima vio à su esclauo Mario, y tan visto, y tan mirado fue, que se le quedò grauado en el coraçon, y fixo en la memoria. Y quizà poco contenta de los abraços floxos de su anciano marido, con facilidad dio lugar à vn mal desseo: y cō la misma dio cuenta del à Leonisa à quien ya queria mucho, por su agradable condicion, y proceder discreto, y tratauala con mucho respecto, por ser prenda del gran señor: dixole como el Cadi auia traydo à casa vn cautiuo Christiano, de tan gentil donayre, y parecer, que à sus ojos no auia visto mas lindo hombre en toda su vida: y que dezian que era Chilibi, (que quiere dezir Cauallero) y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabia como darle à entēder su voluntad, sin que el Christiano la tuuiesse en poco, por auersela declarado. Preguntole Leonisa, como se llamaua el cautiuo, y dixole Halima, que se llamaua Mario. A lo qual replicò Leonisa: Si el fuera Cauallero, y

del lugar que dizen, yo le conociera, mas desse nombre Mario no ay ninguno en Trapana: pero haz señora que yo le vea, y hable, que te dirè quien es, y lo que del se puede esperar. Assi serà, dixo Halima, porque el Viernes, quando este el Cadi haziendo la Zala en la mezquita, le harè entrar acà, dẽtro, donde le podràs hablar à solas, y si te pareciere darle indicios de mi desseo: harasso por el mejor modo que pudieres. Esto dixo Halima à Leonisa, y no auian passado dos horas, quando el Cadi llamò à Mahamut, y à Mario, y con no menos eficacia, que Halima auia descubierto su pecho à Leonisa, descubriò el enamorado viejo el suo a sus dos esclauos, pidiendoles consejo en lo que haria, para gozar de la Christiana: y cumplir con el gran señor, cuya ella era: diziẽdoles, que antes pensaua morir mil vezes, que entregalla vna al gran Turco. Con tales afectos dezia su passion el Religioso Moro, q̃ la puso en los coraçones de sus dos esclauos, que todo lo contrario de lo que el pẽsaua, pensauan. Quedò puesto entre ellos, que Mario, como hõbre de su tierra (aunque auia dicho que no la conocia) tomasse la mano en solicitarla, y en declararle la voluntad suya: y quãdo por esse modo no se pudiesse alcançar, que vsaria el de la fuerça, pues estaua en su poder. Y esto hecho, con dezir que era muerta, se escusarian de embiarla à Constantinopla.

Con-

Contentissimo quedò el Cadi con el parecer de sus esclauos, y con la imaginada alegria, ofreciò desde luego libertad à Mahamut, mandandole la mitad de su hazienda despues de sus dias: assimismo prometiò à Mario (si alcançaua lo que queria) libertad, y dineros con que boluiesse à su tierra rico, honrado, y contento. Si el fue liberal en prometer, sus cautiuos fueron prodigos, ofreciendole de alcançar la Luna del cielo, quanto mas à Leonisa, como el diesse comodidad de hablarla. Essa darè yo à Mario, quanta el quisiere, respondio el Cadi, porque harè, que Halima se vaya en casa de sus padres, que son Griegos Christianos, por algunos dias, y estando fuera, mandarè al portero, que dexe entrar à Mario dentro de casa todas las vezes que el quisiere, y dirè à Leonisa, que bien podrà hablar con su paysano, quando le diere gusto. Desta manera començò à boluer el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su fauor, sin saber lo que hazian sus mismos amos. Tomado pues entre los tres este apuntamiẽto, quien primero le puso en platica fue Halima, bien assi como muger, cuya naturaleza es facil, y arrojadiza, para todo aq̃llo que es de su gusto. Aquel mismo dia dixo el Cadi à Halima, que quando quisiesse, podria yrse à casa de sus padres à holgarse con ellos los dias que gustasse.

Pero como ella estaua alboroçada cō las esperanças que Leonisa le auia dado, no solo no se fuera à casa de sus padres, sino al fingido parayso de Mahoma, no quisiera yrse; y assi le respondio, que por entonces no tenia tal voluntad; y que quando ella la tuuiesse lo diria, mas que auia de lleuar consigo à la cautiua Christiana. Esso no, replicò el Cadi, que no es bien, que la prenda del gran Señor sea vista de nadie; y mas, que se le ha de quitar, que comunique con Christianos, pues sabeys, q̃ en llegando à poder del gran Señor, la hā de encerrar en el Serrallo, y boluerla Turca, quiera ò no quiera. Como ella ande conmigo, replicò Halima, no importa, q̃ estè en casa de mis padres; ni que comunique con ellos, que mas comunico yo; y no dexo por esso de ser buena Turca: y mas, que lo mas que pienso estar en su casa, seràn hasta quatro ò cinco dias; porque el amor que os tengo, no me darà licencia para estar tanto ausente, y sin veros. No la quiso replicar el Cadi, por no darle ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion. Llegose en esto el Viernes, y el se fue à la Mezquita, de la qual no podia salir en casi quatro horas: y apenas le vio Halima apartado de los umbrales de casa, quando mandò llamar à Mario, mas no le dexara entrar vn Christiano Corço, que seruia de portero en la puerta del patio, si Halima no le diera vo-

zes

zes, que le dexasse, y assi entrò confuso, y temblando, como si fuera à pelear con vn exercito de enemigos. Estaua Leonisa del mismo modo y trage, que quando entrò en la tienda del Baxà, sentada al pie de vna escalera grande de marmol, que à los corredores subia. Tenia la cabeça inclinada sobre la palma de la mano derecha, y el braço sobre las rodillas, los ojos à la parte contraria de la puerta por donde entrò Mario, de manera que aunque el yua hazia la parte donde ella estaua, ella no le veia. Assi como entrò Ricardo, passeò toda la casa con los ojos, y no vio en toda ella, sino vn mudo, y sossegado silencio, hasta que parò la vista donde Leonisa estaua. En vn instante al enamorado Ricardo le sobreuinieron tantos pensamiẽtos, que le suspendieron, y alegraron, cõsiderandose veynte passos (à su parecer) ò poco mas desuiado de su felicidad, y cõtentò. Considerauase cautiuo, y à su gloria en poder ageno. Estas cosas rebolviendo entre si mismo, se mouia poco à poco, y con temor y sobresalto, alegre y triste, temoroso y esforçado se yua llegando al centro dõde estaua el de su alegria, quando à deshora boluio el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Mario, que atẽtamente la miraua. Mas quando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efetos dieron señal de lo que sus almas auian sentido. Ricardo se parò, y no pudo

echar pie adelante, Leonisa que por la relacion de Mahamut, tenia à Ricardo por muerto, y el verle viuo tan no esperadamente, llena de temor y espanto, sin quitar del los ojos, ni boluer las espaldas, boluiò atras quatro ò cinco escalones, y sacando vna pequeña cruz del seno, la besaua muchas vezes, y se santiguò infinitas, como si alguna fantasma, ò otra cosa del otro mundo estuuiera mirando. Boluio Ricardo de su embelesamiento, y conocio por lo que Leonisa hazia la verdadera causa de su temor, y assi le dixo: A mi me pesa (ò hermosa Leonisa) que no ayan sido verdad las nueuas que de mi muerte te dio Mahamut, porque con ella escusara los temores que aora tengo, de pensar si toda via està en su ser, y entereza el rigor, que contino has vsado conmigo. Sossiegate señora, y baxa, y si te atreues à hazer lo que nunca hiziste, que es llegarte à mi, llega, y veràs que no soy cuerpo fantastico: Ricardo soy Leonisa, Ricardo el de tanta ventura, quanta tu quisieres que tẽga. Pusose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo qual entendio Ricardo, que era señal, de que callasse, ò hablasse mas quedo: y tomando algun poco de animo, se fue llegando à ella en distancia, que pudo oyr estas razones: Habla paso Mario que assi me parece que te llamas aora, y no trates de otra cosa de la que yo te tratare:

tare: y aduierte, que podria ser, que el a-
uernos oydo, fuesse parte para que nunca
nos boluiessemos à ver. Halima nuestra a-
ma creo que nos escucha, la qual me ha
dicho, que te adora: hame puesto por in-
tercessora de su desseo: si à el quisieres cor
responder, aprouecharte ha mas para el
cuerpo, que para el alma: y quando no
quieras, es forçoso que lo finjas, si quiera
porque yo te lo ruego, y por lo que mere-
cen desseos de muger declarados. A esto
respondio Ricardo: Iamas pensè, ni pude,
imaginar hermosa Leonisa, que cosa què
me pudieras truxera consigo impossible
de cumplirla: pero la que me pides me ha
desengañado. Es por vẽtura la voluntad
tan ligera, que se pueda mouer, y lleuar
donde quisieren lleuarla? ò estarle hà biẽ
al varon honrado, y verdadero fingir en
cosas de tanto peso? Si à ti te parece, que
alguna destas cosas se deue, ò puede ha-
zer, haz lo que mas gustares, pues eres se-
ñora de mi voluntad: mas ya sè, que tam-
biẽ me engañas en esto, pues jamas la has
conocido, y assi no sabes lo que has de ha
zer della. Pero à trueco que no digas,
que en la primera cosa que me mandaste,
dexaste de ser obedecida: yo perderè del
derecho que deuo à ser quien soy, y satis-
farè tu desseo, y el de Halima fingidamẽte
como dizes, si es q̃ se ha de grangear cõ e-
sto el biẽ de verte: y assi finge tu las respue
stas à tu gusto, q̃ desde aqui las firma, y cõ
 firma

firma mi fingida voluntad. Y en pago desto, que por ti hago (que es lo mas que à mi parecer podrè hazer, aunque de nueuo te dè el alma, que tantas vezes te he dado) te ruego, que breuemente me digas, como escapaste de las manos de los Cosarios, y como veniste à las del Iudio, que te vendio? Mas espacio, respondio Leonisa, pide el cuẽto de mis desgracias: pero con todo esso te quiero satisfazer en algo. Sabràs pues, que à cabo de vn dia q̃ nos apartamos, boluio el baxel de Izuf con vn rezio viento à la misma isla de la Pantanalea, donde tambien vimos à vuestra galeota: pero la nuestra, sin poderlo remediar, embistio en las peñas. Viendo pues mi amo tan à los ojo su perdicion, vaciò cõ gran presteza dos barrilles, que estauan llenos de agua, tapolos muy biẽ, y atolos con cuerdas el vno con el otro: puso me à mi entre ellos, desnudose luego, y tomando otro barril entre los braços se atò con vn cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dio cabo à mis barilles, y con grande animo se arrojò à la mar, lleuandome tras si. Yo no tuue animo para arrojarme, que otro Turco me impeliò, y me arrojò tras Yzuf, donde cai sin ningun sentido, ni bolui en mi, hasta que me hallè en tierra en braços de dos Turcos, que buelta la boca al suelo me tenian derramando gran cantidad de agua, que auia beuido. Abri los ojos, atonita y espanta-
da,

da, y vi à Yzuf junto à mi, hecha la cabeça pedaços, que segun despues supe, al llegar à tierra, dio con ella en las peñas, donde acabò la vida. Los Turcos assi mismo me dixeron, que tirando de la cuerda, me sacaron à tierra casi ahogada, solas ocho personas se escaparon de la desdichada galeota: ocho dias estuuimos en la isla, guardandome los Turcos el mismo respecto, que si fuera su hermana, y aun mas. Estauamos escondidos en vna cueua, temerosos ellos, que no baxassen de vna fuerça de Christianos, que esta en la Isla, y los cautiuassen: sustentaronse con el vizcocho mojado, que la mar echò à la orilla de lo que lleuauan en la galeota, lo qual salian à coger de noche. Ordenò la suerte para mayor mal mio, que la fuerça estuuiesse sin Capitan, que pocos dias auia que era muerto, y en la fuerça no auia sino veynte soldados. Esto se supo de vn muchacho, que los Turcos cautiuaron, q̃ baxò de la fuerça à coger cōchas à la marina. A los ocho dias llegò à aquella costa vn baxel de Moros, que ellos llaman Caramuçales, vieronle los Turcos, y salieron de donde estauan, y haziendo señas al baxel, que estaua cerca de tierra, tāto que conociò ser Turcos los que los llamauan: ellos contaron sus desgracias, y los Moros los recibieron en su baxel, en el qual venia vn Iudio riquissimo mercader, y toda la mercancia del baxel, ò la mas

era suya: era de barraganes, y alquizeles, y de otras cosas, que de Berberia se leuauan à Leuante. En el mismo baxel los Turcos se fueron à Tripol, y en el camino me vendieron al Iudio, que dio por mi dos mil doblas, precio excessiuo, si no le hiziera liberal el amor que el Iudio me descubriò. Dexãdo pues los Turcos en Tripol, tornò el baxel à hazer su viage, y el Iudio dio en solicitarme descaradamente: yo le hize la cara, que merecian sus torpes desseos. Viendose pues desesperado de alcançarlos, determinò de deshazerse de mi en la primera ocasion, que se le ofreciesse. Y sabiendo que los dos Baxaes, Ali, y Hazã estauan en aquesta isla, donde podia vender su mercaduria, tambien como en Xio, en quien pensaua venderla, se vino aqui con intencion de venderme à alguno de los dos Baxaes, y por esso me vistio de la manera que aora me vees, por aficionarles la voluntad à que me comprassen. He sabido, que me ha comprado este Cadi, para lleuarme à presentar al gran Turco, de que no estoy poco temerosa. Aqui he sabido de tu fingida muerte, y sete dezir (si lo quieres creer) que me pesò en el alma, y que te tuue mas embidia que lastima, y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata, ni desconocida, sino porque auias acabado con la tragedia de tu vida. No dizes mal, señora, respondio Ricardo, si la muerte no me hu-
uiera

uiera estoruado el bien de boluer à verte, que aora en mas estimo este instante de gloria, que gozo en mirarte, que otra ventura (como no fuera la eterna) que en la vida, ò en la muerte pudiera assegurarme mi desseo. El que tiene mi amo el Cadi, à cuyo poder he venido, por no menos varios accidentes, que los tuyos, es el mismo para contigo, que para conmigo lo es el de Halima. Hame puesto à mi por interprete de sus pensamientos, aceptè la empressa, no por darle gusto, sino por el que grangeaua en la comodidad de hablarte, porque veas Leonisa el termino à que nuestras desgracias nos han traydo, à ti a ser medianera de vn impossible, que en lo que me pides, conoces: a mi à serlo tambien de la cosa que menos pense, y de la que darè, por no alcançalla, la vida, que aora estimo en lo que vale la alta ventura de verte. No se que te diga Ricardo, replicò Leonisa, ni que salida se tome al laberinto, donde (como dizes) nuestra corta ventura nos tiene puestos, Solo se dezir, que es menester vsar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento, y engaño: y assi digo, que de ti darè à Halima algunas razones, que antes las entretengan, que desesperen. Tu de mi podràs dezir al Cadi lo que para seguridad de mi honor, y de su engaño vieres que

mas

mas conuenga. Y pues yo pongo mi honor en tus manos, bien puedes creer del, que le tengo, con la entereza, y verdad, q̃ podian poner en duda tantos caminos como he andado, y tantos combates, como he sufrido: el hablarnos sera facil, y à mi sera de grandissimo gusto el hazello, con presupuesto, que jamas me has de tratar cosa, que à tu declarada pretension pertenezca, que en la hora que tal hizieres, en la misma me despedirè de verte: porque no quiero que pienses, que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hazer cõ el la cautiuidad, lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser con el fauor del cielo, que mientras mas se acrisola, queda con mas pureza, y mas limpio. Contentate con que he dicho, que no me dara, como solia, fastidio tu vista: porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuue por desabrido, y arrogante, y que presumias de ti algo mas de lo que deuias. Confiesso tambien, que me engañaua, y q̃ podria ser, que hazer aora la experiẽcia, me pusiesse la verdad delante de los ojos el desengaño: y estando desengañada, fuesse con ser honesta mas humana. Vete con Dios, que temo no nos aya escuchado Halima, la qual entiende algo de la lengua Christiana: alomenos de aquella mezcla de lenguas que se vsa, con que todos nos entendemos. Dizes muy bien señora, respondio Ricardo, y agradezcote infini-

infinito el desengaño que me has dado, q̃ le estimo en tanto, como la merced que me hazes, en dexar verte: y como tu dizes, quizà la experiencia te dara a entender, quan llana es mi condicion, y quan humilde, especialmente para adorarte: y sin que tu pusieras termino, ni raya à mi trato, fuera el tan honesto para contigo, que no acertaras dessearle mejor. En lo q̃ toca à entretener al Cadì, viue descuydada: haz tu lo mismo con Halima: y entiende señora, que despues que te he visto, ha nacido en mi vna esperança tal, que me assegura que presto hemos de alcançar la libertad desseada. Y con esto quedate à Dios, que otra vez te contarè los rodeos por donde la fortuna me truxo à este estado, despues que de ti me apartè, ò por mejor dezir, me apartaron. Con esto se despidieron, y quedò Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo: y el contentissimo de auer oydo vna palabra de la boca de Leonisa sin aspereza. Estaua Halima cerrada en su aposento, rogando à Mahoma truxesse Leonisa buẽ despacho de lo que le auia encomendado. El Cadi estaua en la mezquita, recõpensando con los suyos, los desseos de su muger, teniendolos solicitos, y colgados de la respuesta que esperaua oyr de su esclauo, a quien auia dexado encargado hablasse à Leonisa, pues para poderlo hazer, le daria comodidad Mahamut, aunq̃

Halima.

Halima estuuiesse en casa. Leonisa acrecentò en Halima el torpe desseo, y el amor, dandole muy buenas esperãças, que Mario haria todo lo que pidiesse. Pero que auia de dexar passar primero dos Lunes, antes que concediesse con lo que desseaua el mucho mas que ella: y este tiẽpo, y termino pedia, a causa que hazia vna plegaria, y oracion à Dios, para que le diesse libertad. Contentose Halima de la disculpa, y de la relacion de su querido Ricardo, a quien ella diera libertad antes del termino deuoto, como el concediera con su desseo: y assi rogó a Leonisa, le rogasse, dispensasse con el tiempo, y acortasse la dilacion, que ella le ofrecia quanto el Cadi pidiesse por su rescate. Antes que Ricardo respondiesse à su amo, se aconsejò con Mahamut de que le responderia: y acordaron entre los dos, que le desesperassen, y le aconsejassen, que lo mas presto que pudiesse, la lleuasse à Constantinopla, y que en el camino, ò por grado, ò por fuerça alcançaria su desseo: y que para el inconueniente, que se podia ofrecer de cumplir con el gran señor seria buena comprar otra esclaua: y en viage fingir, ò hazer de modo, como Leonisa cayesse enferma, y que vna noche echarian la Christiana comprada à la mar, diziendo, que era Leonisa la cautiua del gran señor que se auia muerto: y que esto se podia

hazer,

hazer, y se haria en modo, que jamas la verdad fuesse descubierta, y el quedasse sin culpa con el gran señor, y con el cumplimento de su voluntad. Y que para la duracion de su gusto, despues se daria traza conueniente, y mas prouechosa. Estaua tan ciego el misero, y anciano Cadi, que si otros mil disparates le dixeran (como fueran encaminados à cumplir sus esperancas) todos los creyera, quanto mas, que le pareciò, que todo lo que le dezian lleuaua buen camino, y prometia prospero suceßo: y aßi era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera leuantarse con el baxel, y darle a el la muerte, en pago de sus locos pensamientos. Ofreciosele al Cadi otra dificultad, à su parecer, mayor de las que en aquel caso se le podia ofrecer: y era pensar, que su muger Halima no le auia de dexar yr à Constantinopla, si no la lleuaua consigo. Pero presto la facilitò, diziendo, que en cambio de la Christiana, que auian de comprar, para que muriesse por Leonisa, seruiria Halima, de quien desseaua librarse mas que de la muerte. Con la misma facilidad que el lo pensò, con la misma se lo concedieron Mahamut, y Ricardo, y q̃dãdo firmes en esto, aquel mismo dia dio cuenta el Cadi à Halima del viage, que pensaua hazer à Constantinopla à lleuar la Christiana al gran señor, de cuya liberalidad esperaua, que le hiziesse grã Cadi

del

del Cayro, ò de Constantinopla. Halima le dixo, que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dexaria à Ricardo en casa. Mas quando el Cadi le certificò, que le auia de lleuar consigo, y à Mahamut, tambien tornò à mudar de parecer, y à desaconsejarle lo que primero le auia aconsejado. En resolucion concluyò, que si no la lleuaua consigo, no pensaua dexarle yr en ninguna manera. Contentose el Cadi de hazer lo que ella queria, porque pensaua sacudir presto de su cuello aquella para el tan pesada carga. No se descuydaua en este tiempo Hazan Baxa de solicitar el Cadi, le entregasse la esclaua, ofreciendole montes de oro, y auiendole dado à Ricardo de ualde, cuyo rescate apreciaua en dos mil escudos: facilitauale la entrega con la misma industria, que el se auia imaginado, de hazer muerta la cautiua, quando el gran Turco embiasse por ella. Todas estas dadiuas y promessas, aprouecharon con el Cadi, no mas de ponerle en la voluntad, que abreuiasse su partida. Y assi solicitado de su desseo, y de las importunaciones de Hazan, y aun de las de Halima, que tambien fabricaua en el ayre vanas esperanças: dẽtro de veynte dias adereçò vn vergantin de quince vancos, y le armò de buenas voyas Moros, y de algunos Christianos Griegos. Embarcò en el toda su riqueza, y Halima no dexò en su casa cosa de momento, y

to, y rogò à ſu marido, que la dexaſſe lleuar conſigo à ſus padres, para que vieſſen à Conſtantinopla. Era la intencion de Halima la miſma que la de Mahamut, hazer con el, y con Ricardo, que en el camino ſe alçaſſen con el vergantin. Pero no les quiſo declarar ſu penſamiento, haſta verſe embarcada, y eſto con voluntad de yrſe à tierra de Chriſtianos, y boluerſe à lo que primero auia ſido, y caſarſe con Ricardo, pues era de creer, que lleuando tantas riquezas conſigo, y boluiendoſe Chriſtiana, no dexaria de tomarla por muger. En eſte tiempo hablò otra vez Ricardo con Leoniſa, y le declarò toda ſu intencion, y ella le dixo la que tenia Halima, que con ella auia comunicado: encomendaronſe los dos el ſecreto, y encomendandoſe à Dios, eſperauan el dia de la partida, el qual llegado, ſaliò Hazan acompañandolos haſta la marina con todos ſus ſoldados, y no los dexò haſta que ſe hizieron à la vela, ni aun quitò los ojos del vergantin, haſta perderle de viſta. Y parece, que el ayre de los ſoſpiros, que el enamorado Moro arrojaua, impelia con mayor fuerça las velas, que le apartauan, y lleuauan el alma. Mas como aquel à quien el amor auia tanto tiempo que ſoſſegar no le dexaua, penſando en lo que auia de hazer, para no morir à manos de ſus deſſeos, puſo luego por obra lo que con largo diſcurſo, y reſoluta determinacion tenia penſado:

do: y assi en vn baxel de diez y siete vancos, q̃ en otro puerto auia hecho armar, puso en el cinquenta soldados todos amigos, y conocidos suyos, y a quien el tenia obligados con muchas dadiuas, y promessas, y dioles orden, que saliessen al camino, y tomassen el baxel del Cadi, y sus riquezas passando à cuchillo quantos en el yuan, sino fuesse à Leonisa la cautiua q̃ à ella sola queria por despojo auẽtajado à los muchos aueres que el vergantin lleuaua: ordeno les tambien, que le echassen à fõdo, de manera, que ninguna cosa quedasse, que pudiesse das indicio de su percicion. La codicia del saco les puso alas en los pies, y esfuerço en el coraçon, aunque bien vieron quan poca defensa auian de hallar en los del vergantin, segun yuã desarmados, y sin sospecha de semejante acontecimiento. Dos dias auia ya que el vergantin caminaua, que al Cadi se le hizieron dos siglos: porque luego en el primero quisiera poner en efeto su determinacion, mas aconsejaronle sus esclauos, q̃ conuenia primero hazer, de suerte, que Leonisa cayesse mala, para dar color à su muerte, y que esto auia de ser con algunos dias de enfermedad: el no quisiera sino dezir, que auia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar à su muger, y aplacar el fuego, que las entrañas poco à poco le yua consumiendo: pe-

ro en efeto huuo de condecender con el parecer de los dos. Ya en esto auia Halima declarado su intento à Mahamut, y à Ricardo, y ellos estauan en ponerlo por obra, al passar de las Cruzes de Alexandria, ò el entrar de los Castillos de la Natolia. Pero fue tanta la priesa, que el Cadì les daua, que se ofrecieron de hazerlo en la primera comodidad que se les ofreciesse. Y vn dia, al cabo de seys, que nauegauan, y que ya le parecia al Cadì, que bastaua el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunò à sus esclauos, que otro dia concluyessen con Halima, y la arrojassen al mar amortajada, diziendo ser la cautiua del gran señor. Amaneciendo pues el dia en que, segun la intencion de Mahamut, y de Ricardo, auia de ser el cumplimiento de sus desseos, ò del fin de sus dias, descubrieron vn baxel, que à vela, y remo les venia dando caça: temieron fuesse de Cosarios Christianos, de los quales, ni los vnos, ni los otros podian esperar buen successo: porque de serlo, se temia, ser los Moros cautiuos: y los Christianos, aunque quedassen con libertad, quedarian desnudos, y robados. Pero Mahamut, y Ricardo, con la libertad de Leonisa, y de la de entrambos, se contentaran con todo esto que se imaginauan: temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamas la que se dà à

tales

tales exercicios de qualquiera ley, ò nacion que sea, dexa de tener vn'animo cruel, y vna condicion insolente: pusieronse en defensa, sin dexar los remos de las manos, y hazer todo quanto pudiessen. Pero pocas horas tardaron, que vieron que les yuan entrando de modo, que en menos de dos se les pusieron à tiro de canon: viẽdo esto amaynaron, soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el Cadi dixo, que no temiessen, porq̃ el baxel era Turquesco, y que no les haria daño alguno. Mando poner luego vna vãderita blanca de paz el peñol de la popa, porque le viessen los que ya ciegos, y codiciosos venian con gran furia à embestir el mal defendido vergantin. Boluio en esto la cabeça Mahamut, y vio, que de la parte de Poniente venia vna galeota, à su parecer de veynte vancos, y dixoselo al Cadi y algunos Christianos, que yuan al remo dixeron, que el baxel que se descubria era de Christianos: todo lo qual les doblò la confusion, y el miedo, y estauan suspensos, sin saber lo que harian, temiendo, y esperando el sucesso, que Dios quisiesse darles. Pareceme que diera el Cadì en aquel punto por hallarse en Nicosia, toda la esperança de su gusto, tanta era la confusion en que se hallaua, aunque le quitò presto della el baxel primero, q̃ sin respecto de las vanderas de paz, ni de lo que à su religion deuian, embistieron

con

con el del Cadì con tanta furia, que estuuo poco en echarle à fondo, luego conocio el Cadì los que le acometian, y vio, q̃ eran soldados de Nicosia, y adiuinò lo que podia ser, y diose por perdido, y muerto: y si no fuera que los soldados se dieron antes à robar, que à matar, ninguno quedara con vida: mas quando ellos andauan mas encendidos, y mas atentos en su robo, dio vn Turco vozes: diziendo: Arma soldados, q̃ vn baxel de Christianos nos embiste, y assi era la verdad, porque el baxel que descubriò el vergantin del Cadì, venia con insignias, y vanderas Christianescas: el qual llegò con toda furia à embestir el baxel de Hazan: pero antes que llegasse, preguntò vno desde la proa en lengua Turquesca, que que baxel era aq̃l? Respondieronle, que era de Hazan Baxà Virrey de Chipre. Pues como, replicò el Turco, siendo vosotros Mosolimanes, embestis, y robays à esse baxel, que nosotros sabemos que và en el el Cadi de Nicosia? A lo qual respondieron, que ellos no sabian otra cosa, mas de que al baxel les auia ordenado le tomassen, y que ellos como sus soldados, y obedientes auian hecho su mandamiento. Satisfecho de lo q̃ saber queria el Capitan del segundo baxel, que venia à la Christianesca, dexole embestir al de Hazan, y acudio al del Cadì, y à la primera roziada matò mas de diez Turcos de los que dentro estauan, y luego

luego le entrò con grande animo, y prefteza: mas apenas huieron puesto los pies dentro, quando el Cadì conociò, que el q̃ le embestia no era Christiano, sino Ali Baxa, el enamorado de Leonisa: el qual con el mismo intento que Hazan auia estado esperando su venida: y por no ser conocido auia hecho vestidos à sus soldados como Christianos, para que con esta industria fuesse mas cubierto su hurto. El Cadì que conociò las intenciones de los amantes, y traydores, començò a grandes vozes à dezir su maldad, diziendo: que es esto traydor Ali Baxà, como siendo tu Mosoliman, que quiere dezir Turco, me salteas como Christiano? Y vosotros traydores soldados de Hazan, que demonio os ha mouido à acometer tan grande insulto? como por cumplir el apetito lasciuo del que aqui os embia, quereys yr contra vuestro natural señor? A estas palabras suspendieron todas las armas, y vnos à otros se miraron, y se conocieron, porque todos auian sido soldados de vn mismo Capitan, y militado debaxo de vna vandera, y confundiendose con las razones del Cadi, y con su mismo maleficio, ya se les embotaron los filos de los alfanges, y se les desmayaron los animos: solo Ali cerrò los ojos y los oydos à todo, y arremetiendo al Cadì le dio vna tal cuchillada en la cabeça, que sino fuera por al defensa que hizieron cien varas de toca,

ca, con que venia ceñida; sin duda se la partiera por medio: pero con todo le derribò entre los bancos del baxel, y al caer dixo el Cadi: O crudel renegado, enemigo de mi Profeta, y es possible que no ha de auer quien castigue tu crueldad, y tu grande insolencia: como maldito has osado poner las manos, y las armas en tu Cadi, y en vn ministro de Mahoma? Estas palabras añadieron fuerça à fuerça à las primeras, las quales oydas de los soldados de Hazan, y mouidos de temor, que los soldados de Ali les auian de quitar la pressa (que ya ellos por suya tenian) determinaron de ponerlo todo en auentura: y començando vno, y siguiendole todos dieron en los soldados de Ali cō tanta priessa, rancor, y brio, que en poco espacio los pararon tales, que aunque erā muchos mas que ellos, los reduxeron à numero pequeño: pero los que quedarō, boluiendo sobre si, vengaron à sus compañeros, no dexando de los de Hazan apenas quatro con vida, y essos muy mal heridos. Estauanlos mirando Ricardo, y Mahamut, que de quando en quando sacauan la cabeça, por el escurillon de la camara de popa; por ver en que paraua aquella grande herreria, que sonaua: y viendo como los Turcos estauan casi todos muertos, y los viuos mal heridos, y quā facilmēte se podia dar cabo de todos, llamò à Mahamut, y à dos sobrinos de Halima,

que ella auia hecho embarcar consigo, para que ayudassen a leuantar el baxel, y con ellos, y con su padre tomando alfanges de los muertos, saltaron en cruxia, y apellidando Libertad, libertad: y ayudados de las buenas voyas Christianos Griegos, con facilidad, y sin recebir herida los degollaron à todos: y passando sobre la galeota de Ali, que sin defensa estaua, la rindieron, y ganaron, con quanto en ella venia: de los que en el segundo encuentro murieron, fue de los primeros Ali Baxà, que vn Turco en vengança del Cadi le matò à cuchilladas. Dieronse luego todos por consejo de Ricardo, à passar quantas cosas auia de precio en su baxel, y en el de Hazan à la galeota de Ali, que era baxel mayor, y acomodado para qualquier cargo, ò viage, y ser los remeros Christianos: los quales contentos con la alcançada libertad, y con muchas cosas que Ricardo repartiò entre todos, se ofrecieron de lleuarle hasta Trapana, y aun hasta el cabo del mundo, si quisiesse. Y con esto Mahamut, y Ricardo llenos de gozo por el buen sucesso, se fueron a la Mora Halima, y le dixeron, que si queria boluerse à Chipre, que con las buenas voyas le armarian su mismo baxel, y le darian la mitad de las riquezas, que auia embercado: mas ella, que en tanta calamidad aun no auia perdido el cariño, y amor que à Ricardo tenia, dixo que queria yrse cō ellos à tierra

ra de Christianos, de loqual sus padres se holgaron en estremo, el Cadì boluiò en su acuerdo, y le curaron, como la ocasion les dio lugar, à quien tambien dixeron, q̃ escogiesse vna de dos: ò que se dexasse lleuar à tierra de Christianos, ò boluerse en su mismo baxel à Nicosia. El respondio, q̃ ya que la fortuna le auia traydo à tales terminos, les agredecia la libertad que le dauan, y que queria yr à Constantinopla à quexarse al gran señor del agrauio, que de Hazan, y de Ali auia recebido. Mas quando supo que Halima le dexaua, y se queria boluer Christiana, estuuo en poco de perder el juizio. En resolucion le armaron su mismo baxel, y le proueyeron de todas las cosas necessarias para su viage, y aun le dieron algunos zequies de los q̃ auian sido suyos: y despidiendose de todos con determinacion de boluerse à Nicosia, pidio antes que se hiziesse a la vela, que Leonisa le abraçasse, que aquella merced, y fauor seria bastante para poner en oluido toda su desuentura. Todos suplicaron à Leonisa diesse aquel fauor, a quien tanto la queria, pues en ello no yria contra el decoro de su honestidad. Hizo Leonisa lo que le rogaron, y el Cadi le pidio, le pusiesse las manos sobre la cabeça, porque el lleuasse esperanças de sanar de su herida: en todo le contentò Leonisa. Hecho esto, y auiendo dado vn barreno al baxel de Hazan, fauoreciendoles vn Le-

uante fresco, que parecia, que llamaua las velas, para entregarse en ellas, se las dieron, y en breues horas perdieron de vista al baxel del Cadi, el qual con lagrimas en los ojos estauan mirando, como se lleuauan los vientos su hazienda, su gusto, su muger, y su alma. Con diferentes pensamientos de los del Cadì nauegauan Ricardo y Mahamut: y assi sin querer tocar en tierra en ninguna parte, passaron à la vista de Alexandria de golfo lançado, y sin amaynar velas, y sin tener neçessitad de aprouecharse de los remos, llegaron à la fuerte Isla del Corfu, donde hizieron agua, y luego sin detenerse passaron por los infamados riscos Acroceraunos: y desde lexos al segundo dia descubrieron à Paquino Promontorio de la fertilissima Tinacria, à vista de la qual, y de la insigne Isla de Malta bolaron, que no con menos ligereza nauegaua el dichoso leño. En resolucion, baxando la Isla, de alli à quatro dias descubrieron la Lampadosa, y luego la Isla donde se perdieron, con cuya vista se estremeciò toda, viniendole à la memoria el peligro en que en ella se auia visto. Otro dia vieron delante de si la desseada y amada patria: renouose la alegria en sus coraçones: alborotaronse sus espiritus con el nueuo contento que es vno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar despues de luengo cautiuerio, saluo y sano à la patria. Y al que à

este se le puede ygualar, es el que se recibe de la vitoria alcançada de los enemigos. Hauiase hallado en la galleota vna caxa llena de vanderetas, y flamulas de diuersas colores de sedas, con las quales hizo Ricardo adornar la galeota. Poco despues de amanecer seria, quando se hallaron à menos de vna legua de la ciudad, y vogando à quarteles, y alçando de quando en quando alegres vozes y gritos, se yuã llegando al puerto, en el qual en vn instãte pareciò infinita gente del pueblo, que auiendo visto como aquel bien adornado baxel tan de espacio se llegaua à tierra, no uedò gente en toda la ciudad, que dexasse de salir à la marina. En este entre tanto auia Ricardo pedido y suplicado à Leonisa, que se adornasse y vistiesse de la misma manera, que quando entrò en la tienda de los Baxaes: porque queria hazer vna graciosa burla à sus padres. Hizo lo assi, y añadiendo galas à galas, perlas à perlas, y belleza à belleza (que suele acrecentarse con el contento) se vistiò de modo, que de nueuo causò admiracion y marauilla. Vistiose assi mismo Ricardo à la Turquesca, y lo mismo hizo Mahamut, y todos los Christianos del remo, que para todos huuo en los vestidos de los Turcos muertos: quando llegaron al puerto, serian las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraua, que parecia que estaua atenta, mirando aquelle alegre

entrada. Antes de entrar en el puerto, hizo Ricardo disparar las pieças de la galeota, que eran vn cañon de cruxia, y dos falconetes; respondio la ciudad cõ otras tantas. Estaua toda la gente confusa, esperando llegasse el vizarro baxel. Pero quando vieron de cerca que era Turquesco, porque se diuisauan los blancos turbantes de los que Moros parecian, temerosos, y con sospecha de algun engaño, tomaron las armas, y acudieron al puerto todos los que en la ciudad son de milicia y la gente de à cauallo se tendiò por toda la marina: de todo lo qual recibieron grã contento los que poco à poco se fueron llegando, hasta entrar en el puerto, dãdo fondo junto à tierra, y arrojando en ella la plancha soltando à vna los remos, todos vno à vno, como en procession, salieron à tierra, la qual con lagrimas de alegria besaron vna, y muchas vezes, señal clara que dio à entender ser Christianos, que con aquel baxel se auian alçado. A la postre de todos salieron el padre, y madre de Halima, y sus dos sobrinos, todos (como esta dicho) vestidos a la Turquesca: hizo fin, y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con vn tafetan carmesi. Traian la en medio Ricardo, y Mahamut, cuyo espectaculo lleuò tras si los ojos de toda aquella infinita multitud, q̃ los miraua. En llegando à tierra, hizieron como los demas, besãdola postrados por

el

el suelo. En esto llegò à ellos el Capitan, y Gouernador de la ciudad, que bien conociò, que eran los principales de todos: mas apenas huuo llegado, quando conociò à Ricardo. y corrio con los braços abiertos, y con señales de grandissimo contento à abraçarle. Llegaron con el Gouernador Cornelio, y su padre, y los de Leonisa, con todos sus parientes, y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la ciudad. Abraçò Ricardo al Gouernador, y respõdio à todos los parabienes que le dauan. Trauò de la mano à Cornelio, el qual como le conociò, y se vio assido del, perdiò la color del rostro, y casi començo à temblar de miedo, y teniendo assimismo de la mano à Leonisa, dixo: Por cortesia os ruego señores, que antes que entremos en la ciudad, y en el templo à dar las deuidas gracias à nuestro Señor, de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheys ciertas razones q̃ deziros quiero. A lo qual el Gouernador respondio, q̃ dixesse lo que quisiesse, que todos le escucharian con gusto, y con silencio. Rodearonle luego todos los mas de los principales: y el alçando vn poco la voz, dixo desta manera: Bien se os deue acordar señores de la desgracia que algunos meses ha en el jardin de las salinas me sucedio, con la perdida de Leonisa. Tambien no se os aurà caydo de la memoria la diligen-

cia, que yo puse en procurar su libertad, pues oluidandome del mio, ofreci por su rescate toda mi hazienda (aunque esta, q̃ al parecer fue liberalidad, no puede, ni deue redundar en mi alabança, pues la daua por el rescate de mi alma) lo que despues aca a los dos hà sucedido, requiere para mas tiempo otra sazon, y coniuntura, y otra lengua, no tan turbada como la mia baste deziros por aora, que despues de varios, y estraños acrecimientos: y despues de mil perdidas esperanças de alcançar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo, sin ningun merecimiento nuestro, nos ha buelto à la desseada patria, quanto llenos de contento, colmados de riquezas, y no nace dellas, ni de la libertad alcançada el sin ygual gusto que tengo, sino del que ymagino que tiene esta en paz, y en guerra dulce enemiga mia, assi por verse libre, como por ver, como veo el retrato de su alma: toda via me alegro de la general alegria, que tienen los que me han sido compañeros en la miseria. Y aunque las desuenturas, y tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones, y aniquilar los animos valerosos: no ha sido assi con el verdugo de mis buenas esperanças. Porque con mas valor, y entereza, que buenamente dezirse puede, ha passado el naufragio de sus desdichas, y los encuentros de mis ardientes,

tes, quãto honestas importunaciones, en lo qual se verifica, que mudan el cielo, y no las costumbres, los que en ellas tal vez hizieron assiento. De todo esto que he dicho, quiero inferir, que yo le ofreci mi hazienda en rescate, y le di mi alma en mis desseos: di traza en su libertad, y auẽturè por ella, mas que por la mia, la vida, y de todos estos, que en otro sujeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento: no quiero yo que lo sean, solo quiero lo sea este en que te pongo aora: y diziendo esto, alçò la mano, y cõ honesto comedimiento quitò el antifaz del rostro de Leonisa, que fue como quitarse la nube, que tal vez cubre la hermosa claridad del Sol: y prosiguiò diziendo: Vees aqui, ò Cornelio, te entrego la prenda, que tu deues de estimar sobre todas las cosas, que son dignas de estimarse, y vees aqui tu hermosa Leonisa, te doy al que tu siempre has tenido en la memoria: esta si quiero que se tenga por liberalidad, en cuya comparacion dar la hazienda, la vida, y la honra no es nada. Recibela, ò venturoso mancebo, recibela, y si llega tu conocimiento à tanto, que llegue à conocer valor tan grande, estimate por el mas venturoso de la tierra. Con ella te darè assimismo todo quanto me tocare de parte en lo que à todos el cielo nos ha dado, que bien creo, que

passara de treynta mil escudos. De todo puedes gozar à tu sabor cõ libertad, quietud, y descanso: y plega al cielo, que sea por luengos, y felizes años. Yo sin ventura (pues quedo sin Leonisa) gusto de quedar pobre, que à quien Leonisa le falta, la vida le sobra. Y en diziendo esto callò, como si al paladar de se le huuiera pegado la lengua: pero desde alli à vn poco, antes q̃ ninguno hablasse, dixo: Valame Dios, y como los apretados trebajos turban los entendimientos. Yo señores con el desseo que tengo de hazer bien, no he mirado lo que he dicho: porque no es possible, que nadie pueda mostrarse liberal de lo ageno. Que jurisdicion tengo yo en Leonisa, para darla à otro? ò como puedo ofrecer lo que està tan lexos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que à faltarle sus padres (que felizes años viuan) ningun oposito tuuiera à su voluntad: y si se pudieran poner las obligaciones, que como discreta deue de pensar, que me tiene, desde à qui las borro, las cancelo, y doy por ningunas: y assi de lo dicho me desdigo, y no doi à Cornelio nada, pues no puedo, solo confirmo la manda de mi hazienda hecha à Leonisa, sin querer otra recompensa, sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea dellos, q̃ nunca se encaminaron, ni miraron à otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su grande valor, è infinita hermosura.

mosura. Callò Ricardo, en diziendo esto: à lo qual Leonisa respondio en esta manera: Si algun fauor, ò Ricardo, imaginas, q̃ yo hize à Cornelio (en el tiempo que tu andauas de mi enamorado, y zeloso) imagina, que fue tan honesto, como guiado por la voluntad, y orden de mis padres, q̃ atentos à que le mouiessen à ser mi esposo, permitian, que se los diesse. Si quedas desto satisfecho, bien lo estaras de lo que de mi te ha mostrado la experiencia, cerca de mi honestidad y recato. Esto digo por darte à entender Ricardo, que siẽp̃ fuy mia, sin estar sujeta à otro, que a mis padres, à quien aora humilmente, como es razon, suplico me den licencia, y libertad, para disponer la que tu mucha valencia, y liberalidad me ha dado. Sus padres dixeron, que se la dauan, porque fiauan de su discrecion, que vsaria della, de modo que siempre redundasse en su honra y en su prouecho. Pues con essa licencia (prosiguiò la discreta Leonisa) quiero, q̃ no se me haga de mal, mostrarme desenbuelta, à trueque de no mostrarme desagradezida: y assi, ò valiente Ricardo, mi volũtad hasta aqui recatada, perplexa, y dudosa, se declara en fauor tuyo: porque sepan los hombres, que no todas las mugeres son ingratas, mostrandome yo, siquiera agradecida, tuya soy Ricardo; y tuya serè hasta la muerte, si ya otro mejor conocimiento no te mueue à negar la

mano, q̃ de mi esposo te pido. Quedo como fuera de si à estas razones Ricardo, y no supo ni pudo respõder con otras à Leonisa, q̃ cõ hincarse de rodillas ante ella, y besarle las manos, q̃ le tomò por fuerça, muchas vezes, bañãdoselas en tiernas, y amorosas lagrimas. Derramolas Cornelio de pesar, y de alegria los padres de Leonisa, y de admiraciõ, y de cõtento todos los circũstantes. Hallose presente el Obispo, ò Arçobispo de la ciudad, y cõ su bendiciõ, y licencia los llevò al Tẽplo, y dispẽsãdo en el tiẽpo, los desposò en el mismo pũto. Derramose la alegria por toda la ciudad, de la qual dieron muestra aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la dieron muchos juegos, y regozijos, que hizieron los parientes de Ricardo, y de Leonisa. Reconciliaronse con la Iglesia Mahamut, y Halima, la qual impossibilitada de cumplir el desseo de verse esposa de Ricardo, se contentò con serlo de Mahamut. A sus padres, y à los sobrinos de Halima dio la liberalidad de Ricardo, de las partes que le cupieron del despojo suficientemente cõ q̃ viuiessen. Todos en fin quedaron cõtentos, libres, y satisfechos: y la fama de Ricardo, saliẽdo de los terminos de Sicilia, se estendio por todos los de Italia, y de otras muchas partes, debaxo del nõbre del amante liberal, y aun hasta oy dura en los muchos hijos que tuuo en Leonisa, que fue exẽplo raro de discreciõ, honestidad, recato, y hermosura.

NOVELA DE RINCONETE, Y CORTADILLO.

EN la Venta del Molinillo, que està puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla à la Andaluzia, vn dia de los calurosos del Verano se hallaron en ella à caso dos muchachos de hasta edad de catorze à quinze años: el vno, ni el otro no passauan de diez y siete, ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos, y maltratados: capa no la tenian: los calçones eran de lienço, y las medias de carne. Bien es verdad, que lo enmendauan los çapatos, porque los del vno eran alpargates, tan traydos como lleuados: y los del otro picados, y sin suelas, de manera, que mas le seruian de cormas, que de çapatos. Traia el vno montera verde de caçador, el otro vn sombrero sin torquilla, baxo

de copa, y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos traia el vno vna camisa de color de camuça, encerrada, y recogida toda en vna manga: el otro venia escueto, y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia vn gran bulto, que à lo q̃ despues pareciò, era vn cuello de los que llaman balones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas. Venian en el embueltos, y guardados vnos naypes de figura ouada, porque de exercitarlos se les auian gastado las puntas, y porque durassen mas se las cercenaron, y los dexaron de aquel talle. Estauan los dos quemados del Sol: las vñas cayreladas, y las manos no muy limpias. El vno tenia vna media espada: y el otro vn cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros: salierõse los dos à sestear en vn portal, ò cobertizo, que delante de la venta se haze: y sentandose frontero el vno del otro: el que parecia de mas edad dixo al mas pequeño: De que tierra es v.m. señor gentilhombre, y para adonde buena camina? Mi tierra señor Cauallero, respondio el preguntando, no la sè, ni para donde camino tampoco. Pues en verdad, dixo el mayor, que no parece v.m. del cielo: y que este no es lugar para hazer su assiento en el que por fuerça se ha de passar delante. Assi es, respõdio el mediano, pero yo he dicho verdad en lo que he dicho: porque mi tierra
no

no es mia, pues no tengo en ella mas de vn padre, que no me tiene por hijo, y vna madrasta que me trata como alnado: el camino que lleuo es à la ventura, y alli le daria fin, donde hallasse quien me diesse lo necessario, para passar esta miserable vida. Y sabe vuessa merced algun oficio, preguntò el grande: y el menor respõdio: No sè otro, sino que corro como vna liebre, y salto como vn gamo, y corto de tigera muy delicadamente. Todo esso es muy bueno, vtil, y prouechoso, dixo el grande, porque aurà sacristan que le dè à vuessa merced la ofrenda de todos Sãtos, porque para el Iueues Santo, le corte florones de papel pare el monumento. No es mi corte dessa manera, respondio el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre, y calcetero, y me enseñò à cortar antiparas, que como v. m. bien sabe, son medias calças con abãpies, que por su propio nombre se suelen llamar polaynas, y cortolas tanbien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo esso, y mas acontece por los buenos, respondio el grande, y siẽpre he oydo dezir, que las buenas habilidades son las mas perdidas: pero aun edad tiene v. m. para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño, y el ojo no me miente, otras gracias tiene v. m. secretas, y no las quiere manifestar. Si tengo, respõ
dio

dio el pequeño, pero no son para en pu-
blico, como v. m. ha muy bien apuntado.
A lo qual replicò el grande: Pues yo le sé
dezir, que soy vno de los mas secretos mo
ços que en gran parte se puedan hallar:
y para obligar à v. m. que descubra su pe
cho, y descanse conmigo, le quiero obli-
gar con descubrirle el mio primero, por-
que imagino, que no sin misterio nos ha
juntado aqui la suerte: y pienso, que aue-
mos de ser deste hasta el vltimo dia de
nuestra vida verdaderos amigos. Yo se-
ñor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida,
lugar conocido, y famoso, por los illu-
stres passajeros, que por el de contino
passan. Mi nombre es Pedro del Rincon,
mi padre es persona de calidad, porque es
ministro de la santa Cruzada, quiero de-
zir, que es bulero, ò buldero, como los lla
ma el vulgo. Algunos dias le acompañè
en el oficio, y le aprendi de manera, que
no daria ventaja en echar las Bulas, al
que mas presumiesse en ello. Pero auien-
dome vn dia aficionado mas al dinero de
las Bulas, que à las mismas Bulas, me abra
cè con vn talego, y di conmigo, y con el
en Madrid, donde con las comodidades,
que alli de ordinario se ofrecen, en pocos
dias saquè las entrañas al talego, y le de-
è con mas dobleces, que pañiçuelo de
... sposado. Vino el que tenia à cargo el
... ro tras mi, prendieronme, tuue poca
... ; aunque viẽdo aquellos señores mi
poca

poca edad, se contentaron con que me arrimassen al aldauilla, y me mosqueassen las espaldas por vn rato, y con que saliesse desterrado por quatro años de la Corte: tuue paciencia, encogi los ombros, sufri la tanda, y mosqueo, y sali a cumplir mi destierro, con tanta priessa, que no tuue lugar de buscar caualgaduras. Tomè de mis alhajas las que pude, y las que me parecieron mas necessarias: y entre ellas saquè estos naypes (y à este tiempo descubriò los que se han dicho, que en el cuello traia) con los quales he ganado mi vida por los mesones, y ventas, que ay desde Madrid aqui, jugando à la veyntiuna: y aunque v. m. los vee tan astrosos, y maltratados, vsan de vna marauillosa virtud, con quien los entiende, que no alçarà, que no quede vn as debajo. Y si v. m. es versado en este juego, verà quanta ventaja llaua el que sabe, que tiene cierto vn as à la primera carta, que le puede seruir de vu punto, y de onze: que con esta ventaja, siendo la veyntiuna embidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendi de vn cozinero de vn cierto Embaxador ciertas tretas de quinolas, y del parar, à quien tambien llaman el andaboba: que assi como v. m se puede examinar en el corte de sus antiparas, assi puedo yo ser maestro en la ciencia vilhanesca, con esto voy seguro de no morir de hambre. Porque aunque

aunque llegue à vn cortijo, ay quien quiera passar tiempo, jugando vn rato: y desto hemos de hazer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun paxaro destos harrieros que aqui ay, quiero dezir, que jugaremos los dos à la veyntiuno, como si fuesse de veras, que si alguno quisiere ser tercero, el sera el primero que dexe la pecunia. Sea en buenora, dixo el otro, y en merced muy grande tengo la que v. m. me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mia, que diziendola mas breue, es esta: yo naci en el piadoso lugar puesto entre Salamanca, y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñòme su oficio, y de corte de tisera: cō mi buen ingenio saltè à cortar bolsas: enfadome la vida estrecha del aldea, y el desamorado trato de mi madrastra. Dexè mi pueblo, vine à Toledo a exercitar mi oficio, y en el he hecho marauillas: porq̃ nó pende relicario de toca, ni ay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tiseras no corten, aunque le estèn guardando con ojos de Argos. Y en quatro meses que estuue en aquella ciudad, nunca fuy cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto. Bien es verdad, que aura ocho dias, que vna espia doble dio noticia de mi habilidad al Corregidor, el qual aficionado à mis buenas partes,

partes,quisiera verme, mas yo, que por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graues,procurè de no verme con el, y assi sali de la ciudad con tanta priessa,que no tuue lugar de acomodarme de caualgaduras, ni blancas ni de algun coche de retorno,ò por lo menos de vn carro. Esso se borre, dixo Rincon,y pues ya nos conocemos, no ay para que aquessas grandezas,ni altiuezes: confessemos llanamente,que no teniamos blanca, ni aun çapatos.Sea assi, respondio Diego Cortado (que assi dixo el menor que se llamaua)y pues nuestra amistad,como v. m. señor Rincon ha dicho,ha de ser perpetua: comencemosla con santas y loables ceremonias,y leuantandose Diego Cortedo, abraçò à Rincon, y Rincon à el tierna, y estrechamente: y luego se pusieron los dos à jugar à la veyntiuna con los ya referidos naypes,limpios de poluo y de paja,mas no de grasa y malicia: y à pocas manos alçaua tanbien por el as Cortado, como Rincon su maestro.Salio en esto vn harriero à refrescarse al portal,y pidio q queria hazer tercio.Acogieronle de buena gana,y en menos de media hora le ganaron doze reales, y veynte y dos marauedis,que fue darle doze lançadas, y veynte y dos mil pesadumbres: y creyendo el harriero, que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitalles el dinero: mas ellos poniendo el vno mano à su media

dia espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hazer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo passara mal. A esta sazon passaron à caso por el camino vna tropa de caminantes à cauallo, que yuan à sestear à la venta del Alcalde, que esta media legua mas adelante: los quales viendo la pendencia del harriero con los dos muchachos, los apaziguaron, y les dixeron, que si à caso yuan à Seuilla, que se viniessen con ellos. Alla vamos, dixo Rincon, y seruiremos à vuessas mercedes en todo quanto nos mandaren: y sin mas detenerse, saltaron delante de las mulas, y se fueron con ellos, dexando al harriero agrauiado, y enojado, y à la ventera admirada de la buena criança de los picards, que les auia estado oyendo su platica, sin que ellos aduirtiessen en ello: y quando dixo al harriero, que les auia oydo dezir, que los naypes que traian eran falsos, se pelaua las barbas, y quisiera yr à la venta tras ellos à cobrar su haziénda, porque dezia, que era grandissima afrenta, y caso de menos valer, que dos muchachos huuiessen engañado à vn hombraçon tan grande como el: sus compañeros le detuuieron, y aconsejaron, que no fuesse, siquiera por no publicar su inhabilidad, y simpleza. En fin tales razones le dixeron, que aunque no le consolaron, le obligaron à quedarse. En esto Cortado y Rincon se dierou tan buena maña en ser-

uir

nir à los caminantes, que lo mas del cami no los lleuauan à las ancas: y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasion tan buena del viaje de Seuilla, donde ellos tenian grande desseo de verse. Con todo esto à la entrada de la ciudad, que fue à la oracion, y por la puerta de la aduana, à causa del registro, y almoxarifazgo, que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija, ò maleta, que à las ancas traia vn Francès de la camarada: y assi con el de sus cachas, le dio tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente le sacò dos camisas buenas, vn relox de Sol, y vn librillo de memoria, cosas, que quãdo las vieron no les dieron mucho gusto, y pensaron, que pues el Francès lleuaua à las ancas aquella maleta, no la auia de auer ocupado cõ tan poco peso, como era el que tenian aquellas presseas, y quisieran boluer à darle otro tiento: pero no lo hizieron, imaginando, que ya lo aurian echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaua. Auianse despedido antes que el salto hiziessen, de los que hasta alli los auian sustentado: y otro dia vendierõ las camisas en el malbaratillo, que se haze fuera de la puerta del Arenal, y dellas hizieron veynte reales. Hecho esto, se fueron à ver la ciudad, y admiroles

la

grandes, y vna pequeña: en las quales se repartia la carne, pescado, y fruta, y en el costal el pan, y el les guiò donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del Francès lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nueuo oficio, segun les ensayauan las esportillas, y assentauan los costales. Auisoles su adalid de los puestos, donde auiã de acudir: por las mañanas à la carniceria, y à la plaça de San Saluador: los dias de pescado à la pescaderia, y à la costanilla: todas las tardes al rio: los jueues à la feria. Toda esta licion tomaron bien de memoria: y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaça de San Saluador, y à penas huuieron llegado, quando los rodearon otros moços del oficio, que por lo flamante de los costales, y espuertas, vieron ser nueuos en la plaça, hizieronles mil preguntas, y à todas respondian con discrecion, y mesura. En esto llegaron vn medio estudiante, y vn soldado, y combidados de la limpieza de las espuertas de los dos nouatos, el que parecia estudiãte, llamò à Cortado, y el soldado à Rincon. En nombre sea de Dios, dixeron ambos, para bien se comience el oficio, dixo Rincon, que v. m. me estreña señor mio. A lo qual respondio el soldado: La estrena no serà mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hazer oy banquete à vnas amigas de mi señora. Pues car-

cargue v.m. à su gusto, que animo tengo, y fuerças para lleuarme toda esta plaça, y aun si fuere menester, que ayude à guisarlò, lo harè de muy buena voluntad. Contentose el soldado de la buena gracia del moço, y dixole, que si queria seruir, que el le sacaria de aquel abatido oficio. A lo qual respondio Rincon, que por ser aquel dia el primero que le vsaua, no le queria dexar tan presto, hasta ver alomenos lo que tenia de malo y bueno: y quando no le contentasse, el daua su palabra de seruirle à el, antes que à vn Canonigo. Riose el soldado, cargòle muy bien, mostrò le la casa de su dama, paraque la supiesse de alli delante, y el no tuuiesse necessidad, quando otra vez le embiasse, de acompañarle. Rincon prometiò fidelidad, y buen trato: diole el soldado tres quartos, y en vn buelo boluiò à la plaça, por no perder coyuntura: porque tambien desta diligencia les aduirtiò el Asturiano, y de que quádo lleuassen pescado menudo, conuiene à saber, albures, ò sardinas, ò azedias. bié podian tomar algunas, y hazerles la salua, si quiera para el gasto de aquel dia: pero que esto auia de ser con toda sagazidad, y aduertimiento, porque no se perdiesse el credito, que era lo que mas importaua en aquel exercicio. Por presto q̃ boluiò Rincon, ya hallò en el mismo puesto à Cortado. Llegose Cortado à Rincõ, y preguntole, q̃ como le auia ydo. Rincon abriò

abrio la mano, y mostrole los tres quartos. Cortado entrò la suya en el seno, y sacò vna bolsilla, que mostraua auer sido de ambar en los passados tiempos: venia algo hincado, y dixo: con esta me pagò su reuerencia del estudiante, y con dos quartos, mas tomalda vos Rincon, por lo que puede suceder. Y auiendosela ya dado secretamente, veys aqui do buelue el estudiante trasudando, y turbado de muerte: y viendo a Cortado le dixo, si à caso auia visto vna bolsa de tales, y tales señas, que con quinze escudos de oro en oro, y con tres reales de à dos, y tantos marauedis en quartos, y en ochauos le faltaua; y que le dixesse, si la auia tomado en el entretāto, que con el auia andando comprando? A lo qual con estraño dissimulo, sin alterarse, ni mudarse en nada, respondiò Cortado: Lo que yo sabrè desir dessa bolsa es, que no deue de estar perdida, si ya no es, que vuessa merced la puso à mal recaudo. Esso es ello pecador de mi, respondio el estudiante, q̄ la deui de poner à mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dixo Cortado, pero para todo ay remedio, sino es para la muerte, y el que vuessa merced podrà tomar, es, lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y vn dia viene tras otro dia, y donde la dan las toman: y podria ser, que con el tiempo el que lleuò la bolsa se viniesse à arepentir, y

se la boluiesse à vuessa merced sahumada. El sahumerio le perdonariamos, respondio el estudiante, y Cortado prosiguiò diziendo: quanto mas, que cartas de descomunion ay, Paulinas y buena diligencia, que es madre de la buena ventura: aunque à la verdad no quisiera yo ser el lleuador de tal bolsa: porque si es, que vuessa merced tiene alguna orden sacra, parecermeia à mi, que auia cometido algun grande incesto, ò sacrilegio. Y como que ha cometido sacrilegio, dixo à esto el adolorido estudiante, que puesto q̃ yo no soy Sacerdote, sino sacristan de vnas Monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de vna Capellania, que me dio à cobrar vn Sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado, y bendito. Con su pan se lo coma, dixo Rincon a este punto, no le arriendo la ganancia, dia de juyzio ay, donde todo saldra en lo colada, y entonces se vera quien fuerar Cailejas, y el atreuido que se atreuiò a tomar, hurtar, y menoscabar el tercio de la Capellania. Y quanto renta cada año, digame señor sacristã, por su vida? Renta la puta que me pariò, y estoy yo agora para dezirlo que renta, respondio el sacristan, con algun tanto de demasiada colera: dezidme hermanos, si sabeys algo, sino quedad con Dios, que yo la quiero hazer pregonar. No me parece mal remedio esse, dixo Cortado: pero aduierta vuessa merced no se le oluiden
las

las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que và en ella, que si yerra en vn ardite, no parecera en dias del mundo, y esto le doy por hado. No ay que temer desso, respondio el sacristan, q̃ lo tengo mas en la memoria, que el tocar de las campanas, no me errarè en vn atomo. Sacò en esto de la faldriquera vn pañuelo randado, para limpiarse el sudor, q̃ llouia de su rostro como de alquitara: y à penas le huuo visto Cortado, quando le marcò por suyo. Y auiendose ydo el sacristan, Cortado le siguiò, y le alcançò en las gradas donde le llamo, y le retirò à vna parte, y alli le començò a dezir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto, y hallazgo de su bolsa, dandole buenas esperanças, sin concluyr jamas razon que començasse, q̃ el pobre sacristan estaua embelesado escuchandole: y como no acabaua de entẽder lo que le dezia, hazia que le replicasse la razon dos, y tres vezes. Estauale mirando Cortado à la cara atentamente, y no quitaua los ojos de sus ojos. El sacristan le miraua de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dio lugar à Cortado, que concluyesse su obra, y sutilmente le sacò el pañuelo de la faldriquera, y despidiendose del, le dixo, que à la tarde procurasse de verle en aquel mismo lugar, porque el traia entre ojos, que vn muchacho de su

mismo oficio, y de su mismo tamaño, que era algo ladronzillo, le auia tomado la bolsa, y que el se obligaua à saberlo, dentro de pocos, ò de muchos dias. Con esto se consolò algo el sacristan, y se despidio de Cortado, el qual se vino donde estaua Rincon, que todo lo auia visto vn poco apartado del: y mas abaxo estaua otro moço de la esportilla, que vio todo lo q̃ auia passado, y como Cortado daua el pañuelo à Rincon: y llegandose à ellos les dixo: Diganme señores galanes, voacedes son de mala entrada, ò no? No entendemos essa razon señor galan, respondio Rincō. Que no entreuan señores Murcios, respō-dio el otro? Ni somos de Teba, ni de Murcia, dixo Cortado: si otra cosa quiere, digala, sino, vayase con Dios. No lo entienden, dixo el moço, pues yo se lo darè à entender, y à beuer con vna cuchara de plata. Quiero dezir señores, si sō vuessas mercedes ladrones? mas no sè para que les pregunto esto, pues sè ya que lo son: mas diganme, como no han ydo à la aduana del señor Monipodio? Pagase en esta tierra almojarifazgo de ladrones señor galan? dixo Rincon. Si no se paga respondio el moço, a lo menos registranse ante el señor Monipodio, que ès su padre, su maestro, y su amparo: y assi les aconsejo, que vengā conmigo à darle la obediencia, ò sino, no se atreuan à hurtar sin su señal, que les costarà caro. Yo pensè, dixo Cortado, que el

hurtar

hurtar era oficio libre, horro de pecho, y alcauala: y que si se paga, es por junto, dando por fiadores à la gargãta, y à las espaldas. Pero pues assi es, y en cada tierra ay su vso, guardemos nosotros el desta, que por ser la mas principal del mundo, serà el mas acertado de todo el: y assi puede vuessa merced guiarnos donde està esse cauallero, que dize, que ya yo tengo barruntos segun lo que he oydo dezir, que es muy calificado, y generoso, y ademas habil en el oficio. Y como que es calificado, habil, y suficiente, respondio el moço: es lo tanto, que en quatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor, y padre, no han padezido sino quatro en el finibusterræ, y obra de treynta embesados, y de sesenta y dos en gurapas. En verdad señor, dixo Rincon, que assi entendemos essos nombres como bolar: comencemos à andar, que yo los yrè declarando por el camino respondio el moço, con otros algunos, que assi les conuiene saberlos como el pan de la boca: y assi les fue diziẽdo, y declarando otros nombres, de los que ellos llaman Germanescos, ò de la Germania, en el discurso de su platica, q̃ no fue corta, porque el camino era largo. En el qual dixo Rincon à su guia: Es vuessa merced por ventura ladron? Si, respondio el, para seruir à Dios, y à las buenas gentes, aunque no de los muy cursados, que toda via estoy en

el año del nouiciado. A lo qual respõdio Cortado: Cosa nueua es para mi, que aya ladrones en el mondo, para seruir à Dios, y à la buena gente. A lo qual respondio el moço? Señor, yo no me meto en Tologias: lo que sè es, que cada vno en su oficio puede alabar à Dios, y mas con la orden que tiene dada Monipodio à todos sus ahijados. Sin duda, dixo Rincon, deue de ser buena, y santa, pues haze, que los ladrones siruan à Dios. Es tan santa, y buena, replicò el moço, que no sè yo, si se podrà mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado, que de lo que hurtaremos demos algũna cosa, ò limosna, para el azeyte de la lãpara de vna Imagẽ muy deuota, que està en esta ciudad: y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra: porque los dias passados dieron tres ansias à vn quatrero, que auia murciado dos roznos, y con estar flaco, y quartanario, assi las sufriò sin cantar, como si fueran nada: y esto atribuymos los del arte à su buena deuocion, porque sus fuerças no eran bastantes para sufrir el primer descõcierto del verdugo: y porque se, que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud, y dezirselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes, que quatrero es ladron de bestias. Ansia es el tormento: rosnos los asnos hablando con perdon. Primer desconcierto es las primeras buel
tas

tas de cordel, que da el verdugo. Tenemos mas, que rezamos nuestro Rosario repartido en toda la semana: y muchos de nosotros no hurtamos el dia del Viernes, ni tenemos conuersacion con muger que se llame Maria el dia del Sabado. De perlas me parece todo esso, dixo Cortado: pero digame vuessa merced, hazese otra restitucion, y otra penitẽcia mas de la dicha? En esso de restituyr no ay que hablar, respondio el moço, porque es cosa impossible, por las muchas partes en que se diuide lo hurtado lleuando cada vno de los ministros, y contrayentes la suya. Y assi el primer hurtador no puede restituyr nada, quanto mas que no ay quien nos man de hazer esta diligencia, à causa que nunca nos cõfessamos: y si sacan cartas de ex comunion, jamas llegan à nuestra noticia, porque jamas vamos à la Iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de Iubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente. Y con solo esso que hazen, dizen essos señores, dixo Cortadillo, que su vida es santa y buena? Pues que tiene de malo, replicò el moço? No es peor ser herege, ò renegado, ò matar à su padre, y madre, ò ser solomico? Sodomita querrà dezir vuessa merced respõdio Rincon. Esso digo, dixo el moço. Todo es malo, replicò Cortado. Pero pues nuestra suerte ha querido, que entremos en esta cofradia, vuessa merced alargue el

passo, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplira su desseo, dixo el moço, que ya desde aqui se descubre su casa: vuessas mercedes se queden à la puerta, que yo entrarè à ver, si està dessoçupado: porque estas son las horas, quãdo el suele dar audiencia. En buena sea, dixo Rincon, y adelantandose vn poco el moço, entrò en vna casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando à la puerta: el salio luego, y los llamò, y ellos entraron, y su guia les mandò esperar en vn pequeño patio ladrillado, y de puro limpio, y algimifrado, parecia que vertia carmin de lo mas fino: al vn lado estaua vn banco de tres pies, y al otro vn cantaro desbocado con vn jarrillo encima, no menos falto que el cantaro: à otra parte estaua vna estera de Enea, y en el medio vn tiesto, que en Seuilla llaman, Maceta de aluahaca. Mirauan los moços atentamente las alhajas de la casa, en tanto que baxaua el señor Monipodio; y viendo que tardaua, se atreuio Rincon à entrar en vna sala baxa, de dos pequeñas que en el patio estauan, y vio en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de corcho, pendientes de quatro clauos, y vna arca grãde sin tapa, ni cosa que la cubriesse; y otras tres esteras de Enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaua pegada à la pared vna Imagen de nuestra Señora, destas de

mala eſtampa: y mas abaxo pendia vna eſportilla de palma, y encaxade en la pared vna almofia blanca, por do coligiò Rincon, que la eſportilla ſeruia de cepo para limoſna, y la almofia de tener aguabendita, y aſsi era la verdad. Eſtando en eſto entraron en la caſa dos moços de haſta veynte años cada vno, veſtidos de eſtudiantes, y de alli à poco dos de la eſportilla, y vn ciego, y ſin hablar palabra ninguna, ſe començaron à paſſear por el patio. No tardò mucho, quando entraron dos viejos de vayeta, con antojos, que los hazian graues, y dignos de ſer reſpectados, con ſendos Roſarios de ſonadoras cuentas en las manos: tras ellos entrò vna vieja halduda, y ſin dezir nada ſe fue à la ſala: y auiendo tomado agua bendita, cõ grandiſſima deuocion ſe puſo rodillas ante la Imagen: y à cabo de vna buena pieça, auiendo primero beſado tres vezes el ſuelo, y leuantados los braços, y los ojos al cielo otras tantas, ſe leuantò, y echò ſu limoſna en la eſportilla, y ſe ſalio con los demas al patio. En reſolucion en poco eſpacio ſe juntaron en el patio haſta catorze pſonas de diferẽtes trajes, y oficios. Llegaron tambien de los poſtreros dos brauos, y bizarros moços, de vigotes largos, ſombreros de grande falda, cuellos à la valona, medias de color, ligas de gran balumba, eſpadas de mas de marca, ſendos piſtoletes cada vno en lugar de

dagas, y ſus broqueles pendientes de la pretina: los quales aſſi como entraron, puſieron los ojos de traues en Rincõ, y Cortado, à modo de que los eſtrañauan, y no conocian. Y llegandoſe à ellos les preguntaron, ſi eran de la cofradia? Rincon reſpondio, que ſi, y muy ſeruidores de ſus mercedes. Llegoſe en eſto la ſazon, y punto en que bayò el ſeñor Monipodio, tan eſperado, como bien viſto de toda aquella virtuoſa compañia. Parecia de edad de quarẽta y cinco, à quaranta, y ſeys años, alto de cuerpo, moreno de roſtro, cezi jũto, barbinegro, y muy eſpoſo: los ojos hũdidos. Venia en camiſa, y por la abertura de delante deſcubria vn boſque, tanto era el bello que tenia en el pecho. Traia cubierta vna capa de vayeta, caſi haſta los pies, en los quales traia vnos çapatos enchancletados. Cubrianle las piernas vnos çaraguelles de lienço anchos, y largos haſta los tobillos: el ſombrero era de los de la hampa, campanudo de copa, y tendido de falda, atraueſſauale vn tahali por eſpalda, y pechos, à do colgaua vna eſpada ancha, y corta, à modo de las del perrillo: las manos eran cortas, peloſas y los dedos gordos, y las vñas hembras, y remachadas: las piernas no ſe le parecian: pero los pies eran deſcomunales, de anchos, y juanetudos. En efeto el repreſentaua el mas ruſtico y disforme barbaro del mundo. Baxò con el la guia de los dos, y trauandoles

doles de las manos, los presentò ante Monipodio, diziendole: Estos son los dos buenos mancebos que à vuessa merced dixe misor Monipodio, vuessa merced los desamine, y verà como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Esso harè yo de muy buena gana, respondio Monipodio. Oluidauase me de dezir, que assi como Minopodio baxò, al punto todos los que aguardandole estauã, le hizieron vna profunda, y larga reuerẽcia, excepto los dos brauos (que à medio magate, como entre ellos se dize) le quitaron los capelos, y luego boluieron à su passeo, por vna parte del patio, y por la otra se passeaua Monipodio: el qual preguntò à los nueuos el exercicio, la patria y padres: à lo qual Rincon respondio: el exercicio ya està dicho, pues venimos ante vuessa merced, la patria no me parece de mucha importancia dezilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hazer informacion, para recebir algun habito honroso. A lo qual respondio Monipodio: Vos hijo mio estays en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir esso que dezis: porque si la suerte no corriere como deue, no es bien, que quede assentado debaxo de signo de escriuano, ni en el libro de las entradas: Fulano, hijo de fulano, vezino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ò le açotaron, ò otra cosa semejante, que por lo menos suena mal à los buenos oydos y assi torno à dezir, q̃

es prouechoso documento callar la patria, encubrir los padres, y mudar los propios nombres: aunque para entre nosotros no ha de auer nada encubierto, y solo aora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dixo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aqui adelante, respõdio Monipodio, quiero, y es mi voluntad, que vos Rincon os llameys Rinconete, y vos Cortado, Cortadillo, que son nombres, que assientan como de molde à vuestra edad, y à nuestras ordenanças, debaxo de las quales cae, tener necessidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades; porque tenemos de costumbre de hazer dezir cada año ciertas Missas por las animas de nuestros difuntos, y bien hechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dize, de alguna parte de lo q̃ se garuera: y estas tales Missas assi dichas, como pagadas, dizẽ que aprouecha à las tales animas por via de naufragio, y caen debaxo de nuestros bien hechores: el procurador que nos defiẽde, el guro que nos auisa, el verdugo que nos tiene lastima, el que quando de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando vozes: al ladron, al ladron, detenganle, detenganle: vno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diziendo: Dexẽle al cuytado, que harta mala ventura lleua, allà se lo aya, castiguele su pecado. Sõ tanbien bieuhechoras nuestras las socorridas,

ridas,que de su sudor nos socorren, ansi en la trena,como en las guras. Y tambien lo son nuestros padres, y madres que nos echan al mundo, y el escriuano, que si anda de buena, no ay delito que sea culpa, ni culpa à quien se dè mucha pena: y por todos estos que he dicho, haze nuestra hermandad cada año su aduersario, cō la mayor popa, y solenidad que podemos. Por cierto, dixo Rinconete (ya confirmado con este nombre) que es obra digna del altissimo y profundissimo ingenio, q̃ hemos oydo dezir, que v. m. señor Monipodio tiene. Pero nuestros padres aun gozan de la vida, si en ella les alcāçaremos, daremos luego noticia à esta felicissima y abogada cōfraternidad, para que por sus almas se les haga esse naufragio ò tormēta, ò esse aduersario que vuessa merced dize, con la solenidad, y pompa acostumbrada: si ya no es, que se haze mejor con popa, y soledad, como tambien apuntò vuessa merced en sus razones. Assi se hara, ò no quedara de mi pedaço, replicò Monipodio, y llamando à la guia, le dixo: vē aca Ganchuelo, estan puestas las postas? Si, dixo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinetas quedan auiçorando, y no ay que temer, que nos cojan de sobresalto. Boluiendo pues à nuestro proposito, dixo Monipodio, querria saber hijos, lo que sabeys, para daros el oficio, y exercicio

cicio, conforme à vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondio Rinconete, se vn poquito de floreo de vilhan: entiendeseme el reten: tengo buena vista para el humillo: juego bien de la sola, de las quatro, y de las ocho: no se me và por pies el raspadillo, berrugueta, y el colmillo. Entrome por la boca de lobo, como por mi casa, y atreueriame à hazer vn tercio de chança mejos que vn tercio de Napoles, y à dar vn astillazo al mas pintado, mejor que dos reales prestados. Principios son, dixo Monipodio: pero todas essas son flores de cantueso viejas, y tan vsadas, q̃ no ay principiante que no las sepa, y solo siruen para alguno, que sea tan blanco, q̃ se dexe matar de media noche abaxo: pero andarà el tiempo, y vernos hemos, que assentando sobre esse fundamento media dozena de liciones, yo espero en Dios, q̃ aueys de salir oficial famoso, y aun quizà maestro. Todo sera para seruir à vuessa merced, y à los señores cofrades, respondio Rinconete. Y vos Cortadillo, que sabeys? preguntò Monipodio. Yo, respõdio Cortadillo, sè la treta que dizẽ, mete dos, y saca cinco, y sè dar tiento à vna faldriquera con mucha pũtualidad, y destreza. Sabeys mas? dixo Monipouio. No por mis grandes peccados, respondio Cortadillo. No os aflijays hijo, replicò Monipodio, q̃ à puerto y à escuela aueys llegado, dõde ni os anegareys, ni dexareys de salir muy

bien

bien aprouechado, en todo aquello que mas os conuiniere. Y en esto del animo como os va hijos? Como nos ha de yr, respondio Rinconete, sino muy bien: animo tenemos para acometer qualquiera empressa, de las que tocaren à nuestro arte y exercicio. Està bien, replicò Monipodio: pero querria yo, que tambien le tuuiessedes para sufrir, si fuesse menester, media dozena de ansias, sin desplegar los labios, y sin dezir esta boca es mia. Ya sabemos aqui, dixo Cortadillo, señor Monipodio, que quiere dezir ansias, y para todos tenemos animo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance, que lo que dize la lengua paga la gorja: y harta merced le haze el cielo al hombre atreuido, por no darle otro titulo, que le dexa en su lengua su vida, ò su muerte, como si tuuiesse mas letras vn no, que vn si. Alto, no es menester mas, dixo à esta sazon Monipodio: digo, que sola essa razon me conuence, me obliga, me persuade, y me fuerça, a que desde luego assenteys por cofrades mayores, y que se os sobrelleue el año del nouiciado. Yo soy desse parecer: dixo vno de los brauos, y à vna voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la platica auian estado escuchando: y pidieron à Monipodio, que desde luego les cõcediesse y permitiesse gozar de las immunidades de su cofradia, porque su presencia agradable, y su buena platica lo merecia.

recia todo. El respondio, que por dalles contento à todos, desde aquel punto se las concedia, y aduirtiendoles, que las estimassen en mucho, porque eran no pagar media nata del primer hurto que hiziessen: no hazer oficios menores en todo aquel año, conuiene à saber, no lleuar recaudo de ningun hermano mayor à la carcel, ni à la casa, de parte de sus contribuyentes: piar el Turco puro, hazer banquete, quando, como, y adonde quisieren, sin pedir licencia à su mayoral: entrar à la parte desde luego, con lo que entruxassen los hermanos mayores, como vno dellos, y otras cosas, que ellos tuuieron por merced señaladissima, y lo demas cõ palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto entrò vn muchacho corriendo, y desalentado, y dixò: El Aguazil de los vagabundos viene encaminado à esta casa, pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dixo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sossieguense, que yo le saldrè à hablar. Todos se sossegaron, que ya estauan algo sobresaltados, y Monipodio salio à la puerta, donde hallò al Alguazil, con el qual estuuo hablando vn rato, y luego boluiò à entrar Monipodio, y preguntò: A quien le cupo oy la plaza de san Saluador? A mi, dixo el de la guia. Pues como, dixo Monipodio, no se me ha manifestado

ſtado vna bolſilla de ambar, que eſta mañana en aquel parage dio al traſte con quinze eſcudos de oro, y dos reales de à dos, y no sè quantos quartos? Verdad es, dixo la guia, que oy faltò eſſa bolſa: pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomaſſe. No ay leuas conmigo, replicò Monipodio, la bolſa ha de parecer, porque la pide el Alguazil, que es amigo, y nos haze mil plazeres el año. Tornò à jurar el moço, que no ſabia della. Començoſe à endolerizar Monipodio de manera, que parecia, que fuego viuo lançaua por los ojos, diziendo: Nadie ſe burle, con quebrantar la mas minima coſa de nueſtra orden, que le coſtarà la vida: manifieſteſe la cica: y ſi ſe encubre por no pagar los derechos: yo le darè enteramente lo que le toca, y pondrè lo demas de mi caſa: porque en todas maneras ha de yr contento el Alguazil. Tornò de nueuo à jurar el moço, y à maldezirſe, diziendo, que el no auia tomado tal bolſa, ni viſtola de ſus ojos. Todo lo qual fue poner mas fuego à la colera de Monipodio, y dar ocaſion, à que toda la junta ſe alborotaſſe viendo, que ſe rompian ſus eſtatutos, y buenas ordenanças. Viendo Rinconete pues tanta diſſenſion, y alboroto, parecio le que ſeria bien ſoſſegalle, y dar contento à ſu mayor, que rebentaua de rabia, y aconſejandoſe con ſu amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacò la

bolſa

bolsa del sacristan, y dixo: Cesse toda question, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el Alguazil manifiesta, que oy mi camarada Cortadillo le dio alcance, cō vn pañuelo que al mismo dueño se le quitò por añadidura. Luego sacò Cortadillo el paniçuelo, y lo puso de manifiesto Viendo loqual Monipodio, dixo: Cortadillo el bueno, que con este titulo, y renombre ha de quedar de aqui adelante, se quede con el pañuelo, y à mi cuē ta se quede la satisfacion deste seruicio, y la bolsa se ha de lleuar el Alguazil, que es de vn sacristan pariente suyo, y conuiene, que se cumpla aquel refran, que dize: no es mucho, que a quien te da la gallina entera, tu des vna pierna della. Mas dissimula este buen Alguazil en vn dia que nosotros le podemos, ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprouaron todos la hidalguia de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el qual saliò a dar la bolsa al Alguazil, y Cortadillo se quedò confirmado cō el renombre de bueno, bien como si fuera don Alonso Perez de Guzman el bueno, arrojò el cuchillo por los muros de Tarifa, para degollar à su vnico hijo. Al boluer que boluiò Monipodio, entraron cō el dos moças afeytados los rostros, llenos de color los labios, y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado, y desuerguença:

guença: señales claras por donde en viédolas Rinconete, y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada: y assi como entraron se fueron con los braços abiertos, la vna à Chiquiznaque, y la otra à Maniferro, q̃ estos eran los nombres de los dos brauos: y el de Maniferro era, porque traya vna mano de hierro en lugar de otra, que le auian cortado por justicia: ellos las abraçaron con grande regozijo, y les preguntaron si trayan algo con que mojar la canal maestra. Pues auia de faltar diestro mio, respondio la vna, que se llamaua la Gananciosa, no tardara mucho a venir Siluatillo, tu traynel con la canasta de colar, atestada de lo que Dios ha sido seruido: y assi fue verdad, porque al instãte entrò vn muchacho con vna canasta de colar, cubierta con vna sabana. Alegrarõsẽ todos con la entrada de Siluato, y al momento mandò sacar Monipodio vna de las esteras de Enea, que estauan en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenò assi mismo, que todos se sentassen à la redonda: porque en cortãdo la colera, se trataria de lo que mas conuiniesse. A esto dixo la vieja, que auia rezado à la Imagen, Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo vn yaguido de cabeça de dos dias ha, que me trae loca: y mas, que antes que sea medio dia, tẽgo de yr à cumplir mis deuociones, y poner mis

mis candelicas à nuestra Señora de las A-guas, y al santo Crucifixo de santo Agustin, que no lo dexaria de hazer, si neuasse, y venticasse. A lo que he venido es, que anoche el renegado, y centopies lleuarõ à mi casa vna canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blãca, y en Dios, y en mi anima, que venia cõ su cernada, y todo, que los pobretes no deuieron de tener lugar de quitalla, y veniã sudando la gota tan gorda, que era vna compassion verlos entrar hijadeando, y corriendo agua de sus rostros, que parecian vnos Angelicos. Dixeronme que yuã en seguimiento de vn ganadero, que auia pesado ciertos carneros en la carniceria, por ver, si le podian dar vn tiento en vn grandissimo gato de reales que lleuaua. No desembanastaron, ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciẽcia: y assi me cumpla Dios mis buenos dessеos, y nos libre à todos de poder de justicia que no he tocado à la canasta, y que se està tan entera, como quando naciò. Todo se le cree señora madre, respondio Monipodio, y estese assi la canasta, que yo yrè allà à boca de sorna, y harè cala, y cata de lo que tiene, y darè à cada vno lo que le tocare bien, y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenaredes hijo, respondio la vieja: y porque se me haze tarde, dadme vn traguillo, si teneys, para cõsolar este estomago,

mago,

niago, que tan desmayado anda de contino. Y que tal lo beuereys madre mia, dixo à esta sazon la Escalanta, que assi se llemaua la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta se manifestò vna bota à modo de cuerro, con hasta dos arrobas de vino, y vn corcho, que podria caber sossegadamente, y sin apremio, hasta vna açumbre, y llenandole la Escalanta se le puso en las manos à la deuotissima vieja, la qual tomandole con ambos manos: y auiendole soplado vn poco de espuma, dixo: Mucho echaste hija Escalanta, pero Dios darà fuerças para todo: y aplicandosele à los labios de vn tiron, sin tomar aliento, lo trasegô del corcho al estomago, y acabo diziendo, De Guadalcanal es, y aun tiene vn es no es de yeso el señorico. Dios te consuele hija que assi me has consolado, sino que temo, que me ha de hazer mal, porque no me he desayunado, no harà madre, respondio Monipodio, porque es trasanejo. Assi lo espero yo en la Virgen, respondio la vieja: y añadiò: Mirad niñas, si teneys à caso algũ quarto: para comprar las candelicas de mi deuocion, porque cõ la priessa, y gana que tenia de venir à traer las nueuas de la canasta, se me oluidò en casa la escarcela. Yo si tengo señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja) respondio la Ganãciosa, tome, ai le doy dos quartos, del vno le ruego, que cõpre vna para

mi,

callao frito. Manifesto luego medio queso de Flandes, y vna olla de famosas azeytunas, y vn plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llamatiuo de alcaparones, ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquissimas de Gandul. Serian los del almuerço hasta catorze, y ninguno dellos dexò de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fue Rinconete, q̃ sacò su media espada. A los dos viejos de vayeta, y à la guia tocò el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas auian començado à dar assalto à las naranjas, quando les dio à todos gran sobresalto, los golpes que dieron à la puerta. Mando les Monipodio, que se sossegassen: y entrãdo en la sala baxa, y descolgando vn broquel, puesto mano a la espada, llegò à la puerta, y con voz hueca, y espantosa preguntò: Quien llama? Respondieron de fuera: Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio, Tagarete soy, cẽtinela desta mañana, y vengo à dezir que viene aqui Iuliana la Cariharta, toda desgreñada, y llorosa, q̃ parece auerle sucedido algun desastre. En esto llegò la que dezia sollozando, y sintiendola Monipodio, abriò la puerta, y mandò à Tagarete, que se boluiesse à su posta: y que de alli adelante auisasse lo q̃ viesse con menos estruendo, y ruydo. El dixo, que assi lo haria. Entrò la Cariharta, que era vna moça del jaez de las otras, y del mismo oficio. Venia descabellada, y la

cara llena de tolondrones, y assi como entrò en el patio, se cayò en el suelo desmayada: acudieron à socorrerla la Ganancіosa, y la Escalanta, y desabrochandola el pecho, la hallaron toda denegrida, y como magullada. Echaronle agua en el rostro, y ella boluio en si, diziendo à vozes: La justicia de Dios, y del Rey venga sobre aquel ladron desuella caras, sobre aquel cobarde baxamanero, sobre aquel picaro lendroso, que le he quitado mas vezes de la horca, que tiene pelos en las barbas. Desdichada de mi, mirad por qen he perdido, y gastado mi mocedad, y la flor de mis años, sino por vn bellaco desalmado, facinoroso, è incorregible. Sossiegate Cariharta, dixo à esta sazon Monipodio, que aqui estoy yo, que te harè justicia: cuentanos tu agrauio que mas estaras tu en contarle, que yo en hazerte vengada: dime, si has auido algo con tu respecto: que si assi es, y quieres vengança, no has menester mas que boquear. Que respecto, respõdio Iuliana: respectada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aql Leon con las ouejas y cordero con los hõbres: con aquel auia yo de comer mas pan à manteles, ni yazer en vno, primero me vea yo comida de adiuas estas carnes, que me ha parado de la manera que aora vereys: y alçandose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun vn poco mas, las descubriò llenas de cardenales, desta mane-
ra,

ra, prosiguiò, me ha parado aquel ingrato del repolido, deuiendome mas que à la madre que le pariò: y porque pensays q̃ lo ha hecho, montas que le di yo ocasion para ello? no por cierto, no lo hizo mas, sino porque estando jugando, y perdiendo, me embio à pedir con Cabrillas su traynel treynta reales, y no le embiè mas de veynte y quatro, que el trabajo, y afan con que yo los auia ganado, ruego yo à los cielos, que vaya en descuento de mis pecados: y en pago desta cortesia, y buena obra, creyendo el, que yo le sisaua algo de la cuenta, que el allà en su imaginaciõ auia hecho, de lo que yo podia tener, esta mañana me sacò al campo, detras de la guerra del Rey, y alli entre vnos oliuares me desnudò, y con la petrina, sin escusar, ni recoger los hierros, que en malos grillos, y hierros le vea yo, medio tantos açotes, q̃ me dexò por muerta: de la qual verdadera historia son buenos registos estos cardenales que mirays. Aqui tornò à leuantar las vozes, aqui bboluio à pedir justicia, y aqui se la prometiò de nueuo Monipodio, y todos los brauos que alli estauan. La Gananciosa tomò la mano à consolalla, diziendole, que ella diera de muy buena gana vna de las mejores preseas que tenia, porque le huuiera passado otro tanto con su querido: porque quiero dixo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes que à lo que se quiere

bien se castiga. Y quãdo estos bellacones nos dan y açotan y acocean, entonces nos adoran: sino confiessame vna verdad por tu vida, despues que te huuo Repolido castigado y brumado, no te hizo alguna caricia? Como vna, respondio lo llorosa, cien mil me hizo, y diera el vn dedo de la mano, porque me fuera con el à su posada: y aun me parece, que casi se le saltaron las lagrimas de los ojos despues de auerme molido. No ay dudar en esso replicò la Gananciosa, y lloraria de pena de ver, qual te auia puesto, que en estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa, quando les viene el arrepentimiẽto: y tu veràs hermana, si no viene à buscarte antes que de aqui nos vamos, y à pedirte perdon de todo lo passado, rindiendosete como vn cordero. En verdad, respondio Monipodio, que no hà de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no haze vna manifiesta penitencia del cometido delito: las manos auia el de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona, que puede competir en limpieza, y gancia con la misma Gananciosa que està delante, q̃ no lo puedo mas encarecer. Ay dixo a esta sazon la Iuliana, no diga vuessa merced señor Monipodio mal de aquel maldito, que con quan malo es le quiero mas q̃ à las telas mi coraçon: y hanme buelto el alma al cuerpo

las razones,que en ſu abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa:y en verdad que eſtoy por yr à buſcarle. Eſſo no haràs tu por mi cõſejo, replicò la Gananciosa porque ſe eſtenderà, y enſancharà,y harà tretas en ti como en cuerpo muerto.Soſſiegate hermana, que antes de mucho le veràs venir tan arrepentido como he dicho: y ſino viniere, eſcriuiremosle vn papel en coplas que le amargue. Eſſo ſi, dixo la Cariharta,que tengo mil coſas que eſcriuirle. Yo ſerè el Secretario quando ſea meneſter dixo Monipodio: y aunque no ſoy nada Poeta,toda via ſi el hombre ſe arremanga, ſe atreuerà à hazer dos millares de coplas en daca las pajas:y quando no ſalieren como deuen, yo tengo vn barbero amigo gran Poeta, que nos hinchierà las medidas à todas horas,y en la de agora acabemos lo que teniamos començado del almuerço, que deſpues todo ſe andarà.Fue contenta la Iuliana de obedecer à ſu mayor:y aſſi todos boluieron à ſu gaudeamus,y en poco eſpacio vieron el fundo de la canaſta, y las hezes del cuero. Los viejos beuierõ ſine fine, lo moços ad vnia,las ſeñoras los quiries: los viejos pidieron licencia para yrſe, dioſela luego Monipodio,encargãdoles vinieſſen à dar noticia con toda puntualidad de todo aquello,que vieſſen ſer vtil,y conueniente à la comunidad.Reſpondieron, que ellos ſe lo tenien bien en cuydado, y fueronſe

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiẽdo primero perdon, y licencia, preguntò à Monipodio, que de que seruian en la cofradia dos personajes tan canos, tan graues, y apersonados? A lo qual respondio Monipodio, q̃ aquellos en su Germania, y manera de hablar, se llamauan Abispones, y que seruian de andar de dia por toda la ciudad, abispando en que casas se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacauan dinero de la contratacion, ò casa de la moneda, para ver donde lo lleuauan, y aun donde lo ponian: y en sabiẽdolo, tanteauan la groseza del muro de la tal casa, y diseñauan el lugar mas conueniente, para hazer los guzpataros, que son agujeros, para facilitar la entrada. En resolucion dixo, que era la gente de mas, ò de tanto prouecho, que auia en su hermandad: y que de todo aquello que por su industria se hurtaua, lleuauan el quinto como su Magestad de los tesoros: y que cõ todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida, y fama, temerosos de Dios, y de sus conciẽcias, que cada dia oiam Missa con estraña deuocion: y ay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aqui se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranzeles les toca. Otros dos que ay, son Palanquines, los quales como por momentos mudan casas, saben las entradas

y ſalidas de todas las de la ciudad, y quales pueden ſer de prouecho, y quales no. Todo me parece de perlas, dixo Rinconete, y querria ſer de algun prouecho a tan famoſa cofradia. Siempre fauorece el cielo à los buenos deſſeos, dixo Monipodio. Eſtando en eſta platica llamaron à la puerta: ſaliò Monipodio à ver quien era, y preguntandolo, reſpondieron: Abra voace ſor Monipodio, que el Repolido ſoy. Oyò eſta voz Cariharta, y alçando al cielo la ſuya, dixo: No le abra vueſſa merced ſeñor Monipodio, no le abra à eſſe Marinero de Tarpeya, à eſſe tigre de Ocaña. No dexò por eſto Monipodio de abrir à Repolido: pero viendo la Cariharta, que le abria, ſi leuantò corriendo, y ſe entrò en la ſala de los broqueles, y cerrando tras ſi la puerta, deſde dentro à grandes vozes dezia: Quitenmele de delante à eſſe geſto de pordemas: à eſſe verdugo de inocentes, aſsõbrador de palomas duendas. Maniferro, y Chiqznaque tenià à Repolido, q̃ en todas maneras q̃ria entrar dõde la Cariharta eſtaua. Pero como no le dexauã, dezia deſde afuera: No aya mas enojada mia por tu vida q̃ te ſoſſiegues, anſi te veas caſada. Caſada yo malino reſpondio la Cariharta, mirà en que tecla toca: ya quiſieras tu que lo fuera contigo, y antes lo ſeria yo con vna ſotomia de muerte, que contigo. Ea boba, replicò Repolido, acabemos ya que

es tarde, y mire no se ensache por verme hablar tan manso, y venir tan rẽdido: porque viue el dador, si se me sube la colera al campanario, que sea peor la recayda, que la cayda: humillese, y humillemonos todos, y no demos de comer al diablo. Y aun de cenar le daria yo, dixo la Cariharta, porque te lleuasse, donde nunca mas mis ojos te viessen. No os digo yo, dixo Repolido, por Dios, que voy oliendo señora trinquete, que lo tengo de echar todo à doze, aunque nunca se venda. A esto dixo Monipodio: En mi presencia no ha de auer demasias: la Cariharta saldra, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se harà bien, que las riñas entre los que bien se quierẽ, son causa de mayor gusto, quando se hazen las pazes. A Iuliana, à niña, à Cariharta mia, sal acà fuera por mi amor, que yo harẽ, que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como el esso haga, dixo la Escalanta, todas seremos en su fauor, y en rogar à Iuliana salga acà fuera. Si esto ha de yr por via de rendimiento, que guela à menoscabo de la persona, dixo el Repolido, no me rẽdirè à vn exercito formado de Esguizaros: mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero vn clauo me hincarè por la frẽte en su seruicio. Riyeronse desto Chiquiznaque, y Maniferro: de lo qual se enojò tanto el Repolido, pensando que hazian burla del, que
dixo

dixo con mueſtras de infinita colera: qual quiera que ſe riere, ò ſe penſare reyr de lo que la Cariharta, ò contra mì, ò yo cõtra ella hemos dicho, ò dixeremos, digo que miente, y mentirà todas las vezes que ſe riere, ò lo penſare, como ya he dicho. Miraronſe Chiquiznaque y Maniferro de tã mal garuo, y talle, que aduirtio Monipodio, que pararia en vn gran mal, ſi no lo remediaua. Y aſsi ponendoſe luego en medio dellos, dixo: No paſſe mas adelante Caualleros, ceſſen aqui palabras mayores, y deshaganſe entre los diẽtes: y pues las que ſe han dicho no llegan à la cintura, nadie las tome por ſi. Bien ſaguros eſtamos, reſpondio Chiquiznaque, que no ſe dixeron, ni diran ſemejantes monitorios por noſotros, que ſi ſe huuiera imaginado que ſe dezian, en manos eſtaua el pandero, que lo ſupiera bien tañer. Tambien tenemos acà pandero, ſor Chiquiznaque, replicò el Repolido, y tambien, ſi fuere meneſter, ſabremos tocar los caſcabeles, y ya he dicho, que el que ſe huelga, miente: y quien otra coſa penſare, ſigame, que con vn palmo de eſpada menos harà el hombre, que ſea lo dicho dicho. Y diziendo eſto, ſe yua à ſalir por la puerta à fuera. Eſtaualo eſcuchando la Cariharta, y quando ſintio, que ſe yua enojado, ſalio diziendo: Tenganle no ſe vaya, que harà de las ſuyas: no veen que và enojado, y es vn Iudas Macarelo en eſto de la valẽtia.

Buelue acà valenton del mundo, y de mis ojos, y cerrando con el le assio fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio le detuuieron. Chiquiznaque, y Maniferro no sabian si enojarse, ò sino, y estuuieronse quedos, esperando lo que Repolido haria: el qual viẽdose rogar de la Cariharta, y de Monipodio, bòluio diziẽdo. Nunca los amigos han de dar enojo à los amigos, ni hazer burla de los amigos: y mas quando veen que se enojan los amigos. No ay aqui amigo respondio Maniferro, que quiera enojar, ni hazer burla de otro amigo: y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dixo Monipodio: todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos. Dieronselas luego, y la Escalanta, quitandose vn chapin començò à tañer en el como en vn pandere: la Gananciosa tomò vna escoba de palma nueua, que alli se hallò à caso, y rascandola hizo vn son, que aunque ròco y aspero, se concertaua con el del chapin. Monipodio rompio vn plato, y hizo dos tejoletes, que puestas entre los dedos, y tepicadas con gran ligereza, lleuaua el contrapunto al chapin, y à la escoba. Espantaronse Rinconete y Cortadillo de la nueua inuencion de la escoba, porque hasta entonces nunca la auian visto. Conociolo Maniferro, y dixoles: admiranse de la escoba, pues bien hazen, pues musi-

ca mas presta, y mas sin pesadumbre, ni mas barata no se ha inuentado en el mundo: y en verdad, que oy dezir el otro dia à vn estudiante, que ni el Negrofeo, que sacò à la Arauz del infierno, ni el Marion, que subiò sobre el Delfin, y salio del mar, como si viniera cauallero sobre vna mula de alquiler, ni el otro gran musico, que hizo vna ciudad, que tenia cien puertas, y otros tantos postigos, nunca inuentaron mejor genero de musica, tan facil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clauijas, ni cuerdas, y tan sin necessidad de templarse: y aun boto à tal que dizen que la inuentò vn galā desta ciudad, que se pica de ser vn Hector en la musica. Esso creo yo muy bien, respondio Rinconete: pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros musicos, que parece que la Ganāciosa ha escupido señal de que quiere cantar: y assi la verdad, porque Monipodio le auia rogado, que cantasse algunas seguidillas de las que se usauan: mas la que començò primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza, cantò lo siguiente.

Por vn Seuillano, rufo a lo valon,
Tengo socarrado todo el coraçon.

Siguio la Ganančiosa cantando.

Por vn morenico de color verde,
Qual es la fogosa que no se pierde.

Y luego Monipodio, dãdose gran priessa al meneo de sus tejoletas dixo:

Riñen dos amantes, hazese la paz,
Si el enojo es grãde, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta passar su gusto en silencio, porque tomãdo otro chapin, se metio en dança, y acompañò à las demas, diziendo:

Detente enojado, no me açotes mas,
Que si biẽ lo miras à tus carnes das.

Cantese à lo llano, dixo à esta sazon Repolido, y no se toquen estorias passadas, q̃ no ay para que: lo passado sea passado, y tomese otra vereda, y basta. Talle lleuauã de no acabar tan presto el començado cãtico, si no sintieran q̃ llamauan à la puerta apriessa, y con ella salio Monipodio, à ver quien era, y la centinela le dixo, como al cabo de la calle auia assomado el Alcalde de la justicia, y que delante del venian el Tordillo, y el Cernicalo corchetes neutrales. Oyeronlo los de dentro, y alborotaronse todos de manera, que la Cariharta y la Escalanta se calçaron sus chapines al reues: dexò la escoba la Gananciosa: Monipodio sus tejoletas, y quedò en turbado silencio toda la musica: enmudeciò Chiquiznaque, pasmose el Repolido, y suspendiose Maniferro, y todos, qual por vna,

na, y qual por otra parte desaparecieron, subiendose à las açoteas y tejados, para escaparse, y passar por ellos à otra calle. Nunca ha disparado arcabuz à deshora, ni trueno repentino espontò assi à vãda de descuydadas palomas, como puso en alboroto, y espanto à toda aquella recogida compañia, y buena gente la nueua de la venida del Alcalde de la justicia. Los dos nouicios, Rinconete, y Cortadillo no sabian que hazerse, y estuuieronse quedos, esperando ver en que paraua aquella repetina borrasca, que no parò en mas de boluer la centinela à dezir, que el Alcalde se auia passado de largo, sin dar muestra, ni resabio de mala sospecha alguna: y estando diziendo esto à Monipodio, llegò vn Cauallero moço à la puerta, vestido, como se suele dezir, de barrio: Monipodio le entrò consigo, y mando llamar à Chiquiznaque, à Maniferro, y al Repolido, y que de los demas no baxasse alguno, como se auian quedado en el patio. Rinconete, y Cortadillo pudieron oyr toda la platica, que passò Monipodio cō el Cauallero recien venido: el qual dixo à Monipodio, que porque se auia hecho tā mal lo que le auia encomendado Monipodio? Respondio, que aun no sabia lo que se auia hecho: pero que alli estaua el oficial, à cuyo cargo estaua su negocio, y q̃ el daria muy buena cuenta de si. Baxò en esto Chiquiznaque, y preguntòle Moni-

podio, si auia cumplido con la obra que se le encomendò de la cuchillada de à catorze? Qual, respondio Chiquiznaque: es la de aquel mercader de la encruzijada? Essa es, dixo el Cauallero. Pues lo que en esso passa, respondio Chiquiznaque, es q̃ yo le aguardè à noche à la puerta de su casa, y el vino antes de la Oraciō: lleguême cerca del, marquele el rostro con la vista, y vi, que le tenia tan pequeño, que era impossible de toda impossibilitad cauer en el cuchillada de catorze puntos, y hallandome impossibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hazer lo que lleuaua en mi destruycion. Insttucion querrà vuessa merced dezir, dixo el Cauallero, q̃ no destrucion. Esso quise dezir, respondio Chiquiynaque: digo que viendo que en la estrecheza, y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuesse mi yda en valde, di la cuchillada à vn lacayo suyo, que à buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dixo el Cauallero, q̃ se la huuiera dado al amo vna de à siete, que al criado la de à catorze: en efeto cōmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa, poca mella me haran los treynta ducados que dexè en señal, beso à vs, ms, las manos, y diziendo esto se quitò el sombrero, y boluio las espaldas para yrse: pero Monipodio le assio de la capa de mezcla, que traia puesta, diziendole;

dole: Voace se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra, con mucha honra, y con mucha ventaja, veynte ducados faltan, y no ha de salir de aqui voace, sin darlos, ò prendas que lo valgan. Pues à esto llama vuessa merced cumplimiento de palabra, respondio el Cauallero, dar la cuchillada al moço, auiendose de dar al amo? Que bien esta en la cuenta el Señor, dixo Chiquiznaque, bien parece, que no se acuerda de aquel refran, que dize: Quien bien quiere Beltran, bien quiere à su can. Pues en que modo puede venir aqui a proposito esse refran? replicò el Cauallero. Pues no es lo mismo, prosiguiò Chiquiznaque dezir: quien mal quiere à Beltran, mal quiere à su can: y assi Beltran es el mercader, voace le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can, se da à Beltran, y la deuda queda liquida, y trae aparejada execucion: por esso no ay mas sino pagar luego sin apercebimiento de remate. Esso juro yo bien, añadio Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo quanto aqui has dicho: y assi voace señor galan no se meta en puntillos con sus seruidores y amigos, sino tome mi consejo, y pague luego lo trabajado: y si fuere seruido, que se le dè otra al amo, de la cantidad, que pueda lleuar su rostro, haga cuenta, q̃ ya

se la

se la estan curando. Como esso sea, respondio el galan, de muy entera voluntad y gana, pagarè la vna, y la otra por entero. No dude en esto, dixo Monipodio, mas q̃ en ser Christiano, que Chiquiznaque se la dara pintiparada, de manera que parezca que alli se le naciò. Pues con essa seguridad y promessa, respondio el Cauallero, recibase esta cadena en prendas de los veynte ducados atrassados, y de quarenta que ofrezco por la venidera cuchillada, pesa mil reales, y podria ser, que se quedasse rematada, porque traygo entre ojos, que seran menester otros catorze pũtos antes de mucho. Quitose en esto vna cadena de bueltas menudas del cuello, y diosela à Monipodio, que al colar, y al peso, bien vio que no era de alquimia. Monipodio la recibio con mucho contento, y cortesia, porque era en estremo bien criado: la execucion quedò a cargo de Chiquiznaque, que solo tomò termino de aquella noche: fuesse muy satisfecho el Cauallero, y luego Monipodio llamò à todos los ausentes, y azorados: baxaron todos, y poniendose Monipodio en medio dellos, sacò vn libro de memoria, que traya en la capilla de la capa, y diosele a Rinconete, q̃ leyesse, porque el no sabia leer. Abriole Rinconete, y en la primera hoja vio que dezia.

Me-

Memoria de las cuchilladas, que se han de dar esta semana.

LA primera al mercader de la encruzijada: vale cinquenta escudos, está recebidos treynta à buena cuenta. Secutor Chiquiznaque.

No creo que ay otro hijo, dixo Monipodio, passa adelante, y mira donde dize: Memoria de palos: boluio la hoja Rinconete, y vio que en otra estaua escrito.

Memoria de palos. Y mas abaxo dezia.

AL bodagonero de la alfalfa doze palos de mayor quantia, a escudo cada vno. Estan dados à buena cuenta ocho. El termino seys dias Secutor Maniferro.

Bien podia borrarse essa partida, dixo Maniferro, porque esta noche traerè finiquito della. Ay mas hijo, dixo Monipodio? Si otra, respondio Rinconete, que dize assi.

AL sastre corcobado, q̃ por mal nombre se llama el Silguero, seys palos de Mayor quantia, à pedimiento de la dama, que dexò la gargantilla. Secutor el Desmochado.

Ma-

que todo esso esta aqui escrito, y aun mas abaxo dize: clauaçon de cuernos. Tápoco se lea, dixo Monipodio, la casa, ni adonde que basta que se les haga el agrauio, sin que se diga en publico, que es gran cargo de conciécia. A lomenos mas querria yo clauar cien cuernos, y otros tantos sambenitos, como se me pagasse mi trabajo, que dezillo sola vna vez, aunque fuesse à la madre, que me pariò. El executor desto es, dixo Rinconete, el Narigueta. Ya esta esso hecho, y pagado dixo Monipodio, mirad si ay mas, que si mal no me acuerdo, ha de auer ahì vn espáto de veynte escudos: está dada la mitad, y el executor es la comunidad toda, y al termino es todo el mes en que estamos, y cóplirase al pie de la letra, sin que falte vna tilde, y sera vna de las mejores cosas que ayan sucedido en esta ciudad de muchos tiépos a esta parte. Dadme el libro mácebo, que yo sè que no ay mas, y sè tábien que anda muy flaco el oficio: pero tras este tiépo vendra otro, y aura que hazer mas de loque quisieremos, que no se mueue la hoja, sin la voluntad de Dios, y no hemos de hazer nosotros, que se vengue nadie por fuerça: quanto mas, que cada vno en su causa suele ser valente, y no quiere pagar las hechuras de la obra, que el se puede hazer por sus manos. Assi es, dixo à esto el Repolido. Pero mire vuessa merced Señor Monipodio

uiciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo baxón, y el dia, mes, y año, callando padres, y patria. Estando en esto entrò vno de los viejos Abispones, y dixo: Vengo à dezir à vuessas mercedes, como agora agora topè en Gradas à Lobillo el de Malaga, y dizeme, que viene mejorado en su arte, de tal manera, que con naype limpio quitarà el dinero al mismo Sathanas: y que por venir mal tratado no viene luego à registrarse, y à dar la solita obediencia: pero que el Domingo serà aqui sin falta. Siempre se me assentò à mi, dixo Monipodio, que este Lobillo auia de ser vnico en su arte, porque tiene las mejores, y mas acomodadas manos para ello, que se pueden dessear: que para ser vno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le exercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topè, dixo el viejo, en vna casa de posadas en la calle de tintores al Iudio en habito de Clerigo, que se ha ydo à possar alli, por tener noticia que dos peruleros viuen en la misma casa, y querria ver, si pudiesse trauar juego con ellos, aunque fuesse de poca cantidad, que de alli podria venir à mucha. Dize tambien, que el Domingo no faltarà de la junta, y darà cuenta de su persona. Esse Iudio tambien, dixo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento: dias ha que no le he visto, y no lo haze bien. Pues a fe, que si no se en-

mienda,

uia andado con su padre en el exercicio de las bulas, sabia algo de buen lẽguaje, y dauale gran risa pẽsar en los vocablos, que auia oydo à Monipodio, y a los demas de su cõpañia, y bendita comunidad y mas quando por dezir per modũ suffragij, auia dicho per modo di suffragio, y que sacauan el estupendo, por dezir estipẽdio, de lo que se garueaua: y quando la Cariharta dixo, que era Repolido como un marinero de Tarpeya, y vn tigre de Ocaña, por dezir Ircania, cõ otras mil impertinencias, especialemente le cayò en gracia, quãdo dixo, que el trabajo que auia passado en ganar los veynte, y quatros reales, lo recibiesse el Cielo en descuento de sus pecados. A estas, y a otras peores semejantes, y sobre todo le admiraua la seguridad que tenian, y la confiãça de yrse al cielo, con no falar à sus deuociones, estãdo tan lenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas de Dios. Y reiasse de la otra buena vieja de la Pipota, que dexaua la canasta de colar hurtada guardada en su casa, y se yua a poner las cãdelillas de cera à las Imagines, y cõ ello pensaua yrse al cielo calçada, y vestida. No menos le suspendia, la obediencia y respecto, que todos tenian a Monipodio, siẽdo vn hõbre barbaro rustico, y desalmado. Consideraua lo que auia leydo en su libro de memoria, y los exercicios en que todos se ocupauan. Finalmẽte exa-

NOVELA DE LA ESPAÑOLA INGLESA.

ENtre los despojos que los Ingleses lleuarõ de la ciudad de Cadiz, Clotaldo vn Cauallero Ingles, Capitan de vna esquadra de nauios, lleuò à Londres vna niña de edad de siete años, poco mas, ò menos, y esto contra la voluntad, y sabiduria del Conde de Leste, que cõ grã diligencia hizo buscar la niña para boluersela à sus padres, que ante el se quexaron de la falta de su hija, pidiendole, que pues se contentaua con las haziendas, y dexaua libres las personas, no fuessen ellos tan desdichados que ya que quedauã pobres, quedassen sin su hija, que era la lũbre de sus ojos, y la mas hermosa criatura que auia en toda la ciudad. Mandò el Conde echar vando por toda su armada, que so pena de la vida boluiesse la niña qualquiera que la tuuiesse, mas ningunas penas, ni temores fueron bastantes a que Clo-

Clotaldo la obedeciesse, que la tenia escõdida en su naue, aficionado, aunque Christianamente, a la incomparable hermosura de Ysabel, que assi se llamaua la niña. Finalmente sus padres se quedaron sin ella tristes, y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo, llegò a Londres, y entregò por riquissimo despojo à su muger à la hermosa niña. Quiso la buena suerte, que todos los de la casa de Clotaldo eran Catholicos secretos, aunque vn lo publico mostrauan seguir la opinion de su Reyna. Tenia Clotaldo vn hijo llamado Ricaredo, de edad de doze años, enseñado de sus padres a amar y temer à Dios; y a estar muy entero en las verdades de la Fè Catholica. Catalina la muger de Clotaldo, noble Christiana, y prudente señora, tomò tanto amor à Ysabel, que como si fuera su hija la criaua, regalaua è industriaua: y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo quanto le enseñauan. Con el tiempo, y con los regalos fue oluidando los que sus padres verdaderos le auian hecho: pero no tãto, que dexasse de acordarse, y de suspirar por ellos muchas vezes: y aunque yua aprendiendo la lengua Inglesa, no perdia la Española, porque Clotaldo tenia cuydado da traerle à casa secretamente Españoles, que hablassen con ella. Desta manera, sin oluidar la suya, como està dicho, hablaua la lẽgua Inglesa, como si huuiera nacido

nacido en Londres. Despues de auerle en
señado todas las cosas de labor, que pue-
de, y deue saber vna donzella bien naci-
da, la enseñaron à leer, y escriuir, masque
medianamente. Pero en lo que tuuo estre
mo, fue en tañer todos los instrumentos
que a vna muger son licitos: y esso con to
da perfeccion de musica, acompañando-
la con vna voz, que le dio el cielo tan e-
stremada que encantaua, quãdo cantaua,
Todas estas gracias, adqueridas, y puestas
sobre la natural suya, poco a poco fueron
encendiendo el pecho de Ricaredo a qen
ella como à hijo de su señor queria, y ser-
uia: al principio le salteò amor con vn mo
do de agradarse, y complazerse de ver la
sinygual belleza de Ysabel, y de conside-
rar sus infinitas virtudes, y gracias aman
dola como si fuera su hermana, sin q̃ sus
desseos saliessen de los terminos honra-
dos, y virtuosos. Pero como fue crecien-
do Ysabel, que ya, quando Ricaredo ar-
dia, tenia doze años, aquella beneuolen-
cia primera, y aquella complacencia, y a-
grado de mirarla, se boluiò en ardentis-
simos desseos de gozarla, y de posseerla:
no porque aspirasse à esto por otros me-
dios, q̃ por los de ser su esposo. Pues de la
incõparable honestidad de Isabela, (q̃ assi
la llamauan ellos) no se podia esperar o-
tra cosa, ni aun el quisiera esperarla, aun-
q̃ pudiera. Porque la noble cõdiciõ suya,
y la estimaciõ en q̃ à Isabela tenia, nõ cõ-

ſentian que ningun mal penſamiento e-
chaſſe rayzes en ſu alma. Mil vezes deter
minò maniſeſtar ſu volũtad à ſus padres,
y otras tantas no aprouò ſu detarmina-
cion, porque el labla que le tenian dedica
do para ſer eſpoſo de vna muy rica y prin
cipal donzella. Eſcozeſſa, aſſimiſmo ſecre
ta Criſtiana como ellos: y eſtaua claro, ſe
gun el dezia, que no auian de querer dar
à vna eſclaua (ſi eſte nombre ſe podia dar
à Iſabela) lo que ya tenian concertado
de dar à vna ſeñora: y aſſi perplexo, y pẽ-
ſatiuo, ſin ſaber que camino tomar, para
venir al fin de ſu buen deſſeo, paſſaua vna
vida tal, que le puſo à punto de perderla.
Pero pareciendole ſer gran cobardia de-
xarſe morir, ſin intentar algun genero de
remedio à ſu dolencia, ſe animò, y esfor-
çò à declarar ſu intento à Yſabela. Anda-
uan todos los de caſa triſtes, y alborota-
dos, por la enfermedad de Ricaredo, que
de todos era querido, y de ſus padres con
el eſtremo poſſible: aſſi por no tener otro,
como porq̃ lo merecia ſu mucha virtud, y
ſu gran valor, y entendimiento, no le acer
tauan los medicos la enfermedad, ni el o-
ſaua, ni queria deſcubrirſela. En fin pue-
ſto, en romper por las dificultades, que el
ſe imaginaua, vn dia que entrò Yſabela à
ſeruirle, viendola ſola, con deſmayada
voz, y lengua turbada le dixo: Hermoſa
Yſabela, tu valor, tu mucha virtud, y grã-
de hermoſura me tienen como me vees,
ſino

si no quieres que dexe la vida en manos de las mayores penas, que pueden imaginarse, responda el tuyo à mi buen desseo, que no es otro, que el de recebirte por mi esposa, à hurto de mis padres, de los quales temo, que por no conocer lo que yo conozco, que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego como verdadero, y Catolico Christiano de ser tuyo: que puesto que no llegue à gozarte, como no llegarè, hasta que con bendicion de la Yglesia, y de mis padres sea: aquel imaginar, que con seguridad eres mia, serà bastãte à darme salud, y à mantenerme alegre, y contento, hasta que llegue el felize punto que desseo. En tanto que esto dixo Ricaredo, estuuo escuchandole Ysabela los ojos baxos, mostrãdo en aquel punto, que su honestidad se ygualaua à su hermosura, y à su mucha discrecion su recato. Y assi viendo que Ricaredo callaua, honesta, hermosa, y discreta, le respondio desta suerte. Despues que quiso el rigor, ò la clemencia del cielo (q̃ no sè à qual destos estremos lo atribuya) quitarme à mis padres, señor Ricaredo, y darme à los vuestros, agradecida à las infinitas mercedes, que me han hecho, determinè, que jamas mi voluntad saliesse de la suya: y assi sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna, la inestimable merced que quereys hazerme; si con

su sabiduria fuere yo tan venturosa, que os merezca, desde aqui os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto q̃ esto se dilatare, ò no fuere, entretengan vuestros desseos saber, que los mios seràn eternos, y limpios, en dessearos el bien, q̃ el cielo puede daros. Aqui puso silencio Ysabela à sus honestas, y discretas razones, y alli començò la salud de Ricaredo, y començaron à reuiuir las esperanças de sus padres, que en su enfermedad muertas estauan. Despidieronse los dos cortesmente: el con lagrimas en los ojos, ella cõ admiracion en el alma, de ver tan rendida à su amor la de Ricaredo: el qual leuãtado del lecho, al parecer de sus padres, por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos, y assi vn dia se los manifestò à su madre, diziendole en el fin de su platica, que fue larga, que sino le casauan con Ysabela, que el negarsela, y darle la muerte, era todo vna misma cosa. Con tales razones, con tales encarecimientos subio al cielo las virtudes de Ysabela Ricaredo, que le pareciò à su madre, que Ysabela era la engañada en lleuar à su hijo por esposo. Dio buenas esperãças à su hijo, de disponer à su padre, à que con gusto viniesse en lo que ya ella tambien venia: y assi fue, que diziendo à su marido las mismas razones, que à ella auia dicho su hijo, con facilidad le mouiò a querer lo que tanto su hijo desseaua, fabricando

escusas,

escusas, que impidiessen el casamiento, que casi tenia concertado con la donzella de Escocia. A esta sazon tenia Ysabela catorze, y Ricaredo veynte años: y en esta tan verde, y tan florida edad, su mucha discrecion, y conocida prudencia, los hazia ancianos. Quatro dias faltauan, para llegarse, aquel en el qual sus padres de Ricaredo queriã que su hijo inclinasse al cuello al yugo santo del matrimonio, teniendose por prudentes, y dichosissimos de auer escogido à su prissionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes, que la mucha riqueza que con la Escozessa se les ofrecia: las galas estauan ya à pũto los parientes, y los amigos combidados, y no faltaua otra cosa, sino hazer à la Reyna sabidora de aquel concierto, porque sin su voluntad, y consentimiento entre los de illustre sangre no se efetua casamiento alguno: pero no duraron de la licẽcia, y assi se detuuieron en pedirla. Digo pues, que estando todo en este estado, quando faltauan los quatro dias, hasta el de la boda, vna tarde turbò todo su regozijo vn ministro de la Reyna, que dio recaudo à Clotaldo, que su Magestad mãdaua, que otro dia por la mañana lleuassen à su presencia prissionera la Española de Cadiz. Respondieronle Clotaldo, que de muy buena gana haria lo que su Magestad le mandaua. Fuese el ministro, y dexò llenos los pe-

chos de todos de turbacion, de sobresalto, y miedo. Ay, dezia la señora Catalina, si sabe la Reyna, que yo he criado à esta niña à la Catholica, y de aqui viene à inferir, que todos los desta casa somos Christianos: pues si la Reyna le pregunta, que es lo que ha aprendido en ocho años, que ha que es prissionera, que ha de respõder la cuytada, que no nos condene, por mas discrecion que tenga. Oyendo lo qual Ysabela, le dixo: No le dè pena alguna señora mia esse temor, que yo confio en el cielo, que me ha de dar palabras en aquel instante, por su diuina misericordia, que no solo no os condenen, sino que redunden en prouecho vuestro. Temblaua Ricaredo, casi como adiuino de algun mal sucesso. Clotaldo buscaua modos, que pudiessen dar animo à su mucho temor, y no los hallaua sino en la mucha confiança que en Dios tenia, y en la prudencia de Ysabela, à quien encomendò mucho que por todas las vias que pudiesse escusasse el condenallos por Catholicos, que puesto que estauan promptos cõ el espiritu à recebir martirio, toda via la carne enferma rehusaua su amarga carrera. Vna, y muchas vezes les assegurò Ysabela estuuiessen seguros, que por su causa no sucederia lo que temian, y sospechauã. Porque aunque ella entonces no sabia lo que auia de responder à las preguntas, que en tal caso le hiziessen, tenia tan viua, y cierta esperança,

rança,

rança, que auia de responder de modo, q̃ como otra vez auia dicho, sus respuestas les siruiessen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente, en que si la Reyna supiera, que erã Catholicos, no les embiara recaudo tan manso, por donde se podia inferir, que solo querria ver à Ysabela, cuya sin ygual hermosura, y habilidades auria llegado à sus oydos, como à todos los de la ciudad: pero ya en no auersela presentado, se hallauan culpados, de la qual culpa hallarõ seria bien disculparse, cõ dezir, que desde el pũto, que entrò en su poder, la escogieron, y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo. Pero tambien en esto se culpauã, por auer hecho el casamiento sin licencia de la Reyna, aunque esta culpa no les parecio digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron, que Ysabella no fuesse vestida humildemente como prissionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron à Ysabela à la Española, con vna saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con vnas eses de perlas, y toda ella bordada de riquissimas perlas: collar, y cintura de diamantes: y con auanico, a modo de las señoras damas Españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretexidos y sembrados de diamantes

y perlas, le siruian de tocado. Con este adorno riquissimo, y con su gallarda disposicion, y maligrosa belleza, se mostrò aquel dia à Londres sobre vna hermosa carroça, lleuando colgados de su vista las almas y los ojos, de quantos la mirauan. Yuan con ella Clotaldo y su muger, y Ricaredo en la carroça, y à cauallo muchos illustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hazer Clotaldo à su prissionera, por obligar à la Reyna la tratasse como a esposa de su hijo. Llegados pues à Palacio, y à vna gran sala, donde la Reyna estaua, entrò por ella Ysabela, dando de si la mas hermosa muestra, que pudo caber en vna imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y a dos passos se quedò el acópañamiento, y se adelantò Ysabela: y como quedò sola, parecio lo mismo que parece la estrela, ò exalacion, que por la region del fuego en serena, y sossegada noche suele mouer.se, ò bien ansi como rayo del Sol. que al salir den dia, por entre dos montañas se descubre. Todo esto parecio, y aun cometa, que pronosticò el incédio de mas de vn alma de los que alli estauã, à quien amor abrasò con los rayos de los hermosos soles de Ysabela: la qual llena de humildad y cortesia, se fue à poner de hinojos ante la Reyna, y en lengua Inglesa le dixo: De vuestra Magestad las manos à esta su sierua, que desde oy mas se tédra por señora, pues ha sido tan venturo-

sa, que ha llegado à ver la grandeza vuestra. Estuuola la Reyna mirando por vn buen espacio, sin hablarle palabra, pareciendole, como despues dixo à su Camarera, que tenia delante vn cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Ysabela traya: su bello rostro, y sus ojos, el Sol, y la Luna, y toda ella vna nueua marauilla de hermosura. Las damas que estauan con la Reyna, quisieran hazerse todas ojos, porque no les quedasse cosa por mirar en Ysabela. Qual acabaua la viueza de sus ojos, qual la color del rostro, qual la gallardia del cuerpo, y qual la dulçura de la habla, y tal huuo, que de pura embidia dixo: Buena es la Española, pero no me contenta el trage. Despues que passò algun tanto la suspension de la Reyna, haziendo leuantar à Ysabela le dixo: Habladme en Español donzella, que yo le entiendo biẽ, y gustare dello: y boluiendose à Clotaldo dixo: Clotaldo, agrauio me aueys hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto, mas el es tal, q̃ os aya mouido à codicia: obligado estays à restituyrmele, porque de derecho es mio. Señora, respondio Clotaldo. Mucha verdad es lo que V. Magestad dize: confiesso mi culpa, si lo es, auer guardado este tesoro, à que estuuiesse en la perfection que conuenia, para parecer ante los ojos de V. Magestad, y aora que lo està, pensaua traerle mejo-

rado, pidiendo licencia à V. Magestad, para que Ysabela fuesse esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Magestad, en los dos todo quanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respondio la Reyna, no le faltaua mas, sino llamarse Ysabela la Española, para que no me quedasse nada de perfeccion, que dessear en ella. Pero aduertid Clotaldo, que sè, que sin mi licencia la teniades prometida à vuestro hijo. Assi es verdad señora, respondio Clotaldo, pero fue en confiança, que los muchos, y releuados seruicios que yo, y mis passados tenemos hechos à esta corona, alcāçarian de vuestra Magestad otras mercedes mas dificultosas, que las desta licencia: quanto mas, que aun no esta desposado mi hijo. Ni lo estarà, dixo la Reyna, con Ysabela, hasta que por si mismo lo merezca: quiero dezir, que no quiero, que para esto le aprouechen vuestros seruicios, ni de sus passados, el por si mismo se ha de disponer à seruirme, y à merecer por si esta prenda, que ya la estimo como si fuesse mi hija. Apenas oyò esta vltima palabra Ysabela, quando se boluiò à hincar de rodillas ante la Reyna, diziendole en lengua Castellana: Las desgracias, que tales descuētos traen, serenissima señora, antes se han de tener por dichas, que por desuenturas: ya V. M. me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda, que males podrè temer, ò que bienes no podrè esperar? Cō-
tanta

tanta gracia, y donayre dezia quanto dezia Ysabela, que la Reyna se le aficionò en estremo, y mandò, que se quedasse en su seruicio, y se la entregò a vna grã señora su camarera mayor, para que la enseñasse el modo de viuir suyo. Ricaredo, q̃ se viò quitar la vida, en quitarle à Ysabela, estuuo à pique de perder el juyzio, y assi tenblando, y con sobresalto se fue à poner de rodillas ante la Reyna, à quien dixo: Para seruir yo à V. Magestad, no es menester incitarme con otros premios, que con aquellos, que mis padres, y mis passados han alcançado, por auer seruido a sus Reyes. Pero pues V. Magestad gusta, que yo la sirua con nueuos desseos, y pretensiones, querria saber en que modo, y en q̃ exercicio podrè mostrar que cumplo con la obligacion en que V. Magestad me pone. Dos nauios, respondio la Reyna, estan para partirse en corso, de los quales he hecho General al Varon de Lansac, del vno dellos os hago a vos Capitan: porque la sangre de do venis me assegura, que ha de suplir la falta de vuestros años, y aduertid a la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella, a que correspondiendo à quien soys, siruiendo à vuestra Reyna, mostreys el valor de vuestro ingenio, y de vuestra persona, y alcanceys el mejor premio, que à mi parecer vos mismo podeys acertar à dessearos, yo misma os serè guarda de Ysabella, aunque ella da muestras, q̃

ſu honeſtidad ſera ſu mas verdadera guarda. Yd con Dios, que pues vays enamorado, como imagino, grandes coſas me prometo de vueſtras hazañas: felize fuera el Rey batallador, que tuuiera en ſu exercito diez mil ſoldados amantes, que eſperaran que el premio de ſus vitorias auia de ſer gozar de ſus amadas. Leuantaos Ricaredo, y mirad ſi teneys, ò quereys dezir algo a Iſabela, porque mañana ha de ſer vueſtra partida. Besò las manos Ricaredo à la Reyna, eſtimãdo en mucho la merced que le hazia, y luego ſe fue à hincar de rodillas ante Iſabela, y queriendola hablar no pudo, porque ſe le puſo vn nudo en la garganta, que le atò la lengua, y las lagrimas acudieron à los ojos, y el acudio à diſſimularlas lo mas que le fue poſſible: pero con todo eſto no ſe pudieron encubrir a los ojos de la Reyna, pues dixo: No os afrenteys Ricaredo de llorar, ni os tengays en menos, por auer dado en eſte tranze tan tiernas mueſtras de vueſtro coraçon, que vna coſa es pelear con los enemigos, y otra deſpedirſe de quien biẽ ſe quiere. Abraçad Iſabela à Ricaredo, y dadle vueſtra bendicion, que bien lo merece ſu ſentimiento. Iſabela, que eſtaua ſuſpenſa y atonita, de ver la humiltad, y dolor de Ricaredo, que como a ſu eſpoſo le amaua, no entendiò lo que la Reyna le mandaua, antes començò à derramar la-

grimas tan ſin penſar lo que hazia, y tan ſeſga, y tan ſin mouimiento alguno, que no parecia, ſino que lloraua vna eſtatua de alabaſtro. Eſtos afectos de los dos amantes tan tiernos, y tan enamorados hizieron verter lagrimas à muchos de los circunſtantes, y ſin hablar mas palabra Ricaredo, y ſin le auer hablado alguna à Iſabela, haziẽdo Clotaldo y los que con el venian reuerencia à la Reyna, ſe ſalieron de la ſala, llenos de compaſſion, de deſpecho, y de lagrimas. Quedò Iſabella como huerfana, que acaba de enterrar ſus padres, y con temor, que la nueua ſeñora quiſieſſe que mudaſſe las coſtumbres, en que la primera la auia criado. En fin ſe quedò, y de alli à dos dias Ricaredo ſe hizo à la vela, combatido, entre otros muchos, de dos penſamientos, que le tenian fuera de ſi. Era el vno conſiderar, que le conuenia hazer hazañas, que le hizieſſen merecedor de Iſabela: y el otro, que no podia hazer ninguna, ſi auia de reſponder à ſu Catholico intento, que le impedia no deſembaynar la eſpada contra Catholicos; y ſino la deſembaynaua auia de ſer notado de Chriſtiano, ò de cobarde, y todo eſto redundaua en perjuyzio de ſu vida, y en obſtaculo de ſu pretenſion. Pero en fin determinò de poſponer al guſto de enamorado, el que tenia de ſer Catholico, y en ſu coraçon pedia al cielo

le deparasse ocasiones, donde con ser valiente, cumpliesse con ser Christiano, dexando à su Reyna satisfecha, y à Isabela merecida. Seys dias nauegaron los dos nauios con prospero viẽto, siguiendo la derrota de las islas Terceras, parage, donde nunca faltan, ò naues Portuguessas de las Indias Orientales, ò algunas derrotadas de las Occidentales. Y al cabo de los seys dias les dio de costado vn rezijssimo viento, que en el mar Oceano tiene otro nombre, que en el Mediterraneo, donde se llama Mediodia, elqual viento fue tan durable, y tã rezio, que sin dexarles tomar las Islas, les fue forçoso correr à España, y jũto à su costa, à la boca del estrecho de Gibraltar descubrieron tres nauios, vno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribò la naue de Ricaredo à su Capitan, para saber de su General, si queria embestir à los tres nauios que se descubrian: y antes que à ella llegasse, vio poner sobre la gauia mayor vn estandarte negro, y llegãdose mas cerca, oyò que tocauan en la naue clarines y trõpetas roncas, señales claras, ò que el General era muerto, ò alguna otra principal persona de la naue. Cõ este sobresalto llegaron a poderse hablar, que no lo auian hecho despues que salieron del puerto, dieron vozes de la naue Capitana, diziendo que el Capitan Ricaredo passasse à ella, porque el General la noche antes auia muerto de vna apoplegia.

Todos

Todos se entristecieron, sino fue Ricaredo, que le alegrò, no por el daño de su General, sino por ver, que quedaua el libre para mandar en los dos nauios, que assi fue la orden de la Reyna, que faltando el General, lo fuesse Ricaredo: el qual con presteza se passò à la Capitana, donde hallò, que vnos llorauan por el General muerto, y otros se alegrauan con el viuo: finalmente los vnos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breues ceremonias, no dãdo lugar à otra cosa dos de los tres nauios, que auian descubierto: los quales desuiandose del grande, à las dos naues venian. Luego conocieron ser galeras, y Turquescas, por las medias lunas que en las vanderas trayan, de que recibio gran gusto Ricaredo, pareciendole que aquella presa, si el cielo se la concediesse, seria de consideracion, sin auer ofendido à ningun Catolico. Las dos galeras Turquescas llegaron à reconocer los nauios Ingleses, los quales no trayan insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir à quien llegasse à reconocellos, y no los tuuiesse por nauios de cosarios. Creyerõ los Turcos ser naues derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fueronse entrando poco à poco, y de industria los dexò llegar Ricaredo, hasta tenerlos à gusto de su artilleria: la qual mandò disparar à tan buen tiempo, que con

cinco

cinco balas dio en la mitad de vna de las galeras con tanta furia, que la abriò por medio, tota dio luego à la vanda, y comēçò à yrse à pique, sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal sucesso, con mucha priessa le dio cabo, y le lleuò à poner debaxo del costado del gran nauio. Pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y ligeros, y que salian y entrauan, como si tuuieran remos, mandando cargar de nueuo toda la artilleria, los fue siguiendo hasta la naue, llouiendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta, assi como llegaron à la naue la desampararon, y con priessa, y celeridad procurauan acogerse à la naue. Lo qual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaua con la rendida, cargò sobre ella con sus dos nauios, y sin dexarla rodear, ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los Turcos se aprouecharó ansi mismo del refugio de acogerse à la naue, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entonces. Los Christianos, de quien venian armadas las galeras, arrancando las branças, y rompiendo las cadenas, mezclados con los Turcos, tambien se acogieron a la naue, y como yuan subiendo por su costado, con la arcabuzeria de los nauios, los yuan tirando como à blanco à los Turcos no mas q̃ à los Christianos mandò Ricaredo, que nadie los tirasse. Desta manera casi todos

dos los mas Turcos fueron muertos, y los que en la naue entraron por los Christianos, que con ellos se mezclaron aprouechandose de sus mismas armas, fueron hechos pedaços: qne la fuerça de los valientes, quando caen, se passa à la flaqueza de los que se leuantan. Y assi con el calor q̃ les daua à los Christianos, pensò que los nauios Ingleses eran Españoles, hizieron por su libertad marauillas. Finalmente auiendo muerto casi todos los Turcos, algunos Españoles se pusieron a borde del nauio, y a grandes vozes llamaron à los que pensauan ser Españoles, entrassen à gozar el premio del vencimienro. Pregũtoles Ricaredo en Español, que que nauio era aquel? Respondieronse, que era vna naue que venia de la India de Portugal, carcada de especeria, y con tantas perlas, y diamantes, que valia mas de vn millon de oro, y que cõ tormenta auia arribado à aquella parte, toda destruyda, y sin artilleria, por auerla echado à la mar la gẽte enferma, y casi muerta de sed y de hambre, y q̃ aquellas dos galeras, que eran del Cosario Arnautemami, el dia antes la auian rẽdido, sin auerse puesto en defensa: y q̃ a lo q̃ auiã oydo dezir, por no poder passar tanta riqueza à sus dos baxeles, la lleuauã à jorro, para meterla en el rio de Larache, q̃ estaua alli cerca. Ricaredo les respondio, que si ellos pẽsauan que aquellos dos nauios erã Españoles, se engañauã
que

que no eran ſino de la ſeñora Reyna de Inglatierra, cuya nueua dio que penſar y que temer à los que la oyeron, penſando, como era razon, que penſaſſen, que de vn lazo auian caydo en otro. Pero Ricaredo les dixo, que no temieſſen algun daño, y que eſtuuieſſen ciertos de ſu libertad, con tal que no ſe puſieſſen en defenſa. Ni es poſſible ponernos en ella, reſpondieron, porque como ſe ha dicho, eſte nauio no tiene artilleria, ni noſotros armas: aſſi, q̃ no es forçoſo acudir à la gentileza, y liberalidad de vueſtro General. Pues ſerà juſto, que quien nos ha librado del inſufrible cautiuerio de los Turcos, lleue adelante tan gran merced, y beneficio, pues le podra hazer famoſo en todas las partes, que ſeran infinitas, donde llegare la nueua deſta memorable vitoria, y de ſu liberalidad, mas de noſotros eſperada, que temida. No le parecieron mal à Ricaredo las razones del Eſpañol: y llamando à cõſejo los de ſu nauio, les preguntò, como haria para embiar todos los Chriſtianos à Eſpaña, ſin ponerſe à peligro de algun ſinieſtro ſuceſſo, ſi el ſer tantos les daua animo para leuantarſe. Pareceres huuo, que los hizieſſe paſſar vno à vno à ſu nauio: y aſſi como fueſſen entrando debaxo de cubierta, matarle, y deſta manera matarlos à todos, y lleuar la gran naue à Lõdres, ſin temor, ni cuydado alguno. A eſto reſpondio Ricaredo: Pues que Dios nos
ha

ha hecho tan gran merced, en darnos tan ta riqueza, no quiero corresponderle con animo cruel, y desagradezido, ni es bien, que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada: y assi soy de parecer, que ningun Christiano Catholico muera: no porque los quiero bien, sino porque me quiero à mi muy bien, y querria que esta hazaña de oy, ni à mi ni à vosotros, que en ella me aueys sido compañeros, nos diesse mezclado con el nombre de valientes el renombre de crueles, porque nunca dixo bien la crueldad con la ualencia. Lo que se ha de hazer es, que toda la artilleria de vn nauio destos se ha de passar à la gran naue Portughesa, sin dexar en el nauio otras armas, ni otra cosa mas del bastimento: y no lexando la naue de nuestra gente la lleuaremos à Inglaterra, y los Españoles se yran à España. Nadie osò contradezir lo que Ricaredo auia propuesto, y algunos le tuuierõ por valiente, y magnanimo, y de buen entendimiento: otros le juzgaron en sus coraçones por mas Catholico que deuia. Resuelto pues en esto Ricaredo, passò con inquenta arcabuzeros à la naue Portuguesa, todos alerta, y con las cuerdas encendidas: hallò en la naue casi trecientas personas, de las que auian escapado de s galeras. Pidio luego el registro de la ue, y respondiole aquel mismo, que dese el borde le hablò la vez primera, que

el

el registro le auia tomado el cosario de los baxeles, que con ellos se auia ahogado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo baxel à la gran naue con marauillosa presteza, y con fuerça de fortissimos cabestrantes, passarõ la artilleria del pequeño baxel à la mayor naue. Luego haziendo vna breue platica à los Christianos, les mandò passar al baxel desembaraçado, donde hallaron bastimento en abundancia, para mas de vn mes, y para mas gente: y assi como se yuã embarcando, dio à cada vno quatro escudos de oro Españoles, que hizo traer de su nauio, para remediar en parte su necessidad, quando llegassen à tierra, que estaua tã cerca, que las altas montañas de Abila, y Calpe desde alli se parecian. Todos dos le dieron infinitas gracias, por la merced que les hazia: y el vltimo que se yua à embarcar, fue aquel que por los demas auia hablado, el qual le dixo: por mas ventura tuuiera, valeroso Cauallero, que me lleuaras contigo à Inglaterra, que no que me embiaras à España: porque aunque es mi patria, y no aura sino seys dias que della parti, no he de hallar en ella otra cosa, que no sea de ocasiones de tristezas, y soledades mias. Sabras Señor, que en la perdida de Cadiz, que sucediò aura quinze años, perdi vna hija, que los Ingleses deuieron de lleuar à Inglaterra, y con ella perdi el descanso de mi vejez, à la luz de

mis

mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea el graue descontento en que me dexò su perdida, y la de la hazienda, que tanbien me faltò, me pusieron de manera, que ni mas quise, ni mas pude exercitar la mercancia, cuyo trato me auia puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la ciudad. Y assi era la verdad, pues fuera del credito, que passaua de muchos cétenares de millares de escudos, valiá mi hazienda dentro de las puertas de mi casa mas de cinquenta mil ducados, todo lo perdì, y no huuiera perdido nada, como no huuiera perdido à mi hija. Tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudio la necessidad a fatigarme, hasta tanto que no pudiendola resistir, mi muger è yo, que es aquella triste que alli esta sétada, determinamos yrnos à las Indias, comun refugio de los pobres generosos, auiendonos embarcado en vn nauio de auiso seys dias ha, à la salida de Cadiz dieron con el nauio estos dos baxeles de Cosarios, y nos cautiuaron, donde se renouò nuestra desgracia, y se confirmò nuestra desuentura: y fuera mayor, si los Cosarios no huuieran tomado aquella naue Portuguessa, que los entretuuo, hasta auer sucedido lo que el auia visto. Preguntole Ricaredo, como se llamaua su hija? Respondiole, que Ysabel, Con esto acabò de confirmarse Ricare-
do

los quietò el viento, que boluiò à refrescar, de modo que dandole todas las velas, sin tener necessidad de amaynalas, ni aun de templallas, dentro de nueue dias se hallaron à la vista de Londres, y quãdo en el vitoriosos boulieron, auria treynta, que del faltauan. No quiso Ricaredo entrar en el puerto cõ muestras de alegria, por la muerte de su General: y assi mezclò las señales alegres cõ las tristes: vnas vezes sonauã clarines regozijados, otras trompetas roncas: vnas tocauan los atambores alegres, y sobresaltadas armas, à quien con señas tristes, y lamentables, respondian los pifaros. De vna gauia colgaua, puesta al reuès, vna vãdera de medias lunas sembrada: en otra se veia vn luengo estandarte de tafetan negro, cuyas puntas besauan el agua. Finalmente con estos tan contrarios estremos entrò en el rio de Londres con su nauio, porque la naue no tuuo fondo en el, que la sufriesse: y assi se quedò en la mar a lo largo. Estas tan cõtrarias muestras, y señales tenian suspenso el infinito pueblo, que desde la ribera les miraua. Bien conocieron por algunas insignias, que aquel nauio menor era la Capitana del Varon de Lansas, mas no podian alcançar, como el otro nauio se huuiesse cambiado con aquella poderosa naue, que en la mar se quedaua Pero sacolos desta duda, auer saltado el esquife, armado de todas armas, ricas, y resplandecientes

cientes el valeroso Ricaredo, que a pie sin esperar otro acompañamiento, que aquel de vn innumerable vulgo, que le seguia, se fue à palacio, dōde ya la Reyna puesta à vnos corredores estaua esperando le truyessen la nueua de los nauios, estaua con la Reyna con las otras damas Ysabela vestida a la Inglesa, y parecia tambien como a la Castellana, antes que Ricaredo llegasse. Llegò otro que dio las nueuas à la Reyna, de como Ricaredo venia. Alboroçose Ysabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante, temiò y esperò malos y buenos sucessos de su venida. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre, y bien proporcionado, y como venia armado de peto, espaldar, gola, y braçaletes, y escarcelas, con vnas armas Milanesas de onze vistas, grauadas y doradas: parecia en estremo bien à quantos le mirauan: no le cubria la cabeça morrion alguno, sino vn sombrero de gran falda de color leonado, con mucha diuersidad de plumas, terciadas à la balona: la espada ancha, los tiros ricos, las calças à la Esguizara. Con este adorno, y con el paso brioso, que lleuaua, algunos huuo que le compararon à Marte dios de las batallas, y otros lleuados de la hermosura de su rostro, dizen que le compararon à Venus, q̄ para hazer alguna burla à Marte, de aq̄l modo se auia disfraçado. En fin el llegò ante la Reyna: puesto de rodillas le dixo:

Alta

Alta Magistad, en fuerça de vuestra ventura, y en consecution de mi desseo, despues de auer muerto de vna apoplegia el General de Lansac, quedando yo en su lugar, merced à la liberalidad vuestra, me deparo la suerte dos galeras Turquescas, que lleuauan remolçando aquella gran naue, que alli se parece. Acometila pelearon vuestros soldados como siépre: echarõse à fondo los baxeles de los Cosarios. En el vno de los nuestros, en vuestro Real nombre, di Libertad à los Christianos, q̃ del poder de los Turcos escaparon: solo truxe conmigo à vn hombre, y à vna muger Españoles, que por su gusto quisieron venir à ver la grandeza vuestra. Aquella naue es de las que vienen de la India de Portugal, laqual por torméta vino à dar en poder de los Turcos, que con poco trabajo, ò por mejor dezir, sin ninguno la rindieron, y segun dixeron algunos Portuguesses de los que en ella venian passa de vn million de oro el valor de la especeria, y otras mercancias de perlas, y diamátes, q̃ en ella vienẽ: à ninguna cosa se ha tocado, ni los Turcos auiã llegado à ella, porq̃ todo lo dedicò el cielo, yo lo mandè guardar para vuestra Magestad, q̃ cõ vna joya sola q̃ se me dè quedarè en deuda de otras diez naues· laqual joya ya vuestra Magestad me la tiene prometida, q̃ es à mi buena Isabella, cõ ella quedarè rico, y premiado, no solo deste seruicio qual el se sea, q̃

M à vue-

à vueſtra Mageſtad he hecho, ſino de otros muchos que pienſo hazer, por pagar alguna parte del todo, caſi infinito que eſta joya vueſtra Mageſtad me ofrece. Leuantaos Ricaredo, reſpondio la Reyna, y creedme, que ſi por precio os huuiera de dar à Yſabela, ſegun yo la eſtimo, no la pudierades pagar, ni con lo que trae eſſa naue, ni con lo que queda en las Indias. Doyosla, porque os la prometì, y porque ella es digna de vos, y vos lo ſoys della; Vueſtro valor ſolo la merece: ſi vos aueys guardado las joyas de la naue para mi, yo os he guardado la joya vueſtra para vos: y aunque os parezca, que no hago mucho en bolueros lo que es vueſtro. Yo sè que os hago mucha merced en ello, que las prendas que ſe compran à deſſeos, y tienen ſu eſtimacion en el alma del comprador, aquello valen, que vale vna alma, que no ay precio en la tierra cõ que aprecialla: Iſabela es vueſtra, veysla alli, quando quiſieredes, podeys tomar ſu entera poſſeſſion, y creo ſerà cõ ſu guſto, porque es diſcreta, y ſabra ponderar la amiſtad que le hazeys, que no la quiero llamar merced, ſino amiſtad. Porque me quiero alçar con el nõbre de que yo ſola puedo hazerle mercedes: y dos à deſcanſar, y venidme à ver mañana, que quiero mas particularmente oyr vueſtras hazañas, y traedme eſſos dos que dezis, que de ſu voluntad han querido venir à verme, que ſe lo
quiero

quiero agradecer. Besole las manos Ricaredo, por las muchas mercedes que le hazia. Entròse la Reyna en vna sala, y las damas rodearõ à Ricaredo, y vna dellas, que auia tomado grande amistad con Isabela, llamada la Señora Tansi, tenida por la mas discreta, desembuelta, y graciosa de todas, dixo à Ricaredo: Que es esto Señor Ricaredo, que armas son estas? pensauades por ventura que veniades à pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad q̃ aqui todas somos vuestras amigas, sino es la Señora Isabela, que como Española està obligada à no teneros buena volũtad. Acuerdese ella Señora Tansi de tenerme alguna, que como yo estè en su memoria (dixo Ricaredo) yo sè que la voluntad sera buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento, y rara hermosura, la fealdad de ser desagradecida. A lo qual respondiò Isabela: Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, à vos esta tomar de mi toda la satisfacion que quisieredes, para recompensaros de las alabanças que me aueys dado, y de las mercedes que pensays hazerme. Estas, y otras honestas razones passò Ricaredo con Isabela y con las Damas, entre las quales auia vna donzella de pequeña edad, la qual no hizo sino mirar à Ricaredo mientras alli estuuo: alçauale las escarcelas, por ver q̃ traya debaxo dellas: tentauale la espada, y con simplicidad de niña, queria que las

armas le siruiessen de espejo, llegandose à mirar de muy cerca en ellas: y quando se huuo ydo, boluiẽdose à las Damas, dixo: Aora señoras yo imagino, que deue de ser cosa hermosissima la guerra, pues aun entre mugeres parecen bien los hombres armados. Y como si parecen, respondio la Señora Tansi, sino mirad à Ricaredo, que no parece sino que el Sol se ha baxado à la tierra. Y en aquel habito và caminando por la calle? Riyeron todas del dicho de la donzella, y de la disparatada semejança de Tansi; y no faltaron murmuradores, que tuuieron por impertinencia el auer venido armado Ricaredo à Palacio, puesto que hallò disculpa en otros, que dixeron, que como soldado lo pudo hazer, para mostrar su gallarda vizarria. Fue Ricaredo de sus padres, amigos, parientes, y conocidas con muestras de entreñable amor recebido. Aquella noche se hizieron generales alegrias en Londres, por su buẽ sucesso. Ya los padres de Isabela estauan en casa de Clotaldo, à quien Ricaredo auia dicho quien eran: pero que no les diessen nueua ninguna de Isabela, hasta que el mismo se la diesse. Este auiso tuuo la Señora Catalina su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche, con muchos baxeles, lanchas, y varcos, y con no menos ojos, que lo mirauan, se començò a descargar la grã naue, que en ocho dias no acabò de dar la mucha

cha pimienta, y otras riquissimas mercaderias, que en su vientre encerradas tenia. El dia que siguiò à esta noche fue Ricaredo à palacio, lleuando consigo al padre, y madre de Ysabela, vestidos de nueuo à la Inglessa, diziendoles que la Reyna queria verlos. Llegaron todos donde la Reyna estaua en medio de sus damas, esperando à Ricaredo, à quien quiso lisongear, y fauorecer, cō tener junto à si à Isabela, vestida cō aquel mismo vestido, que lleuò la vez primera, mostrandose no menos hermosa aora, que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados, y suspensos, de ver tanta grandeza, y vizarria junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el coraçon presagio del bien, que tan cerca tenian, les començò à saltar en el pecho, no con sobresalto, que les entristeciesse, sino con vn no sè que de gusto, que ellos no acertauan à entendille. No consintio la Reyna, que Ricaredo estuuiesse de rodillas ante ella, antes le hizo leuātar, y sentar en vna silla rasa, que para solo esso alli puesta tenian, inusitada merced para la altiua cōdicion de la Reyna, y alguno dixo à otro: Ricaredo no se sienta oy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que el truxo. Otro acudio, y dixo: Aora se verifica lo que comunmente se dize, que dadiuas quebrantan peñas. Pues

las que ha traydo Ricaredo han ablandado el duro coraçon de nuestra Reyna. Otro acudio, y dixo: Aora que està tā bien ensillado, mas de dos se atreueran à correrle. En efeto de aquella nueua honra, que la Reyna hizo à Ricaredo, tomò ocasiō la embidia, para nacer en muchos pechos de aquellos, que mirandole estauan, Porque no ay merced que el Principe haga à su priuado, que no sea vna lança, que atreuiessa el coraçon del embidioso. Quiso la Reyna saber de Ricaredo menudamente, como auia passado la batalla con los baxeles de los Cosarios: el la contò de nueuo, atribuyendo la vitoria à Dios, y à los braços valerosos de sus soldados, encareciendolos à todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos, que mas que los otros se auian señalado, cō que obligò à la Reyna à hazer à todos merced, y en particular à los particulares: y quando llegò a dezir la libertad, que en nombre de su Magestad auia dado à los Turcos, y Christianos, dixo: Aquella muger, y aquel hombre que alli estan, señalando à los padres de Isabela, son los que dixe ayer à V.M. que con dasseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los truxesse conmigo: ellos son de Cadiz, y de lo que ellos me hā contado, y de lo que en ellos he visto, y notado sè, que son gente principal, y de valor. Mandoles la Reyna, que se llegassen

ſen cerca. Alçò los ojos Iſabela à mirar los que dezian ſer Eſpañoles, y mas de Cadiz, con deſſeo de ſaber, ſi por ventura conocia à ſus padres. Anſi como Iſabela alçò los ojos, los puſo en ella ſu madre, y detuuo el paſo para mirarla mas atentamente, y en la memoria de Iſabela ſe començaron à deſpertar vnas confuſas noticias, que le querian dar à entender, que en otro tiempo ella auia viſto aquella muger, que delante tenia. Su padre eſtaua en la miſma confuſion, ſin oſar determinarſe a dar credito à la verdad que ſus ojos le moſtrauan. Ricaredo eſtaua atentiſſimo à ver los afectos, y mouimiẽtos que hazian las tres dudoſas y perplexas almas, que tan confuſas eſtauan entre el ſi, y el no de conocerſe. Conocio la Reyna la ſuſpencion de entrambos y aun el deſſaſoſſiego de Yſabela, porque la vio traſudar, y leuantar la mano muchas vezes à componerſe el cabello. En eſto deſſeaua Yſabela que hablaſſe la que penſauã ſer ſu madre, quizà los oydos la ſacarian de la duda en que ſus ojos la auian pueſto. La Reyna dixo à Iſabela, que en lengua Eſpañola dixeſſe à aquella muger, y à aquel hombre le dixeſſen, que cauſa les auia mouido à no querer gozar de la libertad, que Ricaredo les auia dado, ſiendo la libertad la coſa mas amada, no ſolo de la gente de razon, mas aun de los animales, que carecen della. Todo eſto preguntò Yſabela

sabela à su madre, la qual sin responderle palabra, desatentadamente, y medio tropezandose llegò à Isabela, y sin mirar à respecto, temores, ni miramientos cortesanos, alçò la mano à la oreja derecha de Isabela, y descubrio vn lunar negro, que alli tenia, la qual señal acabò de certificar su sospecha: y viendo claramente ser Isabela su hija, abraçandose con ella dio vna gran voz, diziẽdo: O hija de mi coraçon, ò prenda cara del alma mia, y sin poder passar adelante se cayò desmayada en los braços de Isabela. Su padre no menos tierno, que prudente, dio muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lagrimas, que sesgamente su venerable rostro, y barbas le bañaron. Juntô Isabela su rostro cõ el de su madre, y boluiendo los ojos à su padre, de tal manera le mirò, que le diò à entender el gusto, y el descontento que de verlos alli su alma tenia. La Reyna admirada de tal sucesso, dixo à Ricaredo: Yo pienso Ricaredo, que en vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no se os diga, que hã sido acertadas, pues sabemos, que assi suele matar vna subita alegria, como mata vna tristeza: y diziendo esto se boluio à Isabela, y la aparto à su madre, la qual auiendole echado agua en el rostro boluio en si, y estando vn poco mas en su acuerdo puesto de rodillas delante de la Reyna, le dixo: Perdone vuestra Magestad

ſtad mi atreuimiento, que no es mucho perder los ſentidos con la alegria del hallazgo deſta amada prenda. Reſpondiole la Reyna que tenia razon, ſiruiendole de interprete, para que lo entendieſſe Iſabela, la qual de la manera que ſe ha contado conocio à ſus padres, y ſus padres à élla, à los quales mandò la Reyna quedar en palacio, para que de eſpacio pudieſſen ver, y hablar à ſu hija, y regozijarſe con ella. De lo qual Ricaredo ſe holgò mucho y de nueuo pidio à la Reyna le cumplieſſe la palabra que le auia dado, de darſela, ſi es, que à caſo la merecia, y de no merecerla, le ſuplicaua deſde luego, le mandaſſe ocupar en coſas, que le hizieſſen digno de alcançar lo que deſſeaua. Bien entendio la Reyna, que eſtaua Ricaredo ſatisfecho de ſi miſmo, y de ſu mucho valor que no auia neceſſidad de nueuas prueuas, para calificarle: y aſſi le dixo, que de alli à quatro dias le entregaria à Iſabela haziendo à los dos la honra, que à ella fueſſe poſſible. Con eſto ſe deſpidio Ricaredo contentiſſimo con la eſperança propingua, que lleuaua, de tener en ſu poder à Iſabela, ſin ſobreſalto de perderla, que es el vltimo deſſeo de los amantes. Corrio el tiempo, y no con la ligereza que el quiſiera: que los que viuen con eſperāças de promeſſas venideras, ſiempre imaginan que no buela el tiempo, ſino que anda ſobre los pies de la pereza miſma.

Pero en fin llegò el dia, no donde pensò Ricaredo poner fin à sus dessèos, sino de hallar en Isabela gracias nueuas, que le mouiessen à quererla mas, si mas pudiesse. Mas en aquel breue tiempo, donde el pensaua, que la naue de su buena fortuna corria con prospero viento, hazia el dessèado puerto, la contraria suerte leuantò en su mar tal tormenta, que mil vezes temiò anegarle. Es pues el caso, que la Camarera mayor de la Reyna, à cuyo cargo estaua Isabela, tenia vn hijo de edad de veynte y dos años, llamado el Conde Arnesto. Hazianle la grandeza de su estado, la alteza de su sãgre, el mucho fauor, que su madre con la Reyna tenia: hazianle, digo, estas cosas mas de lo justo, arrogante, altiuo, y confiado. Este Arnesto pues se enamorò de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo auia estado ausente, con algunas señales le auia descubierto su desseo, nunca de Isabela fue admitido. Y puesto, que la repugnancia, y los desdenes en los principios de los amores suelen hazer desistir de la empressa à los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos, y conocidos desdenes, que le dio Isabela, porque cõ su zelo ardia, y con su honestidad se abrasaua. Y como vio, que Ricaredo, segun el parecer de la Reyna, tenia merecida à Isabela, y que en tan poco tiempo

tiempo se la auia de entregar por muger, quiso desesperarse: pero antes que llegasse à tan infame, y tan cobarde remedio, hablò à su madre, diziendole, pidiesse à la Reyna le diesse à Isabela por esposa, donde no, que pensasse, que la muerte estaua llamando à las puertas de su vida. Quedò la Camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenazidad con que se le pegauan los desseos en el alma, temiò, que sus amores auian de parar en algun infelize sucesso. Con todo esso, como madre, à quien es natural dessear, y procurar el bien de sus hijos, prometio al suyo de hablar à la Reyna, no con esperança de alcançar della el imposible de romper su palabra, sino por no dexar de intentar, como en salir desafuziada, los vltimos remedios. Y estando aquella mañana Isabella vestida por orden de la Reyna, tan ricamente, que no se atreue la pluma à contarlo. Y auiendole echado la misma Reyna al cuello vna sarta de perlas, de las mejores que traia la naue, que las apreciaron en veynte mil ducados, y puestole vn anillo de vn diamante, que se apreciò en seys mil escudos, y estando alboroçadas las damas, por la fiesta que esperauan del cercano desposorio. Entrò la Camarera mayor à la Reyna, y de rodillas le suplicò suspendiesse el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta

merced sola que su Mageſtad le hizieſſe, ſe tendria por ſatisfecha, y pagada de todas las mercedes, que por ſus ſeruicios merecia y eſperaua. Quiſo ſaber la Reyna primero, porque le pidia con tanto ahinco aquella ſuſpẽſion, que tan derechamẽte yua contra la palabra que tenia dada à Ricaredo: pero no ſe la quiſo dar la Camarera, haſta que le huuo otorgado, que haria lo que le pedia, tanto deſſeo tenia la Reyna de ſaber la cauſa de aquella demanda. Y aſſi deſpues que la Camarera alçò lo que por entonces deſſeaua, contò à la Reyna los amores de ſu hijo, y como temia, que ſi no le dauan por muger à Iſabela, ò ſe auia de deſeſperar, ò hazer algũ hecho eſcandaloſo: y que ſi auia pedido aquellos los dias, era por dar lugar à ſu Mageſtad, penſaſſe, que medio ſeria à propoſito, y conueniente para dar à ſu hijo remedio. La Reyna reſpondio, que ſi ſu Real palabra no eſtuuiera de por medio, que ella hallara ſalida à tan cerrado laberinto: pero que no la quebrantaria, ni defraudaria las eſperanças de Ricaredo por todo el interès del mundo. Eſta reſpueſta dio la Camarera à ſu hijo, el qual, ſin detenerſe vn punto, ardiẽdo en amor, y en zelos, ſe armò de todas armas, y ſobre vn fuerte, y hermoſo cauallo ſe preſentò ante la caſa de Clotaldo, y a grandes vozes pidio, que ſe aſſomaſſe Ricaredo a la ventana, el qual a aquella ſa-
zon

zon estaua vestido de galas de desposado, y a punto para yr à palacio con el acõpañamiento que tal acto requeria: mas auiendo oydo las vozes, y siendole dicho, quien las daua, y del modo que venia, cõ algun sobresalto, se assomò à vna ventana, y como le vio Arnesto, dixo: Ricaredo estame atento à lo que dezirte quiero. La Reyna mi señora te mandò fuesses à seruirla, y à hazer hazañas, que te hiziessen merecedor de la sin par Isabela: tu fuyste y boluiste cargadas las naues de oro, con el qual piensas auer conprado, y merecido à Isabela: y aunque la Reyna mi señora te la ha prometido, ha sido, creyendo, que no ay ninguno en su Corte, q̃ mejor que tu la sirua, ni quien con mejor titulo merezca à Isabela: y en esto bien podra ser, se aya engañado, y assi llegandome à esta opinion, que yo tengo por verdad aueriguada, digo, que ni tu has hecho cosas tales, que te hagan mereçer à Ysabela, ni ninguna podras hazer, que à tanto bien te leuanten: y en razon de que no la mereces, si quisieres contradezirme, te desafiò à todo tranze de muerte. Callò el Conde, y desta manera le respondio Ricaredo: En ninguna manera me toca salir à vuestro desafio, señor Conde, porque yo confiesso, no solo que no merezco à Ysabela, sino que no la merece ninguno de los que oy viuen en el mundo: assi que confessando

do yo lo que vos dezis, otra vez digo que no me toca vuestro desafio: pero yo le acepto, por el atreuimiento que aueys tenido en desafiarme. Con esto se quitò de la ventana, y pidio apriessa sus armas. Alborotaronse sus parientes, y todos aquellos que para yr à palacio auian venido à acompañarle: de la mucha gente que auia visto al Conde Arnesto armado, y le auia oydo las vozes del desafio, no faltò quien no fue à contar à la Reyna: laqual mandò al Capitan de su guarda, que fuesse à prender el Conde. El Capitan se diò tanta priessa, que llegò à tiempo, que ya Ricaredo salia de su casa, armado cõ las armas cõ que se auia desembarcado, puesto sobre vn hermoso cauallo. Quando el Conde vio al Capitan, luego imaginò à lo q̃ venia, y determinò de no dexar prenderse, y alçando la voz contra Ricaredo, dixo: Ya vees Ricaredo el impedimiento que nos viene, si tuuieres gana de castigarme, tú me buscaràs: y por la que yo tẽgo de castigarte, tãbien te buscarè: y pues dos que se buscan, facilmente se hallan, dexemos para entonces la execucion de nuestros desseos. Soy contento, respondio Ricaredo. En esto llegò el Capitan con toda su guarda, y dixo al Conde, que fuesse preso en nombre de su Magestad. Respondio el Conde, que si daua: pero no para q̃ le lleuassen à otra parte, que à la presencia de la Reyna. Contentose con esto el

Capitan,

Capitan, y cogiendole en medio de la guarda le lleuò à palacio ante la Reyna, la qual ya de su Camarera estaua informada del amor grande, que su hijo tenia à Isabela, y con lagrimas auia suplicado à la Reyna perdonasse al Conde, que como moço, y enamorado, à mayores yerros estaua sujeto. Llego Arnesto ante la Reyna, la qual sin entrar con el en razones le mando quitar la espada, y lleuassen preso à vna torre. Todas estas cosas atormentauan el coraçon de Isabela, y de sus padres, que tan presto veìan turbado el mar de su sossiego: Aconsejò la Camarera à la Reyna, que para sossegar el mal, que podia suceder entre su parentela, y la de Ricaredo, que se quitasse la causa de por medio, que era Isabela, embiandola a España, y assi cessarian los efetos, que deuian de temerse: añadiendo à estas razones dezir, que Isabela era Catholica, y tã Christiana, que ninguna de sus persuasiones, que auian sido muchas, la auian podido torcer en nada de su Catholico intento. A lo qual respondio la Reyna, que por esso la estimaua en mas, pues tan bien sabia guardar la ley que sus padres la auiã enseñado: y que en lo de embiarla à España no tratasse, porque su hermosa presencia, y sus muchas gracias, y virtudes le dauan mucho gusto: y que sin duda, sino aql dia, otro se la auia de dar por esposa à Ricaredo, como se lo tenia prometido. Con

esta

esta resolucion de la Reyna, quedò la Camarera tan desconsolada, que no le replicò palabra: y pareciendole lo que ya le auia parecido, que si no era quitando à Isabela de por medio, no auia de auer medio alguno, que la rigurosa condicion de su hijo ablandasse, ni reduxesse à tener paz con Ricaredo, determinò de hazer vna de las mayores crueldades, que pudo caber jamas en pensamiento de muger principal, y tanto como ella lo era: y fue su determinacion matar con tosigo à Isabela: y como por la mayor parte sea la cõdicion de las mugeres ser prestas, y determinadas, aquella misma tarde atossigò à Isabela en vna conserua que le dio, forçandola que la tomasse, por ser buena cõtra las ansias de coraçon que sentia. Poco espacio passò despues de auerla tomado, quãdo à Isabela se le començò à hinchar la lengua, y la garganta, y à ponersele denegridos los labios, y à enronquezersele la voz, turbarsele los ojos, y apretarsele el pecho: todas conocidas señales de auerle dado veneno. Acudieron las damas a la Reyna, contandole lo que passaua, y certificandole, que la Camarera auia hecho aquel mal recaudo. No fue menester mucho, para que la Reyna lo creyesse, y assi fue a ver a Isabela, que ya casi estaua espirando. Mandò llamar la Reyna con priessa a sus medicos, y en tanto que tardauan, la hizo dar cãtidad de pol-
uos

nos de Vnicornio, con otros muchos antidotos, que los grandes Principes suelen tener preuenidos, para semejantes necessidades. Vinieron los medicos, y esforçaron los remedios, y pidieron a la Reyna hiziesse dezir a la Camarera, que genero de veneno le auia dado: porque no se dudaua, que otra persona alguna sino ella la huuiesse auenenado. Ella lo descubriò, y con esta noticia los medicos aplicaron tantos remedios, y tan eficazes, que con ellos, y con el ayuda de Dios, quedò Isabela con vida, ò alomenos con esperança de tenerla. Mandò la Reyna prender à su Camarera, y ençerraria en vn aposento estrecho de palacio, con intencion de castigarla, como su delito merecia: puesto que ella se disculpaua, diziendo, que en matar à Isabela, hazia sacrificio al cielo, quitando de la tierra à vna Catholica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Estas tristes nueuas oydas de Ricaredo, le pusieron en terminos de perder el juyzio: tales eran las cosas que hazia, y las lastimeras razones con que se quexaua. Finalmente Isabela no perdio la vida, que el quedar cō ella, la naturaleza lo comutò en dexarla sin cejas, pestañas, y sin cabello: el rostro hincado, la tez perdida, los cueros leuantados, y los ojos lagrimosos. Finalmente quedò tan fea, q̃ como hasta alli auia parecido vn milagro de hermosura, entonces parecia vn mōstruo de

de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian auer quedado de aq̃lla manera, que si la huuiera muerto el veneno. Con todo esto Ricaredo se la pidiò à la Reyna, y le suplicò, se la dexasse lleuar à su casa, porque el amor que la tenia, passaua del cuerpo al alma: y que, si Isabela auia perdido su belleza, no podia auer perdido sus infinitas virtudes. Assi es, dixo la Reyna, lleuaos la Ricaredo, y hazed cuenta, que lleuays vna riquissima joya, encerrada en vna caxa de madera tosca: Dios sabe, si quisiera daros la como me la entregastes: pero pues no es possible, perdonadme, quizà el castigo que diere à la cometedora de tal delito, satisfara en algo el desseo de la vengança. Muchas cosas dixo Ricaredo à la Reyna, desculpando à la Camarera, y suplicandola, la perdonasse, pues las desculpas que daua, eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente le entregaron à Isabela, y à sus padres; y Ricaredo los lleuò à su casa, digo à la de sus padres: à las ricas perlas, y al diamante añadio otras joyas la Reyna, y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor, que à Isabela tenia, la qual durò dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reduzirse à su primera hermosura pero al cabo deste tiempo començò à caersele el cuero, y à descubrirsele su hermosa tez. En este tiempo los padres de Ricaredo,

do, pareciendoles no ser possible, que Isabela en si boluiesse, determinaron embiar por la donzella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenian concertado de casar à Ricaredo, y esto sin que el lo supiesse, no dudando, que la hermosura presente de la nueua esposa hiziesse oluidar à su hijo la ya passada de Isabela: à la qual pensauan embiar en España con sus padres, dandoles tanto auer, y riquezas, que recompensassen sus passadas perdidas. No passò mes y medio, quando sin sabiduria de Ricaredo la nueua esposa se le entrò por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa, que despues de la Isabela que solia ser, no auia otra tã bella en toda Londres. Sobresaltose Ricaredo con la improuisa vista de la donzella, y temio, que el sobresalto de su venida auia de acabar la vida à Isabela: y assi, para templar este temor, se fue al lecho donde Isabela estaua, y hallola en compañia de sus padres delante de los quales dixo: Isabela de mi alma, mis padres con el grã de amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, hã traydo à casa vna donzella Escocessa, cõ quiẽ ellos tenian concertado de casarme, antes que yo conociesse lo que vales: y esto à lo que creo, cõ intencion, que la mucha belleza desta donzella, borredè mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Yo Isabela desde el punto que te quise, fue
con

con otro amor de aquel que tiene su fin, y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto, que tu corporal hermosura me cautiuò los sentidos tus infinitas virtudes me apressionaron el alma; de manera, que si hermosa te quise, fea te adoro: y para confirmar esta verdad, dame essa mano, y dandole ella la derecha, y assiendola el con la suya, prosiguio diziendo: Por la Fè Catholica, que mis Christianos padres me enseñaron, la qual si no esta en la entereza, que se requiere por aquella juro, que guarda el Pontifice Romano que es la que yo en mi coraçon confiesso, creo, y tengo. Y por el verdadero Dios, que nos està oyendo, te prometo, ò Isabela, mitad de mi alma, de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tu quieres leuantarme à la alteza de ser tuyo.

Quedò suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atonitos, y pasmados. Ella no supo que dezir, ni hazer otra cosa, que besar muchas vezes la mano de Ricaredo y dezirle con voz mezclada con lagrimas, que ella le aceptaua por suyo, y se entregaua por su esclaua. Besola Ricaredo en el rostro feo, no auiendo tenido jamas atreuimiento de llegarse à el quando hermoso: Los padres de Isabel solenizaron con tiernas, y muchas lagrimas las fiestas del desposorio. Ricaredo les dixo, que el dilataria el casamiento de la Escocessa, que ya estaua en casa de

modo

modo que despues verian: y quando su padre los quisiesse embiar à España à todos tres, no lo rehusassen, si no que se fuessen, y le aguardasse en Cadiz ò en Seuilla dos años, dentro de los quales les daua su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiẽpo le concedia de vida; y que si deste termino passasse, tuuiesse por cosa certissima, que algun grande impedimento ò la muerte, que era lo mas cierto, se auia opuesto à su camino. Isabela le respondio: que no solos dos años le aguardaria, sino todos aquellos de su vida, hasta estar enterada que el no la tenia: porque en el punto que esto supiesse, seria el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renouaron las lagrimas en todos, y Ricaredo salio à dezir à sus padres, como en ninguna manera se casaria, ni daria la mano à su esposa la Escocessa, sin auer primero ydo à Roma à assegurar su conciẽcia. Tales razones supo dezir à ellos, y a los parientes que auian venido con Clisterna, que assi se llamaua la Escocessa, que como todos eran Catholicos, facilmente las creyeron, y Clisterna se contentò de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo boluiesse, el qual pidio de termino vn año. Esto assi puesto, y concertado; Clotaldo dixo à Ricaredo, como determinaua embiar à España à Isabela, y à sus padres, si la Reyna le daua licencia; quiza los ayres de la pa-

tria

tria apresurarian, y facilitarian la salud, que ya començaua à tener.

Ricaredo por no dar indicio de sus designios, respondio tibiamente à su padre, que hiziesse lo que mejor le pareciesse: solo le suplico, que no quitasse à Isabela ninguna cosa de las riquezas que la Reyna le auia dado. Prometioselo Clotaldo, y aquel mismo dia fue à pedir licencia à la Reyna, assi para casar su hijo con Clisterna, como para embiar à Isabela y à sus padres à España. De todo se côtentò la Reyna, y tuuo por acertada la determinaciõ de Clotaldo: y aquel mismo dia, sin acuerdo de Letrados, y sin poner à su Camarera en tela de juyzio, la cõdenò en que no siruiesse mas su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela: y al Conde Arnesto, por el dessafio, le desterrò por seys años de Inglaterra. No passaron quatro dias ya quando Arnesto se puso à punto de salir à cumplir su destierro, y los dineros estuuieron juntos, la Reyna llamò à vn mercader rico, que habitaua en Londres, y era Frances, el qual te correspondecia en Francia, Italia, y España: al qual entregò los diez mil escudos, y le pidio cedulas, paraque se los entregassen al padre de Isabela en Seuilla, ò en otra playa de España. El mercader, descontados sus interesses y ganancias, dixo à la Reyna, q̃ las daria ciertas, y seguras para Seuilla, sobre otro mercader Frances su correspõ-

diente

diente en esta forma que el escriuiria à Paris, para que alli se hiziessen las cedulas, por otro correspondiente suyo, à causa q̃ rezassen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrauando de la comunicacion de los dos Reynos, y que bastaua lleuar vna letra de auiso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diesse el dinero el mercader de Seuilla, que ya estaria auisado del de Paris. En resoluciō la Reyna tomò tales seguridades del mercader, que no dudò de no ser cierta la partida. Y no contenta con esto, mandò llamar à vn patron de vna naue Flamenca, q̃ estaua para partirse otro dia à Francia, à solo tomar en algun puerto della testimonio, para poder entrar en España, à titulo de partir de Francia, y no de Inglaterra: al qual pidio encarecidamente lleuasse en su naue à Isabela, y à sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento, los pusiesse en vn puerto de España, el primero à do llegasse. El patron, que desseaua contentar à la Reyna, dixo, que si haria, y que los pondria en Lisboa, Cadiz, ò Seuilla. Tomados pues los recaudos del mercader, embiò la Reyna à dezir à Clotaldo, no quitasse à Isabela todo lo, que ella la auia dado, assi de joyas, como de vestidos. Otro dia vino Isabela, y sus padres à despedirse de la Reyna, que los recibio con mucho amor. Dioles la Reyna la carta del mercader, y otras muchas dadiuas, assi
de

dos necessarios, para poder entrar en E-
spaña. De alli à treynta dias entrò por la
barra de Cadiz, donde se desembarcaron
Isabela, y sus padres: y siendo conocidos
de todos los de la ciudad, los recibieron
con muestras de mucho contento. Reci-
bieron mil parabienes del hallazgo de Isa
bela, y de la libertad que auian alcança-
do, ansi de los Moros, que los auian cau-
tiuado: auiendo sabido todo su sucesso de
los cautiuos que dio libertad la liberali-
dad de Ricaredo, como de la que auian
alcançado de los Inglesses. Ya Ysabela en
este tiempo començaua à dar grandes e-
speranças de boluer à cobrar su primera
hermosura. Poco mas de vn mes estuuie-
ron en Cadiz, restaurando los trabajos de
la nauegacion, y luego se fueron à Seuil-
la, por ver, si salia cierta la paga de los
diez mil ducados, que librados sobre el
mercader Frãcès traian. Dos dias despues
de llegar à Seuilla le buscaron, y le halla-
ron, y le dieron la carta del mercader Frã
cès de la ciudad de Londres. El la recono-
cio, y dixo, que hasta que de Paris le vi-
niessen las letras, y carta de auiso, no po-
dia dar el dinero: pero que por momen-
tos aguardaua el auiso. Los padres de
Isabela alquilaron vna casa principal,
frontero de santa Paula, por ocasion que
estaua monja en aquel santo Mona-
sterio vna sobrina suya, vnica, y estre-
mada en la voz: y assi por tenerla cerca,
N como

como por auer dicho Ysabela à Ricaredo, que si viniesse à buscarla, la hallaria en Seuilla, y le diria su casa su prima le monja de santa Paula, y que para conocella, no auia menester mas de preguntar por la monja, que tenia la mejor voz en el Monasterio: porque estas señas no se le podian oluidar. Otros quarenta dias tardaron de venir los auisos de Paris: y à dos que llegaron, el mercader Francès entregò los diez mil ducados à Ysabela, y ella à sus padres, y con ellos, y con algunos mas, que hizieron, vendiendo algunas de las muchas joyas de Ysabela, boluiò su padre à exercitar su oficio de mercader, no sin admiracion de los que sabian sus grādes perdidas. En fin en pocos meses fue restaurado su perdido credito, y la belleza de Isabela boluiò à su ser primero, de tal manera, que en hablando de hermosas todos dauan el lauro à la Española Inglessa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por la orden del mercader Francès de Seuilla escriuierō Isabela, y sus padres à la Reyna de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos, y sumissiones, que requerian las muchas mercedes della recebidas: assimismo escriuieron à Clotaldo, y à Catalina, llamādolos Isabela padres, y sus padres señores. De la Reyna, no tuuieron respuesta, pero de Clotaldo, y de su muger si, donde les dauan el parabien

de

de la llegada à saluo, y los auisauan, como su hijo Ricaredo, otro dia despues q̃ ellos se hizieron à la vela, se auia partido à Francia, y de alli à otras partes, donde le conuenia à yr, para seguridad de su cõciencia, añadiendo à estas otras razones, y cosas de mucho amor, y de muchos ofrecimientos. A la qual carta respondieron cõ otra, no menos cortes, y amorosa, que agradecida. Luego imaginò Isabela, que el auer dexado Ricaredo à Inglaterra, seria para venirla à buscar à España, y alentada con esta esperança viuia la mas contenta del mundo, y procuraua viuir, de manera, que quando Ricaredo llegasse à Seuilla, antes le diesse en los oydos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas, ò ninguna vez salia de su casa, sino para el Monasterio: no ganaua otros Iubileos, que aquellos que en el Monasterio se ganauan. Desde su casa, y desde su Oratorio andaua con el pensamiento: los Viernes de Quaresma la santissima estacion de la Cruz, y los siete venideros del Espiritu Santo. Iamas visitò el rio, ni passò à Triana, ni vio el comun regozijo en el campo de Tablada, y puerta de Xerez el dia, se le haze claro, de San Sebastian, celebrado de tanta gente, que apenas se puede reduzir à numero. Finalmente no vio regozijo publico, ni otra fiesta en Seuilla. Todo lo libraua en su recogimiẽto, y en sus oraciones y buenos des-

ſeos, eſperando à Ricaredo. Eſte ſu grande retraymiento tenia abraſados y encẽdidos los deſſeos, no ſolo de los piſauerdes del barrio, ſino de todos aquellos que vna vez la huuieſſen viſto: de aqui nacieron muſicas de noche en ſu calle, y carreras de dia. Deſte no dexar verſe, y deſſearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometierõ moſtrarſe primas, y vnicas en ſolicitar à Yſabela: y no faltò quien ſe quiſo aprouechar de lo que llaman hechizos, que no ſon ſino embuſtes, y diſparates: pero à todo eſto eſtaua Yſabela como roca en mitad del mar, que la tocan, pero no la mueuen las olas, ni los vientos. Año y medio era ya paſſado, quãdo la el eſperança propinqua de los dos años por Ricaredo prometidos, començò con mas ahinco, que haſta alli à fatigar el coraçon de Iſabela: y quando ya le parecia, que ſu eſpoſo llegaua, y que le tenia entre los ojos; y le preguntaua, que impedimentos le auian detenido tanto. Quãto ya llegauan à ſus oydos las diſculpas de ſu eſpoſo: y quando ya ella le perdonaua, y le abraçaua, y como à mitad de ſu alma le recebiò, llegò à ſus manos vna carta de la ſeñora Catalina, fecha en Londres cinquenta dias auia: venia en lengua Ingleſa: pero leyendola en Eſpañol, vio que aſſi dezia:

Hija de mi alma, bien conociſte à Guillarte el page de Ricaredo; eſte ſe fue cõ el

al viage, que por otra te auisè, que Ricaredo à Francia, y à otras partes auia hecho el segundo dia de tu partida. Pues este mismo Guillarte, à cabo de diez, y seys meses, que no auiamos sabido de mi hijo, entrò ayer por nuestra puerta con nueuas, que el Conde Arnesto auia muerto à traycion en Francia à Ricaredo. Considera hija, qual quedariamos su padre, y yo, y su esposa con tales nueuas: tales digo, que aun no nos dexaron poner en duda nuestra desuentura. Lo que Clotaldo, y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de veras à Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso, como tu sabes. Tambien pediràs à nuestro Señor nos dè à nosotros paciencia, y buena muerte, à quien nosotros tambien pediremos, y suplicaremos te dè à ti, y à tus padres largos años de vida.

Por la letra, y por la firma no le quedò que dudar à Isabela, para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al page Guillarte, y sabia, que era verdadero, y que de suyo no auria querido, ni tenia para que fingir aquella muerte, ni menos su madre la señora Catalina la auria fingido, por no importarle nada, embiarle nueuas de tanta tristeza. Finalmente ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginò, le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueua de su des-

desuentura. Acabada de leer la carta, sin derramar lagrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro, y al parecer con sossegado pecho, se leuantò de vn estrado donde estaua sentada, y se entrò en vn Oratorio, y hincandose de rodillas ante la imagen de vn deuoto Crucifixo, hizo voto de ser Monja, pues lo podia ser teniendose por viuda. Sus padres dissimularon y encubrieron con discrecion la pena que les auia dado la triste nueua, por poder consolar à Ysabela en la amarga que sentia: laqual casi como satisfecha de su dolor, templandole con la santa y Christiana resolucion, que auia tomado, ella consolaua à sus padres: à los quales descubriò su intento, y ellos le acõsejaron, que no le pusiesse en execucion, hasta que passassen los dos años, que Ricaredo auia puesto por termino à su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con mas seguridad podia mudar de estado. Ansi lo hizo Ysabela, y los seys meses y medio q̃ quedauan para cumplirse los dos años, los passò en exercicios de Religiosa, y en cõcertar la entrada del Monasterio, auiẽdo elegido el de Santa Paula, donde estaua su prima. Passose el termino de los dos años, y llegose el dia de tomar el habito, cuya nueua se estendio por la ciudad, y de los que conocian de vista à Ysabela, y de aquellos que por sola su fama se lleuò
el

el Monasterio, y la poca distancia que del à la casa de Ysabela auia, y combidando su padre à sus amigos, y aquellos à otros, hizieron à Ysabela vno de los mas honrados acompañamiẽtos, que en semejantes actos se auia visto en Seuilla. Hallose en el Assistẽte, y el Prouisor de la Iglesia, y Vicario del Arçobispo, con todas las señoras, y señores de titulo, que auia en la ciudad: tal era el desseo que en todos auia, de ver el Sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les auia eclypsado: y como es costumbre de las donzellas, que van à tomar el habito, yr lo possible galanas, y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la vizarria, y se descarta della. Quiso Isabela ponerse la mas vizarra que le fue possible: y assi se vistio con aquel vestido mismo, que lleuò quando fue à ver la Reyna de Inglaterra, que ya se ha dicho, quan rico y quan vistoso era. Salieron à luz las perlas, y el famoso diamante, con el collar y cintura, q̃ assi mismo era de mucho valor. Con este adorno, y con su gallardia, dãdo ocasion para que todos alabassen à Dios en ella: salio Isabela de su casa à pie, que el estar tan cerca el Monasterio, escusò los coches y carroças.

El concurso de la gente fue tanto, que les pesò de no auer entrado en los coches, q̃ no les dauan lugar de llegar al Monasterio, vnos bendecian à sus padres, otros al

cielo, que de tanta hermosura la auia dotado: vnos se empinauan por verla, otros auiendola visto vna vez corrian adelante por verla otra: y el que mas solicito se mostrò en esto, y tanto, que muchos echaron de ver en ello, fue vn hombre vestido en habito de los que viene rascatados de cautiuos, con vna insignia de la Trinidad en el pecho, en señal que hã sido rescatados por la limosna de sus Redemptores. Este cautiuo pues al tiempo que ya Isabela tenia vn pie dentro de la porteria del Conuento, donde auian salido à recebirla, como es vso, la Priora, y las monjas con la Cruz, à grandes vozes dixo: Detente Isabela, detente, que mientras yo fuere viuo, no puedes tu ser Religiosa. A estas vozes Isabela, y sus padres boluieron los ojos, y vieron, que hendiendo por toda la gente hazia ellos, venia aquel cautiuo, que auiendosele caydo vn bonete azul redondo, que en la cabeça traìa, descubriò vna confusa madexa de cabellos de oro ensortijados, y vn rostro como el carmin, y como la nieue colorado, y blanco, señales que luego le hizieron conocer, y juzgar por estrangero de todos. En efeto cayendo, y leuantando, llegò donde Isabela estaua, y assiendola de la mano le dixo: Conocesme Isabela? Mira que yo soy Ricaredo tu esposo. Si conozco, dixo Isabela, si ya no eres fantasma, que viene à turbar mi reposo. Sus padres le assieron, y
aten-

atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo el cautiuo: el qual con lagrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicò, que no impidiesse la estrañeza del trage en que estaua su buen conocimiento, ni estoruasse su baxa fortuna, q̃ ella no correspondiesse à la palabra, que entre los dos se auian dado. Isabela, à pesar de la impression que en su memoria auia hecho la carta de su madre de Ricaredo, dandole nueuas de su muerte. Quiso dar mas credito à sus ojos, y à la verdad, que presente tenia: y assi abraçandose con el cautiuo, le dixo: Vos sin duda, señor mio, soys aquel, que solo podra impedir mi Christiana determinacion: vos señor soys sin duda la mitad de mi alma, pues soys mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nueuas que de vuestra muerte me escriuiò mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hizieron escoger la de la Religion, que en este punto queria entrar à viuir en ella: mas pues Dios con tan justo impedimiento muestra querer otra cosa, ni podemos, ni conuiene, que por mi parte se impida: venid señor à la casa de mis padres, que es vuestra, y alli os entregarè mi possession, por los terminos que pide nuestra Sancta Fè Catholica. Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Assistente, y Vica-

rio, y Prouisor del Arçobispo, y de oyrlas se admiraron, y suspendieron, y quisierõ, que luego se les dixesse, que historia era aquella, que estrangero aquel, y de que casamiento tratauan. A todo lo qual respondio el padre de Isabela, diziẽdo, que aquella historia pedia otro lugar, y algun termino, para dezirse: y assi suplicaua à todos aquellos, que quisiessen saberla, diessen la buelta à su casa pues estaua tan cerca, que alli se la contarian de modo que con la verdad quedassen satisfechos y cõ la grandeza, y estraneza de aquel sucesso admirados. En esto vno de los presentes alçò la voz, diziendo: Señores, este mancebo es vn gran cosario Ingles, que yo le conozco, y es aquel, que aurà poco mas de dos años tomò à los cosarios de Argel la naue de Portugal, que venia de las Indias: no ay duda sino que es el, que, yo le conozco: porque el me dio libertad, y dineros, para venirme à España: y no solo à mi, sino à otros trezientos cautiuos. Con estas razones se alborotò la gente, y se auiuò el desseo que todos tenian de saber, y ver la claridad de tan intricadas cosas. Finalmente la gente mas principal con el Assistente, y aquellos dos señores Ecclesiasticos boluieron à acompañar à Isabela à su casa, dexando à las monjas tristes, confusas, y llorando, por lo que perdian en tener en su compañia à la hermosa Isabela: la qual estando en su casa en vna gran

sala

sala della, hizo, que aquellos señores se sentassen. Y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, toda via le pareciò, que era mejor fiarlo de la lengua, y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaua la lengua Castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendiẽtes de las razones de Ysabela, ella assi començò su cuento: el qual le reduzgo yo, à que dixo todo aquello, que desde el dia que Clotaldo la robò de Cadiz, hasta que entrò, y boluiò à el, le auia sucedido, contando assi mismo la batalla que Ricaredo auia tenido con los Turcos: la liberalidad que auia vsado con los Christianos: la palabra que entrambos ados se auia dado de ser marido y muger: la promesa de los dos años: las nueuas que auia tenido de su muerte, tan ciertas à su parecer, que la pusieron en el termino que auian visto de ser Religiosa. Engrandeciò la liberalidad de la Reyna: la Christiandad de Ricaredo, y de sus padres: y acabò con dezir, que dixesse Ricaredo lo que le auia sucedido, despues que saliò de Londres, hasta el punto presente, donde le veian con habito de cautiuo, y con vna señal de auer sido rescatado por limosna. Assi es, dixo Ricaredo, y en breues razones sumarè los inmensos trabajos mios. Despues que me partì de Londres, por escusar el casamiẽto, que no podia hazer con Clisterna, a-

quella donzella Escocessa Catholica, con quien ha dicho Ysabela, que mis padres, me querian casar, lleuando en mi compañia à Guillarte aquel page que mi madre escriue, que lleuò à Londres las nueuas de mi muerte: atrauesando por Francia lleguè à Roma, donde se alegrò mi alma, y se fortaleciò mi Fè: besè los pies al Sumo Pontifice: confessè mis pecados cõ el mayor Penitenciero, absoluiome dellos, y diome los recaudos necessarios que diessen fè de mi confession y penitencia: y de la reduccion que auia hecho à nuestra vniuersal madre la Iglesia. Hecho esto visitè los lugares tan santos, como inumerables que ay en aquella ciudad santa: y de dos mil escudos que tenia en oro, di los mil y seyscientos à vn cambio, que me los librò en esta ciudad, sobre vn tal Roqui Florentin, con los quatrocientos que me quedaron, con intencion de venir à España, me partì para Genoua, donde auia tenido nueuas que estauan dos galeras de aquella Señoria de partida para España. Lleguè con Guillarte mi criado à vn lugar, que se llama Aquapendente, q̃ viniendo de Roma à Florencia es el vltimo que tiene el Papa, y en vna hosteria, ò posada donde me apeè, hallè al Conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con quatro criados disfraçado, y encubierto, mas por ser curioso, que por ser Catholico, entiendo que yua à Roma, creì sin duda, que

no

no me auia conocido,encerreme en vn aposento con mi criado, y estuue con cuydado, y con determinacion de mudarme à otra posada en cerrando la noche. No lo hize ansi, porque el descuydo grande, que no se que tenian el Conde, y sus criados, me assegurò, que no me auian conocido: cenè en mi aposento, cerrè la puerta, apercebi mi espada, encomendemè à Dios, y no quise acostarme. Durmiose mi criado, y yo sobre vna silla me quedè medio dormido: mes poco despues de la media noche me despertaron, para hazerme dormir el eterno sueño: quatro pistoletes como despues supe, dispararon contra mi el Conde, y sus criados, y dexandome por muerto, teniendo ya à punto los cauallos se fueron, diziendo al huesped de la posada, que me enterrasse, porque era hombre principal: y con esto se fueron. Mi criado, segun dixo despues el huesped, despertò al ruydo, y con el miedo se arrojò por vna ventana, que caia à vn patio, y diziendo: Desuenturado de mi, que han muerto à mi señor, se salio del meson, y deuio de ser con tal miedo, que no deuiò de parar hasta Londres, pues el fue el que lleuò las nueuas de mi muerte. Subieron los de la hosteria, y hallaronme atrauesado con quatro valas, y con muchos perdigones, pero todas por partes, que de ninguna fue mortal la herida. Pedi confession, y todos los Sacramentos, como Ca-

tholico

tholico Christiano: dieronmelos, curarõme, y no estuue para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los quales vine à Genoua, donde no hallè otro passage, sino en dos falugas, que fletamos yo, y otros dos principales Españoles: la vna, para que fuesse delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuessemos. Con esta seguridad nos embarcamos, nauegando tierra à tierra, con intencion de no engolfarnos: pero llegando à vn parage, que llaman las tres Marias, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primer faluga descubriendo, à desora salieron de vna cala dos galeotas Turquescas, y tomandonos la vna la mar, y la otra la tierra, quãdo yuamos à embestir en ella, nos cortaron el camino, y nos cautiuaron: en entrãdo en la galeota nos desnudaron, hasta dexarnos en carnes: despojaron las falugas de quanto lleuauan, y dexaronlas embestir en tierra, sin echallas a fondo, diziẽdo, que aquellas les seruirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos à los despojos, que de los Christianos toman. Bien se me podrà creer, si digo, que sentì en el alma mi cautiuerio: y sobre todo la perdida de los recaudos de Roma, donde en vna caxa de lata los traìa, con la cedula de los mil y seyscientos ducados: mas la buena suerte quiso, que viniesse à manos de vn Christiano cautiuo Español, que las guardò, que si

vinieran a poder de los Turcos, por lo menos auia de dar por mi rescate lo que rezaua la cedula, que ellos aueriguaran cuya era. Truxeronnos à Argel, dóde halle, que estauan rescatando los padres de la Santissima Trinidad: hablelos, dixeles quien era, y mouidos de caridad, aunque yo era estrangero, me rescataron en esta forma: Que dieron por mi trecientos ducados, los ciento luego, y los docientos, quando boluiesse el baxel de la limosna a rescatar al Padre de la Redempcion, q̃ se quedaua en Argel empeñado en quatro mil ducados, que auia gastado mas de los que traia: porque à toda esta misericordia, y liberalidad se estiéde la caridad destos Padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautiuos, por rescatar los cautiuos. Por añadidura del bien de mi libertad, hallè la caxa perdida con los recaudos, y la cedula, mostresela al bendito Padre que me auia rescatado, y ofrecile quinientos ducados mas de los mi rescate, para ayuda de su empeño. Casi vn año se tardò en boluer la naue de la limosna: y lo que en este año me passò, à poder lo contar aora, fuera otra nueua historia, solo dirè, que fuy conocido de vno de los veynte Turcos, que di libertad con los demas Christianos ya referidos: y fue tan agradecido, y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme: porque à conocerme los Turcos, por aquel que auia echado à

fondo

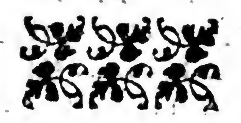
fondo sus dos baxeles, y quitadoles de las manos la gran naue de la India, ò me presentaran al gran Turco, ò me quitaran la vida. Y de presentarme al gran Señor, redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente el Padre Redemptor vino à España conmigo, y con otros cinquenta Christianos rescatados. En Valencia hizimos la procession general, y desde alli cada vno se partio donde mas le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos habiticos. Oy llegue à esta ciudad, con tanto desseo de ver à Ysabela mi esposa, que sin detenerme à otra cosa, preguntè por este Monasterio, donde me auian de dar nueuas de mi esposa: lo que en el me ha sucedido, ya se ha visto: lo que queda por ver, son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, q̃ tiene tanto de milagrosa, como de verdadera. Y luego en diziendo esto, sacò de vna caxa de lata los recaudos que dezia, y se los puso en manos del Prouisor, que los vio, junto con el Señor Assistente, y no hallò en ellos cosa que le hiziesse dudar de la verdad, que Ricaredo auia contado. Y para mas cõfirmacion della, ordenò el cielo, que se hallasse presente à todo esto el mercader Florentin, sobre quien venia la cedula de los mil y seyscientos ducados, el qual pidio, que le mostrassen la cedula: y mostrandosela, la reconocio, y la aceptò para luego, porque el muchos me-

ses

ses, auia, que tenia auiso desta partida. Todo esto fue añadir admiracion à admiracion, y espanto à espanto. Ricaredo dixo, que de nueuo ofrecia los quinientos ducados que auia prometido. Abraçò el Assistente à Ricaredo, y à sus padres de Ysabela, y à ella, ofreciendoseles à todos con corteses razones. Lo mismo hizieron los dos señores Ecclesiasticos, y rogarõ à Ysabela, que pusiesse toda aquella historia por escrito, para que la leyesse su señor el Arçobispo, y ella lo prometio. El grande silencio que todos los circunstantes auian tenido, escuchando el estraño caso, se rompio en dar alabanças à Dios por sus grandes marauillas, y dando desde el mayor hasta el mas pequeño el parabien à Ysabela, à Ricaredo, y à sus padres los dexaron: y ellos suplicaron al Assistente honrasse sus bodas, que de alli à ocho dias pensauan hazerlas. Holgò de hazerlo assi el Assistente, y de alli à ocho dias, acompañado de los mas principales de la ciudad, se hallò en ellas. Por estos rodeos, y por estas circonstancias los padres de Ysabela cobraron su hija, y restauraron su hazienda, y ella fauorecida del cielo, y ayudada de sus muchas virtudes à despecho de tantos inconuenientes, hallò marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañia se piensa, que aun oy viue en las casas

que

que alquilaron, frontera de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de vn hidalgo Burgalès, que se llamaua Hernando de Cifuentes. Esta nouela nos podria enseñar, quanto puede la virtud, y quanto la hermosura, pues son bastantes juntas, y cada vna de por si à enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de como sabe el cielo sacar de las mayores aduersidades nuestras, nuestros mayores prouechos.



NOVELA

NOVELA DEL LICENCIADO VIDRIERA.

PAsseandose dos Caualleros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas debaxo de vn arbol durmiendo à vn muchacho de hasta edad de onze años, vestido como labrador, mandaron a vn criado, que le despertasse: despertò, y preguntaronle de adonde era, y que hazia durmiédo en aquella soledad? A lo qual el muchacho respondio, que el nombre de su tierra se le auia oluidado, y que yua à la ciudad de Salamanca à buscar vn amo, à quien seruir, por solo que le diesse estudio. Preguntaronle si sabia leer? respondio que si, y escriuir tambien. Dessa manera, dixo vno de los Caualleros, no es por falta de memoria auersete oluidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere, respondio el muchacho, que ni el della, ni del de mis padres sabra ninguno, hasta que yo pueda honrarlos à ellos,

los, y à ella. Pues de que suerte los piensas honrar? preguntò el otro Cauallero. Con mis estudios, respõdio el muchacho, siendo famoso por ellos: porque yo he oydo dezir, que de los hombres se hazen los Obispos. Esta respuesta mouio à los dos Caualleros, à que le recibiessen, y lleuassen consigo, como lo hizieron, dandole estudio de la manera que se vsa dar en aquella Vniuersidad à los criados, que siruen. Dixo el muchacho, que se llamaua Tomas Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre, y por el vestido, que deuia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistieron de negro, y a pocas semanas dio Tomas muestras de tener raro ingenio, siruiendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad, y diligencia, que con no faltar vn punto a sus estudios, parecia, que solo se ocupaua en seruirlos. Y como el buen seruir del sieruo mueue la voluntad del señor à tratarle bien, y à Thomas Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente en ocho años que estuuo con ellos, se hizo tan famoso en la Vniuersidad por su buen ingenio, y notable habilidad, que de todo genero de gentes era estimado, y querido. Su principal estudio fue de leyes: pero en lo que mas se mostraua, era en letras humanas: y tenia tã felize memoria, que era cosa de espanto: è illustrauala tanto con su buen entendimiento, que no era

era menos famoso, por el que por ella. Sucedio, que se llegò el tiēpo, que sus amos acabaron su estudios, y se fueron à su lugar, que era vna de las mejores ciudades de la Andaluzia. Lleuaronse consigo à Tomas, y estuuo con ellos algunos dias: pero como le fatigassen los desseos de boluer à sus estudios, y à Salamanca (que enhechiza la voluntad de boluer à ella à todos los que de la apazibilidad de su viuienda han gustado) pidio à sus amos licencia, para boluerse. Ellos corteses, y liberales se la dieron, acomodandole de suerte, que con lo que le dieron, se pudiera sustentar tres años. Despidiose dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salio de Malaga (que esta era la patria de sus señores) y al baxar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera se topò con vn gentilhombre à cauallo, vestido vizarramente de camino, con dos criados tambien à cauallo. Iuntose cō el, y supo como lleuaua su mismo viage: hizieron camarada, departierō de diuersas cosas, y à pocos lāces dio Tomas muestras de su raro ingenio, y el Cauallero las dio de su vizarria, y cortesano trato: y dixo, q̄ era Capitā de Infanteria por su Megestad y que su Alferez estaua haziendo la compañia en tierra de Salamanca. Alabò la vida dela soldadesca: pintole muy al viuo la bellesa de la ciudad de Napoles, las holgūras de Palermo, la abūdācia de Milan, los

festines

festines de Lombardia, las esplendidas comidas de las hosterias: dibuxole dulce, y puntualmente el: Aconcha patron, passa acà Manigoldo, venga la macarela, li polastri, e li macarroni. Puso las alabanças en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia. Pero no le dixo nada del frio de las centinelas, del peligro de los assaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruyna de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman, y tienen por añadiduras del peso de la soldatesca, y sõ la carga principal della. En resolucion tãtas cosas le dixo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomas Rodaja començò à titubear, y la voluntad à aficionarse à aquella vida, que tan cerca tiene la muerte. El Capitan, que Don Diego de Valdiuia se llamaua, contentissimo de la buena presencia, ingenio, y desemboltura de Tomas, le rogò, que se fuesse con el à Italia, si queria por curiosidad de verla, que el le ofrecia su mesa: y aun si fuesse necessario, su vandera, por que su Alferez la auia de dexar presto. Poco fue menester, para que Tomas, tuuiesse el embite, haziendo consigo en vn instante vn breue discurso, de que seria bueno ver à Italia, y Flandes, y otras diuersas tierras, y payses: pues las lengnas peregrinaciones hazen à los hombres discretos: y que en esto à lo mas largo podia gastar tres, ô

quatro

quatro años, que añadidos à los pocos q̃ el tenia, no serian tantos, que impidiessen boluer à sus estudios. Y como si todo huuiera de suceder a la medida de su gusto, dixo al Capitan, que era contento de yrse con el à Italia: pero auia de ser condició, que no se auia de sentar debaxo de vandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse à seguir su vandera. Y aunque el Capitan le dixo, que no importaua ponerse en lista, que ansi gozaria de los socorros y pagas, que à la compañia se diessen, porque el le daria licencia todas las vezes que se la pidiesse. Esso seria, dixo Tomas, yr contra mi conciencia, y contra la del señor Capitan, y assi mas quiero yr suelto que obligado. Cóciencia tan escrupulosa, dixo Don Diego, mas es de Religioso, que de soldado: pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegaron aquella noche à Antequera, y en pocos dias, y grandes jornadas se pusieron donde estaua la compañia, ya acabada de hazer, y que començaua a marchar la buelta de Cartagena, aloxãdose ellas, y otras quatro por los lugares que le venian à mano. Alli notò Tomas la autoridad de los Comissarios, la incomodidad de algunos Capitanes, la solicitud de los Aposentadores, la industria, y cuenta de los Pagadores, las quexas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los visoños, las pendencias de los huespedes.

el pedir vagages mas de los neceſſarios: y finalmente la neceſſidad, caſi preciſa, de hazer todo aquello que notaua, y mal le parecia. Auiaſe veſtido Tomas de papagayo, renunciando los habitos de eſtudiante, y puſoſe à lo de Dios es Chriſto, como ſe ſuele dezir. Los muchos libros que tenia, los reduxo à vnas horas de nueſtra Señora, y vn Garcilaſſo, ſin comento, que en las dos faldriqueras lleuaua. Llegaron mas preſto de lo que quiſieran à Cartagena: porque la vida de los aloxamientos es ancha, y varia, y cada dia ſe topan coſas nueuas y guſtoſas. Alli ſe embarcaron en quatro galeras de Napoles, y alli notò tãbien Tomas Rodaja la eſtraña vida de aquellas maritimas caſas, adonde lo mas del tiempo maltratan las chinches, robã los forçados, enfadan los marineros, deſtruyẽ los ratones, y fatigan las maretas. Puſieronle temor las grandes borraſcas y tormentas, eſpecialmẽte en el golfo de Leon, que tuuieron dos: que la vna los echò en Corcega, y la otra los boluiò a Tolon en Francia. En fin traſnochados, mojados, y con ojeras llegaron à la hermoſa y belliſſima ciudad de Genoua, y deſembarcandoſe en ſu recogido Mandrache, deſpues de auer viſitado vna Igleſia, dio el Capitan con todas ſus camaradas en vna hoſteria, donde puſieron en oluido todas las borraſcas paſſadas, con el preſente gaudeamus. Alli conocieron la ſua-

uidad

uidad del Treuiano, el valor del monte Frascon, la Nineruça del Asperino, la generosidad de los dos Griegos Candia, y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulçura, y apazibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chentola sin q̃ entre todos estos señores osasse parecer la baxeza del Romanesco. Y auiendo hecho el huesped la resceña de tantos, y tan diferentes vinos, se ofreciò de hazer parecer alli, sin vsar de tropelia ni como pintados en Mapa, sino real, y verdaderamẽte à Madrigal, Coca, Alaexos, y à la Imperial, mas que Real ciudad, Recamara del Dios de la Risa: ofreciò à Esquiuias; à Alanis, à Caçalla, Guadalcanal, y la Membrilla, sin que se le oluidasse de Ribadauia, y de descargamaria. Finalmente mas vinos nombrò el huesped, y mas les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiraronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las Ginouesas, y la gentileza, y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, q̃ en aquellas peñas parece, que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañias, que auian de yr al Piamonte, pero no quiso Tomas hazer este viage, sino yrse desde alli por tierra à Roma, y à Napoles, como lo hizo, quedando de boluer por la gran Venecia, y por Loreto à Milan, y al Piamonte, donde di-

xo don Diego de Valdiuia, que le hallaria si ya no los huuiessen lleuado à Flandes, segun se dezia. Despidiose Tomas del Capitan de alli à dos dias, y en cinco llegò à Florencia, auiendo visto primero à Luca, cuidad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que meyor que en otras partes de Italia son bien vistos, y agasajados los Españoles. Contentole Florencia en estremo, assi por su agradable assiento, como por su limpieza, sumtuosos edificios, fresco rio, y apacibles calles. Estuuo en ella quatro dias, y luego se partio à Roma, Reyna de las cuidades, y señora del mundo. Visitò sus téplos, adorò sus reliquias, y admiro su grandeza: y assi como por las vñas del Leon se viene en conocimiento de su grandeza, y ferocidad, assi el sacò la de Roma por sus despedaçados marmoles, medias, y enteras estatuas, por sus rotos arcos, y derribadas termas, por sus magnificos Porticos, y Anphiteatros grandes, por su famoso, y santo rio, que siempre llena sus margenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de Martires, que en ellas tuuieron sepultura: por sus puentes, que parece, que se estan mirando vnas à otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mũdo: la via Apia, la Flaminia, la Iulia, con otras deste jaez. Pues no le admiraua menos la diuision de sus mon-

tes

tes dentro de si misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros quatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza, y magestad Romana. Noto tambien la autoridad del Colegio de los Cardenales, la Magestad del Sumo Pontifice, el cócurso, y variedad de gentes, y naciones. Todo lo mirò, y notò, y puso en su punto. Y auiendo andado la estacion de las siete Yglesias, y confessadose con vn Penitenciario, y besado el pie à su Santidad, lleno de Agnusdeis, y cuentas, determinò yrse à Napoles: y por ser tiempo de mutacion, malo, y dañoso para todos los que en el entran, ò salen de Roma, como ayan caminado por tierra, se fue por mar à Napoles, donde à la admiracion que traia de auer visto à Roma, añadiò la que le causò ver à Napoles, ciudad à su parecer, y al de todos quantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde alli se fue à Sicilia, y vio Palermo, y despues à Micina: de Palermo le pareciò bien el assiento, y belleza: y de Micina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propriamente, y con verdad es llamada granero de Italia. Boluiose à Napoles, y à Roma, y de alli fue à nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo Templo no vio paredes, ni murallas, porque todas estauan cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de

pinturas, y retablos, que dauan manifiesto indicio de las innumerables mercedes, que muchos auian recebido da la mano de Dios por intercession de su diuina Madre, que aquella sacrosanta Imagen suya quiso engrandecer, y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la deuocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento, y estancia, donde se relatò la mas alta embaxada, y de mas importãcia que vieron, y no entendieron todos los cielos, y todos los Angeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde alli embarcandose en Ancona, fue à Venecia, ciudad, que à no auer nacido Colon en el mundo, no tuuiera en el semejante: merced al cielo, y al gran Hernãdo Cortès, que conquistò la gran Mexico, para que la gran Venecia tuuiesse en alguna manera quiẽ se le opusiesse. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo: la de America espanto del mundo nueuo. Pareciole, que su riqueza era infinita, su gouierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres: y finalmente toda ella en si, y en sus partes digna de la fama, que de su valor, por todas las partes del orbe, se estiende, dãdo causa de acreditar mas esta verdad,

la

la maquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, cõ otros baxeles, que no tienen numero. Por poco fueron lus de Calipso los regalos, y passatiempos, que hallò nuestro curioso en Venecia, pues casi le hazian oluidar de su primer intento. Pero auiendo estado vn mes en ella, por Ferrara, Parma, y Plasencia boluiò à Milan, oficina de Vulcano, ogeriza del Reyno de Francia, ciudad en fin de quien se dize, que puede dezir, y hazer haziendola magnifica la grandeza suya, y de su Templo, y su marauillosa abũdancia de todas las cosas à la vida humana necessarias. Desde alli se fue à Aste, y llegò à tiempo, que otro dia marchaua el tercio à Flandes. Fue muy bien recebido de su amigo el Capitan, y en su cõpañia, y camarada passò à Flandes, y llegò à Amberes, ciudad no menos para marauillar, que las que auia visto en Italia. Vio à Gante, y à Brusselas, y vio que todo el pays se disponia à tomar las armas, para salir en campaña el Verano siguiente. Y auiendo cumplido cõ el desseo, que le mouio à ver lo que auia visto, determinò boluerse à España, y à Salamãca à acabar sus estudios: y como lo pensò lo puso luego por obra, con pesar grandissimo de su camarada, que le rogò al tiempo del despedirse, le auisasse de su salud, llegada, y sucesso. Prometioselo ansi como lo pedia, y por

Francia boluio à España, sin auer visto à Paris, por estar puesta en armas. En fin llegò à Salamanca, donde fue bien recebido de sus amigos: y con la comodidad, que ellos le hizieron, prosiguio sus estudios, hasta graduarse de Licenciado en leyes. Sucedio que en este tiempo llegò à aquella ciudad vna dama de todo rumbo, y manejo. Acudieron luego à la añagaza, y reclamo todos los paxaros del lugar, sin quedar vademecum, que no la visitasse. Dixeronle à Tomas, que aquella dama dezia, que auia estado en Italia, y en Flandes, y por ver si le conocia, fue à visitarla, de cuya visita, y vista quedò ella enamorada de Tomas: y el sin echar de ver en ello, sino era por fuerça, y lleuado de otros, no queria entrar en su casa. Finalmẽte ella le descubriò su voluntad, y le ofrecio su hazienda: Pero como èl atendia mas à sus libros, que à otros passatiẽpos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la qual viendose desdeñada, y à su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios, y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordò de buscar otros modos, à su parecer mas eficazes, y bastantes, para salir con el cumplimiento de sus desseos. Y assi aconsejada de vna Morisca, en vn membrillo Toledano dio à Tomas vnos destos, que llaman hechiços, creyendo que le

daua cosa, que le forçasse la voluntad à quererla, como si huuiesse en el mundo yeruas, encantos, ni palabras suficientes à forçar el libre aluedrio: y assi las que dan estas beuidas, ò comidas amatorias, se llaman veneficios: porque no es otra cosa lo que hazen, sino dar veneno à quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas, y diuersas ocasiones. Comio en tan mal punto Tomas el membrillo, que al momento començò à herir de pie, y de mano, como si tuuiera alferezia, y sin boluer en si, estuuo muchas horas, al cabo de las quales boluio como atontado, y dixo con lengua turbada, y tartamuda, que vn membrillo que auia comido le auia muerto, y declarò quien se le auia dado. La justicia, que tuuo noticia del caso, fue à buscar la malhechora: pero ya ella viendo el mal sucesso, se auia puesto en cobro, y no parecio jamas. Seys meses estuuo en la cama Tomas, en los quales se secò, y se puso, como suele dezirse, en los huesos, y mostraua tener turbados todos los sentidos. Y aun que le hizieron los remedios possibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no de lo del entendimiento: porque quedò sano, y loco de la mas estraña locura, que entre las locuras hasta entonces se auia visto. Imaginose el desdichado, que era todo hecho de vidrio, y con esta imagi-

nacion, quando alguno se llegaua à el, daua terribles vozes, pidiendo, y suplicãdo con palabras, y razones concertadas, que no se le acercassen, porque le quebrarian, que real, y verdaderamente el no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies à cabeça. Para sacarle desta estraña imaginacion, muchos, sin atender à sus vozes, y rogatiuas arremetierõ à el, y le abraçaron, diziendole, que aduirtiesse, y mirasse, como no se quebraua. Pero lo que se grangeaua en esto era, que el pobre se echaua en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaua vn desmayo, del qual no boluia en si en quatro horas: y quando boluia, era renouando las plegarias, y rogatiuas, de que otra vez no le llegassen. Dezia, que le hablassen desde lexos, y le preguntassen lo que quisiessen, porque à todo les responderia con mas entendimiẽto, por ser hombre de vidrio, y no de carne, que el vidrio, por ser de materia sutil, y delicada, obraua por ella el alma con mas promptitud, y eficacia, que no por la del cuerpo pesada, y terrestre. Quisieron algunos experimentar, si era verdad lo que dezia, y assi le preguntaron muchas, y dificiles cosas, à las quales respondio espontaneamente con grandissima agudeza de ingenio: cosa que causò admiracion à los mas letrados de la Vniuersidad, y à los professores
de

de la medicina, y filosofia, viendo, que en vn sujeto, donde se contenia tan extraordinaria locura, como era el pensar, que fuesse de vidrio, se encerrasse tan grande entendimiento, que respondiesse à toda pregunta con propiedad, y agudeza. Pidio Tomas, le diessen alguna funda, dõde pusiesse aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrasse: y assi le dieron vna ropa parda, y vna camisa muy ancha, que el se vistio con mucho tiento, y se ciñò con vna cuerda de algodon. No quiso calçarse çapatos en ninguna manera, y el orden que tuuo, para que le diessen de comer, sin que à el llegassen, fue poner en la punta de vna vara vna vasera de orinal, en la qual le ponian alguna cosa de fruta, de las que la sazon del tiempo ofrecia. Carne ni pescado no lo querria; no beuia, sino en fuente, ò en rio, y esto con las manos. Quando andaua por las calles, yua por la mitad dellas mirando à los tejados, temeroso no le cayesse alguna teja encima, y le quebrasse. Los Veranos dormia en el campo al cielo abierto, y los Inuiernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraua hasta la garganta, diziendo, q̃ aquella era la mas propia, y mas segura cama, que podian tener los hombres de vidrio. Quando tronaua, tẽblaua como vn azogado, y se salia

al campo, y no entraua en poblado, hasta auer passado la tempestad. Tuuieronle encerrado sus amigos mucho tiempo: pero viendo, que su desgracia passaua adelante, determinaron de condescender cō lo que el les pedia, que era le dexassan andar libre, y assi le dexaron, y el salio por la ciudad, causādo admiracion, y lastima, à todos los que le conocian. Cercaronle luego los muchachos: pero el con la vara los detenia, y les rogaua le hablassen apartados, porque no quebrasse, que por ser hombre de vidrio era muy tierno, y quebradizo. Los muchachos, que son la mas trauiessa generacion del mundo, a despecho de sus ruegos, y vozes le començaron a tirar trapos, y aun piedras, por ver si era de vidrio como el dezia. Pero el daua tantas vozes, y hazia tales estremos, que mouia a los hombres a que riñessen, y castigassen a los muchachos, porque no le tirassen. Mas vn dia, que le fatigaron mucho, se boluio a ellos, diziendo: Que me quereys muchachos porfiados como moscas, suzios, como chinches, atreuidos como pulgas: soy yo por ventura el monte Testacho de Roma, para que me tireys tantos tiestos, y tejas? Por oyrle reñir, y responder a todos, le seguian siempre muchos: y los muchachos tomaron, y tuuieron por mejor partido, antes oylle, que tiralle. Passando pues vna vez por la roperia de Salamanca, le dixo vna ropera: En

mi anima señor Licenciado, que me pesa de su desgracia: pero que harè, que no puedo llorar? El se boluió a ella, y muy mesurado le dixo: [Filia Hierusalem plorate super vos, & super filios vestros.] Entendio el marido de la ropera la malicia del dicho, y dixole: Hermano Licenciado Vidriera (que assi dezia el que se llamaua) mas teneys de vellaco, que de loco. No se me da vn ardite, respondio el, como no tenga nada de necio. Passando vn dia por la casa llana, y vẽta comun, vio que estauan a la puerta della muchas de sus moradoras, y dixo, que eran bagajes del exercitio de Sathanas, que estauan aloxados en el meson del infierno. Preguntole vno, que que consejò, ò consuelo daria à vn amigo suyo, que estaua muy triste, porque su muger se le auia ydo con otro: A lo qual respondio: Dile, que de gracias à Dios por auer permitido le lleuassen de casa à su enemigo. Luego no yrà à buscarla? dixo el otro. Ni por pienso replicò Vidriera, porque seria el hallarla, hallar vn perpetuo, y verdadero testigo de su deshonra. Ya que esso sea assi, dixo el mismo, que harè yo para tener paz con mi muger? Respondiole: Dale lo que huuiere menester: dexala que mande à todos los de su casa: pero no sufras que ella te mande à ti. Dixole vn muchacho: Señor Licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me açota muchas vezes. Y

respondiole: Aduierte niño, que los açotes que los padres dan à los hijos, honran y los del verdugo afrentan. Estando à la puerta de vna Yglesia, vio que entraua en ella vn labrador de los que siempre blasonan de Christianos viejos, y detras del venia vno que no estaua en tan buena opinion como el primero, y el Licẽciado dio grandes vozes al labrador, diziendo: Esperad Domingo à que passe el Sabado. De los maestros de escuela dezia, que eran dichosos pues tratauan siempre con Angeles: y que fueran dichosissimos, si los Angelitos no fueran mocosos. Otro le pregunto, que que le parecia de las alcahuetas? Respondio, que no lo eran las apartadas, sino las vezinas. Las nueuas de su locura, y de sus respuestas, y dichos se estendio por toda Castilla, y llegando à noticia de vn Principe, ò señor, que estaua en la Corte, quiso embiar por el, y encargoselo à vn Cauallero amigo suyo, que estaua en Salamanca, que se lo embiasse. Y topandole el Cauallero vn dia, le dixo: Sepa el señor Licenciado Vidriera, que vn gran personage de la Corte le quiere ver, y embia por el. A lo qual respondio: Vuessa merced me escuse con este señor, que yo no soy bueno para palacio, porq; tengo verguença, y no sè lisongear. Con todo esto el Cauallero le embiò à la Corte, y para traerle vsaron con el deste inuẽcion: Pusieronle en vnas argenas de paja,

como aquellas donde lleuan el vidrio, ygualando los tercios con piedras, y entre paja pueſtos algunos vidrios, porque ſe dieſſe à entender, que como vaſo de vidrio le llenauan. Llegò à Valladolid: entrò de noche y deſembanaſtaronle en la caſa del ſeñor, que auia embiado por el, de quien fue muy bien recebido, diziendole: Sea muy bien venido el ſeñor Licenciado Vidriera, como ha ydo en el camino? Como va de ſalud? A lo qual reſpondio: Ningun camino ay malo, como ſe acabe, ſino es el que va à la horca. De ſalud eſtoy neutral, porque eſtan encontrados mis pulſos con mi celebro. Otro dia, auiendo viſto en muchas alcandaras, muchos neblies, y açores, y otros paxaros de bolateria, dixo, que la caça de altaneria era digna de Principes y de grandes Señores: pero que aduirtieſſen, que cõ ella echaua el guſto cenſo ſobre el prouecho à mas de dos mil por vno. La caça de liebres dixo, que era muy guſtoſa, y mas quando ſe caçaua con galgos preſtados. El Cauallero guſto de ſu locura, y dexole ſalir por la ciudad, debaxo del amparo y guarda de vn hombre que tuuieſſe cuẽta, que los muchachos no le hizieſſen mal, de los quales, y de toda la Corte fue conocido en ſeys dias, y a cada paſſo, en cada calle, y en qualquiera eſquina reſpondia à todas las preguntas que le hazian. Entre las quales le preguntò vn eſtudiante, ſi era Poeta, porque le parecia que te-

nia ingenio para todo? A lo qual respondio: hasta aora no he sido tan necio, ni tā venturoso. No entiendo esso de necio y venturoso, dixo el estudiante. y respondio Vidriera, no he sido tā necio, que diesse en Poeta malo, ni tan uenturoso, que aya merecido serlo bueno. Preguntole otro estudiante, que en que estimacion tenia à los Poetas? Respondio, Que à la ciencia en mucha: pero que à los Poetas en ninguna. Replicaronle, que porque dezia aquello? Respondio, que del infinito numero de Poetas, que auia, eran tan pocos los buenos, que casi no hazian numero: y assi como si no huuiesse Poetas: no los estimaua. Però que admiraua y reuerenciaua la ciencia de la poesia, porque encerraua en si todas las demas ciencias: porque de todas se sirue, de todas se adorna, y pule, y saca à luz sus marauillosas obras, con que llena el mundo de prouecho, de deleyte, y de marauilla. Añadio mas, yo bien sè en lo que se deue estimar vn buen Poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ouidio, q̃ dizen:

Cū Ducū fuerant olim Regumq; Poetæ,
Premiaq; antiqui magna tulere chori;
Sanctaq; Maiestas, & erat venerabile nomen,
Vatibus, & largè sæpè dabantur opes.

Y menos se me oluida la alta calidad de

los

los Poetas, pues los llama Platon interpretes de los dioses, y dellos dize Ouidio.

Est De⁹ in nobis agitãte calescimus illo.

Y tambien dize.

At sacri vates, & diuum cura vocamus.

Esto se dize de los buenos Poetas: que de los malos, de los churruleros, que se ha de dezir, sino que son la idiotez, y la arrogancia del mundo? Y añadio mas: que es ver à vn Poeta destos de la primera impression, quando quiere dezir vn soneto à otros, que le rodean, las saluas que les haze, diziendo: Vuessas mercedes escuchen vn sonetillo, que à noche à cierta ocasion hize, que à mi parecer, aunque no vale nada, tiene vn no sè que de bonito: y en esto tuercè los labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos, y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dize con tono melifluo, y alfeñicado. Y si à caso los que le escuchan de socarrones, ò de ignorantes, no se le alaban, dize: O vuessas mercedes no han entendido el soneto, ò yo no le he sabido dezir, y assi sera bien recitarle otra vez, y que vuessas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad q̃ el soneto lo merece, y buelue como primero à recitarle cõ nueuos ademanes, y nueuas pausas. Pues que es verlos censurar los vnos à los otros? q̃ dirè del ladrar, que hazẽ los cachorros, y

modernos à los maſtinazos antiguos y gra
ues? que de los que murmuran de algunos
illuſtres y excellentes ſujetos, donde reſ-
plandece la verdadera luz de la poeſia, q̃
tomandola por aliuio, y entretinimiento
de ſus muchas y graues ocupaciones, mue
ſtran la diuinidad de ſus ingenios, y la al-
tezza de ſus conceptos, a deſpecho y pe-
ſar del circunſpecto ignorante, que juzga
de lo que no ſabe, y aborrece lo que no
entiende? y del que quiere que ſe eſtime, y
tẽga en precio la necedad que ſe ſiẽta de-
baxo de doſeles, y la ignorancia, que ſe
arrima à los ſitiales? Otra vez le pregun-
taron, que era la cauſa de que los Poetas
por la mayor parte eran pobres. Reſpon-
dio que porque ellos querian; pues eſtaua
en ſu mano ſer ricos, ſi ſe ſabian aproue-
char de la ocaſion, q̃ por momẽtos traian
entre las manos, que erã las de ſus damas,
que todas eran riquiſſimas en eſtremo,
pues tenian los cabellos de oro, la frente
de plata bruñida, los ojos de verdes eſme
raldes, los dientes de marfil, los labios de
coral, y la garganta de criſtal tranſparen
te: y que lo q̃ llorauã erã liquidas perlas:
y mas, que lo que ſus plantas piſauan, por
dura: y eſteril tierra que fueſſe al momen-
to, ꝓducia jazmines y roſas, y que ſu aliẽ-
to era de puro ambar, almizcle, y algalia:
y que todas eſtas coſas erã ſeñales, y mue-
ſtras de ſu mucha riqueza. Eſtas y otras
coſas dezia de los malos Poetas, que de

los buenos siempre dixo bien, y los leuantò sobre el cuerno de la luna. Viò vn dia en la azera de S. Frãcisco vnas figuras pintadas de mala mano, y dixo que los buenos pintores imitauan à naturaleza: però que los malos la vomitauan. Arrimose vn dia con grandissimo tiẽto porq; no se quebrasse a la tienda de vn librero, y dixole: Este oficio me contentara muho, si no fuera por vna falta que tiene. Preguntole el librero se la dixesse. Respondiole: Los melindres que hazen, quando cõpran vn priuilegio de vn libro, y de la burla que hazẽ a su autor: si à caso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros: y quando el autor piẽsa, que se venden los suyos, se despachan los agenos. Accacciò este mismo dia que passaron por la plaça seys açotados, y diziẽdo el pregon: Al primiero por ladron, dio grandes vozes à los que estuuan delãte del dixiendoles: apartaos hermanos, no comience a quella cuenta por alguno de vosotros. Y quando el pregonero llegò àdezir al trasero, dixo: A quel deue de ser el fiador de los muchachos. Vn muchacho le dixo: Hermano Vidriera, mañana sacan à açotar à vna alcagueta. Respondiole: Si dixeras, que sacauan à açotar à vn alcaguete, entendiera que sacauan à açotar vn coche. Hallose alli vno destos que lleuan sillas de manos, y dixole

De

De nosotros, Licenciado, no teneys que dezir? No, respondio Vidriera, sino que sabe cada vno de vosotros mas peccados q̃ vn Confessor: mas es con esta diferencia, que el Confessor los sabe, para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyò esto vn moço de mulas, porque de todo genero de gente le estaua escuchando contino, y dixole: De nosotros señor redoma, poco, ò nada ay que dezir, porque somos gente de bien, y necessaria en la Republica. A lo qual respondio Vidriera: La honra del amo descubre la del criado, segun esto mira à quien sirues, y veras quan honrado eres. Moços soys vosotros de la mas ruyn canalla, que sustenta la tierra. Vna vez quando no era de vidrio, caminè vna jornada en vna mula de alquiler, tal que le contè ciento y veynte y vna tachas todas capitales, y enemigas del genero humano. Todos los moços de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de Cacos, y su es no es de truhanes. Si sus amos (que assi llaman ellos à los que lleuan en sus mulas) son boquimuelles, hazen mas suertes en ellos, que las que echaron en esta ciudad los años passados. Si son estrangeros, los roban, si estudiantes, los maldizen, y si Religiosos, los reniegan, y si soldados, los tiemblan. Estos, y los marineros, y carreteros, y harrieros tienen vn modo de viuir extraordinario, y solo para

ra

ra ellos El carratero passa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, q̃ poco mas deue auer del yugo de las mulas à la boca del carro. Canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega: y en dezir: Haganse à çaga, se les passa otra parte. Y si à caso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos peseres, que de tres mulas. Los marineros son gente Gentil inurbana, que no sabe otro lenguaje, que el que se vsa en los nauios. En la bonança son diligentes, y en la borrasca pereçosos. En la tormenta mandan muchos, y obedecen pocos. Su Dios es su arca, y su rancho: y su passatiempo ver marcados à los passageros. Los harrieros son gente que ha hecho diuorcio con las sabanas, y se ha casado con las enxalmas. Son tan diligẽtes, y presurosos, que a trueco de no perder la jornada, perderàn el alma. Su musica es la del mortero: su salsa la habre, sus Maytines leuantarse à dar sus piensos, y sus Missas no oyr ninguna. Quando esto dezia: estaua à la puerta de vn boticario, y boluiendose al dueño, le dixo; Vuessa m. tiene vn saludable oficio, si no fuesse tan enemigo de sus candiles. En que modo soy enemigo de mis candiles, preguntò el boticario? y respondio Vidriera: Esto digo, porque en faltãdo qualquiera azeyte, la suplela del candil, que està mas à mano: y aun tiene otra cosa este oficio, bastan-

bastante à quitar el credito al mas acertado medico del mundo. Preguntandole porque? Respondio, que auia boticario, que por nodexir, que faltaua en su botica lo que recetaua el medico, por las cosas que le faltauan, ponia otras, que à su parecer tenian la misma virtud, y calidad no siendo assi: y con esto la medicina mal cópuesta obraua al reues de lo q̃ auia de obrar la bien ordenada. Pregũtole entonces vno, que sentia de los medicos, y respõdio esto: [Honora medicum propter necessitatem, etenim creauit eũ altissimus, à Deo enim est omnis medela: & à Rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltauit caput illius, & in conspectu Magnatũ collaudabitur. Altissim⁹ de terra creauit medicinã, & vir prudens nõ abhorrebit illã.] Esto dize, dixo el Ecclesiastico, de la medicina, y de los buenos medicos, y de los malos se podria dezir todo al reues: porq; no ay gente mas dañosa à la Republica, que ellos. El Iuez nos puede torcer, ò dilatar la justicia. El Letrado sustentar por su interès nuestra injusta demãda. El mercader chuparnos la hazienda: finalmente todas las personas, con quien de necessidad tratamos, nos pueden hazer algun daño: pero quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno, Solo los medicos nos pueden matar, y nos matan sin temor, y a pie quedo, sin desembaynar otra espàda, que la de vn recipe: y no

y no ay descubrirse sus delictos, porque al momento los meten debaxo de la tierra. Acuerdaseme, q̃ quãdo yo era hombre de carne, y no de vidrio, como agora soy, q̃ à vn Medico destos de segũda clase, le despidio vn enfermo, por curarse cõ otro, y el primero de alli a quatro dias acertò a passar por la botica, donde receptana el segundo, y preguntò al boticario, q̃ como le yua al enfermo que el auia dexado, y que si le auia receptado alguna purga el otro medico? El boticario le respondio, q̃ alli tenia vna recepta de purga, que el dia siguiente auia de tomar el enfermo: dixo, q̃ se la mostrasse, y vio, que al fin della estaua escrito; [Sumat diluculo,] y dixo: todo lo que lleua esta purga, me cõtẽta, sino es este diluculo, porque es humido demasiadamẽte. Por estas, y otras cosas q̃ dezia de todos los oficios, se ãdaua tras el, sin azerle mal, y sin dexarle sossegar. Pero cõ todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no no le defendiera. Pregũtole vno, que haria para no tener embidia à nadie? Respondiole: duerme, q̃ todo el tiẽpo que durmieres, seras ygual al que embidias. Otro le pregũtò, que remedio tẽdria para salir con vna comission q̃ auia dos años que la pretẽdia? Y dixole: parte à Cauallo, y a la mira de quiẽ la lleua, y acõpañale, hasta salir de la ciudad, y assi saldras cõ ella. Passò a caso vna vez por delante donde el estaua, vn Iuez de comis-

comission, que yua de camino à vna causa criminal, y lleuaua mucha gente consigo, y dos alguaziles, preguntò quien era. Y como se lo dixeron, dixo: yo apostare que lleua aquel Iuez viuoras en el seno, pistoletes en la tinta, y rayos en las manos, para destruyr todo lo que alcançare su comission. Yo me acuerdo auer tenido vn amigo, que en vna comission criminal que tuuo, dio vna sentēcia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates à la culpa de los delinquentes. Preguntèle, q̃ porque auia dado aquella tan cruel sentencia, y hecho tan manifiesta injusticia? Respondiome, que pensaua otorgar la apelacion, y que con esto dexaua campo abierto à los señores del Consejo, para mostrar su misericordia, moderando, y poniendo aquella su rigurosa sentēcia en su punto, y deuida proporcion. Yo le respōdia, que mejor fuera auerla dado de manera, que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuuieran à el por juez recto, y acertado. En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho, siempre le estaua oyendo, estaua vn conocido suyo, en habito de Letrado, al qual otro le llamò señor Licenciado, y sabiendo Vidriera, que el tal à quien llamaron Licenciado, no tenia ni aun titulo de Bachiller, le dixo: guardaos cōpadre no encuētren cō vuestro titulo los Frayles de la Redēpciō de cautiuos que os le lleuaran por mostrē-

co.

co. A lo qual dixo el amigo: tratemonos bien señor Vidriera, pues ya sabeys vos q̃ soy hõbre de altas y de profundas letras. Respondiole Vidriera: Ya yo se que soys vn Tantalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcançays de profundas. Estando vna vez arrimado à la tienda de vn sastre, viole, que estaua mano sobre mano, y dixole: Sin duda señor maesso, que esteys en camino de saluacion. En que lo veys preguntò el sastre: En que lo veo, respondio Vidriera, veolo en que pues no teneys que hazer, no tendreys ocasion de mentir: y añadio: Desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas, cosa marauillosa es, que casi en todos los deste oficio apenas se hallarà vno que haga vn vestido justo, auiendo tantos que los hagan pecadores. De los çapateros dezia, que jamas hazian conforme à su parecer çapato malo: porque si al que se le calçauan, venia estrecho, y apretado, le dezian, que assi auia de ser, por ser de galanes calçar justo: y que en trayendolos dos horas vẽdrian mas anchos, que alpargates: y si le venian anchos, dezian, que assi auian de venir, por amor de la gota. Vn muchacho agudo, que escriuia en vn oficio de Prouincia, le apretaua mucho con preguntas, y demandas, y le traia nueuas de lo que en la ciudad passaua, por que sobre todo discantaua, y à todo respondia. Este le dixo vna vez: Vidriera, esta noche se murio

en la

en la carcel vn Vanco, que estaua condenado ahorcar. A lo qual respondio: El hizo bié a darse priessa à morir, an es quié el verdugo se sentara sobre el. En la hazera de S. Francisco estaua vn corro de Ginouesses, y passando por alli, vuo dellos le llamò, disiendole: Lleguese acà el señor Vidriera, y cuen tenos vn cuento. El respondio: No quiero, porque no me le passeys à Genoua, Topò vna vez à vna tédera, que lleuaua delante de si vn a hija suya muy fea, pero muy llena de dixes, de galas, y de perlas, y dixole a la madre: Muy bié aueys hecho en empedralla: por que se pueda passear. De los pasteleros dixo, que auia muchos años que jugauan à la dobladilla, sin que les lleuassen la pena, porque auian hecho el pastel de a dos de a quatro, el de à quatro de a ocho, y el de a ocho de a medio real, por solo su aluedrio: y beneplacito. De los ritereros dezia mil males: dezia, que era gente vagamunda, y que trataua con indecencia de las cosas diuinas, porque con las figuras, que mostrauan en sus retratos, boluiá la deuocion en risa, y que les acontezia embasar en vn costal todas, ò la mas figuras del testaméto viejo, y nueuo, y sentarse sobre el a comer, y beuer en los bodegenes, y tabernas. En resolucion dezia: que se marauillaua de como quien podia, no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, y los desterraua del Reyno. Acertò à

passar

passar vna vez por donde el estaua vn comediante, vestido como vn Principe, y en viendole, dixo: Yo me acuerdo auer visto à este salir al teatro enharinado el rostro, y vestido vn çamarro del reuès: y con todo esto à cada paso fuera del tablado jura à fe de hijodalgo. Deuelo de ser respondio vno, porque ay muchos comediantes, que son muy bien nacidos, y hijosdalgo. Assi serà verdad, replicò Vidriera, pero lo que menos ha menester la farsa, es personas bien nacidas: galanes si, gentileshombres, y espeditas lenguas. Tambien se dezir dellos, que en el sudor de su cara ganã su pan, con inlleuable trabajo, tomando contino de memoria, hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desuelandose en cõtentar à otros: porque en el gusto ageno consiste su bien propio. Tienen mas, que con su oficio no engañan à nadie, pues por momentos sacan su mercaduria à publica plaça, al juyzio y a la vista de todos. El trabajo de los autores es increyble, y su cuydado extraordinario, y han de ganar mucho, para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forçoso hazer pleyto de acreedores: y con todo esto son necessarios en la Republica, como lo son las florestas, las alamedas, y las vistas de recreacion, y como los son las cosas que honestamente recrean. Dezia que auia sido opinion de vn

amigo suyo, que el que seruia à vna comediãta, en sola vna seruia à muchas damas juntas, como era à vna Reyna, à vna ninfa, à vna Diosa, à vna fregona, à vna pastora, y muchas vezes caia la suerte (en que seruiesse en ella à vn paje, y à vn lacayo, que todas estas, y mas figuras suele hazer vna farsanta. Preguntole vno, que qual auia sido el mas dichoso del mundo? Respondio que (nemo,) porque (nemo nouit patrem, nemo sine crimine viuit, nemo sua sorte contentus; nemo ascendit in cœlum. De los diestros dixo vna vez, que eran maestros de vna ciencia, ò arte, que quando la auian menester no la sabian, y que tocauã algo en presumptuosos, pues querian reduzir à demostraciones matematicas, que son infalibles los mouimientos, y pensamientos colericos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad. Yriñendo vna vez delante del dos hombres, que el vno era Portuguez: este dixo al Castellano, assiẽdose de las barbas, que tenia muy teñidas: Por istas barbas que teño no rostro. A lo qual acudio Vidriera: Ollay home, naon digays teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas; y de muchas colores, culpa de la mala tinta, à quien dixo Vidriera, que tenia las barbas de muladar ouero. A otro que traia las barbas por mitad blancas y negras, por auerse descuydado, y los cañones crecidos, le dixo,

xo, que procuraſſe de no porfiar, ni reñir cõ nadie, porque eſtaua aparejado a que le dixeſſen, que mentia por la mitad de la barba. Vna vez contò, que vna donzella diſcreta, y bien entendida, por acudir à la voluntad de ſus padres, dio el ſi de caſarſe con vn viejo todo cano, el qual la noche antes del dia del deſpoſorio ſe fue, no al rio Iordan, como dizen las viejas, ſino à la redomilla del agua fuerte, y plata con que renouò de manera ſu barba, que la acoſtò de nieue, y la leuantò de pez. Llegoſe la hora de darſe las manos, y la donzella conocio por la pinta, y por la tinta la figura, y dixo à ſus padres, que le dieſſen el miſmo eſpoſo, que ellos le auiã moſtrado, que no queria otro. Ellos le dixeron, que aquel que tenia delante, era el miſmo que le auian moſtrado, y dado por eſpoſo. Ella replicò, que no era, y truxo teſtigos, como el que ſus padres, le dierõ, era vn hombre graue, y lleno de canas, y que pues el preſente no las tenia, no era el, y ſe llamaua à engaño. Atuboſe à eſto, corrioſe el teñido, y deshizoſe el caſamiẽto. Cõ las dueñas tenia la miſma ojeriza, que con los eſcauechados: dezia marauillas de ſu permafoy, de las mortajas de ſus tocas, de ſus muchos melindres, de ſus eſcrupulos, y de ſu extraordinaria miſeria. Amohinauanle ſus flaquezas de eſtomago, ſus vaguidos de cabeça, ſu modo de hablar, con mas repulgos que ſus tocas.

Y finalmente su inutilidad, y sus vaynillas. Vno le dixo: Que es este señor Licenciado, que os he oydo dezir mal de muchos oficios, y jamas lo aueys dicho de los escriuanos, auiendo tanto que dezir? A lo qual respondio: Aunque de vidrio, no soy tan fragil, que me dexe yr cõ la corriente del vulgo, las mas vezes engañado. Pareceme à mi, que la gramatica de los murmuradores, y el la, la, la de los que cantan, son los escriuanos: porque assi como no se puede passar à otras ciencias, sino es por la puerta de la gramatica, y como el musico primero murmura, que canta, assi los maldizientes, por donde comiençan à mostrar la malignitad de sus lenguas, es por dezir mal de los escriuanos, y alguaziles, y de los otros ministros de la justicia, siendo vno oficio el del escriuiano, sin el qual andaria la verdad por el mundo à sombra de tejados, corrida, y maltratada: y assi dize el Ecclesiastico: In manus Dei potestas hominis est, & super faciem scribæ imponet honorem. Es el escriuano persona publica, y el oficio del juez no se puede exercitar comodamente sin el suyo. Los escriuanos han de ser libres, y no esclauos, ni hijos de esclauos, legitimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran de secreto, fidelidad, y que no haran escritura vsuraria: q̃ ni amistad, ni enemistad, pro-

uecho, ò daño les mouera à no hazer su oficio con buena, y Christiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, porque se ha de pésar, que de mas de veynte mil escriuanos que ay en España, se lleue el diablo la cosecha, como si fuessen cepas de su majuelo? no lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea: porque finalmente digo, que es la gente mas necessaria, que auia en las Republicas biẽ ordenadas: y que si lleuauan demasiados derechos, tambien hazian demasiados tuertos, y que destos dos estremos podia resultar vn medio, que les hiziesse mirar por el virote. De los alguaziles dixo, que no era mucho que tuuiessen algunos enemigos, siendo su oficio, ò prenderte, ò sacarte la hazienda de casa, ò tenerte en la suya en guarda, y comer à tu costa. Tachaua la negligencia, e ignorancia de los Procuradores, y solicitadores, comparandolos à los medicos, los quales, que sane, ò no sane el enfermo, ellos lleuan su propina: y los procuradores, y solicitadores lo mismo, salgan, ò no salgan con el pleyto que ayudan. Preguntole vno, qual era la mejor tierra? Respondio, que la temprana, y agradecida. Replicò el otro. No pregunto esso, sino que qual es mejor lugar Vallodolid ò Madrid? Y respondio: De Madrid los estremos: de Valladolid los medios. No lo entiendo, repitiò el que se lo preguntaua: y dixo:

De Madrid cielo, y ſuelo: de Valladolid los entreſuelos. Oyò Vidriera, que dixo vn hombre à otro, que aſſi como auia entrado en Valladolid auia caydo ſu muger muy enferma, porque la auia prouado la tierra. A lo qual dixo Vidriera: Mejor fuera que ſe la huuiera comido, ſi à caſo es zeloſa. De los muſicos, y de los correos de à pie dezia, que tenian las eſperāças, y las ſuertes limitadas: porque los ynos la acabauan con llegar à ſerlo de à cauallo, y los otros con alcançar à ſer muſicos del Rey. De las damas, que llaman Corteſanas dezia, que todas, ò las mas tenian mas de corteſes, que de ſanas. Eſtando vn dia en vna Ygleſia vio, que traìan a enterrar à vn viejo, à bautizar à vn niño, y à velar vna muger, todo à vn miſmo tiēpo, y dixo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Picauale vna vez vna abiſpa en el cuello, y no ſe la oſaua ſacudir, por no quebrarſe: pero con todo eſſo ſe quexaua. Preguntole vno, que como ſentia aquella abiſpa, ſi era ſu cuerpo de vidrio? Y reſpondio, que aquella abiſpa deuia de ſer murmuradora, y que las lenguas, y picos de los murmuradores eran baſtantes à deſmoronar cuerpos de bronze, no que de vidrio. Paſſando a caſo vn Religioſo muy gordo, por donde el eſtaua, dixo vno de ſu oyentes. De etico no ſe puede mouer

el

el padre. Enojose Vidriera, y dixo: Nadie se olvide de lo que dize el Espiritu santo: Nolite tangere Christos meos: y subiendose mas en colera, dixo, que mirasse en ello, y verian, que de muchos Santos, que de pocos años à esta parte auia canonizado la Yglesia, y puesto en el numero de los bienauenturados, ninguno se llamaua el Capitan don fulano, ni el secretario don tal, de don tales, ni el Conde, Marques, ò Duque de tal parte, sino Fray Diego, Fray Iacinto, Fray Raymundo: todos Frayles, y Religiosos: porque las Religiones sō los Aranjuezes del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Dezia, que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del Aguila, que roen, y menoscaban todas las de las otras aues, que à ellas se juntan. De los gariteros, y tahures dezia milagros, dezia, que los gariteros eran publicos preuaricadores, porque en sacando el barato del que yua haziendo suertes, desseauan que perdiesse, y passasse el naype adelante, porque el contrario las hiziesse, y el cobrasse sus derechos. Acabaua mucho la paciencia de vn tahur, que estaua toda vna noche jugando, y perdiendo: y con ser de cōdicion colerico, y endemoniado, à trueco de que su cōtrario no se alçasse, no descosia la boca, y sufria lo que vn martir de Barrabas. Alabaua tambien las cōciēcias de algunos honrados gariteros, que

ni por imaginacion consentian, que en su casa se jugasse otros juegos, que polla, y cientos: y con esto à fuego lento, sin temor, y nota de malsines, sacauan al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y lleuar, y pinta en la del punto. En resolucion el dezia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daua, quando lo tocauan, ò à el se arrimauan, por el habito que traìa, por la estrecheza de su comida, por el modo con que beuia, por el no querer dormir, sino al cielo abierto en el Verano, y el Inuierno en los pajares, como queda dicho, con que daua tã claras señales de su locura, ninguno pudiera creer, sino que era vno de los mas cuerdos del mũdo. Dos años, ò poca mas durò en esta enfermedad, porque vn Religioso de la Orden de San Geronymo, que tenia gracia, y ciencia particular, en hazer, que los mudos entendiessen, y en cierta manera hablassen, y en curar locos: tomò à su cargo de curar à Vidriera, mouido de caridad, y le curò, y sanò, y boluio à su primer juyzio, entendimiento, y discurso. Y assi como lo vio sano, le vistio como Letrado, y le hizo boluer à la Corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las auia dado de loco, podia vsar su oficio, y hazerse famoso por el. Hizolo assi, y llamandose el Licẽciado Rueda, y Rodaja, boluio à la Corte, donde

de apenas huuo entrado, quando fue conocido de los muchachos: mas como le vieron en tan diferente habito del que solia, no le osaron dar grita, ni hazer preguntas: pero seguianle, y dezian vnos à otros: Este no es el loco Vidriera? afe que es el. Ya viene cuerdo: pero tambien puede ser loco bien vestido, como mal vestido. Preguntemosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto ohia el Licenciado, y callaua, è yua mas confuso, y mas corrido, que quando estaua sin juyzio. Passò el conocimiento de los muchachos à los hombres, y antes que el Licenciado llegasse al patio de los Consejos, lleuaua tras de si mas de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que de vn Cathedratico, llegò al patio, donde le acabaron de circundar quantos en el estauan. El viendose con tanta turba à la redonda, alçò la voz, y dixo: Señores, yo soy el Licenciado Vidriera, pero no el que solia: soy aora el Licenciado Ruda: sucessos, y desgracias que acontecen en el mundo, por permission del Cielo me quitaron el juyzio, y las misericordias de Dios me le han buelto. Por las cosas que dizen que dixe, quando loco, podeys considerar las que dirè y harè quando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudiè con pobreza, y adonde lleuè segundo en licencias, de do se puede inferir, que mas la virtud que el fauor me dio el

grado que tengo. Aqui he venido à este grã mar de la Corte, para abogar y ganar la vida: pero si no me dexeys, aurè venido a bogar y grãgear la muerte. Por amor de Dios, q no hagays que el seguirme, sea perseguirme: y que lo que alcancè por loco, que es el sustẽto, lo pierda por cuerdo. Lo q soliades preguntarme en las plaças, preguntadmelo aora en mi casa, y vereys, que el que os respondia bien, segun dizen, de improuiso, os respõderà mejor de pensado. Escucharonle todos, y dexarõle algunos. Boluiose à su posada con poco menos acõpañamiento que auia lleuado. Salio otro dia, y fue lo mismo: hizo otro sermon, y no siruiò de nada. Perdia mucho, y no ganaua cosa, y viendose morir de hãbre, determinò de dexar la Corte, y boluerse à Flandes, donde pensaua valerse de las fuerças de su braço, pues no se podia valer de las de su ingenio. Y poniẽdolo en efeto, dixo al salir de la Corte. O Corte, que alargas las esperãças de los atreuidos pretẽdiẽtes, y acortas las de los virtuosos encogidos. Sustentas abundãtemẽte à los truhanes desuergonçados, y matar de hãbre à los discretos vergonçosos. Esto dixo, y se fue à Flandes, donde la vida que auia començado à eternizar por las letras, la acabò de eternizar por las armas, en cõpañia de su buẽ amigo el Capitan Valdiuia, dexando fama en su muerte de prudente, y valentissimo soldado.

NOVELA

NOVELA

DE LA FVERÇA DE LA SANGRE.

VNA Noche de las calurosas del Verano boluian de recrearse del rio en Toledo, vn anciano hidalgo con su muger, vn niño pequeño, vna hija de edad de diez y seys años, y vna criada. La noche era clara, la hora las onze, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension, que traen consigo las holguras, que en el rio, ò en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad, que promete la mucha justicia, y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia, lexos de pensar en desastre, que sucederles pudiesse. Pero como las mas de las desdichas que vienen, no se piensan, contra todo su pensamiento les sucediò vna, que les turbò la holgura, y les dio que llorar muchos años. Hasta veynte y dos tendria vn Cauallero de aquella ciudad, a quien la riqueza, la sangre illustre, la incli-

inclinacion torzida, la libertad demasiada, y las compañias libres le hazian hazer cosas, y tener atreuimientos, que desdezian de su calidad, y le dauan renombre de atreuido.

Este Cauallero pues (que por aora, por buenos respectos encubriendo su nõbre, le llamaremos con el de Rodolfo, con otros quatro amigos suyos, todos moços, todos alegres, y todos insolentes, baxaua por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontraronse los dos esquadrones, el de las ouejas con el de los lobos: y cõ deshonesta desembolturа Rodolfo, y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotose el viejo, y reprocholes, y afeoles su atreuimiento, ellos le respondierõ con muecas, y burla, y sin desmandarse à mas passaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro, que auia visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que assi quieren que se llamasse la hija del hidalgo, començò de tal manera à imprimirsele en la memoria, que le lleuò tras si la voluntad, y despertò en el vn desseo de gozarla, à pesar de todos los inconuenientes, que sucederle pudiessen: y en vn instante comunicò su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolnieron de boluer, y robarla, por dar gusto à Rodolfo, que siempre los ricos, que dàn en liberales, hallan quien canonize

nize

nize sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos. Y assi el nacer el mal proposito, el comunicarle, y el aprouarle, y el determinarse de robar à Leocadia, y el robarla, casi todo fue en vn pũto. Pusieronse los pañiçuelos en los rostros, y desembaynadas las espadas, boluieron, y à pocos pasos alcançaron à los que no auian acabado de dar gracias à Dios, que de las manos de aquellos atreuidos les auia librado. Arremetiò Rodolfo con Leocadia, y cogiendo la en braços, dio à huyr con ella; la qual no tuuo fuerças para defenderse, y el sobresalto le quitò la voz, para quexarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada, y sin sentido, ni vio quien la lleuaua, ni adonde la lleuauan. Dio vozes su padre, gritò su madre, llorò su hermanico, arañose la criada: pero ni las vozes fueron oydas, ni los gritos escuchados, ni mouio à compassiõ el llanto, ni los araños fueron de prouecho alguno: porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmẽte alegres se fuerõ los vnos, y tristes se quedarõ los otros. Rodolfo llegò à su casa, sin impedimiẽto alguno, y los padres de Leocadia llegarõ à la suya lastimados, afligidos, y desesperados. Ciegos, sin los ojos de su hija, q̃ erá la lũbre de los suyos: solos, porq̃ Leocadia era su dulce, y agradable cõpañia: cõfusos

inclinacion torzida, la libertad demasiada, y las compañias libres le hazian hazer cosas, y tener atreuimientos, que desdezian de su calidad, y le dauan renombre de atreuido.

Este Cauallero pues (que por aora, por buenos respectos encubriendo su nõbre, le llamaremos con el de Rodolfo, con otros quatro amigos suyos, todos moços, todos alegres, y todos insolentes, baxaua por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontraronse los dos esquadrones, el de las ouejas con el de los lobos: y cõ deshonesta desemboltura Rodolfo, y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotose el viejo, y reprocholes, y afeo les su atreuimiento, ellos le respondierõ con muecas, y burla, y sin desmandarse à mas passaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro, que auia visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que assi quieren que se llamasse la hija del hidalgo, començò de tal manera à imprimirsele en la memoria, que le lleuò tras si la voluntad, y despertò en el vn desseo de gozarla, à pesar de todos los inconuenientes, que sucederle pudiessen: y en vn instante comunicò su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolnieron de boluer, y robarla, por dar gusto à Rodolfo, que siempre los ricos, que dàn en liberales, hallan quien cano-

nize

nize ſus deſafueros, y califique por buenos ſus malos guſtos. Y aſsi el nacer el mal propoſito, el comunicarle, y el aprouarle, y el determinarſe de robar à Leocadia, y el robarla, caſi todo fue en vn pũto. Puſieronſe los pañiçuelos en los roſtros, y deſembaynadas las eſpadas, boluieron, y à pocos paſos alcançaron à los que no auian acabado de dar gracias à Dios, que de las manos de aquellos atreuidos les auia librado. Arremetiò Rodolfo con Leocadia, y cogiendo la en braços, dio à huyr con ella; la qual no tuuo fuerças para defenderſe, y el ſobreſalto le quitò la voz, para quexarſe, y aun la luz de los ojos, pues deſmayada, y ſin ſentido, ni vio quien la lleuaua, ni adonde la lleuauan. Dio vozes ſu padre, gritò ſu madre, llorò ſu hermanico, arañoſe la criada: pero ni las vozes fueron oydas, ni los gritos eſcuchados, ni mouio à compaſsiõ el llanto, ni los araños fueron de prouecho alguno: porque todo lo cubria la ſoledad del lugar, y el callado ſilencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmẽte alegres ſe fuerõ los vnos, y triſtes ſe quedarõ los otros. Rodolfo llegò à ſu caſa, ſin impedimiẽto alguno, y los padres de Leocadia llegarõ à la ſuya laſtimados, afligidos, y deſeſperados. Ciegos, ſin los ojos de ſu hija, q̃ erá la lũbre de los ſuyos: ſolos, porq̃ Leocadia era ſu dulce, y agradable cõpañia: cõfuſos

ſin

sin saber, si seria bien dar noticia de su desgracia à la justicia, temerosos no fuessen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veianse necessitados de fauor, como hidalgos pobres: no sabian de quien quexarse, sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto, sagaz, y astuto tenia ya en su casa y en su aposento à Leocadia, à la qual puesto que sintiò, que yua desmayada, quãdo la lleuaua, la auia cubierto los ojos con vn pañuelo, porque no viesse las calles por donde la lleuaua, ni la casa, ni el aposento donde estaua, en el qual sin ser visto de nadie, à causa; que el tenia ya vn quarto à parte en la casa de su padre, que aun viuia, y tenia de su estãcia la llaue, y las de todo el quatro (inaduertencia de padres, que quieren tener sus hijos recogidos)

Antes que de su desmayo boluiesse Leocadia, auia cumplido su desseo Rodolfo, que los impetus no castos de la mocedad pocas vezes, ò ninguna reparan en comodidades, y requisitos, que mas los inciten, y leuanten. Ciego de la luz del entendimiento, a escuras robò la mejor prenda de Leocadia, y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allà la barra del termino del cumplimẽto dellos, quisiera luego Rodolfo, que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino à la imaginacion de ponella en la calle, assi desmayada como estaua: y vendo-

lo a

lo a poner en obra, sintio que boluia en si, diziendolo: Adonde estoy desdichada? que escuridad es esta? que tinieblas me rodean? Estoy en el limbo de mi inocencia, ò en el infierno de mis culpas? Iesus, quien me toca? Yo en cama, yo lastimada? Escuchasme madre, y señora mia? Oyesme querido padre? Ay sin ventura de mi, que bien aduierto, que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan. Venturosa seria yo, si esta escuridad durasse para siempre, sin que mis ojos boluiessen à ver la luz del mundo: y que este logar donde aora estoy, qualquiera que el se fuesse, siruiesse de sepultura à mi hõra, pues es mejor la deshonra que se ignora, q̃ la honra que esta puesta en opinion de las gentes. Ya me acuerdo, que nunca yo me acordara, que ha poco que venia en la cõpañia de mis padres, ya me acuerdo que me saltearon: ya me imagino, y veo, que no es bien que me vean las gentes. O tu qualquiera que seas, que aqui estas comigo, y en esto tenia assido de las manos a Rodolfo, si es que tu alma admite genero de ruego alguno, te ruego, que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida: quitamela al momẽto, que no es bien que la tenga la que no tiene honra. Mira que el rigor de la crueldad, que has vsado cõmigo en ofenderme se templara con la piedad que vsaras en matarme: y assi en vn mismo punto ven-

dras a ser cruel y piadoso.

Confuso dexaron las razones de Leocadia à Rodolfo, y como moço poco experimentado, ni sabia que dezir, ni que hazer, cuyo silencio admiraua mas à Leocadia la qual con las manos procuraua desengañarse, si era fantasma ò sombra la que con ella estaua. Pero como tocaua cuerpo, y se le acordaua de la fuerça, que se le auia hecha, viniendo con sus padres, caya en la verdad del cueto de su desgracia. Y con este pensamiento, tornò a añudar las razones, que los muchos sollozos y suspiros auian interrumpido, diziendo: Atreuido mancebo, que de poca edad hazen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures, que como la has cubierto con esta escuridad, la cubriras con perpetuo silencio, sin dezirla à nadie. Poca recompensa te pido de tan grãde agrauio: no para mi serà la mayor, q yo sabrè pedirte, ni tu qrras darme. Aduierte en q yo nunca he visto tu rostro, ni quiero vertele: porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imagen del autor de mi daño: entre mi y el cielo passaran mis quexas, sin querer que las oyga el mundo, el qual no juzga por los sucessos las cosas, sino conforme à el se le assienta en la estimacion. No sè

como

como te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos, y en el discurso de muchos años, no lleggando los mios a diez y siete: por do me doy a entender, que el dolor de vna misma manera ata, y desata la lengua del afligido: vnas vezes exagerando su mal, para que se le crean: otras vezes no diziendole, porque no se le remedien. De qualquiera manera que yo calle, ò hable, creo que he de mouerte à que me creas, ò que me remedies: pues el no creer me serà ignorancia, y el remediarme impossibile de tener algun aliuio: no quiero desesperarme, porque te costarà poco el darmele: y es este, mira no aguardes, ni confies, que el discurso del tiempo temple la justa saña, que contra ti tengo, ni quieras amontonar los agrauios mientras menos me gozares: y auiendome ya gozado, menos se encenderàn tus malos desseos. Haz cuenta, que me ofendiste por accidēte, sin dar lugar a ningun buen discurso, yo la harè de que no naci en el mundo: ò que si naci, fue para ser desdichada: Ponme luego en la calle, ò alomenos junto à la Yglesia mayor, porque desde alli bien sabrè boluerme à mi casa. Pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni de mis parientes, que à ser tan ricos como nobles, no fueran en mi tan desdi-

desdichados. Respondeme à esto, y si temes que te pueda conocer en la habla, hagote saber, que fuera de mi padre, y de mi confessor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y à pocos he oydo hablar con tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que dio Rodolfo à las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fue otra, que abracarla, dando muestras que queria boluer a confirmar en el su gusto, y en ella su deshonra. Loqual visto por Leocadia, cō mas fuerças de las que su tierna edad prometian, se defendio con los pies, con las manos, con los dientes, y con la lengua, diziendole: haz cuenta traydor, y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mi has lleuado, son los que podisse tomar de vn tronco, ò de vna coluna sin sentido, cuyo vencimiento, y triunfo ha de redūdar en tu infamia, y menosprecio. Pero el que aora pretendes, no le has de alçançar, sino co mi muerte. Desmayada me pisaste, y aniquilaste: mas aora que tengo brios, antes podras matarme que vencerme: que si aora despierta sin resistencia, concediesse con tu abominable gusto, podrias imaginar, que mi desmayo fue fingido, quando te atreuiste a destruyrme. Finalmente tan gellarda, y porfiadamente se resistio Leocadia, que

que las fuerças: y los deſſeos de Rodolfo ſe enflaquecieron, y como la inſolencia que cõ Leocadia auia vſado, no tuuo otro principio, que de vn impetu laſciuo, del qual nunca nace el verdadero amo,, que permanece en lugar del impetu, que ſe paſſa, queda, ſino el arrepentimiento, alomenos vna tibia voluntad de ſengundalle. Frio pues. y canſado Rodolfo, ſin hablar palabra alguna, dexò à Leocadia en ſu cama, y en ſu caſa, y cerrando el apoſento, ſe fue à buſcar à ſus camaradas, para aconſejarſe cõ ellos de lo que hazer deuia. Sintio Leocadia que quedaua ſola, y encerrada, y leuantandoſe del lecho, anduuo todo el apoſento, tentando las paredes con las manos, por ver ſi hallaua puerta por do yrſe, ò ventana por do arrojarſe, hallò la puerta, pero bien cerrada, y topò vna ventana que pudo abrir, por donde entrò el reſplandor de la Luna, tan claro, que pudo deſtinguir Leocadia las colores de vnos damaſcos, que el apoſento adornauan. Vio que era dorada la cama, y tan ricamente compueſta qne mas parecia lecho de Principe, que de algun particular Cauallero. Contò las ſillas, y los eſcritorios: notò la parte donde la puerta eſtaua, y aunque vio pendientes de las paredes algunas tablas, no puedo alcançar à ver las pinturas ꝙ contenian. La ventana era grande, guarnecida, y

guar-

guarnada de vna gruessa reja: la vista caia à vn jardin, que tambien se cerraua con paredes altas: dificultades, que se opusieron à la intencion, que de arrojarse à la calle tenia. Todo lo que vio, y noto de la capazidad, y ricos adornos de aquella estancia, le dio à entender, que el dueño della deuia de ser hombre principal, y rico, y no como quiera, sino auentajadamente. En vn escritorio, que estaua junto à la ventana, vio vn Crucifixo pequeño todo de plata, el qual tomò, y se le puso en la manga de la ropa: no por deuocion, ni por hurto, sino lleuada de vn discreto designio suyo. Hecho esto cerrò la ventana, como antes estaua, y boluiose al lecho, esperando, que fin tendria el mal principio de su sucesso. No auria passado, à su parecer, media hora, quando sintio abrir la puerta del aposento, y que à ella se llegò vna persona, y sin hablarle palabra con vn pañuelo le vendò los ojos y tomandola del braço, la sacò fuera de la estancia, y sintiò, que boluia à cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el qual aunque auia ydo à buscar à sus camaradas, no quiso hallarlas, pareciendole, que no le estaua bien hazer testigos de lo que con aquella donzella auia passado, antes se resoluiò en dezirles, que arrepentido del mal hecho, y mouido de sus lagrimas la auia dexado en la mitad del camino. Con este acuerdo boluiò tan presto à poner à Leocadia junto à la Ygle-

ssa mayor, como ella se lo auia pedido, antes que amaneciesse; y el dia le estornasse de echalla, y le forçasse à tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el qual espacio de tiẽpo, ni el queria boluer à vsar de sus fuerças, ni dar ocasion à ser conocido. Lleuola pues hasta a plaça, que llaman de Ayuntamiento, y alli en voz trocada, y en lengua medio Portuguessa, y Castellana, le dixo, que seguramente podia yrse à su casa: porque de nadie seria seguida: y antes que ella tuuiesse lugar de quitarse el pañuelo, ya el se auia puesto en parte donde no pudiesse ser visto. Quedò sola Leocadia, quitose la venda, reconociò el lugar donde la dexaron. Mirò à todas partes no vio a persona: pero sospechosa, que desde lexos la siguiessen, à cada paso se detenia, dandolos hazia su casa, que no muy lexos de alli estaua. Y por desmentir las espias, si à caso le seguian, se entrò en vna casa, que hallò abierta, y de alli à poco se fue à la suya, donde hallò à sus padres atonitos, y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Quãdo la vieron, corrieron à ella con braços abiertos y con lagrimas en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto, y alboroto, hizo à sus padres que se tirassen con ella à parte, como lo hizeron, y alli en breues palabras les dio cuenta de todo su desastrado sucesso, con todas las

circun-

circunstancias del, y de la ninguna noticia que traia del salteador, y robador de su honra. Dixoles lo que auia visto en el teatro dōde se representò la tragedia de su desuentura: la ventana, el jardin; la reja, los escrtorios, la cama, los damascos: à lo vltimo les mostrò el Crucifixo, que auia traydo. Ante cuya imagen se renouaron las lagrimas, se hizieron deprecationes, se pidieron verganças, y dessearon milagrosos castigos. Dixo ansimismo, que aunque ella no dessеaua venir en conocimento de su ofensor, que si à sus padres les parecia ser bien conocelle, que por medio de aquella Imagen podrian haziendo, que los sacristanes dixessen en los pulpitos de todas las Parroquias de la ciudad, que el que huuiesse perdido tal Imagen, la hallaria en poder del Religioso, que ellos señalassen: y que ansi, sabiendo el dueño de la Imagen, se sabria la casa, y aun la persona de su enemigo. A esto replicò el padre: Bien auias dicho hija, si la malicia ordinaria no se opusiera à tu discreto discurso, pues està claro, que esta Imagen oy en este dia se ha de echar menos en el aposento que dizes, y el dueño della ha de tener por cierto, que la persona que con el estuuo se la lleuò: y de llegar à su noticia, que la tiene algun Religioso, antes ha de seruir de conocer, quien se la dio al tal que la tiene que no de de

clarar el dueño que la perdio: porque puede hazer que venga por ella otro à quien el dueño aya dado las señas. Y siẽdo esto ansi, antes quedaremos confusos, que informados, puesto que podamos vsar del mismo artificio, que sospechamos, dandola al Religioso por tercera persona. Lo q̃ has de hazer hija es, guardarla y encomendarte à ella, que pues ella fue testigo de tu desgracia, ꝑmitira, que aya juez que buelua por tu justicia. Y aduierte hija, que mas lastima vna onza de deshonra publica, que vna arroba de infamia secreta: y pues puedes viuir honrada con Dios en publico, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto. La verdadera deshonra està en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el desseo, y con la obra se ofende à Dios y pues tu, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendre, sin que jamas te mire, sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones cõsolò su padre à Leocadia, y abraçandola de nueuo su madre, procurò tambien consolarla ella gimiò, y llorò de nueuo, y se reduxo à cubrir la cabeça, como dizen, y à viuir recogidamente, debaxo del amparo de sus padres con vestido tan honesto como pobre. Rodolfo en tanto, buelto à su casa, echando menos la Imagen del Crucifixo,

imaginò quien podia auerla lleuado: pe-
rò no se le dio nada, y como rico no hizo
cuenta dello, ni sus padres se la pidieron:
quando de alli à tres dias, que el se partio
à Italia, entregò por cuenta à vna Cama-
rera de su madre todo lo que en el aposen
to dexaua. Muchos dias auia, que tenia
Rodolfo determinado de passar à Italia,
y su padre, que auia estado en ella, se lo
persuadia, diziendole, que no eran Caual
leros los que solamente lo eran en su pa-
tria, que era menester serlo tambiẽ en las
agenas. Por estas, y otras razones se dis-
puso la voluntad de Rodolfo de cumplir
la de su padre, el qual le dio credito de
muchos dineros, para Barcelona, Geno-
ua, Roma y Napoles: y el con dos de sus
camaradas se partiò luego, goloso de lo
que auia oydo dezir à algunos soldados
de la abundancia de las hosterias de Ita-
lia, y Francia: de la libertad que en los
alojamientos tenian los Españoles. Sona-
uale bien aquel, Ecoli buoni polastri, pi-
cioni, presuto, & salcicie, con otros nõ-
bres deste jaez, de quien los soldados se
acuerdan, quando de aquellas partes vie
nen à estas, y passan por la estrecheza, è
incomodidades de las ventas, y mesones
de España. Finalmente el se fue con tan
poca memoria de lo que con Leocadia le
auia sucedido, como si nũca huuiera pas-
sado. Ella en este entretanto passaua la
vida en casa de sus padres con el recogi-
miento

miento possible, sin dexar verse de persona alguna, temerosa, que su desgrazia se la auian de leer en la frente. Pero à pocos meses vio serle forçoso hazer por fuerça lo que hasta alli de grado hazia, vio que le conuenia viuir retirada, y escondida, porque se sintio preñada, sucesso por el qual las en algun tanto oluidadas lagrimas boluieron à sus ojos, y suspiros y Lamentos començaron de nueuo à herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre à consolalla. Bolò el tiempo, y llego se el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no, se osò fiar de la partera, vsurpando este oficio la madre, dio à la luz del mundo vn niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato, y secreto que auia nacido, le lleuaron à vna aldea, donde se criò quatro años, al cabo de los quales, con nombre de sobrino le truxo su abuelo à su casa, donde se criaua, si no muy rica, a lomenos muy virtuosamente. Era el niño (à quien pusieron nombre Luys, por llamarse assi su abuelo) de rostro hermoso de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hazer, daua señales de ser de algun noble padre engendrado, y de tal manera su gracia, belleza, y discrecion, enamoraron à sus abuelos, que vinieron a tener por dicha la desdicha de su hija, por auerles dado tal

 nieto.

nieto. Quando yua por la calle, llouian so bre el millares de bendiciones. Vnos ben decian su hermosura, otros la madre que lo auia parido: estos el padre que le engẽdro, aquellos à quien tambien criado la criaua. Con este aplauso de los que le conocian, y no conocian, llegò el niño à la edad de siete años, en la qual ya sabia leer Latin, y Romance, y escriuir formada, y muy buena letra. Porque la intencion de sus abuelos era hazerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hazer rico, como si la sabiduria, y la virtud no fuessen las riquezas sobre quien no tienen jurisdicion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedio pues, que vn dia que el niño fue con vn recaudo de su abuela à vna parienta suya, acertò à passar por vna calle, donde auia carrera de Caualleros pusosa à mirar, y por mejorarse de puesto, passò de vna parte à otra à tiempo que no pudo huyr de ser atropellado de vn cauallo, à cuyo dueño no fue possible detenerle en la furia de su carrera. Passò por encima del, y dexole como muerto, tendido en el suelo, derramãdo mucha sangre de la cabeça. Apenas esto huuo sucedido: quando vn Cauallero anciano, que estaua mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojò de su cauallo, y fue donde estaua el niño, y quitandole de los braços de vno, que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener
cuenta

cuenta con sus canas, ni con su autoridad, que era mucho, a passo largo se fue à su casa, ordenando à sus criados, que le dexassen, y fuessen à buscar vn cirujano, que al niño curasse. Muchos Caualleros le siguieron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salio la voz, que el atropellado era Luysico, el sobrino de tal Cauallero, nombrando à su abuelo. Esta voz corriò de boca en boca, hasta que llegò à los oydos de sus abuelos, y de su encubierta madre: los quales certificados bien del caso como desatinados, y locos salieron a buscar à su querido, y por ser tan conocido, y tan principal el Cauallero, que le auia lleuado, muchos de los que encontraron, les dixeron su casa, à la qual llegaron à tiempo, que ya estaua el niño en poder del cirujano. El Cauallero, y su muger, dueños de la casa, pidieron à los que pensaron ser sus padres, que no llorassen, ni alçassen la voz à quexarse, porque no le seria al niño de ningun prouecho. El cirujano, que era famoso, auiendole curado con grandissimo tiento, y maestria, dixo, que no era tan mortal la herida, como el al principio auia temido. En la mitad de la cura boluio Luys en su acuerdo, que hasta alli auia estado sin el, y alegrose en ver à sus tios, los quales le preguntaron llorãdo, q̃ como se sentia? Respondio, que bueno; sino que le dolia mucho el cuerpo, y la cabeça.

beça. Mandò el medico, que no hablassen con el, sino que le dexassen reposar. Hizose ansi, y su abuelo començò à agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino auia vsado. A lo qual respondio el Cauallero, que no tenia que agradecelle: porque le hazia saber, que quando vio al niño caydo, y atropellado, le pareciò que auia visto el rostro de vn hijo suyo, a quien el queria tiernamente, y que esto le mouiò à tomarle en sus braços, y traerle à su casa, donde estaria todo el tiempo, que la cura durasse, con el regalo que fuesse possible, y necessario. Su muger que era vna noble señora, dixo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promessas. Admirados quedaron de tanta Christiandad los abuelos: pero la madre quedò mas admirada: porque auiendo cõ las nueuas del cirujano sossegadose algun tanto su alborotado espiritu, mirò atentamente el aposento donde su hijo estaua, y claramente, por muchas señales conocio, que aquella era la estancia donde se auia dado fin à su honra, y principio à su desuentura: y aunque no estaua adornada de los damascos, que entonces tenia, conocio la disposicion della, vio la ventana de la reja, que caia al jardin, y por estar cerrada à causa del herido, preguntò, si aquella ventana respondia à algun jardin? y fuele respondido, que si. Pero lo que mas conocio, fue que aquella era la misma cama, que tenia por tumba de su

ſu ſepultura: y mas, que el proprio eſcritorio, ſobre el qual eſtaua la Imagen, que auia traydo, ſe eſtaua en el miſmo lugar. Finalmente ſacaron à luz la verdad de todas ſus ſoſpechas los eſcalones que ella auia contado, quando la ſacaron del apoſento tapados los ojos: digo los eſcalones que auia deſde alli à la calle: que con aduertencia diſcreta contò. Y quando boluio a ſu caſa, dexando à ſu hijo, los boluio à contar: y hallò cabal el numero. Y confiriendo vnas ſeñales con otras, de todo punto certificò por verdadera ſu imaginacion, de la qual dio por eſtenſo cuenta à ſu madre, que como diſcreta, ſe informò, ſi el Cauallero dõde ſu nieto eſtaua, auia tenido, ò tenia algun hijo, y hallò, que el que llamamos Rodolfo lo era, y que eſtaua en Italia, y tanteando el tiempo, que le dixeron que auia faltado de Eſpaña, vio que eran los miſmos ſiete años, que el nieto tenia. Dio auiſo de todo eſto à ſu marido, y entre los dos, y ſu hija acordaron de eſperar lo que Dios hazia del herido, el qual dentro de quinze dias eſtuuo fuera de peligro, y à los treynta ſe leuantò, en todo el qual tiẽpo fue viſitado de la madre, y de la abuela, y regalado de los dueños de la caſa, como ſi fuera ſu miſmo hijo: y algunas vezes hablãdo cõ Leocadia doña Eſtefania, ꝙ aſſi ſe llamaua la muger del Cauallero, le dezia, ꝙ aquel niño parecia tãto à vn hijo ſuyo,

que estaua en Italia, que ninguna vez le miraua, que no la pareciesse ver à su hijo delante. Destas razones tomò ocasion de dezirle vna vez, que se hallò sola cõ ella, las que con acuerdo de sus padres auia determinado dezille, que fueron estas ô otras semejantes. El dia, señora, que mis padres oyeron dezir, que su sobrino estaua tan mal parado, creyeron, y pensaron, que se les auia cerrado el cielo, y caydo todo el mundo acuestas, imaginaron, que ya les faltaua la lumbre de sus ojos, y el vaculo de su vejez, faltandoles este sobrino, a quien ellos quieren, con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres à sus hijos: mas como dezir se suele, que quando Dios da la llaga, da la medicina, la hallò el niño en esta casa y yo en ella el acuerdo de vnas memorias, que no las podrè oluidar mientras la vida me durare. Yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepassados, que con vna mediania de los bienes de fortuna, han sustentado su honra felismenta, donde quiera que hã viuido Admirada y suspensa estaua doña Estefania, escuchãdo las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veie, q̃ tanta discrecion pudiesse encerrarse en tã pocos años, puesto que à su parecer la jusgaua por de veynte, poco mas à menos y sin dezirle ni replicarle palabra, espero

todas

todas las que quiso dezirle, que fueron aquellas que bastaron, para contarle la trauesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla à aql aposento, las señales en que auia conocido ser aquel mismo que sospechaua. Para cuya confirmacion sacò del pecho la Imagen del Cruzifixo que auia lleuado, à quien dixo: Tu Señor, que fuyste testigo de la fuerça que se me hizo, se juez de la enmienda que se me deue hazer: de encima de aquel escritorio te lleue con proposito de acordarte siempre mi agrauio, no para pedirte vengança del (que no la pretendo) sino para rogarte, me diesses algun consuelo, con que lleuar en paciẽcia mi desgracia. Este niño, señora con quien aueys mostrado el estremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permission fue del cielo el auerle atropellado, para que traundole à vuestra casa hallasse yo en ella, como espero, que he de hallar, sino el remedio que mejor conuenga, y quando no con mi desuentura, alomenos el medio con que pueda sobrelleuarla. Diziendo esto, abraçada con el Crucifixo cayò desmayada en los braços de Estefania: la qual en fin, como muger, y noble, en quien la compassion, y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vio el desmayo de Leocadia, quando juntò su rostro con el suyo, derramando sobre el tã-

tas lagrimas, que no fue menester esparcirle otra agua encima, para que Leocadia en si boluiesse. Estando las dos desta manera, acertò à entrar el Cauallero, marido de Estefania, q̃ traia a Luysico de la mano, y viẽdo el llãto de Estefania, y el desmayo de Leocadia, preguntò à gran priessa, le dixessen la causa de do procedia. El niño abraçaua à su madre por su prima, y a su abuela por su bienhechora: y assimismo preguntaua, porque llorauan? Grandes cosas señor, ay que deziros respondio Estefania a su marido, cuyo remate le acabarà con deziros, que hagays cuenta, que esta desmayada es hija vuestra, y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado, y confirma el rostro deste niño, en el qual emtrambos auemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarays Señora: yo no os entiendo, replicò el Cauallero. En esto boluio en si Leocadia; y abraçada del Crucifixo, parecia estar conuertida en vn mar de llanto. Todo lo qual tenia puesto en gran confusion al Cauallero, de la qual saliò contandole su muger todo aquel lo que Leocadia le auia contado: y el lo creyò por diuina permission del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo huuieran prouado. Consolò y abraço à Leocadia, besò à su nieto, y aquel mismo dia despacharon vn correo à Napoles, auisando à su hijo se viniesse

luego,

luego, porq̃ le tenian cõcertado casamiento cõ vna muger hermosa sobre manera, y tal qual para el cõuenia. No cõsintierõ q̃ Leocadia ni su hijo boluiessen mas à la casa de sus padres, los quales cõtẽtissimos del buen sucesso de su hija, dauã sin cessar infinitas gracias à Dios por ello. Llegò el correo à Napoles, y Rodolfo cõ la golosina de gozar tã hermosa muger, como su padre le significaua, de alli a dos dias que recibiò la carta, ofreciẽdose le ocasion de quatro galeras, q̃ estauan à pũto de venir a España, se embarcò en ellas con sus dos camaradas, que aun no le auiã dexado, y con prospero sucesso en doze dias llegò à Barcelona, y de alli por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entrò en casa de su padre tan galan, y tan vizarro, que los estremos de la gala, y de la vizarria estauan en el todos juntos: Alegraronse sus padres con la salud, y bienuenida de su hijo. Suspendiose Leocadia, que de parte escondida le miraua por no salir de la traza, y orden, que doña Estefania le auia dado. Las camaradas de Rodolfo quisieran yrse à sus casas luego: pero no lo cõsintio Estefania: por auerlos menester para su designio. Estaua cerca la noche, quãdo Rodolfo llegò, y en tanto que se adereçaua la cena, Estefania llamo à parte las camaradas de su hijo, creyẽdo sin duda alguna, que ellos deuian de ser losdos de los tres, q̃ Leocadia auia dicho, que yuan cõ Rodolfo la noche que la robaron, y con

grandes ruegos les pidio le dixessen, si se acordauan, que su hijo auia robado à vna muger tal noche, tantos años auia: porque el saber la verdad desto, importaua la honra, y el sossiego de todos sus pariẽtes: y con tales, y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les assegurar, que de descubrir este robo, no les podia suceder daño alguno, que ellos tuuieron por bien de confessar ser verdad, que vna noche de Verano, yendo ellos dos, y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaua, à vna muchacha, y que Rodolfo se auia venido con ella, mientras ellos detenian à la gente de su familia, que con vozes la querian defender, y que otro dia les auia dicho Rodolfo, que la auia lleuado à su casa: y solo estò era lo que podian respõder à lo que les preguntauan. Las confession destos dos fue hechar la llaue à todas las dudas que en tal caso le podian ofrecer: y assi determinò de lleuar al cabo su buen pensamiento, que fue este: Poco antes que se sentassen à cenar, se entrò en vn aposento à solas su madre con Rodolfo, y poniendole vn retrato en las manos, le dixo: Yo quiero Rodolfo hijo darte vna gustosa cena, con mostrarte à tu esposa: este es su verdadero retrato: pero quiero te aduertir, que lo que le falta de belleza, le sobra de virtud: es noble, y discreta, y medianamente rica. Y

pues

pues tu padre, y yo te la hemos escogido assegurate, que es la que te conuiene. Atentamente mirò Rodolfo el retrato: y dixo: Si los pintores, que ordinariamente suelen ser prodigos de la hermosura cō los rostros que retratan, lo han sido tambien con este, sin duda creo, que el original deue de ser la misma fealdad, à la Fè señora, y madre mia, justo es y bueno, que los hijos obedezean à sus padres, en quanto les mandaren: pero tambien es conueniente, y mejor, que los padres den à sus hijos el estado de que mas gustaren, y pues el de matrimonio es nudo, que no le desata sino la muerte, bien serà, que sus lazos sean yguales, y de vnos mismos hilos fabricados. La virtud, la nobleza, la discrecion, y los bienes de la fortuna, bien pueden alegrar el entendimiento de aquel a quien le cupieron en suerte con su esposa. Pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, pareceme impossible. Moço soy, pero bien se me entiende, que se compadece con el Sacramento del matrimonio el justo, y deuido deleyte que los casados gozan, y que si el falta, cojea el matrimonio, y desdize de su segunda intencion. Pues pensar, que vn rostro feo, que se ha de tener à todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa, y en la cama, pueda deleytar, otra vez digo, que lo tengo por casi impossible. Por vida de vuessa merced madre

mia, que me dè compañera que me entretenga, y no enfade: porque sin torcer à vna ò à otra parte, ygualmente, y por camina derecho lleuemos ambos ados el yugo donde el cielo nos pusiere. Si esta señora es noble, discreta, y rica como v.m. dize, no le faltarà esposo, que sea de diferente humor que el mio. Vnos ay, que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura: y yo soy destos vltimos. Porque la nobleza, gracias al cielo, y à mis passados, y a mis padres, que me la dexaron por herencia. Discrecion como vna muger no sea necia, tonta, ò boba, bastale, que ni por aguda despunte, ni por boba no aproueche. De las riquezas, tambien las de mis padres me hazen no estar temeroso de venir à ser pobre. La hermosura busco, la belleza quiero, no cõ otra dote, que con la de la honestidad, y buenas costumbres: que si esto trae mi esposa, yo seruirè à Dios con gusto, y darè buena vejez à mis padres. Contentissima quedò su madre de las razones de Rodolfo, por auer conocido por ellas, que yua saliendo bien cõ su designio. Respõdiole, que ella procuraria casarle conforme su desseo, que no tuuiesse pena alguna, que era facil deshazerse los cõciertos, que de casarle cõ aquella señora estaua hechos, agradecioselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar, se fueron a la mesa: y auiendose ya sentado à ella el padre, y la

madre,

madre, Rodolfo, y ſus dos camaradas, dixo doña Eſtefania al deſcuydo: pecadora de mi, y que bien que trato à mi hueſpeda: andad vos, dixo à vn criado, dezid à la Señora doña Leocadia, que ſin entrar en cuentas con ſu mucha honeſtidad, nos venga à honrar eſta meſa, que los que à ella eſtan, todos ſon mis hijos, y ſus ſeruidores. Todo eſto era traça ſuya, y de todo lo que auia de hazer eſtaua auiſada y aduertida Leocadia. Poco tardò en ſalir Leocadia, y dar de ſi la improuiſa, y mas hermoſa mueſtra, que pudo dar jamas compueſta y natural hermoſura. Venia veſtida, por ſer Inuierno de vna ſaya entera de terciopelo negro, llouida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes: ſus miſmos cabellos que eran luengos, y no demaſiadamente rubios, le ſeruian de adorno, y tocas, cuya inuenciõ de lazos y rizos, y viſlumbres de diamantes, que con ellas ſe entretexian, turbauã la luz de los ojos que los mirauã. Era Leocadia de gentil diſpoſicion y brio: traìa de la mano à ſu hijo, y delãte della veniã dos donzellas, alumbrandola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Leuantaronſe todos à hazerla reuerencia, como ſi fuera à alguna coſa del cielo, que alli maligroſamente ſe auia aparecido. Ninguno de los que alli eſtauan embeuecidos mirandola, parece que de atonitos no acertaron à dezirle palabra, Leocadia cõ ayroſa gracia, y diſcreta

criança se humillò à todos, y tomandola de la mano Estefania, la sentò junto à si, frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto à su abuelo. Rodolfo, que desde mas cerca miraua la incomparable belleza de Leocadia, dezia entre si: Si la mitad desta hermosura tuuiera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuuierame yo por el mas dichoso hombre del mundo. Vualame Dios, que es esto que veo es por ventura algun Angel humano: el que esto y mirando? Y en esto se le yua entrando por los ojos a tomar possession de su alma la hermosa Imagen de Leocadia: la qual en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de si al que ya queria mas que à la luz de los ojos, con que alguna vez a hurto le miraua, començò a reboluer en su imaginacion lo que con Rodolfo auia passado, començaron a enflaquezerse en su alma las esperanças, que de ser su esposo su madre le auia dado, temiendo, que à lo cortedad de su ventura, auian de corresponder las promessas de su madre. Consideraua, quan cerca estaua de ser dichosa, ò sin dicha, para siempre. Y fue la consideracion tan intensa, y los pensamientos tan rebueltos, que le apretaron el coraçon, de manera, que començò à sudar, y à perderse de color en vn punto, sobreuiniendole vn desmayo, q̃ le forçò à reclinar la cabeça en los braços de doña Estefania, que como ansi la

vio,

vio, con turbacion la recibio en ellos. Sobresaltaronse todos, y dexando la mesa, acudieron à remediarla. Pero el que dio mas muestras de sentirlo, fue Rodolfo, pues por llegar presto à ella tropeçò, y cayo dos vezes, ni por desabrocharla, ni echarla agua en el rostro boluia en si: antes el leuantado pecho, y el pulso, que no se le hallauan, yuan dando precisas señales de su muerte, y las criadas, y criados de casa, como menos considerados, dierõ vozes, y la publicaron por muerta. Estas amargas nueuas llegaron à los oydos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia doña Estefania escondidos. Los quales con el Cura de la Paroquia, que ansimismo cõ ellos estaua, rompiendo el orden de Estefania, salierõ à la sala. Llegò el Cura presto por ver, si por algunas señales daua indicios de arrepentirse de sus pecados, para absoluerla dellos: y donde pensò hallar vn desmayado, hallò dos, porque ya estaua Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Diole su madre lugar que à ella llegasse, como à cosa que auia de ser suya: pero quando vio que tambien estaua sin sentido, estuuo à pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaua en si, como boluiò, corrido de que le huuiessen visto hazer tan estremados estremos: pero su madre casi como adiuina de lo q̃ su hijo sentia, le dixo: no te corras

hijo

hijo de los estremos que has hecho, sino correte de los q̃ no hizieres, quãdo sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaua dexarlo hasta mas alegre coyuntura. Has de saber hijo de mi alma, que esta desmayada, que en los braços tengo, es tu verdadera esposa: llamo verdadera, porque yo, y tu padre te la teniamos escogida, que la del retrato es falsa. Quando esto oyò Rodolfo, lleuado de su amoroso, y encendido desseo, y quitandole el nombre de esposo todos los estoruos, que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalançò al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaua como esperando que se le saliesse el alma, para darle acogida en la suya. Pero quando mas las lagrimas de todos, por lastima crecian, y por dolor las vozes se aumẽtauan, y los cabellos, y barbas de la madre, y padre de Leocadia arrancados venian à menos, y los gritos de su hijo penetrauan los cielos, boluio en si Leocadia, y con su buelta boluio la alegria, y el contento q̃ de los pechos de los circunstantes se auia ausentado. Hallose Leocadia entre los braços de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerça desesirse dellos: pero el le dixo: No señora, no ha de ser ansi, no es bien que puneys por apartaros de los braços de aquel que os tiene en el alma. A esta razon acabò de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabò doña Estefania de no lleuar mas adelan-

delante su determinacion primera diziẽdo al Cura, que luego luego desposasse à su hijo cõ Leocadia: el lo hizo ansi, q̃ por auer sucedido este caso en tiempo, quando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias, y preuenciones justas, y santas, que aora se vsan, quedaua hecho el matrimonio no huuo dificultad q̃ impidiesse el desposorio, el qual hecho, dexese à otra pluma, y à otro ingenio mas delicado q̃ el mio el cõtar la alegria vniuersal de todos los q̃ en el se hallaron: los abraços q̃ los padres de Leocadia dieron à Rodolfo, las gracias q̃ dieron al cielo, y à sus padres, los ofrecimiẽtos de las partes la admiraciõ de las camaradas de Rodolfo, q̃ tan impensadamẽte vieron la misma noche de mi llegada tan hermoso desposorio, y mas quãdo supierõ, por cõtarlo delãte de todos doña Estefania, que Leocadia era la dõzella, que en su compañia su hijo auia robado, de que no menos suspẽso quedò Rodolfo: y por certificarse mas de aquella verdad, pregũtò à Leocadia, le dixesse alguna señal por dõde viniesse en conocimiento entero, de lo que no dudaua, por parecerles, que sus padres lo tendrian bien aueriguado. Ella respondio: Quando yo recordè, y bolui en mi de otro desmayo, me hallè señor en vuestros braços, sin honra, pero yo lo doy por bien empleado, pues al boluer del que aora he tenido, ansimismo me hallè
en

en los braços de entonces, pero honrada. Y si esta señal no basta, baste la de vna Imagen de vn Crucifixo, que nadie os la pudo hurtar, sino yo: si es que por la mañana le echastes menos: y si es el mismo que tiene mi señora, vos lo soys de mi alma, y lo sereys los años, que Dios ordenare bien mio, y abraçandola de nueuo, de nueuo boluieron las bendiciones, y para bienes, que les dieron. Vino la cena, y vinieron musicos, que para esto estauan preuenidos. Viose Rodolfo a si mismo en el espejo del rostro de su hijo: lloraron sus quatro abuellos de gusto: no quedò rincõ en toda la casa que no fuesse visitado del jubilo, del contento, y de la alegria. Y aũque la noche bolaua con sus ligeras, y negras alas, le parecia à Rodolfo, que yua, y caminaua no con alas, sino con muletas, tan grande era el desseo de verse à solas cõ su querida esposa. Llegose en fin la hora desseada, porque no ay fin que no le tẽga. Fueronse à acostar todos, quedò toda la casa sepultada en silẽcio, en el qual no quedara la verdad deste cuento, pues no lo consentiràn los muchos hijos, y la illustre descendencia que en Toledo dexarõ, y agora viuen estos dos vẽturosos desposados, que muchos, y felizes años gozarõ de si mismos, de sus hijos, y de sus nietos, permitido todo por el cielo, y por la fuerça de la sangre, que vio derramada en el suelo, el valoroso, illustre, y Christiano abuelo de Luysico.

NO-

NOVELA DEL ZELOSO ESTREMEÑO.

NO ha muchos años que de lugar de Estremadura salio vn hidalgo nacido de padres nobles, el qual como vn otro prodigo, por diuersas partes de España, Italia, y Flandes, anduuo gastando, assi los años, como la hazienda: y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres, y gastado su patrimonio) vino à parar à la gran ciudad de Seuila, donde hallò ocasion muy bastante, para acabar de consumir lo poco que le quedaua. Viendose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos se à cogio al remedio, à que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el passarse à las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, Yglesia de los alçados, saluoconduto de los homicidas, pala, y cubierta de los jugadores (à quien llaman ciertos

ciertos los peritos en el arte) añagaza general de mugeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de pocos. En fin llegado el tiempo en que vna flota se partia para Tierrafirme, acomodandose con el Almirante della: aderezo su matalotage, y su mortaja de esparto, y embarcandose en Cadiz, echando la bendicion à España, çarpò la flota, y con general alegria dieron las velas al viento, que blando, y prospero soplaua, el qual en pocas horas les encubriò la tierra, y les descubriò las anchas, y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Occeano. Yua nuestro passagero pensatiuo, reboluiendo en su memoria los muchos, y diuersos peligros, que en los años de su peregrinacion auia passado, y el mal gouierno que en todo el discurso de su vida auia tenido: y sacaua de la cuēta, que à si mismo se yua tomando vna firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo, en guardar la hazienda, que Dios fuesse seruido de darle, y de proceder con mas recato, que hasta alli con las mugeres. La flota estaua como en calma, quando passaua consigo esta tormenta Felipo de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia à nuestra Nouela, tornò à soplar el viento, impeliendo con tanta fuerça los nauios, que no dexò à nadie en sus assientos, y assi le fue forçoso à Carrizales dexar sus imaginacio-

raciones, y dexarse lleuar de solos los cuydados que el viage le ofrecia: el qual viage fue tā prospero, que sin recebir algun reuès, ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena. Y por concluyr con todo lo que no haze à nuestro proposito, digo, que la edad que tenia Filipo, quando passò à las Indias, seria de quarenta y ocho años, y en veynte q̃ en ellas estuuo, ayudādo de su industria, y diligēcia, alcāço à tener mas de ciento y cinquenta mil pesos ensayados. Viēdose pues rico, y prospero, tocado del natural desseo, q̃ todos tienē de boluer à su patria, pospuestos grādes interesses, que se le ofrecian, dexando el Piru, donde auia grangeado tanta hazienda, trayēdola toda en barras de oro, y plata, y registrada, por quitar inconuenientes, se boluiò à España, desembarcò en Sanlucar: llegò à Seuilla tā lleno de años, como de riquizas, sacò sus partidas sin coçobras: buscò sus amigos, hallolos todos muertos: quiso partirse à su tierra, aunque ya auia tenido nueuas, que ningun pariente le auia dexado la muerte. Y si quādo yua à Indias pobre, y menesteroso, le yuan combatiendo muchos pensamientos, sin dexarle sossegar vn punto en mitad de las ondas del mar, no menos aora en el sossiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa, que si entonces no dormia por pobre, aora no podia sossegar de rico, que tan pesada

carga

carga es la riqueza al que no esta vsado à tenerla, ni sabe vsar della, como lo es la pobreza al que contiuo la tiene. Cuydados accarrea el oro, y cuydados la falta del: pero los vnos se remedian con alçancar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan, mientras mas parte se alcãgan. Contemplaua Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fue soldado, aprendio à ser liberal sino en lo que auia de hazer dellas, à causa, que tenerlas en ser, era cosa infrutuosa: y tenerlas en casa cebo para los codiciosos, y despertador para los ladrones. Auiase muerto en el la gana de boluer al inquieto trato de las mercãcias y pareciale, que conforme a los años que tenia, le sobrauan dineros para passar la vida, y quisiera passar la en su tierra, y dar en ella su hazienda à tributo, passando en ella lo años de su vejez en quitud, y sosiego, dando à Dios lo que podia, pues auia dado al mundo mas de lo que deuia. Por otra parte consideraua, que la estrechesa de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el yrse à viuir à ella, era ponerse por blãco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico, que tienen por vezino: y mas quãdo no ay otro en el lugar à quien acudir con sus miserias. Quisiera tener a quien dexar sus bienes despues de sus dias: y cõ este desseo tomaua el pulso à su fortaleza,

y pa-

y pareciale, que aun podia lleuar la carga del matrimonio: y en vniendole este pensamiento, le sobresaltaua vn tan gran miedo, que assi se le desbaratatua, y deshazia como haze a la niebla el viẽto, porque de su natural condicion era el mas zeloso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le començauan à ofender los zelos, a fatigar las sospechas, y à sobresaltar las imaginaciones: y esto con tanta eficacia, y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse. Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que auia de hazer de su vida, quiso su suerte que passando vn dia por vna calle alçasse los ojos, y viesse à vna ventana puesta vna donzella, al parecer de edad de treze à catorse años, de tan agradable rostro, y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindiosa flaqueza de sus muchos años à los pocos de Leonora, que assi era el nombre de la hermosa donzella. Y luego sin mas detenerse, començò a hazer vn gran monton de discursos, y hablando consigo mismo dezia. Esta muchacha es hermosa, y a lo que muestra la presencia desta casa, no deue de ser rica, ella es niña, sus pocos años pueden assegurar mis sospechas casarmehe con ella, encerrarela, y harela à mis mañas: y con esto no tendra otra condicion, que aquella que yo le enseñare.

ñare. Y no ſoy tan viejo, que pueda perder la eſperança de tener hijos, que me hereden. De que tenga dote, ò no, no ay para que hazer caſo, pues el cielo me dio para todos: y los ricos no han de buſcar en ſus matrimonios hazienda, ſino guſto, que el guſto alarga la vida, y los diſguſtos entre los caſados la acortan. Alto pues, echada eſta la ſuerte, y eſta es la que el cielo quiere que yo tenga. Y aſsi hecho eſte ſoliloquio, no vna vez, ſino ciento: al cabo de algunos dias hablò con los padres de Leonora, y ſupo como, aunque pobres, eran nobles, y dandoles cuenta de ſu intencion, y de la calidad de ſu perſona, y hazienda, les rogò le dieſſen por muger à ſu hija. Ellos le pidieron tiempo para informarle de lo que dezia, y que el tambien le tendria para enterarſe, ſer verdad lo que de ſu nobleza le auian dicho. Deſpidieronſe, informaronſe las partes, y hallaron ſer anſi lo que entrambos dixeron: y finalmente Leonora quedò por eſpoſa de Carrizales, amiendola dotado primero en veynte mil ducados: tal eſtaua de abraſado el pecho del zeloſo viejo. El qual a penas dio el ſi de eſpoſo, quando de golpe le embiſtiò vn tropel de rabioſos zelos, y començo ſin cauſa alguna a temblar, y a tener mayores cuydados, que jamas auia tenido. Y la primera mueſtra que dio de ſu condicion zeloſa, fue no querer, que ſaſtre alguno

tomaſſe

tomasse la medida à su esposa, de los muchos vestidos que pensaua hazerle: y assi anduuo mirãdo, qual otra muger tẽdria poco mas ò menos el talle y cuerpo de Leonora, y hallò vna pobre, à cuya medida hizo hazer vna ropa, y prouandosela su esposa, hallò que le venia bien: y por aquella medida hizo los demas vestidos, q̃ fueron tantos, y tan ricos, que los padres de la desposada se tuuieron por mas que dichosos, en auer acertado con tan buen yerno, para remedio suyo, y de su hija. La niña estaua assombrada de ver tantas galas, à causa, que las que ella en su vida se auia puesto, no passauan de vna saja de raja, y vna ropilla de tafetan. La segunda señal que dio Filipo, fue no querer juntarse con su esposa, hasta tenerla puesta casa à parte: la qual adereçò en esta forma. Comprò vna en doze mil ducados en vn barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pie, y jardin con muchos naranjos: cerrò todas las ventanas que mirauan à la calle, y dioles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa. En el portal de la calle, que en Seuilla llaman casapuerta, hizo vna caualleriza, para vna mula, y encima della vn pajar y apartamiento, donde estuuiesse el que auia de curar della, que fue vn negro viejo, y enuco, leuantò las paredes de la açuteas, de tal manera, que el q̃ entraua en la casa, auia de mirar al cie-

lo por linea recta, sin que pudiessen ver otra cosa. Hizo tornò, que de la casapuerta respondia al patio. Comprò vn rico menaje, para adornar la casa, de modo, que por tapizerias, estrados, y doseles ricos, mostraua ser de vn gran señor. Comprò assimismo quatro esclauas blancas, y herrolas en el rostro, y otras dos negras bozales. Concertose con vn despensero, que le truxesse, y comprasse de comer, cõ condicion, que no durmiesse en casa, ni entrasse en ella, sino hasta el torno, por el qual auia de dar lo que truxesse. Hecho esto, dio parte de su hazienda à censo, situada en diuersas, y buenas partes: otra puso en el vanco, y quedose con alguna, para lo que se le ofreciesse. Hizo assimismo llaue maestra para toda la casa, y encerrò en ella todo lo que suele cõprarse en junto, y en sus sazones, para la prouision de todo el año: y teniendolo todo assi aderegado, y compuesto, se fue à casa de sus suegros, y pidio à su muger, que se la entregaron, no con pocas lagrimas, porque les pareciò, que la lleuauan à la sepultura. La tierna Leonora, aun no sabia lo que le auia acontecido, y assi llorando con sus padres, les pidiò su bendiciõ, y despidiendose dellos, rodeada de sus esclauas, y criadas, assida de la mano de su marido, se vino à su casa, y en entrãdo en ella les hizo Carrizales vn sermõ à todas, encargãdoles la guarda de Leonora:
y que

y que por ninguna via en ningun modo dexassen entrar à nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuesse al negro eunuco. Y à quien mas encargò la guarda, y regalo de Leonora, fue à vna dueña de mucha prudencia, y grauedad que recibiò, como para aya de Leonora, y para que fuesse superintẽdente de todo lo que en la casa se hiziesse, y para que mandasse à las esclauas, y à otras dos donzellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuuiesse con las de sus mismos años, assimismo auia recebido. Prometioles, que las trataria, y regalaria à todas de manera, que no sintiessen su encerramiento: y que los dias de fiesta todos, sin faltar ninguno yrian à oyr Missa: pero tã demañana, que à penas tuuiesse la luz lugar de verlas. Prometieronle las criadas, esclauas, de hazer todo aquello que les mandaua, sin pesadumbre, con prompta voluntad, y buen animo. Y la nueua esposa, encogiendo los ombros, baxò la cabeça, y dixo, que ella no tenia otra voluntad, que la de su esposo, y señor, à quien estaua siẽpre obediente. Hecha esta preuẽcion, y recogido el buen Estremeño en su casa, començò à gozar como pudo los frutos del matrimonio: los quales à Leonora, como no tenia experiẽcia de otros, ni eran gustosos, ni desabridos: y assi passaua el tiempo con su dueña, donzellas, y esclauas, y ellas por passarle mejor, dierõ

R 2 en

en ser golosas, y pocos dias se passauan sin hazer mil cosas, à quien la miel, y el açucar hazen sabrosas. Sobrauales para esto en grande abundancia lo que auian menester, y no menos sobraua en su amo la voluntad de darselo, pareciendole, que con ello las tenia entretenidas, y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse à pensar en su encerramiento. Leonora andaua à lo ygual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dio con su simplizidad en hazer muñecas, y en otras niñerias, que mõstrauã la llaneza de su condicion, y la terneza de sus años: todo lo qual era de grandissima satisfacion para el zeloso marido, pareciendole que auia acertado à escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria, ni la malicia humana podia perturbar su sossiego: y assi solo se desuelaua en traer regalos a su esposa, y en acordarle le pidiesse todos quantos le viniessen al pensamiento, que de todos seria seruida. Los dias que yua à Missa, q̃ como esta dicho, era entre dos luzes, venian sus padres, y en la Yglesia hablauan à su hija delante de su marido, el qual les daua tantas dadiuas, que aunque tenian lastima à su hija, por la estrecheza en que viuia, la templauan con las muchas dadiuas que Carrizales su liberal yerno les daua. Leuantauase de mañana, y aguardaua à que el despensero viniesse, à quien

de

de la noche antes por vna cedula, que ponian en el torno, le auisauan lo que auia de traer otro dia: y en viniendo el despẽsero, salia de casa Carrizales, las mas vezes à pie, dexando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de en medio, y entre las dos quedaua el negro. Yuase à sus negocios, que eran pocos, y con breuedad daua la buelta, y encerrandose, se entretenia en regalar à su esposa, y acariciar à sus criadas, que todas le querian biẽ, por ser de condicion llana, y agradable: y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera passaron vn año de nouiciado, y hizieron profession en aquella vida, determinandose de lleuarla, hasta el fin de las suyas: y assi fuera, si el sagaz perturbador del genero humano no lo estoruara, como aora oyreys.

Digame aora el que se tuuiere por mas discreto, y recatado, que mas preuenciones para su seguridad podia auer hecho el anciano Felipo, pues aun no consintio, que dentro de su casa huuiesse algun animal que fuesse varon? A los ratones della jamas los presiguio gato, ni en ella se oyò ladrido de perro: todos eran del genero femenino. De dia pẽsaua, de noche no dormia: el era la ronda, y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria; jamas entrò hombre de la puerta adẽtro del patio. Con sus amigos negociaua en la calle. Las figuras de los paños, que sus salas,

 y qua-

y quadras adornauan, todas eran hembras, flores, y boscages. Todo su casa olia à honestidad, recogimiento, y recato, aun hasta en las consejas, que en las largas noches del Inuierno en la chimenea sus criadas contauan, por estar el presente, en ninguna ningun genero de lasciuia se descubria. La plata de las canas del viejo à los ojos de Leonora parecian cabellos de oro puro, porque el amor primero, que las donzellas tienen, se les imprime en el alma, como el sello en la cera. Su demasiada guarda le parecia aduertido recato. Pensaua, y creia, que lo que ella passaua, passauan todas las recien casadas. No se dasmandauan sus pensamiẽtos à salir de las paredes de su casa, ni su voluntad desseaua otra cosa, mas de aquella que la de su marido queria: solo los dias que yua à Missa veia las calles, y esto era tan demañana, que si no era al boluer de la Yglesia, no auia luz para mirallas. No se vio Monasterio tan cerrado, ni Monjas mas recogidas, ni mançanas de oro tan guardadas: y con todo esto no pudo en ninguna manera preuenir, ni escusar de caer en lo que rezelaua: alomenos en pensar que auia caydo.

Ay en Seuilla vn genero de gente ociosa, y holgazana, à quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vezino de cada Collacion, y de

los

los mas ricos della, gente vadia, atildada, y meliflua: de la qual, y de su trage, y manera de viuir de su condicion, y de las leyes que guardan entre si, auia mucho que dezir: pero buenos respectos se dexa. Vno destos galanes pues, que entre ellos es llamado virote (moço soltero, que à los recien casados llaman mantones) asestò à mirar la casa del recatado Carrizales, y viendola siempre cerrada, le tomò gana de saber, quien viuia dentro: y con tanto ahinco, y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino à saber lo que desseaua. Supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla. Todo lo qual le encendio el desseo de ver, si seria possible expuñar por fuerça, ò por industria fortaleza tan guardada. Y comunicandolo con dos virotes, y vn manton sus amigos, acordaron, que se pusiesse por obra, que nunca para tales obras faltan consejeros, y ayudadores. Dificultauan el modo que se tendria, para intentar tan dificultosa hazaña: y auiendo entrado en bureo muchas vezes, conuinieron en esto: Que fingiendo Loaysa, que assi se llamaua el virote, que yua fuera de la ciudad por algunos dias, se quitasse de los ojos de sus amigos, como lo hizo: y hecho esto, se puso vnos calçones de lienço limpio, y

camisa limpia: pero encima se puso vnos vestidos tan rotos, y remendados, que ningun pobre en toda la ciudad los traia tã astrosos. Quitose vn poco de barba, que tenia: cubriose vn ojo con vn parche, vendose vna pierna estrechamente, y arrimãdose à dos muletas, se conuirtiò en vn pobre tullido, tal, que el mas verdadero estropeado no se le ygualaua. Cõ este talle se ponia cada noche à la oració à la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaua cerrada, quedando el negro, que Luys se llamaua, cerrado entre las dos puertas. Puesto alli Loaysa, sacaua vna guitarrilla, algo grasienta, y falta de algunas cuerdas, y como el era algo musico, començaua à taner algunos sones alegres, y regozijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daua priessa à cantar Romances de Moros, y Moras à la loquesca, con tanta gracia, que quantos passauan por la calle se poniã à escucharle, y siempre en tanto que cantaua, estaua rodeado de muchachos: y Luys el negro, poniendo los oydos por entre las puertas, estaua colgado de la musica del virote, y diera vn braço por poder abrir la puerta, y escucharle mas à su plazer: tal es la inclinacion que los negros tienen à ser musicos. Y quando Loaysa queria, que los que le escuchauan le dexassen, dexaua de cantar, y recogia su guitarra, y

aco-

acogiendose à sus muletas, se yua. Quatro, ò cinco vezes auia dado musica al negro (que por solo el la daua) pareciendole, que por donde se auia de començar à desmoronar à quel edificio, auia, y deuia ser por el negro, y no le salio vano su pensamiento: porque llegandose vna noche, como solia, à la puerta, començò à tẽplar su guitarra, y sintiò, que el negro estaua ya atento: y llegandose al quicio de la puerta, con voz baxa, dixo: Serà possible Luys darme vn poco de agua, que perezco de sed, y no puede cantar? No, dixo el negro, porque no tengo la llaue desta puerta, ni ay agujero por donde pueda darosla. Pues quien tiene la llaue? preguntò Loaysa. Mi amo, respondio el negro, que es el mas zeloso hombre del mundo. Y si el supiesse, que yo estoy aora aqui hablando con nadie, no seria mas mì vida: pero quien soys vos, que me pedis el agua?

Yo, respondio Loaysa, soy vn pobre estropeado de vna pierna, que gano mi vida, pidiendo por Dios à la buena gente: y juntamente con esto enseño à tañer à algunos morenos, y à otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclauos de tres Veyntiquatros, à quien he enseñado de modo, que pueden cantar, y tañer en qualquier bayle, y en qualquier taberna, y me lo han pagado muy

rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dixo Luys, à tener lugar de tomas licion, pero no es possible à causa, que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y quando buelue haze lo mismo, dexandome emparedado entre dos puertas. Por Dios Luys replicò Loaysa (que ya sabia el nombre del negro) que si vos diessedes traza à que yo entrasse algunos noches à daros licion, en menos de quinze dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiessedes tañer sin verguença alguna en qualquiero esquina: porque os hago saber, que tengo grandissima gracia en el enseñar, y mas, que he oydo dezir, que vos teneys muy buena habilidad: y à lo que siento, y puedo juzgar por el organo de la voz, que es atiplada, deueys de cantar muy bien. No canto mal, respondio el negro: pero que aprouecha, pues no se tonada alguna, sino es la de la estrella de Venus, y la de Por vn verde prado, y aquella que aora se vsa que dize: A los hierros de vna reja la turbada mano assida. Todas essas son ayre, dixo Loaysa, para las que yo os podria enseñar, porque se todas las del Moro Abindarraez con las de su dama Xarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofi Tomunibeyo, con las de la Zarabanda à lo diuino, que son tales, que hazen pasmar à los mismos Portuguesses: y esto enseño con tales modos,

y con

y con tanta facilidad, que aunque no os deys prieſſa à aprender, apenas aureys comido tres, ò quatro moyos de ſal, quãdo ya os veyas muſico corriẽte, y moliente en todo genero de guitarra. A eſto ſuſpirò el negro, y dixo: Que aprouecha todo eſſo, ſi no sè como meteros en caſa. Buen remedio, dixo Loayſa, procurad vos tomar las llaues à vueſtro amo, y yo os darè vn pedaço de cera, donde las imprimireys de manera, que queden ſeñaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo harè que vn cerragero amigo mio haga las llaues, y aſſi podrè entrar dentro de noche, y enſeñaros mejor que al Preſte Iuan de las Indias, porque veo ſer gran laſtima, que ſe pierda vna tal voz como la vueſtra, faltãdole el arimo de la guitarra, que quiro que ſepays hermano Luys, que la mejor voz del mundo pierde de ſus quilates, quando no ſe acompaña con el inſtrumento, ora ſea de guitarra, ò clauizimbano, de organos. ò de harpa: pero el que mas à vueſtra voz le conuiene, es el inſtrumento de la guitarra, por ſer el mas mañero, y menos coſtoſo de los inſtrumentos. Bien me parece eſſo, replicò el negro, pero no puede ſer, pues jamas entran las llaues en mi poder, ni mi amo las ſuelta de la mano: de dia, y de noche duermen debaxo de ſu almohada. Pues hazed otra coſa Luys, dixo Loayſa, ſi es, que teneys gana de

ser musico consumado: que si no la teneys, no ay para que cansarme en aconsejaros. Y como si tengo gana, replicò Luys, y tanta, que ninguna cosa dexarè de hazer, como sea possible salir con ella, à trueco de salir con ser musico. Pues ansi es, dixo el virote, yo os darè por entre estas puertas, haziendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os darè vnas tenazas, y vn martillo, con que podeys de noche quitar los clauos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma bolueremos à poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclauada: y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ò adonde dormis, me darè tal priessa à lo que tengo de hazer, que vos veays aun mas de lo que os he dicho, con aprouechamiẽto de mi persona, y aumento de vuestra suficiencia: y de lo que huuieremos de comer no tengays cuydado, que yo lleuarè matalotage para entrambos, y para mas de ocho dias, que discipulos tengo yo y amigos, que no me dexaran mal passar. De la comida replicò el negro, no aura de que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieues que me dan las esclauas, sobrarà comida para otros dos. Venga esse martillo, y tenazas que dezis, que yo harè por iunto à este quicio lugar por donde quepa, y le boluerè à cubrir, y tapar con barro, que
presto

puesto que de algunos golpos en quitar la chapa, mi amo duerme tan lexos desta puerta, que sera milagro ò grã desgracia nuestra, si los oye. Pues à la mano de Dios, dixo Loaysa, que de aqui à dos dias tendreys Luys todo lo necessario, para poner en execucion nuestro virtuoso proposito: y aduertid en no comer cosas flemosas, porque no hazen ningun prouecho, sino mucho dañon à la voz. Ninguna cosa me enronqueze tanto, respondio el negro, como el vino, pero no me lo quitarè yo por todas quantas vozes tiene el suelo. No digo tal, dixo Loaysa, mi Dios tal permita: beued hijo Luys, beued, y buen prouecho os haga, que el vino que se beue con medida, jamas fue causa de daño alguno. Con medida lo beuo, replicò el negro, aqui tengo vn jarro, que cabe vna açumbre justa, y cabal: este me llenan las esclauas, sin que mi amo lo sepa, y el despensero à solapo me trae vna botilla, que tambien cabe justas dos açumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dixo Loaysa, que tal sea mi vida, como esso me parece, porque la seca garganta, ni gruñe, ni canta. Andad con Dios, dixo el negro, pero mirad, que no dexeys de venir à cantar aqui las noches, que tardaredes en traer lo que aueys de hazer para entrar acà dentro, q̃ ya me comen los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y como si vẽdrè, replicò Loaysa, y aun cõ

cona-

tonadicas nueuas. Esso pido, dixo Luys, y aora no me dexeys de cantar algo, porque me vaya à acostar con gusto: y en lo de la paga entienda el señor pobre, que le he de pagar mejor que vn rico. No reparo en esso, dixo Loaysa, que segun yo os enseñare, assi me pagareys, y por aora escuchad esta tonadilla, que quando este dentro, vereys milagros. Sea en buenora, respondio el negro: y acabado este largo coloquio, canto Loaysa vn Romãzito agudo, con que dexò al negro tan contento, y satisfecho, que ya no vesa la hora de abrir la puerta. Apenas se quitò Loaysa de la puerta, quando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fue à dar cuenta à sus consejeros de su buen comienço, adiuino del buen fin, que por el esperaua: hallosos, y conto lo que con el negro dexaua concertado, y otro dia hallaron los instrumentos tales que ropian qualquier clauo, como si fuera de palo. No se descuydo el virote de boluer à dar musica al negro, ni menos tuuo descuydo el negro en hazer el agujero por donde cupiesse lo que su maestro le diesse, cubriendo lo de manera, que à no ser mirado con milicia, y sospechosamente, no se podia caer en el agujero. La segũda noche le dio los instrumẽtos Loaysa, y Luys prouò sus fuerças, y casi sin poner alguna se hallò rompidos los clauos, y cõ la chapa de la cerradura en las

manos,

manos, abrio la puerta, y recogiò dentro à su Orfeo, y maestro: y quando le vio cõ sus dos muletas, y tan handrajoso, y tan fajada su pierna, quedò admirado. No lleuaua Loaysa el parche en el ojo, por no necessario, y assi como entrò, abraço à su buen discipulo, y le beso en el rostro, y luego le puso vna gran bota de vino en las manos, y vna caxa de cõserua, y otras cosas dulces, de que lleuaua vnas alforjas bien proueydas. Y dexando las muletas, como si no tuuiera mal alguno, començo à hazer cabriolas: de lo qual se admirò mas el negro, à quien Loaysa dixo: sabed hermano Luys, que mi cojera, y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria: con la qual gano de comer, pidiendo por amor de Dios, y abuydandome della, y de mi musica, passo la mejor vida del mundo, en el qual todos aquellos qui no fueren industriosos, y trazistas, moriràn de hambre, y esto lo vereys en el discurso de nuestra amistad. Ello dira, respondio el negro: pero demos orden de boluer esto chapa a su lugar, de modo, que no se eche de ver su mudança. En buenora, dixo Loaysa, y sacando clauos de sus alforjas assentaron la cerradura, de suerte, que estaua tambien como de antes de lo qual quedò contentissimo el negro, y subiendose Loaysa al aposento, que en el pajar tenia el negro, se acomodò lo mejor que pudo. Encendio luego Luys vn

tonadicas nueuas. Esso pido, dixo Luys, y aora no me dexeys de cantar algo, porque me vaya à acostar con gusto: y en lo de la paga entienda el señor pobre, que le he de pagar mejor que vn rico. No reparo en esso, dixo Loaysa, que segun yo os enseñare, assi me pagareys, y por aora escuchad esta tonadilla, que quando este dentro, vereys milagros. Sea en buenora, respondio el negro: y acabado este largo coloquio, canto Loaysa vn Romãzito agudo, con que dexò al negro tan contento, y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta. Apenas se quitò Loaysa de la puerta, quando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fue à dar cuenta à sus consejeros de su buen comienço, adiuino del buen fin, que por el esperaua: hallosos, y conto lo que con el negro dexaua cencertado, y otro dia hallaron los instrumentos tales que ropian qualquier clauo, como si fuera de palo. No se descuydo el virote de boluer à dar musica al negro, ni menos tuuo descuydo el negro en hazer el agujero por donde cupiesse lo que su maestro le diesse, cubriendo lo de manera, que à no ser mirado con milicia, y sospechosamente, no se podia caer en el agujero. La segũda noche le dio los instrumẽtos Loaysa, y Luys prouò sus fuerças, y casi sin poner alguna se hallò rompidos los clauos, y cõ la chapa de la cerradura en las

manos,

manos, abrio la puerta, y recogiò dentro à sa Orfeo, y maestro: y quando le vio cõ sus dos muletas, y tan handrajoso, y tan fajada su pierna, quedò admirado. No lleuaua Loaysa el parche en el ojo, por no necessario, y assi como entrò, abraço à su buen discipulo, y le beso en el rostro, y luego le puso vna gran bota de vino en las manos, y vna caxa de cõserua, y otras cosas dulces, de que lleuaua vnas alforjas bien proueydas. Y dexando las muletas, como si no tuuiera mal alguno, començo à hazer cabriolas: de lo qual se admirò mas el negro, à quien Loaysa dixo: sabed hermano Luys, que mi cojera, y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria: con la qual gano de comer, pidiendo por amor de Dios, y abuydandome della, y de mi musica, passo la mejor vida del mundo, en el qual todos aquellos qui no fueren industriosos, y trazistas, moriràn de hambre, y esto lo vereys en el discurso de nuestra amistad. Ello dira, respondio el negro: pero demos orden de boluer esto chapa a su lugar, de modo, que no se eche de ver su mudança. En buenora, dixo Loaysa, y sacando clauos de sus alforjas assentaron la cerradura, de suerte, que estaua tambien como de antes de lo qual quedò contentissimo el negro, y subiendose Loaysa al aposento, que en el pajar tenia el negro, se acomodò lo mejor que pudo. Encendio luego. Luys vn

torçal de cera, y sin mas aguardar sacò su guitarra Loaysa, y tocandola baxa, y suauemente suspendio al pobre negro de manera, que estaua fuera de si escuchandole: auiendo tocado vn poco sacò de nueuo colacion, y diola a su discipulo, y aunque con dulce, beuiò con tan buen talante de la bota, que le dexò mas fuera de sentido, que la musica. Passado esto, ordenò que luego tomasse licion Luys, y como el pobre negro tenia quatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaua traste y con todo esso le hizo creer Loaysa, que ya sabia por lo menos dos tonadas, y era lo bueno, que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer cō la guitarra destemplada, y sin las cuerdas necessarias. Durmieron lo poco que de la noche les quedaua: y à obra de las seys de la mañana baxò Carrizales, y abrio la puerta de enmedio, y tambien la de la calle, y estuuo esperando al despensero, el qual vino de alli à vn poco, y dādo por el torno la comida, se boluiò à yr, y llamò al negro, que baxasse à tomar cebada, para la mula, y su racion, y en tomandola, se fue el viejo Carrizales, dexādo cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se auia hecho, de que no poco se alegraron maestro, y discipulo. Apenas salio el amo de casa, quando el negro arrebatò la guitarra, y començo à tocar de tal manera, que todas

das las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: Que es esto Luys, de quãdo acà tienes tu guitarra, ò quien te la ha dado? Quien me la ha dado? respondio Luys, el mejor musico que ay en el mũdo, y el que me ha de enseñar en menos de seys dias, mas de seys mil sones. Y donde esta esse musico? pregunto la dueña. No està muy lexos de aqui, respõdio el negro, y si no fuera por verguença, y por el temor que tengo à mi señor, quixà os le enseñara luego, y à fè, que os holgassedes de verle. Y adonde puede el estar, que nosotras le podamos ver? replicò la dueña, si en esta casa ja mas entrò otro hõbre que nuestro dueño? Aora bien, dixo el negro, no os quiero dezir nada, hasta que veays lo que yo sè, y el me ha enseñado en el breue tiempo que he dicho. Por cierto, dixo la dueña; que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sè quien te pueda sacar musico con tanta breuedad. Andan, dixo el negro, que lo oyreys, y lo vereys algun dia. No puede ser esso, dixo otra donzella, porque no tenemos ventanas à la calle, para poder ver, ni oyr à nadie. Bien esta, dixo el negro, que para todo ay remedio, sino es para escusar la muerte: y mas, si vosotras sabeys, ò quereys callar. Y como que callaremos hermano Luys, dixo vna de las esclauas, callaremos mas que si fuessemos mudas; porque te prometo

meto amigo, que me muero por oyr vna buena voz, que despues que aqui nos emparedaron, ni aun el canto de los paxaros auemos oydo. Todas estas platicas estaua escuchando Loaysa con grandissimo contento, pareciendole, que todas se encaminauan à la consecucion de su gusto, y que la buena suerte auia tomado la mano en guiarlas à la medida de su voluntad. Despidieronse las criadas con prometerles el negro, que quando menos se pensassen, las llamaria à oyr vna muy buena voz: y con temor que su amo boluiesse, y le hallasse hablando con ellas, las dexò, y se recogio à su estancia, y clausura. Y Quisiera tomar licion, pero no se atreuiò à tocar de dia, porque su amo no le oyesse, el qual vino de alli à poco espacio, y cerrando las puertas, segun su costumbre se encerrò en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dixo Luys à vna negra, que se lo daua, que aquella noche, despues de dormido su amo, baxassen todas al torno à oyr la voz que les auia prometido, sin falta alguna. Verdad es, que antes que dixosse esto, auia pedido con muchos ruegos a su maestro fuesse contento de cantar, y tañer aquella noche al torno, porque el pudiesse cumplir la palabra que auia dado, de hazer oyr à las criadas vna voz estremada, assegurãdole, que seria en estremo regalado da todas ellas. Algo se hixo de rogar el mae-
stro

ſtro de hazer lo que el mas deſſeaua: pero al fin dixo, que haria lo que ſu buen diſcipulo pedia, ſolo por darle guſto, ſin otro interès alguno. Abraçole el negro, y diole vn beſo en di carillo, en ſeñal del contento, que le auia cauſado la merced prometida, y aquel dia dio de comer à Loayſa tambien, como ſi comiera en ſu caſa, y aun quizà mejor, pues pudiera ſer, qua en ſu caſa le faltara. Llegoſe la noche, y en la mitad della, ò poco menos començaron à cecear en el torno, y luego entendio Luys, que era la cafila que auia llegado, y llamando à ſu maeſtro, baxaron del pajar con la guitarra bien encordada, y mejor templada. Preguntò Luys, quien, y quantas eran las que eſcuchauan? Reſpondieronle, que todas, ſino ſu ſeñora, que quedaua durmiendo con ſu marido, de que le pesò à Loaysa: però cō todo eſſo quiſo dar principio à ſu diſignio, y contentar à ſu diſcipulo, y tocando manſamente la guitarra, tales ſones hizo, que dexò admirado al negro, y ſuſpenſo el rebaño de las mugeres, que le eſcuchaua. Pues que dirè de lo que ellas ſintieron, quando le oyeron tocar el peſame dello, y acabar con el endemoniado ſon de la çarabanda, nueuo entonces en Eſpaña. No quedò vieja por baylar, ni moça que no le hizieſſe pedaços, todo à la ſorda, y con ſilencio eſtraño, poniendo cētinelas, y eſpias que auiſaſſen, ſi el viejo deſ-

despertaua. Cantò assimismo Loaysa coplillas de la segunda, con que acabò de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dixesse, quien era tan milagroso musico? El negro les dixo, que era vn pobre mendigante, el mas galan, y gentilhombre q̃ auia en toda la pobreria de Seuilla. Rogaronle, que hiziesse de suerte, que ellas le viessen, y que no le dexasse yr en quinze dias de casa: q̃ ellas le regalarian muy bien, y darian quanto huuiesse menester. Preguntaronle, que modo auia tenido, para meterle en casa? A esto no les respõdio palabra: à lo demas dixo, que para poderle ver, hiziessen vn agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera: y que à lo de tenerle en casa, que el lo procuraria. Hablolas tambien Loaysa, ofreciendoseles à su seruicio, cõ tan buenas razones, que ellas echaron de ver, que no salian de ingenio de pobre mendigante. Rogaronle, que otra noche viniesse al mismo puesto, que ellas harian con su señora, que baxasse à escucharle, à pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus muchos años, sino de sus muchos zelos. A lo qual dixo Loaysa, que si ellas gustauan de oyrle, sin sobresalto del viejo, que el les daria vnos poluos, que le echassen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiẽpo del ordinario. Iesus valme, dixo vna de

de las donzellas, y si esso fuesse verdad, que buena ventura se nos auria entrado por las puertas, sin sentillo, y sin merecello. No serian ellos poluos de sueño para el, siño poluos de vida para todas nosotras, y para la pobre de mi señora Leonora su muger, que no la dexa à sol, ni à sombra, ni la pierde de vista vn solo momento. Ay señor mio de mi alma, trayga essos poluos, assi Dios le de todo el bien que dessea: vaya, y no tarde, trayaglos señor mio, que yo me ofrezco à mezclarlos en el vino, y à ser la escanciadora: y pluguiesse à Dios, que durmiesse el viejo tres dias con sus noches, que otros tãtos tendriamos nosotras de gloria. Pues yo los trayrè, dixo Loaysa, y son tales, que no hazen otro mal, ni daño à quien los tomas, sino es prouocarle à sueño pesadissimo. Todas le rogaron que los truxesse con breuedad, y quedando de hazer otra noche con vna barrena el agujero en el torno, y de traer à su señora, para que le viesse, y oyesse, se despidieron, y el negro, aunque era casi el alua, quiso tomar licion, la qual le dio Loaysa, y le hizo entender, que no auia mejor oydo que el suyo, en quantos discipulos tenia, y no sabia el pobre negro, ni lo supo jamas hazer vn cruzado. Tenian los amigos de Loaysa cuydado de venir de noche à escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su

ami-

amigo les dezia algo, ò si auia menester alguna cosa y haziendo vna señal, que dexaron cõcertada, conocio Loaysa, que estauan à la puerta, y por el agujero del quicio les dio breue cuenta del buen termino en que estaua su negocio, pidiendoles encarecidamente buscassen alguna cosa que prouocasse à sueño, para darselo à Carrizales, que el auia oydo dezir, que auia vnos poluos para este efeto: dixerõle, que tenian vn medico amigo, que les daria el mejor remedio, que supiesse, si es que la auia, y animandole à proseguir la empressa, y prometiendole de boluer la noche siguiente con todo recaudo, apriessa se despidieron. Vino la noche, y la vãda de las palomas acudio al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa, y temblando, de que no despertasse su marido: que aunque ella vencida deste temor, no auia querido venir, tantas cosas le dizeron sus criadas, especialmente la dueña, de le suauidad de la musica, y de la gallarda disposicion del musico pobre, que sin auerle visto le alabaua, y le subia sobre. Absalon; y sobre Orfeo, que la pobre señora conuencida, y persuadida dellas, huuo de hazer lo que no tenia, ni tuuiera jamas en voluntad. Lo primero que hizieron, fue barrenar el torno, para ver al musico, el qual no estaua ya en habitos de pobre, sino con vnos calçones grandes de tafetan leonado,

do, anchos à la marineteſca, vn jubon de lo miſmo con trenzillas de oro, y vna montera de raſo de la miſma color, con cuello almidonado con grandes puntas, y encaje, que de todo vino proueydo en las alforjas, imaginando, que ſe auia de ver en ocaſion, que le conuinieſſe mudar de trage. Era moço, y de gentil diſpoſicion, y buen parecer: y como auia tanto tiempo que todas tenian hecha la viſta a mirar al viejo de ſu amo, parecioles, que mirauan à vn Angel. Poniaſe vna al agujero para ver le, y luego otra: y porque le pudieſſen ver mejor, andaua el negro paſſeandole el cuerpo de arriba à baxo con el torçal de cera encẽdido. Y deſpues que todas le huuieron viſto, haſta las negras boçales, tomò Loayſa la guitarra, y cantò aquella noche tan eſtremadamente, que las acabò de dexar ſuſpenſas, y atonitas à todas, aſsi à la vieja, como à las moças, y todas rogaron à Luys dieſſe orden y traça, como el señor ſu maeſtro entraſſe alla dentro, para oyrle, y verle de mas cerca, y no tan por bruxula, como por el agujero, y ſin el ſobreſalto de eſtar tan apartadas de ſu señor, que podia cogerlas de ſobreſalto, y con el hurto en las manos: lo qual no ſucederia anſi, ſi le tuuieſſen eſcondido dentro. A eſto contradixo ſu señora con muchas veras, diziendo, que no ſe hizieſſe la tal coſa, ni

la tal

la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde alli le podian ver, y oyr a su saluo, y sin peligro de su honra. Que honra? (dixo la dueña) el Rey tiene harta: estese vuessa merced encerrada con su Matusalen, y dexenos à nosotras holgar como pudieremos. Quanto mas que este señor parece tan honrado, que no querra otra cosa de nosotras, mas de lo que nosotras quisieremos. Yo señoras mias (dixo à esto Loaysa) no vine aqui, sino con intencion de seruir à todas vuessas mercedes con el alma, y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos q̃ en este estrecho genero de vida se pierden. Hombre soy yo por vida de mi padre tan senzillo, tan manso, y de tan buena condicion, y tan obediente, que no harè mas de aquello que se me mandare: y si qualquiera de vuessas mercedes dixere: Maestro sientese aqui, maestro passesse alli, echaos acà, passaos acullà, assi lo hare, como el mas domestico, y enseñado perro, que salta por el Rey de Francia. Si esso ha de ser assi, dixo la ignorante Leonora, que medio se darà para que entre acà dẽtro el señor maesso? Bueno, dixo Loaysa, vuessas mercedes pugnen por sacar en cera la llaue desta puerta de en medio, que yo harè, que mañana en la noche venga hecha otra tal, que nos pueda seruir. En sacar essa llaue, dixo vna donzella, se sacan las de toda la casa, porque

es

es llaue maeſtra. No por eſſo ſerà peor, replicò Loayſa. Aſſi es verdad, dixo Leonora, pero ha de jurar eſte ſeñor primero, que no ha de hazer otra coſa, quando eſtè acà dentro, ſino cantar, y tañer, quãdo ſe lo mandaren, y que ha de eſtar encerrado, y quedito, donde le puſieremos. Si juro, dixo Loayſa. No vale nada eſſe juramento, reſpondio Leonora, que ha de jurar por vida de ſu padre, y ha de jurar la Cruz, y beſalla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dixo Loayſa, y por eſta ſeñal de Cruz, que la beſo con mi boca ſuzia, y haziendo la Cruz con dos dedos, la besò tres vezes. Eſto hecho, dixo otra de las donzellas, mire ſeñor, q̃ no ſe le oluide aquello de los poluos, que es el tuauten de todo. Con eſto ceſsò la platica de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la ſuerte, que de bien en mejor encaminaua los negocios de Loayſa, truxo à aquellas horas, que eran dos deſpues de la media noche, por la calle à ſus amigos, los qnales haziendo la ſeñal acoſtumbrada, que era tocar vna trompa de Paris. Loayſa los hablò, y les dio cuẽta del termino en que eſtaua ſu pretenſion, y les pidio, ſi traian los poluos, ò otra coſa, como ſe la auia pedido, para que Carrizales durmieſſe: dixoles aſſimiſmo lo de la llaue maeſtra. Ellos le dixeron, que los poluos, ò vn vnguento vendria la ſiguiente noche

de tal virtud,que vntados los pulsos,y las sienes cō el, causaua vn sueño profondo, sin que del se pudiesse despertar en dos dias, sino era lauandose con vinagre todas las partes,que se auian vntado,y que se les diesse la llaue en cera,que assimismo la harian hazer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa, y su discipulo durmieron lo poco que de la noche les quedaua,esperando Loaysa con gran desseo la venidera;por ver, si se le cumplia la palabra prometida de la llaue. Y puesto, que el tiempo parece tardio,y pereçoso à los que en el esperan,en fin corre à las parejas con el mismo pensamiento, y llega el termino que quiere, porque nunca para,ni sossiega. Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa grandes,y chicas,negras, y blancas, porque todas estauan desseosas de ver dentro de su Serrallo al señor musico:pero no vino Leonora: y preguntādo Loaysa por ella, le respondieron:que estaua acostada con su velado, el qual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llaue,y despues de auer cerrado,se la ponia debaxo de la almohada, y que su señora les auia dicho, que en durmiendose el viejo, haria por tomarle la llaue maestra,y sacarla en cera,que ya lleuaua preparada,y blanda, y que de alli à vn poco auian de yr à requerir la por vna gatera.

Mara-

Marauillado quedò Loaysa del recato del viejo, pero no por esto se le desmayò el desseo. Y estando en esto oyò la trompa de Paris, acudio al puesto, hallò à sus amigos, que le dieron vn botezico de vnguento, de la propiedad que le auian significado: tomolo Loaysa, y dixoles, que esperassen vn poco, que les daria la muestra de la llaue: boluiose al torno, y dixo à la dueña, que era la que con mas ahinco mostraua dessear su entrada, que se lo lleuasse à la Señora Leonora, diziendole la propiedad que tenia, y que procurasse vntar à su marido con tal tiento, que no lo sintiesse, y que veria marauillas. Hizolò assi la dueña, y llegandose à la gatera, hallò que estaua Leonora esperando tendida en el suelo de largo à largo, puesto el rostro en la gatera. Llegò la dueña, y tendiendose de la misma manera, puso la boca en el oydo de su señora, y con voz baxa le dixo, que traya el vn vnguento, y de la manera que auia de prouar su virtud. Ella tomò el vnguento, y respondio à la dueña, como en ninguna manera podia tomar la llaue à su marido, porq̃ no la tenia debaxo de la almohada, como solia, sino entre los dos colchones, y casi debaxo de la mitad de su cuerpo: pero q̃ dixesse al maesso, que si el vnguento obraua, como el dezia, con facilidad sacarian la llaue todas las vezes que quisiessen, y ansi no seria necessario sacarla en cera: dixo

que fuesse à dezirlo luego, y boluiesse à ver lo que el vnguento obraua, porque luego luego le pensaua vntar à su velado. Baxò la dueña à dezirlo al maesso Loaysa, y el despidio à sus amigos, que esperando la llaue estauan. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegò Leonora à vntar los pulsos del zeloso marido, y assimismo le vntò las ventanas de las narizes: y quando à ellas le llegò, le parecia que se estremecia, y ella quedò mortal, pareciendole, q̃ la auia cogido en el hurto. En efeto, como mejor pudo, le acabò de vntar todos los lugares, que le dixeron ser necessarios, que fue lo mismo, que auerle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardò el alopiado vnguento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego començò à dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oyr en la calle, musica à los oydos de su esposa, mas acordada que la del maesso de su negro. Y aun mal segura de lo que veìa, se llegò à el, y le estremecio vn poco, y luego mas, y luego otro poquito mas por ver si despertaua: y a tanto se atreuio, que le boluio de vna parte à otra, sin que despertasse. Como vio esto, se fue à la gatera de la puerta, y con voz no tan baxa como la primera, llamò à la dueña, que alli la estaua esperando, y le dixo: Dame albricias hermana, que Carrizales duerme mas que vn

muerto.

muerto. Pues à que aguardas à tomar la llaue, señora, dixo la dueña, mira que esta el musico aguardandola mas ha de vna hora. Espera hermana, que ya voy por ella, respondio Leonora, y boluiendo à la cama, metiò la mano por entre los colchones, y sacò la llaue de vn medio dellos, sin que el viejo lo sintiesse: y tomandola en sus manos, començò à dar brincos de contento, y sin mas esperar abriò la puerta, y la presentò à la dueña, q̃ la recibio con la mayor alegria del mundo. Mandò Leonora, que à fuesse abrir al musico, y que le truxesse à los corredores, porque ella no osaua quitarse de alli, por lo que podia suceder, pero que ante todas cosas hiziesse, que de nueuo ratificasse el juramento, que auia hecho, de no hazer mas de lo que ellas le ordenassen, y q̃ si no le quisiesse confirmar, y hazer de nueuo, en ninguna manera le abriessen. Assi serà dixo la dueña, y à fè que no ha de entrar, si primero no jura, y rejura, y besa la Cruz seys vezes. No le pongas tassa, dixo Leonora, besela el, y sean las vezes q̃ quisiere: pero mira que jure la vida de sus padres, y por todo aq̃llo q̃ bien quiere, porq̃ con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oyrle cantar, y tañer, q̃ en mi anima q̃ lo haze delicadamẽte, y anda no te detẽgas mas, porq̃ no se nos passe la noche en platicas. Alçose las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se

puso en el torno, donde estaua toda la gente de casa esperandola: y auiendoles mostrado la llaue que traia, fue tanto el contento de todas, que la alçaron en peso como à Catredatico, diziendo: Viua, viua: y mas quando les dixo, que no auia necessidad de contrahazer la llaue: porque segun el vntado viejo dormia, bien se podian aprouechar de la de casa todas las vezes que la quisiessen. Ea pues amiga, dixo vna de las donzellas, abrase essa puerta, y entre este señor, que ha mucho que aguarda, y demonos vn verde de musica, que no aya mas que ver. Mas ha de auer que ver, replicò la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dixo vna de las esclauas, que no repararà en juramentos. Abriò en esto la dueña la puerta, y teniendo la entreabierta, llamò à Loaysa, que todo lo auia estado escuchando por el agujero del tornò: el qual llegandose à la puerta, quiso entrarse de golpe, mas poniendole la dueña la mano en el pecho le dixo: Sabrà vuessa merced señor mio que en Dios, y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa, somos donzellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora: y aunque yo deuo de parecer de quarenta años no teniẽdo treynta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy mal pecado: y si a caso parezco vieja, corri-

rimientos, trabajos, y desabrimiétos echã vn cero à los años, y a vezes dos, segun se les antoja. Y siendo esto ansi, como lo es, no seria razon, que a trueco de oyr dos, ò tres, ò quatro cantares, nos pusiessemos a perder tanta virginidad, como aqui se encierra: porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es donzella. Assi, q̃ señor de mi coraçon, vuessa merced nos ha de hazer primero, que entre en nuestro Reyno vn muy solene juramento, de que no ha de hazer mas de lo que nosotras le ordenaremos: y si le parece, que es mucho lo que se le pide, considere, que es mucho mas lo que se auentura. Y si es, que vuessa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien, y rebien ha dicho la señora Marialonso, dixo vna de las donzellas, en fin como persona discreta, y que esta en las cosas como se deue y si es que el señor no quiere jurar, no entre acà dentro. A esto dixo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mi mas que nunca jura, entre con tododiablo, que aunque mas jura, si acà estas, todo oluida. Oyò con gran sossiego Loaysa la arẽga de la señora Marialonso, y cõ graue reposo, y autoridad respõdio: Por cierto señoras hermanas, y cõpañeras mias, que nunca mi intento fue, es, ni sera otro, que daros gusto y contento, en quantos mis fuerças alcançaren: y assi no se me hara cuesta arri-

ba este juramẽto, que me piden: pero qui-
siera yo, que se fiara algo de mi palabra,
porque dada de tal persona como yo so-
y, era lo mismo que hazer vna obligaciõ
guarẽtigia, y quiero hazer saber à v. m.
q̃ debaxo del sayal ay al, y que debaxo
de mala capa, suele estar vn biẽ beuedor.
Mas para que todas esten seguras de mi
buen desseo, determino de jurar como
Catholico, y buen varon, y assi juro por
la intemerata eficacia, donde mas santa,
y largamente se contiene y por las entra
das, y salidas del santo Libano monte, y
por todo aquello que en su prohemio en-
cierra la verdadera historia de Carloma-
gno, con la muerte del Gigãte Fierabras,
de no salir, ni passar del juramento he-
cho, y del mandamiento de la mas mini-
ma, y desechada destas señoras, so pena,
que si otra cosa hiziere, ò quisiere hazer
desde aora para entonces, y desde enton-
ces para aora lo doy por nulo, y no he-
cho, ni valedero. Aqui llegaua con su
juramento el buen Loaysa, quando vna
de las dos donzellas, que con atencion le
auia estado escuchando, dio vna grã voz,
diziendo: este si, que es juramento para
enternecer las piedras: mal aya yo, si mas
quiero que jures, pues con solo lo jurado
podias entrar en la misma sima de Ca-
bra: y assiendole de los greguescos, le me
tio dentro, y luego todas las demas se le
pusie-

pusieron à la redonda, luego fue vna à dar las nueuas à su señora, laqual estaua haziendo centinela al sueño de su esposo: y quando la mensagera le dixo, que ya subia el musico, se alegrò, y se turbò en vn punto: y preguntò, si auia jurado? respondiole que si, y con la mas nueua forma de juramento, que en su vida auia visto. Pues si ha jurado, dixo Leonora, assido le tenemos: ò que auisada que anduue en hazelle que iurasse. En esto llegò toda la caterua junta, y el musico en medio, alumbrandolos el negro, y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa à Leonora, hizo muestras de arrojarse le à los pies, para besarle las manos. Ella callando, y por señas le hizo leuantar, y todas estauan como mudas, sin osar hablar, temerosas, que su señor las oyesse: lo qual considerado por Loaysa, les dixo, que biẽ podian hablar alto, porque el vnguento con que estaua vntado su señor, tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia à vn hõbre como muerto. Assi lo creo yo, dixo Leonora, que si assi no fuera, ya el huuiera despertado veynte vezes, segun le hazen de sueño ligero sus muchas indisposiciones: pero despues que le vntè, ronca como vn animal. Pues esso es assi, dixo la dueña, vamonos à aquella sala frontera, donde podremos oyr cantar aqui al señor, y regozijarnos vn poco. Vamos, dixo Leonora, pero quedese aqui Guiomar por guarda, que nos a-

uise, si Carrizales despierta. A lo qual respondio Guiomar: yo negra quedo, blancas van, Dios perdone à todas. Quedose la negra, fueronse à la sala, donde auia vn rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso vna vela, començò à mirar de arriba à baxo al bueno del musico, y vna dezia: ay que copete que tiene tan lindo y tan rizado: otra, ay que blancura de dientes, mal año para piñones mondados, que mas blancos, ni mas lindos sean. Otra: Ay que ojos tan grãdes, y tan rasgados: y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas. Esta alabaua la boca; aquella los pies, y todas juntas hizieron del vna menuda anotomia, y petitoria: sola Leonora callaua, y le miraua, y le yua pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomò la guitarra, que tenia el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogandole, que la tocasse, y que cantasse vnas coplillas, que entonces andauan muy validas en Seuilla, que dezian: Madre la mi madre guardas me poneys. Cumpliole Loaysa su dosseo. Leuantaronse todas, y se començarõ à hazer pedaços baylando. Sabia la dueña las coplas, y cantolas con mas gusto, que buena voz, y fueron estas.

MAdre la mi madre
Guardas me poneys,

Que

Que si yo no me guardo,
No me guardareys.
Dizen que esta escrito,
Y con gran razon,
Ser la priuacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor,
Por esso es mejor,
Que no me encerreys.
Que si yo, &c.
Si la voluntad
Por si no se guarda,
No la haràn guarda
Miedo, ò calidad:
Romperà en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte,
Que vos no entendeys.
Que si yo, &c.
Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa,
Se yrà tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hazer lo que hazeys,
Que si yo, &c.
Es de tal manera
La fuerça amorosa,
Que à la mas hermosa,
La buelue en quimera:

El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana.
De fieltro los pies,
Que si yo no me guardo
Mal me guardareys.

AL fin llegauan de su canto, y bayle el corro de las moças, guiado por la buena dueña, quando llegò Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pie, y de mano, como si tuuiera alferezia, y con voz entre ronca, y baxa dixo: Despierto señor, señora, y señora despierto señor, y leuantas, y viene. Quien ha visto vanda de palomas estar comiendo en el campo, sin miedo lo que agenas manos sembraron, que al furioso estrepito de disparada escopeta se azora, y leuanta, y oluidada del pasto, confusa, y atonita cruza por los ayres, tal se imagine que quedò la vanda, y corro de las bayladoras, pasmadas, y temerosas, oyendo la no esperada nueua, que Guiomar auia traydo, y procurando cada vna su disculpa, y todas juntas su remedio, qual por vna, y qual por otra parte se fueron à esconder por los desuanes, y rincones de la casa, dexando solo al musico, el qual dexando la guitarra, y el canto, lleno de turbacion no sabia que hazerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteauase

uase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin todo era confusion, sobresalto, y miedo. Pero la dueña, como mas astuta, y reportada, dio orden, que Loaysa se entrasse en vn aposento suyo, y que ella, y su señora se quedarian en la sala, que no faltaria escusa que dar à su señor si alli las hallasse. Escondiose luego Loaysa, y la dueña se puso atenta à escuchar, si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobrò animo, y poco à poco, paso ante paso se fue llegando al aposento donde su señor dormia, y oyò que roncaua como primero: q̃ assegurada de que dormia, alço las faldas, y boluio corriendo à pedir albricias à su señora del sueño de su amo, la qual se las mandò de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas las gracias, que ella se imaginaua, que deuia tener el musico: y assi diziendole à Leonora, que esperasse en la sala, en tanto que yua à llamarlo. la dexò, y se entrò donde el estaua, no menos confuso, que pensatino, esperando las nueuas de lo que hazia el viejo vntado. Maldezia la falsedad del vnguento, y quexauase de la crudelidad de sus amigos, y del poco aduertimiento que auia tenido, en no hazer primero la experiencia en otro, antes de hazerla en Carrizales. En esto
llegò

legò la dueña, y se asseguro, que el viejo dormia à mas, y mejor, sossegò el pecho, y estuuo atento à muchas palabras amorosas, que Marialonso le dixo, de las quales coligiò la mala intencion suya, y propuso en si de ponerla por ançuelo, para pescar à su señora. Y estando los dos en sus platicas, las demas criadas que estauan escondidas por diuersas partes de la casa, vna de aqui, y otra de alli boluierō à ver, si era verdad, que su amo auia despertado: y viendo, que todo estaua sepultado en silencio, llegaron a la sala, donde auian dexado à su señora, de la qual supieron el sueño de su amo, y preguntandole por el musico, y por la dueña, les dixo donde estauan, y todas con el mismo silencio, que auian traydo, se llegaron à escuchar por entre las puertas lo que entrambos tratauan: no faltò de la junta Guiomar la negra, el negro si, porque assi como oyò, que su amo auia despertado, se abraçò con su guitarra, y se fue à escon der en su pajar, y cubierto con la manta de su pobre cama, sudaua y trasudaua de miedo: y con todo esso no dexaua de tentar las cuerdas de la guitarra, tanta era (encomendado el sea à Sathanas) la aficion que tenia à la musica. Entreoyeron las moças los requiebros de la vieja, y cada vna le dixo el nombre de las Pasquas: ninguna la llamō vieja, que no fuesse con su epitecto, y adjetiuo de hechizera, y de bar-

barbuda, de antojadiza, y de otros, que por buen respecto se callan: pero lo que mas risa causara, à qui en entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser Portuguessa, y no muy ladina, era estraña la gracia con que la vituperaua. En efeto la conclusion de la platica de los dos fue, que el condecenderia con la voluntad della, quando ella primero le entregasse à toda su voluntad à su señora. Cuesta arriba se le hizo à la dueña ofrezer lo que el musico pedia, pero à trueco de cumplir el desseo, que ya se le auia apoderado del alma, y de los huessos, y medulas del cuerpo, le prometiera los impossibles, que pudieran imaginarse. Dexole, y salio à hablar à su señora: y como vio su puerta rodeada de todas las criadas, les dixo, que se recogiessen à sus aposentos, que otra noche auria lugar, para gozar con menos, ò con ningun sobresalto del musico, que ya aquella noche el alboroto les auia aguado el gusto. Bien entendieron todas, que la vieja se queria quedar sola: pero no pudierō dexar de obedecerla, porque las mandaua à todas. Fueronse las criadas, y ella acudio à la sala à persuadir à Leonora, acudiesse à la volūtad de Loaysa, con vna larga, y tan contertada arenga, que parecio, que de muchos dias la tenia estudiada. Encareciole su gentileza, su valor, su donayre, y sus muchas gracias. Pintole,

de quanto mas gusto le serian los abraços del amãte moço, que los del marido viejo: assegurãdole el secreto, y la duracion del deleyte, cõ otras cosas semejantes à estas, que el demonio le puso en la lẽgua, llenas de colores retoricos tan demõstratiuos, y eficazes, que mouieran no solo el coraçon tierno, y poco aduertido de la simple, è incauta Leonora, sino el de vn endurecido marmol. O dueñas ñacidas, y vsadas en el mundo, para perdicion de mil recatadas, y buenas intenciones; O luengas, y repulgadas tocas escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales y quan al reues de lo que deuiades, vsays de vuestro casi ya forçoso oficio; En fin tãto dixo la dueña, tanto persuadeo la dueña, que Leonora se rindio, Leonora se engañò, y Leonora se perdio, dando en tierra cõ todas las preuenciones del discreto Carrizales, q̃ dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomò Marialonso por la mano à su señora, y casi por fuerça preñados de lagrimas los ojos, la lleuò donde Loaysa estaua, y echãdoles la bendicion con vna risa falsa de demonio, cerrando tras si la puerta, los dexò encerrados, y ella se puso à dormir en el estrado, ò por mejor dezir, à esperar su contento de recudida. Pero como el desuelo de las passadas noches la venciesse, se quedò dormida en el estrado. Bueno fuera en esta sazon preguntar à Carrizales a no saber

que

que dormia, que adonde eſtauan ſus aduertidos recatos? ſus rezelos? ſus aduertimientos? ſus perſuaſiones? los altos muros de ſu caſa, el no auer entrado en ella, ni aun en ſombra alguien que tuuieſſe nõbre de varon? el torno eſtrecho? las grueſſas paredes? las ventanas ſin luz? el encerramiento notable? la gran dote en que à Leonora auia dotado? los regalos continuos que la hazia? el buen tratamiento de ſus criadas, y eſclauas? el no faltar vn pũto à todo aquello que el imaginaua que auian meneſter que podian deſſear? Pero ya queda dicho, que no auia para que preguntarſelo, porque dormia mas de aquello que fuera meneſter? Y ſi el lo oyera, y a caſo reſpondiera, no podia dar mejor reſpueſta, que encoger los ombros, y enercar las cejas, y dezir: Todo aqueſſo derribò por los fundamentos la aſtucia, a lo que yo creo, de vn moço holgazan, y vicioſo, y la malicia de vna falſa dueña, con la inaduertencia de vna muchacha rogada, y perſuadida. Libre Dios à cada vno de tales enemigos, contra los quales no ay eſcudo de prudencia que defienda, ni eſpada de recato que corte: pero con todo eſto el valor de Leonora fue tal, que en el tiẽpo q̃ mas le cõuenia le moſtrò contra las fuerças villanas de ſu aſtuto engañador, pues no fuerõ baſtãtes à vẽcerla, y el ſe cãsò embalde, y ella q̃dò
ven-

vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenò el cielo, que à pesar del vnguento Carrizales despertasse, y como tenia de costumbre, tentò la cama por todas partes, y no hallando en ella à su querida esposa, saltò de la cama despauorido, y atonito, con mas ligereza, y denuedo que sus muchos años prometian: y quando en el aposento no hallò à su esposa, y le vio abierto, y que le faltaua la llaue de entre los colchones, pensò perder el juyzio. Pero reportandose vn poco, salio al corredor, y de alli andando pie ante pie, por no ser sentido llegò à la sala donde la dueña dormia, y viendola sola, sin Leonora, fue al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vio lo que nunca quisiera auer visto, vio lo q̃ diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vio à Leonora en braços de Loaysa durmiendo tan à sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del vnguẽto, y no en el zeloso anciano. Sin pulsos quedò Carrizales con la amarga vista de lo que miraua, la voz se le pegò à la gargãta, los braços se le cayeron de desmayo y quedò hecho vna estatua de marmol frio: y aunque la colera hizo su natural oficio, auiuandole los casi muertos espiritus, pudo tanto el dolor, que no le dexò tomar aliento: y con todo esso tomàra la vengança, que aquella grande maldad requeria, si se hallara con armas, para

ra

ra poder tomarla: y assi determinò boluerse à su aposento à tomar vna daga, y boluer à sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos: y aun cõ toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa necessaria boluio con el mismo silencio, y recato, que auia venido à su estancia, donde le apretò el coraçon tanto el dolor, y la angustia, que sin ser poderoso à otra cosa, se dexò caer desmayado sobre el lecho. Llegose en esto el dia, y cogio a los nueuos adulteros enlazados en la red de sus braços: despertò Marialonso, y quiso acudir por lo que à su parecer le tocaua, pero viendo, que era tarde, quiso dexarlo para la venidera noche. Alborotose Leonora, viendo tan entrado el dia, y maldixo su descuydo, y el de la maldita dueña, y las dos con sobre saltados pasos fueron donde estaua su esposo, rogando entre dientes al cielo, que le hallassen toda via roncando, y quando le vieron encima de la cama callando, creyeron que toda via obraua la vntura, pues dormia, y con gran regozijo se abraçaron la vna à la otra. Llegose Leonora à su marido, y assiendole de vn braço le boluio de vn lado a otro, por ver, si despertaua, sin ponerles en necessidad de lauarse con vinagre, como dezian era menester, para que en si boluiesse. Pero con el mouimiẽte boluio Carrizales de su desmayo, y dãdo

do vn profondo suspiro, con vna voz lamentable, y desmayada dixo: Desdichado de mi, y a que tristes terminos me ha traydo mi fortuna. No entendio bien Leonora lo que dixo su esposo, mas como le vio despierto, y que hablaua, admirada de ver, que la virtud del vnguento no duraua tanto, como auian significado se llegò a el, y poniendo su rostro cō el suyo, teniendole estrechamente abraçado, le dixo: Que teneys señor mio, que me parece que os estays quexando? Oyò la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencasadamente, como atonito, y empelesado los puso en ella, y con grande ahinco, sin mouer pestaña la estuuo mirando vna gran pieça, al cabo de la qual le dixo: Hazedme plazer señora, que luego luego embieys à llamar à vuestros padres de mi parte, porque siento no sè que en el coraçon, que me de grandissima fatiga, y temo, que breuemente me hà de quitar la vida, y querialos ver antes que me muriesse. Sin duda creyò Leonora ser verdad lo q̄ su marido le dezia, pensando antes, que la fortaleza del vnguento, y no lo que auia visto, le tenia en aquel trance: y respondiendole, que haria lo que la mandaua, mandò al negro, que luego al punto fuesse à llamar à sus padres: y abraçandose cō su esposo, le hazia las mayores caricias que jamas le auia hecho, preguntandole,

que

que era lo que sentia, con tan tiernas, y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que mas amaua. El la miraua con el embelesamiento que se ha dicho, siendole cada palabra, ò caricia, que le hazia vna lançada, que le atrauesaua el alma. Ya la dueña auia dicho à la gente de casa, y à Loaysa la enfermedad de su amo, encareciendoles, que deuia de ser de momenro, pues se le auia oluidado de mandar cerrar las puertas de la calle, quando el negro salio à llamar à los padres de su señora: de la qual embaxada assimismo se admiraron, por no auer entrado ninguno dellos en aquella casa, despues que casaron a su hija. En fin todos andauan callados, y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el qual de rato en rato tã profunda, y dolorosamẽte suspiraua, que cõ cada suspiro parecia arrãcarsele el alma. Lloraua Leonora por verle de aquella suerte, y reiase el con vna risa de persona que estaua fuera de si, considerando la falsedad de sus lagrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle, y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio, y sola quedaron admirados, y cõ no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y hallaronle como se hà dicho, siempre clauados los ojos en su esposa, à la qual tenia assida de las manos, derramando los dos muchas lagrimas, ella

con

con no mas ocasion de verlas derramar à su esposo: el por ver, quan fingidamente ella las derramaua. Assi como sus padres entraron, hablò Carrizales, y dixo: Sientense aqui vuessas mercedes, y todos los demas dexen desocupado este aposento, y solo quede la señora dueña Marialonso. Hizieronlo assi, y quedando solos los cinco. Sin esperar que otro hablasse, con sossegada voz, limpiandose los ojos, desta manera dixo Carrizales; Bien seguro esto y padres, y señores mios, que no sera menester traeros testigos, paraque me creays, vna verdad, que quiero deziros: Bien se os deue acordar (que no es possible se os aya caydo della memoria (con quanto amor, con quan buenas entrañas haze oy vn año, vn mes, cinco dias, y nueue horas, que me entregastes à vuestra querida hija, por legitima muger mia. Tambien sabeys con quanta liberalidad la dote, pues fue tal la dote, que mas de tres de su misma calidad se pudieran casar con opinion de ricas. Assimismo se os deue acordar la diligencia que puse en vestirla, y adornarla de todo aquello que ella se acertò à dessear, è yo alcancè à saber, que le conuenia. Ni mas, ni menos aueys visto, señores, como lleuado de mi natural condicion, y temeroso del mal, de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad, en los estraños, y varios acaecimientos del mundo,

do,quiſe guardar eſta joya, que yo eſcogi, y voſotros me diſtes, con el mayor recato que me fue poſſible, alcè las murallas deſta caſa, quitè la viſta à las ventanas de la calle, doblè las cerraduras de las puertas, puſele torno como à Monaſterio, deſterrè perpetuamente della todo aquello que ſombra, ò nombre de varon tuuieſſe: dile criadas, y eſclauas que la ſiruieſſen, ni les neguè à ellas, ni à ella, quanto quiſieron pedirme: hizela mi ygual, comuniquele mis mas ſecretos penſamientos, entreguela toda mi hazienda. Todas eſtas eran obras, para que ſi bien lo conſiderarà, yo viuiera ſeguro de gozar ſin ſobreſalto lo que tanto me auia coſtado, y ella procurarà no darme ocaſion, à que ningũ genero de temor zeloſo entrarà en mi pẽſamiento. Mas como no ſe puede preuenir con diligencia humana el caſtigo, que la voluntad diuina quiere dar à los que en ella no ponen del todo en todo ſus deſſeos, y eſperanças, no es mucho que yo quede defraudado en las mias. Y que yo miſmo aya ſido el fabricador del veneno, que me và quitando la vida. Pero porque veo la ſuſpenſion, en que todos eſtays colgados de las palabras de mi boca, quiero concluyr los largos preambulos deſta platica, con deziros en vna palabra lo que no es poſſible, dezirſe en millares dellas. Digo pues ſeñores, que todo lo que hè dicho, y hecho, ha parado en que eſta madrugada
hallè

hallè à esta nacida en el mundo, para perdicion de mi sossiego, y fin de mi vida (y esto señalando à su esposa) en los braços de vn gallardo mancebo, que en la estancia desta pestifera dueña aora esta encerrado. Apenas acabò estas vltimas palabras Carrizales, quando à Leonora se le cubriò el coraçon, y en las mismas rodillas de su marido se cayò desmayada. Perdio la color Marialonso, y à las gargantas de los padres de Leonora se les atrauersò vn nudo, que no les dexaua hablar palabra. Pero prosiguiendo adelãte Carrizales, dixo: La vengança que pienso tomar desta afrenta, no es, ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse. Pues quiero que assi, como yo fuy estremado en lo que hize, assi sea la vengança que tomare tomandola de mi mismo, como del mas culpado en este delito, que deuiera considerar, que mal podian estar, ni compadecerse en vno los quinze años desta muchacha con los casi ochenta mios. Yo fuy el, que como el gusano de seda me fabriquè la casa donde muriesse, y à ti no te culpo, ò niña mal aconsejada (y diziendo esto se inclinò, y beso el rostro de la desmayada Leonora) no te culpo digo, porque persuasiones de viejas taymadas, y requiebros de moços enamorados facilmente vencen, y triumfan del poco ingenio, que los pocos años encierran. Mas porque todo el mundo

vea

vea el valor de los quilates de la volun-tad, y fe, con que te quiſe, en eſte vltimo tranze de mi vida quiero moſtrarlo de modo que quede en el mundo por exem-plo ſino de bondad, almenos de ſimplici-dad jamas oyda, ni viſta, y aſſi quiero que ſe trayga luego aqui vn eſcriuano, para hazer de nueuo teſtamento, en el qual mandarè doblar la dote à Leonora, y le rogarè, que deſpues de mis dias que ſeràn bien breues, diſponga ſu voluntad, pues lo podrà hazer ſin fuerça, a caſarſe con aquel moço, à quien nunca ofendie-ron las canas deſte laſtimado vieyo: y aſſi vera, que ſi viuiendo jamas ſali vn punto de lo que pude penſar, ſer ſu guſto, en la muerte hago lo miſmo, y quiero que le tenga con el que ella deue de querer tanto. La demas hazienda mãdarè otras obres pias: Y à voſotros, ſeñores mios, dexarè con que podays viuir honrada-mente lo que de la vida os queda. La ve-nida eſcriuano ſea luego, porque la paſſi-on que tengo, me aprieta de manera, que a mas andar me va acortando los paſos de la vida. Eſto dicho le ſobreuino vn ter-rible deſmayo, y ſe dexò caer tan junto de Leonora, que ſe juntaron los roſtros, eſtraño, y triſte eſpectaculo, para los pa-dres que a ſu querida hija, y à ſu ama-do verno mirauan. No quiſo la mala queña eſperar à las reprehenſiones, que pensò le darian los padres de ſu ſeño-ra: y aſſi ſe ſalio del apoſento, y fue à

dezir à Loaysa todo lo que passaua, aconsejandole, que luego al punto se fuesse de aquella casa, que ella tendria cuydado de auisarle con el negro lo que sucediesse, pues ya no auia puertas; ni llaues que lo impidiessen. Admirose Loaysa con tales nueuas, y tomando el consejo, boluio à vestirse como pobre, y fuese à dar cuenta à sus amigos del estraño y nunca visto sucesso de sus amores. En tanto pues que los dos estauan trasportados, el padre de Leonora embio à llamar à vn escriuano amigo suyo, el qual vino à tiempo, que ya auian huelto hija, y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que auia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respectos le pedia, y rogaua se casasse, si à caso el muriesse, con aquel mancebo, que el la auia dicho en secreto. Quando esto oyò Leonora, se arrojò à los pies de su marido, y saltandole el coraçon en el pecho le dixo: Viuid vos muchos años mi señor, y mi bien todo, que puesto caso, que no estays obligado à creerme ninguna cosa de las que os dixere, sabed que no os he ofendido, sino con el pensamiento, y començando à disculparse, y à contar por estenso la verdad del caso, no pudo mouer la lengua, y boluio à desmayarse. Abraçola assi desmayda el lastimado viejo: abraçaronla sus padres: lloraró todos tan amargamente, que obligaron,

y aun

y aun forçaron à que en ellas les acompañasse el escriuano, que hazia el testamento, en el qual dexò de comer à todas las criadas de casa, horas las esclauas, y el negro, y à la falsa de Marialonso no le mandò otra cosa, que la paga de su salario: mas sea lo que fuere, el dolor le apretò de manera que al seteno dia le lleuaron à la sepultura. Quedò Leonora viuda, llorosa, y rica: y quando Loaysa esperaua que cumpliesse lo que ya el sabia que su marido en su testamento dexaua mandado, vio, que dentro de vna semana se entrò Monja en vno de los mas recogidos Monasterios de la ciudad: el despechado, y casi corrido se passò à las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristissimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les auia dexado, y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclauas, y esclauo con la libertad. Y la maluada de la dueña pobre, y defraudada de todos sus malos pensamientos, y yo quedè con el desseo de llegar al fin deste sucesso, exemplo, y espejo de lo poco que ay que fiar de llaues, tornos, y paredes, quando queda la volũtad libre: y de lo menos que ay que confiar de verdes, y pocos años, si les andan al oydo exortaciones destas dueñas de mõgil negro, y tendido, y tocas blancas, y luengas. Solo no sè que fue la causa, que Leonora no puso mas ahinco en el desculpar

se, y darà entender à su zeloso marido, quan limpia, y sin ofensa auia quedado en aquel sucesso: pero la turbacion le atò la lengua, y la priessa que se dio à morir su marido, no dio lugar à su disculpa.

NOVELA

DE LA ILLVSTRE FREGONA.

EN Burgos, ciudad illustre, y famosa, no ha muchos años que en ella viuian dos Caualleros principales, y ricos: el vno se llamaua Don Diego de Carriazo, y el otro don Iuan de Auendaño. El Don Diego tuuo vn hijo, à quien llamò de su mismo nombre: y el don Iuan otro, à quien puso don Tomas de Auendaño. A estos dos Caualleros moços, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por escusar, y ahorrar letras, les llamaremos con solos los nombres de Carriazo, y de Auendaño. Treze años, ò poco mas tendria Carriazo, quando lleuado de vna inclinacion pica-

ca-

caresca, sin forçarle à ello algun mal tratamiento, que sus padres le hiziessen, solo por su gusto, y antojo se desgarrò, como dizen los muchachos, de casa de sus padres, y se fue por esse mundo adelante, tā contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades, y miserias, q̄ trae consigo, no echaua menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar à pie le cansaua, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaua. Para el todos los tiempos del año le eran dulce, y templada Primauera. Tambien dormia en paruas, como en colchones: con tanto gusto se soterraua en vn pajar de vn meson, como si se acostara entre dos sabanas de olanda. Finalmente el salio tan bien con el assumpto de picaro, que pudiera leer cathedra en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardò en parecer, y boluer à su casa, aprendio à jugar à la taba en Madrid, y al Rentoy en las ventillas de Toledo, y à pressa y pinta en pie en las barbacanas de Seuilla. Pero con serle anejo à este genero de vida la miseria, y estrecheza, mostraua Carriazo ser vn Principe en sus cosas: à tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso, y bien partido con sus camaradas. Visitaua pocas vezes las hermitas de Baco: y aunque beuia vino, era tā poco, q̄ nunca pudo entrar en el numero de los

que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beuan demasiada, luego se les pone el rostro, como si se le huuiessen xaluegado con bermellon, y almagre. En fin en Carriazo vio el mundo vn picaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas que medianamente discreto. Passò por todos los grados de picaro, hasta que se graduò de maestro en las almadrauas de Zahara, donde es el finibusterræ de la picaresca. O picaros de cozina, suzios, gordos, y luzios: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodouer, y de la plaça de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Seuilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterua inumerable, que se encierra debaxo deste nombre picaro, baxad el toldo, amaynad el brio, no os llameys picaros, sino aueys cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. Alli, alli, que està en su centro el trabajo junto con la poltroneria. Alli esta la suziedad limpia, la gordura rolliza, la hãbre prompta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas à cada paso, los bayles como en bodas, las seguidillas como en estampa, los Romances cõ estriuos, la poesia sin acciones. Aqui se canta, alli se reniega: acullà se riñe, acà se juega, y por todo se hurta. Alli campea la libertad, y luze el trabajo: alli van, ò embian muchos
padres

padres principales à buſcar à ſus hijos, y los hallan: y tanto ſienten ſacarlos de aquella vida, como ſi los lleuaran à dar la muerte. Pero toda eſta dulçura, que he pintado, tiene vn amargo azibar, que la amarga: y es no poder dormir sueño ſeguro, ſin el temor de que en vn inſtante los traſladan de Zahara à Berberia. Por eſto las noches ſe recogen à vnas torres de la marina, y tienen ſus atajadores, y centinelas, en confiança de cuyos ojos cierran ellos los ſuyos, pueſto que tal vez ha ſucedido, que cētinelas, y atajadores, picaros, mayorales, barcos, y redes, con toda la turbamulta que alli ſe ocupa, hā anochezido en Eſpaña, y amanecido en Tetuan. Pero no fue parte eſte temor, para que nueſtro Carriazo dexaſſe de acudir alli tres Veranos à darſe buen tiēpo. El vltimo Verano le dixo tan bien la ſuerte, que ganò à los naypes cerca de ſetecientos reales, con los quales quiſo veſtirſe, y boluerſe à Burgos, y à los ojos de ſu madre, que auian derramado por el muchas lagrimas. Deſpidioſe de ſus amigos, que los tenia muchos, y muy buenos. Prometioles, que el Verano ſiguiente ſeria cō ellos, ſi enfermedad, ò muerte no lo eſtornaſſe. Dexò con ellos la mitad de ſu alma, y todos ſus deſſeos entregò à aquellas ſecas arenas, que à el le parecian mas freſcas, y verdes, que los campos Eliſeos. Y por eſtar ya acoſtumbrado de caminar à

do vio que se llegaua el tiempo donde auia prometido à sus amigos la buelta, ni le entretenia la caça, en que su padre le ocupaua, ni los muchos, honestos, y gustosos combites, que en aquella cuidad se vsan, le dauan gusto: todo passatiempo le cansaua, y à todos los mayores que se le ofrecian, anteponia el que auia recebido en las Almadrauas. Auendaño su amigo, viendole muchas vezes melancolico, è imaginatiuo, fiado en su amistad, se atreuio à preguntarle la causa, y se obligo à remediarla, si pudiesse, y fuesse menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenerse la encubierta, por no hazer agrauio à la grande amistad que professauan: y assi le contò punto por punto la vida de la Xauega: y como todas sus tristezas, y pensamientos nacian del desseo que tenia de boluer à ella: pintosela de modo, que Auendaño, quando le acabò de oyr, antes à labò, que vituperò su gusto. En fin el de la platica fue disponer Carriazo la voluntad de Auendaño, de manera, que determinò de yrse con el à gozar vn Verano de aquella felicissima vida, que le auia descrito, de lo qual quedò sobremouo contento Carriazo, por parecerle, que auia ganado vn testigo de abono, que calificasse su baxa determinacion. Trazaron ansimismo de juntar todo el dinero que pudiessen: y el mejor modo que hallaron fue, que de alli à dos meses auia

de yr Auendaño à Salamanca, donde por su gusto tres años auia estado estudiãdo las lenguas Griega, y Latina, y su padre queria que passasse adelante, y estudiasse la facultad que el quisiesse: y que del dinero que le diesse, auria para lo que desseauan. En este tiempo propuso Carriazo à su padre, que tenia voluntad de yrse con Auendaño à estudiar à Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Auendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos. Llegose el tiempo de la partida: proueyeron les de dineros, y embiaron con ellos vn ayo que los gouernasse, que tenia mas de hombre de bien, que de discreto. Los padres dieron documentos à sus hijos de lo que auian de hazer, y de como se auian de gouernar, para salir aprouechados en la virtud, y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante deue pretender sacar de sus trabajos, y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostraronse los hijos humildes, y obediẽtes: lloraron las madres, recibieron la bẽdiciõ de todos: pusieronse en camino con mulas propias, y con dos criados de casa, amen del ayo, que se auia dexado crecer la barba, por que diesse autoridad à su cargo. En llegando à la ciudad de Valladolid, dixeron al ayo, que querian estarse en aquel lugar dos dias, para verle, porque

que nunca le auian visto, ni estado en el. Reprehendiolos mucho el ayo, seuera y asperamente la estada, diziendoles, que los que yuan à estudiar con tanta priessa como ellos, no se auian de detener vna hora à mirar niñerias, quanto mas dos dias, y que el formaria escrupulo, si los dexaua detener vn solo punto, y que se partiessen luego, y si no, que sobre esso morena. Hasta aqui se estendia la habilidad del señor ayo, ò mayordomo, como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenian ya hecho su Agosto y su vẽdimia, pues auian ya robado quatrocientos escudos de oro, que lleuaua su mayor: dixeron: que solo los dexasse aquel dia, en el qual querian yr à ver la fuente de Argales, que la començauan à conduzir à la ciudad, con grandes y espaciosos aqueductos. En efeto, aunque con dolor de su anima, les dio licencia, porque el quisiera escusar el gasto de aquella noche, y hazerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas, que ay desde Valdeastillas à Salamanca en dos dias, y no las veynte y dos, que ay desde Valladolid. Pero como vno piensa el bayo, y otro el que le ensilla, todo le sucedio al reuès de lo que el quisiera. Los mancebos con solo vn criado, y à cauallo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron à ver la fuente de Argales, famosa por su antiguedad, y sus aguas, à despecho del caño Dorado, y de

la reuerenda Priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la estremadissima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa, y la Pizarra de la Mancha. Llegaron à Argales, y quando creyò el criado, que sacaua Auendaño de las bolsas del cogin alguna cosa con que beuer, vio que sacò vna carta cerrada, diziendole, que luego al punto boluiesse à la ciudad, y se la diesse à su ayo, y que en dandosela, les esperasse en la puerta del Campo. Obedeciò el criado, tomò la carta, boluiò à la ciudad, y ellos boluieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de alli à dos dias en Madrid, y en otros quatro se vẽdieron las mulas en publica plaça, y huuo quien les fiasse por seys escudos de prometido, y aun quien les diesse el dinero en oro por sus cabales. Vistieronse à lo payo, con tapotillos de dos haldas, çahones, ò çaraguelles, y medias de paño pardo. Ropero huuo, que por la mañana les comprò sus vestidos, y à la noche los auia mudado de manera, q̃ los auia parido. Puestos pues à la ligera, y del modo que Auendaño quiso, y supo, se pusieron en camino de Toledo ad pedem literæ, y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañia à su menester, se las auia comprado. Dexemoslos yr por aora, pues van contentos, y alegres, y boluamos à contar lo que el ayo hizo, quando abrio la carta, que el criado le lle-

uò, y hallò que dezia desta manera: Vuessa merced serà seruido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia, y dar la buelta à Burgos, donde dirà à nuestros padres, que auiendo nosotros sus hijos con madura consideracion cõsiderado, quan mas propias son de los Caualleros las armas que las letras, auemos determinado, de trocar à Salamanca por Bruselas, y à España por Flandes: los quatrocientos escudos lleuamos, las mulas pensamos vender. Nuestra hidalga intencion, y el largo camino, es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgara por tal, si no es cobarde. Nuestra partida es aora, la buelta sera, qnando Dios fuere seruido, el qual guarde à vuessa merced como puede, y estos sus menores discipulos desseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pie en el estriuo, para caminar à Flandes, Carriazo, y Auendaño. Quedò Pedro Alonso suspenso en leyendo la epistola, y acudio presto à su balixa, y el hallarla bazia le acabò de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto, en la mula que le auia quedado, se partiò à Burgos, à dar las nueuas à sus amos cõ toda presteza, porq̃ con ella pusiessen remedio: y diessen traza de alcançar à sus hijos: pero destas cosas no dize nada el Autor desta Nouela, porque assi como dexò puesto à cauallo à Pedro Alonso, boluio à contar de lo q̃ les

sucedio

ſucedio à Auendaño, y à Carriazo à la entrada de Illeſcas, diziendo, que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos moços de mulas, al parecer Andaluzes, en calçones de lienço anchos, jubones acuchillados de angeo, ſus coletos de Ante, dagas de ganchos, y eſpadas ſin tiros, al parecer el vno venia de Seuilla, y el otro yua à ella: el que yua, eſtaua diziendo al otro: Si no fueran mis amos tan adelante, toda via me detuuiera algo mas à preguntarte mil coſas, que deſſeo ſaber, porque me has marauillado mucho con lo q̃ has contado, de que el Conde ha ahorcado à Alonſo Genis, y à Ribera, ſin querer otorgarles la apelacion: O pecador de mi, replicò el Seuillano, armoles el Conde çancadilla, y cogiolos debaxo de ſu juriſdicion, que eran ſoldados, y por cõtrabando ſe aprouechò dellos, ſin que la Audiencia ſe los pudieſſe quitar. Sabete amigo, que tiene vn Berzebù en el cuerpo eſte Conde de Puñonroſtro, que nos mete los dedos de ſu puño en el alma: barrida eſta Seuilla, y diez leguas à la redonda de xacaros, no para ladron en ſus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya ſe ſuena, que dexarà preſto el cargo de Aſſiſtente, porque no tiene condicion, para verſe à cada paſo en dimes, ni diretes con los ſeñores de la Audiencia. Viuan ellos mil años, dixo el que yua à Seuilla, q̃ ſon padres de los miſerables, y amparo

de

de los desdichados: quantos pobretes e-
stan mascando barro, no mas de por la co
lera de vn juez absoluto, de vn Corregi-
dor, ò mal informado, ò bien apassiona-
nado? Mas veen muchos ojos, que dos:
no se apodera tan presto el veneno de la
injusticia de muchos coraçones, como sẽ
apodera de vno solo. Predicador te has
buelto, dixo el de Seuilla, y segun lleuas
la retahila, no acabaras tan presto, y yo
no te puedo aguardar, y esta noche no va
yas à posar donde sueles, sino en la posa-
da del Seuillano, porque veras en ella
la mas hermosa Fregona, que se sabe: Ma-
riñilla la de la venta Tejada es asco en su
comparacion: no te digo mas, sino que
ay fama, que el hijo del Corregidor beue
los vientos por ella: vno dessos mis amos,
que allà van jura, que al boluer que buel
ua al Andaluzia, se ha de estar dos meses
en Toledo, y en la misma posada, solo por
hartarse de mirarla. Ya le dixo yo en se-
ñal vn pellizco, y me lleuo en contracam
bio vn gran torniscon, es dura como vn
marmol, y çahareña como villano de Sa-
yago, y aspera como vna hortiga: Pero
tiene vna cara de Pasqua, y vn rostro de
buen año: en vna mexilla tiene el Sol, y
en la otra la Luna: la vna es hecha de ro-
sas, y la otra de claueles, y en entrambas
ay tambien açuzenas, y jazmines: no te di
go mas, sino que la veas, y veràs, que no
te he dicho nada, segũ lo que te pudiera
dezir,

dezir, acerca de su hermosura. En las dos mulas ruzias, que sabes, que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por muger: pero yo sè, que no me la daran, que es joya para vn Arcipreste, ò para vn Conde. Y otra vez torno à dezir, que alla lo veras, y à Dios, que me mudo. Con esto se despidieron los dos moços de mulas, cuya platica y conuersacion, dexò mudos à los dos amigos, que escuchado la auian, especialmente Auendaño, en quien la simple relacion, que el moço de mulas auia hecho de la hermosura de la Fregona, despertò en el vn intenso desseo de verla: tambien le despertò en Carriazo, pero no de manera, que no desseasse mas llegar à sus Almadrauas, que detenerse à ver las piramides de Egypto, ò otra de las siete marauillas, ò todas juntas. En repetir las palabras de los moços, y en remedar, y contrahazer el modo, y los ademanes, con que las dezian, entretuuieron el camino hasta Toledo, y luego, siendo la guia Carriazo, que ya otra vez auia estado en aquella ciudad, baxando por la sangre de Christo, dieron con la posada del Seuillano: pero no se atreuiauan à pedirla alli, porque su trage no lo pedia. Era ya anochezido, y aunque Carriazo importunaua à Auendaño, que fuessen à otra parte à buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Seuillano, esperando, si caso parecia

cia

cia la tan celebrada Fregona. Entrauase la noche, y la Fregona no salia: desesperauase Carriazo, y Auendaño se estaua quedo: el qual por salir de su intencion, con escusa de preguntar por vnos Caualleros de Burgos, que yuan à la ciudad de Seuilla, se entrò hasta el patio de la posada: y à penas huuo entrado, quando de vna sala que en el patio estaua, vio salir vna moça, al parecer de quinze años, poco mas ò menos, vestida como labradora, con vna vela encendida en vn candelero. No puso Auendaño los ojos en el vestido, y trage de la moça, sino en su rostro, que le parecia ver en el los que suelen pintar de los Angeles: quedò suspenso, y atonito de su hermosura, y no acertò à pregũtarle nada, tal era su suspension y embelesamiento. La moça viendo aquel hombre delante de si, le dixo: Que busca hermano, es por vẽtura criado de alguno de los huespedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondio Auendaño, todo lleno de turbacion y sobresalto. La moça, que de aquel modo se vio respõder, dixo: Vaya hermano norabuena, q̃ las q̃ seruimos; no hemos menester criados: y llamando à su señor le dixo: Mire señor lo que busca este mancebo. Salio su amo, y preguntole que buscaua? El respondio, que a vnos Caualleros de Burgos, que yuan a Seuilla, vno de los quales era su señor, el qual le auia embiado delãte por Al

cala de Henares, donde auia de hazer vn negocio que les importaua: y que junto con esto, le mandò, que se viniesse à Toledo, y le esperasse en la posada del Seuillano, donde vendria à apearse, y que pensaua que llegaria aquella noche, ò otro dia, à mas tardar. Tan buen color dio Auendaño à su mentira, que à la cuenta del huesped passò por verdad, pues le dixo: Quedese amigo en la posada, que aqui podra esperar à su señor hasta que vẽga. Muchas mercedes señor huesped, respondio Auendaño, y mande v. m. que se me dè vn aposento para mi, y vn compañero, que viene conmigo, que esta alli fuera, que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro. En buenora, respondio el huesped, y boluiẽdose à la moça, dixo: Constanzica, di à Arguello, que lleue à estos galanes al aposento del rincon, y que les eche sabanas limpias. Si harè señor, respondio Costança, que assi se llamaua la donzella, y haziendo vna reuerencia à su amo, se les quitò delante, cuya ausencia fue para Auendaño, lo que suele ser al caminante ponerse el Sol, y sobreuenir la noche lobrega, y escura. Con todo esto salio à dar cuenta à Carriazo, de lo que auia visto, y de lo que dexaua negociado. El qual por mil señales conocio como su amigo venia herido de la amorosa pestilẽcia, pero no le quiso dezir nada por entõces, hasta ver, si lo merecia la causa, de

quien

quien nacian las extraordinarias alaban
ças, y grandes hiperboles, con que la bel-
leza de Constança sobre los mismos cie-
los leuantaua. Entraron en fin en la posa-
da, y la Arguello, que era vna muger de
hasta quarenta y cinco años, superinten-
dente de las camas, y adereço de los apo
entos, los lleuò à vno, que ni era de Ca-
ualleros, ni de criados, sino de gente, que
podia hazer medio entre los dos estre-
mos. Pidieron de cenar, respondioles Ar-
guello, que en aquella posada no dauan
de comer à nadie, puesto que guisauan, y
adereçauan lo que los huespedes traian
de fuera comprado: pero que bodegones,
y casas de estado auia cerca, donde sin es-
crupulo de conciencia podian yr à cenar
lo que quisiessen. Tomaron los dos el con
sejo de Arguello, y dieron con sus cuer-
pos en vn bodego, donde Carriazo cenò
lo que le dieron, y Auendaño lo que con
él lleuaua, que fueron pensamiẽtos, è ima
ginaciones. Lo poco, ò nada, que Auen-
daño comia, admiraua mucho a Carria-
zo. Por enterarse del todo de los pensa-
mientos de su amigo, al boluerse à la po-
sada, le dixo: Conuiene que mañana ma-
druguemos, porque antes que entre la ca
lor estemos ya en Orgaz. No estoy en es-
so, respondio Auendaño, porque pienso
antes que desta ciudad me parta, verlo q̃
dizen que ay famoso en ella, como es el Sa
grario, el artificio de Iuanelo, las vistillas
de

dio Carriazo, por los filos que te heri me has muerto, quedese aqui nuestra pendencia, y vamonos a dormir, y amanecerà Dios, y medraremos. Mira Carriazo, hasta aora no has visto a Costança, en viẽdola te doy licencia, para que me digas todas las injurias, ò reprehensiones que quisieres. Ya sè yo en que ha de parar esto, dixo Carriazo, En que? replicò Auendaño. En que yo me yrè con mi Almadraua, y tu te quedaràs con tu Fregona, dixo Carriazo. No serè yo tan venturoso, dixo Auẽdaño. Ni yo tan necio, respondio Carriazo, que por seguir tu mal gusto, dexe de conseguir el bueno mio? En estas platicas llegaron à la posada, y aun se les passò en otras semejantes la mitad de la noche. Y auiendo dormido, à su parecer, poco mas de vna hora, los despertò el son de muchas chirimias, que en la calle sonauan. Sentaronse en la cama, y estuuieron atentos, y dixo Carriazo: Apostarè que es ya de dia, y que deue de hazerse alguna fiesta en vn Monasterio de nuestra Señora del Carmen, que està aqui cerca, y por esso tocan estas chirimias. No es esso respondio Auendaño, porque no ha tanto que dormimos, que pueda ser ya de dia. Estando en esto sintieron llamar à la puerta de su aposento, y preguntando, quien llamaua? respondieron de fuera, diziendo: Mancebos, si quereys oyr vna braua musica, leuãtaos, y assomaos à vna

reja,

reja, que ſale à la calle, que eſtà en aquella ſala frontera, que no ay nadie en ella. Leuantaronſe los dos, y quando abrierõ, no hallaron perſona, ni ſupieron quien les auia dado el auiſo: mas porque oyerõ el ſon de vna harpa, creyeron ſer verdad la muſica, y aſſi en camiſa como ſe hallaron ſe fueron à la ſala donde ya eſtauan otros tres, ò quatro hueſpedes pueſtos à las rejas, hallaron lugar, y de alli à poco, al ſon de la harpa, y de vna vihuela, con marauilloſa voz, oyeron cantar eſte ſoneto, que no ſe le paſsò de la memoria à Auendaño.

RAro humilde ſujeto, que leuantas
A tan excelſa cumbre la belleza,
Que en ella ſe excedia naturaleza
A ſi miſma, y al cielo la adelantas.
Si hablas, ò ſi ries, ò ſi cantas,
Si mueſtras manſedumbre, ò aſpereza,
(Efeto ſolo de tu gentileza)
Las potencias del alma nos encantas.
Para que pueda ſer mas conocida
La ſin par hermoſura que contienes,
Y la alta honeſtidad de que blaſonas.
Dexa el ſeruir, pues deuer ſer ſeruida
De quãtos veen ſus manos, y ſus ſienes
Reſplandecer por cetros, y Coronas.

NO fue meneſter que nadie les dixeſſe à los dos, q̃ aquella muſica ſe daua por Coſtança, pues bien claro lo auia de-

descubierto el Soneto, que sonò de tal manera en los oydos de Auendaño, que diera por bien empleado, por no auerle oydo, auer nacido sordo, y estarlo todos los dias de la vida, que le quedaua, à causa q̃ desde aquel punto la començò à tener tã mala, como quien se hallò traspassado el coraçon de la rigurosa lãça de los zelos, y era lo peor, que no sabia de quien deuia ò podia tenerlos. Pero presto le sacò deste cuydado vno de los que à la reja estauan, diziendo: Que tan simple sea este hijo del Corregidor, que se ande dando musicas à vna Fregona? verdad es, que ella es de la mas hermosas muchachas, que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto auia de solicitarla con tanta publicidad. A lo qual añadio otro de los de la reja: pues en verdad, que he oydo yo dezir por cosa muy cierta, que assi haze ella cuenta del, como si no fuesse nadie: apostarè que se esta ella agora durmiendo sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dizen que duerme, sin acordarse de musicas, ni canciones. Assi es la verdad, replicò el otro, porque es la mas honesta dõzella que se sabe, y es marauilla, que con estar en esta casa de tanto trafago, y donde ay cada dia gente nueua, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo. Cõ lo que oyò Auendaño, tornò à reuiuir, y cobrar aliento, para poder escuchar

otras muchas cosas, que al son de diuersos instrumentos los musicos cantaron, todas encaminadas à Costança, laqual, como dixo el huesped, se estaua durmiendo sin ningun cuydado. Por venir el dia, se fueron los musicos, despidiendose con las chirimias. Auendaño y Carriazo, se boluieron à su aposento, donde durmio el que pudo hasta la mañana: la qual venida, se leuantaron los dos, entrambos con desseo de ver à Costança: pero el desseo del vno, era desseo curioso, y el del otro desseo enamorado. Pero à entrambos se los cumplio, Costança saliendo de la sala de su amo, tan hermosa, que à los dos les pareciò, que todas quantas alabanças le auia dado el moço de mulas, eran cortas, y de ningun encarecimiento. Su vestido era vna saya, y corpiños de paño verde, con vnos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran baxos, pero la camisa alta, plegado el cuello; con vn cabeçon labrado de seda negra, puesta vna gargantilla de estrellas de azabache, sobre vn pedaço de vna coluna de alabastro, que no era menos blanca su garganta: ceñida con vn cordon de San Francisco, y de vna cinta pendiente al lado derecho vn gran manojo de llaues: no traia chinelas, sino çapatos de dos suelas colorados, con vnas calças, que no se le parecien, sino quanto por vn perfil mostrauan tambien ser coloradas. Traia trançados los cabellos

los

los con vnas cintas blancas de hiladillo; pero tan largo el trançado, que por las espaldas le passaua della cintura: el color salia de castaño, y tocaua en rubio, pero al parecer tan limpio, tan ygual, y tan peynado, que ninguno, aunque fuera de hebreas de oro, se le pudiera comparar. Pendianle de las orejas dos calabazillas de vidrio, que parecian perlas, los mismos cabellos le seruian de garbin, y de tocas. Quando salio de la sala, se persignò, y santiguò, y con mucha deuocion, y sossiego hizo vna profunda reuerencia à vna imagen de nuestra Señora, que en vna de las paredes del patio estaua colgada: y alçando los ojos vio à los dos, que mirandola estauan, y apenas los huuo visto, quando se retirò, y boluio à entrar en la sala, desde la qual dio vozes à Arguello, que se leuantasse. Resta aora por dezir, que es lo que le parecio à Carriazo de la hermosura de Costança: que de lo que parecio à Auendaño, ya està dicho, quando la vio la vez primera: no digo mas, sino que à Carriazo le parecio tambien como à su compañero: pero enamorole mucho menos, y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus Almadrauas. En esto à las vozes de Costança salio à los corredores la Arguello, con otras dos mozetonas, tambien criadas de casa, de quien se dize, que eran Ga-

llegas, y el auer tantans lo requeria la mucha gente que acude a la posada del Seuillano, que es vna de las mejores, y mas frequentadas, que ay en Toledo. Acudieron tābien los moços de los huespedos à pedir cebada, salio el huesped de casa à darsela, maldiziendo à sus moças, que por ellas se le auia ydo vn moço que la solia dar, con muy buena cuenta y razon, sin que le huuiesse hecho menos, a su parecer, vn solo grano. Auendaño q̄ oyò esto, dixo, no se fatigue señor huesped, deme el libro de la cuenta, que los dias que huuiere de estar aqui, yo la tendrè tan buena en dar la cebada, y paja, que pidieren, que no eche menos al moço que dize, que se le ha ydo. En verdad que os lo agradezca mancebo, respondio el huesped, porque yo no puedo atēder a esto, que tengo otras muchas cosas à que acudir fuera de casa. Baxad daroshe el libro, y mirad, que estos moços de mulas son el mismo diablo, y hazen trampantojos vn celemin de cebada, con menos conciencia, que si fuesse de pala. Baxò al patio Auendaño, y entregose en el libro, y començò a despachar celemines como agha, y a assentarlos por tan buen orden, que el huesped, que lo estaua mirando, quedò contento, y tanto, que dixo. Pluguiesse a Dios, que vuestro amo no viniesse, y que à vos os diesse gana de quedaros en casa, que a fe, que otro

gallo

allo os contasse: porque el moço que se
ue fue, vino à mi cosa aurà ocho meses
oto, y flaco, y aora lleua dos pares de ve-
idos muy buenos, y va gordo como vna
utria. Porque quiero que sepays hijo,
ue en esta casa ay muchos prouechos
men de los salarios. Si yo me quedasse,
eplicò Auendaño, no repararia mucho
n la ganancia, que con qualqniera cosa
e contentaria, à trueco de estar en esta
iudad, que me dizen que es la mejor de
spaña. Alomenos, respondio el hues-
ed, es de las mejores, y mas abundan-
es, que ay en ella: mas otra cosa nos fal-
a aora, que es buscar quien vaya por
gua al rio, que tambien se me fue otro
noço, que con vn asno que tengo famo-
o me tenia rebosādo las tinajas, y hecha
n lago de agua la casa. Y vna de las
ausas porque los moços de mulas se huel
an de traer sus amos à mi posada, es por
a abundancia de agua, que hallan siem-
ore en ella, porque no lleuan su ganado
l rio, sino dentro de casa beuen las ca-
algaduras en grandes barreños. Todo
sto estaua oyendo Carriazo, el qual viē-
do, que ya Auendaño estaua acomoda-
do, y con oficio en casa, no quiso èl que-
darse à buenas noches, y mas, que consi-
derò el gran gusto que haria à Auenda-
ño, si le seguia el humor: y assi dixo al
huesped: Venga el asno señor huesped,
que tambien sabrè yo cinchalle, y car-

galle, como sabe mi compañero assentar en el libro su mercancia? Si, dixo Auendaño, mi compañero Lope Astoriano seruirà de traer agua como vn Principe, y yo le fio. La Arguello, que estaua atenta desde el corredor a todas estas platicas, oyendo dezir a Auendaño, que el fiaua à su compañero, dixo: Digame gentilhombre, y quien le ha de fiar à el, que en verdad que me parece, que mas necessidad tiene de ser fiado, que de ser fiador? Calla Arguello, dixo el huesped, no te metas dõde no te llaman, yo los fio à entrambos, y por vida de vosotras, que no tengays dares, ni tomares con los moços de casa, que por vosotras se me van todos. Pues que (dixo otra moça) ya se quedan en casa estos mancebos? para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota. Dexese de chocarrerias señora Gallega, respondio el huesped, y haga su hazienda, y no se entremeta con los moços, que la molerè à palos. Por cierto si, replicò la Gallega, mirad que joyas para codiciallas? pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los moços de casa, ni de fuera, para tenerme en la mala piñon que me tiene: ellos son vellacos, y se van, quando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna: bonica gẽte es ella por cierto, para tener necessidad de apetites, que les inciten à dar vn madrugon à sus amos, quando menos se

per-

percatan. Mucho hablays Gallega herma
na, respondio su amo, punto en boca, y a-
tended à lo que teneys à vuestro cargo.
Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el
asno, y subiendo en el de vn brinco, se en-
caminò al rio, dexando à Auendaño muy
alegre de auer visto su gallarda resolució.
He aqui tenemos ya (en buena hora se
cuente) à Auendaño hecho moço del me-
son, con nombre de Tomas Pedro, que as-
si dixo que se llamaua: y à Carriazo con
el de Lope Asturiano hecho aguador. Trá
sformaciones dignas de anteponerse à las
del narigudo Poeta. A malas penas aca-
bò de entender la Arguello, que los dos
se quedauan en casa, quando hizo desi-
gnio sobre el Asturiano, y le marcò por
suyo, determinandose à regalarle, de suer
te, que aunque el fuesse de condicion es-
quiua, y retirada, le boluiesse mas blando
que vn guante. El mismo discurso hizo la
Gallega melindrosa sobre Auédaño, y co
mo las dos, por trato, y cōuersacion, y por
dormir juntas, fuessen grandes amigas, al
punto declarò la vna à la otra su determi
nacion amorosa, y desde aquella noche
determinaró de dar principio à la cōqui
sta de sus dos desapassionados amantes:
pero lo primero que aduirtieron fue, en q
les auian de pedir, q de las auian de pedir
celos, por cosas q las viessen hazer de sus
personas: porq mal puedé regalar las mo
ças à los de détro, si no hazé tributarios

a los de fuera de casa, Callad hermanos, dezian ellas (como si los tuuieran presẽtes, y fueran ya sus verdaderos mancebos ò amãcebadas) callad, y tapaos los ojos; y dexad tocar el pandero à quien sabe, y que guie la dança quien la entiende, y no aurà par de Canonigos en esta ciudad mas regalados, que vosotros lo sereys destas tributarias vuestras. Estas, y otras razones della sustancia, y jaez dixeron la Gallega, y la Arguello: y en tanto caminaua nuestro buẽ Lope Asturiano la buelta del rio por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus Almadrauas, y en la subita mutacion de su estado: ò ya fuesse por esto, ò porque la suerte assi lo ordenasse, en vn paso estrecho al baxar de la cuesta encontrò con vn asno de vn aguador, que subia cargado, y como el descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto, y poco trabajado, tal encuẽtro dio al cansado, y flaco, que subia, que dio con el en el suelo, y por auerse quebrado los cantaros, le derramò tãbien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado, y lleno de colera arremetio al aguador moderno, que aun se estaua cauallero, y antes que se desemboluiesse, y apeado, le auia pegado, y assentado vna dozena de palos tales, que no le supieron bien al Austriano: Apeose en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetio à su enemigo, y assiendole

con ambas manos por la garganta, dio con el en el ſuelo, y tal golpe dio con la cabeça ſobre vna piedra, que ſe la abrio por dos partes, ſaliendo tãta ſangre, que pensò que le auia muerto. Otros muchos aguadores que alli venian, como vieron à ſu compañero tan mal parado, arremetieron à Lope, y tuuieron le aſſido fuertemente, gritando: Iuſticia, juſticia, que eſte aguador hà muerto à vn hombre: y a buelta deſtas razones, y gritos le moljan à moxicones, y à palos: otros acudieron al caydo, y vieron, que tenia hendida la cabeça, y que caſi eſtaua eſpirando. Subierõ las vozes de boca en boca por la cueſta arriba, y en la plaça del Carmen dieron en los oydos de vn Alguazil, el qual con dos corchetes, con mas ligereza, que ſi bolara, ſe puſo en el lugar de la pendencia, à tiempo que ya el herido eſtaua atraueſado ſobre ſu aſno, y el de Lope aſſido, y Lope rodeado de mas de veynte aguadores, que no le dexauan rodear, antes le brumauan las coſtillas de manera, que mas ſe pudiera temer de ſu vida, que de la del herido, ſegun menudeauan ſobre el los puños, y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegò el Alguazil, apartò la gente, entregò à ſus corchetes al Aſturiano, y antecogiendo à ſu aſno, y al herido ſobre el ſuyo, dio con ellos en la carcel, acompañado de tanta gente, y de tantos mucha-

chos, que le seguian, que apenas podia hender por los calles. Al rumor de la gête, salio Tomas Pedro y su amo à la puerta de casa, a ver de que procedia tanta grita, y descubrieron a Lope entra los dos corchetes, lleno de sangre el rostro, y la boca: mirò luego por su asno el huesped, y vio le en poder de otro corchete, que ya se les auia juntado. Preguntò la causa de aquellas prisiones, fuele respondida la verdad del sucesso, pesole por su asno, temiendo, que le auia, ò alomenos hazer mas costas por cobrarle que el valia. Tomas Pedro siguiò à su compañero, sin que le dexassen llegar à hablarle vna palabra, tanta era la gente que lo impedia, y el recato de los corchetes, y del Alguazil, que le lleuaua. Finalmẽte no le dexò hasta verle poner en la carcel, y en vn calaboço cõ dos pares de grillos, y al herido en la enfermeria, dõde se hallò à verle curar, y vio que la herida era peligrosa, y mucho, y lo mismo dixo el cirujano. El Alguazil se lleuò à su casa los dos asnos, y mas cinco reales de a ocho, que los corchetes auian quitado a Lope. Boluiose a la posada lleno de confusion, y de tristeza, hallò al que ya tenia por amo con no menos pesadumbre que el traia, à quien dixo de la manera que quedaua su compañero, y peligro de muerte en que estaua el herido, y del sucesso de su asno. Dixole mas, que à su desgracia se le auia

añadido otra de no menor fastidio y era, q vn grāde amigo de su señor le auia encōtrado en el camino, y le auia dicho que su señor, por yr muy de priessa, y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid auia passado per la barca de Azeca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le auia dado doze escudos, que le diesse, con orden de que se fuesse à Seuilla, donde le esperaua. Pero no puede de ser assi, añadio Tomas, pues no serà razon, que yo dexe a mi amigo, y camarada en la carcel, y en tanto peligro: mi amo me podrà perdonar por aora, quanto mas que el es tan bueno, y hōrado, que darà por bien qualquiera falta, que le hiziere, à trueco que no la haga à mi camarada: Vuessa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero, y acudir à este negocio: y en tanto que esto se gasta, yo escriuirè à mi señor lo que passa, y sè que me embiarà dineros, que basten à sacarnos de qualquier peligro. Abrio los ojos de vn palmo el huesped, alegre de ver, q en parte vua saneando la perdida de su asno. Tomò el dinero, y consolò à Tomas, diziendole, que el tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho cō la justicia, especialmente vna señora monja, parienta del Corregidor, que le mandaua con el pie, y que vna lauandera del Monasterio de la tal monja tenia vna hija, que era grandissima amiga de vna hermana de vn Frayle muy famillar, y conocido

del Confessor de la dicha monja: la qual lauandera lauaua la ropa en casa, y como esta pida à su hija, que si pedirà, hable à la hermana del Frale, que hable à su hermano: que hable al Confessor, y el Confessor a la monja, y la monja guste de dar vn villete (que serà cosa facil (para el Corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomas, sin duda alguna se podrà esperar buen sucesso. Y esto ha de ser con tal, que el aguador no muera, y con que no falte vnguento para vntar a todos los ministros de la justicia, porque si no estan vntados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayò à Tomas los ofrecimientos del fauor, que su amo le auia hecho, y los infinitos, y rebueltos accaduzes por dõde le auia deriuado: y aunque conocio que antes lo auia dicho de socarron, que de inocente, con todo esso le agradecio su buen animo, y le entregò el dinero, cõ promessa que no faltaria mucho mas, segun el tenia la confiança en su señor, como ya le auia dicho. La Arguello que vio atrauessado à su nueuo cuyo, acudio luego a la carcel à lleuarle de comer, mas no se le dexaron ver, de que ella boluio muy sentida, y mal contenta, pero no por esto dissiò de su buen proposito. En resolucion dentro de quinze dias estuuo fuera de peligro el herido, y à los veynte declarò el cirujano, que estaua del to-
do

do sano: y ya en este tiempo auia dado traza Tomas, como le viniessen cinquenta escudos de Seuilla, y sacando los el de su seno, se los entrego al huesped cõ cartas y cedula fingida de su amo: y como al huesped le yua poco en aueriguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro, le alegraua mucho. Por seys ducados se apartò de la querella el herido: en diez y en el año, y las costas sentenciaron al Asturiano, salio de la carcel, pero no quiso boluer à estar con su compañero, dandole por disculpa, que en los dias que auia estado preso, le auia visitado la Arguello, y requeridole de amores, cosa para el de tanta molestia, y enfado, que antes se dexara ahorcar, que corresponder con el desseo de tan mala hembra, que lo que pensaua hazer era, ya que el estaua determinado de seguir, y passar adelante con su proposito, comprar vn asno, y vsar el oficio de aguador, en tanto que estuuiessen Toledo, que cõ aquella cubierta no seria juzgado, ni preso por vagamũdo: y que con sola vna carga de agua se podia andar todo el dia por la ciudad à sus anchuras, mirando bobas. Antes miraras hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mugeres de España, y que andan a vna su discrecion con su hermosura: y sino miralo por Costanzica,

de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no sola à las hermosas desta ciudad, sino à las de todo el mundo. Paso señor Tomas, replicò Lope, vamonos poquito à poquito en esto de las alabanças de la señora Fregona, si no quiere, que como le tengo por loco, le tenga por herege. Fregona has llamado a Costança hermano Lope? respondio Tomas, Dios te lo perdone, y te trayga à verdadero conocimiento de tu yerro. Pues no es Fregona? replicò el Asturiano. Hasta aora le tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dixo Lope, no auerle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centesimo. Yo te digo hermano, replicò Tomas, que ella no friega, ni entiende en otra cosa, que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada, que ay en casa, que es mucha. Pues como la llaman por toda la ciudad? dixo Lope. La Fregona illustre, si es que no friega: mas sin duda deue de ser, que como friega plata, y no loza, la dan nombre de illustre. Pero dexando esto à parte, dime Tomas, en que estado estan tus esperanças? En el de perdicion, respōdio Tomas: porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar vna palabra, y à muchas que los huspedes le dizen, con ninguna otra cosa responde, que con baxar los ojos, y no desplegar los labios, tal es su honestidad, y su recato.

que no menos enamora con su recogimiē-
to, que cō su hermosura. Lo que me trae
alcançado de paciencia, es saber, que el
hijo del Corregidor, que es moço brioso,
y algo atreuido, muere por ella, y la soli-
cita cō musicas, que pocas noches se pas-
san sin darsela, y tan al descubierto que en
lo que cantan, la nombran, la alaban, y
la solenizan. Pero ella no las oye, ni des-
de que anocheze, hasta la mañana, no sa-
le del aposento de su ama, escudo, que no
dexa que me passe el coraçon, la dura sae-
ta de los zelos. Pues que piensas hazer
con el impossible que se te ofreze en la cō-
quista desta Porcia, desta Minerua, y de-
sta nueua Penelope, que en figura de don-
zella, y de Fregona te enamora, te aco-
barda, y te desuanece? Haz la burla que
de mi quisieres, amigo Lope, que yo se q̄
estoy enamorado de mas hermoso rostro,
que pudo formar naturaleza, y de la mas
incōparable honestidad, que aora se pue-
de vsar en el mundo. Costança se llama,
y no Porcia, Minerua, y Penelope: en vn
meson sirue, que no lo puedo negar, pero
que puedo yo hazer, si me parece, que el
destino con oculta fuerça me inclina, y la
eleccion con claro discurso me mueue a
que la adore? Mira amigo, no sè como te
diga (prosiguio Tomas) de la manera cō
amor el baxo sujeto desta Fregona (que
tu llamas) me le encumbra, y leuanta tan
alto, que viendole no le vea, y cono-
cien-

ciendole, le desconozca. No es possible, q̃ aunque lo procurò pueda vn breue termino contemplar, si assi se puede dezir, en la baxeza de su estado, porque luego acudẽ à borrarme este pensamiento, su belleza, su donayre, su sossiego, su henestidad, y recogimiento, y me dan à entender, que debaxo de aquella rustica correza deue de estar encerrada, y escõdida alguna mina de gran valor, y de merecimiento grãde. Finalmente sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar, con que à otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se estiende à mas, que à seruir, y à procurar, que ella me quiera, pagandome con honesta voluntad lo que à la mia, tambien honesta, se deue. A este punto dio vna gran voz el Asturiano, y como exclamando dixo: O amor platonico. ò Fregona illustre. ò felicissimos tiempos los nuestros. donde vemos, que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donayre da gusto sin que incite, y la baxeza del estado humilde obliga, y fuerça à que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna. O pobres atunes mios, que os passays este año sin ser visitados deste tan enamorado, y aficionado vuestro. pero el que viene, yo harè la enmienda, de manera que no se quexen de mi los mayorales de las mis dessεadas Almadrauas. A esto dixo Tomas: Ya veo, Asturiano, quan al descubierto

bierto te burlas de mi: lo que podias hazer, es yrte norabuena à tu pesqueria, que yo me quedarè en mi caza, y aqui me hallaràs à la buelta: si quisieres lleuarte contigo el dinero que te toca, luego te lo darè, y ve en paz, y cada vno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicò Lope, y tu no vees, que lo que digo es burlando? Pero ya que se, que tu hablas de veras, de veras te seruirè en todo aquello que fuere de tu gusto. Vna cosa sola te pido, en recompensa de las muchas que pienso hazer en tu seruicio, y es, que no me pongas en ocasion de que la Arguello me requiebre, ni solicite: porque antes romperè con tu amistad, que ponerme à peligro de tener la suya. Viue Dios amigo, que habla mas que vn Relator, y que le huele el aliento à rasuras desde vna legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mi, que los cabellos son cabellera, y para adobar, y suplir estas faltas, despues que me descubriò su mal pensamiento, ha dado en afeytarse con aluayalde, y assi se jaluega el rostro, que no parece, sino mascaron de yeso puro. Todo esso es verdad, replicò Tomas, y no es tan mala la Gallega, que à mi me martiriza: lo que se podrà hazer es, que esta noche sola estès en la posada, y mañana compraràs el asno que dize, y buscaràs donde estar, y assi huyràs los encuentros de Arguello, sugeto

to a los de la Gallega, y a los irreparables de los rayos de la vista de mi Costança. En esto se conuinieron los dos amigos, y se fueron à la posada, adonde de la Arguello fue con muestras de mucho amor recebido el Asturiano. Aquella noche huuo vn bayle à la puerta de la posada de muchos moços de mulas, que en ella, y en las conuezinas auia. El que tocò la guitarra fue el Asturiano: las bayladoras, amen de las dos Gallegas, y de la Arguello, fueron otras tres moças de otra posada: juntaronse muchos embeçados, con mas desseo de ver à Costança que el bayle: pero ella no pareciò, ni saliò à verle, con que dexò burlados muchos desseos. De tal manera tocaua la guitarra Lope, que dezian, que la hazia hablar. Pidieronle las moças, y con mas ahinco la Arguello, que cantasse algun Romance: el dixo, que como ellas le baylassen al modo como se cãta, y bayla en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errassen, que hiziessen todo aquello que el dixesse cantando, y no otra cosa. Auia entre los moços de mulas baylarines, y entre las moças ni mas ni menos. Mondò el pecho Lope, escupiendo dos vezes, en el qual tiempo pensò lo que diria, y como era de presto facil, y lindo ingenio, con vna felizissima corriente de improuiso, començò à cantar desta manera.

SAlga la hermosa Arguello,
Moça vna vez, y no mas,
Y haziendola vna reuerencia
De dos passos hazia tras.
De la mano la arrebate
El que llaman Barrabas,
Andaluz moço de mulas,
Canonigo del compas.
De las dos moças Gallegas,
Que en esta posada estan.
Salga la mas carigorda
En cuerpo, y sin debantal:
Engarrase la Torote,
Y todos quatro a la par,
Con mudanças, y meneos
Den principio à vn contrapas.

Todo lo que yua cantando el Asturiano, hizieron al pie de la letra ellos, y ellas: mas quando llegò a dezir, que diessen principio à vn contrapas, respondio Barrabas, que assi le llamauan por mal nombre al baylarin moço de mulas. Hermano musico, mire lo que canta, y no moteje à nayde de mal vestido, porque aqui no ay nayde con trapos, y cada vno se viste como Dios le ayuda. El huesped que oyò la ignorancia del moço; le dixo: Hermano moço, contrapàs es vn bayle estrangero, y no motejo de mal vestidos. Si esso es, replicò el moço, no ay para que nos metan en dibuxos: toquen sus çarabandas, chaconas, y folias

folias al vso, y escudillen como quisieren, que aqui ay personas que les sabrian llenar las medidas hasta el gollete. El Austuriano, sin replicar palabra, prosiguio su canto, diziendo:

ENtren pues todas las ninfas,
Y los ninfos que han de entrar,
Que el bayle de la chacona
Es mas ancho que la mar:
Requieran las costañetas,
Y haxense à refregar
Las manos por essa arena,
O tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien.
No tengo que les rectar,
Santiguense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa.
Porque nos dexe huigar.
Puesto, que de la chacona
Nunca se suele apartar.
Cambio el son diuina Arguello,
Mas bella que vn hospital,
Pues eres mi nueua Musa,
Tu fauor me quieras yar.
El Bayle de la chacona
Encierra la vida bona.
Hallase alli el exercicio,
Que la salua acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulla la risa en el pecho,

De

De quien bayla, y de quien toca,
Del que mira, y del que escucha,
Bayle, y musica sonora.
Vierten açogue los pies,
Derritese la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brio, y la ligereza
En los viejor se remoça,
Y en los mancebos se ensalça,
Y sobre modo se entona.
Que el bayle de la chacona
Encierra la vida bona.
Que de vezes ha intentado
Aquesta noble señora
Con la alegre çarabanda.
El pesame, y perra Mora,
Entrarse por los resquicios
De las casas Beligiosas,
A inquietar la honestidad,
Que en las santas celdas mora,
Quantas fue ricuperada
De los mismos que la adoran,
Porque imagina el lasciuo.
Y al que es necio se le antoja,
Que el bayle de la chacona
Encierra la vida bona.
Esta Indiana amulatada,
De quien la fama pregona,
Que ha hecho mas sacrilegios,
E insolutos, que hizo Aroba.
Esta, à quien es tributaria,
La turba de las fregonas,

La

La caterba de los pages,
Y de lacayos las tropas,
Dize, jura, y no repienta,
Que à pesar de la persona
Del soberuio cambapalo,
Ella es la flor de la olla.
Y que sola la chacona
Encierra la vida bona.

EN tanto que Lope cantaua, se hazian rajas baylando la turbamulta de los mulantes, y fregatrizes del bayle, que llegauan à doze, y en tãto que Lope se acomodaua à passar adelante cãtando, otras cosas de mas tomo, sustãcia, y consideracion de las cantadas: vno de los muchos emboçados, que el bayle mirauan, dixo sin quitarse el emboço: Calla borracho, calla cuero, calla odrina, Poeta de viejo, musico falso. Tras esto acudieron otros diziendole tantas injurias, y muecas, que Lope tuuo por bien de callar: pero los moços de mulas lo tuuieron tan mal, que si no fuera por el huesped, q̃ con buenas razones los sossegò, alli fuera la de Moçagatos, y aun con todo esso no dexaran de menear las manos, si à aquel instante no llegara la justicia, y los hiziera recoger à todos. A penas se auian retirado, quando llegò à los oydos de todos, los que en el barrio despiertos estauan, vna voz de vn hombre, que sentado sobre vna piedra frontero de la posada del Seuilla-

uillano, cantaua con tan marauillosa, y suaue armonia, que los dexò suspensos, y les obligo à que le escuchasse hasta el fin. Pero el que mas atento estuuo fue Tomas Pedro, como aquel a quié mas le tocaua, no solo el oyr la musica, sino entender la letra, que para el no fue oyr canciones, sino cartas de excomunion, que le acongoxauan el alma, porque lo que el musico cantò, fue este Romance.

Donde estàs que no pareces
Esfera de la hermosura,
Belleza à la vida humana,
De diuina compostura.
Cielo Impireo, donde amor
Tiene su astancia segura,
Primer moble, que arrebata
Tras si todas las venturas.
Lugar cristalino donde
Transparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas,
Las acrecientan, y apuran.
Nueuo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada,
Al cielo, y al suelo alumbran.
Alegria que se opone
A las tristezas confusas
Del padre, que dà à sus hijos
En su vientre sepultura.
Humildad que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Ioue, à quien influye

Su

Su benignidad, que es mucha
Red inuisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adultero guerrero,
Que de las batalles triunfa.
Quarto cielo, y sol segundo,
Que el primero dexa à escuras,
Quando à caso dexa verse,
Que el verle es caso, y ventura.
Graue Embaxador que hablas
Con tan estraña cordura,
Que persuades callando,
Aun mas de lo que procuras.
Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,
Y del primero no mas.
Que el resplandor de la Luna.
Esta Esfera soys Costança,
Puesta por corca fortuna,
En lugar, que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte.
Consintiendo se reduzga.
La entereza a trato al vso,
La esquiuidad a blandura.
Con esto vereys señora,
Que embidian vuestra fortuna,
Las soberuias por linage,
Las grandes por hermosura.
Si quereys ahorrar camino,
La mas rica, y la mas pura
Voluntad en mi os ofrezco,
Que vio amor en alma alguna.

El

EL acabar estos vltimos versos, y el llegar bolando dos medios ladrillos, fue todo vno, que si como dieron junto à los pies del musico, le dieran en mitad de la cabeça, con facilidad le sacaran de los cascos la musica, y la poesia. Assombrose el pobre, y dio a correr por aquella cuesta arriba, cõ tanta priessa, que no le alcançara vn galgo, infelize estado de los musicos, murciegalos, y lechuzos, siempre sujetos à semejantes lluuias y desmantes. A todos los que escuchado auian la voz del apedreado, les parecio bien, pero à quien mejor, fue à à Tomas Pedro, que admirò la voz, y el Romance: mas quisiera el, que de otra que Costança naciera la ocasion de tātas musicas, puesto que à sus oydos jamas llegò ninguna. Contrario deste parecer fue Barrabas el moço de mulas, que tambien estuuo atento à la musica, porque assi como vio huyr al musico, dixo: Allà yràs mentecato, trobador de Iudas, que pulgas te coman los ojos: y quien diablos te enseño à cantar à vna Fregona cosas de Esferas, y de cielos, llamandola Lunes, y Martes, y de ruedas de fortuna· dixerassla noramala para ti, y para quien le huuiere parecido bien su troba, que es tiesa como vn esparrago, entonada como vn plumage, blanca como vna leche, honesta como vn frayle nouicio, melindrosa, y çahareña como vna mula de alquiler, y

mas

mas dura que vn pedaço de argamasa, que como esto le dixeras, ella lo entendiera, y se holgara: pero llamarla Embaxador, y red, y moble, y alteza, y baxeza mas es para dezirlo à vn niño de la dotrina, que à vna fregona. Verdaderamente que ay Poetas en el mundo, que escriuen tropas, que no ay diablo que las entienda: yo alomenos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este musico, de ninguna manera las entreuo, miren q̃ harà Costanzica: pero ella lo haze mejor: que se està en su cama haziendo burla del mismo Preste Iuan de las Indias. Este musico a lo menos no es de los del hijo del Corregidor, que aquellos son muchos, y vna vez que otra se dexan entender; pero este, boto a tal, que me dexa mohino. Todos los que escucharon à Barrabas, recibieron gran gusto, y tuuieron su censura, y parecer por muy acertado. Cõ esto se acostaron todos, y apenas estaua sossegada la gente, quando sintio Lope que llamauan à la puerta de su aposéto muy paso. Y preguntando: Quien llamaua? Fuele respondido con voz baxa: La Arguelo, y la Gallega somos, abrannos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondio Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Dexate de gracias Lope, replicò la Gallega, leuantate, y abre que venimos hechas vnas Archiduquessas: Archiduquessas, y à tal hora? respondio

dio Lope, no creo en ellas, antes entiendo que soys bruxas, ò vnas grandissimas bellacas: ydos de ahi luego, sino por vida de hago juramento, que si me leuanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como vnas amapolas. Ellas, que se vieron responder tã acerbaméte, y tan fuera de aquello, que primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudada sus esperanças, y borrados sus designios, se boluieron tristes, y malauenturadas à sus lechos: aunque antes de apartarse de la puerta, dixo la Arguello, poniendo los hozicos por el agujero de la llaue: No es la miel para la boca del asno: y con esto, como si huuiera dicho vna gran sentécia, y tomado vna justa vengança, se boluio, como se ha dicho, à su triste cama. Lope que sintio, que se auian buelto, dixo à Tomas Pedro, que estaua despierto: Mirad Tomas, ponedme vos à pelear con dos Gigantes, y en ocasion que me sea forçoso desquixarar por vuestro seruicio media dozena, ò vna de Leones, q̃ yo lo harè cõ mas facilidad, q̃ beuer vna taza de vino: pero q̃ me pongays en necessidad, que me tome à braço partido cõ la Arguello, no lo cõsẽtirè, si me assaetean. Mirad q̃ dõzellas de Dinamarca nos auia ofrecido la suerte esta noche? Aora bié, amanecerà Dios, y medraremos. Ya te he dicho amigo, respõ dio Tomas, que puedes hazer tu gusto,

mas dura que vn pedaço de argamasa, que como esto le dixeras, ella lo entendiera, y se holgara: pero llamarla Embaxador, y red, y moble, y alteza, y baxeza mas es para dezirlo à vn niño de la dotrina, que à vna fregona. Verdaderamente que ay Poetas en el mundo, que escriuen tropas, que no ay diablo que las entienda: yo alomenos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este musico, de ninguna manera las entreuo; miren q̃ harà Costanzica: pero ella lo haze mejor: que se està en su cama haziendo burla del mismo Preste Iuan de las Indias. Este musico a lo menos no es de los del hijo del Corregidor, que aquellos son muchos, y vna vez que otra se dexan entender; pero este, boto a tal, que me dexa mohino. Todos los que escucharon à Barrabas, recibieron gran gusto, y tuuieron su censura, y parecer por muy acertado. Cõ esto se acostaron todos, y apenas estaua sossegada la gente, quando sintio Lope que llamauan à la puerta de su aposento muy paso. Y preguntando: Quien llamaua? Fuele respondido con voz baxa: La Arguelo, y la Gallega somos, abrannos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondio Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Dexate de gracias Lope, replicò la Gallega, leuantate, y abre, que venimos hechas vnas Archiduquessas: Archiduquessas, y à tal hora? respondio

dio Lope, no creo en ellas, antes entiendo que soys bruxas, ò vnas grandissimas bellacas: ydos de ahi luego, sino por vida de hago juramento, que si me leuanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como vnas amapolas. Ellas, que se vieron responder tã acerbaméte, y tan fuera de aquello, que primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudada sus esperanças, y borrados sus designios, se boluieron tristes, y malauenturadas à sus lechos: aunque antes de apartarse de la puerta, dixo la Arguello, poniendo los hozicos por el agujero de la llaue: No es la miel para la boca del asno: y con esto, como si huuiera dicho vna gran sentécia, y tomado vna justa vengança, se boluio, como se ha dicho, à su triste cama. Lope que sintio, que se auian buelto, dixo à Tomas Pedro, que estaua despierto: Mirad Tomas, ponedme vos à pelear con dos Gigantes, y en ocasion que me sea forçoso desquixarar por vuestro seruicio media dozena, ò vna de Leones, q̃ yo lo harè cõ mas facilidad, q̃ beuer vna taza de vino: pero q̃ me pongays en necessidad, que me tome à braço partido cõ la Arguello, no lo cõsétirè, si me assaetean. Mirad q̃ dõzellas de Dinamarca nos auia ofrecido la suerte esta noche? Aora bié, amanecerà Dios, y medraremos. Ya te he dicho amigo, respõdio Tomas, que puedes hazer tu gusto,

o ya en yrte à tu romeria, ò ya en comprar el asno, y hazerte aguador, como tienes determinado. En lo de ser aguador me affirmo, respondio Lope, y durmamos lo poco que queda, hasta venir el dia, que tẽgo esta cabeça mayor que vna cuba y no estoy para ponerme aora a departir contigo. Durmieronse, vino el dia, leuantaronse, y acudio Tomas a dar cebada, y Lope se fue al mercado de las bestias, que es alli junto, a comprar vn asno, que fuesse tal como bueno.

Sucedio pues, que Tomas lleuado de sus pensamientos, y de la comodidad, que le daua la soledad de las fiestas, auia compuesto en algunas vnos versos amorosos, y escritolos en el mismo libro, do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos à parte en limpio, y romper, ò borrar aquellas hojas. Pero antes que esto hiziesse, estando el fuera de casa, y auiendose dexado el libro sobre el caxon de la cebada, le tomò su amo, y abriendole para ver como estaua la cuenta, dio con los versos, que leydos le turbaron, y sobresaltaron. Fuese cõ ellos à su muger y antes que se los leyesse llamò a Costança, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dixo, le dixesse, si Tomas Pedro el moço de la cebada le auia dicho algun requiebro, ò alguna palabra descompuesta, ò quediesse indicio de tenerla aficion. Costança jurò, que

la

la primera palabra en aquella, ò en otra materia alguna, estaua aun por hablarla, y que jamas, ni aun con los ojos le auia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyeronla sus amos, por estar acostumbrados a oyrla siempre dezir verdad en todo quanto le preguntauan. Dixeronla, que se fuesse de alli, y el huesped dixo à su muger: No se que me diga desto. Aureys de saber señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada vnas coplas, que me ponen mala espina, que està enamorado de Costanzica. Veamos las coplas, respondio la muger, que yo os dirè lo que en esso deue de auer. Assi serà sin duda alguna, replicò su marido, q̃ como soys Poeta: luego dareys en su sentido. No soy Poeta, respondio la muger, pero ya sabeys vos, que tengo buen entẽdimiento, y que se rezar en Latin las quatro oraciones. Mejor hariades de rezallas en Romance, que ya os dixo vuestro tio el Clerigo, que deziades mil gazafatones, quando rezauades en Latin, y que no rezauades nada. Essa flecha de la ahijada de su sobrina ha salido, que esta embidiosa de verme tomar las Horas de Latin en la mano, y yrme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisieredes, respondio el huesped, estad atẽta, que las coplas son estas:

QVien de amor venturas halla?
El que calla.
Quien triumfa de su aspereza?
La firmeza.
Quien dà alcance à su alegria?
La porfia.
Desse modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empressa mi alma
Calla, està firme, y porfia.
Con quien se sustenta amor?
Con fauor.
Y con que mengua su furia?
Con la injuria.
Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece,
Que mi amor sera immortal,
Pues la causa de mi mal
Ni injuria, ni fauorece.
Quien desespera que espera?
Muerte entera.
Pues que muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego bien serà morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele dezir,
Y esta verdad se reciba,
Que tras la tormenta esquiua
Suele la calma venir.
Descubrirè mi passion?
En ocasion.
Y si jamas se me da?

Si

Si harà
Llegarà la muerte en tanto,
Llegue a tanto
Tu Limpia fè, y esperança,
Que en sabiendo lo Costança
Conuierta en risa tu llanto.

AY mas? dixo la huespeda. No respondio el marido: pero que os parece destos versos? Lo primero, dixo ella, es menester aueriguar, si son de Tomas. En esso no ay que poner duda, replicò el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada, y la de las coplas, toda es vna, sin que se pueda negar. Mirad marido, dixo la huespeda, à lo que yo veo, puesto que las coplas nombran a Costanzica, por donde se puede pensar, que se hizieron para ella, no por esso lo auemos de afirma nosotros por verdad, como si se los vieramos escriuir quanto mas que otras Costanças, que la nuestra ay en el mundo: pero ya que sea por esta, ahi no le dize nada, que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos a la mira, y auisemos a la muchacha, que si el està inamorado della, à buen seguito que el haga mas coplas, y que procure darselas. No seria mejor, dixo el marido, quitarnos dessos cuydados, y echarle de casa. Esso, respondio la huespeda, en vuestra mano esta: pero en verdad, que segun vos dezis, el moço sirue de

Su benignidad, que es mucha
Red inuisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adultero guerrero,
Que de las batalles triunfa.
Quarto cielo, y sol segundo,
Que el primero dexa à escuras,
Quando à caso dexa verse,
Que el verle es caso, y ventura.
Graue Embaxador que hablas
Con tan estraña cordura,
Que persuades callando,
Aun mas de lo que procuras.
Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,
Y del primero no mas
Que el resplandor de la Luna.
Esta Esfera soys Costança,
Puesta por corca fortuna,
En lugar, que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte
Consintiendo se reduzga
La entereza a trato al vso,
La esquiuidad a blandura.
Con esto vereys señora,
Que embidian vuestra fortuna,
Las soberuias por linage,
Las grandes por hermosura.
Si quereys ahorrar camino,
La mas rica, y la mas pura
Voluntad en mi os ofrezco,
Que vio amor en alma alguna.

EL acabar estos vltimos versos, y el llegar bolando dos medios ladrillos, fue todo vno, que si como dieron junto à los pies del musico, le dieran en mitad de la cabeça, con facilidad le sacaran de los cascos la musica, y la poesia. Assombrose el pobre, y dio a correr por aquella cuesta arriba, cō tanta priessa, que no le alcançara vn galgo, infelize estado de los musicos, murciegalos, y lechuzos, siempre sujetos à semejantes lluuias y desmantes. A todos los que escuchado auian la voz del apedreado, les parecio bien, pero à quien mejor, fue à à Tomas Pedro, que admirò la voz, y el Romance: mas quisiera el, que de otra que Costança naciera la ocasion de tātas musicas, puesto que à sus oydos jamas llegò ninguna. Contrario deste parecer fue Barrabas el moço de mulas, que tambien estuuo atento à la musica, porque assi como vio huyr al musico, dixo: Allà yràs mentecato, trobador de Iudas, que pulgas te coman los ojos: y quien diablos te enseño à cantar à vna Fregona cosas de Esferas, y de cielos, llamandola Lunes, y Martes, y de ruedas de fortuna: dixerassa noramala para ti, y para quien le huuiere parecido bien su troba, que es tiesa como vn esparrago, entonada como vn plumage, blanca como vna leche, honesta como vn frayle nouicio, melindrosa, y çahareña como vna mula de alquiler, y

mas

mas dura que vn pedaço de argamasa, que como esto le dixeras, ella lo entendiera, y se holgara: pero llamarla Embaxador, y red, y moble, y alteza, y baxeza mas es para dezirlo à vn niño de la dotrina, que à vna fregona. Verdaderamente que ay Poetas en el mundo, que escriuen tropas, que no ay diablo que las entienda: yo alomenos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este musico, de ninguna manera las entreuo, miren q̃ harà Costanzica: pero ella lo haze mejor: que se està en su cama haziendo burla del mismo Preste Iuan de las Indias. Este musico a lo menos no es de los del hijo del Corregidor, que aquellos son muchos, y vna vez que otra se dexan entender; pero este, boto a tal, que me dexa mohino. Todos los que escucharon à Barrabas, recibieron gran gusto, y tuuieron su censura, y parecer por muy acertado. Cõ esto se acostaron todos, y apenas estaua sossegada la gente, quando sintio Lope que llamauan à la puerta de su aposéto muy paso. Y preguntando: Quien llamaua? Fuele respondido con vox baxa: La Arguelo, y la Gallega somos, abrannos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondio Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Dexate de gracias Lope, replicò la Gallega, leuantate, y abre, que venimos hechas vnas Archiduquessas: Archiduquessas, y à tal hora? respondio

dio Lope, no creo en ellas, antes entiendo que ſoys bruxas, ò vnas grandiſsimas bellacas: ydos de ahi luego, ſino por vida de hago juramento, que ſi me leuanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las poſaderas como vnas amapolas. Ellas, que ſe vieron reſponder tã acerbamẽte, y tan fuera de aquello, que primero ſe imaginaron, temieron la furia del Aſturiano, y defraudada ſus eſperanças, y borrados ſus deſignios, ſe boluieron triſtes, y malauenturadas à ſus lechos: aunque antes de apartarſe de la puerta, dixo la Arguello, poniendo los hozicos por el agujero de la llaue: No es la miel para la boca del aſno: y con eſto, como ſi huuiera dicho vna gran ſentẽcia, y tomado vna juſta vengança, ſe boluio, como ſe ha dicho, à ſu triſte cama. Lope que ſintio, que ſe auian buelto, dixo à Tomas Pedro, que eſtaua deſpierto: Mirad Tomas, ponedme vos à pelear con dos Gigantes, y en ocaſion que me ſea forçoſo deſquixarar por vueſtro ſeruicio media dozena, ò vna de Leones, q̃ yo lo harè cõ mas facilidad, q̃ beuer vna taza de vino: pero q̃ me pongays en neceſſidad, que me tome à braço partido cõ la Arguello, no lo cõſẽtirè, ſi me aſſaetean. Mirad q̃ dõzellas de Dinamarca nos auia ofrecido la ſuerte eſta noche? Aora biẽ, amanecerà Dios, y medraremos. Ya te he dicho amigo, reſpõdio Tomas, que puedes hazer tu guſto,

o ya en yrte à tu romeria, ò ya en comprar el asno, y hazerte aguador, como tienes determinado. En lo de ser aguador me affirmo, respondio Lope, y durmamos lo poco que queda, hasta venir el dia, que tẽgo esta cabeça mayor que vna cuba y no estoy para ponerme aora a departir contigo. Durmieronse, vino el dia, leuantaronse, y acudio Tomas a dar cebada, y Lope se fue al mercado de las bestias, que es alli junto, a comprar vn asno, que fuesse tal como bueno.

Sucedio pues, que Tomas lleuado de sus pensamientos, y de la comodidad, que le daua la soledad de las fiestas, auia compuesto en algunas vnos versos amorosos, y escritolos en el mismo libro, do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos à parte en limpio, y romper, ò borrar aquellas hojas. Pero antes que esto hiziesse, estando el fuera de casa, y auiendose dexado el libro sobre el caxon de la cebada, le tomò su amo, y abriendole para ver como estaua la cuenta, dio con los versos, que leydos le turbaron, y sobresaltaron. Fuese cõ ellos à su muger y antes que se los leyesse llamò a Costança, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dixo, le dixesse, si Tomas Pedro el moço de la cebada le auia dicho algun requiebro, ò alguna palabra descompuesta, ò quediesse indicio de tenerla aficion. Costança jurò, que

la

la primera palabra en aquella, ò en otra materia alguna, estaua aun por hablarla, y que jamas, ni aun con los ojos le auia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyeronla sus amos, por estar acostumbrados a oyrla siempre dezir verdad en todo quanto le preguntauan. Dixeronla, que se fuesse de alli, y el huesped dixo à su muger: No se que me diga desto. Aureys de saber señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada vnas coplas, que me ponen mala espina, que està enamorado de Costanzica. Veamos las coplas, respondio la muger, que yo os dirè lo que en esso deue de auer. Assi serà sin duda alguna, replicò su marido, q̃ como soys Poeta; luego dareys en su sentido. No soy Poeta, respondio la muger, pero ya sabeys vos, que tengo buen entẽdimiento, y que se rezar en Latin las quatro oraciones. Mejor hariades de rezallas en Romance, que ya os dixo vuestro tio el Clerigo, que deziades mil gazafatones, quando rezauades en Latin, y que no rezauades nada. Essa flecha de la ahijada de su sobrina ha salido, que esta embidiosa de verme tomar las Horas de Latin en la mano, y yrme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisieredes, respondio el huesped, estad atẽta, que las coplas son estas:

QVien de amor venturas halla?
El que calla.
Quien triumfa de su aspereza?
La firmeza.
Quien dà alcance à su alegria?
La porfia.
Desse modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empressa mi alma
Calla, està firme, y porfia.
Con quien se sustenta amor?
Con fauor.
Y con que mengua su furia?
Con la injuria.
Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece,
Que mi amor sera immortal,
Pues la causa de mi mal
Ni injuria, ni fauorece.
Quien desespera que espera?
Muerte entera.
Pues que muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego bien serà morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele dezir,
Y esta verdad se reciba,
Que tras la tormenta esquiua
Suele la calma venir.
Descubrirè mi passion?
En ocasion.
Y si jamas se me da?

Si

Si harà
Llegarà la muerte en tanto,
Llegue a tanto
Tu Limpia fè, y esperança,
Que en sabiendo lo Costança
Conuierta en risa tu llanto.

AY mas? dixo la huespeda. No respondio el marido: pero que os parece destos versos? Lo primero, dixo ella, es menester aueriguar, si son de Tomas. En esso no ay que poner duda, replicò el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada, y la de las coplas, toda es vna, sin que se pueda negar. Mirad marido, dixo la huespeda, à lo que yo veo, puesto que las coplas nombran a Costanzica, por donde se puede pensar, que se hizieron para ella, no por esso lo auemos de afirma nosotros por verdad, como si se los vieramos escriuir quanto mas que otras Costanças, que la nuestra ay en el mundo: pero ya que sea por esta, ahi no le dize nada, que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos a la mira, y auisemos a la muchacha, que si el està inamorado della, à buen seguito que el haga mas coplas, y que procure darselas. No seria mejor, dixo el marido, quitarnos dessos cuydados, y echarle de casa. Esso, respondio la huespeda, en vuestra mano esta: pero en verdad, que segun vos dezis, el moço sirue de

manera, que seria conciencia el despedi-le por tan liuiana ocasion Aora bien, dixo el marido, estaremos alerta, como vos dezis, y el tiempo nos dirà lo que auemos de hazer. Quedaron en esto, y tornò a poner el huesped el libro donde le auia hallado. Boluio Tomas ansioso à buscar su libro, hallo le, y porque no le diesse otro sobresalto, trasladò las coplas, y rasgò aquellas hojas, y propuso de auenturarse a descubrir su desseo à Costança en la primera ocasion, que se le ofreciesse. Pero como ella andaua siempre sobre los estriuos de su honestidad, y recato, à ninguno daua lugar de miralla, quanto mas de ponerse a platicas con ella: y como auia tanta gente, y tantos ojos de ordinario en la posada, aumentaua mas la dificultad de hablarla, de que se desesperaua el pobre enamorado. Mas auiendo salido aquel dia Costança con vna toca ceñida por las mexillas, y dicho à quien se lo preguntò, que porque se la auia puesto, que tenia vn gran dolor de muelas. Tomas, à quien sus desseos auiuauan el entendimiento, en vn instante discurriò lo que seria bueno que hiziesse, y dixo: Señora Costança, yo le darè vna oracion en escrito, que a dos vezes que la reze, se le quitarà como con la mano su dolor. Norabuena, respondio Costança, que yo la rezare: porque se leer. Ha de ser con condicion, dixo Tomas, que no la ha de
mostrar

mostrar a nadie, porque la estimo en mucho, y no sera bien, que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dixo Costança, Tomas, que no la dè à nadie, y deme la luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladare de la memoria respondio Tomas, y luego se la darè. Estas fueron las primeras razones, que Tomas dixo à Costança, y Costança a Tomas, en todo el tiempo que auia que estaua en casa, que ya passauan de veynte y quatro dias. Retirose Tomas, y escriuio la oracion, y tuuo lugar de darsela a Costança, sin que nadie lo viesse, y ella cō mucho gusto, y mas deuocion se entrò en vn aposento a solas, y abriendo el papel, vio que dezia desta manera:

Señora de mi alma, yo soy vn Cauallero natural de Burgos: si alcanço de dias a mi padres, heredo vn mayorazgo de seys mil ducados de renta. A la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se estiende, dexè mi patria, mudè vestido, y en el trage que me veys vine a seruir a vuestro dueño: si vos lo quisieredes ser mio por los medios que mas a vuestra honestidad conuenga, mirad que prueuas quereys que haga, para enteraros desta verdad: y enterrada en ella siendo gusto vuestro, serè vuestro esposo, y me tendrè por el mas bien a fortunado del mundo. Solo por aora os pido, que no echeys tan enamorados, y limpios pensamientos co-

mo los mios en la calle: que si vuestro dueño los sabe, y no los cree, me condenara à destierro de vuestra presencia, que seria lo mismo, que condenarme à muerte. Dexadme señora, que os vea, hasta que me creays, considerando, que no merece el riguroso castigo de no veros, el que no ha cometido otra culpa, que adoraros, con los ojos podreys responderme, a hurto de los muchos, que siempre os estàn mirãdo, que ellos son tales, que ayrados matan, y piadosos resucitan. En tanto que Tomas entendiò, que Costança se auia ydo à ler su papel, le estuuo, palpitando el coraçon, temiendo, y esperando, ò ya la sẽtencia de su muerte, ò la restauracion de su vida. Salio en esto Costança tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recebir aumento su hermosura, cõ algun accidente, se pudiera juzgar, que el sobre salto de auer visto en el papel de Tomas, otra cosa tan lexos de la que pensaua, auia acreçentado su belleza. Salio con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dixo à Tomas, que apenas se podia tener en pie: Hermano Tomas, esta tu oracion mas parece hechizeria, y embuste, que oracion santa, y assi yo no la quiero creer, ni vsar della, y por esso la he rasgado: porque no la vea nadie, que sea mas credula que yo: aprende otras oraciones mas faciles, porque esta sera impossible qne te sea de prouecho. En diziendo

do esto se entrò con su ama, y Tomas quedò suspenso: pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costança quedaua el secreto de su desseo, pareciendole, que pues no auia dado cuenta del a su amo, por lo menos no estaua en peligro de que le echassen de casa. Pareciole que en el primero paso que auia dado en su pretension, auia atropellado por mil montes de inconuenientes, y que en las cosas grandes y dudosas, la mayor dificultad està en los principios.

En tanto que esto sucedio en la posada, andaua el Astoriano comprando el asno, donde los vendian: y aunque hallo muchos, ninguno le satisfizo, puesto que vn Gitano anduuo muy solicito por encazalle vno, que mas caminaua por el açogue que le auia enchado en los oydos, que por ligereza suya: pero lo que contẽtaua con el paso, desagradaua con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle, que Lope queria, que le buscaua suficiente para lleuarle à el por añadidura, ora fuessen vazios o llenos los cantaros. Llegose à el en esto vn moço, y dixole al oydo: galan, si busca bestia comoda para el oficio de aguador, yo tẽgo vn asno aqui cerca en vn prado, que no le ay mejor, ni mayor en la ciudad, y aconsejole, que no combre bestia de Gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas, y llenas de

dolamas: si quiere comprar la que le conuiene, vengase conmigo, y calle la boca. Creyole el Asturiano, y dixole, que guiasse adonde estaua el asno, que tanto encarecia. Fueronse los dos mano à mano, como dizen, hasta que llegaron à la huerta del Rey, donde à la sombra de vna azuda, hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en vn prado, que alli cerca estaua. Mostrò el vendedor su asno, tal que le hinchò el ojo al Asturiano, y de todos los que alli estauan, fue alabado el asno de fuerte, de caminador, y comedor sobre manera. Hizieron su concierto, y sin otra seguridad, ni informacion, siendo corredores, y medianeros los demas aguadores, dio diez y seys ducados por el asno, con todos los aderentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Dieronle el parabien de la cõpra, y de la entrada en el oficio, y certificaronle, que auia comprado vn asno dichosissimo, porque el dueño que le dexaua, sin que se le mancasse, ni matasse, auia ganado con el en menos tiempo de vn año, despues de auerse sustentado à el, y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seys ducados, con que pensaua boluer à su tierra, donde le tenian concertado vn casamiento, con vna media parienta suya. Amen de los corredores del asno, estauan otros quatro aguadores jugando à la primera, tendidos en el suelo.

lo, siruiendoles de bufete la tierra, y de sobremesa sus capas. Pusose el Asturiano a mirarlos, y vio que no jugauan como aguadores, sino como Arcedianos, porque tenia de resto cada vno mas de cien reales en quartos, y en plata. Llegò vna mano de echar todos el resto: y si vno no diera partido à otro, el hiziera mesa Gallega. Finalmente à los dos en aquel resto se les acabò el dinero, y se leuantaron. Viendo lo qual el vendedor del asno dixo, que si huuiera qnarto, que el jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano que era de propriedad del açucar, que jamas gastò menestra, como dize el Italiano, dixo, que el haria quarto. Sentaronse luego, anduuo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero, que el tiempo, en poco rato perdio Lope seys escudos, que tenia: y viendose sin blanca, dixo que si le querian jugar el asno, que el le jugaria. Acetaronle el embite, y hizo de resto vn quarto del asno, diziendo, que por quartos queria jugarle. Dixole tan mal, que en quatro restos cõsecutiuamente perdio los quatro quartos del asno, y ganoselos el mismo, que se le auia vendido: y leuantandose para boluerse à entregarse en el, dixo el Asturiano, que aduirtiessen que el solamente auia jugado los quatro quartos del asno, pero la cola que se la diessen, y se le lleuassen norabuena. Causoles risa a todos

la demanda de la cola: y huuo Letrados, que fueron de parecer, que no tenia razõ en lo que pedia, diziendo, que quando se vende vn carnero, ò otra res alguna, no se saca, ni quita la cola, que cõ vno de los quartos traseros ha de yr forçosamente. A lo qual replicò Lope, que los carneros de Berberia ordinariamente tienen cinco quartos, y que el quinto es de la cola: y quando los tales carneros se quartean, tanto vale la cola, como qualquier quarto: y que a lo de yr la cola junto con la res que se vende viua, y no se quartea, que lo concedia: pero que la suya no fue vẽdida, sino jugada: y que nunca su intencion fue jugar la cola, y que al punto se la boluiessen luego, con todo lo a ella anejo, y concerniente, que era desde la punta del celebro, contada la osamenta del espinazo, donde ella tomaua principio, y decẽdia, hasta parar en los vltimos pelos della. Dadme vos, dixo vno, que ello sea assi como dezis, y que os la den como la pedis, y sentaos junto à lo que del asno queda. Pues assi es, replicò Lope, venga mi cola, si no por Dios que no me lleuen el asno, si bien viniessen por el quãtos aguadores ay en el mundo: y no piensen, que por ser tantos los que aqui estàn, me han de hazer superchería, porque soy yo vn hombre, que me sabrè llegar à otro hombre, y meter le dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quien, por donde,

ò co-

ò como le vino: y mas, que ne quiero, que me pagnen la cola rata por cãtidad, sino que quiero qne me la den en ser, y la corten del asno, como tengo dicho. Al ganancioso, y à los demas les parecio no ser bien lleuar aquel negocjo por fuerça, porque juzgaron ser de tal brio el Asturiano, que no cõsentiria, que se la hiziessen: el qual como estaua hecho al trato de las Almadrauas, donde se exercita todo genero de rumbo, y xacara, y de extraordinarios juramentos, y boatos, voleò alli el capelo, y empuñò vn puñal, que debaxo del capotillo traia, y pusose en tal postura, que infundio temor, y respecto en toda aquella aguadora compañia. Finalmente vno dellos, que parecia de mas razon, y discurso, los concertò, en que se echasse la cola cõtra vn quarto del asno à vna quinola, ò à dos y passãte. Fueron cõtẽtos, ganò la quinola Lope: picose el otro echò el otro quarto, y à otras tres manos quedò sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope: pero tanto le porfiaron todos, que lo huuo de hazer, con que hizo el viage del desposado, dexandole sin vn solo marauedi: y fue tãta la pesadumbre, que desto recibiò el perdidoso, q̃ se arrojò en el suelo, y comẽçò a darse de calabaçadas por la tierra. Lope, como biẽ nacido, y como liberal, y compassiuo, le leuantò, y le boluio todo el dinero, que le auia ganado, y los diez y seys ducados del asno, y aun de los que el tenia, repartio

con

con los circunstantes, cuya estraña liberalidad pasmò à todos: y si fueran los tiẽpos, y las ocasiones del Tamorlan, le alçaran por Rey de los aguadores. Cõ grãde acompañamiento boluio Lope à la ciudad, donde contò à Tomas lo sucedido, y Tomas assimismo le dio cuenta de sus buenos sucessos. No quedò taberna ni bodegon, ni junta de picaros, donde no se supiesse el juego del asno, el esquite por la cola, y el brio, y la liberalidad del Asturiano. Pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita, y maldiziente, no tomò de memoria la liberalidad, brio, y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola. Y assi apenas huuo andado dos dias por la ciudad echando agua, quando se vio señalar de muchos con el dedo, que dezian: Este es el aguador de la cola. Estuuieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no auia assomado Lope por la entrada de qualquiera calle, quando por toda ella le gritauan, quien de aqui, y quien de alli: Asturiano, daca la cola, daca la cola Asturiano. Lope que se vio assaetear de tantas lenguas, y con tantas vozes, dio en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia. Mas ni por essas, pues mientras mas callaua, mas los muchachos gritauan: y assi prouò à mudar su paciencia en colera, y apeandose del asno, dio à palos tras los muchachos, que

fue afinar el poluorin, y ponerle fuego, y fue otro cortar las cabeças de la serpiente, pues en lugar de vna que quitaua, apaleando à algun muchacho, nacian en el mismo instante, no otras siete, sino setecientas, que con mayor ahinco, y menudeo le pediàn la cola. Finalmente tuuo por bien de retirarse à vna posada, que auia tomado, fuera de la de su compañero, por huyr de la Arguello, y de estarse en ella, hasta que la influencia de aquel mal planeta passasse, y se borrasse de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la colla, que le pedian. Seys dias se passaron, sin que saliesse de casa, si no era de noche, que yua à ver à Tomas, y à preguntarle del estado en que se hallaua, el qual le contò, que despues que auia dado el papel à Costança, nunca mas auia podido hablarla vna sola palabra, y que le parecia, que andaua mas recatada que solia, puesto que vna vez tuuo de llegar à hablarla, y viendolo ella, le auia dicho lugar antes que llegasse: Tomas, no me duele nada, y assi ni tengo necessidad de tus palabras, ni de tus oraciones: contentate, que no te acuso à la Inquisicion, y no te canses: pero que estas razones las dixo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento, que pudiera dar indicio de reguridad alguna. Lope le contò à el la priessa que le dauan los muchachos, pidiendole la cola, porque el auia pedido

la

la de ſu aſno; con que hizo el famoſo eſquite. Aconſejole Tomas, que no ſalieſſe de caſa, alomenos ſobre el aſno: y que ſi ſalieſſe, fueſſe por calles ſolas, y apartadas: y que quando eſto no baſtaſſe, baſtaria dexar el oficio, vltimo remedio de poner fin à tan poco honeſta demanda. Preguntole Lope, ſi auia acudido mas la Gallega? Tomas dixo que no: pero que no dexaua de ſobornarle la voluntad con regalos, y preſentes de lo que hurtaua en la cozina à los hueſpedes. Retiroſe con eſto à ſu poſada Lope, con determinacion de no ſalir della en otros ſeys dias, alomenos con el aſno. Las onze ſerian de la noche, quando de improuiſo, y ſin penſarlo vieron entrar en la poſada muchas varas de juſticia, y al cabo el Corregidor. Alborotoſe el hueſped, y aun los hueſpedes: porque aſſi como los cometas, quando ſe mueſtran, ſiempre cauſan temores de deſgracias, è infortunios: ni mas ni menos la juſticia, quando de repente, y de tropel ſe entra en vna caſa, ſobreſalta, y atemoriza, haſta las conciencias no culpadas. Entroſe el Corregidor en vna ſala, y llamò al hueſped de caſa, el qual vino temblando, a ver lo que el ſeñor Corregidor queria. Y aſſi como le vio el Corregidor, le preguntò con mucha grauedad: Soys vos el hueſped: Si ſeñor, reſpondio el, para lo que v.m. me quiſiere mandar. Mandò el Corregidor, que ſalieſſen de la ſala

todos

todos los que en ella estauan, y que le dexassen solo con el huesped. Hizieronlo assi, y quedandose solos, dixo el Corregidor al huesped. Huesped, que gente de seruicio teneys en esta vuestra posada: Señor, respondio el tengo, dos moças Gallegas, y vna ama, y vn moço, que tiene cuẽta con dar la cebada, y paja. No mas? replicò el Corregidor, No señor, respondio el huesped. Pues dezidme huesped, dixo el Corregidor, donde està vna muchacha que dizen que sirue en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la illustre Fregona? Y aun me han llegado à dezir, que mi hijo don Periquito es su enamorado, y que no ay noche que no le dà musicas. Señor respondio el huesped, essa Fregona illustre, que dizẽ, es verdad, que està en esta casa: pero ni es mi criada, ni dexa de serlo. No entiendo lo que dezis huesped, en esso de ser, y no ser vuestra criada la Fregona? Yo he dicho bien, añadio el huesped: y si vuessa merced me dà licencia, le dirè lo que ay en esto: lo qual jamas he dicho à persona alguna. Primero quiero ver à la Fregona, que saber otra cosa, llamadla acà, dixo el Corregidor. Assomose el huesped à la puerta de la sala, y dixo: Oyslo señora hazed, que entre aqui Constanzica. Quando la huespeda oyò, que el Corregidor llamaua à Costança, turbose, y començò à torcerse las manos, diziendo: Ay de-

desdichada de mi, el Corregidor à Costança, y à solas, algun gran mal deue de auer sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombre. Costança que lo ohia, dixo: Señora no se congoje, que yo yrè à ver lo que el señor Corregidor quiere: y si algun mal huuiere sucedido, estè segura vuessa merced, q̃ no tendrè yo la culpa, y en esto sin aguardar que otra vez la llamassen, tomò vna vela encendida sobre vn cãdelero de plate, y con mas verguença que temor fue donde el Corregidor estaua. Assi como el Corregidor la vio, mandò el huesped, que cerrasse la puerta de la sala: lo qual hecho, el Corregidor se leuantò, y tomando el candelero, que Costança traia, llegandole la luz al rostro, la anduuo mirando toda de arriba à baxo: y como Costança estaua con sobresalto, auiase le encẽdido la color del rostro, y estaua tan hermosa, y tan honesta, que al Corregidor le pareciò, que estaua mirando la hermosura de vn Angel en la tierra: y despues de auerla bien mirado, dixo: Huesped, esta no es joya para estar en el baxo engaste de vn meson, desde aqui digo, que mi hijo Periquito es discreto, pues tambien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo donzella, q̃ no solamente os pueden, y deuen llamar illustre, sino illustrissima: pero estos titulos no auian de caer sobre el nombre de fregona, sino nobre el de vna Duquesa.

No

No es fregona señor, dixo el huesped, que no sirue de otra cosa en casa, que de traer las llaues de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se siruen los huespedes honrados, que à esta posada vienen. Con todo esso, dixo el Corregidor: Digo huesped, que ni es decente, ni conuiene que esta donzella estè en vn meson. Es parienta vuestra por ventura? Ni es mi parienta, ni es mi criada: y si v. m. gustare de saber quien es, como ella no estè delante, oyra v. m. cosas, que juntamente con darle gusto, le admiren. Si gustarè, dixo el Corregidor, y salgase Costanzica alla fuera, y prometase de mi lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan, à que todos los que la vieren, se ofrezcan à su seruicio. No respondio palabra Costança, sino con mucha mesura hizo vna profunda reuerencia al Corregidor: y saliose de la sala, y hallò à su ama desalada esperandola, para saber della, que era lo que el Corregidor la queria. Ella le contò lo que auia passado, y como su señor quedaua con el, para contalle no sè que cosas, que no queria que ella las oyesse. No acabò de sossegarse la huespeda, y siempre estuuo rezando, hasta q̃ se fue el Corregidor, y vio salir libre à su marido, el qual en tanto que estuuo con el Corregidor, le dixo: Oy hazen señor, segun mi cuenta, quinze años, vn mes, y qua-

quatro dias, que llegò à esta posada vna señora en habito de peregrina en vna litera, acompañada de quatro criados de à cauallo, y de dos dueñas, y vna donzella, que en vn coche venian. Traia assimismo dos azemilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con vna rica cama, y con adereços de cozina. Finalmente el aparato era principal, y la peregrina representaua ser vna gran señora: y aunque en la edad mostraua ser de quarenta, ò poco mas años, no por esso dexaua de parecer hermosa en todo estremo. Venia enferma, y descolorida, y tan fatigada, que mandò, que luego luego le hiziessen la cama, y en esta misma sala se la hizieron sus criados. Preguntaronme, qual era el medico de mas fama desta ciudad? Dixeles, que el Doctor de la Fuente. Fueron luego por el, y el vino luego: comunicò à solas con el su enfermedad: y lo que de su platica resultò fue, que mandò el medico, q̃ se le hiziesse la cama en otra parte, y en lugar donde no le diessen ningun ruydo. Al momento la mudaron à otro aposento, que està aqui arriba apartado, y con la comodidad que el Doctor pedia. Ninguno de los criados entrauan donde su señora, y solas las dos dueñas, y la donzella la seruian. Yo, y mi muger preguntamos à los criados, quien era la tal señora, y como se llamaua, de adonde venia, y adõde yua? si era casada, viuda, ò donzella? y
porque

porque causa se vestia aquel habito de peregrina? A todas estas preguntas que le hizimos, vna y muchas vezes, no huuo alguno que nos respondiesse otra cosa, sino q̃ aquella peregrina era vna señora principal y rica, de Castilla la vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredassen: y que porque auia algunos meses que estaua enferma de hidropesia, auia ofrecido de yr à nuestra Señora de Guadalupe en Romeria: por la qual promesa yua en aquel habito. En quanto à dezir su nombre, traian orden de no llamarla, sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces: pero à cabo de tres dias, q̃ por enferma la señora pegrina se estaua en casa, vna de las dueñas no llamò à mi, y à mi muger de su parte: fuymos à ver lo que queria, y à puerta cerrada, y delante de sus criadas, casi con lagrimas en los ojos nos dixo, creo que estas mismas razones, Señores mios, los cielos me son testigos, que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance, que aora os dirè. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo, saben mi necessidad, ni desgracia: à estas mis mugeres, ni he podido, ni he querido encubrirselo, por huyr de los maliciosos ojos de mi tierra: y porque esta hora no me tomasse en ella, hize voto de yr à nuestra Señora de Guadalupe: ella deue de auer sido seruida, que en vuestra casa

me

me tome el parto: à vosotros està aora el remediarme, y acudirme con el secreto, q̃ merece la que su honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hizieredes, que assi quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderà alomenos à dar muestra de vna voluntad muy agradecida, y quiero q̃ comiencen à dar muestras de mi volũtad, estos ducientos escudos de oro, que van en este bolsillo, y sacando debaxo de la almohada de la cama vn bolsillo de aguja, de oro, y verde, se le puso en las manos de mi muger, la qual como simple, y sin mirar lo que hazia, porque estaua suspensa, y colgada de la peregrina, tomò el bolsillo, sin responderle palabra de agradecimiento, ni de comedimiento alguno. Yo me acuerdo que le dixe, que no era menester nada de aquello, que no eramos psonas, que por interès, mas que por caridad nos mouiamos à hazer bien, quando se ofrecia. Ella prosiguio diziendo: Es menester amigos, que busqueys donde lleuar lo que pariere, luego luego, buscando tãbien mentiras que dezir à quien lo entregaredes, que por aora sera en la ciudad, y despues quiero que se lleue à vna aldea. De lo que despues se huuiere de hazer, siendo Dios seruido de alumbrarme, y de lleuarme à cumplir mi voto, quando de Guadalupe buelua, lo sabreys, porque el tiempo me aura dado lugar, de que pien-

se.

ſe,y eſcoja lo mejor que me conuenga. Partera no la he meneſter,ni la quiero, q̃ otros partos mas honrados que he tenido,me aſſeguran, que con ſola la ayuda deſtas mis criadas facilitarè ſus dificultades, y ahorrarè de vn teſtigo mas de mis ſucceſſos. Aqui dio fin à ſu razonamiento la laſtimada peregrina, y principio à vn copioſo llanto,que en parte fue conſolado por las muchas,y buenas razones,que mi muger, ya buelta en mas acuerdo,le dixo: Finalmente yo ſalì luego à buſcar dõde lleuar lo que parieſſe, à qualquier hora que fueſſe: y entre las doze y la vna de aquella miſma noche,quando toda la gẽte de caſa eſtaua entregada al ſueño, la buena ſeñora pariò vna niña la mas hermoſa, que mis ojos haſta entonces auian viſto, que es eſta miſma que vueſſa merced acaba de ver aora. Ni la madre ſe quexò en el parto,ni la hija naciò llorando: en todos auia ſoſſiego,y ſilencio marauilloſo, y tal qual conuenia para el ſecreto de aquel eſtraño caſo. Otros ſeys dias eſtuuo en la cama,y en todos ellos venia el medico à viſitarla,pero no porque ella le huuieſſe declarado, de que procedia ſu mal: y las medicinas que le ordenaua,nũca las puſo en execucion, porque ſolo pretendio engañar à ſus criados con la viſita del medico. Todo eſto me dixo ella miſma, deſpues que ſe vio fuera de peligro, y à los ocho dias ſe leuantò con el

miſmo

mismo vulto, ò con otro que se parecia à aquel con que se auia echado. Fue à su romeria, y boluio de alli à veynte dias, ya casi sana, porque poco à poco se yua quitando del artificio, cõ que despues de parida se mostraua hidropica. Quando boluio, estaua ya la niña dada à criar por mi orden, con nombre de mi sobrina en vna aldea dos leguas de aqui: en el Bautismo se le puso por nombre Costança, que assi lo dexò ordenado su madre, la qual contenta de lo que yo auia hecho, al tiempo de despedirse me dio vna cadena de oro, que hasta agora tengo, de la qual quito seys trozos, los quales dixo, que trayria la persona que por la niña viniesse. Tambien cortò vn blanco pergamino a bueltas, y a ondas, à la traza, y manera como quando se enclauijan las manos, y en los dedos se escriuiesse alguna cosa, que estãdo enclauijados los dedos se puede leer: y despues de apartadas las manos queda diuidida la razon porque se diuiden las letras, que en boluiendo à enclauijar los dedos se juntan, y corresponden de manera, que se pueden leer continuadamẽte: digo, que el vn pergamino sirue de alma del otro, y encajados se leeran, y diuididos no es possible, sino es adiuinando la mitad del pergamino: y casi toda la cadena quedò en mi poder, y todo lo tẽgò esperando el contraseño. Hasta aora, puesto que ella me dixo, que dentro de
dos

dos años embiaria por su hija, encargandome, que la criasse, no como quien ella era, sino del modo que se suele criar vna labradora. Encargome tambien, que si por algun sucesso no le fuesse possible embiar tan presto por su hija, que aunque creciesse, y llegasse a tener entendimiento, no la dixesse del modo que auia nacido: y que la perdonasse el no dezirme su nombre, ni quien era, que lo guardaua para otra ocasion mas importante. En resolucion, dandome otros quatrocientos escudos de oro, y abraçando à mi muger con tiernas lagrimas, se partio, dexandonos admirados de su discrecion, valor, hermosura, y recato. Costança se criò en el aldea dos años, y luego la truxe cōmigo, y siempre la he traydo en habito de labradora, como su madre me lo dexò mandado. Quinze años, vn mes, y quatro dias ha, que aguardo, à quien ha de venir por ella, y la mucha tardança me ha consumido la esperança de ver esta venida, y si en este año en que estamos no vienen, tēgo determinado de prohijalla, y darle toda mi hazienda, que vale mas de seys mil ducados, Dios sea bēdito. Resta aora, señor Corregidor, dezir à vuessa merced, si es possible que yo sepa dezirlas, las bondades, y las virtudes de Costanzica. Ella lo primero, y principal, es deuotissima de nuestra Señora: confiessa y comulga cada mes: sabe escriuir y leer: no ay mayor randera en To-

ledo: canta à la almohadilla como vnos Angeles: en ser honesta no ay quien la yguale. Pues en lo que toca à ser hermosa, ya v. m. la ha visto. El señor Don Pedro hijo de v.merced en su vida la ha hablado: bien es verdad, que de quando en quando le da alguna musica, que ella jamas escucha. Muchos señores, y de titulo, han posado en esta posada, y a posta, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos dias: pero yo sè bien que no aura ninguno, que con verdad se pueda alabar, que ella le aya dado lugar de dezirle vna palabra sola, ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la illustre Fregona, que no friega, en la qual no he salido de la verdad vn punto. Callò el huesped, y tardò vn gran rato el Corregidor en hablarle, tan suspenso le tenia el sucesso que el huesped le auia cõtado. En fin le dixo, que le truxesse alli la cadena, y el pergamino, que queria verlo. Fue el huesped por ello, y trayendoselo, vio que era assi como le auia dicho: la cadena era de trozos, curiosamente labrada. En el pergamino estauan escritas vna debaxo de otra en el espacio que auia de hinchir el vazio de la otra mitad estas letras: E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. Por las quales letras vio ser forçoso, que se juntassen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser contendidas. Tuuo por discreta la señal del conocimiento, y

juzgò

juzgò por muy rica à la señora peregrina, que tal cadena auia dexado al huesped, y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada la hermosa muchacha, quando huuiesse concertado vn Monasterio donde lleuarla, por entonces se contentò de lleuar solo el pergamino, encargando al huesped, que si a caso viniessen por Costança, le auisasse y diesse noticia, de quien era el que por ella venia, antes que le mostrasse la cadena, que dexaua en su poder. Con esto se fue tan admirado del cuento, y sucesso de la illustre Fregona, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastò el huesped en estar con el Corregidor, y el que ocupò Costança, quando le llamaron, estuuo Tomas fuera de si, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto: pero quando vio que el Corregidor se yua, y que Costança se quedaua, respirò su espiritu, y boluieronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenian. No osò preguntar al huesped lo que el Corregidor queria, ni el huesped lo dixo à nadie, sino à su muger, con que ella tambien boluio en si, dando gracias à Dios, que de tan grande sobresalto la auia librado. El dia siguiẽte cerca de la vna, entraron en la posada cõ quatro hombres de a cauallo, dos Caualleros ancianos de venerables presencias, auiendo primero preguntado vno de

dos moços, que à pie con ellos venian, si era aquella la posada del Seuillano? Y auiendole respondido que si, se entraron todos en ella. Apearonse los quatro, y fueron a apear à los dos ancianos, señal por do se conocio, que aquellos dos eran señores de los seys. Salio Costança con su acostumbrada gentileza a ver los nueuos huespedes. Y a penas la huuo visto vno de los dos ancianos, quando dixo al otro: Yo creo señor don Iuan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar. Tomas que acudio a dar recado à las caualgaduras, conocio luego à dos criados de su padre, y luego conociò à su padre, y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos, à quien los demas respectauan: y aunque se admirò de su venida, cõsiderò que deuian de yr a buscar à el, y à Carriazo à las Almadrauas, que no auria faltado quien les huuiesse dicho, que en ellas, y no en Flandes los hallaria: pero no se atreuiò à dexarse conocer en aquel trage, antes auenturandolo todo, puesta la mano en el rostro, passò por delante dellos, y fue à buscar à Costança, y quiso la buena suerte, che la hallasse sola, y à priessa, y con lengua turbada, temeroso, que ella no le daria lugar para dezirle nada, le dixo: Costança, vno destos dos Caualleros ancianos, que aqui han llegado aora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar don Iuan de Auendaño, informate

de

de ſus criados, ſi tiene vn hijo, que ſe llama don Tomas de Auendaño, que ſoy yo, y de aqui podràs yr coligiendo, y aueriguando, que te he dicho verdad en quãto à la calidad de mi perſona, y que te la dirè en quãto de mi parte te tẽgo ofrezido: y quedate à Dios, que haſta que ellos ſe vayan, no pienſo boluer à eſta caſa. No le reſpondio nada Coſtança, ni el aguardò à que le reſpondieſſe, ſino boluiendoſe a ſalir, cubierto como auia entrado, ſe fue a dar cuenta à Carriazo, de como ſus padres eſtauan en la poſada. Dio vozes el hueſped à Tomas, que vinieſſe a dar cebada: pero como no pareciò, diola el miſmo. Vno de los dos ancianos llamo à parte à vna de las dos moças Gallegas, y preguntole, como ſe llamaua aquella muchacha hermoſa, que auian viſto, y que ſi era hija, ò parièta del hueſped, ò hueſpeda de caſa? La Gallega le reſpõdio: La moça ſe llama Coſtãça, ni es parièta del hueſped, ni de la hueſpeda, ni sè lo q̃ es: ſolo digo, q̃ la doy a la mala landre, q̃ no sè q̃ tiene, que no dexa hazer baza a ninguna de las moças, que eſtamos en eſta caſa. Pues en verdad que tenemos nueſtras faciones como Dios nos la puſo: no entra hueſped q̃ no pregũte luego, quien es la hermoſa, y q̃ no diga: Bonita es, biẽ parece, à fè q̃ no es mala: mal año para las mas pĩtadas: nũca peor me la deparè la fortuna: y à noſotras no ay quiẽ nos diga, q̃ teneys ahi diablos, ò mu-

geres, ò lo que soys? Luego esta niña à essa cuenta, replieò el Cauallero, deue de dexarse manosear, y requebrar de los huespedes? Si, respondio la Gallega, tenedle el pie al herrar, bonita es la niña para esso: par Dios señor, si ella se dexara mirar, si quiera, manara en oro: es mas aspera que vn erizo: es vna traga Aue Marias, labrando està todo el dia, y rezando. Para el dia que ha de hazer milagros, quisiera yo tener vn cuento de renta. Mi ama dize, que trae vn silencio pegado a las carnes, tome quel mi padre. Contentissimo el Cauallero de lo que auia oydo a la Gallega, sin esperar a que le quitassen las espuelas, llamò al huesped, y retirandose con el aparte en vna sala, le dixo: Yo señor huesped vengo a quitaros vna prenda mia, que ha algunos años que teneys en vuestro poder: para quitaros la os traygo mil escudos de oro: y estos trozos de cadena, y este pergamino: y diziendo esto, sacò los seys de la señal de la cadena, que el tenia: Assimismo conocio el pergamino, y alegre sobre manera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondio Señor, la prenda, que quereys quitar està en casa, pero no estan en ella la cadena, ni el pergamino con que se ha de hazer la prueua de la verdad, que yo creo que vuessa merced trata; y assi le suplicò tenga paciencia, que yo bueluo luego: y al momento fue a auisar al Corregidor de

lo que passaua, y de como estauan dos Caualleros en su posada, que venian, por Costança. Acabaua de Comer el Corregidor, y con el desseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subiò luego a cauallo, y vino à la posada del Seuillano, lleuando consigo el pergamino de la muestra. Y apenas huuo visto à los dos Caualleros, quando abiertos los braços fue à abraçar al vno, diziendo: Valame Dios, que buena venida es esta, señor don Iuan de Auendaño, primo, y señor mio? El Cauallero le abraçò assimismo, diziendole: Sin duda señor primo aurà sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud, que siempre os desseo. Abraçad primo a este Cauallero, que es el señor don Diego de Carriazo gran Señor, y amigo mio. Ya conozco al señor don Diego, respondio el Corregidor, y le soy muy seruidor, y abraçandose los dos, despues de auerle recebido con grande amor, y grãdes cortesias se entraron en vna sala, donde le quedaron solos con el huesped, el qual ya tenia consigo la cadena, y dixo. Ya el señor Corregidor sabe a lo q̃ vuesse merced viene señor don Diego de Carriaso: v. m. saque los trozos, que faltan a esta cadena: y el señor Corregidor sacarà el pergamino, que està en su poder, y hagamos la prueua, que ha tantos años que espero à que se haga. Dessa manera, respondio don Diego, no aurà necessidad de dar

cuenta de nueuo al señor Corregidor de nuestra venida, pues bien se verà que ha sido, a lo que vos señor huesped aureys dicho. Algo me ha dicho, pero mucho me quedò por saber. El pergamino hele aqui: sacò don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hizieron vna, y à las letras del que tenia el huesped, que como se hà dicho, eran, E. T. E. L. S. N.V.D.D.R. respondian en el otro pergamino estas: S. A. S. A. E. A. L. E. R. A. E. A. que todas juntas dezian: Esta es la señal verdadera. Contejaronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto està hecho dixo el Corregidor, resta aora saber, si es possible quien son los padres desta hermosissima prēda. El padre, respondio don Diego, yo lo soy, la madre ya no viue, basta saber, que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado. Y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error, y culpa conocida, se ha de saber, que la madre desta prēda, siēdo viuda de vn gran Cauallero, se retirò a viuir à vna aldea suya, y alli cō recato, y cō honestidad grandissima, passaua con sus criados y vassallos vna vida sossegada y quieta. Ordenò la suerte, que vn dia yendo yo à caça por el termino de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta: quando lleguè a su alcazar, que assi se puede llamar su gran casa dexè,

dexé el cauallo à vn criado mio: subi sin topar à nadie, hasta el mismo aposéto dóde ella estaua durmiédo la siesta sobre vn estrado negro. Era por estremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion despartaron en mi vn desseo mas atreuido, que honesto, y sin ponerme a hazer discretos discursos, cerrè tras mi la puerta, y llegandome à ella, la despertè, y teniendola assida fuertemẽte, le dixe: Vuessa merced, señora mia no grite, q̃ las vozes que diere, seran pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, q̃ mi suerte, par que la tenga bonissima en gozaros, ha llouido sueño en todos vuestros criados, y quando ellos acudan à vuestras vozes, no podran mas que quitarme la vida: y esto ha de ser en vuestros mismos braços: y no por mi muerte dexarà de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente yo la gozè cõtra su volũtad, y a pura fuerça mia: ella cãsada, rẽdida, y turbada, o no pudo, o no quiso hablarme palabra, y yo dexãdola como atontada, y suspensa, me bolui a salir por los mismos pasos donde auia entrado, y me vine a la aldea de otro amigo mio, que estaua dos leguas de la suya. Esta señora se mudò de aquel lugar à otro, y sin que yo jamas la viesse, ni lo procurasse, se passaron dos años, al cabo de los quales supe, que era muerta, y podra auer veynte dias, que con grandes encarecimientos, escriuiendome.

que era cosa que me importaua en ella el contento, y la honra, me embio à llamar vn mayordomo desta señora: fuy à ver lo que me queria, bien lexos de pensar en lo que me dixo: hallele à punto de muerte: y por abreuiar razones, en muy breues me dixo, como al tiempo que murio su señora le dixo, todo lo que conmigo le auia sucedido, y como auia quedado preñada de aquella fuerça, y que por encubrir el bulto auia venido en romeria à nuestra Señora de Guadalupe, y como auia parido en esta casa vna niña, que se auia de llamar Costança: diome las señas, cō que la hallaria, que fueron las que aueys visto de la cadena, y pergamino. Y diome ansimismo treynta mil escudos de oro, que su señora dexò, para casar à su hija. Dixome ansimismo, que el no auermelos dado luego como su señora auia muerto, ni declaradome lo que ella encomendó à su confiança, y secreto, auia sido por pura codicia, y por poderse aprouechar de aquel dinero: pero que ya que estaua à punto de yr à dar cuenta à Dios, por descargo de su conciencia, me daua el dinero, y me auisaua a donde, y como de hallar mi hija. Recebi el dinero, y las señales, y dando cuenta desto al señor don Iuan de Auendaño, nos pusimos en camino desta ciudad. A estas razones llegaua don Diego, quando oyeron que en la puerta de la casa dezian à grandes vozes: Diganle à To-

mas Pedro el moço de la cebada, como lleuan à su amigo el Asturiano preso, que acuda à la carcel, que alli le espera. A la voz de carcel, y de preso, dixo el Corregidor, que entrasse el preso, y el Alguazil, q̃ le lleuaua. Dixerõ al Alguazil, que el Corregidor, que estaua alli, le mandaua entrar con el preso, y assi lo huuo de hazer. Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien assido del Alguazil: y assi como entro en la sala, conociò à su padre, y al de Auendaño. Turbose, y por no ser conocido, con vn paño, como que se limpiaua la sangre, se cubriò el rostro: Preguntò el Corregidor, que que auia hecho aquel moço, que tan mal parado le lleuauan? Respondio el Alguazil, que aquel moço era vn aguador, que le llamauan el Asturiano, à quien los muchachos por las calles dezian: Daca la cola Asturiano, daca la cola: y luego en breues palabras contò la causa porque le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos. Dixo mas, que saliendo por la puente de Alcantara, dandole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se auia apeado del asno, y dando tras todos, alcançò à vno, à quien dexaua medio muerto à palos: y q̃ queriendole prender, se auia resistido, y que por esso yua tan mal parado. Mandò el Corregidor, q̃ se descubriesse el rostro, y porfiãdo à no querer descubrirse, llegò

el Alguazil, y quitole el pañuelo, y al punto le conocio su padre, y dixo todo alterado: hijo don Diego, como estas desta manera? que trage es este? aun no se te han oluidado tus picardias? hincò las rodillas Carriazo, y fuese à poner à los pies de su padre, que con lagrimas en los ojos le tuuo abraçado vn buen espacio. Don Iuã de Auendaño, como sabia que don Diego auia venido con don Tomas su hijo, preguntole por el: à lo qual respondio, que don Tomas de Auendaño era el moço que daua cebada, y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dixo, se acabò de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandò el Corregidor al huesped, que truxesse alli al moço de la ceuada. Yo creo que no està en casa, respõdio el huesped, pero yo le buscarè, y assi fue à buscalle. Preguntò don Diego à Carriazo, que que transformaciones eran aquellas, y que les auia mouido à ser el aguador, y don Tomas moço de meson? A lo qual respondio Carriazo, que no podia satisfazer à aquellas preguntas tan en publico, que el responderia à solas. Estaua Tomas Pedro escondido en su aposento, para vèr desde alli, sin ser visto, lo que hazian su padre, y el de Carriazo. Teniale suspenso la venida del Corregidor, y el alboroto, que en toda la casa andaua. No faltò quien le dixesse al huesped, como estaua alli escondido, subio por el, y mas

por fuerça,que por grado,le hizo baxar: y aun no baxarà, si el mismo Corregidor no saliera al patio,y le llamara por su nõbre diziendo: Baxe vuessa merced, señor pariente, que aqui no le aguardan osos, ni Leones. Baxò Tomas, y con los ojos baxos,y sumission grande,se hincò de rodillas ante su padre, el qual le abraçò cõ grandissimo cõtento, à fuer del que tuuo el padre del hijo prodigo, quando le cobrò de perdido. Ya en esto auia venido vn coche del Corregidor,para boluer en el, pues la gran siesta no permitia boluer à cauallo. Hizo llamar a Costança,y tomãdola de la mano,se la presẽtò à su padre, diziendo: recebid señor don Diego esta prenda, y estimalda por la mas rica, que acertarades à dessear,y vos hermosa donzella besad la mano à vuestro padre, y dad gracias à Dios, que con tan honrado sucesso hà enmendado subido,y mejorado la baxeza de vuestro estado. Costança que no sabia, ni imaginaua lo que le auia acontecido, toda turbada, y temblando, no supo hazer otra cosa, que hincarse de rodillas ante su padre, y tomandole las manos,se las començò à besar tiernamente, bañandoselas con infinitas lagrimas, que por sus hermosissimos ojos derramaua. En tanto que esto passaua, auia persuadido el Corregidor à su primo don Iuan, que se viniessen todos con el à su casa: y aunque don Iuan lo rehusaua, fueron tan-

tas las persuasiones del Corregidor, que lo huuo de conceder: y assi entraron en el coche todos, pero quando dixo el Corregidor à Costança, que entrasse tambien en el coche, se le anubló el coraçon, y ella, y la huespeda se assieron vna à otra, y començaron a hazer tan amargo llanto, que quebraua los coraçones de quantos le escuchauan. Dezia la huespeda: como es esto hija de mi coraçon, que te vas y me dexas? como tienes animo de dexar à esta madre, que cõ tanto amor te ha criado? Costança lloraua, y la respondia cõ no menos tiernas palabras. Pero el Corregidor enternecido, mandò que assimismo la huespeda entrasse en el coche, y q̃ no se apartasse de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliesse de Toledo. Assi la huespeda, y todos entraron en el coche, y fueron a casa del Corregidor, dõde fueron bien recebidos de su muger, que era vna principal señora. Comieron regalada, y sumptuosamente. y despues de comer, contò Carriazo à su padre, como por amores de Costança don Tomas se auia puesto à seruir en el meson, y que estaua enamorado de tal manera della, q̃ sin que le huuiera descubierto ser tã principal como era, siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistio luego la muger del Corregidor à Costança cõ vnos vestidos de vna hija que tenia de la misma edad, y cuerpo de Costança.

Y si

Y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien la quadrauan, que daua a entender, que desde que nacio, auia sido señora, y vsado los mejores trages, que el vso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar vn triste, que fue don Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginò, que Costança no auia de ser suya: y assi fue la verdad: porque entre el Corregidor, y don Diego de Carriazo, y don Iuan de Auendaño, se concertaron, en que don Tomas se casasse cõ Costança, dandole su padre los treynta mil escudos, que su madre le auia dexado, y el aguador don Diego de Carriazo casasse cõ la hija del Corregidor, y don Pedro el hijo del Corregidor con vna hija de don Iuan de Auendaño, que su padre se ofrecia a traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, alegres, y satisfechos: y la nueua de los casamiẽtos, y de la ventura de la Fregona illustre, se estendio por la ciudad, y acudia infinita gente a ver à Costança en el nueuo habito. En el qual tan señora se mostraua, como se ha dicho. Vieron al moço de la ceuada Tomas Pedro buelto en don Tomas de Auendaño, y vestido como señor: notaron, que Lope Asturiano era muy gentilhombre, despues que auia mudado vestido, y dexado el asno, y las aguaderas: pero con todo esso no faltaua quien

en el

en el medio de su pompa, quando yua por la calle, no le pidiesse la cola. Vn mes se estuuieron en Toledo, al cabo del qual se boluieron à Burgos don Diego de Carriazo, y su muger, su padre, y Costança con su marido don Tomas, y el hijo del Corregidor, que quiso yr à ver su parienta, y esposa. Quedò el Seuillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas, que Costança dio à su señora, que siempre con este nombre llamaua à la que la auia criado. Dio ocasion la historia de la Fregona illustre, à que los Poetas del dorado Tajo exercitassen sus plumas, en solenizar, y en alabar la sinpar hermosura de Costança, la qual aun viue en compañia de su buen moço de meson, y Carriazo ni mas ni menos con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse, si ay Almadrauas en el mundo, oy estan todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas vee algun asno de aguador, quando se le representa, y viene à la memoria el que tuuo en Toledo: y teme que quando menos se cate, ha de remanecer en alguna satira el daca la cola

Asturiano, Asturiano daca la cola.

NO.

NOVELA DE LAS DOS DONZELLAS.

CInco Leguas de la ciudad de Seuilla està vn lugar que se llama Castilblanco, y en vno, de muchos mesones que tiene, a la hora que anochezia, entrò vn caminante, sobre vn hermoso quartago estrangero, no traia criado alguno, y sin esperar que le tuuiessen el estriuo se arrojò de la silla con gran ligereza. Acudio luego el huesped (que era hombre diligente, y de recado) mas no fue tan presto, que no estuuiesse ya el caminante sentando en vn poyo, que en el portal auia, desabrochando se muy apriessa los botones del pecho, y luego dexò caer los braços à vna, y à otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huespeda, que era caritatiua, se llegò à el, y roziandole con agua el rostro, le hizo boluer en su acuerdo: y el dando muestras, que le auia pesado, de

de que assi le huuiessen visto, se boluio à abrochar, pidiendo, que le diessen luego vn aposento, donde se recogiesse: y que si fuesse possible, fuesse solo. Dixole la huespeda, que no auia mas de vno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forçoso, si algun huesped acudiesse, acomodarle en la vna. A lo qual respondio el caminante, que el pagaria los dos lechos, viniesse, ò no huesped alguno: y sacando vn escudo de oro, se le dio à la huespeda, con condicion que à nadie diesse el lecho vazio. No se descontentò la huespeda de la paga, antes se ofreciò de hazer lo que le pedia, aunque el mismo Dean de Seuilla llegasse aquella noche à su casa. Preguntole, si queria cenar? y respondio, que no, mas que solo queria, que se tuuiesse gran cuidado con su quartago. Pidio la llaue del aposento, y lleuádo consigo vnas bolsas grandes de cuero, se entrò en el, y cerrò tras si la puerta con llaue, y aun (à lo que despues pareciò) arrimò à ella dos sillas. Apenas se huuo encerrado, quando se juntaron à consejo el huesped, y la huespeda, y el moço que daua la cebada, y otros dos vezinos, que a caso alli se hallaron, y todos trataron de la grande hermosura, y gallarda disposiciõ del nueuo huesped, concluyendo, que jamas tal belleza auian visto. Tantearonle la edad, y se resoluieron, que tẽdria de diez y seys à diez y siete años. Fueron, y vinieron, y dieron,

y to-

y tomaron (como suele dezirse) sobre q̃ podia auer sido la causa del desmayo que le dio: pero como no la alcançaron, quedaron se con la admiracion de su gentileza. Fueronse los vezinos à sus casas, y el huesped à pensar el quartago, y la huespeda à aderezar algo de cenar, por si otros huespedes viniessen: y no tardò mucho, quando entrò otro de poca mas edad, que el primero, y no de menos gallardia· y apenas le huuo visto la huespeda, quando dixo: Valame Dios, y que es esto? vienen por vẽtura esta noche à posar Angeles à mi casa? Porque dize esso la señora huespeda? dixo el Cauallero. No lo digo por nada señor, respondio la mesonera, solo digo, que vuessa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia, las ha tomado vn Cauallero, que està en aquel aposẽto, y me las ha pagado entrambas, aunque no auia menester mas de la vna sola, porque nadie le entre en el aposento, y es, que deue de gustar de la soledad: y en Dios, y en mi anima, que no sè yo porque, que no tiene el cara, ni disposicion, para esconderse, sino para que todo el mundo le vea, y le bendiga. Tan lindo es señora huespeda? replicò el Cauallero. Y como si es lindo, dixo ella, y aun mas que relindo. Ten aqui moço, dixo à esta sazon el Cauallero, q̃ aũque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado: y dãdo el estriuo à vn moço

de

de mulas, que con el venia, se apeò, y hizo que le diessen luego de cenar, y assi fue hecho, y estando cenando, entrò vn Alguazil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se vsa) y sentose à conuersacion con el Cauallero, en tanto que cenaua, y no dexò entre razon, y razon de echar abaxo tres cubiletes de vino, y de roer vna pechuga, y vna cadera de perdiz, que le dio el Cauallero, y todo se lo pagò el Alguazil, con preguntarle nueuas de la Corte, y de las guerras de Flandes, y baxada del Turco, no oluidandose de los sucessos del Trasiluano, que nuestro Señor guarde. El Cauallero cenaua y callaua, porque no venia de parte, que le pudiesse satisfazer à sus pregũtas. Ya en esto auia acabado el mesonero de dar recado al quartago, y sentose à hazer tercio en la conuersacion, y à prouar de su mismo vino, no menos tragos, que el Alguazil, y à cada trago que embasaua, boluia, y derribaua la cabeça sobre el ombro yzquierdo, y alabaua el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atreuia à dexarle mucho en ella, porque no se aguasse. De lance en lauce boluieron à las alabanças del huesped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no auia querido cenar cosa alguna. Ponderaron el aparato de las bolsas, y la bondad del quartago, y del vestido vistoso, que de camino traia. Todo lo qual re-

requeria no venir sin moço que le siruiesse. Todas estas exageraciones pusieron nueuo desseo de verle, y rogò al mesonero, hiziesse de modo como el entrasse à dormir en la otra cama, y le daria vn escudo de oro. Y puesto que la codicia del dinero acabò con la volũtad del mesonero de darsela, hallò ser impossible, à causa que estaua cerrado por de dentro, y no se atreuia à despertar al que dẽtro dormia, y que tambien tenia pagados los dos lechos. Todo lo qual facilitò el Alguazil, diziendo: Lo que se podrà hazer, es, que yo llamarè à la puerta, diziendo, que soy la justicia, que por mandado del señor Alcalde traygo à aposentar à este Cauallero à este meson, y que no auiendo otra cama, se le manda dar aquella: à lo qual ha de replicar el huesped, que se le haze agrauio, porque ya està alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene. Cõ esto quedarà el mesonero desculpado, y v.m consiguirà su intento. A todos les pareciò biẽ la traça del Alguazil, y por ella le dio el desseoso quatro reales. Pusose luego por obra: y en resolucion, mostrando grã sentimiento el primer huesped abrio à la justicia, y el segundo, pidiẽdole ꝑdon del agrauio, q̃ al parecer se le auia hecho, se fue acostar en el lecho desocupado: pero ni el otro le respõdio palabra, ni menos se dexò ver el rostro: porq̃ apenas huuo abierto, q̄n se fue à su cama, y buelta la cara à la pared, por no respõder hizo q̃ dormia. El

otro

otro se acostò, esperando cumplir por la mañana su desseo, quando se leuantassen. Eran las noches de las pereçosas, y largas de Diziembre y el frio, y el cansancio del camino forçaua à procurar passarlas cō reposo: pero como no le tenia el huesped primero, à poco mas de la media noche començò à suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia despedirsele el alma, y fue de tal manera, que aunque el segundo dormia, huuo de despertar al lastimero son del que se quexaua. Y admirado de los sollozos, con que acompañaua los suspiros, atentamente se puso à escuchar lo que al parecer entre si murmuraua. Estaua la sala escura, y las camas bien desuiadas: pero no por esto dexò de oyr, entre otras razones, estas, que con voz debilitada, y flaca el lastimado huesped primero dezia: Ay sin ventura, adonde me lleua la fuerça incōtrastable de mis hados? Que camino es el mio, ò que salida espero tener del intricado laberinto donde me hallo? Ay pocos y mal experimentados años, incapazes de toda buena consideracion, y consejo. Que fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? Ay honra menospreciada. Ay amor mal agradezido. Ay respectos de honrados padres, y parientes atropellados. Y ay de mi vna, y mil vezes, que tan a rienda suelta me dexe lleuar de mis desseos. O palabras
fingi-

fingidas, que tan de veras me obligastes, à que con obras os respondiesse. Pero de quien me quexo cuytado? Yo no soy la que quise engañarme? No soy yo la que tomo el cuchillo con sus mismas manos, con que cortè, y echè por tierra mi credito, con el que de mi valor tenian mis ancianos padres? O fementido Marco Antonio, como es possible, que en las dulces palabras que me dezias viniesse mezclada la hiel de tus descortesias, y desdenes? Adonde estàs ingrato? Adonde te fuyste desconocido? Respondeme, que te hablo: esperame que te sigo: sustentame, que descaezco: pagame, que me deues: socorreme, pues por tantas vias te tengo obligado. Callò en diziendo esto dãdo muestra en los ayes y suspiros, que no dexauan los ojos de derramar tiernas lagrimas. Todo lo qual con sossegado silẽcio estuuo escuchando el segnndo huesped, coligiendo por las razones, que auia oydo, que sin duda alguna era muger la que se quexaua, cosa que le auiuò mas el desseo de conozella, y estuuo muchas vezes determinado de yrse à la cama de la que creia ser muger, y huuieralo hecho, si en aquella sazon no le sintiera leuantar, y abriendo la puerta de la sala, dio vozes al huesped de casa, que le ensillasse el quartago, porque queria partirse. A lo qual al cabo de vn buen rato, que el mesonero se dexò llamar, le respondio, que se sossegasse,

porque

ga hiſtoria de mis deſgracias,podria ſer, que el nueuo ſentimiento me acabaſſe. Mas ſi quereys, que haga lo que me pedis,aueyſme de prometer, por la fe que me aueys moſtrado, en el ofrecimiento que me aueys hecho, y por quien vos ſoys (que à lo que en vueſtras palabras moſtrays,prometeys mucho) que por coſas que de mi oyays en lo que os dixere, no os aueys de mouer de vueſtro lecho,ni venir al mio,ni preguntarme mas de aquello que yo quiſiere deziros:porque ſi al cõtrario deſto hizieredes, en el punto que os ſienta mouer,con vna eſpada,que à la cabe cera tengo,me paſſarè el pecho. Eſſotro (que mil impoſſibles prometiera, por ſaber lo que tanto deſſeaua) le reſpõdio,que no ſaldria vn punto de lo que le auia pedido,afirmandoſelo con mil juramẽtos.Cõ eſſe ſeguro pues,dixo el primero,yo harè lo q̃ haſta aora no he hecho,q̃ es dar cuenta de mi vida à nadie, y aſſi eſcuchad. Aueys de ſaber, ſeñor, que yo que en eſta poſada entre (como ſin duna os auràn dicho) en trage de varon, ſoy vna deſdichada donzella, alomenos vna que lo fue no ha ocho dias, y lo dexò de ſer por inaduertida,y loca, y por creerſe de palabras cõpueſtas, y afeytadas de fementidos hõbres. Mi nõbre es Teodoſia, mi patria vn principal lugar deſta Andaluzia, cuyo nombre callo (porque no os importa à vos tãto el ſaberlo como à mi el encubrirlo) mis padres ſõ nobles, y mas q̃

medianamente ricos: los quales tuuieron vn hijo, y vna hija: el para descanso, y honra suya, y ella para todo lo contrario; à el embiaron à estudiar à Salamanca: à mi me tenian en su casa, adonde me criauan con el recogimiento, y recato, que su virtud, y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna, siempre les fuy obediente, ajustando mi voluntad à la suya, sin discrepar vn solo punto, hastaque mi suerte menguada, ò mi mucha demasia me ofreciò à los ojos vn hijo de vn vezino nuestro, mas rico que mis padres, y tan noble como ellos. La primera vez, que le mirè, no sentì otra cosa, que fuesse mas de vna complacencia de auerle visto, y no fue mucho, porque su gala, gentileza, rostro, y costumbres eran de los alabados, y estimados del pueblo, cõ su rara discrecion, y cortesia. Pero de que me sirue alabar a mi enemigo? ni yr alargando con razones el sucesso tan desgraciado mio, ò por mejor dezir, el principio de mi locura? Digo en fin, que el me vio vna, y muchas vezes desde vna ventana, que frontera de otra mia estaua, desde alli (à lo que me pareciò) me embiò el alma por los ojos, y los mios (con otra manera de cõtento, que el primero) gustaron de miralle, y aun me forçaron à que creyesse, que eran puras verdades, quanto en sus ademanes, y en su rostro leya. Fue la vista la intercessora, y medianera de la habla, la habla
de

de declarar su desseo, su desseo de encender el mio, y de dar fe al suyo. Llegose à todo esto las promessas, los juramentos, las lagrimas, los suspiros, y todo aquello que à mi parecer puede hazer vn firme amador, para dar a entender la entereza de su voluntad, y la firmeza de su pecho, y en mi desdichada (que jamas en semejãtes ocasiones y trances me auia visto) cada palabra era vn tiro de artilleria que derribaua parte de la fortaleza de mi hõra: cada lagrima era vn fuego en que se abrasaua mi honestidad: cada suspiro vn furioso viento, que el incendio aumentaua, de tal suerte, que acabò de consumir la virtud, que hasta entonces aun no auia sido tocada, y finalmente con la promesa de ser mi esposo, a pesar de sus padres (que para otra le guardauan) di con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber como, me entreguè en su poder a hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino, que vn page de Marco Antonio (q̃ este es el nombre del inquietador de mi sossiego) y apenas huuo tomado de mi la possession que quiso, quando de alli a dos dia desaparecio del pueblo, sin que sus padres, ni otra persona alguna supiessen dezir, ni imaginar donde auia ydo. Qual yo quedè, digalo quien tuuiere poder para dezirlo, que yo no sè, ni supe mas de sentillo. Castiguè mis cabellos, como si ellos tuuieran la culpa de mi yerro: marti-

rize mi rostro, por parecerme, que el auia dado toda la ocasion à mi desuentura: maldixe mi suerte, acusè mi presta determinacion: derramè muchas, è infinitas lagrimas: vime casi ahogada entre ellas, y entre los suspiros, que de mi lastimado pecho salian. Quexeme en silencio al cielo: discurri con la imaginacion, por ver, si dèscubria algun camino, ò senda à mi remedio: y la que hallè, fue vestirme en habito de hombre, y ausentarme de la casa de mis padres, y yrme à buscar a este segundo enganador Eneas, à este cruel, y fementido Vireno, à este defraudador de mis buenos pensamientos, y legitimas, y bien fundadas esperanças: y assi sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciendome la ocasion vn vestido de camino de mi hermano, y vn quartago de mi padre, que yo ensillè, vna noche escurissima me sali de casa, con intencion de yr à Salamãca, donde (segun despues se dixo) creian, que Marco Antonio podia auer venido, porque tambien es estudiante, y camarada del hermano mio, que os he dicho. No dexè assimismo de sacar cantidad de dineros en oro, para todo aquello que en mi impensado viage pueda sucederme. Y lo que mas me fatiga es, que mis padres me han de seguir, y hallar por las señas del vestido, y del quartago, que traygo: y quãdo esto no tema, temo à mi hermano, que està en Salamanca, del qual, si soy conocida,

cida,

cida, ya se puede entender el peligro en que esta puesta mi vida: porque aunque el escuche mis disculpas, el menor punto de su honor passa a quantas yo pudiere darle. Con todo esto mi principal determinacion es (aunque pierda la vida) buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo, sin que le desmientan las prendas, que dexò en mi poder, que son, vna sortija de diamantes con vnas cifras, que dizen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo sabrè del, que hallò en mi, que tan presto le mouio à dexarme? y en resolucion harè, que me cumpla la palabra, y fè prometida, ò le quitarè la vida, mostrandome tan presta à la vengança, como fuy facil al dexar agrauiarme: porque la nobleza de la sangre, que mis padres me han dado, và despertando en mi brios, que me promete, ò ya remedio, ò ya vēgāça de mi agrauio. Esta es, señor Cauallero, la verdadera, y desdichada historia, q̃ desseauedes saber, la qual serà bastante disculpa de los suspiros, y palabras, q̃ os despertaron. Lo q̃ os ruego, y suplico es, que ya que no podays darme remedio, a lo menos me deys cōsejo con q̃ pueda huyr los peligros q̃ me cōtrastan, y tēplar el temor que tēgo de ser hallada, y facilitar los modos que he de vsar para conseguir lo que tanto desseo, y he menester. Vn grā espacio de tiēpo estuuo sin responder palabra el q̃ auia estado

eſcuchando la hiſtoria de la enamorada Teodoſia, y tanto, que ella pensò, que eſtaua dormido, y que ninguna coſa le auia oydo: y para certificarſe de lo que ſoſpechaua, le dixo: Dormis ſeñor? y no ſeria malo que durmieſſedes, porque el apaſſionado que cuenta ſus deſdichas, à quien no las ſiente, bien es que cauſen en quien las eſcucha mas ſueño que laſtima. No duermo, reſpondiò el Cauallero, antes eſtoy tan deſpierto, y ſiento tanto vueſtra deſuentura, que no ſe, ſi diga que en el miſmo grado me aprieta, y duele, que à vos miſma, y por eſta cauſa el conſejo que me pedis, no ſolo ha de parar en aconſejaros, ſino en ayudaros con todo aquello que mis fuerças alcançaren: que pueſto que en el modo, que aueys tenido en contarme vueſtro ſuceſſo, ſe ha moſtrado el raro entendimiento de que ſoys dotado, y que conforme à eſto os deuiò de engañar mas vueſtra voluntad rendida, que las perſuaſiones de Marco Antonio, toda via quiero tomar por diſculpa de vueſtro yerro vueſtros pocos años, en los quales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres. Soſſegad ſeñora, y dormid (ſi podeys) lo poco que deue de quedar de la noche, que en viniendo el dia nos aconſejaremos los dos, y veremos, que ſalida ſe podrà dar à vueſtro remedio. Agradecioſelo Teodoſia lo mejor que ſupo, y procurò

reposar vn rato, por dar lugar, à que el Cauallero durmiesse, el qual no fue possible sossegar vn punto, antes començò à bolcarse por la cama, y à suspirar de manera, que le fue forçoso à Teodosia preguntarle, que era lo que sentia, que si era alguna passion, à quien ella pudiesse remediar, lo haria con la voluntad misma, que el à ella se le auia ofrecido. A esto respõdio el Cauallero, puesto que soys vos señora la que causa el desasossiego, que en mi aueys sentido, no soys vos la que podays remedialle, que à serlo, no tuuiera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adonde se encaminauan aquellas confusas razones: pero toda via sospechò, que alguna passion amorosa le fatigaua, y aun pensò ser ella la causa, y era de sospechar, y de pensar pues la comodidad del aposento la soledad, y la escuridad, y el saber que era muger, no fuera mucho auer despertado en el algun mal pensamiento, y temerosa desto se vistio con grande priesa, y con mucho silencio, y se ciñò su espada, y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama, estuuo esperando el dia, que de alli à poco espacio dio señal de su venida, con la luz que entraua por los muchos lugares, y entradas, que tienen los aposentos de los mesones, y ventas: y lo mismo que Teodosia auia hecho el Cauallero: y apenas vio estrellado el aposento con la luz del dia,

quando se leuantò de la cama, diziendo: Leuantaos señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dexaros de mi lado, hasta que como legitimo esposo tengays en el vuestro à Marco Antonio, ò que el, ò yo perdamos las vidas, y aqui vereys la obligacion, y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia: y diziendo esto abriò las ventanas, y puertas del aposento. Estaua Teodosia desseando ver la claridad, para ver cō la luz, que talle, y parecer tenia aquel con quien auia estado hablando toda la noche: mas quando le mirò, y le conociò, quisiera, que jamas huuiera amanecido, sino que alli en perpetua noche se le huuieran cerrado los ojos: porque apenas huuo el Cauallero buelto los ojos: à mirarla (que tambien desseaua verla) quando ella conociò que era su hermano, de quien tāto se temia, à cuya vista casi perdiò la de sus ojos, y quedò suspensa, y muda, y sin color en el rostro: pero sacando del temor esfuerço, y del peligro discrecion, echando mano à la daga, la tomò por la punta, y se fue à hincar de rodillas delante de su hermano, diziendo con voz turbada, y temerosa: Toma señor, y querido hermano mio, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaziē do tu enojo, que para tan grāde culpa como la mia, no es bien que ninguna misericordia me valga: yo confiesso mi pecado,

y no

y no quiero que me sirua de disculpa mi arrepentimiento: solo te suplico, que la pena sea de suerte, que se estienda à quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentãdome de casa de mis padres, toda via quedarà en opinion, si el castigo que me dieres, fuere secreto. Miraua la su hermano, y aunque la soltura de su atreuimiento le incitaua à la vengança, las palabras tan tiernas, y tan eficazes, con que manifestaua su culpa, le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable, y semblante pazifico la leuanto del suelo, y la consolo lo mejor que pudo, y supo diziendole entre otras razones, que por no hallar castigo ygual à su locura, le suspendia por entonces: y assi por esto, como por parecerle, que aun no auia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas à su remedio: queria antes procurarsele por todas las vias possibles, que no tomar vengança del agrauio, que de su mucha liuiandad en el redundaua. Cõ estas razones boluio Teodosia à cobrar los perdidos espiritus: tornò la color à su rostro, y reuiuieron sus casi muertas esperãças. No quiso mas don Rafael (que assi se llamaua su hermano) tratarle de su sucesso: solo le dixo, que mudasse el nombre de Teodosia en Teodoro, y que diessen luego la buelta à Salamanca los dos juntos à buscar à Marco Antonio, puesto que el imaginaua, que no estaua en ella:

porque siendo su camarada, le huuiera hablado, aunque podia ser, que el agrauio, que le auia hecho, le enmudeciesse, y le quitasse la gana de verle. Remitiose el nueuo Teodoro à lo que su hermano quiso. Entrò en esto el huesped, al qual ordenaron, que les diesse algo de almorçar, porque querian partirse luego. Entre tanto que el moço de mulas ensillaua, y el almuerço venia, entrò en el meson vn hidalgo, que venia de camino, que de don Rafael fue conocido luego. Conociale tambien Teodoro, y no osò salir del aposento, por no ser visto: Abraçaronse los dos, y preguntò don Rafael al recien venido, que nueuas auia en su lugar. A lo qual respõdio, que el venia del puerto de Santa Maria, adonde dexaua quatro galeras de partida para Napoles, y que en ellas auia visto embarcado à Marco Antonio Adorno, el hijo de don Leonardo Adorno, con las quales nueuas se holgò don Rafael, pareciendole, que pues tã sin pensar auia sabido nueuas de lo que tanto le importaua, era señal, que tendria buen fin su sucesso. Rogole à su amigo, que trocasse con el quartago de su padre (que el muy bien conocia) la mula que el traìa, no diziẽdole que venia, sino que yua à Salamanca, y que no queria lleuar tan buen cartago en tal largo camino. El otro, que era comedido y amigo suyo, se contentò del trueco; y se encargò de dar
el

el quartago à su padre. Almorçaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse, el amigo tomò el camino de Cazalla, donde tenia vna rica heredad. No partio don Rafael con el, que por hurtarle el cuerpo le dixo, que le conuenia boluer aquel dia à Seuilla: y assi como le vio ydo, estando en orden las caualgaduras, hecha la cuēta y pagado al huesped, diziendo: à Dios, se salieron de la posada, dexando admirados à quantos en ella quedauan de su hermosura, y gentil disposicion, que no tenia para hombre menor gracia, brio, y compostura don Rafael, que su hermana belleza, y donayre. Luego en saliēdo, contò don Rafael à su hermana las nueuas, que de Marco Antonio le auian dado, y que le parecia, que con la diligencia possible, caminassen la buelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las galeras, que passan à Italia, ò vienen à España, y que si no huuiessen llegado, podian esperarlas, y alli sin duda hallarian à Marco Antonio. Su hermana le dixo, que hiziesse todo aquello que mejor le pareciesse, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dixo don Rafael al moço de mulas, q̃ consigo lleuaua, que tuuiesse paciencia, porque le conuenia passar à Barcelona, asegurandole la paga à todo su contēto del tiēpo que con el anduuiesse. El moço, q̃ era de los alegres del oficio, y que

conocia, que don Rafael era liberal, respondio, que hasta el cabo del mundo le acompañarra y seruiria. Preguntò don Rafael à su hermana, què dineros lleuaua? Respondio, que no los tenia contados, y que no sabia mas, de que en el escritorio de su padre auia metido la mano siete ò ocho vezes, y sacadola llena de escudos de oro, y segun aquello imaginò don Rafael, que podia lleuar hasta quinientos escudos, que con otros dozientos, que el tenia, y vna cadena de oro que lleuaua, le parecio no yr muy desacomodado: y mas persuadiendose, que auia de hallar en Barcellona à Marco Antonio. Con esto se dieron priessa a caminar, sin perder jornada, y sin acaecerles desman, o impedimento alguno, llegaron à dos leguas de vn lugar, que està nueue de Barcelona, q̃ se llama Ygualada. Auian sabido en el camino, como vn Cauallero, q̃ passaua por Embaxador à Roma, estaua en Barcelona esperando las galeras: que aun no auian llegado: nueua que les dio mucho contẽto. Con este gusto caminaron hasta entrar en vn bosquezillo, que en el camino estaua, del qual vieron salir vn hombre corriendo, y mirãdo atras, como espantado. Pusosele don Rafael delante diziendole: Porque huys buen hombre? ò que cosa os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os haze parecer tan ligero? No quereys que corra apriessa, y con miedo,

respon-

respondio el hombre, si por milagro me he escapado de vna compañia de vandoleros que queda en esse bosque? Malo, dixo el moço de mulas, malo viue Dios, vandoleritos à estas horas, para mi santiguada q̃ ellos nos pongan como nueuos. No os cõgojeys hermano, replicò el del bosque, que ya los vandoleros se han ydo, y han dexado atados à los arboles deste bosque mas de treynta passageros, dexãdolos en camisa: à solo vn hombre dexaron libre, para que desatasse à los demas, despues q̃ ellos huuiessen traspuesto vna montañuela, que le dieron por señal. Si esso es, dixo Caluete (q̃ assi se llamaua el moço de mulas) seguros podemos passar, à causa que al lugar donde los vandoleros hazen el salto, no bueluen por algunos dias, y puedo assegurar esto, como aquel que ha dado dos vezes en sus manos, y sabe de molde su vsança, y costumbres. Assi es, dixo el hombre, lo qual oydo por don Rafael, determinò passar adelante, y no anduuieron mucho, quando dieron en los atados, que passauan de quarenta, que los estaua desatando el que dexaron suelto. Era estraño espectaculo el verlos vnos desnudos del todo, otros vestidos cõ los vestidos astrosos de los vandoleros: vnos llorando de verse robados, otros riẽdo de ver los estraños trages de los otros: este contaua por menudo lo que le lleuauan:

uauan: aquel dezia, que le pesaua mas de vna caxa de Agnus, que de Roma traya, que de otras infinitas cosas q̃ lleuauan. En fin todo quanto alli passaua eran llantos, y gemidos, de los miserables despojados. Todo lo qual mirauan, no sin mucho dolor los dos hermanos, dando gracias al cielo, que de tan grande, y tan cercano peligro los auia librado. Pero lo que mas compassion les puso (especialmente à Teodoro) fue ver al tronco de vna enzina atado vn muchacho de edad al pareeer de diez y seys años, con sola la camisa, y vnos calçones de lienço: pero tan hermoso de rostro, que forçaua, y mouia à todos que le mirassen. Apeose Teodoro a desatarle, y el le agradecio con muy corteses razones el beneficio, y por hazerse le mayor, pidiò à Caluete el moço de mulas, le prestasse su capa, hasta que en el primer lugar comprassen otra, para aquel gentil mancebo. Diola Caluete, y Teodoro cubriò con ella al moço, preguntandole de donde era, de donde venia, y adonde caminaua? A todo esto estaua presente don Rafael, y el moço respondio, que era del Andulazia, y de vn lugar, que en nombrandole, vieron que no distaua del suyo, sino dos leguas. Dixo, que venia de Seuilla, y que su designio era passar à Italia, a prouar ventura en el exercicio de las armas, como otros muchos Españoles acostumbrauan: pero que

la

la ſuerte ſuya auia ſalido azar, con el mal encuentro de los vandoleros, que le lleuauan vna buena cantidad de dineros, y tales veſtidos, que no ſe compraran tan buenos con trecientos eſcudos: pero que con todo eſſo penſaua proſeguir ſu camino: porque no venia de caſta, que ſe le auia de elar al primer mal ſuceſſo el calor de ſu feruoroſo deſſeo. Las buenas razones del moço (junto con auer oydo, que era tan cerca de ſu lugar, y mas cõ la carta de recomendacion, que en ſu hermoſura traia) puſieron voluntad en los dos hermanos de fauorecerle en quanto pudieſſen: Y repartiendo entre los que mas neceſſidad, à ſu parecer, tenian algunos dineros, eſpecialmente entre Frayles y Clerigos, que auia mas de ocho. Hizieron, que ſubieſſe el mancebo en la mula de Caluete, y ſin detenerſe mas, en poco eſpacio ſe puſieron en Ygualada, donde ſupieron, que las galeras el dia antes auiã llegado à Barcelona, y que de alli à dos dias ſe partirian, ſi antes no les forçaua la poca ſeguridad de la playa. Eſtas nueuas hizieron, que la mañana ſiguiente madrugaſſen antes que el Sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, ſino con mas ſobreſalto de los dos hermanos, que ellos ſe penſaron, cauſado de que eſtãdo à la meſa, y con ellos el mancebo, que auian deſatado, Teodoro puſo ahincadamente los ojos en ſu roſtro, y mirandole

algo

algo curiosamente, le pareciò que tenia las orejas horadadas: y en esto, y en vn mirar vergonçoso que tenia, sospechò, que deuia de ser muger, y desseaua acabar de cenar, para certificarse à solas de su sospecha: y entre la cena le preguntò don Rafael, que cuyo hijo era, porque el conocia toda la gente principal de su lugar (si era aquel q̃ auia dicho) A lo qual respõdio el mancebo, que era hijo de don Enrique de Cardenas, Caualllero bien conocido. A este dixo dõ Rafael, que el conocia bien à Don Enrique de Cardenas pero que sabia, y tenia por cierto, que no tenia hijo alguno; mas que si lo auia dicho por no descubrir sus padres, que no importaua, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicò el moço, que don Enrique no tiene hijos, pero tienelos vn hermano suyo, que se llama don Sancho, Esse tampoco (respondio dõ Rafael) tiene hijos, sino vna hija sola, y aun dizen que es de las mas hermosas dõzellas que ay en la Andaluzia: y esto no lo sè, mas de por fama: que aunque muchas vezes he estado en su lugar, jamas la he visto. Todo lo que señor dezis es verdad, respõdio el mancebo, que don Sancho no tiene mas de vna hija, pero no tan hermosa como su fama dize: y si yo dixe, que era hijo de dõ Enrique, fue porque me tuuiessed es señores el algo, pues no lo soy, sino de vn mayordomo de don Sancho, que ha

muchos años que le sirue, y yo naci en su casa: y por cierto enojo, que di a mi padre, auiendole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme à Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, segun he visto, à hazerse illustres aun los de escuro linage. Todas estas razones, y el modo con que las dezia, notaua atentamente Teodoro, y siempre se yua confirmando en su sospecha. Acabose la cena, alçaron los manteles, y en tanto que don Rafael se desnudaua, auiendole dicho lo que del mancebo sospechaua, con su parecer, y licencia, se apartò cō el mancebo a vn valcon de vna ancha ventana, que à la calle salia, y en el puestos los dos de pechos. Teodoro assi començò a hablar con el moço. Quisiera señor Francisco (que assi auia dicho el que se llamaua) aueros hecho tantas buenas obras, que os obligaran a no negarme qualquiera cosa que pudiera, ò quisiera pediros: pero el poco tiempo, que ha que os conozco, no ha dado lugar à ello: podria ser, que en el que està por venir, conociessedes lo que merece mi desseo: y si al que aora tengo, no gustaredes de satisfazer, no por esso dexarē de ser vuestro seruidor, como lo soy tambien, que antes que os le descubra, sepays que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo mas experiencia de las cosas del mundo, que ellos prometen:

pues

pues con ella he venido à ſoſpechar, que vos no ſoys varon, como vueſtro trage lo mueſtra, ſino muger, y tambien nacida, como vueſtra hermoſura publica: y quizà tan deſdichada como lo dà à entẽder la mudança del trage (pues jamas tales mudanças ſon por bien de quien les haze.) Si es verdad lo que ſoſpecho, dezidmelo, que os juro por la fè de Cauallero, que profeſſo, de ayudaros, y ſeruiros en todo aquello que pudiere. De que no ſeays muger, no me lo podeys negar, pues por las ventanas de vueſtras orejas ſe vee eſta verdad bien clara: y aueys andado deſcuydada en no cerrar, y diſſimular eſſos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ſer, que otro tan curioſo como yo, y no tan honrado, ſacara à luz lo que vos tan mal aueys ſabido encubrir. Digo, que no dudeys de dezirme quien ſoys, con preſupueſto, que os ofrezco mi ayuda, y os aſſeguro el ſecreto, que quiſieredes que tenga. Con grande atencion eſtaua el mancebo eſcuchandò lo que Teodoro le dezia: y viendo, que ya callaua, antes que le reſpondieſſe palabra, le tomò las manos, y llegandoſelas à la boca, ſe las besò por fuerça, y aun ſe las bañò con gran cantidad de lagrimas, que de ſus hermoſos ojos derramaua, cuyo eſtraño ſentimiento le causò en Teodoro, de manera que no pudo dexar de acompañarle en ellas (propia, y natural condiciõ

de

de mugeres principales enternecerse de los sentimientos, y trabajos agenos) pero despues que con dificultad retirò sus manos de la boca del mancebo, estuuo atenta à ver lo que le respondia, el qual dãdo vn profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dixo: No quiero, ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no aya sido verdadera, muger soy, y la mas desdichada, que echaron al mundo las mugeres: y pues las obras, que me aueys hecho, y los ofrecimientos que me hazeys, me obligan à obedeceros en quãto me mandaredes, escuchad, que yo os dirè quien soy (si ya no os cansa oyr agenas desuenturas.) En ellas viua yo siempre, replicò Teodoro, sino llegue el gusto de saberlas, à la pena que me daran el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias, y tornandole à abraçar, y à hazer nueuos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo (algo mas sossegado) començò a dezir estas razones.

En lo que toca à mi patria, la verdad he dicho: en lo que toca à mis padres, no la dixe: porque Don Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano Don Sancho mi padre, que yo soy la hija desuenturada, que vuestro hermano dize, que don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño, y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo. Mi nombre es Leocadia: la ocasion de la mu
danҫa

dança de mi trage oyreys aora: Dos leguas de mi lugar està otro de los mas ricos, y nobles de la Andaluzia, en el qual viue vn principal Cauallero, que trae su origen de los nobles, y antiguos Adornos de Genoua. Este tiene vn hijo (que si no es que la fama se adelāta en sus alabanças, como las mias) es de los gētiles hombres, que dessearse pueden. Este pues, assi por la vezindad de los lugares, como por ser aficionado al exercicio de la caça, como mi padre, algunas vezes venia a mi casa, y en ella se estaua cinco, ò seys dias, que todos, y aun parte de las noches el, y mi padre las passauan en el campo. Desta ocasion tomò la fortuna, ò el amor, ò mi poca aduertencia, lo que fue bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos a la baxeza del estado en que me veo. Pues auiēdo mirado (mas de aquello que fuera licito a vna recatada donzella) la gentileza, y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linage, y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenia, me pareciò, que si le alcançaua por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi desseo. Con este pensamiento le comencè a mirar con mas cuydado, y deuiò de ser sin duda con mas descuydo, pues el vino a caer en que yo le miraua: y no quiso, ni le fue menester al traydor otra entrada para entrarse en

el

el ſecreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sè para que me pongo à contaros, ſeñor punto por punto las menudencias de mis amores (pues hazen tã poco al caſo) ſino deziros de vna vez lo que el con muchas de ſolicitud grangeò conmigo, que fue, que auiendome dado ſu fe, y palabra, debaxo de grandes, y a mi parecer firmes, y Chriſtianos juramentos, de ſer mi eſpoſo, me ofrecì a que hizieſſe de mi todo lo que quiſieſſe: pero aun no bien ſatisfecha de ſus juramentos, y palabras, porque no ſe las lleuaſſe el viento, hize, que las eſcriuieſſe en vna cedula, que el me dio firmada de ſu nombre, con tantas circunſtancias, y fuerças eſcrita, que me ſatisfixo. Recebida la cedula, di traza como vna noche vinieſſe de ſu lugar al mio, y entraſſe por las paredes de vn jardin à mi apoſento, donde ſin ſobreſalto alguno podia coger el fruto, que para el ſolo eſtaua deſtinado. Llegoſe en fin la noche por mi tan deſſeada. Haſta eſte punto auia eſtado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que cõ cada vna de las le traſpaſſaua el alma eſpecialmente, quando oyò el nombre de Marco Antonio, y vio la peregrina hermoſura de Leocadia, y cõſiderò la grandeza de ſu valor cõ la de ſu rara diſcreciõ, que bien lo moſtraua en el modo de contar ſu hiſtoria. Mas quando llegò à dezir: Llegò la

gò la noche por mi tan dessеada: estuuo por perder la paciencia, y sin poder hazer otra cosa, le salte ò la razon, diziendo: Y bien? assi como llegò essa felicissima noche, que hizo? entrò por dicha? gozastesle? confirmò de nueuo la cedula? quedò contento en auer alcançado de vos lo que dezis que era suyo? supo lo vuestro padre? ò en que pararon tan honestos, y sabios principios? Pararon (dixo Leocadia) en ponerme de la manera que veys, porque no le gozè, ni me gozo, ni vino al concierto señalado. Respirò con estas razones Teodosia, y detuuo los espiritus, que poco a poco la yuan dexando, estimulados, y apretados de la rabiosa pestilencia de los zelos, que a mas andar se le yuan entrando por los huessos, y medulas, para tomar entera possession de su paciencia, mas no la dexò tan libre, que no boluiesse à escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguiò, diziendo: No solamẽte no vino, pero de alli à ocho dias supe por nueua cierta, que se auia ausentado de su pueblo, y lleuado de casa de sus padres à vna donzella de su lugar, hija de vn principal Cauallero, llamada Teodosia, donzella de estremada hermosura, y de rara discrecion: y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luego llegò à mis oydos, y con el la fria, y temida lança de los zelos, que me passò el coraçon, y me abrasò el alma en

fuego

fuego, tal, que en el se hizo ceniça mi hõra, y se consumiò mi credito, se secò mi paciencia, y se acabò mi cordura. Ay de mi desdichada, que luego se me figurò en la imaginacion, Teodosia mas hermosa que el Sol, y mas discreta que la discrecion misma; y sobre todo mas venturosa que yo sin ventura, leì luego las razones de la cedula, vi las firmes, y valederas, y que no podian faltar en la fè, que publicauan: y aunque a ellas (como à cosa sagrada) se acogiera mi esperança, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañia, que Marco Antonio lleuaua consigo, daua cõ todas ellas en el suelo: Maltratè mi rostro, arranquè mis cabellos, maldixe mi suerte: y lo que mas sentia, era, no poder hazer estos sacrificios a todas horas, por la forçosa presencia de mi padre. En fin, por acabar de quexarme, sin impedimento, ò por acabar la vida, que es lo mas cierto, determinè dexar la casa de mi padre. Y como para poner por obra vn mal pensamiento, parece, que la ocasion facilita, y allana todos los inconuenientes, sin temer alguno, hurtè à vn page de mi padre sus vestidos, y a mi padre mucha cantidad de dineros, y vna noche cubierta con su negra capa, sali de casa, y a pie caminè algunas leguas, y lleguè à vn lugar, que se llama Osuna, y acomodandome en vn carro, de alli à dos dias entrè en

Seuilla,

Seuilla, que fue auer entrado en la seguridad possible, para no ser hallada, aunq̃ me buscassen. Alli comprè otros vestidos, y vna mula, y con vnos Caualleros, que venian à Barcelona con priessa, por no perder la comodidad de vnas galeras, que passauan à Italia, caminè hasta ayer, que me sucediò lo que ya aureys sabido de los vandoleros, que me quitaron quanto traìa, y entre otras cosas la joya, que sustentaua mi salud, y aliuiaua la carga de mis trabajos, que fue la cedula de Marco Antonio, que pensaua con ella passar à Italia, y hallando à Marco Antonio presentarsela por testigo de su poca fe, y à mi por abono de mi mucha firmeza, y hazer de suerte, que me cumpliesse la promessa. Pero juntamente con esso he considerado, que con facilidad negarà las palabras, que en vn papel estan escritas, el que niega las obligaciones, que deuian estar grauadas en el alma, que claro està, que si el tiene en su compañia à la sin par Teodosia, no ha de querer mirar à la desdichada Leocadia: aunque cō todo esto pienso morir, ò ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sossiego. No piēse aquella enemiga de mi descanso gozar tan à poca costa lo que es mio: yo la buscarè, yo la hallarè, y yo la quitarè la vida, si puedo. Pues que culpa tiene Teodosia, dixo Teodoro, si ella quizà tambien fue engañada de Marco Antonio,

tonio, como vos señora Leocadia lo aueys sido? Puede ser esso assi, dixo Leocadia si se la lleuò consigo, y estando juntos los que bien se quieren, que engaño puede auer? Ninguno por cierto: ellos estan contentos, pues estan juntos, ora esten, como suele dezirse, en los remotos, y abrasados desiertos de Libia, ò en los solos, y apartados de la elada Scitia. Ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido, hasta que le halle. Podia ser que os engañassedes, replicò Teodosia, que yo conozco muy biẽ à essa enemiga vuestra, que dezis, y sè de su cõdicion, y recogimiento, que nunca ella se auẽturaria à dexar la casa de sus padres, ni acudir à la voluntad de Marco Antonio: y quando lo huuiesse hecho, no conociendo os, ni sabiendo cosa alguna de lo que con el teniades, no os agrauiò en nada, y donde no ay agrauio, no viene bien la vengança. Del recogimiento, dixo Leocadia, no ay que tratarme, que tan recogida, y tan honesta era yo como quantas donzellas hallar se pudieran, y con todo esso hize lo q̃ aueys oydo. De que el la lleuasse, no ay duda: y de que ella no me aya agrauiado (mirando lo sin passion) yo lo confiesso: mas el dolor q̃ siento de los zelos, me la representa en la memoria: bien assi como espada, q̃ atrauesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho, que como à instrumẽto que tanto me lastima,

le procurè arrancar dellas, y hazerle pedaços. Quanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hazen mal, y aquellas que nos estornan el bien. Sea como vos dezis, señora Leocadia, respondio Teodosia, que assi como veo, que la passion que sentis no os dexa hazer mas acertados discursos, veo, que no estays en tiempo de admitir consejos saludables. De mi os sè dezir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar, y fauorecer en todo aquello que fuere justo, y yo pudiere: y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion, y nobleza no le dexaran hazer otra cosa. Nuestro camino es à Italia, si gustaredes venir cõ nosotros, ya poco mas à menos sabeys el trato de nuestra cõpañia: lo que os ruego es, me deys licencia, que diga à mi hermano lo que sè de vuestra hazienda, para que os trate con el comedimiento, y respecto que se os deue, y para que se obligue à mirar por vos, como es razõ. Iunto con esto me parece, no ser bien, que mudeys de trage: y si en este pueblo ay comodidad de vestiros, por la mañana os comprarè los vestidos mejores que huuiere, y que mas os conuengan, y en lo demas de vuestras pretensiones, dexad el cuydado al tiempo, que es gran maestro de dar, y hallar remedio à los casos mas desesperados. Agradeciò Leocadia à Teodosia,

dosia, que ella pensaua de ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y diole licencia de dezir à su hermano todo lo que quisiesse, suplicandole, que no la desamparasse, pues veia à quantos peligros estaua puesta, si por muger fuesse conocida. Con esto se despidieron, y se fueron à acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia à otro, que junto del estaua. No se auia aun dormido don Rafael, esperando à su hermana, por saber lo que le auia passado con el que pensaua ser muger, y en entrando, antes que se acostasse, se lo preguntò: la qual punto por punto le contò todo quanto Leocadia le auia dicho, cuya hija era, sus amores, la cedula de Marco Antonio, y la intencion que lleuaua. Admirose dõ Rafael, y dixo à su hermana: Si ella es la q̃ dize, seos dezir hermana, que es de las mas principales de su lugar, y vna de las mas nobles señoras de toda la Andaluzia. Su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa, correspõde muy biẽ à lo que aora vemos en su rostro. Y lo que desto me parece es, que deuemos andar cõ recato, de manera, que ella no hable primero cõ Marco Antonio que nosotros, que me dà algun cuydado la cedula que dize que le hizo, puesto que la aya perdido: pero sossegaros, y acostaos hermana, que para todo se buscarà remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaua, en quãto

al acostarse, mas en lo de sossegarse no fue en su mano, que ya tenia tomada possessession de su alma la rabiosa enfermedad de los zelos. O quanto mas de lo que ella se le presentaua en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la dessealtad de Marco Antonio O quantas vezes leia, ò fingia leer la cedula que la auia dado. Que de palabras, y razones la añadia, q̃ la hazian cierta, y de mucho efecto? Quãtas vezes no creyò que se le auia perdido? Y quantas imaginò, que sin ella Marco Antonio no dexarà de cumplir su promessa, sin acordarse de lo que à ella estaua obligado? Passosele en esto la mayor parte de la noche, sin dormir sueño. Y no la passò con mas descanso don Rafael su hermano: porque assi como oyò dezir, quien era Leocadia, assi se le abrasò el coraçon en sus amores, como si de muchos antes para el mismo efeto la huuiera comunicado: que esta fuerça tiene la hermosura, que en vn punto, en vn momento lleua tras si el desseo de quien la mira, la conoce: y quando descubre, ò promete alguna via de alcançarse, y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de qen la contempla, bien assi del modo, y facilidad con que se enciende la seca, y dispuesta poluora, con qualquiera centella que la toca. No la imaginaua atada al arbol, ni vestida en el roto trage de varon, sino en el suyo de muger, y en casa de sus pa-

dres ricos, y de tan principal y rico linage como ellos eran. No detenia, ni queria detener el pensamiento en la causa que la auia traydo, à que la conociesse, dessea ua que el dia lleguasse, para proseguir su jornada, y buscar à Marco Antonio, no tã to para hazerle su cuñada, como para estoruar, que no fuesse marido de Leocadia, y ya le tenian el amor, y el zelo de manera, que tomara por buen partido ver à su hermana sin el remedio que le procuraua, y à Marco Antonio sin vida, à trueco de no verse sin esperança de alcançar à Leocadia: la qual esperança ya le yua prometiendo felize sucesso en su desseo, ò ya por el camino de la fuerça, ò por el de los regalos, y buenas obras; pues para todo le daua lugar el tiempo, y la ocasiõ. Con esto, que el à si mismo se prometia, se sossegò algun tanto, y de alli à poco se dexò venir el dia, y ellos dexarõ las camas, y llamando don Rafael al huesped le preguntò, si auia comodidad en aquel pueblo, para vestir à vn page, à quien los vandoleros auian desnudado? El huesped dixo, que el tenia vn vestido razonable que vender: truxole, y vino le bien à Leocadia: pagole don Rafael, y ella se le vistiò, y se ciño vna espada, y vna daga con tanto donayre, y brio, que en aquel mismo trage suspẽdio los sentidos de don Rafael, y doblò los zelos en Teodosio. Ensillò Caluete, y à las ocho del dia partierõ para

ra Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso Monasterio de Monserrat, dexandolo para quando Dios fuesse seruido de boluerlos con mas sossiego à su patria. No se podrà contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos lleuauan, ni con quan diferentes animos los dos yuan mirando à Leocadia, desseãdola Teodosia la muerte, y don Rafael la vida, entrambos zelosos, y apassionados. Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperança, don Rafael hallandose perfecciones, que de punto en punto le obligauan à mas amarla. Con todo esto no se descuydaron de darse priesa de modo, que llegaron à Barselona poco antes que el Sol se pusiesse. Admiroles el hermoso sitio de la cuidad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor, y espanto de los circunuezinos, y apartados enemigos, regalo, y delicia de sus moradores, amparo de los estrangeros, escuela de la Caualleria, exemplo de lealtad, y satisfacion de todo aquello que de vna grande, famosa, rica, y bien fundada ciudad puede pedir vn discreto y curioso desseo. En entrando en ella, oyeron grandissimo ruydo, y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruydo, y mouimiento, les respondieron, que la gente de las galeras, que estauan en la playa, se

auia

auia rebuelto, y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo qual don Rafael, quiso yr à ver lo que passaua, aunque Caluete le dixo, que no lo hiziesse, por no ser cordura, yrse à meter en vn manifiesto peligro, que el sabia bien, quan mal librauan los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad, quando à ella llegauan galeras. No fue bastante el buen consejo de Caluete, para estoruar à don Rafael la yda, y assi le siguierõ todos. Y en llegando à la marina, vieron muchas espadas fuera de las vaynas, y mucha gente acuchillandose sin piedad alguna. Con todo esto sin apearse, llegarõ tan cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleauan (porque aun no era puesto el Sol.) Era infinita la gente, que de la ciudad acudia, y mucha la que de las galeras se desembarcaua, puesto, que el que las traia à cargo (que era vn Cauallero Valenciano, llamado don Pedro Vique) desde la popa de la galera Capitana amenazaua à los que se auian embarcado en los esquifes, para yr à soccorrer à los suyos. Mas viendo, que no aprouechauan sus vozes, ni sus amenazas, hizo boluer las proas de las galeras à la ciudad, y disparar vna pieça sin vala (señal, de que si no se apartassen, otra no yria sin ella) En esto estaua don Rafael atentamente mirando la cruel, y bien trabada riña: y viò, y notò, que de parte

les forçoso à los de las galeras retirarse, hasta meterse en el agua. Retirauase Marco Antonio de mala gana, y à su mismo compas se yuan retirando à sus lados las dos valientes, y nueuas Bradamente y Marfisa, ò Hipolita, y Pantasilea. En esto vino vn Cauallero Catalan, de la famosa familia de los Cardonas, sobre vn poderoso cauallo, y poniendose en medio de las dos partes, hazia retirar los de la ciudad, los quales le tuuieron respecto en conociendole. Pero algunos desde lexos tirauan piedras à los que ya se vuan acogiẽdo el agua: y quiso la mala suerte, que vna acertasse en la sien à Marco Antonio con tanta furia, qne diò cõ el en el agua, que ya le daua à la rodilla: y apenas Leocadia le vio caydo, quando se abraçò cõ el, y le sostuuo en sus braços, y lo mismo hizo Theodosia. Estaua don Rafael vn poco desuiado, defendiendose de las infinitas piedras q̃ sobre el llouian: y queriẽdo acudir al remedio de su alma, y al de su hermana, y cuñado, el Cauallero Catalan se le puso delante, diziẽdole: Sossegaos señor, por lo q̃ deueys à buen soldado, y hazedme merced de poneros a mi lado, q̃ yo os librarè de la insolẽcia, y demasia deste desmãdado vulgo. A señor respõdiò don Rafael, dexadme passar, veo en gran peligro puestas las cosas q̃ en esta vida mas qero. Dexo le passar el Cauallero, mas no llegò tã à tiẽpo, q̃ ya no huuiessẽ recogido

tando à don Rafael, en qual galera venia, le respondio, que en ninguna, pues auia llegado à la ciudad al mismo punto que se començaua la pendencia, y que por auer conocido en ella al Cauallero, que lleuaron herido de la pedrada en el esquife, se auia puesto en aquel peligro, y que le suplicasse diesse orden, como sacassen à tierra al herido, que en ello le importaua el contento, y la vida. Esso harè yo de buena gana, dixo el Cauallero, y sè que me le darà seguramente el General, que es principal Cauallero, y pariente mio. Y sin detenerse mas, boluiò à la gallera, y hallò, que estauan curando à Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien yzquierda, y dezir el cirujano ser de peligro, alcançò con el General se le diesse para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dexar Leocadia, que se embarcò con el como en seguimiento del Norte de su esperança. En llegando à tierra hizo el Cauallero traer de su casa vna silla de manos, donde le lleuassen. En tanto que esto passaua, auia embiado don Rafael à buscar à Caluete, que en el meson estaua con cuydado de saber lo que la suerte auia hecho de sus amos: y quando supo, que estauan buenos, se alegrò en estremo, y vino adonde don Rafael estaua. En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio, y Leoca-

en el esquife de la galera Capitana à Marco Antonio, y à Leocadia, que jamas le dexò de los braços: y queriendose embarcar con ellos Theodosia, ò ya fuesse por estar cansada, ò por la pena de auer visto herido à Marco Antonio, ò por ver que se yua con el su mayor enemiga, no tuuo fuerças para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara à tiempo de socorerla, el qual no sintiò menor pena, de ver, que, con Marco Antonio se yua Leocadia, que su hermana auia sentido (que ya tambiẽ el auia conocido à Marco Antonio). El Cauallero Catalan, aficionado de la gẽtil presencia de don Rafael, y de su hermana (que por hombre tenia) los llamò desde la orilla, y les rogò, que con el se viniessen: y ellos forçados de la necessidad y temerosos de que la gente, que aun no estaua pacifica, les hiziesse algun agrauio, huuieron de acerptar la oferta que se les hazia. El Cauallero se apeò, y tomandolos à su lado, con la espada desnuda passò por medio de la turba alborotada, rogandoles, que se retirassen, y assi lo hizieron. Mirò don Rafael à todas partes, por ver si veria à Caluete con las mulas, y no le vio, à causa que el assi, como ellos se apearon, las antecogiò, y se fue à vn meson, donde solia posar otras vezes. Llegò el Cauallero à su casa, que era vna de las principales de la ciudad, y pregun-

tando à don Rafael, en qual galera venia, le respondio, que en ninguna, pues auia llegado à la ciudad al mismo punto que se començaua la pendencia, y que por auer conocido en ella al Cauallero, que lleuaron herido de la pedrada en el esquife, se auia puesto en aquel peligro, y que le suplicasse diesse orden, como sacassen à tierra al herido, que en ello le importaua el contento, y la vida. Esso harè yo de buena gana, dixo el Cauallero, y sè que me le darà seguramente el General, que es principal Cauallero, y pariente mio. Y sin detenerse mas, boluiò à la gallera, y hallò, que estauan curando à Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien yzquierda, y dezir el cirujano ser de peligro, alcançò con el General se le diesse para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dexar Leocadia, que se embarcò con el como en seguimiento del Norte de su esperança. En llegando à tierra hizo el Cauallero traer de su casa vna silla de manos, donde le lleuassen. En tanto que esto passaua, auia embiado don Rafael à buscar à Caluete, que en el meson estaua con cuydado de saber lo que la suerte auia hecho de sus amos: y quando supo, que estauan buenos, se alegrò en estremo, y vino adonde don Rafael estaua. En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio, y Leoca-

dia, y à todos aloxò en ella con mucho amor, y magnificencia. Ordenò luego como se llamasse vn cirujano famoso de la ciudad, para que de nueuo curasse à Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diziendo, que siempre los cirujanos de los exercitos, y armadas erã muy experimentados, por los muchos heridos que à cada paso tenian entre las manos, y assi no conuenia curarle, hasta otro dia. Lo que ordenò, fue le pusiessen en vn aposento abrigado, donde le dexassen sossegar. Llegò en aquel instante el cirujano de las galeras, y diò cuẽta al de la ciudad de la herida, y de como la auia curado, y del peligro, que de la vida à su parecer tenia el herido: con lo qual se acabò de enterar el de la ciudad, que estaua biẽ curado. Y ansimismo (segun la relacion que se le auia hecho) exagerò el peligro de Marco Antonio. Oyeron esto Leocadia, y Teodosia cõ aquel sentimiento, que si oyeran la sentencia de su muerte, mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron, y callaron, y Leocadia determinò de hazer lo que le pareciò conuenir para satisfacion de su honra: y fue, que assi como se fuerõ los cirujanos, se entrò en el aposento de Marco Antonio, y delãte del señor de la casa de don Rafael, Teodosia, y de otras personas, se llegò à la cabezera del herido, y assiendole de la mano, le dixo estas razones. No estays en

tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan, ni deuan gastar con vos muchas palabras, y assi solo querria, que me oyessedes algunas, que conuiené, sino para la salud de vuestro cuerpo conuendràn para la de vuestra alma, y para deziroslas es menester, que me deys licencia, y me aduirtays, si estays con sujeto de escucharme, que no seria razon, que auiendo yo procurado desde el punto que os conoci, no salir de vuestro gusto en este instante, que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. A estas razones abriò Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en el rostro de Leocadia, y auiendola casi conocido, mas por el organo de la voz, que por la vista, con voz debilitada, y doliente le dixo: Dezid señor lo que quisieredes, que no estoy tan al cabo, que no pueda escucharos, ni essa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oyrla. Atentissimo estaua à todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia dezia, era vna aguda saeta, que le atrauessaua el coraçon, y aun el alma de don Rafael, que assimismo la escuchaua. Y prosiguiendo Leocadia, dixo: Si el golpe de la cabeça (ò por mejor dezir, el que à mi me han dado en el alma) no os ha lleuado señor Marco Antonio, de la memoria la imagé de aq̃lla, q̃ poco tiẽpo ha, q̃ vos deziades ser vuestra gloria, y vuestro cielo, bié

os deueys acordar, quien fue Leocadia, y qual fue la palabra que le distes firmada en vna cedula de vuestra mano, y letra, ni se os aurà oluidado el valor de sus padres, la entereza de su recato, y honestidad, y la obligacion en que le estays, por auer acudido à vuestro gusto en todo lo que quisistes. Si esto no se os ha oluidado, aunque me veays en este trage tan diferente, conocereys con facilidad, que yo soy Leocadia, que temerosa, que nueuos acidentes, y nueuas ocasiones no me quitassen lo que tan justamente es mio, assi como supe, que de vuestro lugar os auiades partido, atropellando por infinitos inconuenientes, determinè seguiros en este habito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra, hasta hallaros: de lo qual no os deueys marauillar, si es que alguna vez aueys sentido hasta donde llegan las fuerças de vn amor verdadero, y la rabia de vna muger engañada. Algunos trabajos he passado en esta mi demanda, todos los quales los juzgo, y tengo por descanso con el descuento, que han traydo de veros, que puesto que esteys de la manera que esteys, si fuere Dios seruido de lleuaros desta à meyor vida, con hazer lo q̃ deueys à quien soys antes de la partida, me juzgarè por mas que dichosa, prometiendoos, como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte,

te, que bien poco tiempo se passe sin que os siga en esta vltima y forçosa jornada: y assi os ruego, primeramente por Dios (a quien mis desseos, y intentos van encaminados) luego por vos (que deueys mucho à ser quien soys) vltimamẽte por mi, à quien deueys mas que à otra persona del mũdo, que aqui luego me recibays por vuestra legitima esposa, no permitiẽdo haga la justicia lo que con tantas veras, y obligaciones la razon os persuade. No dixo mas Leocadia, y todos los que en la sala estauan, guardaron vn marauilloso silencio, en tanto que estuuo hablando, y cõ el mismo silencio esperauan la respuesta de Marco Antonio, que fue esta: No puede negar, señora, el conoceros, que vuestra voz, y vuestro rostro no consentiran que no niegue. Tampoco puedo negar lo mucho que os deuo, ni el gran valor de vuestros padres, junto con vuestra incomparable honestidad, y recogimiento, ni os tengo, ni os tendre en menos por lo que aueys hecho, en venirme à buscar en trage tan diferente del vuestro: antes por esto os estimo, y estimarè en el mayor grado que ser pueda. Pero pues mi corta suerte me ha traydo a termino (como vos dezis) que creo que sera el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apurados de las verdades, quiero deziros vna verdad, que si no os fuere aora de gusto, podria ser, que

que despues os fuesse de prouecho. Confiesso hermosa Leocadia, que os quise bië y me quisistes, y juntamente con esto cõfiesso, que la cedula que os hize, fue mas por cumplir con vuestro desseo, que con el mio: porque antes que la firmasse con muchos dias tenia entregada mi voluntad, y mi alma à otra donzella de mi mismo lugar, que vos bien conoceys, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros: y si à vos os di cedula firmada de mi mano, à ella le di la mano firmada, y acreditada con tales obras, y testigos, que quedè impossibilitado de dar mi libertad à otra persona en el mũdo. Los amores que cõ vos tuue, fueron de passatiempo, sin que dellos alcançasse otra cosa, sino las flores que vos sabeys, las quales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna. Lo que cõ Teodosia me passò, fue alcançar el fruto que ella pudo darme, è yo quise que me diesse, con fe, y seguro de ser su esposo, como lo soy. Y si ella, y à vos os dexè en vn mismo tiempo à vos suspensa, y engañada, y à ella temerosa, y à su parecer sin honra, hizelo con poco discurso, y con juyzio de moço, como lo soy, creyendo, q todas aquellas cosas eran de poca importãcia, y que las podia hazer sin escrupulo alguno: con otros pẽsamientos que entonces me vinieron, y solicitaron lo q queria hazer, que fue venirme à Italia, y
emplear

emplear en ella algunos de los años de mi juuentud, y despues boluer a ver lo que Dios auia hecho de vos, y de mi verdadera esposa. Mas doliendose de mi el cielo, sin duda creo, que ha permitido ponerme de la manera que me veys, para que confessando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que deuo, y vos quedeys desengañada y libre, para hazer lo que mejor os pareciere, Y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrà de vos, y de los que estan presentes, como en la muerte, le cumplì la palabra que le di en la vida. Y si en el poco tiẽpo que de ella me queda, señora Leocadia, os puedo seruir en algo, dezidmelo, que como no sea recebiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dexarè de hazer, que à mi sea possible, por daros gusto. En tanto que Marco Antonio dezia estas razones, tenia la cabeça sobre el codo, y en acabãdolas, dexò caer el braço, dando muestras que se desmayaua. Acudio luego don Rafael, y abraçandole estrechamẽte le dixo: bolued en vos señor mio, y abraçad à vuestro amigo, y à vuestro hermano, pues vos quereys que lo sea: conoced à Don Rafael vuestro camarada, que sera el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que à su hermana quereys hazer, con admirarla por vuestra. Boluio en si Marco

co Antonio, y al momẽto conociò à don Rafael, y abraçandole estrechamente, y besandole en el rostro le dixo: Aora digo hermano, y señor mio, que la suma alegria, que he recebido en veros, no puede traer menos descuento, que vn pesar grandissimo, pues se dize, que tras el gusto se sigue la tristeza: pero yo darè por bien empleada qualquiera que me viniere, à trueco de auer gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hazer mas cumplido, replicò don Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa, y buscando à Teodosia la hallò llorando detras de toda la gente, suspensa y atonita entre el pesar, y la alegria, por lo que veia, y por lo que auia oydo dezir. Assiola su hermano de la mano, y ella sin hazer resistencia se dexò lleuar donde el quiso, que fue ante Marco Antonio, que la conociò, y se abraçò con ella, llorando los dos tiernas, y amorosas lagrimas. Admirados quedaron quantos en la sala estauan, viendo tan estraño acontecimiento: mirauanse vnos à otros sin hablar palabra, esperando en que auian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada, y sin ventura Leocadia, que vio por sus ojos lo que Marco Antonio hazia, y vio al que pensaua ser hermano de don Rafael, en braços del que tenia por su esposo, viendo junto cõ esto burlados sus desseos, y perdidas sus esperan-

ran-

ranças, se hurtò de los ojos de todos (q̃ atentos estauan mirando lo que el enfermo hazia cõ el page que abraçado tenia) y se saliò de la sala, ò aposento, y en vn instante se puso en la calle, cõ intencion de yrse desesperada por el mundo, ò adõde gentes no la viessen, mas apenas auia llegado a la calle, quando don Rafael la echò menos, y como si le faltara el alma, preguntò por ella, y nadie le supo dar razon dõde se auia oydo: y assi, sin esperar mas, desesperado saliò a buscarla, y acudio adonde le dixeron, que possaua Caluete, por si auia ydo alla à procurar alguna caualgadura en que yrse: y no hallandola alli, andaua como loco por las calles buscãdola, y de vnas partes à otras y pensando, si por ventura se auia buelto a las galeras, llegò a la marina, y vn poco antes que llegasse, oyò que a grandes vozes llamauan desde tierra el esquife de la Capitana, y conociò, que quien las daua era la hermosa Leocadia, la qual rezelosa de algun desman, sintiendo passos a sus espaldas, empuñò la espada, y esperò apercebida, que llegasse don Rafael, a quien ella luego conociò, y le pesò de que la huuiesse hallado, y mas en parte tan sola, que ya ella auia entendido por mas de vna muestra, que don Rafael le auia dado, que no la queria mal, sino tambien, que tomara por buen partido, que Marco Antonio la quisiera otro tan-

to. Con que razones podre yo dezir aora las que don Rafael dixo a Leocadia? declarandole su alma, que fueron tantas, y tales, que no me atreuo a escriuirlas, mas pues es forçoso dezir algunas, las que entre otras le dixo, fueron estas: Si con la ventura que me falta, me faltasse aora (ô hermosa Leocadia) el atreuimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterrada en los senos del perpetuo oluido, la mas enamorada, y honesta voluntad, que hà nacido, ni puede nacer en vn enamorado pecho. Pero por no hazer este agrauio a mi justo desseo (vengame lo que viniere) quiero señora que aduirtays (si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiẽto) que en ninguna cosa se me auentaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido. Mi linage es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me haze mucha ventaja, en los de naturaleza me conuiene, que me alabe, y mas si a los ojos vuestros no son de estima. Todo esto digo, apassionada señora, porque tomeys el remedio, y el medio que la suerte os ofrece en el estremo de vuestra desgracia. Ya veys, que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que oy os ha quitado à Marco Antonio, os quiere hazer recompensa conmigo, que no desseo otro bien en esta vida,

da, que entregarme por esposo vuestro. Mirad, que el buen sucesso està llamando à las puertas del malo, que hasta aora aueys tenido, y nò penseys, que el atreuimiẽto que aueys mostrado en buscar a Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime, y tenga en lo que merecieardes, si nunca le huuierades tenido, que en la hora que quiero, y determino ygualarme con vos (eligiendo os por perpetua señora mia) en aquella misma se me ha de oluidar, y ya se me ha oluidado, todo quanto en esto he sabido, y visto: que bien sè, que las fuerças que a mi me han forçado, a que tan de rondon, y a rienda suelta me disponga à adoraros, y à entregarme por vuestro, essas mismas os han traydo a vòs al estado en que estays, y assi no aurà necessidad de buscar disculpa, dõde no ha auido yerro alguno. Callando estuuo Leocadia à todo quãto don Rafael le dixo, sino que de quãdo en quãdo daua vnos profundos suspiros, salidos de lo intimo de sus entrañas. Tuuo atreuimiento don Rafael de tomarle vna mano, y ella no tuuo esfuerço para estoruarselo, y assi besandosela muchas vezes le dezia. Acabad señora de mi alma de serlo de todo à vista destos estrellados cielos, que nos cubren, y deste sossegado mar, q̃ nos escucha, y destas bañadas arenas q̃ nos sustentan. Dadme ya el si, q̃ sin

duda

duda conuiene tanto a vuestra honra, como a mi contento. Bueluoos à dezir, que soy Caualllero como vos sabeys, y rico, y que os quiero bien (que es lo que mas aueys de estimar) y que en cambio de hallaros sola, y en trage que desdize mucho del de vuestra honra, lexos de la casa de vuestros padres, y parientes, sin persona que os acuda a lo que menester huuieredes, y sin esperança de alcançar lo que buscauades. Podeys boluer a vuestra patria en vuestro proprio, honrado, y verdadero trage, acompañada de tan buen esposo como el que vos supistes escogeros, rica, contenta, estimada, y seruida, y aun loada de todos aquellos à cuya noticia llegaren los sucessos de vuestra historia. Si esto es assi, como lo es, no sè en que estays dudando. Acabad (que otra vez os lo digo) de leuantarme del suelo de mi miseria al cielo del mereceros, que en ello hareys por vos misma, y cumplireys con las leyes de la cortesia, y del buen conocimiento, mostrandoos en vn mismo punto agradecida, y discreta. Ea pues, dixo a esta sazon la dudosa Leocadia, pues assi lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano, ni en la de viuiente alguno, oponerse a lo que el determinado tiene, hagase lo que el quiere, y vos quereys, señor mio: y sabe el mismo cielo con la verguença que tengo à condecender con vuestra volun-

tad,

tad, no porque no entienda lo mucho, q̃ en obedeceros gano, ſino porque temo, q̃ vn cumpliendo vueſtro guſto me aueys de mirar con otros ojos de los que quizà haſta agora, mirandome, os han engañado. Mas ſea como fuere, que en fin el nombre de ſer muger legitima de don Rafael de Villauicencio, no ſe podia perder: y con eſte titulo ſolo viuirè contenta. Y ſi las coſtumbres, que en mi vieredes (deſpues de ſer vueſtra) fueren parte para q̃ me eſtimeys en algo, darè al cielo las gracias de auerme traydo por tan eſtraños rodeos, y por tãtos males à los bienes de ſer vueſtra. Dadme ſeñor don Rafael la mano de ſer mio, y veys aqui os la doy de ſer vueſtra, y ſiruan de teſtigos los que vos dezis, el cielo, la mar, las arenas, y eſte ſilencio ſolo interrumpido de mis ſuſpiros, y de vueſtros ruegos. Diziendo eſto ſe dexò abraçar, y le dio la mano, y don Rafael le dio la ſuya, celebrando el noturno, y nueuo deſpoſorio ſolas las lagrimas, que el contento (a peſar de la paſſada triſteza) ſacaua de ſus ojos. Luego ſe boluieron a caſa del Cauallero, que eſtaua con grandiſſima pena de ſu falta, y lo miſmo tenian Marco Antonio, y Teodoſia: los quales yà por mano de Clerigo eſtauan deſpoſados, que à perſuaſion de Teodoſia (temeroſa que algun contrario acidente no le turbaſſe el bien, que auia hallado) el Cauallero embiò luego por

quien

quien los despossasse, de modo, que quãdo don Rafael, y Leocadia entraron, y don Rafael contò lo que con Leocadia le auia sucedido, assi les aumentò el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes (que es cõdicion natural, y propia de la nobleza Catalana, saber ser amigos, y fauorecer a los estrangeros, que dellos tienen necessidad alguna) El Sacerdote, que presente estaua, ordenò que Leocadia mudasse el habito, y se vistiesse en el suyo: y el Cauallero acudio a ello con presteza, vistiendo a las dos de dos ricos vestidos de su muger, que era vna principal señora, del linage de los Granolleques, famoso, y antiguo en aquel Reyno. Auisò al cirujano (quien por caridad se dolia del herido) como hablaua mucho, y no le dexauan solo, el qual vino, y ordenò lo que primero, que fue, que le dexassen en silencio. Pero Dios, que assi lo tenia ordenado, tomando por medio, è instrumento de sus obras (quando à nuestros ojos quiere hazer alguna marauilla) lo que la misma naturaleza no alcança, ordenò, que el alegria, y poco silencio que Marco Antonio auia guardado, fuesse parte para mejorarle, de manera, que otro dia, quando le curaron, le hallaron fuera de peligro, y de alli a catorze se leuantò tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino. Es de saber, que en el tiempo que Marco

Antonio

Antonio estuuo en el lecho, hizo voto (si Dios le sanasse) de yr en romeria à pie à Santiago de Galizia, en cuya promessa le acompañaron don Rafael, Leocadia, y Teodosia, y aun Caluete el moço de mulas (obra pocas vezes vsada de los de oficios semejantes) Pero la bondad, y llaneza que auia conocido en don Rafael, le obligò à no dexarle, hasta que boluiesse à su tierra: y viendo, que auian de yr à pie, como peregrinos, embiò las mulas à Salamanca (con la que era de don Rafael) que no faltò con quien embiarlas. Llegose pues el dia de la partida; y acomodados de sus esclauinas, y de todo lo necessario, se despidieron del liberal Cauallero, que tanto les auia fauorecido, y agasajado; cuyo nombre era don Sancho de Cardona, illustrissimo por sangre, y famoso por su persona: ofrecieronsele todos de guardar perpetuamente ellos, y sus decendientes (à quien se lo dexarian mandado) la memoria de las mercedes tan singulares del recebidas, para agradezelles siquiera, ya que no pudiessen seruirlas. Don Sancho los abraçò à todos, diziendoles, que de su natural condicion nacia hazer aquellas obras, ò otras, que fuessen buenas à todos los que conocia, ò imaginaua ser hidalgo Castellanos. Reyteraronse dos vezes los abraços, y con alegria mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y ca-

minando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nueuas peregrinas, en tres dias llegaron à Monserrat, y estando alli otros tantos (haziendo lo que à buenos, y Catholicos Cristianos deuian) con el mismo espacio boluieron à su camino: y sin sucederles reuès, ni desman alguno, llegaron à Santiago. Y despues de cumplir su voto (con la mayor deuocion que pudieron) no quisieron dexar el habito de peregrinos hasta entrar en sus casas, à las quales llegaron poco à poco, descansados, y contentos: mas antes que llegassen, estando à vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho, era vna legua del de Teodosia) desde encima de vn recuesto los descubrieron à entrambos, sin poder encubrir las lagrimas, que el contento de verlos les truxo à los ojos, alomenos à las dos desposadas, que con su vista renouaron la memoria de los passados sucessos. Descubriase desde la parte donde estauan vn ancho valle, que los dos pueblos diuidia, en el qual vieron à la sombra de vn oliuo vn dispuesto Cauallero, sobre vn poderoso cauallo, con vna blanquissima adarga en el braço yzquierdo, y vna gruessa, y larga lança terciada en el derecho: y mirandole cō atencion, vieron que assimismo por entre vnos oliuares venian otros dos Caualleros con las mismas armas, y con el mismo donayre, y apostura, y de alli à po

co

covieron, que se juntaron todos tres: y auiendo estado vn pequeño espacio juntos se apartaron, y vno de los que à lo vltimo auian venido, se apartò con el que estaua primero debaxo del oliuo: los quales poniendo las espuelas à los cauallos, arremetieron el vno al otro con muestras de ser mortales enemigos, començando à tirarse brauos, y diestros botes de lança, ya hurtando los golpes, ya recogiédolos en las adargas con tanta destreza, que dauan bien à entender ser maestros en aquel exercicio. El tercero los estaua mirando, sin mouerse de vn lugar: mas no pudiendo don Rafael sufrir estar tan lexos, mirando aquella tan reñida, y singular batalla, à todo correr baxò del recuesto, siguiendole su hermana, y su esposa, y en poco espacio se puso junto à los dos combatientes, à tiempo, que ya los dos Caualleros andauan algo heridos: y auiédosele caydo al vno el sombrero, y cõ el vn cosco de azero. Al boluer vn rostro conociò don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conociò que el otro era el suyo: Leocadia, que con atencion auia mirado al que no se combatia, conociò que era el padre que la auia engendrado, de cuya vista todos quatro suspensos, atonitos, y fuera de si quedaron: pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleauan, diziendo à vo-

zes: No mas Caualleros, no mas, que lo q̃ esto os piden, y suplican son vuestros propios hijos: yo soy Marco Antonio padre, y señor mio, dezia Marco Antonio: yo soy aquel por quien, à lo que imagino estan vuestras canas venerables puestas en este riguroso tranze: templad la furia, y arrojad la lança, ò bolued la contra otro enemigo, que el que teneys delante, ya de oy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones dezia don Rafael à su padre, à las quales se detuuieron los Caualleros, y atentamente se pusierõ à mirar à los que se las dezian, y boluiendo la cabeça, vieron que don Enrique, el padre de Leocadia se auia apeado, y estaua abraçado con el que pensauan ser peregrino: y era, que Leocadia se auia llegado à el, y dandosele à conocer, le rogò, q̃ pusiesse en paz à los que se combatian, cõtentandole en breues razones, como don Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeò, y le tenia abraçada, como se ha dicho: pero dexandola, acudiò à ponerlos en paz, aunque no fue menester, pues ya los dos auian conocido à sus hijos, y estauan en el suelo, teniendolos abraçados; llorando todos lagrimas de amor, y de contento nacidas: Iuntaronse todos, y boluieron à mirar sus hijos, y no sabian q̃ dezirse. Atentauanles los cuerpos, por ver, si eran fantasticos, que su impro[u]isa

llegada

llegada esta y otras sospechas engendraua: pero desengañados algun tanto, boluieron à las lagrimas y à los abraços. Y en esto assomò por el mismo valle gran cãtidad de gente armada, de à pie, y de à cauallo, los quales venian à defender al Cauallero de su lugar. Pero como llegaron, y los vieron abraçados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lagrimas, se apearon, y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que don Enrique les dixo breuemente lo que Leocadia su hija le auia contado. Todos fueron à abraçar à los peregrinos con muestras de contento, tales, que no se pueden encarecer. Don Rafael de nueuo contò à todos con la breuedad que el tiempo requeria todo el sucesso de sus amores, y de como venia casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio, nueuas que de nueuo causaron nueua alegria. Luego de los mismos cauallos de la gente que llegò al socorro, tomaron los que huuieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de yrse à lugar de Marco Antonio, ofreciendoles su padre de hazer alli las bodas de todos: y con este parecer se partieron: y algunos de los q̃ se auian hallado presentes, se adelantaron à pedir albricias à los parientes, y amigos de los desposados. En el camino supieron don Rafael, y Marco Antonio la causa de aq̃lla pendencia, que fue, que el padre de Teo-

dosia, y el de Leocadia auian desafiado al padre di Marco Antonio, en razon de que el auia sido sabidor de los engaños de su hijo, y auiendo venido los dos, y hallandole solo, no quisieron combatirse con algnna vẽtaja, sino vno à vno, como Caualleros, cuya pendencia parara en la muerte de vno, ò en la de entrambos, si el los no huuieron llegado. Dieron gracias à Dios los quatro peregrinos del sucesso felice. Y otro dia, despues que llegaron, con real y esplendida magnificencia, y sumptuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo, y Teodosia. y las de don Rafael, y de Leocadia: los quales luengos y felizes años viuieron en compañia de sus esposas, dexando de si illustre generacion, y descendencia, que hasta oy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andaluzia: y no se nombran, es por guardar el decoro à las dos donzellas, à quien, quiza las lenguas mal dizientes, ò neciamente escrupulosas les eran cargo de la ligereza de sus desseos, y del subito mudar de trages: à los quales ruego, que no se arrojen à vituperar semejantes libertades, hasta que miren en si, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es vna fuerça (si assi se puede llamar) incontrastable, que haze el apetito à la razon. Caluete el moço de mulas se quedò con la que de don Rafael

auia

auia embiado à Salamanca, y con otras muchas dadiuas, que los dos deposados le dieron: y los Poetas de aquel tiempo tuuieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura, y los sucessos de las dos tan atreuidas, quanto honestas donzellas, sugeto principal deste estraño sucesso.



NOVELA DE LA SEÑORA CORNELIA.

DOn Antonio de Ysunça, y don Iuan de Gamboa, Caualleros principales de vna edad, muy discretos, y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dexar sus estudios por irse à Flandes, lleuados del heruor de la sangre moça, y del desseo (como dezirse suele) de ver mũdo, y por parecerles, que el exercicio de las armas, aunque arma, y dize bien à todos, principalmente assienta, y dize mejor en los bien nacidos, y de ilustre sangre. Llegaron pues à Flandes,

Vniuersidad cursauan, como de los mismos de la ciudad, y de los estangeros. Mostrauanse con todos liberales, y comodidos, y muy agenos de la arrogancia, que dizen que suelen tener los Españoles. Y como eran moços, y alegres, no se desgustauan de tener noticia de las hermosas de la ciudad: y aunque auia muchas señoras donzellas, y casadas, con gran fama de ser honestas, y hermosas, à todas se auentajaua la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que vn tiempo fueron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosissima en estremo, y estaua debaxo de la guarda, y amparo de Lorenço Bentipolli su hermano, honradissimo y valiente Cauallero, huerfanos de padre y madre: que aunque los dexaron solos, los dexaron ricos: y la riqueza es grande aliuio de horfanidad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dexaua ver, ni su hermano consentia que la viessen. Esta fama traian dessеosos à don Iuan, y a don Antonio de verla, aunque fuera en la Iglesia. Pero el trabajo que en ello pusieron, fue enbalde, y el desseo, por la impossibilidad, cuchillo de la esperança, fue menguando: y assi con solo el amor de sus estudios, y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, passauã vna vida tã alegre, como honrada. Pocas vezes salian

nos, y assi le huuo de assir con entrambas: y apenas se le dexaron en ellas, quando le cerraron la puerta, y el se hallò cargado en la calle, y sin saber de que. Pero casi luego començò à llorar vna criatura, al parecer recien nacida, à cuyo lloro quedò don Iuan confuso y suspenso, sin saber que hazerse, ni que corte dar en aquel caso: porque en boluer à llamar à la puerta, le pareciò, que podia correr algun peligro cuya era la criatura, y en dexarla alli, la criatura misma: pues el lleuarla à su casa, no tenia en ella quien la remediasse, ni el conocia en toda la ciudad persona adonde poder lleuarla. Pero viendo, que le auian dicho, que la pusiesse en cobro, y que boluiesse luego, determinò de traerla à su casa, y dexarla en poder de vna ama, que los seruia, y boluer luego à ver, si era menester su fauor en alguna cosa, puesto que bien auia visto, que le auian tenido por otro, y que auia sido error darle a el la criatura. Finalmente sin hazer mas discursos, se vino à casa con ella, à tiẽpo que ya don Antonio no estaua en ella. Entrose en vn aposento, y llamò al ama, descubriò la criatura, y viò que era la mas hermosa, que jamas huuiesse visto. Los paños en que venia embuelta, mostrauan ser de ricos padres nacida. Desemboluiola el ama, y hallaron que era varon. Menester es, dixo don Iuan, dar de mamar à este niño, y ha de ser desta manera: Que

vos ama le aueys de quitar estas ricas mã-
tillas, y ponerle otras mas humildes, y sin
dezir, que yo le he traydo, le aueys de
lleuar en casa de vna partera, que las ta-
les siempre suelen dar recado y remedio
à semejantes necessidades: lleuareys dine-
ros con que la dexeys satisfecha, y dare-
ysle los padres que quisieredes, para en-
cubrir la verdad de auerlo yo traydo.
Respondio el ama, que assi lo haria, y dõ
Iuan con la priessa que pudo boluiò à
ver, si le ceceauan otra vez: pero vn poco
antes que llegasse à la casa adonde le a-
uian llamado, oyò gran ruydo de espe-
das, como de mucha gente que se acuchil-
laua. Estuuo atento, y no sintiò palabra
biguna: la herreria era à la sorda, y à la
luz de las centellas, que las piedras heri-
das de las espadas leuantauan, casi pudo
ver, que eran muchos los que à vno solo
acometian, y confirmose en esta verdad,
oyendo dezir: A traydores, que soys mu-
chos, è yo solo: pero con todo esso no os
ha de valer vuestra supercheria. Oyendo
y viendo lo qual don Iuan, lleuado de su
valeroso coraçon, en dos brincos se puso
al lado, y metiendo mano à la espada, y
à vn broquel que lleuaua, dixo al que de-
fendia en lengua Italiana, por no ser co-
nocido por Español. No temays, que so-
corro os ha venido, que no os faltara ha-
sta perder la vida: menead los puños, que
traydores pueden poco, aunque sean mu-
chos.

chos. A estas razones respondio vno de los contrarios: mientes, que aqui no ay ningun traydor: que el querer cobrar la honra perdida, à toda demasia da licẽcia. No le hablò mas palabras, porque no les daua lugar à ello la priessa que se dauan à herirse los enemigos, que al parecer de don Iuan deuian de ser seys. Apretaron tanto à su compañero, que de dos estocadas que le dieron à vn tiempo en los pechos, dieron con el en tierra. Don Iuan creyò, que le auian muerto, y con ligereza, y valor estraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar à fuerça de vna lluuia de cuchilladas, y estocadas. Pero no fuera bastante su diligencia, para ofender, y defenderse, sino le ayudara la buena suerte, con hazer, que los vezinos de la calle sacassen lumbres a las ventanas, y a grandes vozes llamassen à la justicia: lo qual visto por los contrarios, dexarõ la calle, y à espaldas bueltas se ausentaron. Ya en esto se auia leuantado el caydo, porque las estocadas hallaron vn peto como de diamante en que toparon. Auiasele caydo à don Iuan el sombrero en la refriega, y buscandole, hallò otro, que se puso à caso, sin mirar si era el suyo, ò no. El caydo se llegò à el, y le dixo: Señor Cauallero, quien quiera que seays, yo confiesso, q̃ os deuo la vida que tẽgo, la qual cõ lo que valgo, y puedo gastarà à vuestro seruicio: hazedme merced de dezirme q̃
soys,

soys, y vuestro nombre, para que yo sepa à quien tengo de mostrarme agradecido. A lo qual respondio don Iuan: No quiero ser descortès, ya que soy desinteressado. Por hazer señor lo que me pedis, y por daros gusto solamente os digo, que soy vn Cauallero Español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importarà saberlo, os le dixera: mas por si à casos os quisieredes seruir de mi en otra cosa, sabed que me llamo don Iuan de Gamboa. Mucha merced me aueys hecho, respondio el caydo, pero yo, señor don Iuan de Gamboa, no quiero deziros quien soy, ni mi nombre, porque he de gustar mucho, de que lo sepays de otro, que de mi, y yo tendrè cuydado de que os hagan sabidor dello. Auiale preguntado primero don Iuã, si estaua herido, porque le auia visto dar dos grandes estocadas: y auia le respondido, que vn famoso peto, que traìa puesto, despues de Dios, le auia defendido: pero que con todo esso sus enemigos le acabaran, si el no se hallarà a su lado. En este vieron venir hazia ellos vn vulto de gente, y don Iuan dixo: si estos son los enemigos que bueluen, apercebios señor, y hazed como quien soys: A lo que yo creo, no sõ enemigos, sino amigos los que aqui vienen, y assi fue la verdad: porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caydo, y hablaron con el pocas palabras, pero tan calladas, y secretas,

cretas, que don Iuan no las pudo oyr. Boluiò luego el defendido à don Iuan, y dixole: A no auer venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Iuan, os dexara hasta que acabarades de ponerme en saluo; pero aora os suplico con todo encarecimiento, que os vays, y me dexeys, que me dexeys, que me importa. Hablando esto, se tentò la cabeça, y vio, que estaua sin sombrero, y boluiendose a los que auian venido, pedio que le diessen vn sombrero, que se le auia caydo el suyo. Apenas lo huuó dicho, quando don Iuan le puso el que auia hallado en la cabeça. Tentole el caydo, y boluiendosele à don Iuan, dixo: Este sombrero no es mio: por vida del señor don Iuan, que se le lleue por trofeo desta refriega, y guardele, que creo que es conocido. Dieron le otro sombrero al defendido: y don Iuan por cumplir lo que le auia pedido, passando otros algunos, aunque breues comedimiẽtos, le dexò, sin saber quien era, y se vino à su casa, sin querer llegar à la puerta donde le auian dado la criatura, por pareeerle, que todo el barrio estaua despierto, y alborotado con la pẽdencia. Sucedio pues, que boluiendose à su posada, en la mitad del camino encontrò con don Antonio de Ysunça su camarada, y conociendose, dixo don Antonio: Bolued conmigo don Iuan hasta aqui harriba, y en el camino os contarè vn estraño cuento, que me ha

su-

sucedido, que no le aureys oydo tal en toda vuestra vida. Como essos cuentos os podrè contar yo, respondiò don Iuan, pero vamos donde quereys, y contadme el vuestro. Guiò don Antonio, y dixo: Aueys de saber, que poco mas de vna hora despues que salistes de casa, salì à buscaros, y no treynta pasos de aqui vi venir, casi à encontrarme vn vulto negro de persona, que venia muy aguijando: y llegandose cerca, conoci ser muger en el habito largo, la qual con voz interrumpida de sollozos, y de suspiros me dixo: Por ventura, señor, soys estrãgero, ò de la ciudad? Estrangero soy, y Español, respondi yo: Y ella: Gracias al cielo que no quiere que muera sin Sacramentos. Venis herida, señora, replique yo, ò traeys algun mal de muerte. Podria ser, que el que traygo lo fuesse, si presto no se me dà remedio. Por la cortesia, que siempre suele reynar en los de vuestra nacion, os suplico señor Español, que me saqueys destas calles, y me lleueys à vuestra posada, con la mayor priessa que pudiaredes, que allà, si gustaredes dello, sabreys el mal que lleuo, y quien soy, aunque sea à costa de mi credito. Oyendo lo qual, pareciendome, que tenia necessidad de lo que pedia, sin replicarla mas, la assi de la mano, y por calles desuiadas, la lleuè à la posada. Abriome Santisteuan el page, hizele que se retirasse, y sin que ella viesse, la lleuè à mi
estan-

estancia, y ella en entrando se arrojò en cima de mi lecho desmayada. Lleguème à ella, y descubrila el rostro, que con el manto traìa cubierto, y descubri en el la mayor belleza, que humanos ojos han visto: serà à mi parecer de edad de diez y ocho años, antes menos, que mas. Quedè suspenso de ver tal estremo de belleza. Acudì à echarle vn poco de agua en el rostro, con que boluiò en si, suspirando tiernamente. Y lo primero que me dixo fue: conoceysme señor? No, respondi yo, ni es bien, que yo aya tenido ventura de auer conocido tanta hermosura. Desdichada de aquella, respondio ella, à quien se la dà el cielo, para mayor desgracia suya: pero señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien soys que me dexeys aqui encerrada, y no permiteys, que ninguno me vea, y bolued luego al mismo lugar, que me topastes, y mirad, si riñe alguna gente, y no fauorezeays à ninguno de los que riñerẽ, sino poned paz, y qualquier daño de las partes ha de resultar en acrecẽtar el mio. Dexola encerrada, y vẽgo à poner en paz esta pẽdẽcia. Teneys mas que dezir don Antonio? preguntò dõ Iuan. Pues no os parece q̃ he dicho harto, respõdio dõ Antonio, pues he dicho, que tengo debaxo de llaue, y en mi aposento la mayor belleza, que humanos ojos han visto. El caso es estraño sin duda, dixo don Iuan, pero

pero oyd el mio, y luego le contò todo lo que le auia sucedido, y como la criatura que le auian dado estaua en casa en poder de su ama, y la orden que le auia dexado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de lleuarle adonde le criassen, ò alomenos socorriessen la presente necessidad. Y dixo mas, que la pendencia q̃ el venia à buscar, ya era acabada, y puesta en paz, qne el se auia hallado en ella: y que à lo que el imaginaua, todos los de la riña deuian de ser gentes de prendas, y de gran valor. Quedaron entrambos admirados del sucesso de cada vno, y con priessa se boluieron à la posada, por ver lo que auia menester la encerrada. En el camino dixo don Antonio à don Iuan, que el auia prometido à aquella señora, que no la dexaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento sino el solo, en tanto que ella no gustasse de otra cosa. No importa nada, respondio don Iuan, que no faltarà orden para verla, que ya lo desseo en estremo, segun me la aueys alabado de hermosa. Llegaron en esto, y à la luz que sacò vno de tres pages que teniã, alçò los ojos don Antonio al sombrero que don Iuan traìa, y viole resplandeciẽte de diamantes: quitosele, y vio, que las luzes salian de muchos, que en vn cintillo riquissimo traìa. Miraronle y remiraronle entrumbos, y concluyeron, que si todos eran finos, como parecian, valia

mas

mas de doze mil ducados. Aqui acabarõ de conocer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Iuan, de quien se acordò auerle dicho, que truxesse el sombrero, y le guardasse, porque era conocido. Mandaron retirar los pages, y don Antonio abriò su aposento, y hallò à la señora sentada en la cama, con la mano en la mexilla, derramando tiernas lagrimas. Don Iuan, cõ el desseo que tenia de verla, se assomò à la puerta tanto, quãto pudo entrar la cabeça, y al punto la lumbre de los diamantes dio en los ojos de la que lloraua, y alçandolos, dixo: Entrad señor Duque, entrad, para que me quereys dar con tanta ascaseza el bien de vuestra vista. A esto dixo don Antonio: Aqui señora no ay ningun Duque, que se escuse de veros. Como no? replicò ella, el que alli se assomò aora es el Duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad señora, que el sombrero que vistes no le trae ningun Duque: y si quereys desengañaros con ver quien le trae, dadle licencia que entre. Entre enorabuena, dixo ella, aunque si no fuesse el Duque, mis desdichas serian mayores. Todas estas razones auia oydo don Iuan, y viendo que tenia licencia de entrar, con el sõbrero en la mano entrò en el aposento, y assi como se le puso delante, y ella conociò no ser quien dezia el del rico sombre-

ro, con voz turbada, y lengua presurosa dixo: Ay desdichada de mi, señor mio, dezidme luego sin tenerme mas suspensa, conoceys el dueño desse sombrero? dōde le dexastes, ò como vino a vuestro poder? es viuo por ventura? ò son essas las nueuas que me embia de su muerte? Ay bien mio, que sucessos son estos? Aqui veo tus prendas? aqui me veo sin ti encerrada, y en poder (que a no saber que es de gentileshombres Españoles) el temor de perder mi honestidad, me huuiera quitado la vida, Sossegaos señora, dixo don Iuan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estays en parte donde se os ha de hazer agrauio alguno, sino seruiros con quanto las fuerças nuestras alcançaren, hasta poner las vidas por defenderos, y ampararos: que no es bien que os salga vana la fè que teneys de la bondad de los Españoles: y pues nosotros lo somos, y principales, (que aqui viene bien esta que parece arrogancia) estad segura, que se os guardarà el decoro, que vuestra presencia merece. Assi lo creo yo, respōdio ella: pero con todo esso dezidme señor, como vino a vuestro poder esse rico sombrero, ò adonde està su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, Duque de Ferrara? Entonces don Iuan, por no tenerla mas suspensa, le contò como le auia hallado en vna pendencia, y en ella auia fauorecido, y ayudado à vn Cauallero, que
por

por lo que elle dezia, sin duda deuia de ser el Duque de Ferrara, y que en la pendencia auia perdido el sombrero, y hallado aquel: y que aquel Cauallero le auia dicho, q̃ le guardasse que era conocido, y que la refriega le auia concluydo sin quedar herido el Cauallero, ni el tampoco: y que despues de acabada auia llegado gente, que al parecer deuia de ser criados, ò amigos del que el pensaua ser el Duque, el qual le auia pedido le dexasse, y se viniesse, mostrandose muy agradecido al fauor que yo le auia dado. De manera, señora mia, que este rico sombrero vino à mi poder, por la manera que os he dicho: y su dueño, si es el Duque, como vos dezis, no ha vna hora que le dexè bueno, sano, y saluo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es, que le tendreys con saber del buen estado del Duque. Para que sepays señores, si tengo razon, y causa para preguntar por el, estadme atẽtos, y escuchad la, no sè diga, mi desdichada historia. Todo el tiẽpo en q̃ esto passò, le entretuuo el alma, en paladear al niño cõ miel, y en mudarla las mantillas de ricas en pobres: y ya q̃ lo tuuo todo adereçado, qſo lleuarla en casa de vna partera, como don Iuan se lo dexò ordenado: y al passar cõ ella por junto a la estãcia dõde estaua la q̃ q̃ria començar su historia, llorò la criatura, de modo, q̃ lo sintio la señora, y leuãtãdose en pie, pusose atẽtamẽte à escuchar, y oyò mas distintamẽte el llãto
de la

de la criatura, y dixo: Señores mios, que criatura es aquella, que parece recien nacida? Don Iuan respondiò: Es vn niño, q̃ esta noche nos han echado à la puerta de casa, y ya el ama à buscar, quien le dè de mamar. Trayganmele aqui por amor de Dios, dixo la señora, que yo harè essa caridad à los hijos agenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamò don Iuan al ama, y tomole el niño, y entrosele à la que le pedia, y pusose le en los braços, diziendo: Veys aqui señora el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se passan, que no hallamos à los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomole ella en los braços, y mirole atentamente, assi el rostro, como los pobres, aunque limpios paños en que venia embuelto, y luego sin poder tener las lagrimas se echò la toca de la cabeça encima de los pechos, para poder dar cõ honestidad de mamar à la criatura, y aplicandosela à ellos, juntò su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaua, y con las lagrimas le bañaua el rostro: y desta manera estuuo, sin leuantar el suyo, tanto espacio, quanto el niño no quiso dexar el pecho. En este espacio guardauan todos quatro silencio: el niño mamaua, pero no era ansi, porque las recien paridas no pueden dar el pecho, y assi cayendo en la cuenta la que se lo daua, se le bol

uiò

uiò a don Iuan, diziendo: En balde me he mostrado caritatiua, biẽ parezco nueua en estos casos: hazed señor, que a este niño le paladeen con vn poco de miel, y no consintays, que a estas horas le lleuen por las calles: dexad llegar el dia, y antes que le lleuen, bueluanmele à traer, q̃ me consuelo en verle. Boluio el niño don Iuã al ama, y ordenole le entretuuiesse hasta el dia, y que le pusiesse las ricas mantillas con que le auia traydo, y que no le lleuasse, sin primero dezirselo. Y boluiendo à entrar, y estando los tres solos, la hermosa dixo: Si quereys que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudio prestamente don Antonio a vn escritorio, y sacò del muchas conseruas, y de algunas comiò la desmayada, y beuiò vn vidrio de agua fria, con que boluiò en si, y algo sossegada, dixo: Sentaos señores, y escuchadme. Hizieronlo ansi, y ella recogiendose encima del lecho, y abrigandose bien con las faldas del vestido, dexò descolgar por las espaldas vn velo, que en la cabeça traia, dexando el rostro essento, y descubierto, mostrando en el el mismo de la Luna, ò por mejor dezir, del mismo Sol, quando mas hermoso, y mas claro se muestra: llouianle liquidas perlas de los ojos, y limpiauaselas con vn lienço blanquissimo, y con vnas manos tales, que entre ellas, y el lienço fuera de

buen

buen iuyzio, el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente despues de auer dado muchos suspiros, y despues de auer procurado sossegar algun tãto el pecho; con voz algo doliente y turbada, dixo: Yo señores soy aquella, que muchas vezes aureys, sin duda alguna oydo nombrar por ahi, porque la fama de mi belleza, tal qual ella es, pocas lenguas ay, que no la publiquen. Soy en efeto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenço Bentibolli, que con deziros, esto, quiçà aurè dicho dos verdades, la vna de mi nobleza: la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedo huerfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el qual desde niña puso en mi guarda al recato mismo, puesto que mas confiaua de mi honrada condicion, que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente entre paredes, y entre soledades, acompañadas no mas que de mis criadas, fuy creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en publico de los criados, y de aquellos que en secreto me tratauan: y de vn retrato que mi hermano mandò hazer à vn famoso pintor, para que, como el dezia, no quedasse sin mi el mundo: ya que el cielo a mejor vida me lleuasse: pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion, si no sucediera venir el Duque de Ferrara à ser padrino de vnas bodas de

vna

vna prima mia, donde me llevò mi hermano con sana intencion, y por honra de mi parienta: alli mirè, y fuy vista: alli, segun creo, rendi coraçones, auassallè voluntades, alli senti, que dauan gusto las alabanças, aunque fuessen dadas por lisongeras lenguas: alli finalmente vi al Duque, y el me viò à mi, de cuya vista ha resultado verme aora como me veo. No os quiero dezir señores (porque seria proceder en infinito) los terminos, las trazas, y los modos por donde el Duque, è yo venimos à conseguir al cabo de dos años los dessseos que en aquellas bodas nacieron: porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligẽcia fue bastante, para estoruar el juntarnos, que en fin huuo de ser debaxo de la palabra, que el me dio de ser mi esposo, porq̃ sin ella fuera impossible rendir la roca de la valerosa, y honrada presuncion mia. Mil vezes le dize que publicamente me pidiesse à mi hermano, pues no era possible, que me negasse, y que no auia q̃ dar disculpas al vulgo de la culpa, que le pondrian de la desygualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linage Bentibolli à la suya Estense. A esto me respondio con escusas, q̃ yo las tuue por bastantes y necessarias, y cõfiada como rẽdida, crey como enamorada, y entreguème de toda mi volũtad à

la suya, por intercession de vna criada mia, mas blanda à las dadiuas y promessas del Duque, que lo que deuia à la confiança, que de su fidelidad mi hermano hazia. En resolucion a cabo de pocos dias me sentì preñada, y antes que mis vestidos manifestassen mis libertades (por no darles otro nombre) me fingi enferma y melancolica, y hize con mi hermano me truxesse en casa de aquella mi prima, de quien auia sido padrino el Duque. Alli le hize saber en el termino en que estaua, y el peligro que me amenazaua: y la poca seguridad que tenia de mi vida por tener barruntos de que mi hermano sospechaua mi desemboltura. Quedò de acuerdo entre los dos, que en entrando en el mes mayor, se lo auisasse, que el vendria por mi con otros amigos suyos, y me lleuaria à Ferrara, donde en la sazon que esperaua, se casaria publicamente conmigo: esta noche en que estamos, fue la del concierto de su venida, y esta misma noche, estãdole esperando, sentì passar à mi hermano con otros muchos hombres, al parecer armados, segun les cruxian las armas de cuyo sobresalto, de improuiso me sobreuino el parto, y en vn instante parì vn hermoso niño. Aquella criada mia, sabidora, y medianera de mis hechos, que estaua ya preuenida para el caso, emboluiò la criatura en otros paños, que no los
que

que tiene la que à vuestra puerta echarō:
y saliendo à la puerta de la calle la dio (à
lo que ella dixo) à vn criado del Duque.
Yo desde alli à vn poco, acomodandome-
lo mejor que pude (segun la presente ne-
cessidad) sali de la casa, creyendo que
estaua en la calle el Duque, y no lo de-
uiera hazer hasta que el llegara à la puer-
ta: mas el miedo que me auia puesto la
quadrilla armada de mi hermano, creyé-
do que ya esgrimia su espada sobre mi
cuello, no me dexò hazer otro mejor dis-
curso, y assi desatentada, y loca, sali don-
de me sucedio lo que aueys visto. Y aun-
que me veo sin hijo, y sin esposo, y con te
mor de peores sucessos, doy gracias al cie
lo, que me ha traydo à vuestro poder, de
quien me prometo todo aquello, que de
la cortesia Española puedo prometerme,
y mas de la vuestra, que la sabreys real-
çar, por ser tan nobles como pareceys.
Diziēdo esto, se dexò caer del todo encì-
ma del lecho, y acudiendo los dos à ver si
se desmayaua, vieron que no, sino que
amargamente lloraua, y dixole don Iuan:
Si hasta aqui hermosa señora, yo, y don
Antonio mi camarada os teniamos com-
passion y lastima, por ser muger, aora que
sabemos vuestra calidad, la rastima, y
compassion passa a ser obligacion precisa
de seruiros: cobrad animo, y no desma-
yeys, y aunque no acostumbrada à seme-
jantes casos, tanto mas mostrareys quien
Cc 2 soys,

soys, quanto mas con paciencia supieredes lleuarlos: creed señora que imagino, que estos tan estraños sucessos han de tener vn feliz fin, que no han de permitir los cielos, que tanta belleza se goze mal, y tan honestos pensamientos se mallogren. Acostaos señora, y curad de vuestra persona, que lo aueys menester, que aqui entrarà vna criada nuestra que os sirua, de quien podeys hazer la misma confiança, que de nuestras personas: tan bien sabra tener en silencio vuestras desgracias, como acudir à vuestras necessidades. Tal es la que tengo, que à cosas mas dificultosas me obliga, respondio ella, entre señor quien vos quisieredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dexar de tenerla muy buena en la que menester huuiere: pero con todo esso os suplico, que no me vean mas que vuestra criada. Assi sera, respondio don Antonio, y dexando la sola, se salieron: y don Iuan dixo el ama, que entrasse dentro, y lleuasse la criatura con los ricos paños, si se los auia puesto: el ama, dixo que si, y que ya estaua de la misma manera que el la auia traydo. Entrò el ama aduertida de lo que auia de responder, à lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria alli dentro, le preguntasse. En viendola Cornelia, le dixo: Vengays en buenora amiga mia, dadme essa criatura, y llegadme aqui essa vela. Hizolo assi el ama, y

tomando el niño Cornelia en sus braços, se turbò toda, y le mirò ahincadamente, y dixo al ama: dezidme señora, este niño, y el que me traxistes, ò me truxeron poco ha, es todo vno? Si señora, respódio el ama. Pues como trae tan trocadas las mantillas? replicò Cornelia: en verdad amiga, que me parece, ò que estas son otras mantillas, ò que esta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondio el ama. Pecadora de mi, dixo Cornelia, como todo podia ser? Como es esto ama mia, que el coraçon me rebienta en el pecho hasta saber este trueco: dezidmelo amiga, por todo aquello que bien quereys digo, que me digays de donde aueys auido estas tan ricas mantillas, porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente, ò la memoria no se acuerda. Con estas mismas, ò otras semejantes entreguè yo à mi donzella la prenda querida de mi alma quien se las quitò, ay desdichada, y quien las truxo aqui? ay sin ventura. Don Iuan, y don Antonio, que todas estas quexas escuchauan, no quisieron que mas adelante passasse en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuuiesse en pena, y assi entraron, y don Iuan le dixo: essas mantillas, y esse niño son cosa vuestra señora Cornelia, y luego le contò punto por punto, como el auia sido la persona, à quien su donzella auia

dado el niño, y de como le auia traydo à casa, con la orden que auia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion porque lo auia hecho: aunque despues q̃ le contò su parto, siempre tuuo por cierto, que aquel era su hijo: y que si no se lo auia dicho, auia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreuiniesse la alegria de auerle conocido. Alli fueron infinitas las lagrimas de alegria de Cornelia, infinitos los besos q̃ dio à su hijo, infinitas las gracias que rindiò à sus fauorecedores, llamandolos Angeles humanos de su guarda, y otros titulos, que de su agradecimiento dauan notoria muestra. Dexaronla cõ el ama, encomendandola mirasse por ella, y la siruiesse, quanto fuesse possible, aduirtiẽdola en el termino en que estaua, para que acudiesse à su remedio, pues ella por ser muger, sabia mas de aquel menester, que no ellos. Con esto se fueron a reposar lo que faltaua de la noche, con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuesse, ò que ella los llamasse, ò à necessidad precisa. Vino el dia, y el ama truxo à quien secretamente, y a escuras diesse de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia, dixo el ama, que reposaua vn poco. Fueronse à las escuelas, y passaron por la calle de la pendencia, y por la casa de donde auia salido Cornelia, por ver, si era ya publica su

falta,

falta, ò si se hazian corrillos della: pero en ningun modo sintieron, ni oyeron cosa, ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oydas sus lecciones, se boluieron à su posada. Llamolos Cornelia con el ama, à quien respondieron, que tenian determinado de no poner los pies en su aposento, para que con mas decoro le guardasse el que à su honestidad se deuia: pero ella replicò con lagrimas, y con ruegos, que entrassen a verla, que aquel era el decoro mas cõueniente, sino para su remedio, alomenos para su consuelo. Hizieronlo assi, y ella los recibiò con rostro alegre, y con mucha cortesia: pidioles le hiziesien merced de salir por la ciudad, y ver, si oìan algunas nueuas de su atreuimiento: respondieronle, que ya estaua hecha aquella diligencia con toda curiosidad: pero que no se dezia nada. En esto llegò vn page, de tres que tenian, à la puerta del aposento, y desde fuera dixo: A la puerta està vn Cauallero con dos criados, que dize se llama Lorenço Bentibolli, y busca à mi señor don Iuan de Gamboa. A este recado cerrò Cornelia ambos puños, y se lo puso en la boca, y por entre ellos salio la voz baxa, y temerosa, y dixo: Mi hermano señores, mi hermano es esse, sin duda deue de auer sabido que estoy aqui, y viene a quitarme la vida. Socorro señores, y amparo. Sossegaos señora, le dixo don Antonio,

que en parte estays, y en poder de quien no os dexarà hazer el menor agrauio del mundo. Acudid vos señor don Iuan, y mirad lo que quiere esse Cauallero, y yo me quedarè aqui à defender, si menester fuere, à Cornelia. Don Iuan, sin mudar semblante, baxò abaxo, y luego don Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandò à los pages, que tomassen sus espadas, y estuuiessen apercebidos. El ama viendo aquellas preuenciones, temblaua: Cornelia temerosa de algun mal sucesso tremia: solos don Antonio, y don Iuan estauan en si, y muy bien puestos en lo que auian de hazer. En la puerta de la calle hallò don Iuan à don Lorenço, el qual en viendo à don Iuan, le dixo: suplico à vuestra Señoria (que esta es la merced de Italia) me haga merced de venirse conmigo à aquella Iglesia que està alli frontero, que tengo vn negocio que comunicar cõ vuestra Señoria, en que me và la vida, y la hõra. De muy buena gana, respondio don Iuan, vamos Señor donde quisieredes. Dicho esto, mano à mano se fueron à la Yglesia, y sentãdose en vn escaño, y en parte donde no pudiessen ser oydos. Lorẽço Bentibolli hablò primero, y dixo: Yo Señor Español, soy Lorenço Bentibolli, si no de los mas ricos, de los mas principales desta ciudad: ser esta verdad tan notoria, seruira de disculpa del alabarme yo propio: quedè huerfano algunos años ha, y

quedò

quedò en mi poder vna mi hermana, tan hermosa, que à no tocarme tanto, quizà os la alabara, de manera, que me faltarã encarecimientos, por no poder ningunos correspõder del todo à su belleza. Ser yo honrado, y ella muchacha, y hermosa, me hazian andar solicito en guardarla: pero todas mis preuẽciones, y diligẽcias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre. Finalmente por acortar, por no cansaros, este q̃ pudiera ser cuento largo, digo, que el Duque de Ferrara Alfonso de Este, con ojos de lince vencio à los de Argos, derribò, y triunfò de mi industria, vẽciendo à mi hermana, y à noche me la lleuò, y sacò de casa de vna parienta nuestra, y aun dizen, que recien parida. A noche lo supe, y a noche le sali à buscar, y creo, que le hallè, y acuchillè: pero fue socorrido de algun Angel, que no cõsintiò, q̃ con su sangre sacasse la mancha de mi agrauio. Hame dicho mi parienta, que es la q̃ todo esto me ha dicho, q̃ el Duque engaño à mi hermano, debaxo de palabra de recebirla por muger: esto yo no lo creo, por ser desygual el matrimonio, en quãto à los bienes de fortuna, q̃ en los de naturaleza, el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia. Lo q̃ creo es, q̃ el se atuuo à lo q̃ se atienẽ los poderosos, q̃ quierẽ atropellar vna donzella temerosa, y recatada, poniẽdole à la vista el dulce

nombre de escoso, haziendola creer, que por ciertos respectos no se desposa luego mentiras a parentes de verdades, pero falsas, y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana, y sin honra, puesto que todo esto hasta agora por mi parte lo tengo puesto debaxo de la llaue del silencio, y no he querido contar à nadie este agrauio, hasta ver si le puedo remediar, y satisfazer en alguna manera, que las infamias mejor es que se presuman, y sospechen, que no que se sepan de cierto, y destintamente, que entre el si, y el no de la duda, cada vno puede inclinarse à la parte que mas quisiere, y cada vna tendrà sus valedores. Finalméte yo tengo determinado de yr à Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfacion de mi ofensa: y si la negare, desafiarle sobre el caso: y esto no ha de ser con esquadrones de gente, pues no los puedo, ni formar, ni sustentar, sino de persona à persona: para lo qual querria el ayuda de la vuestra, y que me acompañassedes en este camino, confiado en que lo hareys, por ser Español, y Cauallero, como ya estoy informado. Y por no dar cuenta à ningun pariente, ni amigo mio, de quien no espero, sino consejos, y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos, y honrosos, aunque rompan por qualquier peligro. Vos, señor, me aueys de hazer merced de venir conmigo, que lleuando

vn

vn Español à mi lado, y tal como vos me pareceys, harè cuenta que lleuo en mi guarda los exercitos de Xerges. Mucho os pido, pero à mas obliga la deuda de responder a lo que la fama de vuestra nacion pregona. No mas señor Lorenço, dixo à esta sazon don Iuan (que hasta alli sin interrumpirle palabra, le auia estado escuchando) no mas, que desde aqui me constituyo por vuestro defensor, y consejero, y tomo à mi cargo la satisfacion, ò vengança de vuestro agrauio: y esto no solo por ser Español, sino por ser Cauallero: y serlo vos tan principal como aueys dicho: y como yo sè, y como todo el mũdo sabe. Mirad quando quereys que sea nuestra partida, y seria mejor que fuesse luego, porque el hierro se ha de labrar mientras estuuiere encendido, y el ardor de la colera arecienta el animo, y la iniuria reciente despierta la vengança. Leuantose Lorenço, y abraçò apretadamẽte à don Iuan, dixo: à tan generoso pecho como el vuestro, señor don Iuan, no es menester mouerle, con ponerle otro interès delante, que el de la honra, que ha de ganar en este hecho, la qual desde aqui os la doy, si salimos felizemente desde caso, y por añadidura os ofrezco quanto tẽgo, puedo, y valgo: la yda quiero que sea mañana, porque oy pueda preuenir lo necessario para ella. Bien me pareçe, dixo dõ Iuan, y dadme licencia señor Lorenço,

que yo pueda dar cuenta deste hecho à vn Cauallero camarada mia, de cuyo valor y silencio os podeys prometer harto mas que del mio. Pues vos señor don Iuã, segun dezis, aueys tomado mi honra à vuestro cargo, disponed della como quisieredes, y dezid della lo que quisieredes, y à quien quisieredes, quanto mas, que camarada vuestra, quien puede ser, que muy bueno no sea. Con esto se abraçaron, y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le embiaria a llamar, paraque fuera de la ciudad se pusiessen a cauallo, y siguiessen disfraçados su jornada. Boluiò don Iuan, y dio cuenta à don Antonio, y à Cornelia de lo que con Lorenço auia passado, y el concierto que quedaua hecho. Valame Dios, dixo Cornelia, grande es señor vuestra cortesia, y grande vuestra confiança: como, y tan presto os aueys arrojado a emprender vna hazaña llena de inconuenientes? Y que sabeys vos señor, si os lleua mi hermano à Ferrara, o à otra parte? Pero donde quiera que os lleuare, bien podeys hazer cuenta que và con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada, en los atomos del Sol tropieço, de qualquier sombra temo, y no quereys que tema, si està puesta en la respuesta del Duque mi vida, ò mi muerte: y que sè yo, si responderà tan atentadamente, que la colera de mi hermano se contenga en los limites
mites

mites de su discrecion: y quando salga, parecеos que tiene flaco enemigo? Y no os parece, que los dias que tardaredes, he de quedar colgada, temerosa, y suspensa, esperando las dulces, ò amargas nueuas del sucesso? Quiero yo tan poco al Duque, ò à mi hermano, que de qualquiera de los dos no tema las desgracias, y las sienta en el alma. Mucho discurris, y mucho temeys, señora Cornelia, dixo don Iuan, pero dad lugar entre tãtos miedos à la esperança, y fiad en Dios, en mi industria, y buen desseo, que aueys de ver, con toda felicidad, cumplido el vuestro: la yda de Ferrara no se escusa, ni el dexar de ayudar yo à vuestro hermano tampoco. Hasta agora no sabemos la intencion del Duque, ni tãpoco si el sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podra pgũtar como yo. Y entẽded señora Cornelia, que la salud, y cõtẽto de vuestro hermano, y el del Duq̃ lleuo puestos en las niñas de mis ojos, yo mirarẽ por ellos, como por ellas. Si assi os da el cielo, señor dõ Iuã, respõdio Cornelia, poder para remediar, como gracia para cõsolar en medio destos mis trabajos, me cuento por biẽ afortunada, ya q̃rria veros yr, y boluer, por mas que el temor me aflija en vuestra ausencia, ò la esperança me suspenda. Don Antonio aprouò la determinacion de don Iuan, y le alabò la buena correspondencia q̃ en el auia hallado la cõfiãça de Lorẽço Bẽtibolli. Dixole mas,

que el queria yr à compañarlos, por lo q̃ podia suceder. Esso no, dixo don Iuã, assi porque no serà bien, que la señora Cornelia que de sola, como porque no piense el señor Lorenço, que me quiero valer de esfuerços agenos. El mio es el vuestro mismo, replicò don Antonio, y assi, aunque sea desconocido, y desde lexos os tengo de seguir, que la señora Cornelia sè que gustarà dello, y no queda tan sola, que le falte quien la sirua, la guarde, y acompañe. A lo qual Cornelia dixo: Gran consuelo serà para mi, señores, si se que vays juntos, ò alomenos de modo, que os fauorezcays el vno al otro, si el caso lo pidiere: y pues al que vays à mi se me semeja ser de peligro, hazedme merced, señores, de lleuar estas reliquias con vosotros, y diziendo esto, sacò del seno vna Cruz de diamãtes de inestimable valor, y vn Agnus de oro, tan rico como la Cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciaronlas aun mas que lo que auia apreciado el cintillo pero boluieronselas, no queriendo tomarlas el ninguna manera, diziendo, que ellos lleuarian reliquias consigo, si no tã bien adornadas, alomenos en su calidad tan buenas, Pesole à Cornelia el no aceptarlas, pero al fin huuo de estar à lo que ellos querian. El ama tenia gran cuydado de regalar à Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuẽta, pero no à lo que yuan, ni adonde yuan,
se

se encargò de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabia) de manera, que sus mercedes no hiziessen falta. Otro dia biẽ de mañana ya estaua Lorenço à la puerta, y don Iuan de camino, con el sombrero del cintillo, à quien adornò de plumas negras, y amarillas, y cubriò el cintillo con vna toquilla negra. Despidiose de Cornelia, la qual imaginando, que tenia à su hermano tan cerca, estaua tan temerosa, que no acertò à dezir palabra à los dos, que della se despidieron. Salio primero don Iuan, y con Lorenço se fue fuera de la ciudad, y en vna huerta algo desuiada hallaron dos muy buenos cauallos cõ dos moços, que de diestro los tenian. Subieron en ellos, y los moços delante, por sendas, y caminos desusados caminaron à Ferrara. Don Antonio sobre vn quartago suyo, y otro vestido, y dissimulado, los seguia: pero pareciole que se recatauan del, especialmente Lorenço, y assi acordò de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que alli los encontraria. Apenas huuieron salido de la ciudad, quando Cornelia dio cuenta al ama de todos sus sucessos, y de como aquel niño era suyo, y del Duque de Ferrara, con todos los puntos, que hasta aqui se han cõtado, tocantes à su historia, no encubriendole como el viage que lleuauan sus señores era à Ferrara, acompañando a su hermano, que yua à desafiar al Duque

Alfonso.

Alfonso. Oyendo lo qual el ama (como si el demonio se lo mádarà, para intricar, estoruar, ò dilatar el remedio de Cornelia) dixo: Ay señora de mi alma, y todas essas cosas han passado por vos, y estaysos aqui descuydada, y à pierna tendida? ò no teneys alma, ò teny sla tan desmazalada, que no siente, como, y pensays vos por ventura, que vuestro hermano va à Ferrara (no lo penseys, sino pensad, y creed que ha querido lleuar à mis amos de aqui y ausentarlos desta casa, para boluer a ella, y quitaros la vida, que lo podrà hazer, como quien beue vn jarro de agua. Mirà debaxo de que guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pages, que harto tienen ellos que hazer en rascarse la sarna de que estan llenos, que en meterse en dibuxos: alomenos de mi se dezir, que no tendrè animo para esperar el sucesso, y ruyna, que à esta casa amenaza. El señor Lorenço Italiano, y que se fie de Españoles, y les pida fauor y ayda, para mi ojo, si tal crea (y diose ella misma vna higa) si vos hija mia quisiessedes tomar mi cõsejo yo os le daria tal, que os hiziesse. Pasmada, atonita, y confusa estaua Cornelia, oyendo las razones del ama, que las dezia cõ tãto ahinco, y cõ tantas muestras de temor, que le parecio ser todo verdad lo que le dezia, y quizà estauan muertos dõ Iuan y dõ Antonio, y que su hermano entraua por aquellas puertas, y la cosia a

puña-

puñaladas. Y assi le dixo: y que consejo me dariades vos amiga, que fuesse saludable, y que preuiniesse la sobrestante desuentura? Y como que le darè, tal y tambueno, que no pueda mejorarse, dixo el ama. Yo señora he seruido à vn Piouano, à vn Cura digo de vna aldea, que està dos millas de Ferrara: es vna persona sãta y buena, y que hara por mi todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion mas que de amo: vamonos alla, que yo buscarè quien los lleue luego, y la que viene a dar de mamar al niño, es muger pobre, y se yrà con nosotras al cabo del mũdo: y ya señora, que presuppongamos que has de ser hallada, mejor sera que te hallen en casa de vn Sacerdote de Missa, viejo, y honrado, que en poder de dos estudiantes moços, y Españoles, que los tales (como yo soy buen testigo) no desechan ripio: y agora, señora, como estas mala, te han guardado respecto: pero si sanas, y conualezes en su poder, Dios lo podrà remediar. Porque en verdad, que si à mi no me huuieran guardado mis repulsas, desdenes, y enterezas, y ahuuieran dado conmigo, y cõ mi honra al trasse, porque no es todo oro lo que en ellos reluze: vno dizen, y otro piensan: pero han lo auido conmigo, qne suy taymada, y sè do me aprieta el çapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milan, y tengo el punto de la honra

honra diez millas mas allà de las nubes:
y en esto se podrà echar de ver, señora mia, las calamidades, que por mi han passado, pues con ser quien soy, he venido à ser masara de Españoles, à quien ellos llaman ama: aunque a la verdad no tengo de que quexarme de mis amos, porque sõ vnos benditos, como no estèn enojados: y en esto parecen Vizcaynos, como ellos dizen que lo son. Pero quizà para con sigo seran Gallegos, que es otra nacion, segun es fama, algo menos puntual, y bien mirada que la Vizcayna. En efeto tãtas, y tales razones le dixo, que la pobre Cornelia se dispuso à seguir su parecer: y assi en menos de quatro horas, disponiendolo el ama, y consintiendolo ella, se vieron dentro de vna carroza las dos, y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pages, se pusieron en camino para la aldea del Cura: y todo esto se hizo a persuasion del ama, y con sus dineros, porque auia poco que la auia pagado sus señores vn año de su sueldo, y assi no fue menester empeñar vna joya, que Cornelia le daua. Y como auian oydo dezir à don Iuan, que el y su hermano no auian de seguir el camino derecho de Ferrara sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco à poco, por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroça se acomodò al paso de la voluntad de ellas, porq̃ le pagarõ al gusto de la suya. Dexe-

xemoslas yr, q̃ ellas van tan atreuidas, como bien encaminadas, y sepamos que les sucediò à don Iuan de Gamboa, y al señor Lorenço Bentibolli: de los quales se dize, que en el camino supieron, que el Duque no estaua en Ferrara, sino en Bolonia: y assi, dexando el rodeo que lleuauã, se vinieron al camino Real, ò à la estrada maestra, como alla se dize, cõsiderando, que aquella auia de traer el Duque, quãdo de Bolonia boluiesse. Y à poco espacio, que en ella auian entrado, auiendo tendido la vista hazia Bolonia, por ver si por el alguno venia, vieron vn tropel de gente de à cauallo, y entonces dixo don Iuan à Lorenço, que se desuiasse del camino, porque si à caso entre aquella gente viniesse el Duque, le queria hablar alli, antes que se encerrasse en Ferrara, que estaua poco distante. Hizolo assi Lorenço, y aprouò el parecer de don Iuan. Assi como se apartò Lorenço, quitò don Iuã la toquilla, que encubria el rico cintillo, y esto no sin falta de discreto discurso, como el despues lo dixo. En esto llegò la tropa de los caminantes, y entre ellos venia vna muger sobre vna pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con vna mascarilla, ò por mejor encubrirse, ò por guardarse del Sol, y del ayre. Parò el cauallo don Iuan en medio del camino, y estuuo con el rostro descubierto, à que llegassen los caminantes: y en llegando cerca, el

talle,

talle, el brio, el poderoso cauallo, la bizarria del vestido, y las luzes de los diamantes, lleuaron tras si los ojos de quãtos alli venian: especialmente los del Duque de Ferrara, que era vno dellos, el qual como puso los ojos en el cintillo, luego se dio à entender, que el que le traia, era don Iuan de Gamboa, el que le auia librado en la pendencia, y tan de veras aprehendiò esta verdad, que sin hazer otro discurso, arremetiò su cauallo hazia don Iuan, diziendo: No creo que me engañarè en nada, señor Cauallero, si os llamo dõ Iuan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion, y el adorno desse capello me lo estan diziendo. Assi es la verdad respondio don Iuan, porque jamas supe, ni quise encubrir mi nombre: pero dezidme señor, quien soys, porque yo no cayga en alguna descortesia. Esso sera impossible, respondio el Duque, que para mi tengo, que no podeys ser descortès en ningun caso: con todo esso os digo, señor don Iuan, que yo soy el Duque de Ferrara, y el que esta obligado a seruiros todos los dias de su vida, pues no ha quatro noches, que vos se la distes. No acabò de dezir esto el Duque, quãdo don Iuan con estraña ligereza saltò del cauallo, y acudiò a besar los pies del Duque: pero, por presto que llegò, ya el Duque estaua fuera de la silla, de modo que le acabò de apear en braços don Inan. El señor Lorenço
que

que desde algo lexos miraua estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesia, sino de colera, arremetiò su cauallo: pero en la mitad del repelon le detuuo, porque vio abraçados muy estrechaméte al Duque, y à don Iuan (que ya auia conocido al Duque) el Duque por cima de los ombros de don Iuan mirò à Lorenço, y conociole, de cuyo conocimiéto algun tanto se sobresalto, y assi como estaua abraçado preguntò a don Iuan, si Lorēço Bentibolli, que alli estaua, venia con el, o no. A lo qual don Iuan respondio: Apartemonos algo de aqui, y contarele à V. Excelencia grandes cosas. Hizolo assi el Duque, y don Iuan le dixo, Señor Lorenço Bentibolli que alli veys, tiene vna quexa de vos no pequeña: dize, que aurà quatro noches que le sacastes à su hermana la señora Cornelia de casa de vna prima suya, y que la aueys engañado, y deshonrado, y quiere saber de vos, que satisfacion le pensays hazer, para que el vea lo que le conuiene: Pidiome que fuesse su valedor, y mediancro: yo se lo ofrecì, porque por los barruntos que el me dio de la pendencia, conoci, que vos señor erades el dueño deste cintillo que por liberalidad, y cortesia vuestra quisistes, que fuesse mio: y viendo que ninguno podia hazer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecì mi ayuda. Querria yo agora, señor,

me dixessedes lo que sabeys acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenço dize. Ay amigo, respondio el Duque, es tan verdad, que no me atreueria à negarla, aunque quisiesse: yo no he engañado, ni sacado à Cornelia: aunque sè que falta de la casa que dize: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sè della: si publicamente no celebrè mis disposorios, fue porque aguardaua que mi madre, (que està ya en lo vltimo) passasse desta a mejor vida que tiene, desseo que sea mi esposa la señora Liuia, hija del Duque de Mătua, y por otros inconuenientes, quizà mas eficazes que los dichos, y no conuiene que aora se digan. Lo que passa es, que la noche que me socorristes la auia de traer à Ferrara, porque estaua ya en el mes de dar à luz la prenda que ordenò el cielo que en ella depositasse, ò ya fuesse por la riña, ò ya por mi descuydo, quãdo llegue à su casa, hallè que salia della la secretaria de nuestros conciertos. Preguntele por Cornelia, dixome que ya auia salido, y que aquella noche auia parido vn niño el mas bello del mundo, y que se le auia dado à vn Fabio mi criado. La donzella es aquella que alli viene: el Fabio està aqui, y el niño, y Cornelia parecē. Yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando, y escudrinando oyr algunas nueuas de Cornelia, pero no he sentido nada, De modo señor,

dixo

dixo don Iuan, quando Cornelia, y vuestro hijo pareciessen, no negareys ser vuestra esposa, y el vuestro hijo? No por cierto, porque aunque me precio de Cauallero, mas me precio de Christiano: y mas, que Cornelia es tal, que merece ser señora de vn Reyno. Pareciesse ella, y viua, ó muera mi madre, que el mũdo sabra, que si supe ser amante, supe la fe que di vn secreto, guardarla en publico. Luego bien direys, dixo don Iuan, lo que a mi me aueys dicho à vuestro hermano el señor Lorenço? Antes me pesa, respondio el Duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo don Iuan de señas à Lorenço, que se apeasse, y viniesse donde ellos estauan, como lo hizo, bien ageno de pensar la buena nueua que le esperaua. Adelantose el Duque à recebirle con los braços abiertos, y la primera palabra que le dixo, fue llamarle hermano. Apenas supo Lorenço, responder à salutacion tan amorosa, ni à tan cortès recibimiento: y estando assi suspenso, antes que hablasse palabra, don Iuan le dixo: El Duque (señor Lorenço) confiessa la conuersacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia. Cõfiessa assimismo, que es su legitima esposa, y que como lo dize aqui, lo dirà publicamente, quando se ofreciere. Concede assimismo, que fue quatro noches à sacarla de casa de su prima, para traerla à Ferrara, y aguardar coyun

tura

tura de celebrar ſus bodas, que las ha dilatado por juſtiſsimas cauſas, que me ha dicho. Dize aſſimiſmo la pendencia, que con vos tuuo, y que quando fue por Cornelia, encontrò con Sulpicia ſu donzella, que es aquella muger que alli viene, de quien ſupo que Cornelia no auia vna hora que auia parido, y que ella dio la criatura à vn criado del Duque, y que luego Cornelia, creyendo que eſtaua alli el Duque, auia ſalido de caſa medroſa, porque imaginaua, que ya vos ſeñor Lorenço ſabiades ſus tratos. Sulpicia no dio el niño al criado del Duque, ſino à otro en ſu cambio. Cornelia no parece, el ſe culpa de todo, y dize, que cada, y quando que la ſeñora Cornelia parezca, la recibira como à ſu verdadera eſpoſa. Mirad ſeñor Lorenço, ſi ay mas que dezir, ni mas que deſſear, ſino es la hallazgo de la dos tan ricas, come deſgraciadas prendas. A eſto reſpondio el ſeñor Lorenço (arrojandoſe à los pies del Duque, que porfiaua por leuantarlo) de vueſtra Chriſtiandad, y grãdeza, Sereniſſimo ſeñor, y hermano mio, no podiamos mi hermana, è yo eſperar menor bien del que à entrambos nos hazeys: à ella en ygualarla con vos, y à mi en ponerme en el numero de vueſtro. Ya en eſto ſe le arraſauan los ojos de lagrimas, y al Duque lo miſmo enternecidos: el vno con la perdida de ſu eſpoſa, y el otro cõ el gallazgo de tan buen cuñado.

Pero

Pero consideraron que parecia flaqueza dar muestras con lagrimas de tanto sentimiento, las reprimieron, y boluieron à encerrar en los ojos: y los de don Iuan alegres, casi les pedian las albricias, de auer parecido Cornelia, y su hijo, pues los dexaua en su misma casa. En esto estauã, quando se descubrio don Antonio de Ysunça, que fue conocido de don Iuan en el quartago: desde algo lexos: pero quando llegò cerca, se parò, y vio los cauallos de don Iuan, y de Lorenço, que los moços tenian de diestro, y acullà desuiados conocio à don Iuan: y à Lorenço: pero no al Duque, y no sabia que hazerse, si llegaria ò no, adonde don Iuan estaua, llegandose à los criados del Duque, les preguntò si conocian aquel Cauallero, que con los otros dos estaua (señalando al Duque) fuele respondido, ser el Duque de Ferrara, con que quedò mas confuso, y menos sin saber que hazerse: pero sacole de su perplexidad don Iuan, llamandole por su nombre. Apeose don Antonio, viendo que todos estauan à pie, y llegose à ellos: recibiole el Duque con mucha cortesia, porque don Iuan le dixo, que era su camarada. Finalmente don Iuan contò à don Antonio, todo lo que con el Duque le auia sucedido, hasta que el llegò. Alegrose en estremo don Antonio, y dixo à don Iuan: porque señor don Iuan no acabays de poner la alegria, y el contento destos

señores, en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia, y de su hijo? Si vos no llegarades señor don Antonio, yo las pidsera, pero pedidla vos, que yo seguro que os la den de muy buena gana. Como el Duque, y Lorenço oyeron tratar del hallazgo de Cornelia, y de albricias, preguntaron que era aquello? Que ha de ser respondio don Antonio, sino que yo quiero hazer vn personage en esta tragicomedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia, y de su hijo, que quedā en mi casa, y luego les contò punto por punto todo lo que hasta aqui se ha dicho: de lo qual el Duque, y el señor Lorenço, recebieron tanto plazer, y gusto, q̄ don Lorenço se abraçò con don Iuan, y el Duque con don Antonio. El Duque prometiò todo su Estado en albricias, y el señor Lorenço su hazienda, su vida, y su alma. Llamaron à la donzella, que entregò à don Iuan la criatura, la qual auiendo conocido à Lorenço, estaua temblando. Preguntaronle, si conoceria al hombre à quien auia dado el niño, dixo que no, sino que ella le auia preguntado, si era Fabio, y el auia respōdido, que si, y con esta buena fe se le auia entregado. Assi es la verdad, respondiò don Iuan, y vos señora cerrastes la puerta luego, y me dixistes, que la pusiesse en cobro, y diesse luego la buelta? Assi es señor, respondio la donzella

llo-

llorando: y el Duque dixo: Ya no son menester lagrimas aqui, sino jubilos, y fiestas. El caso es que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la buelta luego à Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin mas dezir, de comun cōsentimiento, dieron la buelta à Bolonia. Adelantose don Antonio, para apercebir à Cornelia, por no sobresaltarla con la improuisa llegada del Duque, y de su hermano. Pero como no la hallò, ni los pages le supieron dezir, nueuas della, quedò el mas triste, y confuso hombre del mundo: y como viò, que faltaua el ama, imaginò, que por su industria faltaua Cornelia. Los pages le dixeron, que faltò el ama el mismo dia que ellos auian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaua nunca ellos la vieron. Fuera de si quedò don Antonio con el no pensado caso, temiendo, que quizà el Duque los tendria por mentirosos, ò embusteros ò quizà imaginaria otras peores cosas, q̄ redundassen en perjuyzio de su honra, y del buen credito de Cornelia. En esta imaginacion estaua, quando entraron el Duque, y don Iuan, y Lorenço, que por calles desusadas, y encubiertas, dexando la demas gente fuera de la ciudad. Llegarō à la casa de don Iuan, y hallaron à don Antonio sentado en vna silla, con la mano en la mexilla, y cō vna color de muer-

te. Preguntole don Iuan, que mal tenia, y adonde estaua Cornelia? Respondio don Antonio: Que mal quereys que no tenga, pues Cornelia no pareca, con el ama que le dexamos para su compañia, el mismo dia que de aqui faltamos, faltò ella. Poco le falto al Duque para espirar, y à Lorenço para desesperarse, oyendo tales nueuas. Finalmẽte todos quedaron turbados, suspensos, è imaginatiuos. En esto se llegò vn page à don Antonio, y al oydo le dixo: Señor, Santisteuan el page del señor don Iuan, desde el dia que vuessas mercedes se fueron, tiene vna muger muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo, que se llama Cornelia, que assi la he oydo llamar. Alborotose de nueuo don Antonio, y mas quisiera que no huuiera parecido Cornelia, que sin duda pensò que era la que el page tenia escondida, que no que la hallaran en tal lugar. Con todo esso no dixo nada, sino callando se fue al aposento del page, y hallò cerrada la puerta, y que el page no estaua en casa. Llegose à la puerta, y dixo con voz baxa; Abrid señora Cornelia, y salid à recebir à vuestro hermano, y al Duque vuestro esposo, que vienen à buscaros. Respondieronle de dentro: Hazen burla de mi? pues en verdad que no soy tan fea, ni tan desechada, que no podian buscarme Duques, y Condes, y esso: se merece la

per-

persona que trata con pages. Por las quales palabras entendiò don Antonio, que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto vino Santisteuan el page, y acudiò luego à su aposẽto, y hallãdo alli à dõ Antonio, que pedia, q̃ le truxesse las llaues que auia en casa por ver, si alguna hazia à la puerta. El page, hincado de rodillas, y cõ la llaue cn la mano le dixo: El ausencia de vuessas mercedes, y mi bellaqueria, por mejor dezir, me hizo traer vna muger estas tres noches à estar conmigo: suplico à vuessa merced, señor don Antonio de Ysunça, assi oyga buenas nueuas de España, que si no lo sabe mi señor dõ Iuã de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echarè al momẽto. Y como se llama la tal muger? preguntò don Antonio. Llamase Cornelia, respondio el page. El page, q̃ auia descubierto la zelada, q̃ no era muy amigo de Sauristeuan, ni se sabe, si simplemente, ò cõ malicia, baxò dõde estauan el Duque, dõ Iuã, y Lorenço, diziẽdo: Toma me el page, por Dios q̃ le han hecho gormar a la señora Cornelia; escondidita la tenia: à buen seguro, q̃ no quisiera el que huuierã venido los señores, para alargar mas el gaudeam⁹ tres, ò quatro dias mas. Oyò esto Lorenço, y pregũtole Que es lo q̃ dezis gẽtilhombre, dõde esta Cornelia? Arriba, respõdio el page. Apenas oyo esto el Duque, quãdo como vn rayo subio la escalera arriba à ver à Cornelia, q̃ imaginõ

que auia parecido, y dio luego con el apo
sento dõde estaua dõ Antonio, y entrãdo
dixo: Donde està Cornelia, adõde esta la
vida de la vida mia? Aqui està Cornelia,
respondio vna muger, que estaua embuel
ta en vna sabana dela cama, y cubierto el
rostro; y prosiguiò diziendo: Valamos
Dios, es este algun buey de hurto? es cosa
nueua dormir vna muger con vn page,
para hazer tantos milagrones. Lorenço,
que estaua presente, con despecho, y cole
ra, tirò de vn cabo de la sabana, y descu-
briò vna muger moça, y no de mal pare-
cer, la qual de verguença se puso las ma-
nos delante del rostro, y acudiò à tomar
sus vestidos, que le seruian del almohada,
porque la cama no la tenia, y en ellos vie
ron, que deuia de ser alguna picara de
las perdidas del mundo. Preguntole el
Duque, que si era verdad, que se llamaua
Cornelia? respondio, que si, y que tenia
muy honrados parientes en la ciudad, y
que nadie dixesse, desta agua no beuerè.
Quedò tan corrido el Duque, que casi e-
stuuo por pensar, si hazian los Españoles
burla del: pero por no dar lugar à tan ma
la sospecha, boluiò las espaldas, y sin ha-
blar palabra, siguiendole Lorenço, subie
ron en sus cauallos, y se fueron, dexando
à don Iuan, y à don Antonio harto mas
corridos que ellos yuan, y determinaron
de hazer las diligencias possibles y aun
impossibles en buscar à Cornelia, y satis-
fazer

fazer al Duque de ſu verdad, y buen deſſeo. Deſpidieron à Santiſteuan por atreuido, y echaron à la picara Cornelia, y en aquel punto ſe les vino à la memoria, que ſe les auia oluidado de dezir al Duq̃ las joyas del Agnus, y la Cruz de diamantes que Cornelia les auia ofrecido, pues cõ eſtas ſeñas creeria, que Cornelia auia eſtado en ſu poder, y que ſi faltaua, no auia eſtado en ſu mano. Salieron à dezirle eſto, pero no le hallaron en caſa de Lorenço, donde creyeron, que eſtaria: a Lorenço ſi, el qual les dixo, que ſin detenerſe vn punto ſe auia buelto à Ferrara, dexandole orden de buſcar à ſu hermana. Dixeronle lo que yuan à dezirle: pero Lorenço les dixo, que el Duque yua muy ſatisfecho de ſu buen proceder, y que entrãbos auian echado la falta de Cornelia à ſu mucho miedo, y que Dios ſeria ſeruido de que parecieſſe, pues no auia de auer tragado la tierra al niño, y al ama, y à ella. Con eſto ſe conſolaron todos, y no quiſieron hazer la inquiſicion de buſcalla por vandos publicos, ſino por diligẽcias ſecretas, pues de nadie, ſino de ſu prima ſe ſabia ſu falta: y entre los que no ſabiã la intencion del Duque, correria rieſgo el credito de ſu hermana, ſi la pregonaſſen, y ſer gran trabajo andar ſatisfaziendo à cada vno de las ſoſpechas, que vna vehemente preſumpcion les infunde. Siguiò ſu viage el Duque, y la buena ſuerte que y-

nos, le dixo: Ay padre, y señor mio, y que es lo que quiere el Duque? Por amor de Dios, señor, que le de algun toque en mi negocio, y procure descubrir, y tomar algun indicio de su intencion, en efeto guielo como mejor le pareciere, y su mucha discrecion le aconsejare. A esto le respondio el Cura: el Duque viene triste, hasta agora no me ha dicho la causa. Lo que se ha de hazer es, que luego se aderece esse niño muy bien, y ponedle señora las oyas todas que tuuieredes, principalmente las que os huuiere dado el Duque, y dexadme hazer, que yo espero en el Cielo, que hemos de tener oy vn buen dia. Abraçole Cornelia, y besole la mano, y retirose à adereçar, y componer el niño. El Cura saliò à entretener al Duque en tanto que se hazia hora de comer, y en el discurso de su platica, preguntò el Cura al Duque, si era possible saberse la causa de su melanconia, porque sin duda de vna legua se echaua de ver, que estaua triste. Padre, respondio el Duque, claro està que las tristezas del coraçon salen al rostro: en los ojos se lee la relacion de lo que està en el alma, y lo que peor es, que por aora no puedo communicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad señor, respondio el Cura, q̄ si estuuierades, para ver cosas de gusto, q̄ os enseñara yo vna, q̄ tengo para mi, q̄ os le causara, y grande. Simple seria, respondio el

Duque, aquel que ofreciendole el aliuio de su mal, no quisiesse recebirle. Por vida mia padre, que me mostreys esso que dezis, que deue de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mi son todas de grandissimo gusto. Leuantose el Cura, y fue donde estaua Cornelia, que ya tenia adornado à su hijo, y puestole las ricas joyas de la Cruz, y del Agnus, con otras tres piezas preciosissimas, todas todas del Duque à Cornelia, y tomando al niño entre sus braços, saliò adonde el Duque estaua, y diziendole, que se leuantasse, y se llegasse à la claridad de vna ventana. Quitò al niño de sus braços, y le puso en los del Duque, el qual, quando mirò, y reconociò las joyas, y vio que eran las mismas que auia el dado à Cornelia, quedò atonito, y mirando ahincadamente al niño, le pareciò, que miraua su mismo retrato: y lleno de admiracion preguntò al Cura, cuya era aquella criatura, que en su adorno, y adereço parecia hijo de algun Principe? No sè, respondio el Cura, solo sè, que aurà no sè quantas noches, que aqui me le truxo vn Cauallero de Bolonia, y me encargò mirasse por el, y le criasse, que era hijo de vn valeroso padre, y de vna principal, y hermosissima madre. Tambien vino con el Cauallero vna muger, para dar leche al niño, à quien he yo preguntado, si sabe algo de los padres desta criatura? y responde, que no sabe palabra: y en verdad

dad que si la madre es tan hermosa como el ama, que deue de serla la mas hermosa muger de Italia. No la veriamos? preguntò el Duque. Si por cierto, respondiò el Cura, venios, señor, conmigo que si os suspende el adorno, y la belleza dessa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hazer la vista de su ama. Quisole tomar la criatura el Cura al Duque, pero el no la quiso dexar, antes la apretò en sus braços, y le dio muchos besos. Adelantose el Cura vn poco, y dixo à Cornelia, que saliesse sin turbacion alguna à recebir al Duque. Hizolo assi Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Passmose el Duque, quando la vio, y ella arrojandose à sus pies, se los quiso besar. El Duque, sin hablar balabra dio el niño al Cura, y boluiendo las espaldas se saliò cō gran priessa del aposento: lo qual visto por Cornelia, boluiendose al Cura, dixo: Ay señor mio, si se ha espantado el Duque de verme? si me tiene aborrecida? si le he parecido fea? si se le han oluidado las obligaciones que me tiene? No me hablara si quiera vna palabra? Tanto le cansaua ya su hijo, que assi le arrojò de sus braços? A todo lo qual no respondia palabra el Cura, admirado de la huyda del Duque, que a si le parecio, que fuesse huyda, antes que otra cosa, y no fue, sino que

salió à llamar à Fabio, y dezirle: Corre Fabio amigo, y à toda diligencia buelue à Bolonia, y di, que al momento Lorenço Bentibolli, y los dos Caualleros Españoles, don Iuan de Gamboa y don Antonio de Ysunça, sin poner escusa alguna vengan luego a esta aldea; mira amigo, q̃ bueles, y no te vẽgas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fue pereçoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor. El Duque boluiò luego a donde Cornelia estaua derramando hermosas lagrimas. Cogiola el Duque en sus braços, y añadiẽdo lagrimas à lagrimas, mil vezes le beuiò el aliẽto de la boca, teniendoles el cõtento atadas las lenguas. Y assi en silencio honesto, y amoroso se gozauan los dos felizes amantes, y esposos verdaderos. El ama del niño, y la Criuela por lo menos, como ella dezia, q̃ por entre las puertas de otro aposẽto auian estado mirando lo que entre el Duque, y Cornelia passaua, de gozo se dauã de calabaçadas por las paredes, que no parecia, sino que auiã perdido el juyzio. El Cura daua mil besos al niño que tenia en sus braços, y cõ la mano derecha, que desocupo, no se hartaua de echar bendiciones à los dos abraçados señores. El ama del Cura, que no se auia hallado presente al graue caso, por estar ocupada aderezando la comida, quando la tuuo en su punto, entrò à llamarlos, que se sẽtassen

tassen à la mesa. Esto apartò los estrechos abraços y el Duque desembaraçò al Cura del niño, y le tomò en sus braços, y en ellos le tuuo todo el tiempo que durò la limpia, y bien sazonada mas que sumptuosa comida: y en tãto que comian, dio cuẽta Cornelia de todo lo que le auia sucedido, hasta venir à aquella casa, por consejo de la ama de los dos Caualleros Españoles, que la auiã seruido, amparado, y guardado cõ el mas honesto, y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contò assimismo à ella todo lo que por el auia passado, hasta aquel punto. Hallaronse presentes las dos amas, y hallaron en el Duque grandes ofrecimiẽtos, y promessas. En todos se renouò el gusto con el felize fin del sucesso, y solo esperauan à colmarle, y à ponerle en el estado mejor que acertara à dessearse con la venida de Lorenço, de don Iuan, y don Antonio, los quales de alli à tres dias vinierõ desalados, y desseosos, por saber, si alguna nueua sabia el Duque de Cornelia, que Fabio que los fue à llamar, no les pudo dezir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabia. Saliolos à recebir el Duque vna sala antes de dõde estaua Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hizolos sentar el Duque, y el se sentò cõ ellos, y encaminando su platica à Lorenço le dixo; Bien sabeys señor Lorenço Bentibolli,

bolli, que yo jamas engañè à vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo, y mi conciencia. Sabeys assimismo la diligẽcia con que la he buscado, y el desseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido. Ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna. Yo soy moço, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me dexe lleuar de las que me ofrece el deleyte à cada paso. La misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me lleuò tambien à dar antes que à ella palabra de matrimonio à vna labradora desta aldea, à quien pensaua dexar burlada, por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera à lo que la conciencia me pedia, que no fuera pequeña muestra de amor. Pero pues nadie se casa con muger que no parece, ni es cosa puesta en razon, que nadie busque la muger que le dexa, por no hallar la prenda que le aborrece. Digo, que veays señor Lorenço, que satisfacion puedo daros del agrauio que no os hize, pues jamas tuue intencion de hazeroslo, y luego quiero que me deys licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme cõ la labradora, que ya està dentro desta casa. En tanto que el Duque esto dezia, el rostro de Lorenço se yua mudando de mil colores, y no acertaua à estar sentado de vna manera en la silla, señales claras, que la colera le yua tomando possession de to-

dos

dos ſus ſentidos. Lo miſmo paſſaua por don Iuan, y por don Antonio, que luego propuſieron de no dexar ſalir al Duque cou ſu intencion, aunque le quitaſſen la vida. Leyendo pues el Duque en ſus roſtros ſus intenciones, dixo: Soſſegaos ſeñor Lorenço, que antes que me reſpondays palabra, quiero que la hermoſura que vereys en que la quiero recibir por mi eſpoſa, os obligue à darme la licencia que os pide: porque es tal, y tan eſtremada, que de mayores yerros ſera diſculpa. Eſto dicho, ſe leuantò, y entrò donde Cornelia eſtaua riquiſſimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia, y muchas mas. Quando el Duque boluiò las eſpaldas, ſe leuantò don Iuan, y pueſtas ambas manos en los dos braços de la ſilla, donde eſtaua ſentado Lorenço, al oydo le dixo: Por Santiago de Galicia, ſeñor Lorenço, y por la Fè de Chriſtiano, y de Cauallero, que tengo, que aſſi dexe yo ſalir con ſu intencion al Duque, como boluerme Moro: aqui, aqui, y en mis manos ha de dexar la vida, ò ha de cumplir la palabra, que à la ſeñora Cornelia vueſtra hermana tiene dada, ò alomenos nos ha de dar tiempo de buſcarla, y haſta que de cierto ſe ſepa que es muerta, el no ha de caſarſe. Yo eſtoy deſſe parecer miſmo, reſpondio Lorenço. Pues del miſmo eſtarà mi camarada don Antonio, replicò don Iuan. En eſto entrò por la ſala

ade-

adelante Cornelia en medio del Cura, y del Duque, que la traia de la mano, detras de los quales venian Sulpicia la dōzella de Cornelia, que el Duque auia embiado por ella à Ferrara, y las dos amas del niño, y la de los Caualleros. Quando Lorenço vio à ſu hermana, y la acabò de raſigurar y conocer, que al principio la impoſſibilitad, à ſu parecer, de tal suceſſo no le dexaua enterar en la verdad, tropeçando en ſus miſmos pies, fue a arrojarſe à los del Duque, que le leuantò, y le puſo en los braços de ſu hermana, quiero dezir, que ſu hermana le abraçò con las mueſtras de alegria poſſible. Don Iuan, y don Antonio dixeron al Duque, q̃ auia ſido la mas diſcreta, y mas ſabroſa burla del mundo: El Duque tomò al niño, que Sulpicia traia, y dandoſele à Lorenço le dixo: recebid ſeñor hermano à vueſtro ſobrino, y mi hijo, y ved, ſi quereys darme licencia, que me caſe con eſta labradora, que es la primera à quiẽ he dado palabra de caſamiento. Seria nunca acabar cõtar lo que reſpondio Lorenço, lo q̃ preguntò don Iuã, lo que ſintio don Antonio: el regozijo del Cura, la alegria de Solpicia, el cõtento de la cõſejera, el jubilo del ama, la admiracion de Fabio: y finalmente el general contento de todos. Luego el Cura los deſposò, ſiendo ſu padrino don Iuã de Gamboa: y entre todos ſe dio traza, que aquellos deſpoſorios eſtuuieſſen ſecretos,

cretos, hasta ver en que pararia la enfermedad que tenia muy al cabo a la Duquessa su madre, y que en tanto la señora Cornelia se boluiesse à Bolonia cõ su hermano. Todo se hizo assi, la Duquessa murio, Cornelia entrò en Ferrara alegrando al mundo con su vista, dos lutos se boluieron en galas, las amas quedarõ ricas, Sulpicia por muger de Fabio, don Antonio, y don Iuan contentissimos de auer seruido en algo al Duque, el qual les ofreciò dos primas suyas por mugeres, con riquissima dote. Ellos dixeron que los Caualleros de la nacion Vizcayna por la mayor parte se casauan en su patria, y q̃ no por menosprecio, pues no era possible sino por cumplir su loable costumbre, y la voluntad de sus padres, que ya los deuian de tener casados, no aceptauan tan illustre ofrecimiento. El Duque admitiò su disculpa, y por modos honestos, y honorosos, y buscando ocasiones licitas les embiò muchos presentes à Bolonia, y algunos tan ricos, y embiados à tan buena sazon, y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse, por no parecer que recebian paga, el tiempo en que llegauan lo facilitaua todo: especialmente los que les embiò al tiempo de su partida para España, y los que les dio, quando fueron à Ferrara a despedirse del, ya hallaron à Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al Duque mas enamorado
que

que nunca. La Duquessa dio la Cruz de diamantes à don Iuan, y el Agnus à don Antonio, que sin ser poderosos à hazer otra cosa las recibieron. Llegaron à España, y à su tierra, adonde se casaron cõ ricas, principales, y hermosas mugeres, y siempre tuuieron correspondencia con el Duque, y la Duquessa, y con el señor Lorenço Bentibolli, con grandissimo gusto de todos.

N O.



NOVELA DEL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

SAlia del Hoſpital de la Reſurreccion, que eſta en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, vn ſoldado, que por ſeruirle ſu eſpada de baculo, y por la flaqueza de ſus piernas, y amarillez de ſu roſtro, moſtraua bien claro, que aunque no era el tiempo muy caluroſo, deuia de auer ſudado en veynte dias todo el humor, que quiza grangeò en vna hora. Yua haziendo pinitos, y dando traſpies, como conualeciente: y al entrar por la puerta de la ciudad, vio que hazia el venia vn ſu amigo, à quien no auia viſto en mas de ſeys meſes, el qual ſantiguandoſe, como ſi viera alguna mala viſion, llegandole à el le dixo: Que es eſto ſeñor Alferez Campuçano? es poſſible que eſta vueſſa merced en eſta tierra? Como quien ſoy que le hazia en Flandes, antes terciando allà la pica, que arraſtrando aqui la eſpada? que color, que flaqueza es eſſa? A lo qual reſpon-

ſpondio Campuçano: A lo ſi eſtoy en eſta tierra, o no, ſeñor Licenciado Peralta, el verme en ella, le reſponde: à las demas preguntas no tengo que dezir, ſino que ſalgo de aquel hoſpital de ſu ſudar catorze cargas de bubas, que me echò acueſtas vna muger, que eſcogì por mia, que non deuiera. Luego caſoſe vueſſa merced? replicò Peralta. Si ſeñor, reſpondio Campuçano. Seria por amores, dixo Peralta, y tales caſamientos traen conſigo aparejada la execucion del arrepentimiento. No ſabrè dezir, ſi fue por amores, reſpondio el Alferez, aunque ſabrè afirmar, que fue por dolores, pues de mi caſamiento, ò cãſamiento ſaquè tantos en el cuerpo, y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos, me cueſtan quarenta ſudores: y los del alma no hallo remedio para aliuiarlos ſiquiera. Pero porque no eſtoy para tener largas platicas en la calle, vueſſa merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le darè cuenta de mis ſuceſſos, que ſon los mas nueuos, y peregrinos, que vueſſa merced aurà oydo en todos los dias de ſu vida. No ha de ſer aſſi, dixo el Licenciado, ſino que quiero que venga conmigo à mi poſada, y alli haremos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo: y aunque eſtà taſſada para dos, vn paſtel ſuplira con mi criado: y ſi la cõualeſcencia lo ſufre, vnas lonjas de jamon de Rute nos haran la ſalua, y ſobre

bre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que vuessa merced quisiere. Agradeciosselo Campuçano, y aceptò el combite, y los ofrecimientos. Fueron à San Llorente, oyeron Missa, lleuole Peralta à su casa, diole lo prometido, y ofreciosele de nueuo, y pidiole en acabando de comer, le contasse los sucessos que tanto le auia encarecido. No se hizo de rogar Campuçano, antes començò à dezir desta manera. Bien se acordara vuessa merced, señor Licenciado Peralta, como yo hazia en esta ciudad camarada con el Capitan Pedro de Herrera (que aora està en Flandes) Bien me acuerdo, respondio Peralta. Pues vn dia (prosiguio Campuçano) que acabauamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viuiamos, entraron dos mugeres de gentil parecer con dos criadas: la vna se puso à hablar con el Capitan en pie, arrimados à vna ventana: y la otra se sentò en vna silla junto à mi, derribado el manto hasta la barba, sin dexar ver el rostro: mas de aquello que concedia la raridad del manto: y aunque le supliquè, q̃ por cortesia me hiziesse merced de descubrirse, no fue possible acabarlo cõ ella cosa q̃ me encẽdio mas el desseo de verla. Y para acrecẽtarle mas (ò ya fuese de industria à caso) sacò la señora vna muy blã ca mano, con muy buenas sortijas. Estaua yo entonces bizarrissimo, cõ aquella grã cade-

cadena, que v.m. deuio de conocerme, el ſombrero con plumas, y cintillo, el veſtido de colores, à fuer del ſoldado, y tan gallardo à los ojos de mi locura, que me daua à entender, que las podia matar en el ayre. Con todo eſto le rogue, que ſe deſcubrieſſe: à lo que ella me reſpondio: No ſeays importuno, caſa tengo, hazed à vn page, que me ſiga, que aunque yo ſoy mas honrada de lo que promete eſta reſpueſta, toda via, à trueco de ver, ſi responde vueſtra diſcrecion à vueſtra gallardia, holgarè de que me veays. Beſele las manos, por la grande merced, que me hazia, en pago de la qual le prometi montes de oro. Acabò el Capitan ſu platica. Ellas ſe fueron: ſiguiolas vn criado mio. Dixome el Capitan, que lo que la dama le queria era, que le lleuaſſe vnas cartas à Flandes à otro Capitan, que dezia ſer ſu primo, aunque el ſabia, que no era, ſino ſu galan. Yo quedè abraſado con las manos de nieue que auia viſto, y muerto por el roſtro que deſſeaua ver: y aſſi otro dia, guiandome mi criado, dioſeme libre entrada, hallè vna caſa muy bien adereçada, y vna muger de haſta treynta años, à quien conoci por las manos. No era hermoſa en eſtremo: pero era lo de ſuerte, que podia enamorar comnnicada, porque tenia vn tono de hablar tan ſuaue, que ſe entraua por los oydos en el alma. Paſsè con ella luengos, y amoroſos coloquios: blaſonè,
hendi,

hendi, ragê, ofreci, prometi, y hize todas las demonstraciones, que me pareciò ser necessarias, para hazerme bien quisto cõ ella. Pero como ella estaua hechar à oyr semejantes ò mayores ofrecimientos, y razones parecia, que les daua atento oydo, antes que credito alguno. Finalmente nuestra platica se passò en flores quatro dias, que continuè en visitalla, sin que llegasse à coger el fruto que desseaua: en el tiempo que la visitè, siempre hallè la casa desembaraçada, sin que viesse visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdederos: seruiala vna moça mas taymada, que simple. Finalmente tratando mis amores como soldado que està en vispera de mudar, apurè à mi señora doña Estefania de Cayzedo (que este es el nombre de la que assi me tiene) y respondiò me: Señor Alfèrez Campuçano, simplicidad seria, si yo quisiesse venderme à v.m. por sancta: pecadora he sido, y aun aora la soy: pero no de manera, que los vezinos me murmuren, ni los apartados me noten, ni de mis padres, ni de otro pariente heredè hazienda alguna: y con todo esto vale el menage de mi casa bien validos dos mil, y quinientos escudos: y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardarè en ponellas, se tardarà en conuertirse en dineros. Con esta hazienda busco marido à quien entregarme, y à quien tener obediencia: à quien

jun-

juntamente con la enmienda de mi vida, le entregarê vna increyble solicitud de regalarle, y seruirle: porque no tiene Principe cozinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto à los guisados, que le se dar yo, qnando mostrando ser casera me quiero poner à ello. Sè ser mayor domo en casa, moça en la cozina, y señora en la sala, en efeto se mandar, y se hazer que me obedezcan. No desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, quando se gasta por mi orden. La ropa blanca, que tengo, que es mucha, y muy buena, no se sacò de tiendas, ni lenceros, estos pulgares, y los de mis criadas la hilaron: y si pudiera texerse en casa se texiera. Digo estas alabanças mias, porque no accarean vituperio, quādo es forçosa la necessidad de dezirlas. Finalmente quiero dezir, que yo busco marido que me ampare, me mande, y me honre, y no galan que me sirua, y me vitupere. Si vuessa merced gustare de acceptar la prenda que se le ofrece, aqui estoy moliente, y corriente, sujeta à todo aquello que vuessa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no ay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo que tenia entonces el juyzio, no en la cabeça, sino en los carcañares, haziēdoseme el deleyte en aquel punto mayor de lo que en la imaginaciō

le pintaua, y ofreciendoseme tan a la vista la cantidad de hazienda, que ya la cõtemplaua en dineros cõuertida, sin hazer otros discursos de aquellos à que daua lugar el disgusto, que me tenia echados grillos al entendimiento, le dize, que yo era el venturoso, y bien afortunado, en auerme dado el cielo, casi por milagro, tal cõpañera para hazerla señora de mi voluntad, y de mi hazienda, que no era tan poca, que no valiesse: con aquella cadena que traìa al cuello, y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshazerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos cõ los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad, para retirarnos à viuir à vna aldea, de dõde yo era natural, y adonde tenia algunas rayzes, hazienda tal, que subrellenada cõ el dinero, vendiendo los frutos à su tiempo, nos podia dar vna vida alegre, y descansada. En resolucion, aquella vez se concertò nuestro desposorio, y se dio traza como los dos hiziessemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luego juntos en vna Pasqua, se hizieron las amonestaciones, y al quarto dia nos desposamos, hallandose presentes al desposorio dos amigos mios, y vn mancebo, que ella dixo ser primo suyo, à quien yo me ofrecì por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo auian si-

do todas las que hasta entonces a mi nueua esposa auia dado, con intencion tan torzida y traydora, que la quiero callar: porque aunque estoy diziẽdo verdades, no son verdades de cõfession, que no pueden dexar de dezirse. Mudò mi criado el baul de la posada a casa de mi muger: encerrè en el, delante della, mi magnifica cadena: mostrele otras tres, ò quatro, sino tan grandes de mejor hechura, con otros tres, ò quatro cintillos de diuersas suertes hizele patentes mis galas, y mis plumas, y entreguele para el gasto de casa hasta quatrocientos reales, que tenia. Seys dias goze del pan de la boda, espaciandome en casa, como el yerno ruyn en la del suegro rico. Pisè ricas alhombras, ahage sabanas de olanda, alumbrame con candeleros de plata: almorçaua en la cama, leuãtauame à las onze, comia à las doze, y à las dos sesteaua en el estrado: baylauame doña Estefania, y la moça el agua delante. Mi moço, que hasta alli le auia conocido pereçoso, y lerdo, se auia buelto vn corço. El rato que doña Estefania faltaua de mi lado, le auian de hallar en la cocina toda solicita en ordenar guisados, q̃ me despertassen el gusto, y me auiuassen el apetito. Mis camisas, cuellos, y pañuelos eran vn nueuo Arranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de Angeles, y de azahar, que sobre ellos se derramaua. Passaronse estos dias bolando, co-

mo

mo se passan los años, que estan debaxo de la jurisdicion del tiempo: en las quales dias, por verme tan regalado, y tan bien seruido, yua mudando en buena la mala intencion, con que aquel negocio auia començado. Al cabo de los quales, vna mañana (que aun estaua con doña Estefania en la cama (llamaron con grandes golpes à la puerta de la calle. Assomose la moça à la ventana, y quitandose al momento, dixo: O que sea ella la bien venida: han visto, y como ha venido mas presto de lo q̃ escriuiò el otro dia. Quien es la que ha venido moça? le preguntè. Quien? respondio ella, es mi señora doña Clementa Bueso, y viene cõ ella el señor don Lope Melendez de Almendarez, con otros dos criados, y Hortigosa la dueña que lleuò consigo Corre moça, bien aya vo, y abrelos, dixo a este punto doña Estefania: y vos señor, por mi amor, que no os alboroteys, ni respondays por mi à ninguna cosa, que contra mi oyeredes. Pues quien ha de deziros cosa, que os ofenda, y mas estando yo delante: dezidme, que gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida? No tẽgo lugar de responderos, dixo doña Estefania, solo sabed, que todo lo que aqui passare es fingido, y que tira à cierto designio, y efeto, qne despues sabreys. Y aun quisiera replicarle à esto, no me dio lugar la señora D. Clementa Bueso, que se

entrò en la ſala veſtida de raſo verde preſado, con muchos paſſamanos de oro, capotillo de lo miſmo, y con la miſma guarnicion: ſombrero con plumas verdes, blãcas, y encarnadas, y cõ rico cintillo de oro, y con vn delgado velo cubierta la mitad del roſtro. Entrò con ella el ſeñor dõ Lope Melendez de Almẽdarez, no menos bizarro, que ricamente veſtido de camino. La dueña Horrigoſa fue la primera que hablò, diziendo: Ieſus, que es eſto? ocupado el lecho de mi ſeñora doña Clementa, y mas con ocupacion de hombre? Milagros veo oy en eſta caſa: à fe que ſe ha ydo bien del pie à la mano la ſeñora doña Eſtefania fiada en la amiſtad de mi ſeñora. Yo te lo prometo Hortigoſa, replicò doña Clementa: pero yo me tengo la culpa, que jamas eſcarmiẽte yo en tomar amigas, que no lo ſaben ſer, ſi no es quãdo les viene a cuento. A todo lo qual reſpondio doña Eſtefania: No reciba vueſſa merced peſadũbre mi ſeñora doña Clementa Bueſo, y entienda, que no ſin miſterio vee lo que vee en eſta ſu caſa, que quãdo lo ſepa, yo sè que quedarè deſculpada, y vueſſa merced ſin ninguna quexa. En eſto ya me auia pueſto yo en calças, y en jubon, y tomandome doña Eſtefania por la mano me lleuò à otro apoſento; y alli me dixo, que aquella ſu amiga queria hazer vna burla à aquel don Lope, que venia con ella, cõ quien pretendia caſarſe: y
que

que la burla era, darle a entẽder, q̃ aquella casa: y quanto estaua en ella era todo suyo, de lo qual pensaua hazerle carta de dote, y q̃ hecho el casamiento, se le daua poco, que se descubriesse el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope la tenia, y luego se me boluerà lo que es mio: y no se le tendrà à mal à ella, ni a otra muger alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de qualquier embuste. Yo le respondi, q̃ era grãde estremo de amistad el q̃ queria hazer; y que primero se mirasse bien en ello: porque despues podria ser tener necessidad de valerse de la justicia para cobrar su hazienda. Pero ella me respõdio cõ tãtas razones, repñsentãdo tãtas obligaciones, que la obligauã à seruir à doña Clemẽta, aũ en cosas de mas importãcia, que mal de mi grado, y cõ remordimiento de mi juyzio huue de cõdecẽder con el gusto de doña Estefania: assegurandome ella, que solos ocho dias podia durar el embuste, los quales estariamos en casa de otra amiga suya. Acabamonos de vestir ella, y yo, y luego entrandose à despedir de la señora doña Clemẽta Bueso: y del señor dõ Lope Melẽdez de Almẽdarez, hizo a mi criado, que se cargasse el baul, y que la siguiesse: à quiẽ yo tãbien seguì, sin despedirme de nadie. Paro doña Estefania en casa de vna amiga suya, y antes que entrassemos dẽtro, estuuo vn buen espacio hablãdo cõ ella, al

cabo del qual salio vna moça, y dixo, que entrassemos yo, y mi criado. Lleuonos a vn aposento estrecho, en el qual auia dos camas tan juntas, que parecian vna, à causa que no auia espacio que las diuidiesse, y las sabanas de entrambas se besauan. En efeto alli estuuimos seys dias, y en todos ellos no se passò hora, que no tuuiessemos pendencia, diziendole la necedad que auia hecho en auer dexado su casa, y su haziẽda, aunque fuera à su misma madre. En esto yua yo, y venia por momentos, tanto que la huespeda de casa vn dia, que doña Estefania dixo, que yua a ver en que termino estaua su negocio, quiso saber de mi, que era la causa que me mouia à reñir tanto con ella? y que cosa auia hecho, que tanto se la afeaua, diziẽdole, que auia sido necedad notoria mas que amistad perfeta? Contele todo el cuento, y quando lleguè à dezir, que me auia casado con doña Estefania, y la dote que truxo, y la simplicidad que auia hecho en dexar su casa y hazienda à doña Clementa, aunqne fuesse con tan sana intencion, como era alcançar tan principal marido como don Lope, se començò à santigoar, y a hazerse Cruzes con tanta priessa, y con tanto Iesus, Iesus, de la mala hembra, que me puso en gran turbacion, y al fin me dixo: Señor Alferez, no sè si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece, que tambien

la

la cargaria, si lo callasse: pero à Dios : y auentura, sea lo que fuere, viua la verdad q̃ muera la mentira. La verdad es, que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa, y de la hazienda de que os hizieron la dote : la mentira es todo quanto os ha dicho doña Estefania, que ni ella tiene casa, ni hazienda, ni otro vestido del que trae puesto. Y el auer tenido lugar, y espacio, para hazer este embuste, fue, que doña Clementa fue à visitar vnos parientes suyos à la ciudad de Plasencia, y de alli fue à tener nouenas en nuestra Señora de Guadalupe: y en este entretãto dexò en su casa a doña Estefania, que mirasse por ella: porque en efeto son grãdes amigas; aunque bien mirado, no ay que culpar à la pobre señora, pues ha sabido grangear à vna tal persona como la del señor Alferez por marido. Aqui dio fin à su platica, y yo di principio à desesperarme, y sin duda lo hiziera, sin tantico se descuydara el Angel de mi guarda en socorrerme, acudiendo à dezirme en el coraçon, que mirasse que era Christiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios. Esta consideracion, ò buena inspiracion me conortò algo: pero no tanto, que dexasse de tomar mi capa, y espada, y salir à buscar a doña Estefania, con prosupuesto de hazer en ella vn exemplar castigo. Pero la suerte, que no

ſabrè dezir, ſi mis coſas empeoraua, ò me joraua, ordenò, que en ninguna parte dõde pensè hallar a doña Eſtefania, la hallaſſe. Fuyme a ſan Llorente, encomendeme a nueſtra ſeñora, ſenteme ſobre vn eſcaño, y con la peſadumbre me tomò vn sueño tan peſado, que no deſpertara tan preſto, ſino me deſpertaran. Fuy lleno de penſamientos; y congoxas a caſa de doña Clemencia, y hallela con tanto repoſo como ſeñora de ſu caſa, no le oſsè dezir nada: porque eſtaua el ſeñor don Lope delante: boluì en caſa de mi hueſpeda, que me dixo auer cõtado a doña Eſtefania, como yo ſabia toda ſu maraña, y embueſte: y que ella le preguntò, que ſẽblante auia yo moſtrado con tal nueua, y que le auia reſpondido, que muy malo, y que à ſu parecer auia ſalido yo con mala intencion, y con peor determinacion a buſcarla. Dixome finalmente, que doña Eſtefania ſe auia lleuado quanto en el baul tenia, ſin dexarme en el ſino vn ſolo veſtido de camino. Aqui fue ello, aqui me tuuo de nueuo Dios de ſu mano: fuy a ver mi baul, y hallele abierto, y como ſepultura, que eſperaua cuerpo difunto, y à buena razõ auia de ſer el mio, ſi yo tuuiera entẽdimiento para ſaber ſentir, y ponderar tamaña deſgracia. Bien grande fue, dixo a eſta ſazon el Licenciado Peralta auerſe lleuado doña Eſtefania tanta cadena, y tanto cintillo, que como ſuele dezirſe, todos

dos los duelos,&c. Ninguna pena me dio essa falta, respondio el Alferez, pues tambien podrè dezir. Pensose don Simueque que me engañaua con su hija la tuerta; y por el Dio cõtrecho soy de vn lado. No sè a que proposito puede vuessa merced dezir esso, respondio Peralta? El proposito es, respondio el Alferez, de que toda aquella balumba, y aparato de cadenas, cintillos, y brincos podia valer hasta diez, ò doze escudos. Esso no es possible, replicò el Licéciado, porque la que el señor Alferez traia al cuello, mostraua pesar mas de dozientos ducados. Assi fuera, respondio el Alferez, si la verdad respondiera al parecer: pero como no es todo oro lo que reluze: las cadenas, cintillos, joyas, y brincos con solo ser de alquimia se cõtentaron: pero estauan tan bien hechas, que solo el toque, o el fuego podia descubrir su malicia. Dessa manera, dixo el Licéciado entre vuessa merced, y la señora doña Estefania pata es la trauiessa. Y tan pata, respondio el Alferez, que podemos boluer à barajar: pero el daño està, señor Licéciado, en que ella se podrà deshazer de mis cadenas, y yo no de la falsia de su termino: y en efeto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias à Dios señor Cãpuçano, dixo Peralta, que fue prẽda cõ pies, y q̃ se os ha ydo, y q̃ no estays obligado à buscarla. Assi es, respõdio el Alferez: pero cõ todo esso, sin que la busq; la hallo siẽ-

pre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente. No sè que responderos, dixo Peralta, sino es traeros la memoria dos versos de Petrarcha, que dizen.

Che qui prende dicleto di far fiode,
No si de lamentar si altri l'ingana.

Que responden en nuestro Castellano: Que el que tiene costumbre, y gusto de engañar à otro, no se deue quexar, quando es engañado. Yo no me quexo, respódio el Alferez, sino lastimome: que el culpado no por conocer su culpa dexa de sétir la pena del castigo. Bien veo, que quise engañar, y fue engañado, porque me hirieron por mis propios filos: pero no puedo tener tan à raya el sentimiēto, que no me quexe de mi mismo. Finalmente por venir a lo que haze mas al caso a mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucessos) digo, que supe, q̃ se auia lleuado a doña Estefania el primo que dixe, que se hallo a nuestros desposorios, el qual de luengos tiempos atras era su amigo a todo ruedo. No quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaua. Mudè posada, y mudê el pelo dētro de pocos dias: porque començaron à pelarseme las cejas, y las pestañas, y poco à poco me dexaron los cabellos, y antes de edad me hize caluo, dandome vna enfer-

fermedad, que llaman Lupicia, y por otro nombre mas claro, la pelarela. Halleme verdaderamente hecho pelon, porque ni tenia barbas que peynar, ni dineros que gastar. Fue la enfermedad caminando al paso de mi necessidad, y como la pobreza atropella à la honra, y à vnos lleua à la horca, y à otros al hospital, y à otros les haze entrar por las puertas de sus enemigos, con ruegos y sumissiones, que es vna de las mayores miserias que puede suceder à vn desdichado. Por no gastar en curarme los vestidos, que me auian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dã los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entrè en el, donde he tomado quarenta sudores. Dizen que quedarè sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciosele de nueuo el Licēciado, admirãdose de las cosas que le auia cõtado. Pues de poco se marauilla vuessa merced, señor Peralta, dixo el Alferez, q̃ otros sucessos me quedan por dezir, que exceden à toda imaginacion, pues van fuera de todos los terminos de naturaleza: no qera vuessa merced saber mas, si no q̃ son de suerte, q̃ doy por bié empleadas todas mis desgracias, por auer sido parte de auerme puesto en el hospital, donde vi lo que aora dirè, que es lo que aora, ni nũca vuessa merced podra creer, ni aura persona en el mundo persona que lo crea. Todos estos preambulos

bulos, y encarecimientos, que el Alferez hazia, antes de contar lo que auia visto, encendian el desseo de Peralta, de manera, que con no menores encarecimientos le pidio, que luego luego le dixesse las marauillas que le quedauan por dezir. Ya vuessa merced aura visto, dixo el Alferez, dos perros, que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrandoles quando piden limosna? Si he visto, respondio Peralta. Tambien aura visto, ò oydo vuessa merced, dixo el Alferez, lo que dellos se cuenta, que si à caso echan limosna de las ventanas, y se cae en el suelo, ellos acudé luego à alumbrar, y à buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna: y con yr alli con tanta mansedumbre, q̃ mas parecen corderos, que perros, en el hospital son vnos Leones guardãdo la casa con grande cuydado y vigilancia? Yo he oydo dezir, dixo Peralta, que todo es assi; pero esso no me puede, ni deue causar marauilla. Pues lo que aora dirè dellos, es razon que la cause, y q̃ sin hazerse Cruzes, ni alegar impossibles, ni dificultades, vuessa merced se acomode à creerlo. Y es, que yo ohì, y casi vi con mis ojos à estos dos perros, q̃ el vno se llama Cipiõ, y el otro Bergança, estar vna noche, que fue la penultima que acabè de sudar, echados detras de mi cama, en vnas este-

ras viejas, y à la mitad de aquella noche, estando à escuras, y desuelado, pensando en mis passados sucessos, y presentes desgracias, ohi hablar alli junto, y estuue cõ atento oydo escuchãdo, por ver, si podia venir en conocimiento de los que hablauan, y de lo que hablauan: y a poco rato vine à conocer, por lo que hablauan los que hablauan, y eran los dos perros, Cipion, y Bergança. Apenas acabò de dezir esto Campuçano, quando leuantandose el Licenciado dixo: Vuessa merced que de mucho en buenora señor Cãpuçano, que hasta aqui estaua en duda, si creeria, ò no lo que de su casamiento me auia cõtado: y esto que aora me cuenta, de que oyò hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa. Por amor de Dios, señor Alferez, q̃ no cuente estos disparates à persona alguna, si ya no fuere à quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuessa merced por tan ignorante, replicò Campuçano, q̃ no entienda, q̃ si no es por milagro no pueden hablar los animales: que bien se, que si los tordos, picazas, y papagayos hablan no son sino las palabras que aprẽden, y toman de memoria, y por tener la lẽgua estos animales comoda para poder pronunciarlas: mas no por esto pueden hablar, y respõder cõ discurso cõcertado, como estos perros hablarõ, y assi muchas vezes despues q̃ los ohi yo mismo no he q̃rido dar credito à mi mismo, y he q̃rido
tener

tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales quales nuestro Señor fue seruido darmelos, ohi, escuchè, note y finalmente escriui, sin faltar palabra por su concierto: de donde se puede tomar indicio bastante, que mueua, y persuada a creer esta verdad, que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes, y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios que para ser dichas por bocas de perros. Assi que pues yo no las pude inuentar de mio, à mi pesar, y contra mi opinion, vengo à creer, que non soñaua, y que los perros hablauan. Cuerpo de mi, replicò el Licenciado, si se nos ha buelto el tiempo de Maricastaña, quando hablauan las calabaças: ò el de Ysopo, quando departia el gallo con la zorra, y vnos animales con otros. Vno dellos seria yo, y el mayor, replicò el Alferez, si creyesse que esse tiempo ha buelto. Y aun tambien lo seria, si dexasse de creer lo que ohi, y lo que vi, y lo que me atreuerè à jurar con juramento, que obligue, y aun fuerce, à que lo crea la misma incredulidad. Pero puesto caso, que me aya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, no se holgarà vuessa merced, señor Peralta, de ver escritas en vn coloquio las cosas que estos perros, ò sean quien fueren, hablaron? Como vuessa merced, replicò el Licenciado, no se canse mas en persua-

sua-

ſuadirme, que oyò hablar à los perros, de muy buena gana oyrè eſſe coloquio, que por ſer eſcrito, y notado del buē ingenio del ſeñor Alferez, ya le iuzgo por bueno. Pues ay en eſto otra coſa, dixo el Alferez, que como yo eſtaua tan atento, y tenia delicado el iuyzio, delicada, ſotil, y deſocupada la memoria (merced à las muchas paſſas, y almēdras que auia comido) todo lo tomè decoro, y caſi por las miſmas palabras que auia oydo, lo eſcriui otro dia, ſin buſcar colores retoricas para adornarlo, ni que añadir, ni quitar, para hazerle guſtoſo. No fue vna noche ſola la platica, que fueron dos conſecutiuamēte, aunque yo no tengo eſcrita mas de vna, que es la vida de Bergança, y la del cōpañero Cipion pienſo eſcriuir (que fue la que ſe contò la noche ſegunda) quando viere, ò que eſta ſe crea, ò alomenos no ſe deſprecie. El coloquio traygo en el ſeno: puſelo en forma de coloquio, por ahorrar de dixo Cipion, reſpondio Bergança, que ſuele alargar la eſcritura. Y en diziendo eſto sacò del pecho vn cartapacio, y le puſo en las manos del Licenciado, el qual le tomò riyendoſe, y como haziendo burla de todo lo que auia oydo, y de lo que penſaua leer. Yo me recueſto, dixo el Alferez, en eſta ſilla, en tanto que vueſſa merced lee, ſi quiere, eſſos sueños, ò diſparates, que no tienen otra coſa de bueno, ſino es el poderlo dexar, quando

en-

enfaden. Haga vuessa merced su gusto, dixo Peralta, que yo con breuedad me despedirè desta letura. Recostose el Alferez, abriò el Licenciado el Cartapacio, y en el principio vio que estaua puesto este titulo.

NOVELA

Y COLOQVIO, QVE PASSO

Entre Cipion y Berganca, perros del Hospital de la Resurreccion, que està en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo, à quien comunmente llaman los perros de Mahudes.

Cipion. BErgança amigo, dexemos esta noche el hospital enguarda de la confiança, y retiremonos à esta soledad, y entre estas esteras, donde podremos gozar, sin ser sentidos, desta no vista merced, que el cielo en vn mismo punto à los dos nos ha hecho. [Berg.] Cipion hermano, oyote hablar, y sè que te hablo, y no puedo creerlo por parecerme que el hablar nosotros, passa de los terminos de naturaleza. Cipió Assi es la verdad Bergança, y viene à ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fueramos capazes de razon, està-

do

do tan ſin ella, que la diferencia que ay del animal bruto al hombre, es ſer el hombre, animal racional, y el bruto iracional. [Bergança.] Todo lo que dizes, Cipion, entiendo, y el dezirlo tu, y entenderlo, yo me cauſa nueua admiracion, y nueua marauilla. Bien es verdad, que en el diſcurſo de mi vida, diuerſas, y muchas vezes he oydo dezir grãdes prerogatiuas nueſtras, tanto que parece, que algunos han querido ſentir, que tenemos vn natural diſtinto, tan viuo, y tan agudo en muchas coſas, que da indicios, y ſeñales de faltar poco para moſtrar que tenemos vn no sè que de entendimiento, capaz de diſcurſo. [Cipion.] Lo que yo he oydo alabar, y encarecer, es nueſtra mucha memoria, el agradecimiento, y gran fidelidad nueſtra, tanto, que nos ſuelen pintar por ſymbolo de la amiſtad: y aſsi auras viſto (ſi has mirado en ello) que en las ſepulturas de alabaſtro, donde ſuelen eſtar las figuras de los que alli eſtan enterrados (quando ſon marido, y muger) ponen entre los dos à los pies vna figura de perro, en ſeñal que ſe guardaron en la vida amiſtad, y fidelidad inuiolable. [Bergança.] Bien sè, que ha auido perros tan agradecidos, que ſe han arrojado con los cuerpos difuntos de ſus amos, en la miſma ſepultura. Otros han eſtado ſobre las ſepulturas donde eſtauan enterrados ſus ſeñores, ſin apartarſe dellas, ſin comer,

hasta

hasta que se les acabaua la vida. Sè tambien, que despues del Elefante, el perro, tiene el primer lugar, de parecer que tiene entendimiento: luego el cauallo, y el vltimo la Ximia. [Cipion.] Ansi es, pero bien confessaràs, que ni has visto, ni oydo dezir jamas, que aya hablado ningun Elefante, perro, cauallo ò mona. Por donde me doy à entender, que este nuestro hablar tan de improuiso, cae debaxo del numero de aquellas cosas, que llaman portentos, las quales, quando se muestran, y parecen, tiene aueriguado la experiécia que alguna calamidad grande amenaza à las gentes. [Bergança. Dessa manera no harè yo mucho en tener por señal portẽtosa lo que ohi dezir los dias passados à vn estudiante, passando po Alcala de Henares. [Cipion.] Que le oyste dezir. [Bergança.] Que de cinco mil estudiãtes, que cursauan aquel año en la Vniuersidad, los dos mil oìan medicina. [Cipiõ.] Pues que vienes à inferrir desso. [Bergança.] Infiero, ò que estos dos mil medicos han de tener enfermos que curar (que seria harta plaga, y mala ventura) ò ellos se han de morir de hambre. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portẽto, ò no que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no ay diligencia, ni sabiduria humana, que lo pueda preuenir: y assi no ay para que ponernos à disputar nosotros, como, ò porque hablamos: mejor serà, que

este

este buen dia ò buena noche la metamos en nuestra casa: y pues la tenemos tã buena en estas esteras, y no sabemos quanto durarà esta nuestra ventura, sepamos aprouecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño, que nos impida este gusto, de mi por largos tiempos desseado. B. Y aun de mi, que desde que tuue fuerças para roer vn huesso, tuue desseo de hablar, para dezir cosas, que depositaua en la memoria, y alli de antiguas, y muchas ò se enmohezian, ò se me oluidauan. Empero aora, que tan sin pensarlo me veo enriquezido deste diuino donde la habla, pienso gozarle, y aprouecharme del lo mas que pudiere, dandome priessa à dezir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada, y cõfusamente, porque no sè, quando me boluerán à pedir este bien, que por prestado tẽgo. [Cipion.] Sea esta la manera Bergança amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los tranzes por donde has venido al punto en que aora te hallas: y si mañana en la noche estuuieremos cõ habla yo te contarè la mia, porque mejor serà gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las agenas vidas. [Bergança.] Siempre, Cipion, te he tenido por discreto, y por amigo, y aora mas que nunca, pues como amigo quieres dezirme tus sucessos, y saber los mios, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos

mos manifestallos. Pero aduierte primero, si nos oye alguno. [Cipion.] Ninguno à lo que creo, puesto que aqui cerca està vn soldado, tomando sudores: pero en esta sazon mas estarà para dormir, que para ponerse à escuchar à nadie. [Bergança.] Pues si puedo hablar con esse seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diziendo, ò me reprehende, ò manda que calle. Cip. Habla hasta que amanezca, ò hasta que seamos sentidos, que yo te escucharè de muy buena gana, sin impedirte, sino quando viere ser necessario. B. Pareceme, que la primera vez que vi el Sol fue en Seuilla, y en su matadero, que esta fuera de la puerta de la carne, por donde imaginara (sino fuera por lo que despues te dirè) que mis padres deuieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confussion, à quien llaman giferos. El primero que conoci por amo fue vno llamado Nicolas el romo, moço robusto, doblado, y colerico, como lo son todos aquellos que exercitan la giferia. Este tal Nicolas me enseñaua à mi, y à otros cachorros, à que en compañia de alanos viejos arremetiessemos à los toros, y les hiziessemos pressa de las orejas. Con mucha facilidad sali vn aguila en esto. [Cipion. No me marauillo, Bergança, que como el hazer mal viene de natural cosecha, facilmente se aprende el hazerle. [Bergança.] Que se diria, Cipiō hermano, de lo que vi en aquel matadero?

tadero? y de las cosas exorbitantes que en el passan? Primero, has de presuponer, que todos quantos en el trabajan desde el menor, hasta el mayor es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al Rey, ni à su justicia: los mas amãcebados, son aues de rapiña carniceras. Mantienẽse ellos, y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas, que son dias de carne, antes que amanezca, estan en el matadero gran cantidad de mugerzillas, y muchachos, todos con talegas, que viniendo vazias bueluen llenas de pedaços de carne, y las criadas con criadillas, y lomos medio enteros. No ay res alguna que se mate, de quien no lleue esta gente diezmos, y primicias, de lo mas sabroso, y bien parado. Y como en Seuilla no ay obligado de la carne, cada vno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, ò es la mejor, ò la de mas baxa postura: y con este concierto ay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan à esta buena gente, que he dicho, no para que no les hurte (que esto es impossible) no para que se moderen en las tajadas, y socaliñas, que hazen en las reses muertas, que las escamondan, y podan, como si fuessen sauzes, ò parras. Pero ninguna cosa me admiraua mas, ni me parecia peor, que el ver, que estos giferos con la misma facilidad, matan à vn hombre, que à vna vaca; por quitarme allà essa paja, à dos

por

por tres meten vn cuchillo de cachas amarillas por la barriga de vna persona, como si acocotassen vn toro. Por marauilla se passa dia sin pendencias, y sin heridas, y à vezes sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no ay ninguno que no tenga su Angel de guarda en la plaça de S. Francisco, grangeado con lomos, y lenguas de vaca. Finalmente ohi dezir à vn hombre discreto, que tres cosas tenia el Rey por ganar en Seuilla: la calle de la caça, la Constanilla, y el matadero. [Cipion.] Si en contar las condiciones de los amos que has tenido, y las faltas de sus oficios te has de estar amigo Bergança tanto como esta vez menester serà dezir al cielo, nos conceda la habla, si quiera por vn año, y aun temo que al paso que lleuas, no llegaràs à la mitad de tu historia. Y quierote aduertir de vna cosa, de la qual veràs la experiencia. quando te cuente los sucessos de mi vida, y es, que los cuentos vnos encierran, y tienen las gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero dezir, que algunos ay que aunque se cuenten sin preambulos, y ornaméntos de palabras, dan contento: otros ay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro, y de las manos, y con mudar la voz se hazen algo de nodada, y de floxos, y desmayados, se buel uen agudos, y gustosos, y no se te oluide

este

este aduertimiento, para aprouecharte del en lo que te queda por dezir. [Bergança.] Yo lo harè assi, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece, que con grandissima dificultad me podrè yr a la mano. [Cipion.] Vete a la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida. [Bergança.] Digo pues, que mi amo me enseñò a lleuar vna espuerta en la boca, y à defenderla de quien quitarmela quisiesse. Enseñome tambien la casa de su amiga, y con esto se escusò la venida de su criada al matadero, porque yo le lleuaua las madrugadas, lo que el auia hurtado las noches. Y vn dia, que entre dos luzes yua yo diligente a lleuarle la porcion, ohi, que me llamauan por mi nombre desde vna ventana: alcè los ojos, y vi vna moça hermosa en estremo: detuue me vn poco, y ella baxò a la puerta de la calle, y me tornò à llamar. Lleguème a ella, como si fuera a ver lo que me queria, que no fue otra cosa, que quitarme lo que lleuaua en la cesta, y ponerme en su lugar vn chapin viejo. Entonces dixe entre mi: La carne se ha ydo a la carne. Dixome la moça, en auiendome quitado la carne: Andad gauilan, ò como os llamays, y dezid a Nicolas el romo vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo vn pelo, y este de la espuerta. Bien pudiera yo boluer à quitar lo que

me

me quitò, pero no quise, por no poner mi boca xifera, y suzia en aquellas manos limpias, y blácas. [Cipion.] Hiziste muy bien, por ser prerogatiua de la hermosura, que siempre se le tenga respecto. [Bergança.] Assi lo hize yo, y assi me bolui à mi amo sin la porcion, y con el chapin. Pareciole que bolui presto: vio el chapin, imaginò la burla: sacò vno de cachas, y tirome vna puñalada, que a no desuiarme nunca tu oyeras aora este cuento, ni aun otros muchos, que pienso contarte. Puse pies en poluorosa, y tomando el camino en las manos, y en los pies por detras de san Bernardo, me fuy por aquellos Campos de Dios, adonde la fortuna quisiesse lleuarme. Aquella noche dormi al cielo abierto, y otro dia me deparò la suerte vn hato, ò rebaño de ouejas, y carneros. Assi como le vi, creì, que auia hallado en el el centro de mi reposo, pareciendome ser propio, y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra vna virtud grande, como es amparar, y defender de los poderosos, y soberuios los humildes, y los que poco pueden. Apenas me huuo visto vno de tres pastores, que el ganado guardauan, quando diziendo: To, to, me llamò, y yo, que otra cosa no desseaua, me lleguè, a el, baxando la cabeça, y meneando la cola. Truxome la mano por el lomo, abriome la boca, escupiome en ella: mi-

rome las pressas,conocio mi edad,y dixo a otros pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegò a este instante el señor del ganado sobre vna ye gua ruzia a la gineta,con lança,yadarga, que mas parecia atajador de la costa,que señor de ganado. Preguntò al pastor. Que perro es este? que tiene señales de ser bueno. Bien lo puede vuessa merced creer respondio el pastor, que yo le he cotejado bien, y no ay señal en el que no muestre, y prometa,que ha de ser vn gran perro. Agora se llegò aqui,y no sè cuyo sea, aunque sè,que no es de los rebaños de la redonda. Pues assi es, respondio el señor, ponle luego el collar de Leonzillo,el perro que se muriò, y denle la racion que a los demas, y acariciale, porque tome cariño al hato,y se quede en el.En diziendo esto se fue,y el pastor me puso luego al cuello vnas carlancas llenas de puntas del azero, auiendome dado primero en vn dornajo gran cantidad de sopas en leche. Y assimismo me puso nombre,y me llamo Barzino. Vime harto, y contento con el segundo amo, y con el nueuo oficio. Mostreme solicito,ydiligēte en la guarda del rebaño,sin apartarme del, sino las siestas, que me yua a passarlas, ò ya a la sombra de algun arbol,o de algun ribazo,ò peña,ò a la de alguna mata, a la margen de algun arroyo,de los muchos q̄ por alli corrian. Y estas horas de mi sossiego no las passa-

ua ociosas, porque en ellas ocupaua la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que auia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los como el, que estan sujetos à cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. O que de cosas te pudiera dezir aora, de las que aprendi en la escuela de aquella xifera dama de mi amo? pero aurelas de callar, porque no me tengas por largo, y por murmurador. [Cipion.] Por auer oydo dezir, que dixo vn grand Poeta de los antiguos, que era dificil cosa el no escriuir satiras, consentirè, que murmures vn poco de luz, y no de sãgre: quiero dezir, que senales, y no hieras, ni desmate à ninguno en cosa señalada, que no es buena la murmuracion, aunque haga reyr a muchos, si matan à vno: y si puedes agradar sin ella, te tendrè por muy discreto. [Bergança.] Yo tomarè tu consejo, y esperarè con gran desseo, que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucessos, que de quien tan bien sabe conocer, y enmẽdar los defetos que tengo en cõtar los mios, bien se puede esperar que contarà los suyos, de manera, que enseñen, y deleyten a vn mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuẽto, digo, que en aquel silencio, y soledad de mis fiestas, entre otras cosas cõsideraua, que no deuia de ser verdad lo que auia oydo cõtar de la vida de los pastores, alomenos de

de aquellos que la dama de mi amo leia en vnos libros, quando yo yua a su casa, que todos tratauan de pastores, y pastoras, diziendo, que se les passaua toda la vida cantando, y tañendo con gaytas, çampoñas, rabeles, y chirumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios. Deteniame a oyrla leer, y leìa como el pastor de Anfriso cantaua estremada, y diuinamente, alabãdo a la simpar Belisarda, sin auer en todos los montes de Arcadia arbol, en cuyo tronco no se huuiesse sentado a cantar desde que salia el Sol en los braços de la Aurora, hasta que se ponia en los de Tetis, y aun despues de auer tẽdido la negra noche por la faz de la tierra sus negras, y escuras alas, el no cessaua de sus bien cantadas, y mejor lloradas quexas. No se le quedaua entre renglones el pastor Elicio mas enamorado que atreuido, de quien dezia, que sin atender a sus amores, ni a su ganado, se entraua en los cuydados agenos. Dezia tambien, q̃ el grã Pastor de Filida, vnico pintor de vn retrato, auia sido mas confiado, q̃ dichoso. De los desmayos de Sireno, y arrepentimiento de Diana, dezia, q̃ daua gracias à Dios y a la sabia Felicia, que cõ su agua encantada deshizo aquella maquina de enredos, y aclarò aquel laberinto de dificultades. Acordauame de otros muchos libros, que deste jaez la auia oydo leer: pero no eran dignos de traerlos a la memoria

moria. (Cip.) Aprouechandote vas Bergança de mi auiso, murmura, pica, y passa, y sea tu intencion limpia aunque la lẽgua no lo parezca. (Bergança.) en estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion. Pero si a caso por descuydo ò por malicia murmurare, respondere a quien me reprehendiere, lo que respondio Mauleon Poeta, tonto, y academico de burla de la academia de los imitadores, à vno, que le preguntò, què que queria dezir, (Deum de Deo?) y respondio, que, de donde diere. [Cipion.] Essa fue respuesta de vn simple: pero tu, si eres discreto, ò lo quieres ser, nunca has de dezir cosa de que deuas dar disculpa: di adelante. [Bergança.] Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas me causaron ver los diferẽtes tratos, y exercicios, q̃ mis pastores, y todos los demas de aquella marina tenian de aquellos que auia oydo leer, que tenian los pastores de los libros: porque si los mios cãtauan, no eran canciones, acordadas, y bien conpuestas, sino vn, Cata el lobo do va Iuanica, y otras cosas semejantes: y esto no al son de chirumbelas, rabeles, ò gaytas, sino al que hazia el dar vn cayado con otro, ò al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con vozes delicadas, sonoras, y admirables, sino cõ vozes roncas, que solas, ò juntas parecia, no que cantauan, sino que grita-

uan,ò gruñian. Lo mas del dia se les passaua espulgandose, ò remendando sus abarças, ni entre ellos se nõbrauan Amarilis, Filidas, Galeteas, y Dianas, ni auia Lisardos, Lausos, Iacintos, ni Riselos, todos eran Antones, Domingos, Pablos, ò Llorentes: por donde vine a entender lo que pienso que deuen de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas, y bien escritas, para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna, que a serlo, entre mis pastores huuiera alguna reliquia de aquella felizissima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas seluas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros, y cristalinas fuentes: y de aquellos tan honestos, quanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aqui el pastor, alli la pastora: acullà resonar la çampoña del vno, acà el caramillo del otro. [Cipion.] Basta Bergãça, buelue a tu senda, y camina. [Bergãça. Agradezcotelo Cipion amigo, porque si no me auisaras, de manera se me yua calentando la boca, que no parara hasta pintarte vn libro entero destos que me tenian engañado, pero tiempo vẽdrà en que lo diga todo, cõ mejores razones, y cõ mejor discurso, que aora. [Cipion.] Mirate a los pies, y desharàs la rueda Bergança, quiero dezir que mires, que eres vn animal, que carece de razon: y si aora muestras tener alguna, ya hemos aueriguado

guado entre los dos, ser cosa sobrenatural, y jamas vista. [Bergança.] Esso fuera ansi, si yo estuuiera en mi primera ignorancia: mas aora que me ha venido a la memoria lo que te auia de auer dicho al principio de nuestra platica, no solo no me marauillo de lo que hablo, pero espãto me de lo que dexo de hablar. [Cip.] Pues aora no puedes dezir lo que aora se te acuerda? [Bergança.] Es vna cierta historia, que me passò con vna grande hechizera, discipula de la Camacha de Montilla. [Cipion,] Digo que me la cuẽtes antes que passes mas adelante en el cuento de tu vida. [Bergança,] Esso no harè yo por cierto, hasta su tiempo, ten paciencia, y escucha por su orden mis sucessos, que assi te daran mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de lo principios. [Cipion,] Se breue, y cuenta lo que quisieres, y como quisieres. [Bergança,] Digo pues, que yo me hallaua bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor, y trabajo, y que la ociosidad, rayz, y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, a causa que si los dias holgaua, las noches no dormia, dandonos assaltos amenudo, y tocandonos a arma los lobos: y apenas me auian dicho los pastores: Al lobo Barzino, quando acudia primero que los otros perros, à la parte que me señalauan, que estaua

el lobo: corria los valles, escudriñaua los montes, descentrañaua las seluas, saltaua barrancos, cruzaua caminos, y a la mañana boluia al hato, sin auer hallado lobo, ni rastro del, anhelando cansado, hecho pedaços, y los pies abiertos de los garrãchos: y hallaua en el hato, ò ya vna oueja muerta, ò vn carnero degollado, y medio comido del lobo. Desesperauame de ver, de quan poco seruia mi mucho cuydado, y diligencia. Venia el señor del ganado, salian los pastores a recebirle cõ las pieles de la res muerta. Culpaua à los pastores por negligentes, y mandaua castigar à los perros por perezosos: llouian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprehensiones: y assi viendome vn dia castigado sin culpa, y que mi cuydado, ligereza, y braueza no eran de prouecho para coger el lobo: determinè de mudar estilo no desuiẽdome a buscarle, como tenia de costumbre, lexos del rebaño, sino estarme junto à el, que pues el lobo alli venia, alli seria mas cierta la presa. Cada semana nos tocauan a rebato, y en vna escurissima noche, tuue yo vista para ver los lobos de quien era impossible, q̃ el ganado se guardasse. Agacheme detras de vna mata, passaron los perros mis compañeros adelante, y desde alli otee, y vi que dos pastores asieron de vn carnero de los mejores del aprisco, y le mataron, de manera, que verdaderamente parecio a la mañana, que

que auia ſido ſu verdugo el lobo. Paſmeme, quedè ſuſpenſo, quando vi que los paſtores eran los lobos, y que deſpedaçauan el ganado los miſmos que le auian de guardar. Al punto hazian ſaber a ſu amo la preſſa del lobo, dauanle el pellejo y parte de la carne, y comianſe ellos lo mas, y lo mejor. Boluia a reñirles el ſeñor, y boluia tambien el caſtigo de los perros. No auia lobos, menguaua el rebaño: quiſiera yo deſcubrillo, hallauame mudo. Todo lo qual me traia lleno de admiracion, y de congoja. Valame Dios dezia entre mi, quien podrà remediar eſta maldad? quien ſerà poderoſo a dar a entender, que la defenſa ofende? que las centinelas duermen, que la confiança roba, y el que os guarda os mata? (Cip.) Y dezias muy bien Bergança, porque no ay mayor, ni mas ſotil ladron que el domeſtico, y aſſi mueren muchos mas de los confiados, que de los recatodos: pero el daño eſtà, en que es impoſſible, que puedan paſſar bien las gentes en el mundo, ſino ſe fia, y ſe confia. Mas quedeſe aqui eſto, que no quiero que parezcamos Predicadores, paſſa adelante. (Bergança.) Paſſo adelante, y digo, que determinè dexar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y eſcoger otro, donde por hazerle bien, ya que no fueſſe remunerado, no fueſſe caſtigado. Boluime a Seuilla, y entrè a ſeruir

a vn mercader muy rico. [Cipion.] Que modo tenias para entrar con amo? porque segun lo que se vsa, con gran dificultad el dia de oy halla vn hombre de bien señor, a quien seruir. Muy diferentes son los señores de la tierra, del Señor del cielo. A quellos, para recebir vn criado, primero le espulgan el linage, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene. Pero para entrar a seruir a Dios, el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linage: y con solo que se disponga cō limpieça de coraçon a querer seruirle, luego le manda poner en el libro de sus gages, señalandoselos tan auentajados, que de muchos, y de grandes apenas pueden caber en su desseo. [Bergança.] Todo esso es predicar, Cipion amigo. [Cipion.] Assi me lo parece a mi, y assi callo. [Bergança.] A lo que me preguntaste del orden que tenia para entrar con amo digo, que ya tu sabes que la humildad es la bassa, y fundamẽto de todas virtudes, y que sin ella no ay alguna que lo sea. Ella allana inconuenientes, vence dificultades, y es vn medio, que siempre a gloriosos fines nos conduze: de los enemigos haze amigos, templa la colera de los ayrados, y menoscaba la arrogãcia de los soberuios: es madre de la modestia, y hermana de la templança. En fin con ella no pueden atrauesar triunfo, que les sea de prouecho,

cho; los vicios, por que en su blandura, y mãsedumbre se embotan, y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprouechaua yo, quando queria entrar a seruir en alguna casa, auiendo primero considerado, y mirado muy bien ser casa, que pudiesse mantener, y donde pudiesse entrar vn perro grande. Luego arrimauame a la puerta, y quando, a mi parecer, entraua algun forastero, le ladraua, y quando venia el señor, baxaua la cabeça, y mouiendo la cola me yua a el, y con la lengua le limpiaua los çapatos: si me echauan a palos sufrialos, y con la misma mansedumbre boluia à hazer halagos al que me apaleaua, que ninguno segundaua, viendo mi porfia, y mi nobre termino. Desta manera a dos porfias me quedaua en casa: seruia bien, querianme luego bien, y nadie me despidio, sino era que yo me despidiesse, ò per mejor dezir, me fuesse: y tal vez hallè amo, que este fuera el dia que yo estuuiera en su casa, si la contraria suerte no me huuiera perseguido. [Cipion.] De la misma manera que has contado entraua yo con los amos que tuue, y parece, que nos leymos los pensamientos. [Bergança.] Como en essas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las dirè a su tiempo, como tengo prometido, y aora escucha lo que me sucedio despues que dexè el ganado en poder de aquellos perdidos.

Boluime a Seuilla, como dixe, que es amparo de pobres, y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. Arrimeme a la puerta de vna gran casa de vn mercader, hize mis acostumbradas diligencias, y a pocos lances me quedè en ella. Recibieronme para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche: seruia con gran cuydado, y diligencia, ladraua a los forasteros, y gruñia a los que no eran muy conocidos: no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo a los terrados, hecho vniuersal centinela de la mia, y de las cosas agenas. Agradose tanto mi amo de mi buen seruicio, que mandò, que me tratassen bien, y mediessen racion de pan y los huesos que se leuantassen, ò arrojassen de su mesa, con las sobras de la cozina, a lo que yo me mostraua agradecido, dando infinitos saltos, quando veia à mi amo: especialmente quando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regozijo, que daua, y tantos los saltos, que mi amo ordenò, que me desatassen, y me dexassen andar suelto de dia, y de noche. Como me vi suelto corri à el, rodeele todo, sin osar llegarle con las manos, acordandome de la fabula de Ysopo, quando aquel asno, tan asno que quiso hazer a su señor las mismas caricias, que le hazia vna perrilla regalada suya, q̃ le grangearon

ron ser molido a palos. Pareciome, que en esta fabula se nos dio a entender, que las gracias, y donayres de algunos no estàn bien en otros. Apode el truhan juegue de manos, y bolteè el Istrion, rebuzne el picaro, imite el canto de los paxaros, y los diuersos gestos y acciones de los animales, y los hombres el hombre baxo, q̃ se huuiere dado a ello, y no lo quiera hazer el hombre principal, à quien niguna habilidad destas le puede dar credito, ni nombre honroso. (Cipion.) Basta, adelante Bergança, que ya estas entẽdido. (Bergança.) Ojala, que como tu me entiendes, me entendiessen aquellos por quien lo digo, que no sè que tẽgo de buen natural, que me pesa infinito, quando veo que vn Cauallero se haze chocarrero, y se precia q̃ sabe jugar los cubilletes, y las agallas, y que no ay quien como el sepa baylar la chacona. Vn Cauallero conozco yo, que se alabaua, que a ruegos de vn sacristan auia cortado de papel treynta y dos florones, para poner en vn Mouumẽto sobre panos negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que assi lleuaua a sus amigos a verlas, como si los lleuara a ver las vanderas, y despojos de enemigos q̃ sobre la sepultura de sus padres, y abuelos estauã puestas. Este mercader pues tenia dos hijos, el vno de doze, y el otro de hasta entorze años, los quales estudiauan Gramatica en el estudio de la Compañia

ñia de IESVS: yuan con autoridad, con ayo, y con pages, que les lleuauan los libros, y aquel que llaman vademecum. El verlos yr con tanto aparato en sillas, si hazia Sol: en coche, si llouia, me hizo considerar, y reparar, en la mucha llaneza con que su padre yua a la lonja a negociar sus negocios, porque no lleuaua otro criado, que vn negro, y algunas vezes se desmandaua a yr en vn machuelo, aun no bien adereçado. [Cipion] Has de saber Bergança, que es costumbre, y condicion de los mercaderes de Seuilla, y aun de las otras ciudades mostrar su autoridad, y riqueza no en sus personas, sino en las de sus hijos: porque los mercaderes son mayores en su sombra: que en si mismos. Y como ellos, por marauilla atienden a otra cosa, que a sus tratos, y contratos, tratanse modestamente. Y como la ambicion, y la riqueza muere por manifestarse, rebienta por sus hijos, y assi los tratan, y autorizan, como si fuessen hijos de algun Principe: y algunos ay, que les procuran titulos, y ponerles en el pecho la marca, que tanto distingue la gente principal de la plebeya. [Berg.] Ambicion es pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuyzio de tercero. [Cip.] Pocas, o ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero. [Berg.] Ya hemos dicho,

cho, que no hemos de murmurar. [Cip.] Si que yo no murmuro de nadie. [Berg.] Aora acabo de confirmar por verdad lo que muchas vezes he oydo dezir. Acaba vn maldiziente murmurador de echar a perder diez linages, y de caluniar veynte buenos: y si alguno le reprehende, por lo que ha dicho, responde que el no ha dicho nada: y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto: y que si pensara, que alguno se auia de agrauiar, no lo dixera. A la fe Cipion, mucho ha de saber, y muy sobre los estriuos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de cõuersacion sin tocar los limites de la murmuracion: porque yo veo en mi, que con ser vn animal, como soy, a quatro razones que digo, me acuden palabras a la lengua, como mosquitos al vino, y todas maliciosas, y murmurantes. Por lo qual bueluo a dezir lo que otra vez he dicho, que el hazer, y dezir mal, lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche. Veese claro, en que apenas ha sacado el niño el braço de las faxas, quando leuanta la mano con nuestras de querer vengarse de quien, a su parecer le ofende: y casi la primera palabra articulada, que habla, es llamar puta a su ama, ò à su madre. [Cipion.] Assi es verdad y yo confiesso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos à la mar (como dizen

los

los muchachos) y no murmuremos de aqui adelante, y ſigue tu cuento, que le dexaſſe en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo yuan al eſtudio de la Compañia de IESVS, (Bergança.) A el me encomiendo en todo acontecimiento: y aunque el dexar de murmurar lo tengo por dificultoſo, pienſo vſar de vn remedio, que ohi dezir que vſaua vn gran jurador, el qual arrepentido de ſu mala coſtumbre, cada vez que deſpues de ſu arrepentimiento juraua, ſe daua vn pelliſco en el braço, ò beſaua la tierra en pena de ſu culpa: pero con todo eſto juraua. Aſſi yo, cada vez que fuere contra el precepto que me has dado, de q̃ no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderè el pico de la lengua, de modo, q̃ me duela, y me acuerde de mi culpa, para no boluer à ella. [Cipion.] Tal es eſſe remedio, que ſi vſas del, eſpero que te has de morder tantas vezes, que has de quedar ſin lengua, y aſſi quedaràs impoſſibilitado de murmurar. (Bergança.) A lomenos yo harè de mi parte mis diligencias, y ſupla las falta el cielo. Y aſſi digo, que los hijos de mi amo ſe dexaron vn dia vn cartapacio en el patio, donde yo a la ſazon eſtaua: y como eſtaua enſeñado a lleuar la eſportilla del gifero mi amo, aſſi del vademecum, y fuyme tras ellos; con intencion de no ſoltalle, haſta el eſtudio: ſucediome todo

como

como lo desseaua, que mis amos que me vieron venir con el vademecum en la poca assido sotilmente de las cintas, mandaron à vn page me le quitasse, mas yo no lo consenti, ni le soltè, hasta que entrè en el aula con el, cosa che causo risa a todos los estudiantes. Lleguème al mayor de mis amos, y a mi parecer, con mucha criança se le puse en las manos, y quedème sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito en hito al Maestro que en la Cathedra leìa. No se que tiene la virtud, que con alcançarseme à mi tampoco, ò nada della, luego recibi gusto de ver el amor, el termino, la solicitud, y la industria con que aquellos bẽditos padres, y maestros enseñauan à aquellos niños, enderaçando las tiernas varas de su iuuentud, porque no torciessen, ni tomassen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostrauan. Consideraua, como los reñian con suauidad, los castigauan con misericordia, los animauan con exemplos, los incitauan con premios, y los sobrelleuauan con cordura. Y finalmente como les pintauan la fealdad, y horror de los vicios: y les dibuxauan la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos, y amadas ellas, consiguiessen el fin para que fueron criados. [Cipion.] Muy bien dizes Bergança, porque yo he oydo

dezir

dezir dessa bendita gente, que para Republicos, del mundo, no los ay tan prudentes en todo el, y para guiadores, y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la Catholica dotrina, la singular prudensia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se leuanta todo el edificio de la bienauenturança.

[Berg.] Todo es assi como lo dizes, y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les lleuasse siempre el vademecum, lo que hize de muy buena voluntad, con lo qual tenia vna vida de Rey, y aun mejor, porque era descansada, à causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiqueme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mi. Arrojauan los bonetes, ò sóbreres, y yo se los boluia à la mano limpiamente, y con muestras de grande regozijo. Dieron en darme de comer, quãto ellos podian: y gustauan de ver, que quando me dauan nuezes, ò auellanas, las partia como mona, dexando las cascaras, y comiendo lo tierno. Tal huue, que por hazer prueua de mi habilidad, me truxo en vn pañuelo gran cantidad, de ensalada, la qual comi, como si fuera persona. Era tiempo de Inuierno, quando campean en Seuilla los molletes, y mantequillas, de quien era tan bien seruido,

uido, que mas de dos Antonios se empeñaron, ò vendieron, para que yo almorçasse. Finalmente yo passaua vna vida de estudiante sin hambre, y sin sarna, que es lo mas que se puede encarecer, para dezir, que era buena: porque si la sarna, y la hābre no fuessen tan vnas con los estudiantes, en las vidas no auria otra de mas gusto, y passatiempo, porque corren parejas en ella la virtud, y el gusto: y se passa la mocedad aprendiendo, y holgandose. Desta gloria, y desta quietud me vino à quitar vna señora, que a mi parecer llaman por ahi razon de estado, que quādo cō ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que aquellos señores maestros les pareciò, que la media hora que ay de licion, a licion, la ocupauan los estudiantes, no en repassar las liciones, sino en holgarse conmigo. Y assi ordenaron a mis amos, que no me lleuassen mas al estudio: obedecieron, boluieronme à casa, y à la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse señor el viejo de la merced que me auia hecho, de que de dia, y de noche antuuiesse suelto· bolui à entreguar el cuello à la cadena, y el cuerpo à vna esterilla, que de tras de la puerta me pusieron. Ay amigo Cipion, si supiesses quā dura cosa es de sufrir el passar de vn estado felize à vn desdichado. Mira quando las miserias, y desdichas tienen larga la corriente, y

son

son continuas, ò se acaban presto con la muerte, o la continuacion dellas haze vn habito, y costũbre en padezellas, que suele en su mayor rigor seruir de aliuio: mas quãdo de la suerte desdichada, y calamitosa, sin pensarlo, y de improuiso se sale à gozar de otra suerte prospera, vẽturosa, y alegre, y de alli à poco se buelue à padecer la suerte primera, y à los primeros trabajos, y desdichas, es vn dolor tan riguroso, q̃ si no acaba la vida, es por atormentarla mas viuiendo. Digo en fin, que bolui a mi racion perruna, y a los huessos que vna negra de casa me arrojaua: y aun estos me dezmauan dos gatos romanos, q̃ como sueltos, y ligeros, erales facil quitarme lo que no caia debaxo del distrito que alcançaua mi cadena. Cipion hermano, assi el cielo te cõceda el bien que desseas, que sin que te enfades, me dexes aora filosofar vn poco: porque si dexasse de dezir las cosas que en este instante me han venido à la memoria de aquellas, q̃ entõces me occurrieron, me parece que no seria mi historia cabal, ni de fruto alguno. [Cip.] Aduierte Bergança, no sea tentacion del demonio essa gana de filosofar, q̃ dizes te ha venido: porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar, y encubrir su maldad disoluta, q̃ darse à entender el murmurador, q̃ todo quãto dize son sentencias de Filosofos, y que el dezir mal, es reprehẽsion, y el descubrir los de-

fetos

fetos agenos buen zelo. Y no ay vida de ningun murmurante, que si la cōsideras, y escudrinas, oy la halles llena de vicios, y de insolencias, y debaxo de saber esto, filosofea aora quāto quisieres. [Berg.] Seguro puedes estar Cipiō, de que mas murmure, porque assi lo tengo prosupuesto. Es pues el caso, que como me estaua todo el dia ocioso: y la ociosidad sea madre de los pensamiētos, di en repassar por la memoria algunos Latines, que me quedaron en ella de muchos que ohi, quādo fuy cō mis amos al estudio, cō que a mi parecer me hallè algo mas mejorado de entendimiento, y determinè, como si hablar supiera, aprouecharme dellos en las ocasiones, que se me ofreciessen: pero en manera diferēte de la que se suelē aprouechar algunos ignorantes. Ay algunos Romācistas, que en las cōuersaciones disparan de quādo en quando cō algun Latin breue, y compendioso, dando a entēder à los que no lo entienden, que son grandes Latinos, y apenas saben declinar vn nombre, ni conjugar vn verbo. (Cipion.) Por menor daño tengo esse, que el que hazen los que verdaderamente saben Latin, de los quales ay algunos tan imprudentes, que hablando con vn çapatero, ò con vn sastre, arrojan Latines como agua. (Bergança.) Desso podremos inferir que tāto peca el que dize Latines delante de quien los ignora, como el que los dize

igno-

ignorandolos.[Cipion.] Pues otra cosa puedes aduertir, y es, que ay algunos, que no les escusa el ser Latinos de ser asnos. [Bergança.] Pues quien lo duda? la razõ està clara, pues quando en tiempo de los Romanos hablauan todos Latin, como lẽgua materna suya, algun majadero auria entre ellos, aquien no escusaria el hablar Latin, dexar de sernecio [Cipion.] Para saber callar en Romance, y hablar en Latin, discrecion es menester hermano Bergança. [Bergança.] Assi es, porque tambien se puede dezir vna necedad en Latin, como en Romance, y yo he visto Letrados tontos, y Gramaticos pesados, y Romancistas vareteados con sus listas de Latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no vna sino muchas vezes, (Cipion.] Dexemos esto, y comiença à dezir tus Filosofias. [Bergança.] Y a las he dicho: estas son que acabo de dezir. [Cipiõ.] Quales? [Berg.] Estas de los Latines, y Romances, que yo comẽçè, y tu acabaste. [Cip.) Al murmurar llamas filosofar, assi va ello: canoniça, canoniça Bergança à la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella darà à nosotros el de Cinicos, que quiere dezir, perros murmuradores: y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia. (Bergança.) Como la tengo de seguir, si callo? [Cipiõ.] Quiero dezir, que la sigas de golpe, sin q̃ la hagas que porezca pulpo,

po,ſegun la vas añadiendo colas. [Berg. Habla con propiedad, que no ſe llaman colas las del puluo: [Cipion.] Eſſe es el error que tuuo el que dixo, que no era torpedad, ni vicio nombrar las coſas por ſus propios nombres, como ſi no fueſſe mejor, ya que ſea forçoſo nombrarlas, dezirlas por circunloquios, y rodeos, que templen la eſquerosidad, que cauſa el oyrlas por ſus miſmos nombres. Las honeſtas palabras dan indicio de la honeſtidad del que las pronuncia, ò las eſcriue (Berg.] Quiero creerte, y digo, que no contenta mi fortuna de auerme quitado de mis eſtudios, y de la vida que en ellos paſſaua, tan regozijada, y conpueſta, y auerme pueſto atraylIado tras de vna puerta, y de auer trocado la liberalidad de los eſtudiantes en la mezquinidad de la negra, ordenò de ſobreſaltarme en lo que ya por quietud, y deſcanſo tenia. Mira Cipion, ten por cierto, y aueriguado como yo lo tẽgo, que al deſdichado las deſdichas le buſcan, y le hallan, aunque ſe eſconda en los vltimos rincones de la tierra: digolo, porque la negra de caſa eſtaua enamorada de vn negro, aſſimiſmo eſclauo de caſa: el qual negro dormia en el çaguan, que es entre la puerta de la calle, y la de enmedio, detras de la qual yo eſtaua, y no ſe podian juntar, ſino de noche, y para eſto auian hurtado, ò cõtrahecho las llaues: y aſſi las mas de las noches ba-

xaua

xaua la negra, y tapandome la boca con algun pedaço de carne, ò queso, abria al negro, cõ quien se daua buen tiempo, facilitandolo mi silencio, y à costa de muchas cosas, que la negra hurtaua. Algunos dias me estragaron la conciencia las dadiuas de la negra, pareciendome, que sin ellas se me apretarian las hijadas, y daria de mastin en galgo. Pero en efeto, lleuado de mi buen natural, quise respóder a lo que a mi amo deuia, pues tiraua sus gages, y comia su pan, como lo deuen hazer no solo los perros honrados, à quié se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos, que siruen. [Cipion.] Esto si Bergança, quiero que passe por Filosofia, porque son razones, que cõsisten en buena verdad, y en buen entendimiéto, y adelante, y no hagas soga por no dezir cola de tu historia. (Bergança.) Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, que quiere dezir Filosofia? que aunque yo la nombro, no se lo que es, solo me doy a entender, que es cosa buena. [Cipion.] Con breuedad te la dirè. Este nombre se cõpone de dos nombres Griegos, que son, Filos, y Sofia: filos quiere dezir amor, y sofia la ciencia: assi que filosofia significa amor de la ciencia, y filosofo, amador de la ciencia. [Bergança.] Mucho sabes Cipion, quien diablos te enseño à ti nombres Griegos? [Cip.] Verdaderamente Bergança, que eres simple,

pues

pues desto hazes caso, porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien ay quien presuma saber la lengua Griega sin saberla, como la Latina, ignorandola. [Bergança.] Esso es lo que yo digo, y quisiera que à estos tales los pusieran en vna prensa, y à fuerça de bueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduuiessen engañando el mundo, cõ el oropel de sus gregruescos rotos, y sus Latines falsos, como hazen los Portugueses con los negros de Guinea. [Cipion.] Aora si Bergança, que te puedes morder la lengua, y tarazarmela yo, porque todo quanto dezimos, es murmurar. [Berg.] Si que no estoy obligado a hazer lo que he oydo dezir, que hizo vno llamado Corondas Tyrio, el qual puso ley, que ninguno entrasse en el Ayuntamiento de su ciudad cõ armas, so pena de la vida. Descuydose desto, y otro dia entrò en el Cabildo ceñida la espada, aduirtieronselo, y acordandose de la pena por el puesta, al momento desembaynò su espada, y se passò con ella el pecho, y fue el primero que puso, y quebrantò la ley, y pagò la pena. Lo que yo dixe, no fue poner ley, sino prometer, q̃ me morderia la lengua, quãdo murmurasse: pero aora no van las cosas por el temor, y rigor de las antiguas: oy se haze vna ley, y mañana se rompe, y quizà conuiene que assi sea. Aora promete vno de enmendarse

de ſus vicios, y de allì à vn momento cae en otros mayores. Vna coſa es alabar la diſciplina, y otra el darſe con ella, y en efeto del dicho al hecho ay gran trecho. Muerdaſe el diablo, que yo no quiero morderme, ni hazer finezas detras de vna eſtera, donde de nadie ſoy viſto, que pueda alabar mi honroſa determinacion. [Cip.] Segun eſſo Bergança ſi tu fueras perſona, fueras hypocrita, y todas las obras que hizieras, fueran aparentes, fingidas, y falſas, cubiertas con la capa de la virtud, ſolo porque te alabaran, como todos los hypocritas hazen. (Berg.) No ſe lo que entonces hiziera: eſto sè, que quiero hazer aora, que es no morderme, quedandome tantas coſas por dezir, que no sè como, ni quādo podrè acabarlas, y mas eſtando temeroſo, que al ſalir del ſol, nos hemos de quedar à eſcuras, faltandonos la habla (Cip.) Mejor lo hara el cielo, ſigue tu hiſtoria, y no te deſuies del camino carretero, con impertinentes digreſſiones, y aſsi por larga que ſea, la acabaras preſto. Berg.) Digo pues, que auiendo viſto la inſolencia, ladronicio, y deshoneſtidad de los negros, determinè como buen criado eſtoruarlo, por los mejores medios que pudieſſe, y pude tan bien, que ſali con mi intento. Baxaua la negra, como has oydo, a refocilarſe con el negro, fiada en que me enmudecian los pedaços de carne, pan, ò queſo, que me
arro-

arrojaua. Mucho pueden las dadiuas Cipion. [Cipion.] Mucho, no te diuiertas, passa adelante. [Bergança.] Acuerdome, que quando estudiaua, ohi dezir al Precetor vn refran Latino, que ellos llaman adagio, que dezia: [Habet boué in lingua.] [Cipion.] O que en hora mala ayays encaxado vuestro Latin, tan presto se te ha oluidado lo que, poco ha, diximos contra los que entremeten Latines en la conseruaciones de Romance. [Bergança.] Este Latin viene aqui de molde, que has de saber, que los Athenienses vsauan entre otras, de vna moneda sellada con la figura de vn buey: y quando algun juez dexaua de dezir o hazer lo que era razon, y justicia, por estar cohechado, dezian: Este tiene el buey en la lengua. [Cip.] La aplicacion falta, [Berg.] No està bien clara, si las dadiuas de la negra me tuuieron muchos dias mudo, que ni queria, ni osaua ladrarla, quando baxaua à verse con su negro enamorado, por lo que bueluo a dezir, que pueden mucho las dadiuas. [Cip.] Ya te respondido, que pueden mucho: y si no fuera por no hazer aora vna larga digression, con mil exemplos prouara, lo mucho que las dadiuas pueden, mas quizà lo dirè, si el cielo me concede tiempo, lugar, y habla, para contarte mi vida. [Bergança. Dios te de lo que desseas, y escucha. Finalmente mi buena intencion

rumpiò por las malas dadiuas de la negra: à la qual baxando vna noche muy eſcura à ſu acoſtumbrado paſſatiempo, arremetì ſin ladrar, porque no ſe alborotaſſen los de caſa, y en vn inſtante le hize pedaços toda la camiſa, y le arranquè vn pedaço de muslo, burla que fue baſtante a tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con ſus amos no sè que enfermedad. Sanò, boluiò otra noche, y yo bolui à la pelea con mi perra, y ſin morderla la arañè todo el cuerpo, como ſi la huuiera cardado como manta. Nueſtras batallas eran à la ſorda, de las quales ſalia ſiempre vencedor, y la negra malparada, y peor contenta. Pero ſus enojos ſe parecia bien en mi pelo, y en mi ſalud: alçoſeme con la racion, y los hueſſos, y los mios poco a poco yuā ſeñalando los nudos dal eſpinazo. Con todo eſto, auuque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de vna vez, me truxo vna eſponja frita con manteca: conocì la maldad, vi que era peor que comer çarazas: porque à quien la come, ſe le hincha el eſtomago, y no ſale del ſin lleuarſe tras ſi la vida: y pareciendome ſer impoſſible guardarme de las aſſechāças de tan indignados enemigos, acordè de poner tierra en medio, quitandomeles delante de los ojos. Halleme vn dia ſuelto, y ſin dezir à Dios à ninguno de caſa,

me

me puse en la calle, y a menos de cien passos, me deparò la suerte al Alguazil, que dixe al principio de mi historia, que era grande amigo de mi amo Nicolas el romo, el qual apenas me huuo visto, quãdo me conocio, y me llamò por mi nombre: tambien le conocì yo, y al llamarme me lleguè à el con mis acostumbradas ceremonias, y caricias: assiome del cuello, y dixo à dos corchetes suyos: Este es fámoso perro de ayuda, que fue de vn grande amigo mio: lleuemosle a casa. Holgaronse los corchetes, y dixeron, que si era de ayuda, à todos seria de prouecho. Quisieron assirme para lleuarme, y mi amo dixo, que no era menester assirme, que yo me yria, porque le conocia. Haseme oluidado dezirte, que las carlancas con puntas de azero que saquè, quando me desgarrè y ausentè del ganado, me la quitò vn Gitano en vna venta, y ya en Seuilla andaua sin ellas: pero el Alguazil me puso vn collar taclionado todo de laton Morisco. Considera Cipion aora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi estudiante, y oy me vees corchete. [Cipion.] Assi va el mundo, y no ay para que te pongas apta a esagerar los bayuenes de fortuna, como si huuiera mucha diferencia de ser moço de vn gifero, a serlo de vn corchete. No puedo sufrir, ni lleuar en paciencia, oyr las quexas que dan de la fortuna algunos hõbres, que la mayor

que tuuiaron, fue tener promissas, y esperanças de llegar a ser escuderos, cō que maldiciones la maldizen, con quantos improperios la deshonran, y no por mas de que porque piense el que los oye, que de alta, prospera, y buena ventura han venido à la desdichada, y baxa en que los miran. [Berg.] Tienes razon, y has de saber, que este Aguazil tenia amistad cō vn escriuano, con quien se acompañaua: estauan los dos amancebados con dos mugercillas, no de poco mas a menos, sino de menos en todo: verdad es, que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado, y de taymeria puresca. Estas les seruian de red y de anzuelo, para pescar en seco en esta forma: Vestianse de suerte, que por la pinta descubrian la figura, y a tiro de arcabuz mostrauan ser damas de la vida libre: andauan siempre a caça de estrangeros, y quando llegaua la Verdexa à Caliz y à Seuilla, llegaua la huella de su ganancia, no quedādo Breton, con quien no embistiessen: y en cayendo el grasiento con alguna destas limpies, auisauan al Alguazil, y al escriuano adonde, y à que posada yuan: y en estando juntes, les dauan assalto, y los prendian por amancebados: pero nūca los lleuaron à la carcel, a causa que los estrangeros siempre redimian la vexacion con dineros. Sucedio pues, que la Colindres, que assi se llamaua la amiga

ga del Alguazil, pescò vn Breton, vnto y visunto: concertò con el cena, y noche en su posada: dio el cañuto à su amigo, y a penas se auian desmudado, quando el Alguazil, el escriuano, dos corchetes, y yo dimos con ellos. Alborotaronse los amantes, esagerò el Alguazil el delito, mando los vestir à toda priessa, para lleuarlos à la carcel. Afligiose el Breton, terciò, mouido de caridad el escriuano, y a puros ruegos reduxo la pena à solos cien reales. Pidio el Breton vnos follados de camuza, que auia puesto en vna silla à los pies de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los ollados, ni podian parecer: porque assi como yo entre en el aposento, llegò a mis narizes vn olor de tozino, que me consolò todo descubrirle con el olfaro, y halle le en vna faldriquera de los follados: digo que halle en ella vn pedaço de jamon famoso, y por gozarle, y poderle sacar sin rumor, saguè los follados à la calle, y alli me entreguè en el jamon a toda mi voluntad, y quando bolui al aposento, halle que el Breton daua vozes, diziendo en lenguage adultero, y bastardo, aunque le entendia, que le boluiessen sus calças, que en ellas tenia cinquenta escuti doro in oro: imaginò el escriuano, ò que la Colindres, ò los corchetes se los auian robado: el Aguazil pensò lo mismo: llamolos à parte, no confessò ninguno, y

dieronse al diablo todos. Viendo yo lo que passaua, boluì à la calle, donde auia dexado los follados para boluerlos, pues à mi no me aprouechaua nada el dinero no los hallè, porque ya algun venturoso que passò, se los auia lleuado. Como el Alguazil vio que el Breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaua, y pẽsò sacar de la huespeda de casa lo que el Breton no tenia: llamola, y vino medio desnuda, y como oyò las vozes y quexas del Breton, y à la Colindres desnuda, y llorando, al Alguazil en colera, y al escriuano enojado, y à los corchetes despauillando lo que hallauan en el aposento, no le plugo mucho. Mandò el Aguazil, que se cubriesse, y se viniesse con el à la carcel, porque consentia en su casa hombres, y mugeres de mal viuir. Aqui fue ello: aqui si que fue quando se aumẽtaron las vozes, y creciò la confusion, porque dixo la huespeda: Señor Alguazil, y señor escriuano, no conmigo tretas, que entreuo toda costura: no conmigo dixes, ni poleos, callen la boca, y vayanse cõ Dios, sino por mi santiguada, que arroje el bodegon por la ventana, y que saque à plaça toda la chirimola desta historia: que bien conozco à la señora Colindres, y sè que ha muchos meses, que es su cobertor el señor Alguazil, y no hagan, que me aclare mas, sino bueluase el dinero a este señor, y quedemos todos por buenos:
por-

porque yo soy muger honrada y tẽgo vn marido con su carta de executoria, y cõ a perpenan rei de memoria, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daño de barras. El aranzel tengo clauado, donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sè despoluorearme. Bonita soy yo, paraque por mi orden entren mugeres con los huespedes, ellos tienen las llaues de sus aposentos, y yo no soy quinze, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos, de auer oydo la arenga de la huespeda, y de ver como les leia la historia de sus vidas: pero como vieron, que no tenian de quien sacar dinero, si della no, porfiauan en lleuarla à la carcel. Quexauase ella al cielo de la sinrazon, y justicia, q̃ la hazian, estando su marido ausente, y siendo tan principal hidalgo. El Breton bramaua por sus cinquẽta escuti. Los coreheres porfiauan, que ellos no auian visto los follados, ni Dios permitiesse lo tal. El escriuano por lo callado insistia al Alguazil, q̃ mirasse los vestidos de la Colindres, que le daua sospecha, q̃ ella deuia de tener los cinquenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos, y faldriqueras de aquellos q̃ cõ ella se emboluian. Ella dezia, que el Breton estaua borracho, y que deuia de mentir en lo del dinero. En efeto todo era con-

fusion gritos, y juramẽtos, sin lleuar modo de apaziguarse, ni se apaziguaran, si al instante, no entrara en el aposento el Teniente de Assistente, que viniendo à visitar aquella posada, las vozes se lleuaron adonde era la grita. Preguntò la causa de aquellas vozes, la huespeda se la dio muy por menudo. Dixo quien era la ninfa Colindres, que ya estaua vestida: publicò la publica amistad suya y del Alguazil: echò en la calle sus tretas, y modo de robar: disculpose à si misma, de que con su consentimiento jamas auia entrado en su cama muger de mala sospecha: canonizose por santa, y à su marido por vn bendito, y dio vozes a vna moça, que fuesse corriendo, y truxesse de vn cofre la carta executoria de su marido, para que la viesse el señor Tiniente, diziendole, que por ella echaria de ver que muger de tan honrado marido no podia hazer cosa mala: y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era à no poder mas, que Dios sabia lo que le pesaua: y si quisiera ella tener alguna renta, y pan quotidiano para passar la vida, que tener aquel exercicio: El Teniente enfadado de su mucho hablar, y presumir de executoria, le dixo: Hermana camera, yo quiero creer, que vuestro marido tiene carta de hidalguia, cõ que vos me confesseys, que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondio la huespeda, y que linage ay en el mũdo,

do, por bueno que sea, que no tenga algun dime, y direte? Lo que yo os digo hermana, es, que os cubrays, que aueys de venir à la carcel, la qual nueua dio cõ ella en el suelo: arañose el rostro, alço el grito, pero con todo esso el Teniente, demasiadamente seuero los lleuò à todos à la carcel: conuiene à saber, al Breton, à la Colindres, y à la huespeda. Despues supe, que el Breton perdio sus cinquenta escuti, y mas diez en que le condenaron en las costas. La huespeda pagò otro tãto: y la Colindres salio libre por la puerta afuera. Y el mismo dia, que la soltaron pescò à vn marinero, que pagò por el Breton, con el mismo embuste del soplo: porque veas Cipion, quantos, y quan grandes inconuenientes nacieron de mi golosina. [Cipion.] Meior dixeras de la vellaqueria de tu amo. [Bergança.] Pues escucha, que aun mas adelante tirauan la barra, puesto que me pesa de dezir mal de Alguaziles, y de escriuanos. [Cipion.] Si que dezir mal de vno, no es dezirlo de todos: si que muchos y muy muchos escriuanos ay buenos, fieles, y legales, y amigos de hazer plazer, sin daño de tercero? Si que *no* todos entretienen los pleytos, ni auisan à las partes, ni todos lleuan mas de sus derechos: ni todos van buscando, è inquiriendo las vidas agenas, para ponerlas en tela de juyzio: ni todos se aunan con el juez, para hazeme la barba, y

hazertehe el copete: ni todos los Alguaziles se conciertan con los vagamundos, y fulleros: ni tienen todos las amigas de tu amo para sus embustes? Muchos, y muy muchos ay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas à los estrangeros, y hallãdo las vn pelo mas de la marca, destruyen à sus dueños. Si que no todos como prenden sueltan, y son juezes, y abogados, quãdo quieren? [Bergança.] Mas alto picaua mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente, y de hazer prisiones famosas: sustentaua la valentia, sin peligro de su persona, pero à costa de su bolsa. Vn dia acometiò en la puerta de Xerez el solo à seys famosos rufianes, sin que yo le pudiesse ayudar en nada, porque lleuaua con vn freno de cordel impedida la boca (que assi me traìa de dia, y de noche me le quitaua) quedè marauillado de ver su atreuimiento, subrio, y su denuedo. Assi se entraua, y salia por las seys espadas de los rufos, como si fueran tan varas de mimbre: era cosa marauillosa ver la ligereza con que acometia, las estocadas que tiraua, los reparos, la cuenta, el ojo alerta, porque no le tomassen las espaldas. Finalmenre el quedò en mi opinion, y en la de todos quantos la pendẽncia miraron, y supieron, por vn

nueuo

nueuo Rodamonte, auiendo lleuado à ſus enemigos deſde la puerta de Xerez, haſta los marmolos del Colegio de Maſe Rodrigo, que ay mas de cien paſos: dexolos encerrados, y boluiò à coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vaynas, y luego ſe las fue à moſtrar al Aſſiſtente, que ſi mal no me acuerdo, lo era entonces el Licenciado Sarmiento de Valladares, famoſo por la deſtruycion de la Sauzeda. Mirauan à mi amo por las calles do paſſaua, ſeñalandoſe con el dedo, como ſi dixeran: Aquel es el valiente, que ſe atreuiò à reñir ſolo con la flor de los brauos de la Andaluzia. En dar buellas à la ciudad, para dexarſe ver ſe paſsò lo que quedaua del dia: y la noche nos hallò en Triana, en vna calle junto al molino de la poluora: y auiendo mi amo auizorado (como en la jacara ſe dize) ſi alguien le veìa, ſe entrò en vna caſa, y yo tras el, y hallamos en vn patio à todos los jayanes de la pendencia, ſin capas, ni eſpadas, y todos deſabrochados, y vno que deuia de ſer el hueſped, tenia vn grã jarro de vino en la vna mano, y en la otra vna copa grande de taberna: la qual colmando la de vino generoſo, y eſpumante brindaua à toda la compañia. Apenas huuieron viſto a mi amo, quando todos ſe fueron à el con los braços abiertos, y todos le brindaron, y le hizo la razon à todos, y aun la hiziera à

otros

otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable, y amigo de no enfadar à nadie, por pocas cosas. Quererte yo contar aora lo que alli se tratò, la cena que cenaron; las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprouaron, las alabanças que los vnos à los otros se dieron, los brauos ausentes, que se nombraron, la destreza, que alli se puso en su punto, leuantandose en mitad de la cena à poner en pratica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo cō las manos, los vocablos tan esquisitos de que vsauan. Y finalmente el talle de la persona del huesped, à quien todos respetauan, como à señor, y padre: seria meterme en vn laberinto donde no me fuesse possible salir quando quisiesse. Finalmente vine à entender con toda certeza, que el dueño de la casa, à quien llamauan Monipodio, era encubridor de ladrones, y pala de rufianes y que la gran pendencia de mi amo, auia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del ritirarse, y de dexar las veynas, las quales pagò mi amo alli luego de contado, con todo quanto Monipodio dixo que auia costado la cena, que se concluyò casi al amanecer, con mucho gusto de todos. Y fue su postre dar soplo à mi amo de vn rufian forastero, que nueuo, y flamante auia llegado à la ciudad, deuia de ser mas

valiente

valiente que ellos, y de embidia le soplaron. Prendiole mi amo la siguiente noche desnudo en la cama, que si vestido estuuiera, yo vi en su talle, que no se dexara prender tan à saluo. Con esta prision, que sobreuino sobre la pendencia, creciò la fama de mi cobarde, que lo era mi amo mas que vna liebre, y à fuerça, de meriendas, y tragos sustentaua la fama de ser valiente: y todo quanto con su oficio, y con sus inteligencias grangeaua, se la yua, y desaguaua por la canal de la valencia. Pero ten paciencia, y escucha aora vn cuento, que le sucediò, sin añadir, ni quitar de la verdad vna tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera vn cauallo muy bueno, truxeronle à Seuilla, y para venderle sin peligro, vsaron de vn ardid, que à mi parecer tiene del agudo, y del discreto. Fueronse à posar à posadas diferentes, y el vno se fue à la justicia, y pidio por vna peticion, que Pedro de Losada le deuia quatrocientos reales prestados, como parecia por vna cedula firmada de su nombre; de la qual hazia presentacion. Mandò el Tiniente, que el tal Losada reconociesse la cedula: y que si la reconociesse, le sacassen prendas de la cantidad, ò le pusiessen en la carcel. Tocò hazer esta diligencia à mi amo, y al escriuano su amigo. Lleuoles el ladron à la posada del otro, y al punto reconociò su firma, y confesso la deuda, y señalò por prenda de la

exe-

execucion el cauallo, el qual visto por mi amo, le creció el ojo, y le marcò por suyo, si à caso se vendiesse. Dio el ladron por passados los terminos de la ley, y el cauallo se puso en venta, y se rematò en quinientos reales en vn tercero, que mi amo echò de manga, para que se le comprasse, valia el cauallo tanto y medio mas de lo que dieron por el. Pero como el biẽ del vendedor estaua en la breuedad de la venta, à la primer postura rematò su mercaduria. Cobrò el vn ladron la deuda, que no le deuian, y el otro la carta de pago, que no auia menester, y mi amo se quedò con el cauallo, que para el fue peor que el Seyano lo fue para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de alli a dos dias, despues de auer trastejado mi amo las guarniciones, y otras faltas del cauallo, pareciò sobre el en la plaça de san Francisco, mas hueco, y põposo, que aldeano vestido de fiesta: dieronle mis barabienes de la buena cõpra, afirmandole, que valia ciento, y cinquenta ducados, como vn hueuo vn marauedi: y el bolteando, y reboluiẽdo el cauallo, representaua su tragedia, en el teatro de la referida plaça: Y estando en sus caracoles, y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle, y de mejor ropage, y el vno dixo: Viue Dios, que este es ple de hierro mi cauallo, que ha pocos dias que me le hurtaron en Antequera. Todos

los

los que venian con el, que eran quatro criados, dixeron que assi era la verdad, que aquel era pie de hierro el cauallo q̃ le auian hurtado. Pasmose mi amo, querellose el dueño, huuo prueuas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su fauor, y mi amo fue desposseydo del cauallo. Supose la burla, y la industria de los ladrones, que por manos, ẽ interuencion de la misma justicia vendieron lo que auian hurtado, y casi todos se holgauan, de que la codicia de mi amo le huuiesse rompido el saco. Y no parò en esto su desgracia, que aquella noche, saliendo à rondar el mismo Assistente, por auerle dado noticia, que hazia los barrior de san Iuan andauan ladroner. Al passar de vna encruzijada, vieron passar vn hõbre corriẽdo, y dixo a este punto el Assistente, assiendome por el collar, y çuçandome: Al ladron Gauillan, ea Gauillan hijo, al ladrõ al ladron. Yo a quiẽ ya teniã cãsado las maldades de mi amo, por cũplir lo q̃ el Assistẽte me mãdaua, sin discrepar en nada, arremeti cõ mi propio amo, y sin q̃ pudiesse valerse, di cõ el en el suelo, y sino me le quitaran, yo hiziera à mas de a quatro vẽgados: quitaronme cõ mucha pesadũbre de entrãbos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme a palos, y lo hizierã, si el Assistente no les dixera: No le toque nadie, q̃ el perro hizo lo q̃ yo le mandè. Entendiose la malicia, y yo

y yo sin despedirme de nadie, por vn agujero de la muralla, sali al campo, y antes que amaneciesse me puse en Mayrena, que es vn lugar, que està quatro leguas de Seuilla. Quiso mi buena suerte, que hallè alli vna compañia de soldados, que segun ohi dezir se yuan à ambarcar à Cartagena. Estauan en ella quatro rufianes, de los amigos de mi amo: y el atambor era vno, que auia sido corchete, y grã chocarrero, como lo suelen ser los mas atambores. Conocieronme todos, y todos me hablaron, y assi me preguntauan por mi amo, como si les huuiera de responder. Pero el que mas aficion me mostro, fue el atanbor, y assi determinè de acomodarme con el, si el quisiesse, y seguir aquella jornada, aunque me lleuasse à Italia, ò à Flandes: porque me parece à mi, y aun à ti te deue parecer lo mismo, que puesto que dize el refran: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla: el andar tierras y comunicar con diuersas gentes, haze à los hombres discretos. [Cipion.] Es esso tan verdad, que me acuerdo auer oydo dezir à vn amo que tuue de bonissimo ingenio, que al famoso Griego llamado Vlises, le dieron renombre de prudente, por solo auer andado muchas tierras, y comunicado con diuersas gentes, y varias naciones: y assi alabo la intencion que tuuiste de yrte donde te lleuassen. [Bergança.] Es pues el caso, que el atanbor,
por

por tener con que mostrar mas sus chacorrerias, començò à enseñarme à baylar al son del atanbor, y à hazer otras monerias, tan agenas de poder aprenderlas otro perro, que no fuera yo, como las oyras, quando te las diga. Por acabarse el districto de la comission, se marchaua poco à poco. No auia Comissario que nos limitasse: el Capitan era moço, por muy buen Cauallero, y gran Christiano: el Alferez no auia muchos meses que auia dexado la Corte, y el tinelo: el Sargento era matrero, y sagaz, y grande harriero de companias, desde donde se leuantan, hasta el embarcadero. Yua la compañia llena de rufianes churrulleros, los quales hazian algunas insolencias por los lugares do passauamos, que redundauan en maldezir à quien no lo merecia. Infelicidad es del buen Principe ser culpado de sus subditos, por la culpa de sus subditos, à causa que los vnos son verdugos de los otros sin culpa del señor, pues aunque quiera, y lo procure, no pude remediar estos daños, porque todas, ò las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconueniençia. En fin en menos de quinze dias, con mi buen ingenio, y con la diligencia que puso el que auia escogido por patron, supe saltar por el Rey de Francia, y à no saltar por la mala tabernera. Enseñome à hazer corbetas como cauallo Napolitano, y à andar à la redon

da

da como mula de athaona, cõ otras cosas que si yo no tuuiera cuenta en no adelantarme àmostrarlas, pusiera en duda, si era algun demonio en figura de perro, el que las hazia. Pusome nombre del perro sabio y no auiamos llegado al alojamiento, quãdo tocando su atambor, andaua por todo el lugar pregonando, que todas las personas que quissessen venir à ver las marauillosas gracias, y habilidades del perro sabio, en tal casa, ò en tal hospital las mostrauan à ocho, ò à quatro marauedís, segun era el pueblo, grande, ò chico. Con estos encarecimientos no quedaua persona en todo el lugar, que no me fuesse à ver y ninguno auia que no saliesse admirado, y contento de auerme visto. Triunfaua mi amo con la mucha ganancia, y sustentaua seys camaradas, como vnos Reyes. La codicia, y la embidia despertò en los rufianes voluntad de hurtarme, y andauan buscando ocasion para ello, que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados, y golosos. Por esto ay tantos titereros en España: tantos, que muestran retablos, tantos que vendẽ alfileres, y coplas que todo su caudal, aunque le vendiessen todo, no llega à poderle sustentar vn dia: cõ esto los vnos, y los otros no salẽ de los bodegones y tabernas en todo el año; por do me doy a entender, que de otra parte, que de la de sus oficios sale la corriente de sus borrache-

cheras. Toda esta gente es vagamunda, inutil, y sin prouecho, esponjas del vino, y gorgojos del pan. [Cip.] No mas Bergança, no boluamos à lo passado, sigue, que se va la noche, y no querria, que al salir del Sol quedassemos à la sombra del silencio [Bergança.] Tenle, y escucha. Como sea cosa facil añandir à lo ya inuentando, viendo mi amo, quan bien sabia imitar el Corsel Napolitano hizome vnas cubiertas de guadamazi, y vna silla pequeña q̃ me acomodò en las espaldas, y sobre ella puso vna figura liuiana de vn hombre, con vna lancilla de correr sortija, y enseñome a correr derechamente à vna sortija, que entre dos palos ponia: y el dia que auia de correrla, pregonaua, que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hazia otras nueuas, y nunca vistas galanterias, las quales de mi santiscario, como dizen, las hazia, por no sacar mentiroso a mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas à Montilla, villa del famoso, y gran Christiano Marques de Priego, señor de la casa de Aguilar, y de Montilla, Alojaron a mi amo, porque el lo procurò, en vn hospital, echò luego el ordinario vando, y como yo la fama se auia adelãtado a lleuar las nueuas de las habilitades, y gracias del perro sabio, en menos de vna hora se lleuò el patio de gẽte. Alegrose mi amo, viendo que la cosecha yua de guilla, y mostrose aquel

dia

dia chacorrero en demasia. Lo primero en que començaua la fiesta, era en los saltos que yo daua por vn aro de cedaço, que parecia de cuba: Conjurauame por las ordinarias preguntas: y quando el baxaua vna varilla de membrillo, que en la mano tenia, era señal del salto: y quãdo la tenia alta, de que me estuuiesse quedo. El primer conjuro deste dia (memorable entre todos, los de mi vida) fue dezirme: Ea Gauilan amigo, salta por aquel viejo verde qne tu conoces, que se escauechaua las barbas: y si no quieres, salta por la pompa, y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moça Gallega, que seruia en Valdeastillas. No te quadrà el conjuro hijo Gauilan? pues salta por el Bachiller Passillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno. O perezosos estàs, porque no saltas? pero ya entiendo, y alcanço tus marrullerias, aora salta por el licor de Esquiuias famoso al par del de ciudad real, S. Martin, y Riuadauia. Baxò la varilla, y saltè yo, y notè sus malicias, y malas entrañas Boluiose luego al pueblo, y en voz alta dixo: no piense vuessa merced, Senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe. Veynte y quatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas bolaria vn Gauilan, quiero dezir, que por ver la menor, se pueden caminar treynta leguas. Sabe baylar la çarabanda

da y chacona mejor que su inuentora misma: beuese vna açumbre de vino sin dexar gota: entona vn solfamire, tambié como vn sacristan: todas estas cosas, y otras muchas, que me quedan por dezir, las yran viendo vuessas mercedes en los dias que estuuiere aqui la cōpañia: y por aora de otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo gruesso. Con esto suspondio el auditorio, que auia llamado Senado, y les encendio el desseo de no dexar de ver todo lo que yo sabia. Boluiose a mi mi amo, y dixo: Bolued hijo Gatuillan, y con gentil agilidad, y destreza, deshazed los saltos que aueys hecho: pero ha de ser à deuocion de la famosa hechizera, que dizen que huuo en este lugar. Apenas huuo dicho esto, quando alçò la voz la hospitalera, que era vna vieja, al parecer, de mas de sesenta años, diziendo: Bellaco, charlatan, embaydor, y hijo de puta, aqui no ay hechizera alguna. Si lo dezis por la Camacha, ya ella pagò su pecado, y esta dōde Dios se sabe. Si lós dezis por mi chacorrero, ni yo soy, ni he sido hechizera en mi vida: y si he tenido fama de auerlo sido, vuessa merced à los testigos falsos, y à la ley del encaxe, y al juez arrojadizo, y mal informado. Ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hize, sino de otros muchos pecados otros, que como pecadora he cometido. Assi, que

que socarron, tamborilero, salid del hospital, sino por vida de mi santiguada que os haga salir mas que de paso: y cõ esto començo a dar tantos gritos, y à dezir tantas, y tan atropelladas iniurias a mi amo, que puso en confusion, y sobresalto: finalmente no dexò que passasse adelante la fiesta en ningun modo. No le pesò à mi amo del alboroto, porque se quedò cõ los dineros, y aplazó para otro dia, y en otro hospital lo que en aquel auia faltado. Fuesse la gente maldiziendo à la vieja, añadiendo al nombre de hechizera el de bruxa, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrandome la vieja en el Corral solo me dixo: Eres tu hijo Montiel? eres tu por ventura hijo? Alcè la cabeça, y mirela muy de espacio: lo qual visto por ella, con lagrimas en los ojos se vino à mi, y me echò los braços al cuello, y si la dexara me besara en la boca: pero tuue asco, y no lo consentì. [Cipion.] Bien hiziste, porque no es regalo, sino tormento el besar, ni dexar besarse de vna vieja. [Bergança.] Esto que aora te quiero contar, te lo auia de auer dicho al principio de mi cuento, y assi escusaramos la admiracion, que nos causò el vernos con habla. Porque has de saber, que la vieja me dixo: Hijo Mõtiel vente tras mi, y sabràs mi aposento, y procura que esta noche nos veamos à

solas

solas en el, que yo dexarè abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que dezirte de tu vida, y para tu prouecho. Baxè yo la cabeça en señal de obedecerla, por lo qual ella se acabo de enterar en q̃ jo era el perro móntiel, que buscaua, segũ despues me lo dixo. Quedè atonito, y confuso esperando la noche, por ver en lo que paraua aquel misterio, ò prodigio de auerme hablado la vieja: y como auia oydo llamarla de hechizera: esperaua de su vista, y habla grandes cosas. Llegose en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era escuro, estrecho, y baxo, y solamente claro con la debil luz de vn candil de barro, que en el estaua: atizole la vieja, y sentose sobre vna arquilla, y llegome junto à si, y sin hablar palabra me boluio à abraçar, y yo bolui à tener cuenta con que no me bessasse. Lo primero que me dixo fue: Bien esperaua yo en el cielo, que antes que estos mis ojos se cerrassen con el vltimo sueño, te auia de ver hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lleueme desta cansada vida. Has de saber hijo, que en esta villa viuio la mas famosa hechizera que huuo en el mundo, à quien llamaron la Camacha de Montilla: fue tan vnica en su oficio, que las Eritos, las Cirtes, las Medeas, de quien he oydo dezir, que estàn las historias llenas, no la ygualaron. Ella congelaua las nubes, quando queria,

cubriendo con ellas la faz del sol: y quando se le antojaua, boluia sereno el mas turbado cielo: traia los hombres en vn instante de lexas tierras: remediaua marauillosamente las donzellas, que auian tenido algun descuydo en guardar su entereza. Cubria à las viudas de modo, que con honestidad fuessen deshonestas: descasaua las casadas, y casaua las que ella queria. Por Diziembre tenia rosas frescas en su jardin, y por Enero segaua trigo. Esto de hazer nacer berros en vna artesa, era lo menos que ella hazia, ni el hazer ver en vn espejo, ò en la vña de vna criatura los viuos, ò los muertos, que le pedian que mostrasse. Tuuo fama, que conuertia los hombres en animales, y que se auia seruido de vn sacristan seys años en forma de asno, real, y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcançar como se haga. Porque lo que se dize de aquellas antiguas Magas, que conuertian los hombres en bestias, dizen los que mas saben, que no era otra cosa, sino que ellas con su mucha hermosura, y con sus halagos atraìan los hombres de manera, à que las quisiessen bien, y los sujetauan de suerte, siruiendose dellos en todo quãto querian que parecian bestias. Pero en ti hijo mio la experiencia me muestra lo contrario, que sè que eres persona racional, y te veo en semejança de perro, si ya no es que esto se haze con aquella cien-

cia, que llaman tropelia, que haze parecer vna cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es, que yo, ni tu madre, que fuymos discipulas de la buena Camacha, nunca llegamos à saber tanto como ella, y no por falta de ingenio: ni de habilidad, ni de animo, que antes nos sobraua que faltaua, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reseruaua para ella. Tu madre, hijo, se llamò la Montiela, que despues de la Camacha, fue famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, alomenos de tan buenos desseos como qualquiera dellas. Verdad es, que al animo que tu madre tenia de hazer, y entrar en vn cerco, y encerrarse en el con vna legion de demonios, no le hazia vẽtaja la misma Camacha. Yo fuy siẽpre algo medrosilla, con conjurar media region me contentaua. Pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las vnturas, con que las bruxas nos vntamos, à ninguna de las dos diera ventaja, ni la darè à quãtas oy siguen, y guardan nuestras reglas. Que has de saber hijo, que como yo he visto, y veo que la vida que corre sobre las ligeras à las del tiẽpo se acaba, he querido dexar todos los vicios de la hechizeria, en que estaua engolfada, muchos años auia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruxa, que es vn vicio dificultosissimo de

dexar: tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartò, muchas buenas obras hizo en esta vida: pero al fin murio bruxa, y no murio de enfermedad alguna, sino de dolor, de que supo, que la Camacha su maestra, de embidia que la tuuo, porque se le yua subiendo à las barbas en saber tanto como ella, ò por otra pendençuela de zelos, que nunca pude aueriguar, estando tu madre preñada, y llegandose la hora del parto, fue su comadre la Camacha, la qual recibio en sus manos lo que tu madre pariò, y mostrole, que auia parido dos perritos. Y assi como los vio, dixo: aqui ay maldad, aqui ay vellaqueria: pero hermana Montiela tu amiga soy, yo encubrirè este parto, y atiende tu à estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio no te dè pena alguna este sucesso, que ya sabes tu, que puedo yo saber, que si no es con Rodriguez el ganapan tu amigo, dias ha que no tratas con otro: assi, que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene. Admiradas quedaron tu madre, y yo, que me hallè presente à todo, del estraño sucesso. La Camacha se fue, y se lleuò los cachorros: yo me quedè con tu madre, para assistir à su regalo, la qual no podia creer lo que le auia sucedido. Llegose el fin de la Camacha, y estando en la vltima hora de su vida, llamò à su madre, y le di-

xo, como ella auia conuertido à sus hijos en perros, por cierto enojo que con ella tuuo: pero que no tuuiesse pena, que ellos bolueiran à su ser, quando menos lo pensassen: mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viessen lo siguiente.

Bolueran en su forma verdadera,
Quando vieren con presta diligencia
Derribar los soberuios leuantados,
Y alçar à los humildes abatidos,
Con poderosa mano para hazello.

Esto dixo la Camacha à tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho. Tomolo tu madre por esrito, y de memoria, y yo le fixè en la mia, para si sucediesse tiempo de poderlo dezir à alguno de vosotros, y para poder conoceros, à todos los perros que veo de tu color, los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nõbre, sino por ver, si respondian à ser llamados tan diferentemente, como se llaman los otros perros. Y esta tarde como te vi hazer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alçaste la cabeça à mirarme, quando te llamè en el corral, he creydo que tu eres hijo de la Montiela, à quien con grandissimo gusto doy noticia de tus sucessos, y del modo con que has de cobrar tu forma

primera, el qual modo quisiera yo que fueran tal facil, como el que se dize de Apuleyo en el asno de oro, que consistia en solo comer vna rosa. Pero este tuyo và fundado en acciones agenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hazer hijo, es encomendarte à Dios alla en tu coraçon, y espera que estas, que no quiero llamarlas profecias, sino adiuinanças, han de suceder presto y prosperamente: que pues la buena de la Camacha las dixo, sucederan sin duda alguna: y tu, y tu hermano si es viuo, os vereys como desseays. De lo que à mi me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendrè lugar de verlo. Muchas vezes he querido preguntar à mi cabron, que fin tendrà vuestro sucesso, pero no me he atreuido, porque nunca à lo que le preguntamos, responde aderechas, sino con razones torzidas, y de muchos sentidos. Assi que à este nuestro amo y señor, no ay que preguntarle nada, porque con vna verdad mezcla mil mentiras. Y à lo que yo he colegido de sus respuestas, el no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas. Con todo esto nos trae tan engañadas à las que somos bruxas, que con hazernos mil burlas, no le podemos dexar. Vamos à verle muy lexos de aqui à vn gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, bruxos, y bruxas, y alli

nos

nos da de comer desabridamente, y passan otras cosas, que en verdad, y en Dios, y en mi anima, que no me atreuo à contarlas, segun son suzias, y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. Ay opinion, que no vamos à estos combites, sino con la fantasia, en la qual nos representa el demonio las imagenes de todas aquellas cosas, que despues contamos, que nos han sucedido. Otros dizen, que no sino que verdaderamente vamos en cuerpo, y en anima, y entrambas opiniones tengo para mi, que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos quando vamos de vna, ò de otra manera: porque todo lo que nos passa en la fantasia, es tan intensamente, que no ay diferenciarlo de quãdo vamos real, y verdaderamente. Algunas experiencias desto han hecho los señores Inquisidores, con algunas de nosotras, que han tenido pressas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo. Quisiera yo hijo apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias· heme acogido à ser hospitalera, curo à los pobres, y algunos se mueren, que me dan à mi la vida, con lo q̃ me mandan, ò con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuydado que yo tengo de espulgarlos los vestidos. Rezo poco, y en publico, murmuro mucho, y en secreto. Vame mejor con ser hypocrita, que con ser peccadora declarada: las apariencias

de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras passadas. En efeto la santidad fingida no haze daño à ningun tercero, sino al que la vsa. Mira hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo quanto pudieres: y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo quãto pudieres: bruxa soy no te lo niego; bruxa, y hechizera fue tu madre, que tampoco te lo puedo negar: pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo. Tres dias antes que muriesse, auiamos estado las dos en vn valle de los montes Perineos en vna gran gira: y con todo esso, quando muriò fue con tal sossiego, y reposo, que si no fueron algunos visages, que hizo vn quarto de hora antes que rindiesse el alma, no parecia sino que estaua en aquella, como en vn tàlamo de flores: lleuaua atrauesados en el coraçon sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el articulo de la muerte, perdonar a la Camacha, tal era ella de entera, y firme en sus cosas. Yo le cerrè los ojos, y fuy cõ ella hasta la sepultura: alli la dexè para no verla mas, aunque no tengo perdida la esperança de verla, antes que me muera: porque se ha dicho por el lugar, que la han visto algunas personas andar por los cimenterios, y encruzijadas en diferẽtes figuras, y quizà alguna vez la toparè

yo,

yo, y le preguntarè, si manda que haga alguna cosa en descargo he su conciencia. Cada cosa destas, que la vieja me dezia en alabanca de la que dezia ser mi madre, era vna lançada, que me atrauesaua el coraçon, y quisiera arremeter à ella, y hazerle pedaços entre los dientes: y si lo dexè de hazer, fue, porque no lo tomasse la muerte en tan mal estado. Finalmente me dixo, que aquella noche pensaua vntarse, para yr à vno de sus vsados combites: y que quando alla estuuiesse, pensaua preguntar à su dueño algo de lo que estaua por sucederme. Quisierale yo preguntar, qne venturas eran aquellas que dezia, y parece que me leyò el desseo, pues respondio à mi intencion, como si se lo huuiera preguntado, pues dixo: Este vnguento con que las bruxas nos vntamos, es compuesto de jugos de yeruas en todo estremo frios, y no es como dize el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aqui pudieras tambien preguntarme, que gusto o prouecho saca el demonio, de hazernos matar las criaturas tiernas, pues sabe, que estando bautizadas, como inocentes, y sin pecado se van al cielo, y el recibe pena particular con cada alma Christiana q̃ se le escapa, à lo q̃ no te sabrè respõder otra cosa, sino lo que dize el refran, que tal ay q̃ se quiebra dos ojos, porq̃ su enemigo se quiebre vno: y por la pesadũbre q̃ da à sus padres

matandoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar. Y lo que mas le importa, es hazer, que nosotras cometamos à cada passo tan cruel y peruerso pecado: y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permission, yo he visto por experiencia, que no puede ofender el diablo à vna hormiga: y es tan verdad esto, que rogandole yo vna vez que destruyesse vna viña de vn mi enemigo, me respondio, que ni aun tocar à vna hoja della no podia, porque Dios no queria: por lo qual podras venir à entender, quando seas hombre, que todas las desgracias que vienen à las gentes, à los Reynos, à las ciudades, y à los pueblos: las muertes repentinas, los naufragios, las caydas: en fin todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del altissimo, y de su voluntad permitente: y los daños, males, que llaman de culpa, vienen, y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere, que nosotros somos autores del pecado, formandole en la intencion, en la palabra, y en la obra: todo permitiendolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Diràs tu aora hijo, si es que à caso me entiẽdes, que quien me hizo à mi Theologa, y aun quizà diràs entre ti: Cuerpo de tal cõ la puta vieja, porque no dexa de ser bruxa, pues sabe tanto, y se buelue à Dios, pues sabe que està mas prompto à perdonar

nar pecados, que à permitirlos? A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se buelue en naturaleza: y este de ser bruxas, se conuierte en sangre, y carne: y en medio de su ardor, que es mucho, trae vn frio que pone en el alma, tal que la resfria, y entorpeze, aun en la Fè, de donde nace vn oluido de si misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la combida, y en efeto como es pecado de carne, y de deleytes, es fuerça, que amortiguê todos los sentidos, y los embelese, y absorte, sin dexarlos vsar sus oficios como deuen: y assi quedando el alma inutil, floxa, y desmazalada, no puede leuantar la consideracion si quiera à tener algun buen pensamiento: y assi dexandose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alçar la mano à la de Dios, que se la està dando por sola su misericordia, para que se leuante. Yo tengo vna destas almas, que te he pintado, todo lo veo, y todo lo entiendo: y como el deleyte me tiene echados grillos à la voluntad, siempre he sido, y serè mala. Pero dexemos esto, y boluamos à lo de las ynturas, y digo, que son tan frias, que nos priuan de todos los sentidos en vntandonos con ellas, y quedamos tendidas, y desnudas en el suelo, y entonces dizen, que en la fantasia passamos todo aquello que nos parece passar verdaderamente.

Otras vezes acabadas de vntar, à nuestro parecer, mudamos forma, y conuertidas en galios, lechuzas, ò cueruos; vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y alli cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleytes, que te dixo de dezir, por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y assi la lengua huye de contarlos: y con todo esto soy bruxa, y cubro con la capa de la hypocresia todas mis machas faltas. Verdad es, que si algunos me estiman, y honran por buena, no faltan muchos que me dizen, no dos dedos del oydo, el nõbre de las fiestas, que es el que les imprimio la furia de vn juez colerico, que en los tiempos passados tuuo que ver conmigo, y con tu madre, depositando su ira en las manos de vn verdugo, que por no estar sobornado vso de toda su plena potestad, y rigor con nuestras espaldas. Pero esto ya passò, y todas las cosas se passan: las memorias se acaban, las vidas no bueluen, las lenguas se cansan, los sucessos nueuos hazen oluidar los passados. Hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis vnturas, no soy tan vieja, que no pueda viuir vn año, puesto que 75. ya que tengo no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerias por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien,

porque soy amiga de murmurar, y para auerlo de hazer, es forçoso pensar lo primero: assi, que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto sè, que Dios es bueno, y misericordioso, y que el sabe lo que ha de ser de mi: y basta, y quedese aqui esta platica, que verdaderamente me entristeze: ven hijo, y verasme vntar, que todos los duelos con pan son buenos: el buen dia meterle en casa pues mientras se rie, no se llora, quiero dezir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes, y falsos, toda via nos parecen gustos, y el deleyte mucho mayor es imaginado, que gozado: aunque en los verdaderos gustos deue de ser al contrario. Leuantose en diziendo esta larga arenga, y tomando el candil se entrò en otro aposentillo mas estrecho: seguila, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que auia oydo, y de lo que esperaua ver, colgò la Cañizares el candil de la pared, y cō mucha priessa se desnudò hasta la camisa. y sacando de vn rincon vna olla vidriada, metiò en ella la mano, y murmurando entre dientes, se vntò desde los pies a la cabeça, que tenia sin toca: antes que se acabasse de vntar me dixo, que ora se quedasse su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciesse del, que no me espantasse, ni dexasse de aguardar alli hasta la mañana, porque sabria

bria las nueuas de lo que me quedaua por passar hasta ser hombre. Dixele, baxando la cabeça, que si haria, y con esto acabò su vntura, y se tendio en el suelo como muerta. Lleguè mi boca a la suya, y vi que no respiraua poco, ni mucho, Vna verdad te quiero confessar Cipion amigo, que me dio gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento, con aquella figura delante, la qual te la pintarè, como mejor supiere. Elle era larga de mas de siete pies, toda era notomia de huessos, cubiertos con vna piel negra, bellosa, y curtida, con la barrida, que era de badana, se cabria las partes deshonestas, y aun le colgaua hasta la mitad de los muslos. Las tetas semejauan dos veijgas de vaca secas y arrugadas: denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corba y entablada: desencasados los ojos, la cabeça desgreñada, las mexillas chupadas, angosta la garganta, y los pechos sumidos. Finalmente toda era flaca y endemoniada. Puseme de espacio a mirarla, y apriessa començò a apoderarse de mi el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo, y la peor ocupacion de su alma. Quise morderla, por ver si boluia en si, y no hallè parte en toda ella, que el asco no me lo estoruasse: pero con todo esto la assì de vn carcaño, y la saquè arrastrando al patio, mas ni por esto dio muestras de tener sentido.

Alli con mirar el cielo, y verme en parte ancha, se me quitò el temor, alomenos se templò de manera, que tuue animo de esperar à ver en lo que paraua la yda, y buelta de aquella mala hembra, y lo que me contaua de mis sucessos. En esto me preguntaua yo à mi mismo, quien hizo à esta mala vieja tan discreta, y tan mala? de donde sabe ella quales son males de daño, y quales de culpa? como entiende, y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? como peca tan de malicia, no escusandose con ignorancia? En estas consideraciones se passò la noche, y se vino el dia, que nos hallò à los dos en mitad del patio: ella no buelta en si, y à mi junto à ella en cuclillas atento, mirando su espantosa y fea catadura. Acudio la gẽte del hospital, y viendo aquel retablo, vnos dezian: y a la bendita Cañizares es muerta, mirad quan disfigurada y flaca la tenia la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta: por do se dieron a entender, que estaua en extasis, y arrobada de puro buena. Otros huuo, que dixeron: Esta puta vieja, sin duda deue de ser bruxa, y deue de estar vntada, que nunca los santos hazen tan desonestos arrobos: y hasta aora entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruxa, que de santa. Curiosos huuo, que se llegaron à hincarle alfileres por las carnes, desde

desde la punta hasta la cabeça, ni por esso recordaua la dormilona, ni boluiò en si, hasta las siete del dia: y como se sintio acribada de los alfileres, y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiéto fuera de su aposento, y à vista de tantos ojos, que la estauan mirando, creyò, y creyò la verdad, que yo auia sido el autor de su deshonra, y assi arremetiò à mi, y echandome ambàs manos à la garganta, procuraua ahogarme, diziendo: o bellaco desgradecido, ignorante, y malicioso, y es este el pago que merecen las buenas obras, que à tu madre hize, y de las que te pensaua hazer à ti? Yo, que me vi en peligro de perder la vida entre las vñas de aquella fiera arpia, sacudime, y assiendole de las luengas faldas de su viétre, la çamarreè, y arrastrè por todo el patio, ella daua vozes, que la librassen de los dientes de aquel maligno espiritu. Con estas razones de la mala vieja creyeron los mas, que yo deuia de ser algun demonio de los que tiene ojeriza continuà con los buenos Cristianos, y vnos acudieron à echarme agua bendita: otros no osauan llegar à quitarme: otros dauá vozes, que me conjurassen: la vieja gruñia: yo apretaua los dientes: crecia la confussion: y mi amo, que ya auia llegado al ruydo, se desesperaua, oyendo dezir, que yo era demonio. Otros, que no sabian de exorcismos, acudieron à tres ò quatro

gar-

garrotes, con los quales començaron a santiguarme los lomos: escociome la burla, soltè la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos mas sali de la villa, perseguido de vna infinidad de muchachos, que yuan a grandes vozes diziẽdo, apartense que rabia el perro sabio: otros dezian: no rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimento, a campana herida, salì del pueblo, siguiẽdome muchos, que indubitablemente creyeron que era demonio, assi por las cosas que me auian visto hazer, como por las palabras que la vieja dixo, quando despertò de su maldito sueño. Dime tanta priessa a huyr, y a quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me auia desparecido como demonio: en seys horas an duue doze leguas, y lleguè à vn rancho de Gitanos, que estaua en vn campo junto à Granada: alli me reparè vn poco, porque algunos de los Gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron, y escondieron en vna cueua, porque no me hallassen, si fuesse buscado: con intencion, a lo que despues entendi, de ganar conmigo, como lo hazia el atãbor mi amo. Veynte dias estuue con ellos, en los quales supe, y notè su vida, y costumbres, que por ser notables, es forçoso que te las cuente. [Cip.] Antes Bergança que passes adelãte es biẽ q̃ reparemos en lo que te dixo la bruxa, y aue-

aueriguemos, si puede ser verdad la grã-de mentira à quien das credito. Mira Bergança, grandissimo disparate seria creer, que la Camacha mudasse los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumento la seruiesse los años que dizen que la siruiò. Todas estas cosas, y las semejantes son embelecos, mentiras, ò aparié-cias del demonio: y si à nosotros nos parece aora que tenemos algun entendimiẽto, y razon, pues hablamos, siendo verdaderamente perros, ò estando en su figura, ya hemos dicho, que este es caso portentoso, y jamas visto y que aunque le tocamos con las manos, no le auemos de dar credito, hasta tanto que el sucesso del nos muestre lo que conuiene que creamos: quiereslo ver mas claro, considera en quã vanas cosas, y en quan tontos puntos dixo la Camacha, que consistia nuestra restauracion: y aquellas que à ti te deuen parecer profecias, no son sino palabras de consejas, ò cuentos de viejas, como aquellos del cauallo sin cabeça y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del Inuierno: porque a ser otra cosa, ya estauan cumplidas, sino es, que sus palabras se hã de tomar en vn sẽtido, que he oydo dezir, se llama algorico, el qual sentido no quiere dezir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejança: y assi dezir: bolueran à su forma

ma

ma verdadera, quando vieren con presta diligencia derribar los soberuios leuantados: y alçar à los humildes abatidos, por mano poderosa para hazello: tomandolo en el sentido que he dicho, pareceme que quiere dezir, que cobraremos nuestra forma quãdo vieremos, que los que ayer estauan en la cumbre de la rueda de fortuna, oy estan hollados y abatidos à los pies de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que mas los estimauan. Y assimismo quando vieremos, que otros que no ha dos horas que no tenian deste mundo otra parte, que seruir en el de numero, que acrecentasse el de las gẽtes, y aora estan tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista: y si primero no parecian por pequeños y encogidos, aora no los podemos alcançar por grandes y leuantados. Y si en esto consistiera boluer nosotros à la forma que dizes, ya lo hemos visto, y lo vemos a cada passo, por do me doy a entender, que no en el sentido alegorico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha, ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas vezes hemos visto la que dizen, y nos estamos tã perros como vees, assi, que la Camacha fue burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa, y bellaca, con perdon sea dicho, si à caso es nuestra madre de entrãbos, ò tu-
ya

nocen, y tienen noticia los vnos de los otros, y trasiegan, y traspone los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos, dan la obediencia mejor que a su Rey, à vno que llaman Conde, al qual, y à todos los que del suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado: y no porque vengan del apellido deste noble linage, sino porque vn page de vn Cauallero deste nombre se enamorò de vna Gitana, la qual no le quiso conceder su amor, sino se hazia Gitano, y la tomaua por muger. Hizolo assi el page, y agradò tanto à los demas Gitanos, que le alçaron por señor, y le dieron la obediencia: y como en señal de vassallage le acuden con parte de los hurtos que hazen, como sean de importancia. Ocupanse, por dar color à su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haziendo instrumentos con que facilitan sus hurtos: y assi los veràs siempre traer à vender por las calles tenazas, barrenas, martillos: y ellas treuedes, y vadiles. Todas ellas son parteras, y en esto lleuan ventaja à las nuestras, porque sin costa, ni aderentes sacan sus partos à luz y lauan las criaturas con agua fria en naciendo: y desde que nacen, hasta que mueren, se curten, y muestran à sufrir las inclemencias, y rigores del cielo: y assi veras, que todos son alentados, bolteadores, corredores, y bayladores:

Ca-

siguiole el Gitano, y sea como sea, el Gitano tuuo maña de hurtar al labrador el asno, que le auia vendido, y al mismo instante le quitò la cola postiza, y quedò con la suya pelada. Mudole la albarada, y jaquima, y atremose à yr à buscar al labrador, para que se le comprasse, y hallole antes que huuiesse echado menos el asno primero: y à pocos lances comprò el segundo. Fuesele a pagar à la posada, donde hallò menos la bestia à la bestia: y aunque lo era mucho sospechò que el Gitano se le auia hurtado, y no queria pagarle, acudiò el Gitano por testigos, y truxò à los que auian cobrado la alcauala del primer jumento, y juraron, que el Gitano auia vendido al labrador vn asno con vna cola muy larga, y muy diferente del asno segundo, que vendia. A todo esto se hallò presente vn Alguazil, que hizo las partes del Gitano con tantas veras, que el labrador huuo de pagar el asno dos vezes. Otros muchos hurtos cõtaron, y todos, ò los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se exercitan. Finalmente ella es mala gente, y aunque muchos, y muy prudẽtes juezes han salido contra ellos, no por esso se enmiendan. A cabo de veynte dias me quisieron lleuar à Murcia: passè por Granada, donde ya estaua el Capitan, cuyo atambor era mi amo, Como los Gitanos lo supieron, me encerraron en vn

apo-

aposento del meson, donde viuian oyles dezir la causa, no me parecio bien el viage que lleuauan, y assi determinè soltarme, como lo hize: y saliendome de Granada, di en vna huerta de vn Morisco, que me acogiò de buena voluntad, y yo quedè con mejor, pareciendome, que no me querria para mas de para guardarle la huerta, oficio à mi cuenta de menos trabajo, que el de guardar ganado. Y como no auia alli altercar sobre tãto mas quanto al salario, fue cosa facil hallar el Morisco criado, à quien mãdar, y yo amo a quien seruir. Estuue con el mas de vn mes no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daua saber la de mi amo, y por ella la de todos quantos Moriscos viuen en España. O quantas, y quales cosas te pudiera dezir, Cipion amigo, desta Morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas: y si las huuiera de particularizar, no acabara en dos meses: mas en efeto aurè de dezir algo: y assi oye en general lo que yo ui, y notè en particular desta buena gente. Por marauilla se hallarà entre tantos, que crea derechamẽte en la sagrada ley Christiana. Todo su intento es acuñar, y guardar dinero acuñado: y para conseguirle trabajan, y no comen: en entrando, el real en su poder, como no sea sencillo le condenan a carcel perpetua, y à escuridad eterna. De modo, que ganan-

do siempre, y gastando nunca llegan, y amontonan la mayor cantidad de dinero que ay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas, y sus comadrexas: todo lo llegan, todo lo esconden, y todo lo tragan. Considerese que ellos son muchos, y que cada dia ganan, y escon-den poco o mucho, y que vna calentura lenta acaba la vida, como la de vn tabar-dillo, y como van creciendo, se van au-mentando los escondedores, que crecen, y han de crecer en infinito, como la ex-periencia lo muestra. Entre ellos no ay castidad, ni entran en Religion ellos, ni ellas: todos se casan, todos moltiplican, porque el viuir sobriamente aumenta las causas de la generacion. No los consu-me la guerra, ni exercicio, que demasia-damente los trabaje. Roban nos a pie quedo, y con los frutos de nuestras here-dades, que nos reuenden, se hazen ricos. No tienen criados, porque todos lo son de si mismos: no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra, que la del robarnos. De los doze hijos de Iacob, que he oydo dezir, que entra-ron en Egypto, quando los sacò Moysen de aquel cautiuerio, salieron seys cien-tos mil varones, sin niños, y mugeres. De aqui se podra inferir lo que multipli-caran las destos, que sin comparacion sõ en mayor numero. [Cip.] Buscado se ha remedio para todos los daños q̃ has apũ-

 tado,

tado, y bosquexado en sombra, que bien sè, que son mas y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta aora no se ha dado con el que conuiene: pero zeladores prudentissimos tiene nuestra Republica, que considerando que España cria, y tiene en su seno tantas viuoras, como Moriscos, ayudados de Dios, hallaràn a tanto daño cierta, presta, y segura salida. Di adelante. [Bergança.] Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casa, sustentauame con pan de mijo, y con algunas sobras de caynas, comun sustento suyo. Pero esta miseria me ayudò a lleuar el cielo por vn modo tan estraño, como el que aora oyras. Cada mañana juntamente con el alua, amanecia sentado al pie de vn granado, de muchos que en la huerta auia, vn mancebo, al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no parecieße parda, y tundida: Ocupauase en escriuir en vn cartapacio, y de quando en quando se daua palmadas en la frente, y se mordia las vñas, estando mirando al cielo: y otras vezes se ponia tan imaginatiuo, que no mouia pie ni mano, ni aun las pestañas, tal era su embelesamiento. Vna vez me lleguè junto a el, sin que me echasse de ver: oyle murmurar entre dientes, y al cabo de vn buen espacio, dio vna gran voz, diziendo: viue el señor, que es la mejor octaua

que

que he hecho en todos los dias de mi vida. Y escriuiendo apriessa en su cartapacio, daua muestras de gran contento: todo lo qual me diò à entender, que el desdichado era Poeta. Hizele mis acostumbradas caricias, por assegurarle de mi mansedumbre. Echeme à sus pies, y el con esta seguridad prosiguiò en sus pẽsamientos, y tornò a rascarse la cabeça, y à sus arrobos, y à boluer à escriuir lo que auia pensado. Estando en esto, entrò en la huerta otro mancebo galan, y bien adereçado con vnos papeles en la mano, en los quales de quando en quando leia. Llegò donde estaua el primero y dixole: aueys acabado la primera jornada? Aora le di fin, respondio el Poeta, la mas gallardamente que imaginar se puede. De que manera? preguntò el segundo. Desta, respondio el primero. Sale su Sãtidad del Papa vestido de Pontifical con doze Cardenales, todos vestidos de morado, porque quando sucedio el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de [mutatio caparum,] en el qual los Cardenales no se visten de rojo, sino de morado: y assi en todas maneras conuiene para guardar la propriedad, que estos mis Cardenales salgan de morado: y este es vn punto, que haze mucho al caso para la comedia: y à buen seguro diera en el, y assi hazen a cada passo mil impertinencias, y disparates. Yo no he podi-

do errar en esto, porque he leydo todo el ceremonial Romano, por solo acertar en estos vestidos. Pues de donde quereys vos, replicò el otro, que tenga mi autor vestidos morados, para doze Cardenales? Pues si me quita vno tan solo, respõdio el Poeta, assi le darè yo mi comedia, como volar. Cuerpo de tal, està aparięcia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aqui lo que pareçera en vn teatro vn Sumo Pontifice con doze graues Cardenales, y con otros ministros de acompañamiento, que forçosamente han de traer consigo, viue el cielo, que sea vno de los mayores y mas altos spectaculos, que se aya visto en comedia, aunqne sea la del ramillete de Daraja. Aqui acabè de entender, que el vno era Poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejo al Poeta, que cercenasse algo de los Cardenales, si no queria impossibilitar al autor el hazer la comedia. A lo que dixo el Poeta, que le agradeciessen, que no auia puesto todo el conclaue que se hallò junto al acto memorable, que pretendia traer à la memoria de las gentes en su felicissima comedia. Riose el recitante, y dexole en su ocupacion, por yrse à la suya, que era estudiar vn papel de vna comedia nueua. El Poeta, despues de auer escrito algunas coplas de su magnifica comedia, con mucho sossiego y espacio, sacò de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veyn-

te passas, que a mi parecer entiendo que se las contè, y aun estoy en duda, si eran tantas: porque juntamnnte con ellas hazian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañauan, soplò, y apartò las migajas, y vna à vna se comio las passas, y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudandolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque el procurò enternecerlos, passeandolos por la boca vna, y muchas vezes, no fue possible mouerlos de su terquedad: todo lo qual redundo en mi prouecho, porque me los arrojò diziendo: To, to, toma, que buen prouecho te hagan. Mirad, dixe entre mi, que Nectar, ò Ambrosia me da este Poeta, de los que ellos dizen que se mantienen los dioses, y su Apolo allà en el cielo. En fin, por la mayor parte, grãde es la miseria de los Poetas, pero mayor era mi necessidad, pues me obligò a comer lo que el desechaua. En tanto que durò la composicion de su comedia, no dexò de venir a la huerta: ni a mi me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos yuamos a la noria, donde yo de bruzes, y el con vn cangillon satisfaciamos la sed, como unos Monarcas: Pero faltò el Poeta, y sobrò en mi la hambre tanto, que determinè dexar al Mo-

risço, y entrarme en la ciudad à buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar de la ciudad vi que salia del famoso Monasterio de san Geronimo mi Poeta; que como me vio, se vino a mi con los braços abiertos, y yo me fuy a el con nueuas muestras de regozijo, por auerle hallado. Luego al instante començò à desembaular pedaços de pan mas tiernos de los que solia lleuar à la huerta, y à entregarlos à mis dientes, sin repassarlos por los suyos: merced, que con nueuo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el auer visto salir à mi Poeta del Monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonçantes, como otros muchos las tienen. Encaminose a la ciudad, y yo le segui cō determinacion de tenerle por amo, si el quisiesse, imaginando, que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real; porque no ay mayor, ni meyor bolsa que la de la caridad; cuyas liberales manos jamas estan pobres. Y assi no estoy bien con aquel refran, que dize: Mas da el duro, que el desnudo, como si el duro, y auaro diesse algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen desseo, quando mas no tiene. De lance en lance paramos en la casa de vn Autor de comedias, que a lo que me acuerdo se llamaua Angulo el malo, de otro Angulo no Autor, sino representante el mas gracioso,

cioso, que entonces tuuieron, y aora tienen las comedias. Iuntose toda la cōpañia a oyr la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia: y a la mitad de la jornada primera, vno à vno, y dos à dos se fueron saliendo todos, excepto el Autor, y yo, que seruiamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo vn asno en esto de la poesia, me parecio que la auia compuesto el mismo Satanas, para total ruyna y perdicion del mismo Poeta, que ya yua tragando saliua, viendo la soledad en que el auditorio le auia dexado: y no era mucho, si el alma presaga le dezia allà dentro la desgracia que le estaua amenazando, que fue boluer todos los recitantes, que passauan de doze, y sin hablar palabra assieron de mi Poeta, y si no fuera porque la autoridad del Autor, llena de ruegos, y vozes, se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedè yo del caso pasmado, el Autor desabrido, los farsantes alegres, y el Poeta mohino, el qual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomò su comedia, y encerrandosela en el seno, medio murmurando dixo: No es bien echar las margaritas a los puercos, y con esto se fue con mucho sossiego: yo de corrido, ni pude, ni quise seguirle, y acertelo, à causa que el Autor me hizo tantas caricias, que me obligaron à que con el me quedasse, y en menos de vn mes sali gran-

de entremesista, y gran farsante de figuras mudas. Pusieronme vn freno de orillos, y enseñaronme à que arremetiesse en el teatro, à quien ellos querian, de modo, que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañia de mi amo acabauan en çuçarme, y yo derribaua, y atropellaua à todos, con que daua que reyr à los ignorantes, y mucha ganancia à mi dueño. O Cipion, quien te pudiera contar lo que vi en esta, y en otras dos compañias de comediantes, en que anduue; mas por no ser possible reduzirlo à narracion sucinta, y breue, lo aurè de dexar para otro dia, si es que ha de auer otro dia en que nos comuniquemos. Vees quan larga ha sido mi platica? vees mis muchos, y diuersos sucessos? consideras mis caminos, y mis amos tantos? pues todo lo que has oydo es nada, comparado a lo que te pudiera contar de lo que notê, auerigüè, y vi desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus exercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia, y su agudeza, con otras infinitas cosas: vnas para dezirse al oydo, y otras para aclamallas en publico, y todas para hazer memoria dellas, y para desengaño de muchos, que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio, y de transformacion.
[Cipion.] Bien se me trasluze, Berganga, el largo campo que se te descubria, para

para dilatar tu platica, y soy de parecer, que la dexes para cuento particular, y para sossiego no sobresalto. [Bergança.] Sea assi, y escucha. Con vna compañia lleguè à esta ciudad de Valladolid, donde en vn entremes me dieron vna herida, que me llegò casi al fin de la vida: no pude vengarme, por estar enfrenado entonces, y despues à sangre fria no quise, que la vengança pensada arguye crueldad, y mal animo. Cansome aquel exercicio, no por ser trabajo, sino porque veìa en el cosas, que juntamente pedian enmienda, y castigo, y como à mi estaua mas el sentillo, que el remediallo, acordè de no verlo, y assi me acogi à sagrado, como hazen aquellos que dexan los vicios, quando no pueden exercitallos, aunque mas vale tarde que nunca. Digo pues, que viendote vna noche lleuar la linterna con el buen Christiano Mahudes, te considerè contento, y justa, y santamente ocupado, y lleno de buena embidia qui se seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligiò para tu compañero, y me truxo à este hospital: lo que en el me ha sucedido, no es tan poco, que no aya menester espacio para contallo, especialmente lo que ohi à quatro enfermos, que la suerte y la necessidad truxo à este hospital, y à estar todos quatro junto en quatro camas apare-

jadas. Perdoname, porque el cuento es breue, y no sufre dilacion, y viene aqui de molde. [Cipion.] Si perdono, concluye, que a lo que creo, no deue de estar lexos el dia. [Bergança.] Digo, que en las quatro camas, que estàn al cabo desta enfermeria, en la vna estaua vn alquimista, en la otra vn Poeta, en la otra vn Matematico, y en la otra vno de los que llaman arbitristas. [Cipion.] Ya me acuerdo auer visto à essa buena gẽte. Bergança.] Digo pues, que vna fiesta de las del Verano passado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el ayre debaxo de la cama del vno dellos, el Poeta se començò à quexar lastimosamente de su fortuna: y preguntandole el Matematico, de que se quexaua? respondio, que de su corta suerte. Como, y no serà razon que me quexe. prosiguiò, que auiendo yo guardado lo que Horacio manda en su Poetica que no salga à luz la obra, que despues de compuesta no ayan passado diez años por ella? y que tenga yo vna de veynte años de ocupacion, y doze de passante: grande en el sujeto, admirable, y nueua en la inuencion, graue en el verso, entretenida en los Episodios, marauillosa en la diuision: porque el principio responde al medio, y al fin, de manera que constituyen el Poema alto, sonoro, heroyco, deleytable, y sustãcioso, y que con todo esto no hallo vn

Prin-

Principe à quien dirigirle? Principe, digo, que sea inteligente liberal, y magnanimo, Misera edad, y deprauado siglo nuestro? De que trata el libro? preguntò el aquimistra. Respondio el Poeta: Trata de lo que dexò de escriuir el Arçobispo Turpin del Rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Brial, y todo en verso heroyco, parte en octauas, y parte en verso suelto: pero todo esdruxulamente, digo en esdruxulos de nombres sustantiuos, sin admitir verbo alguno. A mi, respondio el alquimista, poco se me entiende de poesia, y assi no sabrè poner en su punto la desgracia de que vuessa merced se quexa, puesto, que aunque fuera mayor, no se ygualaua a la mia, que es, que por faltarme instrumento, ò vn Principe que me apoye, y me dè a la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy aora manando en oro, y con mas riquezas que los: Midas, que los Crasos, y Cresos. Ha hecho vuessa merced, dixo a esta sazon el Matematico, señor alquimista la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo respondio el alquimista, no la he sacado hasta agora, pero realmente sè, que se saca, y à mi no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hazer plata, y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuessas mer-

cedes sus desgracias, dixo a esta sazon el Matematico: pero al fin el vno tiene libro que dirigir, y el otro està en potencia propincua de sacar la piedra filosofal: mas que dirè yo de la mia, que es tan sola, que no tiene donde arrimarse? Veynte y dos años ha, que ando tras hallar el punto fixo, y aqui lo dexo, y alli lo tomo: y pareciendome, que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, quando no me cato, me hallo tan lexos del, que me admiro: lo mismo me acaece con la quadratura del circulo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sè, ni puedo pensar, como no la tengo ya en la faldriquera: y assi es mi pena semejable a las de Tantalo, que estan cerca del fruto, y muere de hambre: y propinquo al agua, y perece de sed. Por momentos pienso dar en la conyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lexos della, que bueluo a subir el monte, que acabè de baxar con el canto de mi trabajo acuestas, como otro nueuo Sisifo. Auia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aqui le rompio diziendo: Quatro quexosos tales, que lo pueden ser del gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios, y exercicios, que ni entretienen, ni dan de comer a sus dueños. Yo señores soy arbitrista, y he dado a su Magestad, en diferentes tiempos,

mu-

muchos, y diferentes arbitrios todos en prouecho suyo, y sin daño del Reyno, y aora tengo hecho vn memorial, donde le suplico me señale persona con quien comunique vn nueuo arbitrio, que tengo, tal, que ha de ser la total restauracion de sus empeños. Pero por lo que me ha sucedido con otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero. Mas porque vuessas mercedes no me tengan por mentecapto, aunque mi arbitrio quede desde este punto pubico, le quiero dezir, que es este: Hase de pedir en Cortes, que todos los vassallos de su Magestad desde edad de catorze à sesenta años, sean obligados à ayunar vna vez en el mes à pan, y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere, y señalare, y que todo el gasto que en otros cõdumios de fruta, carne, y pescado, vino, hueuos, y legumbres, q̃ han de gastar aquel dia, se reduzga à dinero, y se dè à su Magestad, sin defraudalle vn ardite, so cargo de juramento: y con esto en veynte años queda libre de socaliñas, y desempeñado. Porque si se haze la cuẽta como yo la tengo hecha, bien ay en España mas de tres millones de ꝑsonas de la dicha edad, fuera de los enfermos mas viejos, ò mas muchachos, y ninguno destos dexarà de gastar, y esto cõtado al menor e te cada dia real y medio: y yo qero q̃ sea no mas de vn real, q̃ no puede ser meno, aunq̃ coma al-
holuas:

holuas: pues pareceles à vs. ms. que seria barro tener cada mes tres millones de reales, como ahechados? Y esto antes seria prouecho que daño a los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo, y seruirian a su Rey: y tal podria ayunar, que le fuesse conueniete para su salud. Este es arbitrio limpio de poluo, y de paja, y podriase coger por Parroquias, sin costa de Comissarios, que destruyen la Republica. Riyeronse todos del arbitrio, y del arbitrante, y el tambien se riyò de sus disparates, yo quede admirado de auerlos oydo, y de ver, que por la mayor parte los de semejantes humores venian à morir en los hospitales.

[Cipion.] Tienes razon Bergança, mira si te queda mas que dezir, [Bergança. Dos cosas no mas, con que darè fin à mi platica, que ya me parece que viene el dia. Yendo vna noche mi mayor à pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad, que es vn gran Cauallero, y muy gran Christiano: hallamosle solo, y pareciome à mi tomar ocasion de aquella soledad, para dezirle ciertos aduertimientos, que auia oydo dezir a vn viejo enfermo deste hospital, acerca de como se podia remediar la perdicion tan notoria de las moças vagamundas, que por no seruir dan en malas, y tan malas: que pueblan dos veranos todos los hospitales de los perdidos, que las siguen:

plaga

plaga intolerable, y que pedia presto, y eficaz remedio. Digo, que queriendo dezirselo, alcè la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladrè cõ tanta priessa, y con tan leuantado tono, que enfadado el Corregidor, dio vozes à sus criados, que me echassen de la sala a palos: y vn lacayo, que acudio à la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuuiera sordo, assiò de vna cantimplora de cobre, que le vino à la mano, y diomela tal en mis costillas, que hasta aora guardo las reliquias de aquellos golpes. [Cipion.] Y quexaste desso Bergança? [Bergança. Pues no me tengo de quexar, si hasta aora me duele, como he dicho, y si me parece, que no merecia tal castigo mi buena intencion? Cipion.] Mira Bergança, nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer vsar del oficio, que por ningun caso le toca. Y has de considerar, que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido: ni el pobre humilde ha de tener presumpcion de aconsejar à los grandes, y à los que piensan que se lo saben todo: La sabiduria en el pobre està assombrada, qua la necessidad y miseria, son las sombras y nubes que la escurecen: y si a caso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio. [Bergança.] Tienes razon, y escarmentando en mi

cabe-

cabeça, de aqui adelante seguirè tus consejos. Entre assimismo otra noche en casa de vna señora principal, la qual tenia en los braços vna perrilla, destas que llaman de falda, tan pequeña, que la pudiera esconder en el seno, la qual quando me vio, saliò de los braços de su señora, y arremetio à mi ladrando, y cõ tan gran denuedo, que no parò hasta morderme de vna pierna. Boluila à mirar con respecto, y con enojo, y dixe entre mi: si yo os cogiera, animalexo ruyn, en la calle, ò no hiziera caso de vos, ò os hiziera pedaços entre los dientes. Considerè en ella, que hasta los cobardes, y de poco animo, son atreuidos, è insolentes, quando son fauorecidos, y se adelantan à ofender à los que valen mas que ellos. [Cipion.] Vna muestra, y señal dessa verdad que dizes, nos dan algunos hombrezillos, que à la sombra de sus amos se atreuen a ser insolentes. Y si a caso la muerte, ò otro accidente de fortuna derriba el arbol dõde se arriman, luego se descubre, y manifiesta su poco valor: porque en efeto no son de mas quilates sus prendas, que los que les dan sus dueños, y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es vna, y siempre es vno, desnudo o vestido, solo ò acompañado. Bien es verdad, que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y

con

con esto pongamos fin à esta platica, que la luz que entra por estos resquicios, muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dexado este grande beneficio de la habla, sera la mia, para contarte mi vida. [Bergança.] Sea ansi, y mira que acudas à este mismo puesto. El acabar el coloquio el Licenciado, y el despertar el Alferez, fue todo à vn tiempo, y el Licenciado dixo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca aya passado, pareceme que està tan biẽ compuesto, que puede el señor Alferez passar adelante con el segundo. Con esse parecer, respondio el Alferez, me animarè, y dispornè a escriuirle, sin ponerme mas en disputas con vuessa merced, si hablaron los perros, ò no. A lo que dixo el Licenciado: señor Alferez no boluamos mas à essa disputa, yo alcanço el artificio del coloquio, y la inuencion, y basta: vamonos al Espolon a recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos dixo el Alferez, y con esto se fueron.

FIN.